

DORIS CRAMER

*La luz de las
islas púrpuras*

Una saga familiar llena de pasión y brillo ambientada en el norte de África.



Lectulandia

Amberes, 1520. El padre de Mirijam y Lucia van de Meulen está agonizando, por lo que las hermanas se ven obligadas a emprender un peligroso viaje a Andalucía, donde han de iniciar una nueva vida en casa de unos parientes.

Pero en alta mar caen prisioneras y son trasladadas a África. Mientras que Lucia es confinada en un harén, Mirijam sufre torturas tan horribles que pierde el habla. Sobrevive gracias a la ayuda de un médico morisco, con el que emprende un viaje a Mogador, la ciudad de los moluscos de la púrpura. Allí Mirijam no solo se convierte en tintorera, sino que adquiere conocimientos de medicina y abre los ojos al amor. Pero... ¿acaso el destino de las jóvenes hermanas estaba escrito? ¿Acaso las ricas herederas fueron víctimas de un cruel traidor?

Lectulandia

Doris Cramer

La luz de las islas púrpuras

ePub r1.0
nalass 30.08.14

Título original: *Das Leuchten der Purpurinseln*

Doris Cramer, 2012

Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para mi querido Richard.
Y para Dörte y Sabine
y todos mis queridos parientes*

Prólogo

Mogador, 1525

Alí el-Mansour estaba envuelto en el atuendo blanco y sin costura de un peregrino de La Meca, llevaba todo el cuerpo depilado y la cabeza descubierta. Estaba sentado en un taburete en el centro de la habitación rodeado de grandes lámparas de aceite, que sin embargo aún no estaban encendidas, puesto que a través de las ventanas penetraban los rayos del sol del atardecer e iluminaban el recinto con luz dorada.

En general, coloridos tapices adornaban las paredes y gruesas alfombras cubrían el suelo, las mesas estaban cubiertas de libros y ante la puerta y las ventanas colgaban cortinas de pelo de camello que impedían que penetrara el viento y las corrientes de aire, pero ese día estaba vacía, y blanca, blanca como la cal.

—*Salâm u aleikum*^[1], hija mía —dijo el viejo—. Que la paz sea contigo. Hemos de hablar.

—*Aleikum as salâm* —contestó Azîza mirando en torno—. Que la paz también sea contigo.

Estaba inquieta, ¿por qué había hecho vaciar la habitación? ¿Qué estaba ocurriendo? Pero entonces besó sus manos respetuosamente, se las llevó a la frente y al corazón y tomó asiento en el suelo frente al anciano médico. El *hakim* le había enseñado que la paciencia y el sentido de la oportunidad eran virtudes importantes.

—Todos los días agradezco a Alá por su gran bondad —dijo el viejo, y su rostro cordial resplandecía—. Por la bondad que supuso el regalo de una hija. Con gran alegría, te he instruido y protegido y cuidado todos estos años y procurado tu bienestar. No obstante, hoy necesito tu ayuda —añadió. Rodeó la cara de Azîza con ambas manos y le besó la frente.

»Te ruego que me ayudes, una ayuda que solo tú puedes proporcionarme —dijo con voz temblorosa.

Luego volvió la cara hacia los sesgados rayos del sol y dijo:

—Mírame a los ojos. Obsérvalos minuciosamente, para que puedas decirme qué ves.

Azîza obedeció, y, aunque estaba al tanto de la gravedad de su dolencia ocular, solo al examinarlos bajo la clara luz del sol vio cuánto había avanzado su ceguera.

—¡Oh *abu*, padre! —gimió.

—Tranquilízate, eres una sanadora —le advirtió el viejo *hakim*—. ¿Qué ves? Descríbelo exactamente, tal como yo te lo he enseñado.

Sin embargo, la joven desvió la mirada.

—¡Te lo ruego, Azîza! ¡Examínalos!

Y Azîza los examinó.

—Este ojo... —dijo, pero se interrumpió y volvió a desviar la mirada; no obstante, luego se obligó a conservar la calma y apoyó el dedo cuidadosamente bajo el ojo izquierdo del hombre y lo examinó—. Es como si estuviera lleno de leche, de leche derramada —añadió, procurando hablar en tono objetivo—. El otro también. Pero no: el derecho no está completamente lleno, solo una parte tiene aspecto lechoso.

—Bien —dijo el viejo en tono satisfecho—. Y ahora dime cómo denominamos esa dolencia y qué terapia conoces para ello.

—Es la catarata, el velo, padre. Y solo hay un modo de eliminar ese velo e impedir la ceguera: es la operación que denominamos «pinchar la estrella».

—¡Muy bien! Así es.

La actitud objetiva del *hakim* permitió que Azîza recuperase el control. Pero cuando él le cogió la mano, se echó a temblar.

—Y ahora contéstame la siguiente pregunta: ¿cuántas veces me has observado mientras yo realizaba dicha operación y cuántas veces me has ayudado?

—A menudo, padre, incluso muy a menudo.

Azîza adivinó lo que le diría y se puso tensa.

—¡No, no me pidas eso, no puedo hacerlo! —exclamó, aferrándose a las rodillas del viejo—. ¡Te lo suplico, no me lo pidas! —dijo, echándose a llorar.

Su padre dejó que se desahogara. Apoyó una mano en su cabeza, le acarició los suaves rizos y la nuca tensa, y aguardó pacientemente.

—Sabes que no hay tiempo que perder —dijo en voz baja cuando ella recuperó el control—. Además he consultado las estrellas. De momento el resultado es favorable y debiéramos aprovechar esa circunstancia. Ahora descansa un momento, hija, antes de que empecemos con la operación.

Cogió dos píldoras anestésicas de un cuenco de plata preparadas por él mismo y las tragó. Al igual que Alí el-Mansour, su hija conocía la composición de esas píldoras de memoria: para prepararlas había que hacer una decocción de gotas de semillas de amapola, incienso y clematítide mezcladas con hierbas del desierto y nuez moscada molida. Después, añadir vino durante cuarenta días antes de depositar el líquido bajo el sol hasta que se evaporase o solo quedara una papilla con la que se podían formar bolitas. Siempre disponían de provisiones suficientes de dicho remedio, que en estado seco conservaba su eficacia durante mucho tiempo.

Él le ayudó a recordar la receta y con ello la convicción de que estaba perfectamente capacitada: a lo largo de los años su *abu* la había instruido a fondo y transmitido tanto de su saber que ella misma se había convertido en una buena sanadora. Le debía mucho, todo para ser exactos. ¿Dónde estaría ella si él no la hubiera encontrado en el mercado de esclavos y acogido en su casa? La hubieran maltratado, golpeado, pateado y al final la hubiesen enterrado en cualquier parte bajo

la arena del desierto.

De pronto sonaron golpes de tambor desde el exterior, golpes apagados, oscuros y rítmicos que hicieron temblar a Azîza.

El viejo asintió con aire de satisfacción.

—Los músicos *gnaoua* del *sîdi* Bilal nos acompañarán y ayudarán a espantar a los malos *djinn*. Todo saldrá bien, con la ayuda de Alá.

¿Había encargado una *lila*? Así que debido a esa ceremonia preparaban leche y dátiles, los alimentos sagrados en la cocina y también algunos pollos. Se decía que los músicos negros que, siguiendo la tradición del venerado místico *sîdi* Bilal interpretaban su música para la curación de los enfermos, tenían poderes mágicos. Las familias preocupadas por un enfermo o un delirante los invitaban a su casa, con el fin de que rezaran y danzaran hasta entrar en un trance sagrado. Ya empezaba a sonar el laúd, luego las castañuelas y las panderetas.

El *hakim* cogió su botiquín.

—*Bismillah*, en el nombre de Dios —murmuró al tiempo que desenvolvía un instrumento delgado y recién afilado de un paño de algodón blanco y lo depositaba en las manos de Azîza—. Este cuchillo fue endurecido y limpiado en el fuego, es una buena herramienta. Ahora haz pasar a nuestros ayudantes y no temas, querida hija.

Le acarició los dedos y añadió:

—Yo te guiaré, pero tú serás mi mano.

Con aire tranquilo el viejo médico les dio indicaciones a los dos ayudantes, que miraban en derredor un tanto amedrentados.

—Sostén mi cabeza con fuerza —le ordenó al gigante negro que se acercó junto con una criada—. La operación solo suele durar unos minutos. No será dolorosa, pero no debo mover la cabeza.

El criado miró en torno con actitud temerosa. Ningún trabajo era demasiado pesado para él, pero lo que ahora le exigían lo inquietaba. Antes de asentir con la cabeza, se limpió las manos en su amplia *gandourah* parecida a una camisa.

—Ponte detrás de mí, apoya la mano en mi frente y presiona mi cabeza contra tu pecho. Así, lo haces muy bien, y tú —prosiguió el *abu* Alí dirigiéndose a la mujer— te harás cargo de la luz, debe iluminar mis ojos directamente. Enciende las lámparas ahora mismo y de vez en cuando has de secarme las lágrimas. Coge aquel paño blanco.

Lo había preparado todo con antelación; entonces calló y contempló a Azîza.

Entretanto, la joven había recuperado la calma o al menos eso parecía. Trajo una mesilla y dispuso paños limpios y el brillante pinchaestrellas. En otro paño había corteza de sauce fresca y pequeñas tiras de corteza de calabaza junto a las vendas.

En el jardín empezó a sonar el *tabal*, primero con lentitud y luego cada vez más rápidamente hasta que el gran tambor adoptó un ritmo constante. Azîza percibía los

golpes en el estómago. Otros tambores de sonido más agudo empezaron a sonar, a ellos se añadió el ritmo de las panderetas y las palmas de las personas que ocupaban el jardín. La música se volvió más insistente y los redobles de los tambores se mezclaron con la melodía de las flautas y los cánticos, los conjuros murmurados y las oraciones. Azîza se concentró, su respiración se volvió más pausada y la música monótona hizo que su corazón latiera más lentamente. Alzó la cabeza; estaba preparada.

Alí el-Mansour pronunció la primera *sura* del Corán.

—*Bismillah*, loado sea Alá, señor del universo, el misericordioso, el compasivo, el Soberano del día del Juicio: a ti te servimos, y a ti te pedimos ayuda. Condúcenos por el camino recto, el camino de los que agraciaste.

—Comenzaré. Sostenedlo bien —le dijo la joven al negro que presionaba la cabeza del *hakim* contra su pecho.

Con la mano izquierda mantuvo el ojo abierto, con la derecha cogió el delgado cuchillo. Inspiró profundamente, se concentró en el ojo e introdujo la aguja en la retina lechosa. Había que presionarla contra el fondo del globo ocular y sostenerla allí un momento para impedir que volviera a salir. Si ello ocurriera, todo habría sido en vano.

Una lágrima sanguinolenta brotó del ojo y se deslizó por la mejilla de Alí.

—¡Más luz en el ojo! —ordenó Azîza—, y seca las lágrimas.

Con mucho cuidado, la criada las secó con un paño.

Entonces Azîza retiró cautelosamente la aguja. Solo había brotado una gota de sangre y la retina no se había movido. ¡Lo había logrado!

—*Baraka Allah u fiq!* Dios te bendiga —exclamó Alí el-Mansour, y soltó un suspiro de alivio—. Has hecho lo que te he pedido. Quédate tranquila, todo irá bien.

—Cierra los ojos, padre, y deja colgar la cabeza hacia atrás. Te pondré la venda.

Su hija le secó el rostro, después aplicó la corteza fresca de sauce y las delgadas cortezas de calabaza sobre el ojo y lo vendó con paños de algodón blanco y limpio.

—Tus manos no titubearon —dijo el viejo en tono orgulloso—, permanecieron calmadas. Dentro de unas semanas, cuando este ojo esté curado, si Dios quiere liberaremos al derecho del velo, *insha'allah*.

Solo más adelante, cuando hacía rato que todo había pasado y el *abu* Alí estaba tendido en su cama bajo las mantas calientes y su respiración regular debiera de haberla tranquilizado, Azîza se echó a temblar y las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Se cubrió el rostro con las manos y se acurrucó en las sombras, donde nadie podía verla.

En ese instante tuvo que recordar las penas y el largo y extenuante camino recorrido por la pequeña Mirijam de Amberes, hasta que *lâlla* Azîza pudo devolverle

algo parecido a un favor a su padre gracias a su talento como sanadora. Sin embargo, sabía que jamás podría saldar la deuda de su agradecimiento, ni siquiera conservándole la vista.

PRIMERA PARTE

UN VIAJE ATERRADOR, 1520

Amberes

El día anterior a su muerte, Andrees van de Meulen por fin tomó todas las medidas necesarias para asegurar el futuro de sus hijas Lucia y Mirijam. Había cerrado los ojos ante lo que se avecinaba durante demasiado tiempo y ahora corría prisa.

—No me contradigas, Lucia, es mi voluntad —dijo con acostumbrada autoridad—. Viajarás a casa de tu tío en Granada y te casarás con Fernando, su hijo menor. La nave zarpará esta misma noche y Mirijam te acompañará; permanecerá a tu lado hasta que Juan, tu tío, encuentre un buen esposo también para ella. Ahora preparad vuestro equipaje y regresad aquí para que pueda daros mi bendición —añadió el comerciante y las despidió con un gesto.

Sollozando y con las faldas agitadas, Lucia se dirigió a su habitación mientras Mirijam se dejaba caer en el rellano de la escalera: lo que había sentido junto al lecho de su padre hizo que se estremeciera. Su pobre padre enfermo parecía desconocido y además había visto cuán pálido estaba, cuán ojeroso, y sospechaba lo que ello significaba. ¡Pero no podía morir, no podía abandonarla! Sin embargo, en el fondo sabía que nadie era capaz de interponerse en el camino de la muerte, ni los médicos ni los sacerdotes. Su padre moriría, por eso las enviaba al hogar de unos desconocidos, pero ¿precisamente a Andalucía?

Mirijam se apoyó contra la barandilla y clavó la mirada en sus manos tensas.

«Supongo que ahora sería el momento indicado para rezar», pensó. Su tata Gesa afirmaba que, a excepción de un par de diferencias, en el fondo el dios judío y el cristiano eran idénticos. Y también que una oración en el momento idóneo siempre resultaba útil.

Como hija de una madre judía, Mirijam no conocía plegarias cristianas, sin embargo plegó las manos, se arrodilló en el vestíbulo y entrelazó los dedos con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos y rezó con fervor.

—Dios todopoderoso, señor y soberano de todas las tribus de Abraham e Israel, padre de Jesús, te lo ruego: haz que nuestro padre pueda permanecer a nuestro lado. ¡Déjanos a nuestro padre, te lo suplico! Ya te has llevado a nuestra madre, no podemos quedarnos solas en Amberes.

Reflexionó un momento y luego prosiguió.

—En agradecimiento, me haré bautizar y abrazaré tu fe, incluso en contra de los consejos de mi padre. Lo juro. Para toda la eternidad, amén —murmuró. No se le ocurrió nada más.

Pero una palabra se abría paso en su cabeza: «¡Sola!». Tras la muerte de su padre ella y Lucia estarían completamente solas. ¡Ojalá fuera un muchacho!: entonces

podría quedarse en Amberes incluso sin su padre, no tardaría en aprender a ser un comerciante como él en la casa de un empresario y entonces podría... El pensamiento de Mirijam se atascó. No, no podría hacerlo a solas, pero tal vez con la ayuda del abogado Cohn... Dado que este prestaba apoyo a su padre en ese momento, también le ayudaría a ella, ¿no?

En broma, pero también un poco en serio, hacía tiempo que ella y Lucia decidieron repartirse la herencia de esa manera. Lucia no sentía interés por los negocios, en cambio ella sí. Hacía unos días su padre incluso había dicho que tenía talento para ellos y un buen olfato cuando ella descubrió un error en las cuentas y lo corrigió.

La luz penetraba a través de los cristales multicolores y pintaba motivos vistosos en el suelo de color claro. Casi no podía apartar la vista de los colores borrosos mientras luchaba con las lágrimas. Adoraba las ventanas de cristales de color, al igual que el resplandeciente suelo de madera y las puertas talladas. Y también el suave aroma a cera de abejas con la que la tata Gesa hacía pulir las escaleras y el brillo posterior, una vez que los peldaños se pulían con un paño suave.

—No quiero marcharme de aquí —murmuró—. ¡Este es mi hogar!

España estaba muy lejos de todo lo que había formado parte de su vida hasta entonces. Allí vivían los Molina, parientes lejanos a los que ninguno de ellos conocía. Le dolía el estómago de solo pensar en ello. Lucia debía casarse con el hijo y también buscarían un esposo para ella. Un día se casaría, desde luego, tal vez hasta con Cornelisz; notó que se ruborizaba y se apresuró a pasar al pensamiento siguiente. En todo caso, en algún momento futuro ella y su esposo dirigirían la empresa Van de Meulen y no vivirían en algún lugar de España: hasta ese momento, su futuro le había parecido muy claro, pero ¿ahora debía marchar a España?

¿Acaso su padre ignoraba que, como judía, allí no estaría segura? Por otra parte, ¿en qué país de la Tierra podía confiar en encontrar seguridad? En todas partes, los judíos eran tolerados, como mucho. Su madre aún era una niña cuando su familia se vio obligada a abandonar Granada. Su huida de la Inquisición era un tema del que no se hablaba en casa, y no por indiferencia, más bien porque el hecho de que su madre fuera judía parecía ser algo completamente normal. Tal vez por eso la propia Mirijam lo olvidaba a menudo. Sin embargo, le hubiese agradado pertenecer a una comunidad, incluso a la judía, pese a que su padre y Lucia eran cristianos. Siempre había considerado que no poder asistir a las misas celebradas para Pascuas o Navidades en la catedral suponía una injusticia. También por ese motivo ya había pensado un par de veces en hacerse bautizar. Había hablado del asunto con su padre, pero este no le daba ninguna importancia.

—Es verdad que la gente afirma que el bautizo es el aspecto más importante del cristianismo, pero lamentablemente no se atienen a ello —dijo—. Los judíos

conversos no gozan de una mayor consideración ni reciben un trato mejor que los judíos confesos, incluso tal vez uno peor, al menos es así aquí en Amberes. No te harías ningún favor, hija mía. Es mejor que conserves la religión de tu madre y sus antepasados. Cuando llegue el momento indicado, te llevaré con el rabino para que aprendas los reglamentos y las obligaciones pertinentes.

No obstante, de momento eso no había ocurrido. Si fuera un muchacho, seguro que su padre habría actuado de otra manera. No hubiese tratado a un hijo como si fuera un rollo de tela que uno puede despachar a cualquier parte, incluso allende el mar, a España. No, se dijo de inmediato, eso no era justo: las intenciones de su padre eran buenas y en realidad no tenía otra opción puesto que, a fin de cuentas, no tenían otros familiares salvo esos extraños parientes españoles.

Mirijam se cubrió el rostro con las manos. Podía seguir procurando distraerse con todo tipo de ideas, pero ello no haría desaparecer el miedo que la atenazaba. ¡La muerte estaba ante la puerta! Hubieran previsto lo que hubiesen previsto para ella y Lucia, las enviaran a donde las enviaran, pese a toda la incertidumbre había algo seguro: estaban vivas y contemplaban el futuro. Pero su pobre padre...

En cuanto las muchachas abandonaron la habitación, Van de Meulen apretó los puños, tosió, resolló y se encogió de dolor. El último verano, frío y lluvioso, lo había afectado mucho, más que cualquier invierno, y se vio obligado a recurrir al médico una y otra vez. Hacía semanas que este acudía cotidianamente y examinaba la composición de la orina y la sangre. Pasaba mucho tiempo junto al lecho del enfermo, consultaba con sus colegas y preparaba diversos remedios para él. Pero de momento ni las cataplasmas de alcanfor, de hierbas o de semillas molidas, ni las tinturas, las infusiones o los ungüentos resultaron eficaces. Y tampoco las sangrías o las misas que Van de Meulen hacía celebrar: más bien, su dolencia aumentaba día tras día y hacía unos cuantos que tosía sangre. Sabía que su mal no tenía cura y que su fin se acercaba. Anoche había dedicado muchas horas a la oración y después se conformó con su destino, como le correspondía a un buen cristiano. No obstante, aún había que arreglar asuntos importantes, sobre todo qué sucedería con sus hijas.

Por centésima vez, el comerciante reflexionó sobre las decisiones tomadas hasta ese momento. Él era el último de los Van de Meulen y dado que tras su muerte las muchachas ya no poseerían ningún familiar en Amberes, no le quedaba otra opción que ingresarlas en un convento, dejarlas en manos de amigos o enviarlas a Andalucía.

Sin embargo, solo Lucia podía ingresar en un convento, porque nunca había hecho bautizar a Mirijam: por una parte se lo había impedido su profundo respeto por su madre muerta de manera prematura y por su venerable religión; por la otra, estaba perfectamente al tanto de la dudosa posición social de los conversos, que también en Amberes nunca eran considerados como auténticos cristianos.

Después estaban los amigos, pero a fuer de ser sincero, debía preguntarse si realmente tenía amigos, auténticos amigos. Claro que había viajado mucho y desde luego que conocía numerosos hombres de negocios, comisionarios y banqueros, y no solo pertenecientes a las empresas de Amberes, pero ¿es que entre estos había alguno idóneo para encargarse de acoger a sus hijas? ¿Acaso había uno solo que no se interesaría sobre todo por la tentadora herencia de estas?

«No —pensó por enésima vez—, en última instancia dicha herencia sería el factor decisivo para todos ellos».

Pero Mirijam y Lucia no podían quedarse solas en ningún caso, tenían que ir a vivir con sus parientes españoles, no quedaba más remedio. Sin embargo, no estaba dicho que su primo aprobaría un matrimonio entre Lucia y su hijo. Aunque hacía cierto tiempo que las negociaciones proseguían y habían intercambiado diversas cartas, aún no habían alcanzado un resultado satisfactorio. Por supuesto que la herencia y la dote jugaban un papel fundamental y también las relaciones comerciales entre ambas agencias tenían su importancia: hacía tiempo que el primo Juan deseaba un vínculo más estrecho entre ambas empresas.

«Sea como fuere —pensó, agotado— y sean cuales fueran las medidas o las combinaciones que pudiera imaginar para asegurar la continuada existencia de la empresa, ya no me queda tiempo».

Lo único que podía hacer era confiar en el honor, el sentido del deber y de solidaridad familiar de Juan de Molina.

Los pesados cortinajes de su lecho estaban abiertos para facilitarle la respiración. En la habitación ardían velas de cera de abejas, porque las más baratas de sebo le daban náuseas. Iluminaban el tallado revestimiento de madera, algunos arcones, sillones de cuero y el pesado escritorio en el que reposaba su Biblia abierta. Deslizó la mirada por los estantes repletos de cinceladas jarras de plata, objetos de cristal veneciano y platos de majorca italianos. ¡Los emplomados cristales de las ventanas brillaban alegremente y eran casi tan multicolores como los de la catedral! Dentro de poco tiempo ya no podría disfrutar de su belleza, la pena y el dolor lo invadieron y soltó un profundo suspiro.

Pero volvió a recuperar el control con rapidez. Había vivido una buena vida y logrado muchas cosas, pero nadie era capaz de modificar el transcurso de los acontecimientos. Se había encontrado con la muerte en demasiadas ocasiones, formaba parte de la vida como el nacer y el aliento que ahora lo empezaba a abandonar. Y si no fuera por la acuciante pregunta sobre el futuro de las muchachas, no habría tenido inconveniente de morir en paz.

Pero para poder estar realmente preparado a enfrentarse a la muerte, era imprescindible que ellas se embarcaran hoy, sin falta. Solo entonces podría descansar en paz. No solo era el último convoy que zarparía antes de las peligrosas tormentas

de otoño, sobre todo eran las últimas naves que navegaban bajo su encargo. Van de Meulen volvió a suspirar.

Afortunadamente, antaño ya había redactado gran parte de su codicilo, cuando debido al éxito cada vez mayor de sus empresas compró varios terrenos de la ciudad.

«Puesto que no hay nada más seguro que la muerte, pero tampoco nada menos inseguro que la hora de esta...», había titulado ese fragmento de su disposición de última voluntad, en el que transfería los terrenos a Lucia y Mirijam como herencia común.

—La muerte no debe acontecer sin un prescrito —siempre decían los mercaderes de Amberes. Una regla inteligente a la que él se atendería porque se había visto obligado a participar en rencillas entre familias y socios con excesiva frecuencia. Eso no ocurriría en su empresa. Siempre fue un comerciante sensato y honrado que solía pensar más allá de los negocios cotidianos. Quizá por ese motivo su quehacer había gozado de la bendición de Dios.

Aguzó los oídos, pero lo único que oyó fue el suave crujido de una de las grandes vigas de madera y el paso rápido de la tata Gesa en las escaleras. Adoraba esa casa del mercado de Koorn: era de cuatro plantas y se encontraba casi en el centro de Amberes, de modo que resultaba sencillo alcanzar los almacenes. Antaño fue construida por su padre, que de joven había llegado desde Granada al río Schelde. Fue un comerciante astuto y quizá no tardó en barruntar que la ciudad acabaría por gozar de un gran desarrollo.

Con mano diestra y éxito cada vez mayor, su padre había hecho pasar un río de tesoros provenientes de todo el mundo a través de su empresa: entre ellos especias y piedras preciosas, como también cereales y telas. No obstante, con el tiempo también había dejado el comercio de especias en manos de otros y se especializó en negociar con metales nobles y tejidos: encajes de Bruselas, lino flamenco, telas de Florencia y pesados paños de lana de Inglaterra eran enviados al sur; sedas, algodones y maravillosas orfebrerías al norte, como dos ríos que fluían por el mismo cauce pero en direcciones opuestas. Y aunque con modestia, sabía que él había sido un digno sucesor de su padre, puesto que no solo administró la fortuna con inteligencia sino que además la incrementó de manera considerable.

¿Y ahora? Dios todopoderoso le negó herederos varones, pese a que a menudo pasó horas de rodillas rogando por tener un hijo. Ahora solo cifraba su esperanza en los hijos de Lucia, hijos que tendría con Fernando de Molina y que él jamás vería en este mundo, pero que un día se encargarían de la conservación de su empresa.

Lucia aún era de un carácter un tanto infantil, pero ya tenía diecisiete años y hacía tiempo que podía contraer matrimonio. Sabía que en España casaban a las hijas mucho antes que allí en el norte. ¿Y Mirijam? Entonces se dio cuenta que hasta ese momento nunca se había preocupado por ella y por su futuro, incluso por su

importancia con respecto a su empresa. Además, aún era casi una niña, no había cumplido los catorce y encima era una niña difícil y tozuda. Amaba la libertad como si fuera un muchacho, era absolutamente leal y con ideas propias. Si alguien se convertía en su amigo, le era leal. Además tenía afán de saber y era inteligente y, sin embargo, pensativa y reservada. Al igual que su madre, era incapaz de emplear una táctica para obtener una ventaja. ¿Quién podía saber cómo se desarrollaría, así que cómo hubiera podido planificar su vida y tomar las medidas necesarias? En todo caso, se había encargado de adjudicarle una dote considerable; más allá, debía dejar el destino de Mirijam en las manos de Dios y confiar en su primo de la lejana España. Al menos regresaría a la tierra de su madre y sus antepasados. Y tras dicha reflexión Van de Meulen se durmió, exhausto.

Tras dormir unas horas un crujido lo despertó. Su notario y consejero abrió la puerta sin hacer ruido. Andrees abrió los ojos y le indicó que se acercara con gesto cansino.

—Pasa, Jakob. ¡Ay, si tú también fueras un padre, como yo, sabrías cuán pesada es mi carga! Estoy muy preocupado por mis muchachas, Jakob. He de dejarlas en manos del buen Dios porque sé que me ha llegado la hora. Enciende más velas, no te veo bien y aún hay tantos asuntos que arreglar...

Jakob Cohn pertenecía a la aristocrática pero totalmente empobrecida familia judía de la segunda esposa de Van de Meulen, ya fallecida, y por ese motivo gozaba del gran respeto del comerciante. Además, durante los dos últimos años se las había arreglado para volverse imprescindible como asesor jurídico y notario del comerciante.

En aquel entonces, Jakob Cohn le había contado a Andrees van de Meulen, que, a diferencia de muchos judíos, no albergaba la engañosa esperanza de que Fernando e Isabel, los muy cristianos reyes de Castilla, cumplirían con su palabra y también protegerían a los judíos conversos. Con gran inteligencia, a juzgar por las actuales circunstancias, puesto que no solo los sarracenos sino quizás aún más los judíos — sobre todo los *neofiti* conversos— habían estado sometidos a espantosos sufrimientos debido a la cruel persecución.

En todo caso, Cohn se había unido a un grupo de comerciantes sefardíes, había huido junto con ellos de las tropas católicas y de la Inquisición, atravesó las montañas hacia el norte y por fin encontró refugio en los centros comerciales de Inglaterra, Brabante y la Liga Hanseática.

Prosiguió diciendo que en Londres había empezado por estudiar derecho y después trabajó para diversas empresas importantes, desde Bergen hasta Cracovia y desde Londres hasta Brujas. Y al parecer con éxito y muy provechosamente.

Hacía dos años, Cohn de pronto se presentó ante la puerta, con el fin de darse a conocer a su pariente Lea, la segunda esposa de Andrees. Por desgracia, en aquel entonces Lea ya había fallecido, pero Andrees van de Meulen consideró que los conocimientos del hombre de los asuntos contractuales y su experiencia en los negocios podían resultarle muy útiles. Y encima prácticamente formaba parte de la familia, así que debía ser leal por naturaleza.

El notario carraspeó.

—Tienes razón, amigo mío —dijo Van de Meulen interrumpiendo sus reminiscencias—, pongámonos manos a la obra. El tiempo apremia.

Pero ese día sus ideas parecían tener voluntad propia y volvieron a deslizarse al pasado. Entretanto, Jakob Cohn administraba la agencia, redactaba contratos, incluso celebraba negociaciones y, en general, actuaba como consejero. Además, enseñaba filosofía, español y latín a Lucia y Mirijam, estudios que no le resultaban fáciles a la hija mayor del comerciante; no es que Lucia fuera tonta, solo se negaba a esforzarse por aprender.

El padre suspiró. Lo que fascinaba a su hija mayor eran las visitas, los muebles, las joyas y los bonitos tejidos, y también los últimos rumores que circulaban por la ciudad. Además le agradaban las charlas y los juegos alegres con sus compañeras y últimamente también sentía interés por los hermanos mayores de estas y nunca se

cansaba de los comentarios sobre la extraña conducta de los jóvenes. Bien, aún era joven y despreocupada, a veces casi un poco superficial, pero en el fondo una niña muy buena. Pero había llegado la hora de casarla.

Sin embargo, Mirijam asimilaba todo lo que le enseñaban con una facilidad casi juguetona, eso fue lo que le dijo el abogado. Si no comprendía algo preguntaba, leía todos los libros que se ponían a su alcance y lo que más le hubiese gustado es saberlo todo de golpe. Especialmente la fascinaban las cifras. Observando en la agencia había aprendido a jugar y hacer juegos malabares con ellas, como un malabarista de feria, y a menudo se deleitaba cuando sus largas columnas de cifras arrojaban un resultado práctico. Ella también tendría que madurar rápidamente.

Antes de volverse hacia el notario, Andrees van de Meulen suspiró.

—¿Ya han sido firmados los certificados del cargamento de la nave? Excelente, muy bien. Y el comerciante Lange, ¿le pagará a Van de Beurse tal como hemos acordado?

El abogado Cohn alzó la vista de sus documentos y asintió.

—Se cuidará mucho de no pagar.

Van de Meulen se relajó un poco. El comerciante y amigo Lange era conocido por emprender ciertos negocios arriesgados, pero pese a su olfato por las buenas oportunidades —como él lo denominaba— no dejaba de ser un hombre de honor y también actuaba como tal. Un buen nombre valía oro, era puro capital. El precio de compra acordado sería ingresado en su propia cuenta, en un banco de Brujas y el fiel banquero administraría la herencia de Lucia y Mirijam.

De Meulen volvió a dirigir la mirada a la ventana. El sol ya había superado el cenit, pronto oscurecería y llegaría la hora de la despedida. El padre Lucas solo debía acudir para dispensarle los sacramentos una vez que la nave hubiese zarpado; era su deseo, con el fin de evitarles ese trance a las muchachas.

—El escribiente ya aguarda, aún debéis decidir qué queréis hacer con la casa y también con algunos legados. Yo sugeriría que le legarais rentas vitalicias tanto a la tata Gesa como a los otros viejos criados, que recibirían para Pascuas y Pentecostés, para la festividad de san Martín y para Navidades. Es lo que se acostumbra en Amberes. Además, queríais otorgarle el derecho de habitar en la casa de por vida —dijo el abogado, y alzó la vista de sus papeles con expresión interrogativa.

Van de Meulen asintió.

—Y no olvides las donaciones —le dijo a Cohn.

—Sí, la disposición para «honrar a Dios y las buenas causas», tal como vos dijisteis. Ya las he preparado todas según vuestros deseos. Aquí está el inventario de las mercaderías depositadas en los almacenes y depósitos. ¿Queréis echarle un vistazo?

Van de Meulen hizo un ademán negativo.

—Solo dime si todo te parece correcto.

—Absolutamente —confirmó el abogado—. Ciertamente tenéis criados muy fieles: todas las listas están completas y concuerdan con los libros.

Dejó a un lado el primer montón de papeles y cogió el segundo.

—Ahora os leeré lo que ya habéis dejado por escrito; después llamaré al escribiente y a los testigos para que podáis firmar y vuestra última voluntad entre en vigor. Al fin y al cabo, todo debe tener su orden.

Entonces acercó el candelabro y empezó a leer la primera página.

—Bien, empezamos por «En nombre de la Santísima Trinidad: yo, Andrees van de Meulen, viudo y ciudadano de la ciudad de Amberes, gracias a Dios aún en posesión de mis sentidos e ideas, dispongo por la presente en el año del Señor 1520 sobre todos mis bienes fijos y móviles, que...».

3

—¡Tenemos que obedecerle! —dijo Lucia, sollozando—. Pero ¿cómo puede obligarnos a marchar? ¿Acaso hemos de abandonar a nuestro propio padre, solo y enfermo?

Lucia estaba tumbada en la cama, bañada en lágrimas, despeinada y lamentándose en voz alta.

«Siempre hace lo mismo», pensó Mirijam, y contempló a su hermana. En cuanto ocurría algo inesperado, daba igual que fuera agradable o desagradable, Lucia daba rienda suelta a sus sentimientos. Ella era incapaz de hacerlo, cuanto peor se sentía, tanto más reservada se volvía. «¿Qué se siente al llorar como Lucia, gemir y dar paso a toda la pena del mundo? ¿Es que ello supone un verdadero alivio?», se preguntó.

El brasero apenas proporcionaba un poco de calor en la habitación; sin embargo, en su fuero interno —o al menos eso le parecía— el frío reinante era aún mayor debido al temor por su padre y la preocupación por su propia situación. Pero no perdió el control, al contrario: cogió las manos de su hermana y las frotó entre las suyas: eso calmaba, hacía entrar en calor y no solo a las manos de Lucia.

—¿Y qué más podríamos hacer? —murmuró para sus adentros—. ¿Acaso hemos de refugiarnos en el bosque?

El llanto de Lucia resultaba enervante. Puede que su hermana fuera mayor que ella, pero en ese momento se comportaba como una niña caprichosa. La tata Gesa solía decir que los cambios de humor de Lucia se debían a una grave enfermedad sufrida cuando era muy pequeña, que habría provocado una sensibilidad espiritual. Pero secretamente Mirijam estaba convencida de que esa explicación le venía muy bien a Lucia. ¿Acaso no era verdad que le encantaba ser el centro de atención, hacer que los demás bailaran al son de ella? Incluso Cornelisz le había descubierto el juego hacía tiempo: a veces se refería a ella como «nuestra princesa» y de vez en cuando también como «su alteza». Algún día se lo diría a la cara, que podía ahorrarse esa pose, puesto que en todo caso, a ella no la impresionaba.

Por otra parte quería a Lucia, ¿cómo no habría de quererla? Con mucha frecuencia, su hermana la había abrazado, jugado, danzado y reído con ella, y siempre la había apoyado y ayudado. Por ejemplo: cuando Mirijam rompió uno de los costosos platos chinos, o cuando regresaba demasiado tarde a casa porque insistía en quedarse en el establo hasta que la yegua hubiera parido a su potrillo. O aquella vez en la despensa, cuando se le cayó el tarro de puré de ciruelas recién preparado y se hizo una profunda herida... Mirijam inspiró profundamente. Algo le oprimía el pecho y le costaba respirar, era muy doloroso y debía tener cuidado. Ese día ella también había sido una llorica; no obstante, trató de controlarse.

—En todo caso, ahora me dedicaré a preparar mi equipaje —dijo en tono

enérgico.

Abrió el armario y comenzó a guardar sus prendas en los arcones de cuero de tapa arqueada. Aparte de algunos recuerdos que habían pertenecido a su madre y que dispuso en el fondo del arcón, no poseía mucho: zapatos, un poco de ropa interior y un segundo corpiño que aún le iba grande.

Hacía un par de meses que la tata Gesa insistía en que vistiera correctamente, o al menos lo que ella consideraba correcto, y a partir de entonces se vio obligada a llevar la molesta prenda, ¡que le impedía montar a lomos del caballo sin ayuda! ¿Y escalar un árbol? Ni hablar, si antes no se quitaba el corpiño, y entonces volvió a considerar que como muchacha lo tenía difícil, que si fuera un varón todo sería más sencillo.

No tardó en empacar sus escasas joyas, unos libros y también sus vestidos y capas. Aún no había sido presentada oficialmente ante la sociedad de Amberes, por eso su guardarropa consistía en telas sencillas y atuendos modestos. Ella lo prefería, al contrario que su hermana, que adoraba sus bonitos vestidos.

Por fin Lucia también se puso de pie y puso los brazos en jarras.

—Pues de acuerdo, puesto que es su voluntad —dijo.

Con gesto impaciente cogió enaguas, camisas y otras prendas interiores del armario de madera tallada y los metió en sus arcones de viaje.

—Así que ahora estoy prometida y viajo para encontrarme con mi futuro esposo. ¿Quién lo hubiese dicho? —dijo, soltando una risita forzada.

»¿Me oyes, Gesa? —le gritó a la tata, que acababa de entrar en la habitación—. Me casaré. ¡Y viviré al sol! ¿A que es estupendo? Por fin lucirá el sol durante todo el año, no como aquí, donde la lluvia, la niebla y las tormentas no cesan nunca. ¡Pronto pasearé bajo árboles de granadas, cogeré naranjas y limones de mis propios árboles y todos los días recogeré grandes ramos de rosas! Así que prefiero dejar de llorar y alegrarme.

Lucia era alta, más alta que Mirijam o la tata Gesa, y su figura ya era la de una mujer, pero su conducta seguía siendo la de una niña acostumbrada a que todos sus deseos se cumplieran.

—Ve a buscar el gorro de perlas de madre, Gesa, y también sus otras cosas: el collar de granate, la capa forrada de seda, los cepillos y las hebillas de plata y por supuesto también su espejito veneciano. ¡Hace rato que podrías haber puesto todo eso en mi arcón de novia!

La vieja Gesa soportó su actitud autoritaria sin hacer comentarios, aunque era evidente que la inminente separación la apenaba. Estaba pálida y preocupada, y las arrugas de su rostro se habían vuelto más profundas.

Sentía una gran inquietud por Lucia, en cuya nodriza se había convertido cuando la madre de Lucia, la primera esposa de Andrees, murió tras dar a luz. A partir de entonces se ocupaba de la muchacha y también del hogar. En cuanto las niñas

podieron comprenderlo, les dijeron que Gesa era su tata y en algún momento todos empezaron a llamarla así, pero no era una parienta consanguínea. Por otra parte, Lea, la madre de Mirijam y la segunda mujer de Andrees, murió de viruela cuando Mirijam apenas tenía dos años. En aquel entonces, Gesa volvió a ocuparse de manera cariñosa y ejemplar de la segunda hija del viudo. Nadie, ni siquiera una madre carnal, podría haber cuidado mejor de las niñas, decían todos en Amberes. Durante mucho tiempo Lucia había sido su preferida, pero a lo largo de los años también la tozuda Mirijam pasó a ocupar un lugar importante en su corazón.

Las hermanas no podrían haber sido más distintas. Si en Lucia todo era suave, claro y redondeado, en Mirijam todo era oscuro, delgado y anguloso. A Lucia le gustaba charlar y reír, mientras que Mirijam prefería escuchar, observar y reflexionar. El cutis de Lucia resplandecía como la nata, sus trenzas rubias brillaban y sus ojos eran del mismo suave color del cielo reflejado en el río Schelde. En cambio, los ojos ambarinos de Mirijam podían lanzar llamas y relámpagos cuando se enfadaba o se sentía tratada injustamente. Incluso podían volverse oscuros y abrirse debido al miedo o la inquietud, como los de una gata. Llevaba los rizos rebeldes trenzados, pero sin embargo siempre se escapaban algunas oscuras y tozudas mechadas. Mirijam se lamentaba de haber heredado no solo los cabellos de su madre, sino también la tez de sus antepasados maternos, que se volvía morena con rapidez, como la de una campesina. De vez en cuando consideraba que tal vez ello le hubiera sentado bien a un muchacho, pero le agradaba más la elegante palidez de Lucia.

La vieja Gesa volvió a meter uno de los rizos de Mirijam bajo el gorro blanco, un gesto seguramente mil veces repetido. Después cogió otra prenda, la plegó con esmero y la depositó en el arcón de Lucia.

—¡Ay, si al menos pudieras viajar con nosotras, mi buena y vieja Gesa! — exclamó Lucia, y manifestó lo que las tres pensaban en ese momento.

Sin pronunciar palabra, Gesa abrazó a las dos muchachas y las estrechó durante unos momentos; cuando depositó un beso en el cabello de Lucia respiraba con dificultad. Ella se quedaría en Amberes. Mirijam se apretujó contra la anciana y aspiró su aroma.

Todos se quedarían, no solo la tata Gesa; también los criados y los empleados del almacén, los de la agencia, todos sus conocidos y amigos, incluso Cornelisz, su amigo de la infancia, que dentro de poco aprendería a ser un comerciante junto a su padre Andrees, pese a que prefería ocuparse de los colores y las pinturas. Cornelisz, el pensativo ensimismado, de cabellos rubios y un hoyuelo en el mentón, Cornelisz, su príncipe...

—¿Has acabado con el equipaje? —preguntó Lucia, arrancándola de sus cavilaciones.

—¡No quiero! ¡No quiero! —murmuró Mirijam, y solo con gran esfuerzo logró

contener las lágrimas. A la vez apretó los puños hasta que sus uñas se clavaron en la carne.

De pronto tuvo una idea. Se apresuró a sentarse ante la mesa, abrió el tintero y cogió una hoja de papel; esos ademanes familiares aliviaron la presión en el pecho que casi le impedía respirar.

—No es para siempre, ¿verdad? En algún momento, quizá pronto, regresaréis con vuestros esposos y me presentaréis a vuestros hijos —la consoló la tata Gesa—. Con la ayuda de Dios, no tardaréis demasiado.

Pero Mirijam no le prestó atención, porque al oír la palabra «esposos» de repente comprendió que Cornelisz no sabía nada, que ignoraba que ella se marchaba. ¿Dónde tenía la cabeza? ¡Era imprescindible que le informara de su inminente partida! Quedaba poco tiempo antes de que los navíos zarparan, pero no podía marcharse sin despedirse. Se apresuró a escribir unas líneas, describió la situación en pocas palabras, escribió su firma y plegó el papel. Después echó a correr escaleras abajo para enviar un mensajero con la carta.

Cuando regresó a la habitación, Gesa sostenía un pequeño paquete en la mano, cuidadosamente envuelto en varias delgadas capas de cabritilla y sujetadas con un cordón de seda.

—Este es el legado de tu madre, Mirijam —dijo Gesa en voz baja y en tono un poco ceremonioso—. En realidad, quiso que recibieras estas cartas el día de tu boda, pero te las entrego hoy. Te las envía junto con su bendición.

Gesa se volvió y guardó el paquetito en el fondo del arcón de Mirijam, luego se dejó caer al borde de la cama y se presionó las sienes con las manos tratando de recuperar el oremus: era evidente que todo el asunto la conmovía.

—En las semanas anteriores a tu nacimiento no se encontraba bien, permanecía tendida en el lecho, descansando. En aquel entonces redactó las cartas, como ella las llamaba, a su hija. Guardan cierta relación con su familia, creo que con su madre y con Granada, su ciudad natal. No lo sé con exactitud. Más adelante, cuando me confió el paquete, la fiebre ya le impedía hablar con claridad —dijo, acariciando la mano de Mirijam—. Si antaño la comprendí correctamente, solo puedes abrirlas cuando seas una novia, si enfermaras de gravedad o si te vieras en apuros. «Dile a mi querida Mirijam que debe cuidarlas muy bien. Son muy importantes para mí». Esas fueron sus palabras.

Entonces Mirijam tampoco pudo seguir controlándose y abrazó a la anciana entre sollozos.

—¡Ay, Gesa, no quiero que padre muera! ¡Quiero que todo siga igual que antes!

La vieja Gesa estrechó a la muchacha entre sus brazos y le acarició los agitados hombros.

—Lo sé, hija mía, a mí me sucede lo mismo. Pero resulta que en este mundo las

cosas son como son: el hombre propone y Dios dispone. Hemos de resignarnos.

Lucia estaba sentada en su cama con la vista clavada en sus arcones de viaje. Se retorció los dedos y un silencio pesado reinó entre las tres.

—Nunca olvidéis lo que vuestro padre y yo os hemos enseñado, entonces dispondréis de un modelo de conducta en esta vida —les advirtió Gesa—. Y ahora nos alegraremos de que podáis viajar a la bonita España. Ya lo veréis: cuando lleguéis a Granada os acabará por gustar. Tal como dijo Lucia hace un momento, disfrutaréis del sol y de las numerosas y bonitas flores y pronto dejaréis de sentir nostalgia. Y un día regresaréis y me contaréis cómo os ha ido...

Las lágrimas desmentían sus palabras y tuvo que desviar la mirada.

Lucia tenía la mirada perdida y Mirijam asintió con valor, como si diera crédito a cada una de sus palabras.

Entonces Mirijam abrió una ventana y dirigió la vista al puerto. Algunos de los mástiles de allí fuera pertenecían a las tres naves que esa noche zarparían hacia España: la *Palomina*, la *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina*. De repente las aguas le parecieron extrañas y amenazadoras, y los mástiles de las naves, lanzas dirigidas al cielo.

Al atardecer, cuando se dirigían al puerto, Mirijam temblaba bajo su abrigada capa; Lucia tropezaba a su lado con los ojos enceguecidos por las lágrimas, apoyada en la tata Gesa, que apenas lograba reprimir las suyas. Las acompañaban el abogado Cohn y algunos criados y empleados del almacén que iluminaban el camino mediante antorchas. Unos llevaban los arcones de viaje, otros la cesta que contenía las provisiones de la despensa de Gesa. Además, les seguían un montón de muchachos curiosos y viejos pillastres, como siempre cuando zarpaba un barco. Mirijam aún oía las palabras pronunciadas por su padre; cuando se despidió de ellas y les dio su bendición, su voz sonaba quebradiza.

—Sed fuertes, hijas mías. Apoyaos la una a la otra como lo aprendisteis en vuestra casa y ayudaos mutuamente: eso siempre os proporcionará fuerzas.

Lucia y Mirijam se arrodillaron junto a la cama y le besaron las manos. Llorando, Lucia se aferró a la mano del padre y Mirijam también luchaba contra las lágrimas, pero no quería aumentar la preocupación de Andrees perdiendo el control. Sin embargo, el temor, la angustia y el esfuerzo casi la asfixiaban y le costaba respirar.

—Eres como tu madre, hija mía —le dijo su padre—. Tienes su misma fuerza de voluntad, y eso te ayudará. Ahora marchaos con mi bendición y mi amor. Que Dios siempre os proteja.

Era la primera vez que le decía palabras tan cariñosas.

Cuando alcanzaron el puerto y se abrieron paso a través de la multitud, los carros y los bultos de las mercancías hasta alcanzar el muro del muelle, caía una llovizna helada de las nubes bajas.

La *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina*, dos naves mercantes de la Compañía Van de Meulen, ya se alejaban del muelle cargadas de mercancías destinadas a Granada. Los remos se elevaban y se sumergían en las aguas y, acompañadas por el golpe de los tambores, ambas galeras emprendieron el viaje. Algunas personas abandonaron el muelle al tiempo que las embarcaciones desaparecían tras la curva trazada por el río. Otras permanecían con los hombros encogidos bajo la lluvia y de vez en cuando pateaban el suelo con sus zapatos de madera para entrar en calor. No había ni rastro de Cornelisz. ¿Acaso no había recibido su carta?

Lucia se colgó del cuello de Gesa llorando amargamente, mientras que Mirijam permanecía junto a ellas dejando colgar los brazos. Es verdad que oía y veía todo, pero al mismo tiempo era como si soñara con los ojos abiertos.

El abogado Cohn se encargó de que su equipaje fuera cargado en la *Palomina* y puesto a buen recaudo.

—Bien, ha llegado la hora —dijo, cogió a Lucia del brazo y, junto con Gesa, acompañó a las muchachas, remontó la pasarela y subió a bordo.

El capitán Nieuwer, un hombre de labios estrechos y rizos grises, que llevaba un jubón rojo y elegantes zapatos de fino cuero, las saludó inclinando la cabeza. Después cogió al abogado Cohn del brazo y lo apartó apresuradamente.

—¿Dónde estabais? ¡Mandé que os informaran que me urgía hablar con vos! Esta es nuestra última oportunidad y hay bastantes cosas en juego, por eso os vuelvo a preguntar: ¿estáis seguro? ¿No habéis cambiado de parecer? —dijo, mirando en derredor con expresión inquieta y hablando en voz baja—. Pensad en el riesgo y sobre todo en las consecuencias. Si algo saliera mal... Bien, ya lo sabéis... —añadió, y parecía muy nervioso.

El notario dio un paso atrás, quizá para alejarse del olor a vino que envolvía al capitán y le lanzó una mirada dura.

—¿A qué viene eso? Claro que no he cambiado de parecer.

No obstante, el capitán no parecía darse por conforme y aferró al notario de la manga, murmurando:

—¡Pensad en las habladurías! —dijo, dirigió la mirada a ambas muchachas y, al ver que Mirijam lo observaba, procuró sonreír.

—Bien, capitán, no habéis olvidado en cuyas manos se encuentran ciertos documentos, ¿verdad? Y tampoco de la prisión de los deudores, ¿no?

Aunque pronunciadas en voz baja y como de paso, las palabras del abogado golpearon al capitán. Poco después se encontraba junto al remo largo de la *Palomina*, hablando con el timonel.

«Una conversación extraña», pensó Mirijam, pero entonces hubo un alboroto en el muelle. Un hombre muy joven de cabellos rubios se abrió paso a través de la multitud y ya desde lejos empezó a gritar:

—¡Mirijam! ¿Dónde estás, Mirijam? ¿Me oyes?

Mirijam se acercó a la borda.

—¿Cornelisz? ¡Aquí, estoy aquí!

—¡Acabo de recibir tu carta! No pude llegar antes... ¿Me escribirás desde Granada?

—En cuanto llegue, te lo prometo —gritó ella—. ¡Cuando regrese, la *Palomina* portará una carta mía!

—¡Oíd, oíd! —dijo uno de los que estaban en el muro del muelle, y soltó una carcajada—. ¿Y yo? ¿Acaso no recibiré una carta?

Otros se unieron a las risas, chillando que ellos también querían recibir una carta.

Mirijam se sonrojó. Permanecía junto a la borda aferrada al madero superior. La luz titilante de las antorchas iluminó los rizos del joven, situado peligrosamente cerca del borde del muelle. Cornelisz jadeaba debido a la carrera y sus mejillas también estaban rojas.

—Te echaré de menos, Cornelisz —susurró la muchacha, luego alzó la mano para

saludarlo y se volvió. Esa no era la despedida que hubiese deseado, pero Cornelisz la entendería, como siempre la había comprendido.

Entonces se acercó el capitán Nieuwer.

—Ha llegado la hora —les advirtió al abogado Cohn y a Gesa—. Ahora debierais abandonar el barco.

Arrugas de pena surcaban el rostro de la anciana, que llevaba la cofia torcida. Bendijo a ambas muchachas haciendo la señal de la cruz.

—Que Dios os acompañe —susurró la anciana antes de volverse y descender por la pasarela recogiendo las faldas.

—Que os vaya bien —dijo el abogado Cohn—. El sobrecargo y el capitán Nieuwer se ocuparán de todo lo demás.

Se quitó el sombrero y se inclinó ante Mirijam y Lucia; después él también abandonó la nave y se unió a los demás en el muelle.

En cuanto retiraron la pasarela y cerraron la barandilla, el capitán dio sus órdenes. De inmediato, estas resonaron en la cubierta, mezcladas con maldiciones y los primeros redobles de tambor desde la cubierta de los remeros. Los remos se elevaron como si quisieran saludar la ciudad, luego descendieron y se sumergieron en el agua. La galera giró y lentamente se alejó del puerto.

Mirijam y Lucia aún estaban junto a la borda cuando los hombres ya corrían a través de la cubierta para colgar farolas en la proa y la cubierta de popa y cerrar las escotillas. Unos cuantos marineros guardaban proyectiles de piedra y pólvora en la bodega delantera, otros fijaban las velas al bauprés. Prepararon las jarcias para izar las velas formando grandes ovillos de cuerdas gruesas que sujetaban al mástil. Otros se dirigían a la bodega con el fin de depositar barricas de vino, harina, agua y carne en salazón y amarrarlas.

—¡Paso, muchachas! ¡Lo dicho: las mujeres y las naves no son una buena combinación!

Uno de los hombres casi las atropella con un barril y ambas se apresuraron a refugiarse junto al mástil.

Poco tiempo después, Mirijam calculó que habían alcanzado el mar abierto, a juzgar por el oleaje y el sonido del viento. Ante ellas se encontraba lo desconocido, un país extraño, un futuro nada claro y tras ellas todo lo que hasta entonces había conformado su vida. Temblaron, y no solo debido al frío y la humedad.

Un par de brazos fornidos rodearon los hombros de las muchachas e instintivamente Mirijam se apoyó en ellos.

—Buenas noches, *jonge dames*, bienvenidas a bordo de la *Palomina* —dijo un hombre mayor de tez bronceada por el sol. Contempló a ambas jóvenes como si quisiera grabarse su imagen y esbozó una reverencia.

—Me llamo Vancleef, Joost Vancleef a vuestro servicio. Soy el *argousin*, el sobrecargo, el encargado de la carga y además el guardia. Y también doncella para todo en nuestra bonita *Palomina* —dijo con una sonrisa; un círculo de arrugas rodeó sus ojos y su mirada era cordial—. ¿Deseáis ver vuestro alojamiento? Supongo que hoy deseáis cenar en vuestro camarote. Dentro de alrededor de una hora el cocinero os servirá un potaje: es su especialidad.

Al tiempo que el hombre campechano conducía a ambas muchachas al interior de la nave a lo largo de una estrecha escalera, les dijo dónde se encontraba el retrete y comentó en voz alta lo que probablemente comerían durante la travesía. Después afirmó que el cocinero estaría dispuesto a prepararles una infusión en cualquier momento, lamentó la ausencia de un médico a bordo pero dijo que había un predicador que también era un experto en sangrías, la eliminación de forúnculos, en amputaciones y otras cosas por el estilo. Les abrió la puerta que daba a un camarote de techo bajo.

—*Mijnheer* Vancleef —dijo Lucia—, os ruego que me digáis cuándo llegaremos a España.

—Eso no es tan fácil de contestar, *mejuffrouw* —contestó el sobrecargo, echando

un vistazo al camarote—. Ah, aquí está —murmuró, cogió una caja de yesca de un pequeño estante y encendió la lámpara de aceite que colgaba del cielorraso.

»Bien, a que ahora todo resulta más acogedor, ¿verdad? En general, no navegamos cerca de la costa por las noches, solo en casos excepcionales, por ejemplo para aprovechar la marea, como hoy.

—¿Y eso significa...?

—Pero de día —prosiguió el hombre—, de día y cuando hay vientos favorables se izan las velas. De lo contrario hay que remar. Bien, y de eso depende al fin al cabo, ¿no? Quiero decir del viento, del clima en general y también de la ruta y otras circunstancias. Avanzamos a velocidades diferentes, ¿comprendéis? ¿Ya habéis escogido una litera?

El estrecho recinto estaba revestido de madera sencilla y disponía de dos literas, una mesa estrecha y una pequeña y elevada escotilla. La lámpara se balanceaba del gancho y su luz iluminaba una pared del camarote y después la otra.

Mirijam notó que Lucia se había puesto muy pálida, que se aferraba al borde de la pequeña mesa situada en el centro del camarote y cerraba los ojos durante un momento.

—Así que podemos suponer —dijo el *argousin*, y dio un paso hacia Lucia— que una travesía normal y sin contratiempos puede durar alrededor de dos semanas. Pero de momento, señorita, debierais tumbaros de inmediato. Al parecer, el mar no os sienta bien.

En cuanto pronunció dichas palabras, Lucia se desplomó. A duras penas tuvo tiempo de recogerla y tenderla en la cama.

—¿Qué te pasa, Lucia? —exclamó Mirijam, sobresaltada.

—No os preocupéis —dijo el sobrecargo para tranquilizarla—, solo son los nervios y un ligero mareo. Esto hará que se recupere —añadió, y le tendió un pequeño envase de porcelana a Mirijam.

—¡Qué peste! —exclamó al destaparla, y retrocedió espantada.

Vancleef soltó una sonora carcajada.

—Eso despertaría a un muerto, ¿verdad? Es un remedio especialmente eficaz contra el mareo y los desmayos —dijo, sostuvo el envase bajo la nariz de Lucia y esta abrió los ojos en el acto, pero solo para volver a cerrarlos un instante después y soltar un ligero gemido.

»Estáis un poco mareada, señorita, pero eso pasará. Quedaos tendida, iré en busca de una taza de té.

Lucia permanecía tendida bajo la manta de lana y suspiraba con cada balanceo de la nave, parpadeando. Mirijam le quitó los zapatos y la capa, le aflojó el corpiño y la cubrió con la manta hasta el cuello.

Vancleef apareció con un jarrito de té.

—¡Cuidado, está caliente! —dijo—. Ahora he de volver a cubierta. ¿Os las arreglareis hasta mañana?

Mirijam asintió y le tendió el jarrito a Lucia.

—Entonces os deseo felices sueños. Y no os preocupéis, aquí estáis a salvo.

—Así que ahora el viaje ha empezado de verdad —susurró Lucia, y sopló la superficie del jarrito. Estaba pálida y parecía cansada, pero quizá se debía a la luz de la lámpara que no dejaba de oscilar de un lado al otro.

Mientras que Lucia se sumió en un sueño inquieto tras beber unos sorbos de té caliente, Mirijam tuvo que esforzarse por recuperar la calma. El desmayo de Lucia la había asustado mucho. De repente se había sentido abandonada y separada de todo lo que le resultaba familiar. Era una sensación horrorosa, como si de pronto estuviera apestada. Confiaba que Lucia no tardaría en encontrarse mejor. El viaje era largo y sin su hermana mayor... Mirijam alzó la cabeza: por suerte la respiración de Lucia era normal, un sonido tranquilizador en el pequeño camarote.

Con viento a favor pero acompañado de mucha lluvia y un mar de olas agitadas, navegaron a lo largo de la costa francesa, después de la española occidental y por fin de la portuguesa. Se dirigían hacia el estrecho entre África y España, a ese paso que representaba el camino al suave clima del sur. Vancleef dijo que allí el oleaje era muy violento y el mar lleno de peligros, pero que una vez dejadas atrás las temidas corrientes y los vientos desfavorables, las maravillosas ciudades de Andalucía quedarían a su alcance.

Durante el día, Mirijam divisaba la *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina*, las dos naves de carga de la Compañía Van de Meulen, pero de noche la amplia superficie del mar parecía completamente desierta. Sin embargo, la inquietante sensación de que tal vez eran los únicos seres vivos bajo el firmamento se disipó con rapidez cuando los marineros libres de guardia se reunían en la cubierta en torno a un brasero y jugaban a las cartas o entonaban canciones.

La *Palomina* era una esbelta galera de dos mástiles, de cincuenta pasos de eslora y equipada con dos cañones para proteger al pequeño convoy. En el centro se encontraban el recinto de la tripulación y la cocina, mientras que el castillo de proa —aún antes del mástil del foque y en lo alto, por encima del dorado espolón y también en el castillo de popa— albergaba los camarotes de los soldados. Además de las dos velas latinas, los remeros se encargaban de un avance veloz. Desde la cubierta de remeros surgían maldiciones y un olor hediondo, pero de vez en cuando también una canción.

A veces, cuando la nostalgia se volvía especialmente intensa y su inquietud la obligaba a moverse, Mirijam recorría los lustrosos maderos de la cubierta central hasta alcanzar la proa. Si se inclinaba por encima de la borda, podía observar cómo la

delgada quilla de la nave partía las aguas refulgentes como si fuera un cuchillo. De vez en cuando, si tenía suerte, los delfines nadaban en torno a la quilla y era como si arrastraran la *Palomina* como los caballos de una carroza.

La molestaban la falta de movimientos, el camarote asfixiante y su pequeña y estrecha escotilla y también el aburrimiento. Se sentía incómoda, sobre todo desde que Lucia abrió sus arcones y extendió todo el contenido por el camarote. Su hermana no dejaba de rebuscar algo en medio del desorden creado por ella misma y lo empeoraba aún más. O consideraba que era necesario modificar un vestido, así que primero debía probárselo y, en ese caso, Mirijam prefería abandonar el camarote y salir a cubierta. En cambio, Lucia prefería estar a solas.

—Déjame —solía decir cuando Mirijam intentaba persuadirla de salir a tomar aire fresco—. Me disgusta la visión del horizonte oscilante. Nunca ves dónde acaban las olas, eso no es para mí. Además, he de volver a coser estos volantes.

Cuando Lucia no rebuscaba o cosía, permanecía tendida en su litera sumida en ensoñaciones.

El arcón de viaje de Mirijam casi había desaparecido bajo todas las capas, chales y vestidos de Lucia. No obstante, todos los días comprobaba que el misterioso paquete de su madre seguía a buen recaudo en el fondo del arcón; acariciaba la suave cabritilla y el lustroso cordón y pensaba en su madre, a la que no lograba recordar. También en ese momento acababa de cerrar el arcón y colocarlo al pie de su litera: ya no tenía nada más que hacer hasta la hora del almuerzo.

Mirijam abandonó el camarote y trepó hasta el castillo de popa.

—Buenos días, *mejuffrouw*, siempre firme, ¿verdad? ¡Debéis tener agua de mar en las venas!

—Yo también os deseo buen día, *mijnheer* Vancleef. Quién sabe, tal vez algunos de mis antepasados eran piratas...

—¡Pues esperemos que no! Son chusma, un hato de bellacos paganos que merodea por las aguas del Mediterráneo. Los peores son los berberiscos, los piratas de la costa de África del Norte, gente guerrera que incluso navegan hasta el extremo norte y practican sus bellaquerías en el mar de Islandia. Y ni el emperador ni el Papa ponen fin a sus actividades —dijo Vancleef, y lanzó un salivazo al mar.

A Mirijam le agradaba el sobrecargo, que siempre le hablaba en tono amable. En cambio, solo veía al capitán muy de vez en cuando. Solo hacía acto de presencia en cubierta una vez al día; cuando aparecía en la cubierta de popa, comprobaba la posición de las velas, la dirección del viento y el oleaje y se dejaba informar por el timonel sobre el resultado de la navegación antes de volver a desaparecer en su camarote. Aún no había intercambiado una palabra con las muchachas, solo de vez en cuando las saludaba con una leve inclinación de la cabeza. Pero por casualidad, Mirijam había observado que trasladaban dos pequeños barriles de aguardiente a su

camarote y se preguntó si el capitán bebía más de las dos copitas diarias para fortalecer el corazón.

Cuando por fin dejaron atrás las corrientes desfavorables ante Gibraltar, junto a la costa meridional española y alcanzaron aguas más tranquilas, el tiempo mejoró. De vez en cuando veían tierra en el horizonte, montañas pertenecientes a islas pequeñas como le explicó el *argousin*. El sol calentaba la cubierta de popa y, bajo una vela para protegerlas del sol, Vancleef instaló un lugar de descanso para ambas muchachas mediante cojines de colores, donde Mirijam solía tenderse y contemplar el azul infinito que se extendía por encima del mar. De mañana, el horizonte empezaba a colorearse casi de manera imperceptible y luego más intensamente hasta que aparecía el sol y todo —tanto las olas como las delicadas nubes del cielo— resplandecía y brillaba. Cuando caía la noche, el proceso se invertía y ello le agradaba mucho y también el prevaleciente aroma a brea y sol, a sal y pescado: era el aroma de su tierra natal.

Mirijam estaba tendida en los blandos cojines, observando el vuelo de las gaviotas mientras Lucia cosía un cuello de puntillas al escote de su vestido de seda azul. Opinaba que ello realzaría sus pechos.

—Estoy segura de que Fernando me regalará un negrito si se lo pido —dijo con la vista soñadora clavada en las nubes—. Claro que deberá llevar una bonita librea multicolor y un lindo turbante de seda. Imagínate: caminará detrás de mí, sostendrá mi abanico o mi pañuelo y me acompañará a todas partes. Seguro que causará una gran impresión pero ¡qué te estoy contando, tú no entiendes nada de eso!

Últimamente, Lucia no dejaba de hablar de su boda inminente, su futuro esposo y la vida elegante que le esperaba. A veces incluso simulaba estar impaciente por dejarse caer en brazos de ese Fernando. ¿Acaso ella misma creía que era verdad?

—¡Por supuesto que lo comprendo! No es muy complicado.

«Lucia es realmente insoportable», pensó, enfadada. Al fin y al cabo, ella ya no era una niña. Al contrario: la que se comportaba casi como una niña pequeña era Lucia, que esquivaba cualquier conversación seria. ¡Lo único que hacía era coser cuellitos y un par de bieses, como si eso fuese lo más importante! ¿Es que alguna vez había hablado de su padre o al menos consentido que Mirijam hablara de él? Como si tuviera miedo, Lucia volvía la cabeza hacia el otro lado y agitaba la mano como si quisiera apartar una telaraña en cuanto Mirijam mencionaba el tema. Aunque ambas podrían haberse consolado mutuamente, Lucia no quería oír nada, nada sobre Amberes, por no hablar de la muerte de su padre.

—No puedo —afirmaba—, me pone triste, he de mirar hacia delante.

Claro que al ver las lágrimas en sus bellos ojos azules Mirijam tuvo que ceder, pero la nostalgia y la pena seguían allí. Entretanto, de vez en cuando, cuando estaba

de pie en la proa y su mirada se perdía entre las olas del mar y el cielo azul, mantenía una especie de diálogo con su padre. No era lo mismo que poder hablar con Lucia de ello, pero le servía de consuelo.

—Bueno, tú aún no eres una novia, por eso —dijo Lucia en tono más suave.

No obstante, Mirijam se enfadó. No se encontraba bien desde ayer, le dolía el estómago y además sentía nostalgia.

En el castillo de popa, el capitán y el sobrecargo discutían a voz en cuello sobre la ruta a tomar y la navegación. Mirijam se enderezó para poder oírlos mejor.

—¡Estimado Vancleef, creo que debéis dejarlo en mis manos! —chillaba el capitán—. No se trata del rumbo que siempre solemos tomar, sino de cuál es el mejor en cada caso. Y de las necesidades resultantes del viento y de los demás factores.

—Pero, capitán, tened en cuenta la proximidad de las islas.

—Lo tengo en cuenta, Vancleef. ¡Pero sobre todo tengo en cuenta quién es el capitán de este barco! Y vos tampoco debierais olvidarlo. ¿O acaso tenéis ganas de que os sujete con las cadenas de las que disponemos a bordo para los posibles amotinados?

El griterío de ambos hombres incluso apagaba el chirrido de las correas en las chumaceras y los redobles de tambor, porque la voz del capitán era más aguda que de costumbre. Mientras el timonel miraba hacia delante y aferraba el largo remo con ambas manos, algunos marineros se acercaron presa de la curiosidad: una pelea a voz en cuello era algo nuevo para variar, un cambio en la monotonía cotidiana.

—Claro que no, lo sabéis tan bien como yo. Solo consideré que...

—Pues no consideréis, ¿de acuerdo? Será mejor que mandéis a los hombres a trabajar en vez de ponerme de mal humor con vuestras bobadas insensatas. ¡En todo caso, contad con una entrada en el cuaderno de bitácora!

El capitán abandonó la cubierta de popa soltando bufidos de cólera mientras Vancleef increpaba a los marineros y les preguntaba si creían que les pagaban por papar moscas.

Una vez más, la mirada de Mirijam se deslizó por encima del horizonte... Pero en esa ocasión descubrió una nave desconocida tras las velas de la *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina*. Y entonces resonó el grito de uno de los marineros:

—¡Barco a la vista, a popa y a estribor!

Mirijam se acercó a la borda. Era evidente que el barco desconocido era maniobrable y su eslora y elegante proa hacían que la *Palomina* pareciera un tanto torpe. El sobrecargo se situó a su lado y, tras echar un breve vistazo, dijo:

—Creo que es una nave veneciana. La reconozco por el gallardete.

La nave se acercaba a las de Van de Meulen a gran velocidad desde el este, donde se encontraba una de las islas. Brillaba bajo la luz del sol, al parecer estaba cubierta

de opulentos adornos dorados.

—Esa clase de naves a menudo atracan en Amberes —comentó Mirijam en tono indiferente.

Una nave veneciana no le resultaba especialmente impresionante, por más magnífica que fuera su decoración: allí en Amberes eran bastante habituales.

Pero fue el grito aterrado de Vancleef lo que hizo que unos instantes después observara la nave con mayor atención. ¡Allí, donde hacía un momento solo una elegante nave veneciana cabalgaba las olas de pronto aparecieron cuatro! Tres galeras más se habían adelantado a la primera y se dirigían directamente hacia ambos barcos mercantes. Pero eso no fue lo que asustó a Mirijam, sino los repentinos gritos y aullidos en cubierta. Los soldados y los marineros estaban de pie junto a la borda, coléricos y agitando los puños y rugiendo fuera de sí.

—¡Corsarios! ¡Piratas! ¡Malditos berberiscos engendros del infierno! ¡Que el Señor y todos los santos nos asistan si se trata de Jeireddín, ese condenado griego, el corsario del sultán!

Entonces Mirijam también lo notó: donde hacía un momento ondeaba el león de San Marco en los mástiles, de pronto la media luna musulmana resplandeció por encima de las naves.

6

Los marineros soltaban furiosos rugidos y alzaban los puños. Lucia, que también había subido a cubierta, dirigió la mirada a las galeras desconocidas y, perpleja por el nerviosismo reinante a bordo, preguntó:

—¿Por qué grita la gente? ¿Qué naves son esas?

Mirijam cogió la mano de su hermana.

—Creo que son piratas —dijo con voz trémula.

—¡No digas tonterías! —exclamó Lucia, soltó la mano de su hermana y se protegió los ojos con la mano para ver mejor.

La *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina* habían izado todas las velas con el fin de huir bajo la protección de la *Palomina* y sus cañones.

—¡Las nuestras nunca lo lograrán! —gritó uno de los marineros, y echó a correr hacia la proa—. Son demasiado pesadas y además nuestras naves impiden que aprovechen el viento, mientras que los corsarios se acercan desde barlovento. Y pueden maniobrar mucho mejor —añadió, gimiendo.

—¡Aumentad el ritmo! —rugió el capitán—. ¡Y virad!

Un instante después el tambor de la cubierta inferior aceleró el ritmo y los remos subían y bajaban al compás más acelerado de los redobles. La *Palomina* trazó una curva y la nave se dirigió en dirección contraria.

—¡Izad las velas, so perros perezosos, venga, daos prisa!

Los pies descalzos de los marineros golpearon contra los maderos de la cubierta.

—¡Coged las velas, todos al mismo tiempo e izadlas!

Las velas se elevaron a lo largo del mástil, ondeando y agitándose, pero finalmente se hincharon y la *Palomina* avanzó a mayor velocidad.

—¡Preparad los cañones de proa para disparar!

La voz del capitán ahogó el alboroto reinante a bordo. Permanecía junto al timonel y observaba los barcos corsarios con los ojos entrecerrados.

—Preparaos para empañicar las velas.

Toda la nave vibraba bajo los rápidos pasos de los hombres que se apresuraban a cumplir las órdenes. Los soldados cogieron sus cebadores y sus cargadores, otros debían sacar sus armas de las cajas y quitarles los paños que las protegían. Un artillero se atareaba en la proa, cargó su espingarda, ajustó el cañón del arma y la apuntó contra la dorada galera, al parecer la nave insignia de los piratas. Encendió una astilla de madera en una lámpara de aceite y alzó el brazo: la mecha ardía, estaba preparado para disparar.

Pese al ritmo más acelerado con el que avanzaba la *Palomina*, la distancia que la separaba de las naves enemigas aún era demasiado grande para disparar con seguridad, pero al mismo tiempo los piratas se acercaban cada vez más a los barcos

mercantes de la Compañía Van de Meulen. En las naves piratas ya preparaban el espolón, dirigiéndolo hacia delante para crear un puente por encima del cual los piratas alcanzarían las cubiertas de los barcos acosados con mayor facilidad.

Consternada e incapaz de dar un paso, Mirijam mantenía la vista clavada en el espectáculo. Solo lentamente comprendió lo que ocurría allí fuera en el mar, lo que se desarrollaba ante sus ojos: ¡piratas que atacaban los barcos de su padre! Durante los últimos años, los barcos mercantes de Amberes no habían dejado de convertirse en víctimas de los piratas.

—¡Unas pérdidas horribles! —oyó decir a su padre un día en el que tuvieron que dar un barco por definitivamente perdido—. No solo los barcos, eso también, desde luego. ¡Pero la pérdida de vidas humanas y mercancías es aún peor! Y si un cristiano cae en manos de los corsarios musulmanes, ya sea un soldado raso, un marinero o un rico comerciante, rara vez recupera la libertad.

Al pronunciar dichas palabras, su mirada se ensombreció y ese mismo día ella oyó decir a los escribientes —para quienes solo había un único tema de conversación— que en ese caso había que pagar un importante rescate y que eso ya había supuesto la ruina de varias familias.

En el puerto comentaban que en su mayoría, los prisioneros eran vendidos como esclavos y que, en general, los hombres se veían obligados a trabajar los campos de los musulmanes y pasar grandes penurias. O los encadenaban a los remos de las galeras, donde debido a las terribles condiciones de vida acababan por morir en poco tiempo. En cambio, las mujeres capturadas, sobre todo si eran jóvenes, acababan en los harenes de los ricos príncipes otomanos. Eso debía de ser un destino pavoroso. La gente decía que nunca se volvía a saber nada de la mayoría de los prisioneros, pero ¿de dónde sacaban esa información los charlatanes del puerto?

También se hablaba de ese comandante pirata, un antiguo esclavo cristiano oriundo de Grecia llamado Jeiredín, cuyo nombre supuestamente significaba «de barba roja» y que estaba al servicio del sultán otomano. Decían que su negocio consistía en cobrar rescates y que incluso había empleado a un delegado que llevaba a cabo las negociaciones y transmitía las exigencias del pirata.

Lucia se apoyó contra el mástil principal, sollozando.

—¿Por qué el capitán no da la orden de alejarnos? ¿Por qué quiere luchar? ¡Hemos de huir y a toda prisa! —dijo; su terror era evidente.

También dispusieron el segundo cañón, lo cargaron y poco después el artillero alzó el brazo.

—¡Bajad las velas! ¡Levantad los remos!

De inmediato, las velas de la *Palomina* cayeron y los remeros dejaron de remar para evitar que la nave se cabeceara y facilitar la puntería. Todos sostenían el aliento. Entonces resonó un estallido, una nube de vapor de pólvora se elevó en la proa, luego

oyeron un prolongado silbido al tiempo que el proyectil volaba en dirección a la nave enemiga. ¡Por fin! Mirijam sostuvo el aliento.

El disparo no dio en el blanco y cayó al agua lejos de la proa del barco enemigo. También la segunda bala de cañón pasó silbando junto al blanco y todos vieron la columna de espuma que levantó al caer al agua detrás del barco pirata. De la cubierta de los remeros surgió un aullido triunfal, inmediatamente interrumpido por el sonido de un latigazo en la piel desnuda.

—¡Pues espero que os equivoquéis! —gruñó el sobrecargo ante el júbilo de los galeotes. Estaba de pie entre Lucia y Mirijam, y les rodeaba los hombros con los brazos con gesto protector.

»Los remeros de allí abajo son prisioneros musulmanes —les explicó, y su voz tranquila supuso un bálsamo para ambas muchachas—. Ahora confían que sus correligionarios los liberarán, desde luego. ¡Pero eso no está decidido de ninguna manera! Oh, no, ni hablar, ya lo veréis, *mejuffrouwen*, ya lo veréis. Al fin y al cabo, la *Palomina* no es una nave cualquiera. Es veloz y maniobrable y, si quisiéramos, podríamos escapar de inmediato.

Pero el siguiente disparo tampoco dio en el blanco.

—¡Vira a babor, voto a bríos! —el capitán increpó al timonel.

—Pero ¿no sería mejor que diéramos la vuelta lo más rápidamente posible? —preguntó Lucia, ocultó el rostro contra el pecho del sobrecargo y se aferró a su camisa. Mirijam tampoco se sentía a salvo.

—¿Y dejar ambos mercantes cargados de mercaderías en manos de los malditos corsarios? ¡Oh, no! Todavía no corremos un peligro real y, de todos modos, es imposible darle alcance a la *Palomina*.

Con el ceño fruncido, Vancleef calculó la distancia que los separaba de los barcos piratas. Al parecer, no estaba tan tranquilo como simulaba.

—¡Quién diablos sabe! —lo oyó decir Mirijam en voz baja—, ¡quién sabe qué mosca le picó, por qué en este viaje se empeñó en emprender precisamente este rumbo a través de las islas, cuando incluso los grumetes saben que son nidos de piratas!

Boquiabierta, Mirijam escuchó sus palabras. Una vez más volvían a hablar de un rumbo equivocado. ¿Qué significaba eso? Los piratas y todo lo relacionado con ellos sonaban a aventura divertida, en todo caso, mientras una era una niña curiosa y escuchaba esos cuentos de horror en casa, en una tibia habitación. Pero ahora, cuando hasta el *argousin* estaba nervioso...

Cuando notó su inquietud, el sobrecargo palmeó la mano aferrada a su manga.

—No hay motivo para preocuparse. Bien, pero ahora ya basta. Será mejor que ambas os dirijáis a vuestro camarote y aguardéis hasta que aquí arriba vuelva a reinar la calma.

«¿Bajar al camarote? No, por favor», pensó Mirijam.

De pronto la nave insignia de los piratas se alejó de los barcos mercantes y emprendió rumbo a la *Palomina*, acercándose con las velas hinchadas, el espolón de proa preparado para embestir y disparando cañonazos, pero los disparos eran demasiado cortos o demasiado largos y solo azotaron las aguas.

Los hombres a bordo de la *Palomina* soltaron carcajadas burlonas y algunos marineros cantaron:

—¡El disparo cae al mar lejos del mástil, hurra! ¡Y eso no honra al capitán, hurra!

Uno de los proyectiles parecía dirigirse directamente hacia Mirijam y encogió la cabeza de manera instintiva, pero no le dio a ella sino que estalló en la cubierta de los remeros, a babor de la *Palomina*. El impacto agitó toda la nave y esta se inclinó a un lado. Vapor de pólvora flotaba en el aire, los gritos surgían de la cubierta inferior, sumados a los rugidos furibundos de los soldados y los marineros. Pero poco después la *Palomina* volvió a enderezarse, aunque con las velas flojas y ondeantes. La salva había perforado un agujero en la cubierta de los remeros y destrozado las velas.

Con mucha cautela, Mirijam alzó la cabeza. El pestazo áspero de la pólvora quemada se había disipado y, a excepción de las velas hechas jirones, todo volvía a parecer casi normal en la cubierta. A través de una escotilla destruida de la cubierta superior vio que el agua penetraba en la cubierta de los remeros y que uno de ellos tenía los antebrazos cercenados y la sangre brotaba de los muñones. Con expresión incrédula, el hombre mantenía la vista clavada en lo que quedaba de sus brazos y entonces se desplomó. Poco después Lucia soltó un alarido. Cuando Mirijam se volvió, su hermana se inclinaba por encima de la borda y señalaba el agua, donde flotaban los restos de un remo aún aferrado por dos manos pálidas.

—Virgen Santa, todos naufragaremos. ¡Hemos de salir de aquí! —gritó Lucia, soltando un gallo.

Y tampoco dejó de gritar cuando echó a correr a través de la cubierta como alma que lleva el diablo, descendió la escalera y se refugió en el camarote. Sin embargo, Mirijam aún estaba acurrucada tras la borda. ¡Todo eso era imposible! Hasta hacía un momento solo sol y aburrimiento, ¿y ahora...?

—¡Volved a cargar los cañones! ¡Disponeos a disparar! —bramó el capitán Nieuwer, impartiendo órdenes.

Al parecer, estaba dispuesto a luchar. El viento agitaba las velas inútiles y la *Palomina* cabeceaba sin avanzar mientras junto a los cañones de proa reinaba una actividad frenética. ¿Acaso no sería mucho mejor huir?

Los corsarios se aproximaban cada vez más; tres de las galeras enemigas se habían acercado amenazadoramente a la *Sacré Coeur* y las primeras flechas —cuyas puntas estaban envueltas en trapos en llamas— cayeron sobre la cubierta. En algún lugar de la cubierta principal, el sobrecargo rugía unas palabras. Mirijam solo

comprendió lo siguiente:

—... ¡disponen de fuego griego...!

Todos los hombres se quedaron inmóviles y sus miradas reflejaban su terror. Por lo visto, el fuego griego era un arma terrible dado que incluso los soldados se quedaban paralizados. Dirigieron la mirada al capitán, que parecía indeciso y observaba las naves corsarias como si estuviera en trance.

Pero por fin, como si las palabras del sobrecargo hubieran sido una señal, el capitán Nieuwer recuperó el oremus.

—¡Virad! ¡Vamos, pedazo de perezosos! —bramó—. ¡Al velamen y las jarcias! Nos largamos. ¡Venga, izad nuevas velas, quiero ver todos los malditos trozos de vela!

Los marineros se apresuraron a encaramarse a los obenques. Los remos subían y bajaban con el ritmo frenético de los redobles de tambor. Araban y azotaban las olas hasta que la galera por fin viró e izaron las nuevas velas que inmediatamente se hincharían.

«¡Más rápido! —Mirijam instó mentalmente a los galeotes y apretó los puños—, ¡más rápido!».

Su nave era veloz y maniobrable, había dicho *mijnheer* Vancleef, así que pronto estarían fuera del alcance de los disparos enemigos. Poco después, las velas por fin se desplegaron soltando un chasquido y el viento las hinchó. Recogieron los remos y la *Palomina* navegó viento a favor hasta avanzar con rapidez cada vez mayor y la espuma salpicaba por encima de la borda.

Entretanto, la *Santa Katarina* también era atacada, flechas incendiarias silbaban a través del aire y daban contra las velas, las jarcias, la cubierta y los hombres que no se habían puesto a salvo. Algunos de los marineros en cuyos cuerpos los trapos en llamas habían hecho blanco se arrojaron al mar y se sumergieron, pero en cuanto emergían, sus ropas ya apagadas pero empapadas por el horroroso fuego griego volvían a arder en llamas. Sus cabellos ardían, sus brazos, sus ropas... Desesperados, los hombres agitaban los brazos, se sumergían y emergían una vez más, pero en cuanto entraban en contacto con el aire las llamas los abrasaban y después de unos momentos ya no volvían a salir a la superficie.

Mirijam contemplaba el horroroso espectáculo con los ojos muy abiertos. ¡Así debía de ser el infierno!

El mástil y las velas de la *Sacré Coeur* y la *Santa Katarina* ardían en llamas y una multitud de piratas vestidos de rojo ocupaba la cubierta de ambas naves, blandiendo hachas y cimitarras, apoderándose del rico botín y soltando aullidos triunfales, al tiempo que la nave del comandante de los piratas se acercaba a la *Palomina* montada sobre una ola bajo la proa y con el espolón preparado para embestir. Mirijam ya divisaba la dorada y tallada madera del castillo de proa y los turbantes de los piratas asomados por encima de la borda. ¿Dónde habían quedado la famosa velocidad y maniobrabilidad de la *Palomina*? ¿Por qué no navegaba más rápidamente y escapaba?

—¿Os habéis vuelto loca? —exclamó el sobrecargo, cogió a Mirijam del brazo y la arrastró detrás de una de las estructuras—. ¡Bajad en el acto! ¿Es que habéis perdido la cabeza, muchacha?

—¿Lograremos escapar? —preguntó ella; tuvo que esforzarse por hablar, los dientes le castañeteaban.

Vancleef le rodeó el hombro con el brazo.

—¿Cuántos años tenéis?

—Cumplí trece en la última Pascua —contestó Mirijam.

—¿Será posible? ¿Solo trece? —dijo, guiñándole un ojo. Pero volvió a ponerse serio de inmediato—. Tendréis que convertirlos en adulta con rapidez. No podéis esperar mucha ayuda de vuestra hermana, carece de templanza y no está hecha para momentos difíciles como este. En cambio vos, muchacha, sois como un abedul: de raíces sólidas y tronco firme pero flexible bajo la tormenta. Lo lograréis, vos no os derrumbaréis así, sin más.

Le quitó los cabellos de la frente y durante un momento era casi como si su padre estuviera presente.

—Puede que logremos escapar de ellos, puede que no —contestó finalmente a su pregunta con voz monótona—. Ahora será mejor, hija mía, que bajéis a vuestro camarote. Lo dicho: vuestra hermana tendrá necesidad de vos. No olvidéis que sois más fuerte que ella, vos no sucumbiréis. Que el Señor sea con vos —añadió, la abrazó y se marchó apresuradamente.

En ese preciso instante, el cañón de proa de los piratas escupió fuego y la bala se acercó silbando, dio contra el timón de la *Palomina* y contra el timonel, que cayó al suelo y se revolcó gritando encima del maderamen. ¡Un único disparo y la *Palomina* ya no era capaz de maniobrar!

Las otras naves también pusieron rumbo hacia la *Palomina* disparando sus cañones. Las aguas en torno a la nave hervían como en el infierno. El humo se elevó, el olor a pólvora flotaba en el aire, la madera se astillaba, los hombres gritaban y los

remos azotaban el agua. De la cubierta de los remeros, donde aterrizó el primer proyectil, surgía el hedor a sangre, vómito y heces. Una bala de cañón estalló contra la cubierta junto a Mirijam y otra derribó el mástil posterior que cayó soltando un crujido, se partió y cayó sobre la cubierta, arrastrando a varios marineros. Sus gritos ahogaron los rugidos de los corsarios.

Por fin Mirijam recuperó el control y corrió escaleras abajo hasta su camarote. Pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Abre, Lucia! —gritó Mirijam, aporreando la puerta.

Lucia no reaccionó. Mirijam apoyó la oreja contra la puerta: nada, no se oía nada.

—¡Abre, Lucia, soy yo, Mirijam! —chilló, volviendo a aporrear la puerta. Entonces creyó oír como algo pesado era arrastrado por el suelo. ¿Acaso Lucia había montado una barricada?

—¡Abre de una vez, date prisa! —gritó Mirijam al ver un movimiento con el rabillo del ojo, y alzó la vista.

Vio ropas rojas ondeando al viento, un hacha ensangrentada chocó contra una cimitarra, metal contra metal. Gritos y maldiciones, fragor de combate, algo se partió y unas botas golpearon las maderas. ¡Los corsarios estaban a bordo! Pero sin embargo, ¿por qué todo parecía tan silencioso pese al ruido? Mirijam aguzó los oídos.

Lo que había callado era el tambor: la *Palomina* había abandonado la huida. Mirijam miró hacia arriba, hacia el lugar de donde provenía el estrépito del combate y no quiso dar crédito a lo que veía. Allí, en el estrecho pasillo que daba a la escalera, Vancleef luchaba y cerraba el paso a los atacantes. Observó cómo lanzaba el brazo hacia delante y arremetía una y otra vez, cómo blandía la espada y repartía mandobles en derredor defendiéndose de los piratas.

Pero de pronto vio el brillo de una espada que se clavó en su garganta. Lentamente, Vancleef cayó de rodillas, alguien le pegó un puntapié en el pecho y entonces rodó escaleras abajo de espaldas y aterrizó a sus pies.

—*Mijnheer!* —gritó Mirijam, presa del espanto. Se arrodilló junto al hombre y le apoyó la cabeza en su regazo. El sobrecargo gemía—. ¡Os lo ruego, no debéis morir!

Vancleef abrió los ojos haciendo un esfuerzo y susurró una palabra. ¿Había dicho «traidor»?

—¡Quedaos a nuestro lado, no nos dejéis solas!

Un hilillo de sangre se derramó de las comisuras de su boca. Mirijam no comprendió qué decía y se inclinó hacia él.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué decís, *mijnheer* Vancleef?

Un chorro de sangre brotó de la herida en el cuello, salpicó las manos de ella y le manchó el vestido, pero eso no la arredró. Al parecer, él quería decirle algo que parecía importante. Mirijam apoyó la oreja contra la boca de él, pero no oyó nada, ni siquiera percibió su aliento. Cuando se incorporó, la cabeza de Vancleef cayó de lado.

¡Muerto! ¡*Mijnheer* Vancleef estaba muerto!

Un pirata barbudo con un gorro de lana en la cabeza y la espada en la mano bajó las escaleras, brincó por encima de Mirijam y del muerto y gritó:

—¡Ajá! —mientras le daba una patada a la puerta del camarote.

Detrás de la puerta, el arcón de Mirijam cayó con gran estrépito y el contenido se derramó en el suelo. Lucia huyó al extremo del camarote y se apretujó en un rincón. Sostenía su rosario en las manos, sollozando y rezando.

—Santa María Madre de Dios, protégeme del mal. ¡Protégeme, te lo suplico! Sálvame y protégeme...

El pirata aferró a Mirijam del brazo y la obligó a ponerse de pie, la cabeza del sobrecargo golpeó contra el suelo y entonces arrojó a la muchacha dentro del camarote. Después rugió unas palabras y señaló a Lucia que alzó las manos gritando y ocultó su rostro. El rosario cayó al suelo y desapareció en una grieta. Mirijam tropezó con su arcón de viaje y cayó de rodillas. ¡Las cartas de su madre! El pequeño paquete envuelto en cabritilla reposaba en medio del desorden, bien atado tal como Gesa se lo había entregado. Se apresuró a cogerlo y lo ocultó bajo su corpiño. Después el pirata le pegó otro empujón.

—Están luchando en cubierta —Mirijam le susurró a su hermana—. ¡Han apresado la nave!

El barbudo le pegó una bofetada. La maldad brillaba en sus ojos negros y miró en torno. Parecía satisfecho al comprobar que, a excepción de las dos muchachas, no había nadie más en el camarote. Enfundó la cimitarra en el cinturón, se frotó las manos con una sonrisa maligna revelando dientes blancos entre los pelos de la barba. Rugió unas palabras que Mirijam no comprendió. Los labios de Lucia pronunciaban plegarias silenciosas y mantuvo los ojos cerrados. Cuando las muchachas no obedecieron sus órdenes, el pirata volvió a desenvainar la cimitarra y las obligó a abandonar el camarote a empujones. Las condujo a lo largo del pasillo —donde tuvieron que pasar por encima del cadáver del sobrecargo— hasta un recinto en el que almacenaban barriles con provisiones. Las hizo entrar de un empujón, cerró ruidosamente la puerta y corrió el cerrojo.

En medio de la más absoluta oscuridad, ambas permanecieron una junto a la otra aguzando los oídos. Arriba, en la cubierta, el combate parecía proseguir. Mirijam tanteó en busca de su hermana.

—*Mijnheer* Vancleef —lloriqueó Lucia, y apretó la mano de Mirijam—. ¿No lo has visto? Está tendido en el pasillo. ¿Está muerto?

Mirijam asintió, luego susurró «sí» cuando se dio cuenta de que Lucia no la veía. Las rodillas le temblaban. Soltó la mano de Lucia y se sentó en el suelo.

—Quiso defendernos, pero un cintarazo acabó con su vida —dijo—. Antes de morir quiso decir unas palabras, pero no las comprendí.

Se rodeó las piernas con los brazos y apoyó la cabeza en las rodillas. Sus últimas palabras, no había comprendido sus últimas palabras... Casi no lograba pensar en otra cosa. Le parecía que no comprender las últimas palabras de un moribundo suponía la peor de las desconsideraciones imaginables. Volvió a tantear en la oscuridad en busca de su hermana.

Pero Lucia la apartó.

—He de rezarle a la Virgen y suplicar que nos salve. Cien veces, hay que rezar cien veces, de lo contrario no tiene valor. Pero he perdido mi rosario, espero que funcione incluso sin él. Santa María Madre de Dios, tú que has dado a luz al Señor, protégeme. Santa María, llena eres de gracia, escucha mi oración...

Las palabras de Lucia se convirtieron en una letanía monótona.

Mirijam volvió a abrazarse las rodillas. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás, adelante y atrás sin pausa, al tiempo que oía los rugidos y los gritos en cubierta, los retumbos, el fragor de la batalla, el chasquido de los cuerpos cayendo al agua y el tintineo de las espadas. Y también el murmullo de Lucia suplicando ayuda. A lo mejor ella también debía rezar. Palpó el paquete guardado en su corpiño: allí no se perdería. Por primera vez agradeció la existencia de esa incómoda prenda y de paso notó que el olor de la sangre del pobre sobrecargo impregnaba su vestido, que se secaba poco a poco y se endurecía. ¡Ojalá jamás hubiera pisado esa nave!

Las naves anclaron en una protegida bahía, la noche era cálida y estrellada. La tripulación tuvo que alcanzar la costa descendiendo escalas de cuerdas y aferrándose a cabos, lo cual no suponía un problema para los marineros, pero sí para los soldados que se balanceaban de un lado a otro colgados de las escalas. Siempre había algunos que caían al agua, otros colgaban de los húmedos cabos y chocaban dolorosamente contra el casco del barco. Lucia se negó a encaramarse a la borda; el pirata de la gorra de lana que la había mantenido encerrada durante horas reflexionó un instante. Luego les gritó unas palabras a sus cómplices en el agua y arrojó a Lucia al mar.

—¡Socorro! —chilló Lucia, e intentó aferrarse a la borda con una mano, pero no lo logró y se precipitó al mar.

»¡Socorro! —volvió a gritar, pero al caer su cabeza golpeó contra los maderos del casco y el grito se apagó, su vestido se hinchó, sus brazos cayeron a su lado y se hundió en las aguas.

—¡No!

Presa del horror, Mirijam observó lo que estaba ocurriendo; entonces se apresuró a saltar por encima de la borda, aferró las cuerdas de la escala y se descolgó de un travesaño tras otro. Sus manos se aferraban a las gruesas cuerdas, la escala y la nave se balanceaban. Al mirar hacia abajo para calcular la distancia que la separaba de la superficie del mar, vio que uno de los hombres agarraba a Lucia y mantenía su cabeza a flote. Lucia recuperó el conocimiento, pataleó, tosió y escupió.

Mirijam se apresuró a descender del todo, se lanzó al agua y vadeó moviendo los brazos hasta alcanzar a Lucia.

—¡Estás viva! —exclamó, llorando y riendo y palpando la cara de su hermana—. Déjame ver, ¿dónde te has hecho daño?

Lucia se tambaleó. Con los ojos muy abiertos, permanecía de pie con el agua hasta el cuello y no parecía saber qué había sucedido.

—¿Te encuentras bien?

Lentamente, Lucia giró la cabeza y contempló a Mirijam.

—Mi cabeza —dijo por fin, y se llevó la mano a la sien—. Me duele la cabeza.

—Pero estás viva, y eso es lo más importante. Cuando caíste al agua, creí que... ¡Ay, estoy tan contenta...!

La gigantesca proa de la *Palomina* se elevaba junto a ellas. La nave tironeaba de la cadena del ancla y giraba, acercándose peligrosamente. Mirijam notó que la arena bajo sus pies entraba en movimiento, cedía y se hundía; el agua ya le llegaba al mentón, ¡una ola podía arrastrarla! La nave ya no ofrecía ninguna protección, al contrario: se había convertido en un peligro.

—Ven, vayamos a tierra, allí podrás tenderte, yo te conduciré.

Mirijam cogió la mano de su hermana, ¡solo quería salir de allí y alcanzar tierra firme!

A su lado, los piratas formaron una calle y obligaban a avanzar a los demás prisioneros a través del agua, iluminados por las antorchas.

—¡Avanzad de una vez, podridos *nasrani*, perros cristianos y apestosos navegantes de ríos! ¡Daos prisa! —gritaron los piratas, obligando a los prisioneros a avanzar mediante empujones y puñetazos—. ¡Venga ya, hato de cobardes infieles!

En medio de la multitud, las muchachas se abrieron paso a través de las aguas profundas. Con una mano apoyada en el pecho, Mirijam protegía el paquetito con las cartas de su madre, con la otra aferraba el brazo de Lucia.

Avanzaron a través del agua, impedidas por sus largas faldas que se enrollaban alrededor de sus piernas. Por fin el agua se volvió menos profunda y avanzar resultó más fácil.

Por todas partes, por detrás, a su lado y por delante, los hombres intentaban alcanzar la playa. Algunos piratas arrastraban el botín, otros sostenían a sus compañeros heridos durante la lucha. Tras abandonar la nave, habían maniatado a los marineros y soldados de las tres naves de Van de Meulen y los habían sujetado tan estrechamente entre sí que si uno caía al agua, arrastraba al que estaba a su lado. Debido a ello, no dejaban de detenerse, pero los corsarios los obligaban a ponerse en pie y a avanzar a gritos y empujones a través de las olas.

Los galeotes liberados también vadearon hasta la costa. La luz de las antorchas dejaba ver sus figuras demacradas y algunos estaban tan débiles que había que sostenerlos; no obstante, todos sonreían.

«No es ningún milagro —pensó Mirijam—, para ellos el día supone una alegría, están a punto de recuperar la libertad».

Pese a su inquietud por Lucia, el espectáculo le resultaba fascinante. Unos cuantos piratas se burlaban de los soldados y marineros prisioneros, tratando de superarse entre ellos soltando groseros insultos y gritos amenazadores

—Por Alá, so bellacos cobardes, ¿a que os habéis cagado en los pantalones? ¡Venga, avanzad!, ¿o acaso hemos de llamar a vuestras madres para que os limpien el culo? Nobles señores, haced el favor de dirigiros a la playa, allí os aguarda un lecho blando, igual al que nos preparasteis a nosotros.

—Sí —chilló otro—, ¡y en vez de una compañera de lecho de cabellos rubios os harán compañía las niguas, que también son muy confianzudas!

Una sonora carcajada recompensaba los insultos más originales.

Otros transportaban bultos y cajas de la *Santa Katarina* a tierra, en parte en diversos botes, pero en su mayoría cargados en sus cabezas a través de las aguas. Ya en alta mar y tras embestirla con el espolón, habían trasladado una parte de la carga a la *Palomina* de manera que la línea de flotación del pesado barco mercante sobresalía

bastante más por encima del nivel del mar y también podía anclar en aguas poco profundas.

Por fin alcanzaron la playa y obligaron a avanzar a los prisioneros hasta una alta cadena de dunas. Mirijam arrastró a su hermana a un lugar un poco apartado desde donde podían abarcar todo con la vista.

—Aquí no molestaremos a los hombres —dijo, pero sobre todo quería evitar que alguno pudiera atacarlas o volver a hacerlo daño a Lucia. Le palpó la cabeza con cuidado, no parecía haber una herida abierta, solo un gran chichón.

—¿Por qué no te tiendes en la arena?

Como si no hubiese oído sus palabras, Lucia permaneció en silencio con la mirada perdida. De pronto se levantó las faldas, abrió las piernas y una mancha oscura se formó a sus pies en la arena.

Mirijam se ruborizó. ¿Qué estaba haciendo su hermana? Hacía horas que Lucia se comportaba de un modo extraño, por ejemplo rezando sin parar. Antes Lucia solo acudía a la iglesia durante los festivos o cuando quería mostrarse llevando un vestido nuevo. ¡Y ahora no solo no dejaba de rezar sino que encima orinaba delante de todo el mundo! Por suerte, nadie le prestaba atención.

Mirijam bajó la vista: sus faldas mojadas pesaban y se pegaban a sus piernas, pero al menos las olas habían eliminado la sangre del sobrecargo de la tela.

—¿Crees que tendremos que pasar la noche aquí?

Lucia no respondió; no obstante, siguió moviendo los labios. ¿Volvía a rezar?

—¿Qué dices? No entiendo, venga, di algo, háblame, ¿me oyes? ¡Soy yo, tu hermana!

Lucia calló; tenía los ojos cerrados. Ya en el lóbrego agujero bajo la cubierta, con el cadáver de *mijnheer* Vancleef ante la puerta, apenas había reaccionado frente a las palabras de Mirijam. Entonces se sentó en la arena con los ojos cerrados y estiró las piernas. Con el fin de al menos demostrarle su afecto, volvió a trenzarle el cabello. Al igual que ella, Lucia ya no llevaba zapatos y le faltaba una manga del vestido. La tela estaba hecha jirones y ya no se podía zurcir. Todo estaba lleno de arena: su cabello, el vestido, las manos...

—Estamos en tierra firme —dijo Lucia de repente en tono desconcertado. Su voz era áspera—. Eso es mejor que estar en la nave.

—Sí, tienes razón, es mucho mejor —contestó Mirijam, aliviada—. ¡Y mira, allí han encendido una fogata! —añadió, señalando hacia delante.

Varias fogatas ardían en la playa, en torno a las que reunían a los prisioneros. En las brasas habían depositados hierros para calentarlos.

—¿Para qué querrán esos hierros? ¿Crees que nos encontramos en una isla o en el continente?

Lucia no respondió. Pero al menos parecía haber comprendido las palabras de su

hermana, porque alzó la cabeza y miró en derredor. A la izquierda estaba el mar, mientras que a sus espaldas y a la derecha las dunas iluminadas por las llamas bordeaban una arenosa bahía. Cerca de la costa se amontonaban los bultos, los barriles y las cajas destinadas a Granada.

Lucia se rascó y se frotó las piernas, allí donde el agua salada formaba costras, como si fuera lo más importante del mundo. Era evidente que se había abstraído una vez más. Mirijam tiritó y no solo de frío.

Les quitaron las cadenas a los antiguos galeotes y les vendaron los tobillos heridos y purulentos. Los más forzudos ya bailaban en torno a las hogueras, parecían fantasmas, de mejillas hundidas y barbas hirsutas, los cuerpos enflaquecidos cubiertos de harapos sucios que apenas cubrían sus desnudeces. Pero se abrazaban una y otra vez, besaban las manos de sus liberadores y gritaban «*Allah u aqbar*». Mirijam sabía que eso significaba «Alá es grande» en árabe.

Varios soldados y marineros cristianos también estaban heridos tras la lucha y también ellos recibieron cuidados. Un hombre viejo, alto y muy delgado que llevaba un largo atuendo y un turbante de color claro, cojeaba de uno a otro apoyado en un bastón y les curaba las heridas. Al parecer, no había ningún hombre malherido. ¿Acaso todavía se encontraban a bordo y solo los trasladarían a tierra más adelante?

Sin embargo, de pronto supo qué significaba el sonoro chapaleo en el agua que había oído en la lóbrega mazmorra situada debajo de la cubierta. ¡Ya habían arrojado a los malheridos al mar! Mirijam se estremeció. A su lado, Lucia aún se rascaba las piernas, ¿por qué lo haría? Debía de hacerle daño. Ya se apreciaban verdugones sangrientos. Mirijam se arrastró hasta Lucia y le rodeó el cuerpo con los brazos.

—Dame calor, tengo frío.

No obstante, la única reacción de Lucia consistió en bajar los brazos y dejar de rascarse. No parecía ser ella misma. En casa se hubiese excitado, enfurecido o incluso hubiera arrojado cosas contra las paredes, pero ¿ahora? No dijo nada, no hizo nada. Su mirada vacía parecía indicar que no estaba allí, sino muy lejos.

En cierta ocasión, en Amberes, Mirijam había visto a los locos en el manicomio de las hermanas de la caridad. Le explicaron que habían perdido sus almas. Aquellas lamentables figuras tenían la mirada tan perdida como Lucia. ¡Qué idea tan pavorosa! Mirijam se cubrió la boca con las manos, espantada. Seguro que solo se trataba de una debilidad nerviosa, como lo había expresado el *argousin*. Mirijam estrechó a su hermana entre los brazos. Lo único que podía ofrecerle era consuelo, calor y la sensación de no estar sola. Quizás el sobrecargo se había referido a una situación como esta cuando dijo que Mirijam debía apresurarse a convertirse en adulta.

Los maniatados marineros de la *Palomina* permanecían junto a las hogueras, acurrucados y cabizbajos. No obstante, el capitán Nieuwer permanecía de pie al lado

de una hoguera apartada y le tendía sus ropas a un pirata, que las sacudió y las extendió junto a las llamas para secarlas. ¿Un pirata haciendo de criado del capitán enemigo, que encima no estaba maniatado?

Mirijam no daba crédito a sus ojos. ¡Eso solo podía significar una cosa! Excitada, cogió a Lucia del brazo.

—Mira, allí, ¿ves al capitán Nieuwer? Se mueve sin impedimento entre los piratas, así que no navegó entre las islas de mala fama por casualidad o porque suponía un rumbo más favorable, oh, no. ¿Comprendes lo que eso significa? Que hace causa común con los corsarios.

Había estado a punto de manifestar lo que acababa de descubrir a voz en cuello.

Como si hubiera oído sus palabras, el capitán dirigió la mirada hacia las muchachas, pero bajó la vista de inmediato, como si lo hubiesen descubierto.

Mirijam apretó los puños y en sus ojos ardía la indignación. El capitán, escogido personalmente por su padre para realizar este viaje, ¡era un compinche de los piratas! «¡Ojalá fuera un hombre!», pensó. ¡Entonces le manifestaría su cólera y le pagaría su perfidia con la misma moneda a ese traidor! Mirijam lo miró fijamente, quería que el capitán supiera que ella, Mirijam van de Meulen, hija de su patrón, le había descubierto el juego.

Ya había oído hablar de capitanes incapaces y sin escrúpulos con anterioridad, pero nunca creyó que alguien así podría estar al servicio de su padre. ¿Cuánto habría cobrado por su traición? En todo caso, parte del botín eran dos barcos mercantes, ambos cargados hasta arriba de caras mercancías. Era de suponer que su parte del botín convertiría al capitán en un hombre rico y Mirijam apretó los puños, presa de una furia impotente.

Desde las dunas resonaron gritos que los guardias apostados devolvieron y poco después hombres envueltos en capas provistas de capuchas surgieron de la oscuridad. Descendieron a lo largo de un sendero transportando pan, carne seca y jarros de arcilla llenos de agua a lomos de caballos de carga.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Mirijam al ver que todos, tanto los prisioneros como los piratas, recibían una ración. Lucia ni siquiera alzó la cabeza. ¿Es que no se enteraba de nada de lo que estaba sucediendo?

Un hombre barbudo envuelto en una camisa roja y con un mugriento turbante rojo en la cabeza se acercó a ellas y les tendió un trozo de pan y un cuenco con agua. Tras contemplarlas con atención chasqueó la lengua y gruñó unas palabras para sus adentros. Después les dobló la ración.

¿Sentiría compasión por ellas? ¿Acaso creía que podría comprar su perdón con un trozo de pan? ¡Pues podía esperar sentado! Mirijam contempló el pan que sostenía con manos temblorosas y de pronto las lágrimas se derramaron por sus mejillas y se ocultó el rostro con el antebrazo. Le dolía todo el cuerpo y tenía tanto miedo que

podría haber soltado un grito. Alzó la cabeza y dirigió la mirada al capitán Nieuwer: la sangre de sus propios hombres le manchaba las manos; sin embargo, le pegó un buen mordisco a su trozo de pan. En cambio, ella se encontraba muy mal y la mera idea de comer la asqueaba. ¡El bueno de Vancleef se había equivocado de cabo a rabo: no se sentía fuerte en absoluto!

Todos los piratas sin excepción llevaban algo rojo. Además de bombachos arrugados de un tejido rojo oscuro abundaban los chalecos rojos provistos de toda clase de borlas, mientras que otros se habían envuelto paños rojos alrededor de la cabeza. Uno de los hombres incluso llevaba botas de cuero rojo. ¿A quién se las habría robado? De sus cintos colgaban armas que brillaban bajo la luz de las llamas: largos cuchillos, anchos puñales con ranuras o refulgentes y afiladas cimitarras.

En ese instante, seis de ellos se acercaban a los marineros prisioneros blandiendo cuchillos; dos de ellos sujetaban a un prisionero mientras un tercero le cortaba el pelo y solo dejaba una estrecha franja en el centro del cráneo. Claro que algunos marineros intentaron resistirse, pero, impedidos por las cuerdas que los sujetaban, tuvieron que someterse al humillante esquilado. Después cinco piratas cogieron a un hombre, lo presionaron contra la arena y le sujetaron los pies; uno de ellos llevaba gruesos guantes de cuero. Este cogió un hierro candente del fuego y recorrió las plantas de los pies del prisionero dos veces con la punta del hierro; el desgraciado gritó y gimió de dolor al tiempo que los piratas ya aferraban al siguiente. Un repugnante olor a carne quemada flotó por encima de la arena, mientras los corsarios marcaban los pies de todos los prisioneros.

Mirijam se cubrió el rostro con las manos. Los alaridos de los marineros que se retorcían en la playa, el aire apestado, los crueles piratas, las carcajadas triunfales, su propio terror... todo era demasiado. Sintió náuseas, pero sin embargo espío entre los dedos: a la luz de las llamas pudo ver la marca grabada a fuego en las plantas de los pies: era una cruz, la señal imborrable de que ese hombre era uno de los aborrecidos cristianos.

Lucia no parecía percatarse del horroroso espectáculo. No dejaba de murmurar palabras incomprensibles en voz baja, se retorció las manos y se tiraba de los cabellos. Después se rascaba las piernas y de vez en cuando giraba la cabeza bruscamente. Se comportaba como una muñeca, cuyos hilos eran manejados por una fuerza lejana.

Las marionetas agitaban los brazos y las piernas y bailaban al son de una música silenciosa. Solo un murmullo resonaba a través de los sueños de Mirijam. ¿Había dormido? Se incorporó bruscamente y en ese mismo instante volvió a ver las imágenes y los acontecimientos de ayer: ¡piratas y cautiverio! Y traición. ¿Y Lucia? Estaba encogida a su lado, con una mano junto a la mejilla, durmiendo. Confiaba en que durante la noche se hubiese recuperado de su debilidad nerviosa y sería estupendo que volviera a ser la misma de antes: ambas se apoyarían y se prestarían ayuda y lograrían superarlo todo.

Los corsarios habían formado una fila en la playa con las manos formando un cuenco, como si quisieran recoger la luz del sol naciente. Se inclinaban, se arrodillaban y rozaban el suelo con la frente. Todo parecía muy pacífico y ceremonioso... a lo mejor estaban rezando, si es que semejantes bandidos rezaban. Mirijam aguzó los oídos, fascinada.

De pronto pensó en huir. Quizás ese era el momento oportuno, puesto que ninguno de los piratas las observaban, así que podría salir bien si actuaban en silencio y con mucha precaución. Cogió a su hermana del hombro y la despertó, pero mientras Mirijam aún reflexionaba sobre la huida y dónde podrían ocultarse, Lucia se incorporó a su lado y miró en torno y, al descubrir a los hombres que rezaban, su rostro se crispó.

Soltando un grito se puso de pie con una mano apoyada en el estómago y la otra en el cuello.

—¡Ay, diablos! ¡Santa Madre de Dios, todos son diablos, esto es el infierno! ¡Adorados Jesús, María y Espíritu Santo, Dios mío, ayudadme! *Ave Maria gratia plena, pater noster qui es...*

—¡Chitón, no grites! —dijo Mirijam, y le cubrió la boca con la mano, pero presa de la ira, Lucia la apartó de un empujón.

Lucia permanecía de pie, parecía una loca furiosa, todo el cuerpo le temblaba, tenía los ojos abiertos como platos e hilillos de saliva en las comisuras de la boca.

—¡No me toques! —chilló—. ¿Es que no lo ves? ¡Diablos, diablos por doquier, todo está lleno de diablos!

Los piratas se habían vuelto y las miraban fijamente, dos hombres corrieron hacia ellas y aferraron a Lucia, uno le retorció el brazo en la espalda, el otro la cogió de la cintura. Lucia se resistió, pataleando, escupiendo y chillando.

—¡Tranquilízate, Lucia, por amor de Dios!

Uno de los hombres detrás de Lucia, cuyas zarpas agarraban los pechos de la joven, presionó su abdomen contra el cuerpo de ella y se restregó, riendo. Lucia intentó pegarle puntapiés y morderlo; los cabellos enmarañados le cubrían el rostro

crispado y en sus ojos brillaba el miedo, el odio o la locura. O todo al mismo tiempo.

El viejo médico sarraceno se acercó cojeando a toda prisa, se apoyó en su bastón, extrajo un frasquito de debajo de su atuendo, derramó un líquido verdoso en un paño y lo aplicó al rostro de Lucia.

La muchacha se tranquilizó en el acto, sus rasgos se relajaron, sus ojos se cerraron y se desplomó. Ambos piratas sostuvieron su cuerpo inanimado hasta que el anciano médico les indicó que la tendieran en la arena.

Mirijam cayó de rodillas junto a su hermana.

—¡Lucia —suplicó—, no me dejes sola por favor!

Pero su ruego no recibió respuesta, Lucia no se movió.

—¡Vuelve, te lo ruego, quédate conmigo!

Lucia no reaccionó.

El médico la empujó con el bastón y ella se enfadó.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué la has matado? ¡Ella no le ha hecho daño a nadie!

A través de las lágrimas, vio que el viejo meneaba la cabeza; se inclinó, cogió la mano de Mirijam y la apoyó en el pecho de Lucia: el corazón de su hermana palpitaba de manera rápida e irregular, pero palpitaba.

—Está enferma, corría peligro de perder el juicio, ¿comprendes? —dijo el viejo sarraceno, y se enderezó soltando un gemido—. Es la *hystera*, una dolencia del espíritu de la que ya hablaban los antiguos. Le he proporcionado un sueño reparador que le hará bien —añadió antes de volverse, regresar cojeando y reunirse con los que rezaban.

Mirijam se aferró a sus palabras como si fueran un cabo de salvación, apoyó la cabeza de Lucia en su regazo y comprobó que su hermana seguía respirando una y otra vez. «Solo está dormida, solo es un sueño reparador», se dijo, sin dejar de acariciar el rostro y el cabello de Lucia.

Mientras cargaban los bultos amontonados en la playa a lomos de las bestias de carga y cuando poco después la caravana se alejó a lo largo del mismo camino por el que había llegado anoche, el comandante subió a bordo de la *Palomina*. Un momento después, obligaron a los prisioneros a subir a bordo a latigazos. Uno de los corsarios se acercó a las muchachas, su mirada osciló entre Mirijam y Lucia, como si reflexionara qué hacer. Entonces cogió a Mirijam del brazo y la cargó a hombros como si fuera un saco.

—¡Suéltame! —gritó ella, pegándole puñetazos y pataleando—. ¡No me sepaes de mi hermana!

Pero el barbudo se limitó a reír, la agarró con más fuerza y cargó con ella a través del agua hasta alcanzar un bote. Después fue en busca de la aún inconsciente Lucia y también la trasladó al bote, y remó hasta la nave. Una vez allí, remontó la escala de

cuerdas con ambas muchachas en brazos y las dejó caer en la cubierta de la *Palomina*.

Lucia permaneció tendida en los maderos, inmóvil, con los cabellos desordenados y verdugones rojos en los brazos y las piernas causadas por las rudas manos del pirata. Su pecho se alzaba y descendía con regularidad. Haciendo un esfuerzo, Mirijam arrastró el cuerpo laxo de su hermana hasta una de las estructuras de la nave, donde se sentía más segura. Apoyó la espalda contra la madera y la cabeza de Lucia en su regazo y le quitó los cabellos pegoteados de la frente. Estaba temblando, le temblaban las piernas y también las manos que palpaban el corazón de Lucia para comprobar que aún latía y que le acariciaban las mejillas. «Esto tiene que acabar — pensó—, tengo miedo, no aguanto más».

Entretanto, habían reparado el mástil y el timón de manera provisoria porque el viaje debía continuar a bordo de la *Palomina*. Pero antes todos fueron obligados a reunirse en cubierta. El comandante de los corsarios estaba de pie en el castillo de popa, erguido y con los brazos en jarras, y les soltó un discurso. Uno de los antiguos galeotes traducía sus palabras y cumplía con su tarea con satisfacción evidente.

—Cerdos cristianos —empezó a decir el antiguo esclavo, y se notaba su placer al pronunciar dichas palabras—, a partir de hoy, cerdos cristianos infieles, trabajaréis para nuestro amado sultán Solimán, a quien Alá otorgue larga vida, y por la gloria de Alá, que su nombre sea loado en todos los mares y bajo todos los cielos.

Durante un momento, el comandante dejó que dichas palabras surtieran efecto. Luego prosiguió:

—Seré breve: los jóvenes y fuertes entre vosotros iréis a parar a los bancos de los remeros o realizaréis tareas en cubierta, ¡y pobre de aquel que no lo haga de manera correcta! Los demás infieles serán vendidos en tierra como esclavos y yo decidiré sobre su aptitud y su utilidad.

Entonces abandonó el castillo de popa, recorrió la cubierta, deslizó la mirada por encima de los prisioneros y examinó sus cuerpos. Allí presionaba un brazo, acullá examinaba los músculos de las piernas, pasaba la mano por encima de la nuca y la espalda de otro hombre y examinaba los dientes de todos. El comandante era más alto de lo que Mirijam había creído y cuando pasó a su lado, bajó la vista para que no descubriera su temor.

De pronto vio que el capitán Nieuwer estaba junto al comandante, con las piernas abiertas y seguro de sí mismo, como si ese fuera el lugar que le correspondía. Lo que más le hubiese gustado a Mirijam sería lanzarle un salivazo a los pies.

—Si entre estas personas hay alguien adinerado, capitán, decidme su nombre —dijo el comandante—. Recibirá un buen trato y no carecerá de nada hasta que hayan pagado su rescate. Después quedará en libertad.

Mirijam comprendió cada una de sus palabras, pero ¿por qué hablaba en francés, cuando hacía un instante había requerido la ayuda de un traductor? Pero eso no tenía importancia: ¡la palabra esencial era «rescate»!

Claro, esa era la clave, ¿cómo no se había dado cuenta enseguida? ¡Qué suerte que ella y Lucia procedían de una casa pudiente! Solo cuando las familias eran incapaces de reunir el dinero del rescate uno acaba en la esclavitud, eso era lo que los hombres del puerto de Amberes habían dicho a menudo. Así que ahora el capitán Nieuwer las señalaría a ambas y pronunciaría sus nombres, porque seguro que ese traidor sentía tanto interés por el dinero del rescate como el comandante. Mirijam le dirigió una mirada expectante al capitán.

Pero este les echó un rápido vistazo, se acercó un par de pasos y negó con la cabeza sin que nadie más lo notara.

—¡Gran Jeireddín, cuánto me agradecería complaceros! Pero lamento infinitamente tener que decepcionaros —dijo el capitán, dirigiéndose al comandante, y alzó ambas manos—. Entre los prisioneros no se encuentra ninguno pudiente, por desgracia.

Aunque se dirigía al pirata, Mirijam tuvo la sensación de que en realidad sus palabras estaban destinadas a ella.

¿De verdad había dicho eso? ¿Qué significaba? ¡Su padre tenía dinero, incluso mucho dinero! Poseía casas, empresas, naves, mercaderías de todo tipo y otros bienes. Y ese delincuente lo sabía muy bien. ¿Acaso creía que obtendría más dinero por ellas vendiéndolas como esclavas? Mirijam se dispuso a ponerse de pie sin despegar la mirada del capitán.

Este la contempló fijamente; tenía los ojos brillantes, como si estuvieran llenos de lágrimas. ¿Lágrimas, lágrimas de un traidor?

—¡Cállate, por amor de Dios! —siseó repentinamente—. ¡Si tú y tu hermana queréis seguir con vida, calla! Puede que para vosotras esta sea la única manera de sobrevivir.

Intimidada, Mirijam retrocedió. ¿La única manera de sobrevivir, qué significaba eso? ¿Y a qué venía esa advertencia? Si es que de verdad se trataba de una advertencia, puesto que de ese traidor había que esperar lo peor. Sus pensamientos se arremolinaron.

El comandante pirata se aproximó y se detuvo ante ellas.

—¿Y qué pasa con las dos muchachas?

—¿Las muchachas? Solo son dos comedoras inútiles, noble Jeireddín. Las enviaron a al-Ándalus como lectora y criada.

—¿Qué le ocurre? —dijo el pirata, dirigiéndose a Mirijam, e indicó a la inconsciente Lucia.

«Ahora —pensó Mirijam—, ahora podría decirle que el capitán mintió». ¿O tal vez sería mejor callar? Sin saber qué hacer, su mirada osciló entre el pirata y el

capitán Nieuwer, que una vez más, negó con la cabeza de un modo casi imperceptible. Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Todo dependía de lo que diría, de que hiciera lo correcto, pero... ¿qué era lo correcto?

—Otra tonta que tal vez solo entiende el idioma de los azotes —murmuró el traductor en tono despreciativo.

Jeireddín se inclinó y alzó la camisa de Lucia con la punta de la cimitarra y, al ver los abundantes pechos de la muchacha rubia, sonrió e hizo un comentario divertido, al que los piratas respondieron con un grito lascivo. Dieron voces, se golpearon los hombros mutuamente y muchos de ellos se llevaron las manos a la entrepierna con alegría anticipada.

De pronto el médico sarraceno apareció junto a su amo y alzó la mano. Se arrodilló en la cubierta junto a Lucia, le tocó la frente y comprobó su respiración; luego se puso de pie, se dirigió al comandante e hizo una pequeña reverencia antes de decir en tono sosegado:

—No malgastéis vuestra riqueza, porque dicen que Alá ama a los que están en su sano juicio. Perdonad, señor, pero sé que me lo reprocharíais si me reservara mi consejo.

Tras intercambiar una breve mirada con el corsario se dirigió a los demás piratas. Apoyado en su bastón, alzó la mano hasta que volvió a reinar el silencio y dijo en voz alta para que todos lo oyeran:

—Tened en cuenta, osados y valientes guerreros por la gloria de Alá, que esta rubia de cabellos dorados os proporcionará mucho oro y honor si se la vendéis a un rico señor mientras aún es virgen. Reflexionad si por el breve placer —que solo uno de vosotros podrá experimentar— realmente merece la pena renunciar a la gloria y al respeto que todos vosotros podréis disfrutar. ¡Sabéis que Alá el justo siente un amor especial por sus hijos inteligentes!

Jeireddín volvió a inclinarse hacia Lucia y tanteó sus cabellos, le abrió la boca con los dedos y examinó sus dientes. Después se enderezó, frunció los labios, se acarició la barba y reflexionó. Por fin asintió con la cabeza y les dijo a la tripulación cuántos florines o ducados obtendrían por una rubia virgen como esa muchacha.

—Nuestro *hakim* tiene razón, nos proporcionará una fortuna si permanece intacta. Y con ese dinero, cada uno de vosotros podrá darse el lujo de comprar su propia virgen —dijo con una amplia sonrisa.

Como por casualidad, apoyó las manos en ambas cimitarras colgadas de su cinturón. El gesto era inequívoco, nadie dejaría de comprenderlo.

Dos piratas que llevaban bombachos rojos trasladaron a Lucia bajo cubierta y la tendieron en la litera; uno de ellos, un muchacho apenas mayor que Lucia, observó que el otro —un poco mayor que él y con la excusa de arreglarle el vestido por encima de los pechos— aprovechaba para tocarle las piernas con la otra mano.

—¡Quítale las manos de encima! —gritó Mirijam presa de la indignación, y se interpuso entre el pirata y su hermana—. ¡Te lo advierto: ya has oído lo que dijo el comandante!

El muchacho alzó las manos en señal de disculpa y dio un paso atrás. Tal vez ambos solo habían comprendido la palabra «comandante», pero pareció ser suficiente. Mirijam se apresuró a bajarle el vestido hecho jirones, la cubrió con una manta y se apostó ante la litera como para defenderla.

El mayor de los dos muchachos rio, luego refunfuñó unas palabras y empujó al otro hacia la puerta.

En el camarote reinaba un desorden total: los escasos muebles estaban hechos añicos, los arcones de viaje revueltos y todos los objetos de valor, incluidos la ropa, los zapatos, las joyas y el espejo, habían desaparecido. Incluso habían arrancado el revestimiento de madera de las paredes, la puerta colgaba de los goznes y no podía cerrarse, así que Mirijam enderezó el arcón de viaje y lo apoyó contra la puerta. Al menos así nadie podría entrar en el camarote sin que ella lo notara. Descubrió la Biblia de Lucia en un hediento charco de orina; al parecer, los piratas habían demostrado su desprecio por el libro sagrado de los cristianos de un modo drástico. ¿Podría secar las páginas? La Biblia era uno de los pocos bienes que aún poseían, así que Mirijam depositó el libro abierto en la mesa para que las páginas se secaran; luego continuó rebuscando, pero solo encontró unos paños de lino y algunas prendas de ropa interior.

Se dejó caer en el suelo y se cubrió la cara con las manos. Tras la aparición de la nave berberisca la invadía la sensación de caer al vacío; era de suponer que Lucia diría que navegaban hacia el infierno. Mirijam soltó un quejido, no sabía qué hacer. Lucia y ella estaban indefensas, víctimas del giro aterrador que había dado ese viaje. ¿Acaso era posible que tras la muerte de su padre todo lo bueno hubiese desaparecido de sus vidas? ¡Ojalá no se sintiera tan indefensa y sola! Pero no podía esperar ayuda o consuelo de nadie, ni siquiera de Lucia.

¿Debiera de haber dicho que ella y Lucia eran hijas de Andrees van de Meulen, un rico empresario? ¿Y qué significaba que precisamente el capitán le advirtiese que no revelara su auténtico origen? Pero dichas reflexiones tampoco la condujeron a nada, tenía que aguardar que Lucia despertara y permaneció sentada en silencio durante bastante tiempo, angustiada y exhausta.

Lucia la inquietaba incluso mientras dormía, porque no parecía encontrarse bien aunque su pulso era normal. De vez en cuando gemía en medio de la inconsciencia o hacía rechinar los dientes, luego tiritaba de frío y poco después su frente se cubría de sudor. ¿Qué le había dado el viejo? Debía de ser un remedio muy fuerte, pues por más que sacudiera y llamara a su hermana esta no despertaba. Entonces se sentó junto a ella en la litera, la cubrió con la manta cuando se estremecía solo para volver a destaparla y secarle el acalorado rostro. ¡Ojalá dispusiera de un poco de agua y su hermana no siguiera durmiendo! Era urgente que hablaran y decidieran qué podían emprender y cómo debían comportarse, porque no podía hacerlo ella sola. Por otra parte, mientras Lucia dormía al menos no tenía que temer por ella: el espantoso griterío acerca de los diablos había sido realmente aterrador. ¿Cómo lo había denominado el anciano sarraceno: *hystera*, verdad?

Por la noche se presentó el médico y examinó a su hermana, que todavía permanecía tendida en la litera. Le tomó el pulso, le levantó los párpados y le abrió la boca para examinar la lengua. Después apoyó la oreja en el pecho de Lucia y auscultó su respiración.

—Me llaman *hakim* Mohammed y te informo que esta joven está gravemente enferma —dijo por fin—. ¿Cómo se llama? He oído decir que ambas os encontráis camino de al-Ándalus, ella como lectora y tú como criada.

Aunque en cubierta había intercedido a favor a ellas, no debía caer en la tentación de confiar en él: había anestesiado a Lucia y estaba con los corsarios, así que Mirijam guardó silencio.

—Bien, da igual. ¿Al menos comprendes lo que digo? Tiene fiebre, está causada por los humores negros que surgen del bajo vientre e invaden el cerebro, porque esa es la naturaleza terrible de la *hystera*, ¿comprendes? Quiere confundir la mente.

En vez de responder, Mirijam bajó la cabeza. ¿Humores negros que emergían e invadían el cerebro? Nunca había oído hablar de nada tan horrendo.

El anciano se volvió hacia la enferma una vez más y lo que hizo horrorizó profundamente a Mirijam: empezó por levantarle las faldas a la inmóvil Lucia y luego le apoyó las caderas en un cojín y le separó las piernas.

—¡No! —gritó Mirijam, y lo atacó con ambos puños—. ¡Dijiste que debía permanecer pura y ahora haces eso!

El médico alzó la mano como si quisiera pegarle.

—¡Apártate, tonta! He de hacerlo si he de salvarle la vida.

—¡Pero no está bien! —aulló Mirijam.

—Tonterías. Soy médico y debo examinarla, ahora apártate —dijo, e introdujo un dedo en el orificio más íntimo de Lucia. Su hermana soltó un suave gemido y parpadeó, pero no despertó.

Una vez que el viejo tanteó el interior del cuerpo de Lucia con mucha precaución, retiró la mano y asintió con expresión satisfecha.

—Es virgen, tal como supuse —dijo, la cubrió con una sábana de hilo y le indicó a Mirijam que se acercara—. Ahora has de ayudarme. Le daré un remedio que hará bajar la fiebre y le proporcionará sosiego a su espíritu.

Mirijam se cruzó de brazos.

—¡Haz lo que te digo! —la increpó él—. ¿O prefieres que llame a un marinero? Sostén su cabeza para que pueda derramar el remedio en su boca.

—Pero... ¿Es realmente necesario que permanezca dormida? —preguntó Mirijam, se acercó y acarició los cabellos de su hermana.

El médico sarraceno hizo un gesto afirmativo y extrajo un frasquito de cristal de un bolsillo oculto de su atuendo.

—Escúchame bien —dijo—, te lo explicaré. No sé por qué lo hago, pero lo haré. Tal vez se deba a tus ojos color ámbar... Bien, tu amiga sufre una dolencia mental, ¿comprendes? No es la primera vez que lo observo entre las mujeres de los cristianos. A veces se pasa, otras no; es algo que nunca sabes de antemano. Pero mientras duerme no puede gritar, no está fuera de sí y no puede hacerse daño a sí misma o a otros ni ponerlos en peligro, ¿verdad?

Pero si Lucia permanecía dormida no podrían hablar ni idear un plan para salvarse.

—Por mí puede gritar y estar fuera de sí —dijo Mirijam—, puesto que estaré con ella e impediré que se haga daño.

—Me alegra escuchar tu opinión acerca de este caso —dijo el médico pirata en tono sarcástico, y sonrió—. Pero no has tenido en cuenta el *djinn* —prosiguió en tono grave—. Los hombres podrían creer que alguien que está tan fuera de sí, como tu amiga esta mañana, está poseída por un espíritu malvado y esos son temidos incluso por los hombres más fuertes y serían capaces de hacerle daño a causa del temor, por ejemplo arrojarla por la borda durante la noche. Y hasta que el comandante o yo pudiésemos intervenir quizá sería demasiado tarde.

¿Arrojarla por la borda? Los piratas serían capaces de hacerlo, así que Mirijam alzó la cabeza de Lucia y el anciano dejó caer unas gotas del frasquito en la lengua de Lucia.

—Este remedio le proporcionará el sosiego necesario y seguirá durmiendo —afirmó.

Sin embargo, Mirijam había reconocido la imagen en la superficie del frasquito: era la de una mandrágora y la muchacha se asustó. Esa raíz mágica de forma humana podía tener efectos positivos pero también muy negativos, podía curar o matar. Estaba segura de que ese supuesto médico quería envenenar a Lucia, o incluso tal vez hechizarla. ¿Y si no fuera solo un médico, sino también un hechicero? Porque de lo

contrario, ¿qué significaba toda esa cháchara sobre los *djinn*? Seguro que se refería alguna clase de seres mágicos o demonios...

En cuanto el hechicero sarraceno abandonó el camarote, Mirijam arrancó un trozo del dobladillo de su vestido e intentó abrir la boca de Lucia.

—¡Venga, abre la boca! —exclamó, y le restregó los labios con el jirón—. ¿Qué te ha hecho ese hombre horrendo? No pude impedirlo, ¿entiendes? Perdóname, Lucia, por favor. ¡Y abre la boca de una buena vez!

Las lágrimas se derramaban por su cara al tiempo que introducía los dedos en la boca de su hermana y le restregaba la lengua: debía eliminar el veneno antes de que penetrara en su cuerpo. Se sentía culpable. ¡El veneno de la mandrágora!

Después de un rato cesó en sus intentos. Que sus esfuerzos hubieran tenido éxito o no quedaría demostrado cuando Lucia despertara... si es que volvía a despertar algún día.

Amberes, 1521

Dormir, solo dormir, hubiese preferido dormir para siempre. ¡Qué humillación! «Métete en el agua, el río está muy cerca. Ponle fin a todo, puesto que de todos modos nada tiene sentido...». De pronto fue como si, además de su propia voz, otra ocupara la cabeza de Gesa, una que la acosaba y la torturaba mediante el miedo y las ideas lúgubres y se percató de que lo que más le hubiese gustado era hacerle caso.

Agotada, la anciana recorría las calles de Amberes con su hatillo que, además de unos vestidos y delantales limpios, contenía un talego con el dinero ahorrado. Llevaba la cofia torcida encima de los cabellos grises y del moño se habían soltado unas cuantas mechadas. Se había levantado el cuello de su capa empapada, no solo debido a la humedad y el frío, sino también con el fin de ocultar su rostro. Hubiera jurado que tras cada una de las ventanas de las casas que bordeaban el mercado de Koorn había alguien que observaba su partida. Ahora todo el mundo cotillearía sobre ella...

Primero Antonis Laurens, luego Geert Achterveld y Claas Deken y después ella misma: ¡puestos de patitas en la calle! Los cuatro, pese a los años durante los cuales habían servido fielmente a su amo y sin tener consideración por su edad. Al menos Laurens y Achterveld tenían parientes que, aunque a regañadientes, los acogerían, pero ¿Deken y ella misma? Deken estaba enfermo, tenía tos y muchos dolores. Al final, el viejo Van de Meulen solo le había encargado tareas livianas que podía realizar sin dificultad. Pero en ese miserable agujero del puerto donde se había escondido junto con sus escasos bienes no duraría mucho.

¡Y ahora también le había tocado el turno a ella! Esa mañana temprano el abogado la había echado.

—Vete, búscate otra cosa, aquí ya no te necesito. Has de marcharte antes de mediodía.

«En cuanto enterraron al señor e incluso antes de que celebraran la última misa por la salvación de su alma», pensó. Nunca había hecho buenas migas con el abogado, pero tampoco lo creyó capaz de algo así, Dios era su testigo. Y eso que antes de morir, el amo había hecho provisiones adecuadas para ella. Había dispuesto que ella y los otros criados que habían trabajado durante casi toda la vida para la familia Van de Meulen siempre dispondrían de un techo y de comida suficiente. Aún oía las palabras del abogado cuando leyó el testamento junto al lecho del moribundo en el que se mencionaba el derecho a la vivienda. Ella misma lo había atestiguado firmando con una pequeña cruz. Una marca válida, consideró, puesto que nunca había aprendido a leer y escribir. ¿Acaso semejante cruz ya no tenía validez? ¿O es que

después él había modificado la última voluntad del viejo Van de Meulen, incluso quizá falsificado? «Es injusto —dijo esa voz interior—, es una mala persona».

La vida le había enseñado a mantenerse en guardia y no siempre adjudicarle buenas intenciones a todos, pero tampoco las peores. No obstante, con ese hombre nunca sabía a qué atenerse, en todo caso hasta hace un par de horas, porque ahora lo sabía. En realidad, el abogado le resultó poco confiable incluso tras el primer encuentro y, dentro de lo posible, procuró evitarlo. Uno nunca podía estar seguro de que hablara en serio. Es verdad que no hablaba mucho y jamás de sí mismo. No tenía un buen corazón y cuando entraba en una habitación esta se oscurecía, como si él absorbiera la luz, o al menos así le había parecido a menudo; le desagradaba estar en la misma habitación que él. Sin embargo, nadie en Amberes tenía algo que objetar con respecto a la severidad y la seriedad, y eso también fue lo que opinó el anciano señor cuando alabó la diligencia, la inteligencia y la decencia de Cohn. Había confiado en él ciegamente debido a la lealtad familiar, como él la denominaba. ¡La familia! En todo caso, ella nunca notó que se interesara por Mirijam, aunque la niña era carne de su carne y sangre de su sangre, incluso su única pariente como afirmó. Aparte de eso, ¿cómo podía alguien dejar de querer a esa criatura sin madre? No, Gesa estaba convencida de que Cohn no era una buena persona. Lo que había hecho, echarlos a todos en contra de la última voluntad del viejo señor era una maldad y estaba mal. «Es injusto», volvió a decir la voz interior. Oh, sí, no cabía duda: era una injusticia que clamaba al cielo.

Como un fantasma, cargó con su hatillo a través de calles y estrechas callejuelas, sin rumbo y desanimada. No miraba hacia delante ni a un lado, solo mantenía la vista clavada en el suelo. De repente se encontró en el interior de la catedral. ¿Cómo había llegado hasta allí? Sus pies debían de haberla conducido hasta allí de manera inconsciente.

Gesa se persignó. A excepción de la luz eterna y el resplandor de unas cuantas velas en el altar que iluminaban la imagen de la Virgen María, la oscuridad reinaba en el interior de la gran catedral. «He acudido a ti, nuestra amada María, Madre de Dios que nos consuela cuando estamos en apuros».

El aroma del incienso la envolvió y, como siempre cuando entraba en una iglesia, plegó las manos y empezó a tranquilizarse.

Gesa permaneció sentada en la oscura iglesia. Rezó un poco, derramó unas lágrimas y reflexionó sobre la vida y la muerte, la alegría y el agradecimiento, y sobre la ingratitud y la traición. Y pensó en Lucia, su bella muchacha a la que a menudo acompañó hasta la catedral para asistir a misa. Vio a Mirijam ante sus ojos y el corazón se le encogió de nostalgia por ambas como un día tras otro desde su partida. Sobre todo sentía preocupación por Lucia, esa encantadora niña. Parecía sana y robusta, pero una brisa era capaz de hacerla estremecer y sufría pesadillas con

frecuencia... ¿Cómo no preocuparse por esa muchacha? ¿Acaso no la había sostenido en brazos, acercado a sus propios pechos henchidos de leche cuando su madre murió tras el parto? Debido a su amor por esa criatura sin madre, entretanto casi había olvidado a su hijo carnal, que tras nacer se negó a respirar. Al igual que a su esposo, un pescador de las islas Frisias a quien el mar tragó durante una tormenta. «Que Dios se apiade de sus almas», rogó.

Y también había criado a la segunda niña. Conforme a su deber y con cariño, tal como correspondía a una buena cristiana, se había ocupado de la pequeña niña y cuidado de que nada le faltara. Y también había aprendido a amar a esa niña: cuán rápida y valiente era la pequeña y cuán dulce y cariñosa era Lucia. ¡Pero cuán mala y desvergonzada también podía ser!

—Tráeme eso, Gesa, ve a buscarme aquello. Necesito las plumas de avestruz de mamá. ¿Dónde están mis cepillos y mis brazaletes? ¡Cóseme eso! ¿Dónde estás, Gesa? ¡Hace rato que debieras haberlo hecho!

En cambio, Mirijam se las arreglaba por su cuenta o de vez en cuando le pedía que hiciera algo. Pero Lucia... ¿Había sido demasiado condescendiente con ella? Mientras que Lucia dedicaba mucho tiempo a soñar, a ocuparse de sus vestidos, jugar con sus muñecas y charlar con sus amigas, la pequeña Mirijam solía pasar mucho tiempo en las habitaciones de la primera planta y en el patio, en realidad se había criado allí. Había dado sus primeros pasos en la cocina, directamente hacia los brazos del viejo Claas, y cuando cumplió tres años, este tuvo que montarla a lomos de una yegua porque se empecinó en aprender a montar...

¿Dónde estarían ahora? Durante la despedida, Lucia había estado sumamente pálida y las lágrimas brillaron en los ojos de Mirijam.

«María, Santa Madre de Dios, protege y cuídalas, Amén».

Gesa se arrodilló en el suelo, bajó la cabeza y rezó durante mucho tiempo. Cuando por fin se puso de pie y se frotó las rodillas entumecidas, ya no estaba tan agitada y la voz interior dejó de clamar «¡Injusticia!» o «¡Vergüenza!». La oscuridad y el silencio, y el consuelo proporcionado por la plegaria en la gran iglesia no solo aliviaron el dolor del recuerdo, entonces también sabía cuál era el siguiente paso. Y ese no la conduciría al agua, qué va. En su lugar había pensado en las beguinas, a ellas les pediría que la acogieran.

Por suerte había ahorrado un poco de dinero y Dios sabe que era capaz de trabajar. Además, las beguinas no solo eran mujeres piadosas: en su mayoría eran inteligentes y cultas, muchas de ellas provenían de familias acaudaladas. A lo mejor había una de ellas a la que podría hablarle de la conducta injusta del abogado y pedirle consejo. Gesa se arregló el cabello, se acomodó la cofia y cogió su hatillo.

¿Por qué la tata Gesa estaba a los pies de la cama sosteniendo una vela? ¿Ya era la hora de levantarse? Entonces Mirijam soltó un grito, se arrastró hasta el cabezal de la cama y encogió las piernas: ante ella no estaba la buena de Gesa sino uno de los piratas barbudos vestidos de rojo que le lanzaba una sonrisa burlona; el rostro del joven se asomaba por encima del hombro del otro. Dijo unas palabras en su lengua; por lo visto procuraba tranquilizarla, pero Mirijam siguió gritando: no podía evitarlo, gritaba y sollozaba, y no lograba recuperar el control.

El joven pirata se apresuró a depositar un jarro de agua y un trozo de pan en el suelo, luego la cogió de la mano.

—*La!* —dijo, y sacudió la cabeza con vehemencia—, ¡*la!* no! —repitió en tono insistente, pero ella no comprendía sus palabras. Pero un momento, ¿no acababa de decir *hakim*? Así denominaban al médico sarraceno.

—*Hakim?* —preguntó ella con voz trémula.

El muchacho asintió, satisfecho de que al menos hubiese comprendido esa palabra, y le sonrió sin soltarle la mano. Al parecer, sus manos ásperas y callosas —y que pertenecían a uno de sus enemigos— solo pretendían consolarla. ¿Un pirata de corazón blando?

—¿*Hakim* Mohammed? —volvió a preguntar ella para asegurarse, y el joven pirata volvió a asentir. Lentamente, Mirijam empezó a tranquilizarse; el joven siguió hablando pero ella no entendió nada más. Entonces él le tendió el jarro de agua, señaló el pan y le indicó que comiera antes de que ambos abandonaran el camarote. Temblando, bebió un sorbo del agua: sabía bien y también humedeció los labios y la frente de Lucia, que seguía durmiendo. Después se tendió a su lado con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana.

La próxima vez que despertó la intensidad del viento había aumentado y la nave rolaba de un lado al otro. Las ráfagas aumentaron y las olas rompían contra la borda.

¿Había llegado el final? Estaba como paralizada, incapaz de pensar y de sentir.

—No temas, Lucia, estoy aquí, a tu lado —susurró al oído de su hermana—. Te sostendré. ¿Quieres que te cante una canción? ¿Cuál te gustaría, la del corderito en el prado?

Sostenía a Lucia con una mano y con la otra trataba de aferrarse a la litera. La farola se balanceaba y golpeaba contra el techo del camarote hasta que se apagó, pero Mirijam siguió cantando. Cantaba sobre los blancos corderos que retozaban en el prado primaveral donde crecían las margaritas, brincaban, jugaban a cogerse y disfrutaban de los tibios rayos del sol. Cantó sobre las alondras que se elevaban al claro firmamento y se dejaban caer entonando la más bella de las canciones. Al principio cantó en voz baja, pero en algún momento dejó de pensar en los piratas y en

que quizá moriría pronto y su voz se volvió más firme. Sus canciones la trasladaron a su hogar.

Ella también había disfrutado de unos días tan maravillosos como los de las canciones. En cierta ocasión la acompañaba Cornelisz y sus rizos brillaban como el oro. En aquel entonces el sol lucía en un cielo sin nubes y en los manzanos zumbaban las abejas, pero ahora estrechaba a su pobre hermana entre los brazos y cantaba solo para ella. Para mayor seguridad, se había tendido a través de la litera de Lucia para no caer al suelo debido al fuerte oleaje. Cantaba y canturreaba para sus adentros, pensando en Gesa y en su padre, en Cornelisz y en los escribientes de la agencia, en el puerto y en los verdes prados junto al dique del río Schelde. Cantó y acunó a Lucia hasta que le dolió la garganta; lentamente, los primeros rayos del sol penetraron en el camarote a través de la pequeña ventana. ¿Es que la nave ya no rolaba tanto como antes o se lo estaba imaginando? ¿Amainaba el viento?

Uno de los piratas abrió la puerta, gritó unas palabras y le arrojó un montón de ropas y paños. Entonces Lucia despertó y se incorporó.

—¡Por fin! —gritó Mirijam, riendo y poniéndose de pie—. ¡Has despertado, has sobrevivido al veneno!

Cogió a su hermana de las manos.

—Querida Lucia, ¿cómo te encuentras? ¿Cómo estás?

La mirada de Lucia se deslizó en torno del camarote, aún parecía medio dormida.

—¿Me oyes? Soy yo, Mirijam. Dime algo, te lo ruego, háblame.

Lucia se tambaleó y se lamió los labios.

—Agua —susurró, y Mirijam se apresuró a darle de beber—. ¿Por qué se agita la habitación y por qué estás tan desaliñada?

¡Ay, esa era su Lucia! Mirijam casi suelta un grito de alegría, pero, sin embargo, habló atropelladamente:

—¿No lo recuerdas? Estamos a bordo de un barco, por eso se bambolea de un lado al otro. Los piratas abordaron la *Palomina* y tuvimos que bajar a tierra y mi vestido se ensució y después arranqué un trozo del dobladillo para quitarte el veneno de la boca. Te administraron una tintura de mandrágora y has dormido durante mucho tiempo, pero ahora todo irá bien.

Luego le informó rápidamente sobre la traición del capitán Nieuwer.

—¿Lo comprendes? Además, hemos de decidir si no sería mejor reconocer que somos las hijas de nuestro padre y por ello candidatas a que paguen un rescate por nosotras, ¿qué opinas? Por ahora no lo he hecho.

¡Qué bien que volvieran a ser dos y ella ya no se viera obligada a tomar decisiones sola!

No obstante, o Lucia no había escuchado sus palabras o bien no las había comprendido, puesto que seguía mirando en torno con desconcierto.

—¡Qué desorden! —dijo, señalando la confusión que reinaba en el camarote. Al parecer, aún estaba medio dormida.

El corsario aguardaba en el umbral. De pronto las increpó y ambas muchachas pegaron un respingo. Si Mirijam interpretaba sus gestos correctamente, les indicaba que debían subir a cubierta y darse prisa, que él las acompañaría.

Lucia no tenía la menor intención de levantarse de la litera, pero Mirijam tironeó de ella hasta que por fin se puso de pie; se apoyó contra la pared procurando no perder el equilibrio al tiempo que Mirijam trataba de ponerle una prenda parecida a una bata, pero debido a la marejada tardó en lograrlo. Cuando el pirata se acercó para ayudarla, la muchacha gritó:

—¡No la toques, pobre de ti si tocas a Lucia!

Desconcertado por el inesperado bufido, el hombre dio un paso atrás. Por fin logró ponerle a su hermana el vestido similar a un saco y luego se apresuró a ponerse la otra prenda, comprobó que el paquetito aún estaba allí y se tranquilizó.

El pirata indicó el largo trozo de tela, después señaló su turbante instándolas a cubrirse la cabeza de manera parecida. Lo de ponerse las camisas resultaba comprensible puesto que sus vestidos estaban desgarrados y sucios, pero ¿un turbante? Por otra parte, los dorados cabellos de Lucia ya habían provocado un alboroto con anterioridad, así que plegó los trozos de tela, sujetó uno en torno a la cabeza de Lucia al estilo de las campesinas y se cubrió la cabeza con el otro. En otro momento, ambas hubieran reído a carcajadas al presentarse con ese aspecto.

—Ven, Lucia, yo te conduciré —insistió Mirijam, lanzando una mirada nerviosa al siniestro pirata, y la empujó hacia la puerta—. Piensa que veremos el cielo —dijo, procurando persuadirla— y respiraremos aire fresco. Ven de una vez, solo serán un par de pasos.

Ante la puerta del camarote una mancha oscura de sangre seca atrajo su atención. Allí, justo en ese lugar, el sobrecargo había muerto entre sus brazos. Mirijam tragó saliva y se apresuró a desviar la mirada.

En cubierta, la luz las deslumbró como si fuera nieve blanca y reluciente; pese a que lucía el sol, el aire era fresco. Miriam cogió la mano de Lucia pero esta la apartó de un empujón y se tambaleó a través de la cubierta. El pañuelo que llevaba en la cabeza se deslizó a un lado, tenía un aspecto lamentable con sus cabellos desgreñados y la mirada perdida.

«Pero quizá mi aspecto no es mucho mejor», pensó Mirijam, y la siguió.

Por suerte su hermana aceptó permanecer junto a la borda, donde se aferró a la barandilla, le dio la espalda a la actividad en cubierta y dirigió la mirada hacia la tierra firme que lentamente surgía del mar. Estaba pálida y ojerosa y mantenía los labios apretados.

—A que el sol y el aire fresco son agradables, ¿verdad?

Lucia no contestó, se limitó a asentir con la cabeza.

Pese al alivio provocado por el despertar de Lucia, Mirijam se sentía inquieta. Lucia estaba cambiada, como si algo le faltara, si bien no hubiera podido precisar qué era eso que había perdido. En todo caso, su hermana mayor no se comportaba como antes y resultaba desconocida, casi como si fuera otra persona.

Mirijam hizo otro intento de despertar el interés de Lucia.

—¿Dónde nos encontraremos? A lo mejor hoy incluso bajaremos a tierra, ¿no lo crees así? ¿Dónde crees que tomaremos tierra?

—En España, claro está, ¿dónde más?

Mirijam se quedó boquiabierta. ¿España? ¿Acaso Lucia de verdad creía que tomarían tierra en España?

Cuando entraron lentamente en una bahía rodeada de colinas, el viento henchía las velas. A juzgar por los semblantes alegres de los piratas que poco a poco empezaron a subir a cubierta, Mirijam concluyó que se acercaban a la meta del viaje.

Ante ellos y bajo un cielo profundamente azul se extendía una amplia bahía protegida del mar por una península y diversas islas. Tras la bahía se elevaba una ciudad resplandeciente con casas de varias plantas edificadas en la ladera de una colina. En el azul detrás de la ciudad blanca se elevaban montañas de cimas nevadas.

—¡Mira qué ciudad más bonita, Lucia! Mira las torres de puntas doradas y cúpulas brillantes. Pero las casas tienen un aspecto extraño, ¿no te parece? La parte superior es plana, como si no tuvieran techo.

Lucia también contemplaba la ciudad blanca edificada en las colinas y asintió. Se quitó los cabellos de la cara y dijo en tono ligeramente condescendiente:

—Pues las casas de Andalucía son así, supongo que no lo sabías.

—¿Así que esa es una ciudad andaluza? ¿Estás segura?

—Desde luego. Me pregunto si ya nos están esperando —dijo, y se llevó la mano a la frente para otear aunque aún no se apreciaba ningún detalle.

Algo le dijo a Mirijam que Lucia se equivocaba; si resultaba que esa era una ciudad andaluza sería estupendo, pero a Mirijam las casas en forma de cubo le parecían extrañas. No se veían techos a dos aguas ni chimeneas por ninguna parte, aunque por supuesto que ignoraba si las casas españolas disponían de estos. En su lugar se elevaban delgadas torres del conjunto de casas planas y en muchos lugares altos árboles y zonas de un verde frondoso interrumpían el paisaje blanco y resplandeciente.

—Al-Djesaïr —dijo alguien de pronto. Era el muchacho pirata que estaba de pie a su lado y señalaba la ciudad con gesto orgulloso—. ¡África, Al-Djesaïr, hogar! —exclamó, presionó su corazón con ambas manos y besó la punta de sus dedos. Era

evidente que amaba ese lugar.

Así que África, no Andalucía. Mirijam ya había oído hablar de las ciudades de Orán y Túnez, de Trípoli y de otros lugares extranjeros de la costa de África del Norte, pero nunca de Al-Djesair.

Desde el puerto se acercaron pequeñas barcas abiertas, ocupadas por hombres que parecían hermanos de los piratas. Estaban envueltos en gruesas capas de lana y llevaban gorros abrigados; la temperatura era suave pese al viento que soplaba desde las montañas cubiertas de nieve. Las barcas se acercaron a la borda de costado y, supervisados por los piratas, los primeros prisioneros se encaramaron a la borda y luego fueron transportados a tierra en las barcas. En la proa de una de las barcas aparecían elegantes trazos que Mirijam identificó como palabras escritas en árabe, así que se encontraban efectivamente en tierras árabes. Mirijam lo había sospechado.

—¡Eso no es Andalucía, Lucia! —exclamó—. ¿Me oyes? ¡No es España!

Pero Lucia ya se había alejado de la borda y se incorporó a la fila de los que descenderían a las barcas.

—Espera, Lucia.

Cuando Mirijam se abrió paso entre los hombres alguien la cogió del brazo.

—¿De dónde sacas que eso es España? Eso que ves es nuestra bella ciudad de Argel, sede del pachá, el gobernador de nuestro honorable sultán de Constantinopla, a quien Alá regale una larga vida.

Quien hablaba era *hakim* Mohammed, el médico sarraceno que la detenía con sus explicaciones.

—Estamos en África —prosiguió—. ¿Tu amiga se encuentra mejor?

—Así parece —contestó Mirijam—. Ha dormido y no ha vuelto a gritar ni a agitarse.

Se soltó de la mano del médico y buscó a Lucia con la vista. Esta acababa de subir a una de las barcas.

Mirijam se apresuró a abrirse paso entre la fila de los prisioneros para seguirla, pero la barca de su hermana ya se alejaba de la nave. Alguien le pegó un empujón y cayó al suelo. Solo vio pies desnudos, botas y zapatos, tantos y tan peligrosamente próximos que se cubrió la cabeza con los brazos. Por fin logró volver a ponerse en pie, pero entretanto la barca de Lucia ya solo era un punto que subía y bajaba en medio de la bahía, y cuando por fin Mirijam fue trasladada a una de las barcas, la otra ya había desaparecido.

En el puerto reinaba un gran ajetreo. Innumerables hombres de tez negra o bien oscura, en su mayoría envueltos en amplios atuendos, capas abrigadas y turbantes multicolores en la cabeza, rodeaban el muelle formando una calle. Permanecían muy juntos los unos a los otros y los prisioneros se vieron obligados a pasar entre ellos. Los espectadores reían, aplaudían y les daban la enhorabuena a los piratas.

Mirijam se deslizó entre los hombres para alcanzar la punta, tenía que volver a encontrar a Lucia. De pronto recibió un latigazo y se encogió de dolor. Los

prisioneros que la rodeaban también se agacharon protegiéndose la cabeza con las manos, porque de repente empezaron a llover latigazos de todas partes. Los guardias azotaban a los prisioneros y los obligaban a avanzar como si quisieran demostrarle su superioridad al público. La comitiva salió del puerto, atravesó una puerta de la enorme muralla y penetró en una estrecha callejuela. ¿Dónde estaba Lucia? Mirijam pegó un brinco para ver mejor y de pronto descubrió la cabellera rubia en las proximidades.

—¡Aguárdame, Lucia! —gritó, con la esperanza de que su hermana la hubiese oído. En todo caso, Mirijam solo tenía un objetivo: atravesar la multitud y darle alcance a su hermana. Se agachó y se deslizó a través de los huecos entre los cuerpos, pero eran demasiadas las personas que se abrían paso hombro contra hombro a través de la callejuela. Por suerte, todos avanzaban en la misma dirección, antes o después tendría que volver a reunirse con Lucia.

De pronto dejaron atrás las sombras y la estrecha callejuela y, deslumbrados por la luz del resplandeciente sol invernal, los prisioneros entraron tropezando a una amplia plaza. Mirijam también parpadeaba cuando repentinamente —casi como de milagro— Lucia apareció a su lado.

—Aún no ha acudido —dijo su hermana, mirando en torno—. Tendremos que esperar.

—¿Acudido? ¿Quién?

—¿Quién? Pues don Fernando, mi prometido, claro está —dijo Lucia, y sacudió la cabeza como si el cerrilismo de Mirijam le resultara incomprensible.

Mirijam se estremeció. Pobre Lucia, todavía no lo había comprendido; la cogió de la mano, la acarició y dijo:

—Escúchame bien, Lucia: esto no es España.

A sus espaldas un número cada vez mayor de prisioneros se abrían paso a la plaza. Se llevaron por delante a las muchachas y las empujaron a un lado, pero Mirijam no soltó la mano de su hermana: Lucia debía comprender que se encontraban en un gran apuro.

—Nadie vendrá a recogernos, ¿lo entiendes? ¡Somos prisioneras! Los piratas atacaron nuestras naves y nos tomaron prisioneras —dijo, y señaló a todos los hombres que las rodeaban—. ¿Lo ves? Todos son prisioneros.

Desconcertada, como si solo entonces se percatara de la presencia de todos esos hombres, Lucia la miró. Luego se dirigió al más próximo y preguntó:

—¿Sois Fernando? —preguntó con una sonrisa cordial.

El hombre la miró fijamente.

—No, me llamo Frans, para servirla.

Lucia examinó los rostros de los demás, pero antes de que pudiese dirigirle la palabra a otro, Mirijam le rodeó la cintura con el brazo, la apartó y, con voz trémula,

dijo:

—Déjalo ya, Lucia, pronto encontraremos a tu Fernando.

A la sombra de un frondoso cenador un hombre soberbiamente ataviado y de tez casi blanca aguardaba sentado encima de una montaña de blandos cojines. Su turbante de seda púrpura estaba adornado de un diamante grande como el huevo de una codorniz.

«Ese ha de ser el gobernador de esta ciudad», pensó Mirijam, el pachá del que había hablado el médico sarraceno. Lo abrigaban numerosas mantas, pero por debajo de estas se vislumbraba una chaqueta con bordados de oro y unos amplios pantalones. Diversos braseros rodeaban los cojines y le proporcionaban calor, pese a que en realidad no hacía mucho frío.

Se servía frutas escarchadas y pequeñas galletas de un enorme cuenco con adornos dorados y durante unos instantes su mano cubierta de anillos vacilaba por encima de los dulces antes de escoger uno con la punta de los dedos. Su mirada era adormilada, como si se aburriera y solo lograra disimular su tedio haciendo un esfuerzo. Mirijam no podía imaginarse algo más inofensivo que un hombre que comía dulces; sin embargo, el pachá irradiaba autoridad, quizá se debía a la muralla de hombres barbudos armados de lustrosas cimitarras apostados a sus espaldas y cuya mirada vigilante examinaba a cada uno. Mirijam no pudo apartar la vista del hombre y su guardia de corps.

Todos los prisioneros debían presentarse ante él uno por uno. El pachá alzó la vista e indicaba hacia la izquierda o hacia la derecha con el pulgar, entonces el prisionero era llevado detenido en esa dirección. Cuando por fin les tocó el turno a las muchachas, dos piratas arrastraron a las hermanas hacia delante y las dejaron ante el pachá. Luego hicieron una reverencia y se situaron detrás de las muchachas. Mirijam se acercó a Lucia; eran las únicas prisioneras femeninas cobradas durante el ataque.

El pachá empezó por contemplar a Lucia y luego a Mirijam, y por fin esbozó una sonrisa de satisfacción. Les dirigió unas palabras a los piratas apostados detrás de ellas y estos respondieron con otra reverencia. Después el pachá indicó que Lucia se alejara hacia la derecha, luego agitó la otra mano indicando que Mirijam se dirigiera a la izquierda, como si se limitara a espantar una mosca fastidiosa. Mirijam se aferró a la mano de Lucia pero los piratas separaron a las hermanas con violencia y, a empujones, obligaron a Lucia a avanzar. Esta se unió a los demás prisioneros y le lanzó una mirada un tanto irritada a Mirijam, pero después se volvió y, con aire sosegado, se unió a la fila de prisioneros como si ello tuviera su razón de ser.

Los piratas empujaron a Mirijam en dirección opuesta. Al volverse, vio que Lucia permanecía en la otra fila con expresión indiferente, los cabellos desgredados le cubrían el rostro y sus manos colgaban a su lado como si no le pertenecieran.

—¡Lucia! —gritó, pero su hermana no pareció oírla.

De pronto un latigazo golpeó a Mirijam en la cabeza y se tambaleó. Uno de los prisioneros la agarró del brazo y la ayudó a levantarse; dijo unas palabras pero debido al aturdimiento, no las comprendió. Era como si un grueso gorro le cubriera la cabeza y un instante después, colocaron argollas de hierro en los tobillos de todos los prisioneros y sujetaron a seis u ocho de ellos entre sí mediante cadenas fijadas a las argollas. A Mirijam también le colocaron una argolla y la encadenaron; entonces resonó una orden y los prisioneros se pusieron en movimiento caminando en fila india.

—¿Dónde está Lucia? —preguntó Mirijam cuando el aturdimiento desapareció, y miró en torno buscándola con la mirada y, cuando trató de asomarse por encima de las cabezas de los demás, tropezó, impedida por la pesada cadena.

—¿La rubia? Allí está, remontando la colina, quizá la destinen a un harén —dijo uno de los hombres a sus espaldas, e indicó la callejuela que ascendía a lo largo de la colina.

Cuando se volvió, Mirijam aún alcanzó a ver a su hermana que, flanqueada por varios piratas, desaparecía entre las sombras de las casas.

—¡Lucia! —gritó, desesperada, pero hacía rato que su hermana ya no podía oírla.

Harén, había dicho el hombre; presa del terror, no pudo seguir avanzando y la fila de prisioneros se detuvo. La cadena del que iba en cabeza se tensó, los hombres tropezaron, los de detrás la empujaron y todos se tambalearon.

—Venga, sigue caminando, ¿o acaso quieres recibir otro latigazo?

Mirijam dio medio paso hacia delante, pero luego volvió a detenerse.

—¡No te detengas, por todos los demonios! ¡Vamos, sigue!

Desde atrás, los hombres que se encogían bajo los latigazos de los guardias la empujaron y la obligaron a avanzar. Mirijam volvió a tropezar, pero recuperó el equilibrio y la procesión se puso lentamente en marcha.

Avanzaron cuesta arriba a través de estrechas callejuelas. Mirijam avanzó tropezando, estaba enceguecida y ensordecida y solo concentrada en no tropezar con la cadena de hierro. ¿Dónde estaba ese harén al que llevaban a su hermana, y adónde la llevarían a ella misma?

Una vez llegados a una fortaleza construida de toscos bloques de piedra, les quitaron las cadenas a los prisioneros y los hicieron avanzar a través de un laberinto de oscuros pasadizos.

—*Bagno* —Mirijam oyó que decían—, mazmorras.

La encerraron en una celda maloliente donde se dejó caer en la paja mohosa y se cubrió el rostro con las manos. Le dolía la cabeza, le ardía la oreja y también los pies. Tuvo que caminar descalza y las piedras le lastimaron las plantas, pero eso no era lo principal: se había quedado sin fuerzas. Ya no era capaz de pensar y lo que veía la espantaba; procuró ordenar sus ideas pero fue en vano, solo sabía que estaba indefensa e impotente y sumergió la cabeza más profundamente entre los brazos. ¡Ojalá lograra despertar de esta pesadilla y borrar los últimos días! Nunca había sentido una desesperación tan profunda. Había perdido a Lucia, al igual que a su padre y a Gesa e incluso a Cornelisz... todos habían desaparecido. «Estoy sola —pensó—, completamente sola». Mirijam se echó a temblar... y por fin pudo llorar.

Mirijam ignoraba durante cuánto tiempo sucumbió al miedo y al dolor, pero cuando sus lágrimas se secaron, se sintió curiosamente reconfortada y recuperó la capacidad de reflexionar. Tenía que existir un camino que la condujera hasta Lucia y se trataba de descubrirlo, pero al mismo tiempo sospechó que esos muros, pasadizos y escaleras que había recorrido, que esas rejas de hierro y esas barreras eran infranqueables.

Al día siguiente apareció el traductor de la *Palomina* acompañado por un gordo escribiente. Mientras el escribiente preparaba tinta y pluma, el antiguo esclavo versado en idiomas contempló la celda de Mirijam con expresión asqueada y, antes de dar un paso cauteloso, frunció la nariz, procurando que su atuendo no entrara en contacto con la mugre.

—¿Nombre? —preguntó bruscamente en francés—. ¿Dónde has nacido? ¿Cómo se llama tu padre?

Cuando la muchacha no contestó, entornó los ojos con expresión aburrida y repitió las preguntas en español. ¡Era un sujeto repugnante! Él mismo había sido un esclavo y quizá por eso disfrutaba contemplando el infortunio de la muchacha.

Mirijam estaba acurrucada en el rincón más alejado y guardó silencio, desesperada y sin saber qué hacer. ¿Acaso no debía revelar su auténtico rango, su nombre y también el de Lucia? Pero ¿y si el capitán Nieuwer hubiese tenido razón al advertirla? «Si quieres seguir con vida, has de callar», había dicho. ¿Habría hablado con sinceridad? Porque eso era más que dudoso teniendo en cuenta su vergonzosa conducta. Pero por otra parte, era de suponer que participaría en el dinero del rescate pagado por ella y Lucia, así que con sus insistentes advertencias se estaba robando a

sí mismo. Mirijam no lograba explicárselo. ¿Y si su advertencia se limitaba a tener valor durante los días transcurridos en la galera, pero no en tierra, en esta mazmorra? ¿Y si había malinterpretado todo? A lo mejor... Mirijam no sabía qué pensar, así que guardó silencio.

Entonces el traductor empezó a interrogarla en diversos idiomas.

—¿Por qué estabas a bordo de la *Palomina*? ¿Cómo se llama tu amiga? ¿Cuál era vuestro destino?

Pero Mirijam no respondió a ninguna de sus preguntas y no demostró la menor reacción. De todos modos, hubiera sido incapaz de decir algo sensato, sabía que en cuanto abriera la boca, se echaría a llorar, pero se negaba a darle esa satisfacción al hombre.

Finalmente, el traductor constató que ella era incapaz de responder incluso a las preguntas más sencillas, llegó a la conclusión de que la prisionera debía de ser una débil mental y puso fin al interrogatorio. Se dirigió al escribiente e hizo un gesto inequívoco, a lo cual este soltó una carcajada revelando sus dientes podridos.

Cuando el traductor abandonó la celda, el escribiente dio un rápido paso hacia delante, la cogió del pelo y tiró su cabeza hacia atrás. Cuando vio la expresión aterrada de la muchacha, le lanzó una sonrisa malvada y se lamió los gruesos labios.

Poco después la trasladaron a una celda más amplia —ya ocupada por varias mujeres— y le dieron una manta, un trozo de pan seco y un jarro de agua. Cuando volvieron a empujarla contra la pared y le pusieron otra argolla de hierro en el tobillo, Mirijam no se resistió... ni siquiera le quedaban fuerzas para sentir miedo.

El escribiente regresó por la noche. Mirijam despertó sobresaltada de un sueño inquieto en el que había caído en algún momento. La luz de la farola oscilaba de un lado a otro, se deslizaba por encima de las mujeres e iluminaba sus rostros. Unas cuantas solo soltaron un gruñido y se dieron la vuelta en su lecho de paja, otras se incorporaron. Una soltó un grito y cosechó un puntapié de su vecina. La luz titilante se acercó hasta iluminar el rostro de Mirijam. El hombre suspiró, satisfecho, luego se inclinó para soltar la cadena y, sin pronunciar una sola palabra, la arrancó de su lecho y la obligó a avanzar.

¿Adónde la llevaba? ¿Acaso se presentaba una oportunidad para huir? Miró hacia atrás: algunas mujeres habían levantado la cabeza y la seguían con la mirada, pero ninguna dijo nada. Después sus rostros volvieron a desaparecer en medio de la oscuridad.

Los lóbregos pasillos estaban iluminados por escasas lámparas de aceite. Enormes sombras se agitaban en las paredes: parecían adelantarse a ellos y al mismo tiempo perseguirlos. El escribiente arrojó a Mirijam a una celda vacía solo ocupada por un caballete de madera en el centro, un jarro de agua y un taburete.

Mirijam se rodeó el cuerpo con los brazos; el traductor todavía no había acudido. ¿Quizás era hora de que le confesara la verdad? Tal vez, y con un poco de suerte, podría convencerlo de que la llevara con Lucia. Consideró que ese era el único camino posible y decidió que en cuanto el traductor pisara la celda, hablaría.

El escribiente apoyó la lámpara de aceite en el taburete y caminó en torno a ella; algo le dijo a la muchacha que tal vez no se trataba de otro interrogatorio, pero, en ese caso, ¿qué quería de ella en medio de la noche?

De pronto el escribiente le arrancó la bata y el delgado y sucio vestido.

—¡No!

Presas del espanto, Mirijam trató de aferrarse a los jirones y cubrirse. Un profundo terror se apoderó de ella, sintió náuseas y trató de tragar saliva, pero en vano: vomitó ante los pies del escribiente hasta que solo surgió bilis de su boca. El hombre sonrió, luego alzó la mano y le pegó una bofetada en la cara; Mirijam cayó al suelo, gimiendo. Le zumbaban los oídos y la sangre brotó de su nariz. Había dejado caer el vestido y se cubrió la cara con las manos. ¿Qué quería ese hombre? ¿Por qué la golpeaba?

El escribiente permaneció de pie ante ella con las piernas abiertas, parecía disfrutar de su temor, no perdía de vista ninguno de sus movimientos, tenía los labios entreabiertos y jadeaba. Mirijam procuró arrastrarse hasta un rincón de la celda, pero el hombre se apresuró a pisarle una mano y ella soltó un grito de dolor. Entonces él alzó el pie, pero Mirijam estaba como paralizada. El hombre le dijo unas palabras y cuando ella no reaccionó, volvió a golpearla. Ella vio venir el primer golpe y se apartó justo a tiempo, pero no pudo esquivar el segundo. El hombre se arrodilló por encima de ella, la aferró del cabello, la atrajo hacia sí y contempló su bajo vientre desnudo. Con una sonrisa satisfecha palpó su abdomen, la espalda desnuda y los glúteos. Mirijam le lanzó patadas e intentó ponerse de pie, pero él la aferró. Estaba atrapada.

—¡Auxilio! —gritó, tratando de golpearlo con los pies—. ¡Auxilio, auxilio!

Sus gritos rebotaron contra los viejos muros y parecieron multiplicarse. Resonaron a través de los oscuros pasadizos y penetraron en las celdas. ¡Alguien tenía que oírlos!

—¡Auxilio! —volvió a gritar, presa del pánico.

Nadie acudió. Mirijam lanzaba patadas, agitaba los brazos, lloraba y sollozaba, pero cuanto más se resistía, tanto mayor parecía el gozo del escribiente. Sus ojos enrojecidos brillaban, sonreía y se relamía. Ni uno solo de sus puntapiés daba en el blanco y tampoco ninguno de sus golpes.

El gordo apretó su gruesa mano contra la cara de ella impidiendo que tomara aire. Le zumbaba la cabeza. «Así que asfixiarse es esto —pensó—, moriré».

El hombre aflojó la mano y siseó unas palabras, pero el zumbido en sus oídos era

tan fuerte que no comprendió nada y se apresuró a tomar aire hasta que el dolor en su pecho cedió y permaneció tendida en el suelo, inmóvil, demasiado ocupada en recuperar el aliento.

De repente el hombre la agarró, la tendió boca abajo por encima del caballete, la presionó hacia abajo y le ató las manos y las piernas a las patas del caballete. Le separó las piernas con sus gordas rodillas, se desprendió del pantalón y embistió su miembro hinchado una y otra vez entre sus nalgas. Mirijam entró en pánico.

—¡No!

Pero el escribiente volvió a cubrirle la boca y la nariz con la mano y ahogó sus gemidos. Después volvió a embestir. Como un animal herido, Mirijam soltó un último aullido, después perdió el conocimiento.

SEGUNDA PARTE

ALCAZABA DE TADAKILT, 1520-1521

Dolores abrasadores envolvían su cuerpo como hierros candentes. Desgarrada, golpeada y cubierta de verdugones, Mirijam flotaba en un mar de suplicio y dolor. No tenía fuerza y se rendía a su debilidad sin resistirse. La superficie salvadora le parecía inalcanzable, un remolino la arrastraba cada vez más profundamente a un abismo poblado de sueños confusos, lobreguez y alaridos, de pólvora, cimitarras y sangre. Allí había un charco, no: un océano de sangre del que emergía el cuerpo de Lucia; llevaba una mortaja, gritaba el nombre de Mirijam y unas monedas cubrían sus párpados. Si las monedas caían, vería los ojos de Lucia, ojos sin vida. ¡Lucia estaba muerta, estaba convencida de ello! Y seguramente, ella tampoco tardaría en morir. ¿O acaso ya estaba muerta...?

Lentamente, flotó hasta la superficie. Había gente hablando, alguien rio, lo oyó muy bien. No: por lo visto aún no había muerto; se mordió los labios, alguien le dio de beber y bajo sus párpados cerrados brotaron lágrimas. Alguien le hablaba, la lavaba, unas manos la tocaban, le limpiaban las heridas y la envolvían en una áspera manta... Mirijam las dejó hacer sin rechistar. Hubiera preferido morir y, una vez más, se sumió en la difusa oscuridad llena de dolor.

—Sí, así está bien —oyó decir a una voz lejana—. Todo irá bien.

Alguien volvió a ocuparse de su espalda y esa vez Mirijam se incorporó presa de espanto, pero una mano forzada la obligó a tenderse en la paja.

—¡Tranquila, muchacha! No te pasa nada. Ya fue bastante difícil hacerse con el ungüento.

Mirijam cedió de inmediato, como si volviera a perder el conocimiento. El ungüento olía a árnica, un aroma agradable y familiar, acompañado de toques que la consolaban y suaves palabras tranquilizadoras. El ungüento surtía efecto, refrescaba las heridas y aliviaba el dolor. Pero aún más agradable resultaba la voz áspera, pero al mismo tiempo curiosamente afectuosa. Era como si la voz lograra adormilar sus dolores, y al tiempo que las manos invisibles vendaban sus heridas Mirijam se relajó y se durmió.

Cuando se volvió a despertar, lo primero que notó fue un horroroso pestazo a inmundicias humanas, paja podrida y excrementos de rata. Tenía sed y, haciendo un esfuerzo, se incorporó. Se encontraba en un lóbrego agujero junto a un par de otras mujeres: un enano jorobado de cabeza enorme —al que solo tras echarle un segundo vistazo reconoció como una anciana envuelta en harapientas faldas— se acercó a ella, le tendió un mendrugo de pan y una copa llena de agua turbia. Extrajo una brizna de paja con un dedo sucio antes de tendérsela a Mirijam.

—Bebe, pero lentamente, no sea que vomites: aquí dentro ya hay bastante mugre.

Mirijam cogió la copa y bebió un sorbito. ¿Sería esa mujer la que se ocupó de

ella, o solo lo había soñado?

—Vaya, pequeña, supongo que lo peor ya ha pasado, ¿verdad? —dijo la enana, apoyó las manos en sus anchas caderas y una sonrisa atravesó su semblante arrugado y desdentado.

Mirijam abrió la boca para agradecerle por el agua, pero su voz no le obedeció. Tragó saliva y carraspeó y volvió a intentarlo, pero no lo logró. Entonces miró en torno con expresión desvalida y se encogió de hombros.

—¡Vaya, madre Rosario de corazón blando, así te lo agradece la pequeña puta! A lo mejor quería otra cosa en el trasero y no un ungüento...

Las otras mujeres encerradas en la celda cacarearon y se pegaron codazos. La observaban y parecían acechar cada uno de sus movimientos. Mirijam calló. Les dirigió una mirada inquieta a las mujeres sentadas en la paja medio podrida. Todas tenían cabellos sucios y desgredados y todas llevaban harapos mugrientos. Mirijam constató que ninguna tenía una dentadura completa.

—¿Tienes hambre? —preguntó la enana.

Y una vez más, ella abrió la boca para contestar pero no consiguió pronunciar palabra. Se llevó la mano a la garganta, carraspeó, tragó saliva y volvió a intentarlo. Nada. De pronto recordó lo ocurrido y su corazón empezó a palpar aceleradamente. ¿Qué le había hecho ese hombre repugnante? ¿También le había arrancado la lengua? Abrió la boca y se la examinó con los dedos de ambas manos, también las encías y los dientes, pero no faltaba nada. ¿Por qué no podía hablar? Mirijam se cubrió el rostro con las manos. ¡Ojalá pudiera sumirse en su sueño una vez más!

Mirijam bajó las manos. La enana acurrucada ante ella asintió y Mirijam comió un trozo de pan.

—Pero siempre despacio, ¿oyes? Porque resulta que no hay más.

Después la anciana se dirigió a las otras mujeres.

—O no me entiende, y eso puede ser, o bien resulta que no habla constantemente como ciertas mujeres.

La respuesta fue una carcajada. Algunas mujeres se acercaron y se reunieron en torno a Mirijam, también la enana.

—Me llaman madre Rosario. ¿Y tú cómo te llamas? Dime quién eres, de dónde vienes.

Una vez más, Mirijam trató de responder, pero esa vez tampoco surgió una palabra de su garganta, ni siquiera un graznido.

—¿Puedes oírme? —preguntó la vieja, y examinó el rostro de Mirijam; esta vaciló, luego asintió. ¿Por qué no podía hablar?

»Abre la boca —ordenó la enana; Mirijam obedeció y dejó que la mujer, que decía llamarse madre Rosario, le examinara la boca.

»Pues no se ve nada. Todo parece intacto.

La madre Rosario palpó la garganta y el cuello de la muchacha y luego la contempló con expresión pensativa. Por fin se encogió de hombros.

—No sé qué le ocurre. Vaya, al menos no nos llenarás las orejas con tus lamentos —dijo.

Las otras mujeres rieron.

—Aún queda un poco de unguento. Date la vuelta, muéstrame tu culito y abre las piernas —ordenó la vieja sin prestar atención a las risas sarcásticas de las otras, y con sus manos arrugadas, sucias y de uñas roídas extrajo un amarillento trozo de tripa de animal de un bolsillo oculto de su falda: Mirijam sintió que podía confiar en esa vieja deforme, quizás era la única de ese lugar que no le haría daño. Y mientras una de las otras mujeres se levantaba las faldas y hacía sus necesidades en la paja, Mirijam obedeció la orden. Sintió náuseas, pero pese a la vergüenza y el asco, le presentó su trasero a la vieja y dejó que se ocupara de sus heridas.

Dolía, ardía como el fuego, «pero no importa», pensó, apretando los dientes. Ya nada le importaba, ni siquiera el hecho de no poder hablar. Solo debía evitar pensar en ello. Además, ¿acaso no era correcto que hubiera enmudecido? De todos modos, no había palabras para describir lo que aquel hombre le había hecho.

A la mañana siguiente el jefe de las mazmorras acompañado de dos guardias entró en la celda. Sus antorchas iluminaron a las mujeres acurrucadas en el suelo cubierto de paja. ¡No, no, otra vez no! Presa del horror, Mirijam se arrastró hacia la parte más oscura: si debía pasar por lo mismo otra vez, moriría. Se ocultó tras las otras mujeres, pero el jefe la descubrió.

—¡Eh, tú! —gritó—. Ven aquí, muchacha, te llevaremos al *souk*.

Arrojó un hábito parecido a un saco y un paño sobre la paja.

—¡Ponte eso y acompáñame! —ordenó, y se dispuso a marchar.

¿*Souk*? Ya había oído esa palabra en alguna parte... significaba «mercado», ¿no?

—¡Eres afortunada! —dijo la vieja enana—. ¡Cualquier lugar es mejor que este! Te aconsejo que aproveches la oportunidad, toma: aquí están tus cosas —añadió, y con la rapidez del rayo le tendió un pequeño paquete.

¡Había vuelto a aparecer como de la nada! Con expresión pasmada, Mirijam contempló el pequeño paquete de su madre. Nadie lo había robado y, por lo visto, nadie lo había abierto. Le hubiera gustado darle las gracias a la anciana, pero no logró pronunciar palabra.

—¡Está bien! —dijo la vieja mujer, que la había observado, y la empujó hacia la puerta de la celda—. Déjalo ya. También puedes conservar la manta. Quién sabe: a lo mejor la necesitarás más que nosotras.

Mirijam se apresuró a ponerse el hábito, envolvió el paquetito en la manta y se lo metió bajo el brazo. Apenas lograba mantenerse en pie. Con torpeza, con un terrible

ardor en la parte baja del abdomen, avanzó a trompicones a través del oscuro laberinto de pasillos y escaleras hedientas detrás de los guardias.

Fuera caía una fría llovizna y Mirijam aspiró el aire limpio antes de cubrirse la cabeza y los hombros con la manta.

En ese momento reunían a un grupo de prisioneros formado por hombres, mujeres y niños y los sujetaron unos a otros mediante cuerdas. Debían de provenir de saqueos anteriores. Mirijam fue obligada a unirse a las mujeres y dejar que la maniataran, pero no tenía inconveniente si ello significaba abandonar ese terrible lugar. A través de la puerta de la fortaleza surgieron otras miserables criaturas, seres humanos de diversas edades y color de piel. Ciertos rostros le resultaron conocidos: al parecer, eran marineros de la *Palomina* e incluso creyó recordar haber hablado con uno u otro de ellos.

Unas cuantas mujeres lloraban, otras se resignaban a su destino con expresión pétrea. Algunas estaban heridas y cojeaban, otras tan débiles que debían sostenerlas, pero absolutamente todas estaban cubiertas de mugre. Muchas parecían haber permanecido largo tiempo en la penumbra de las mazmorras, porque incluso la luz mortecina de ese día las deslumbraba y tenían que protegerse los ojos con la mano. Las mujeres de su fila avanzaban a través de las callejuelas, arrastrando los pies y con la cabeza gacha, sin alzar la vista. «Seguro que han experimentado el horror», pensó Mirijam y, de algún modo, frente a todas esas desesperadas su propio dolor pareció reducirse un poco. Además, cuanto más atrás dejaba las horrendas mazmorras, tanto mejor se sentía.

El raudal de prisioneros avanzaba a través de las calles de los mercados y de un bosque de palos de tiendas a los que habían fijado lonas: una protección contra el sol y la lluvia. Ciertas calles estaban empedradas de piedras lisas, otras solo eran de tierra apisonada que la lluvia convertía en un lodazal.

A su lado pasaban mujeres árabes con la cabeza cubierta por un velo que solo dejaba ver los ojos y niños descalzos chapoteaban en los charcos. A derecha e izquierda del camino se alineaban pequeñas tiendas donde ofrecían toda clase de cosas, desde objetos de latón, bridas y alforjas hasta lentejas, frutas y otros alimentos. El aroma era picante: a pimienta, sudor y estiércol de cabra. Los sacos llenos de especias y los rollos de tejidos evocaron en Mirijam los almacenes de su ciudad natal y se apresuró a desviar la mirada: no quería pensar en ello.

Pasaron junto a unos hombres sentados a la sombra de un muro, observando el evento. Uno de ellos gritó en español:

—¡Hemos de agradecerse lo a nuestro pachá!, ¡una vez más, ha hecho que lluevan esclavos!

Sonoras carcajadas acompañaron sus palabras.

La comitiva se detuvo en una ajetreada plaza entre altos edificios. Hombres de

elegantes atuendos y turbantes blancos hacían avanzar a un grupo de personas maniatadas, tanto de tez negra como blanca. Otros ya ofrecían su mercadería humana a voz en cuello y gesticulaban para atraer la atención de los compradores.

Solo entonces Mirijam tomó conciencia de la palabra pronunciada por el hombre junto al muro: «esclavos», había dicho, que el pachá había hecho llover esclavos. ¿Así que esto era un mercado de esclavos? ¡Ay, ojalá no hubiera hecho caso al capitán! Las consecuencias de sus palabras de advertencia fueron espantosas: Lucia había desaparecido en un harén y por lo visto ella sería vendida como esclava.

¿No habría alguna posibilidad de huir? Tal vez, si lograba persuadir a las mujeres a su lado que huyeran junto con ella... Pero tras echar un breve vistazo a sus rostros que solo expresaban pena y dolor, abandonó la idea. Además ella misma apenas lograba dar un paso, así que ni hablar de echar a correr.

Al tiempo que los guardias comenzaron a obligar a los prisioneros a montar en diversos estrados en medio de la ruidosa multitud, de pronto la plaza pareció girar ante la mirada de Mirijam y los rostros se confundieron unos con los otros. Los gritos de los vendedores de esclavos se confundían con las risas de los espectadores, las ofertas de compra y las exclamaciones de dolor. Se sentía mareada. «No te caigas — se dijo—, no llates la atención». Se frotó la frente, su padre solía hacerlo cuando estaba cansado... no obstante, esa vez no surtió efecto. Entonces inclinó la cabeza hacia atrás y volvió la cara hacia las suaves y frías gotas de lluvia. A lo mejor evitarían el mareo.

Repentinamente, un hombre mayor elegantemente vestido apareció ante ella y le recorrió la espalda con la mano. El susto hizo que se tambaleara un poco, pero no se movió.

—Noble señor, esta niña ya es una muchacha, aunque no lo creáis, solo es un poco delgada.

Mirijam oyó la voz del vendedor de esclavos como de lejos; hablaba en francés, por eso comprendió lo que decía.

—Y aún es virgen, desde luego, podéis confiar en ello, *sîdi*. Solo que en su sabiduría, el Todopoderoso decidió dotarla de un cuerpo de muchacho y también de una inteligencia reducida, tal como me informaron.

Mirijam mantuvo la vista baja.

—No os engañe, puesto que gracias a Alá, soy un vendedor honrado y por eso os he de decir que la niña es muda, señor. Pero ¿acaso no supone una ventaja? ¿No la convierte en una esclava sumamente agradable? Tened en cuenta, *sherif*, noble señor, que nunca os contradirá y jamás será una parlanchina. Además, come como un pajarillo —dijo, le lanzó una sonrisa al posible comprador y mencionó un precio.

El hombre asintió y volvió a palparle la espalda y el vientre a Mirijam, le alzó la barbilla con la mano y le dijo al vendedor que le abriera la boca. Mirijam mantuvo los

ojos cerrados mientras los hombres examinaban sus dientes; aún era como si lo viera todo a través de una bruma.

El hombre le levantó la bata, trató de separarle las rodillas e introducir la mano entre sus piernas. Sus dedos palparon la cara interior de sus muslos.

La bruma desapareció de golpe y Mirijam recuperó el oremus y, antes de que pudiera reflexionar o tomar otra decisión, le pegó un empujón en el pecho y el hombre cayó de espaldas en el polvo.

Un instante después, el puñetazo del vendedor de esclavos también la hizo caer al suelo; permaneció tendida a los pies del estrado y, junto con la mugre, notó el sabor a óxido de la sangre. El vendedor de esclavos ayudó al comprador a ponerse en pie al tiempo que este rezongaba y se frotaba el pecho. Mientras Mirijam se preguntaba si no le faltaba un diente, un anciano la ayudó a ponerse en pie.

—Vaya, vaya, pequeña, estos señores no parecen apreciar semejante determinación en una muchacha.

El anciano llevaba un atuendo de lana color arena y un turbante verde. Meneaba la cabeza y hablaba en tono de desaprobación, pero la mirada de sus ojos azules era divertida. Le quitó la mugre de las ropas y contempló su rostro con mucha atención.

Entonces el vendedor se acercó y alzó el látigo para obligarla a obedecer.

—¡Alto! —dijo el viejo, y lo aferró del brazo—. Alto, amigo mío, acudiré en tu ayuda y la compraré. Aprenderá a ser obediente en mi cocina —dijo, y extrajo un talego de entre sus ropas—. Coge estos cinco dinares y te libraré de esta esclava rebelde en el acto.

Y en un santiamén, antes de que el comprador o el vendedor de esclavos pudieran protestar y antes de que Mirijam comprendiera qué ocurría, el viejo la cogió de la mano y ambos abandonaron el mercado de esclavos.

Con la capa ondeando y dando largas zancadas, el viejo recorrió las calles a toda prisa aferrando a Mirijam de la mano; le dolía la cabeza debido al puñetazo del vendedor de esclavos y la caída desde el estrado. También le dolían los pies, la espalda y el bajo vientre y... ¡En realidad, le dolía todo el cuerpo! Además estaba muerta de frío y, en vez de abrigo, la manta empapada por la lluvia le pesaba en los hombros. Hubiera preferido no dar ni un solo paso más y ocultarse en alguna parte para poder llorar.

¿Adónde se dirigía el anciano? Dijo algo acerca de una partida inmediata y después se preguntó si no sería demasiado tarde. ¿Hablaban con ella o para sus adentros? Él también hablaba en francés, como muchos de los lugareños, en todo caso todos los traficantes de esclavos, y, al parecer, coligió que ella también comprendería sus palabras. No obstante, Mirijam comprendía lo que decía, pero no el sentido de sus palabras. ¿Qué significaba *Chekaoui*, y qué *funduk*, *grand erg* o *Tadakilt*? Cuanto más hablaba, tanto menos entendía y tanto mayor era su confusión. Por fin abandonó el intento.

¿Qué quería ese desconocido de ella? Había fingido protegerla, pero después le pagó dinero al vendedor. ¿Es que ahora era su esclava? Ya era un anciano, quizá lograría escapar de él, ocultarse en alguna parte en medio del caos y después ir en busca de Lucia.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, el viejo le cogió la mano con más fuerza aún. Incluso le rodeó los hombros con el brazo cuando se acercaron a una puerta de la muralla soberbiamente decorada e hizo caso omiso cuando Mirijam intentó retroceder.

—Bien, ya hemos llegado a Bab-al-Garb, la puerta occidental de Argel —dijo—. Allí atrás, en el caravasar, aguardan mis criados, la mula de carga y mi caballo. Allí junto a los árboles, ya puedes ver la muralla.

El viejo saludó a los guardias apostados ante la puerta que registraban minuciosamente a todos quienes la atravesaban.

—Que Alá bendiga tu camino, *sîdi* —gritó uno de los guardias—, y que hagas buenos negocios.

El viejo alzó una mano para agradecerle el saludo, pero sin soltar a Mirijam con la otra, luego siguió caminando a toda prisa.

Los dedos del anciano casi le aplastaban la muñeca, así que una huida resultaría imposible. Tendría que aguardar a que se presentara una oportunidad mejor; varias veces Mirijam volvió la vista hacia atrás y contempló la ciudad, ese conjunto de casas altas, ese laberinto de calles, callejuelas, plazas, cúpulas y torres. En algún lugar, en una de las casas, se encontraba Lucia...

En cuanto llegaron al caravasar, un hombre negro alto y fornido con un turbante en la cabeza apareció bajo un árbol.

—Te saludo, *sîdi* —dijo, y le lanzó una mirada curiosa a Mirijam—. Todo está preparado, tal como tú mandaste, podemos partir.

Indicó algunas mulas cargadas, un burro forzado y un caballo ensillado que aguardaban bajo las arcadas. Luego volvió a mirar a Mirijam.

—Muy bien, Chekaoui, excelente. Esta es nuestra nueva esclava. Al fin y al cabo, hace tiempo que la *signora* insiste en que necesita ayuda. Sin embargo, esta pequeña no podrá recorrer todo el camino a pie, así que descarga la mula para que pueda montar en ella. Pero después hemos de emprender la marcha a toda prisa —dijo el viejo.

La silueta de la ciudad no tardó en desaparecer tras las colinas y la llovizna. El paisaje se volvió rocoso y se notaba la presencia de las montañas cercanas. El criado, montado en el burro, seguía un sendero irregular apenas visible, detrás de él cabalgaba el anciano; se había arrebujado en su manto con capucha y avanzaba a paso lento, pero Mirijam se quedaba cada vez más atrás. El camino era cansado y con cada paso de la mula una punzada de dolor le atravesaba el cuerpo y se tambaleaba en el estrecho lomo del animal, aunque se aferraba a sus cortas crines.

—Has sufrido graves heridas, ¿verdad? —preguntó el anciano en tono preocupado, y se apeó del caballo—. ¿Te torturaron en las mazmorras?

Mirijam asintió desviando la mirada. El anciano la imitó, pero su mirada cordial se ensombreció.

—Ven, descansa un momento —ordenó, la ayudó a desmontar y luego extrajo unos paños de sus alforjas y se los tendió—. Cógelos y úsalos para acolchar la silla. Después te sentarás de costado en el lomo de la mula.

Pero al ver con cuánta torpeza Mirijam manejaba los paños, él mismo formó un cojín blando y lo sujetó al lomo de la mula.

—Bien, ahora todo irá mejor —dijo por fin—. ¿Cómo te llamas y de dónde vienes?

Cuando Mirijam guardó silencio, dijo:

—Soy Alí el-Mansour, señor de la alcazaba y el oasis de Tadakilt. Allí me llaman *sherif hakim*, el honorable médico, porque soy un experto en la ciencia médica. Con la ayuda de Alá ya he logrado ayudar a numerosas personas y liberarlas de sus dolencias.

Mirijam siguió callada.

—¿Por qué no contestas? Me comprendes, ¿verdad? —preguntó Alí el-Mansour con una sonrisa satisfecha cuando Mirijam asintió con la cabeza—. Así que realmente no hablas, como afirmó el traficante de esclavos. ¿Acaso has prestado un juramento?

Muda, Mirijam negó con la cabeza.

—Pero de lo contrario hablas, ¿no? Alguna vez has hablado, quiero decir.

Esa vez ella asintió con vehemencia, abrió la boca pero solo soltó un graznido. ¡Qué pena! Mirijam desvió la mirada.

—Bien, eso lo aclararemos más adelante. En todo caso, intentaré ayudarte también a ti. Mis hatillos contienen diversas hierbas, semillas y esencias con las cuales esta noche te prepararé un remedio, pero de momento coge esto —dijo, y le tendió una pequeña bola marrón—. Póntela debajo de la lengua, deja que se disuelva en tu boca y verás que el dolor no tardará en desaparecer.

¿Pretendía que se metiera esa cosa en la boca? ¡Aún recordaba el remedio del hechicero sarraceno del barco! Mirijam negó con la cabeza.

—¡Oh, sí, tomarás esa píldora! —afirmó el médico—. Porque has de cabalgar más rápido —añadió—, de lo contrario no lograremos llegar hasta el próximo albergue antes de la oración de la noche. Y no pasaremos la noche aquí fuera, en el desierto, donde estamos expuestos al frío, la lluvia y, en esta época del año, incluso a la nieve. Soy demasiado viejo para hacerlo.

Alí el-Mansour volvió a tenderle la pequeña bola.

Ella sabía que no le quedaba otro remedio. Entretanto, había comprendido que de todos modos una huida era impensable, pues no había tenido en cuenta una cosa: ¿dónde había de buscar a Lucia en la gran ciudad de Argel con sus innumerables casas y huir con ella? ¿A quién podía recurrir, puesto que carecía de voz y desconocía la lengua? Claro que la buscaría y también la encontraría y ambas abandonarían esta tierra, pero solo más adelante, cuando se hubiese recuperado y recobrado el habla.

Parpadeó para eliminar las lágrimas y se introdujo la bolita bajo la lengua.

El viejo la había observado, procurando interpretar su expresión sombría; cuando por fin se metió la píldora en la boca, sonrió con satisfacción. Después la montó en la mula, sujetó la brida a la silla de su caballo y ambos continuaron viaje.

El *sherif hakim* reflexionó. En todas las mazmorras sometían a los prisioneros a una violencia brutal y a las peores maldades, ni siquiera se detenían ante una criatura tan delicada como esa pequeña. ¡Con cuánta frecuencia ya había ayudado a los maltratados!, también a aquellos que maltrataban en el *bagno* de Al-Djesair. Y a menudo había considerado que Alá, el dios omnisciente, no le había asignado ese lugar en la vida por casualidad, ese que ya ocupaba desde hacía años. Para él, ayudar a las personas y curarlas no solo era un deber o una tarea loable, era la ley.

Dirigió la vista hacia atrás y vio que su nueva esclava se aferraba a las crines de la mula medio aturdida y que se bamboleaba de un lado al otro con cada paso del animal, pero parecía ser bastante resistente. Le recordaba a alguien, pero no logró recordar a quién; sí, pensó, todo está predestinado. Y todo tiene su sentido aunque uno no lo descubra a primera vista.

En su vida anterior, cuando aún era el cristiano Giuseppe Ferruci, tras estudiar

medicina en Bolonia no solo la había ejercido en las casas de las familias aristocráticas de su ciudad natal de Génova. También había vendado heridas y tratado toda clase de epidemias en los barrios pobres y en el puerto. Antaño había aprendido mucho, en realidad gran parte de su profesión, entre los más pobres de los pobres.

Una vez más, dirigió la mirada a la nueva esclava. ¿A quién le recordaba? Vaya, le vendría a la memoria cuando fuera necesario. Quizás había cedido al impulso de comprar la niña precisamente debido a ese recuerdo borroso, pensó, porque en realidad no le resultaba necesaria para realizar las tareas del hogar, a pesar de lo que opinara su cocinera. Por otra parte, hacía tiempo que había aprendido a cumplir con sus deseos, puesto que no la llamaba la *signora* en vano, y al pensar en la severidad con la que dirigía a los criados, el castillo y su hogar sonrió, divertido.

Trató de rememorar lo que le había ocurrido antaño, cuando él mismo se convirtió en esclavo. Cierta día, durante un viaje a Sicilia, su nave fue atacada y todos quienes se encontraban a bordo vendidos como esclavos. Él tuvo mucha suerte: gracias a su profesión escapó del destino de los galeotes, porque el pachá de Al-Djesaïr tenía necesidad de buenos médicos; Al-Djesaïr, como los corsarios denominaban su ciudad, un escondrijo de mala fama situado en la costa berberisca. Hombres con conocimientos médicos escaseaban en todas partes, tanto en las naves como en tierra y tanto los amigos como los enemigos caían enfermos. Entretanto, muchas personas le debían la vida, y entre ellas, también el hijo mayor del pachá. En aquel entonces estaba afectado por una fiebre muy intensa, que por cierto resultaba muy fácil de curar si uno disponía de los medicamentos adecuados y sobre todo cuando el enfermo era tan fuerte como aquel muchacho. Y cuando él —al igual que muchos otros cristianos— se convirtió al islam y se transformó en un hombre libre, el pachá, el más importante soberano de los berberiscos, le traspasó el castillo junto con el productivo oasis de Tadakilt situado en el gran desierto, en agradecimiento por haber salvado a su hijo.

«Se vive muy bien allí», pensó, tal como ya lo había hecho cientos de veces. Había creado un refugio bonito y confortable en la alcazaba de Tadakilt. Allí no carecía de nada, así que, ¿para qué regresar a Génova o a Italia? Hacía mucho tiempo que no echaba de menos su antigua tierra natal, en algún momento esa nostalgia por los lugares de su infancia y su juventud había desaparecido. En la alcazaba abundaba el agua, los frutos del oasis alimentaban a él y a su gente y su condición de médico respetado y de erudito le permitía vivir aislado y concentrarse en su amplia biblioteca científica, así como en investigar las constelaciones y dedicarse a estudiar la alquimia; dichos estudios ocupaban sus días y a menudo sus noches en vela. Claro que lo uno o lo otro podrían haberlo impulsado a emprender nuevos viajes, puesto que el mundo estaba repleto de enigmas sin resolver... pero hacía mucho tiempo que esos secretos habían dejado de despertar su interés.

Esa noche le preguntó qué le habían hecho en las mazmorras.

—¿Te golpearon?

Mirijam negó con la cabeza: no diría nada, no explicaría nada, había decidido firmemente que ni siquiera pensaría en ello. Apretó los dientes y bajó la vista.

—¿Entonces te forzaron de otra manera? ¿Te quitaron tu virginidad?

Mirijam trató de reprimir las lágrimas. ¿Por qué la martirizaba con sus preguntas? De pronto, volvió a invadirla el horror, trató de respirar, era como si la asfixiaran, como si las manos del gordo escribiente volvieran a cubrirle la boca y la nariz y...

—Tranquilízate, hija mía, tranquilízate. Ya te he dicho que soy médico, un *hakim* como dicen aquí. Nada me resulta desconocido. Ni los dones ni los actos nobles, pero por desgracia, tampoco las crueldades y las maldades de las que son capaces los seres humanos —dijo, le cogió las manos y las acarició. El roce delicado de sus dedos resultaba cálido, suave y agradable. Poco a poco, Mirijam se calmó y logró respirar sin dificultad.

»¿Fue aquí? —preguntó él en voz baja, y apoyó la mano en su vientre y, cuando Mirijam pegó un brinco hacia atrás, le lanzó una sonrisa triste.

Ella negó con la cabeza. ¿Podía confiar en ese médico viejo y amable de ojos azules? A diferencia del sanador de a bordo, irradiaba bondad y sosiego, como si realmente ya hubiese conocido todo lo bueno y todo lo malo de este mundo, tal como acababa de afirmar. Seguro que podía ayudarla, incluso quizá supiera adónde habían llevado a Lucia...

Mirijam bajó la vista. Finalmente hizo un esfuerzo y, roja de vergüenza y vacilante, señaló sus posaderas.

Él había preparado una pomada que refrescaba y aliviaba ligeramente el dolor. Además, le enseñó a formar un *chêche* con un turbante, de modo que la cara y la cabeza quedaban protegidas. Le dijo que en verano era imprescindible cubrirse para protegerse del sol, el viento incesante y el resplandor de las salinas, y ahora, en invierno, del frío y la lluvia.

Era evidente que el clima húmedo y frío lo afectaba y se había envuelto en su gruesa capa provista de capucha. Mirijam tuvo que arreglárselas con la manta: la sujetó a sus hombros y espalda con una cuerda y así se sentía bastante protegida, pero sus pies desnudos estaban helados. Chekaoui, el bondadoso negro de pelo crespo y amplia sonrisa, le dio un par de harapos y le confeccionó unas sencillas sandalias con un trozo de cuero.

—Hemos de contar con la nieve —dijo—. Gracias a Alá, no hemos de atravesar las altas montañas, pero mañana ya llegaremos al desierto y allí puede hacer mucho frío por las noches. Los *djinn* cogen a quien no se cuida y carece de protección, así que necesitas zapatos.

«Otra vez esos espíritus», pensó Mirijam: al parecer, no solo habitaban en el mar sino también en el desierto.

—Chekaoui tiene razón, el desierto es poderoso y peligroso. Es el jardín de Alá, en el que él puede andar sin ser molestado. Nosotros los seres humanos somos demasiado pequeños para el desierto, por eso hemos de protegernos de él.

El criado rio, mostrando sus grandes dientes blancos y asintió con la cabeza; un elogio de su señor lo enorgullecía. Ese negro parecía poderlo y saberlo todo y Mirijam a menudo lo observaba. Es verdad que en Amberes ya había visto hombres de tez oscura, pero nunca de tan cerca. Por eso al principio el negro la inquietó, pero su risa contagiosa era agradable y la consolaba.

Todas las mañanas, antes de emprender la cabalgata, el *hakim* le daba una de las bolitas de color oscuro que volvían soportable los dolores y permitían que pudiera cabalgar. Por la noche le llevaba algo de comer y se encargaba de que se acostara temprano; era un poco como si estuviera al cuidado de un padre.

Pernoctaban en caravasares, esos lugares de descanso protegidos destinados a las caravanas de comerciantes y otros viajeros. Allí había una fuente de agua fresca y forraje para los animales, las personas disponían de depósitos cerrados donde podían guardar sus mercancías y habitaciones protegidas para dormir; además, servían cenas abundantes.

Aunque le ofrecieron un saco de heno y una habitación para mujeres, Mirijam prefería dormir fuera, en el patio y cerca de los animales, porque allí se sentía casi libre. Sentía un gran aprecio por la mula en cuyo lomo cabalgaba. Aunque tenía el

pelo hirsuto y soltaba polvo cuando uno la palmeaba, poseía unos ojos oscuros muy bonitos y un carácter dócil. Chekaoui le daba de comer y de beber, al igual que a los demás animales; en cambio, Mirijam la acariciaba y le rascaba las crines entre las orejas. La pequeña mula permanecía completamente inmóvil y parecía disfrutar de las caricias. Cuando Mirijam se tendía en la paja junto a las pequeñas patas de la mula se sentía curiosamente protegida. A condición de poder tenderse en un montón de paja junto a su mulita no tenía frío y tampoco se sentía sola. Nunca antes había visto estrellas tan numerosas y grandes como en esas noches claras y no se cansaba de contemplar las luces titilantes y resplandecientes en lo alto del firmamento, algunas grandes y próximas, otras diminutas y lejanas. Solo se sentía realmente despierta durante esos breves momentos, mientras de día permanecía en un estado de somnolencia debido al efecto de las pequeñas píldoras de color oscuro, como el médico no dejaba de repetirle todas las mañanas.

Cierta mañana, el *sherif hakim* dijo:

—¿Sabes qué día es hoy? En todo el mundo se celebra el día del nacimiento del profeta Isa con cánticos y misas, con regalos y muchos ricos platos.

Lentamente, Mirijam comprendió a qué se refería el anciano: hoy era Navidad, la gran fiesta cristiana, pero como judía, para ella dicha fiesta tenía un significado distinto al supuesto por el *sherif hakim*.

La Navidad siempre le había agradado, pese a que no podía acudir a la iglesia con los demás, pero ya en los días anteriores toda la casa quedaba patas arriba: realizaban una limpieza general, asaban y guisaban porque Gesa siempre quería preparar manjares especialmente exquisitos. Preparaba manzanas asadas en el horno cubiertas de miel y una infusión caliente de escaramujo. Un maravilloso aroma a cera de abejas invadía toda la casa, la cera con la cual Gesa lustraba los muebles, y también a pan de especias y dulces... Y por toda la ciudad repicaban las campanas. Tras asistir a la misa de Navidad, los amigos de su padre bebían ponche caliente en el salón.

Pero lo más importante era que cada año, en Navidades, el invierno llegaba a Amberes acompañado de la escarcha y el hielo. Todo se cubría de una brillante capa de nieve y los prados se cubrían de hielo; allí los niños patinaban y andaban en trineo durante todo el día, envueltos en el frío aire invernal. Ella también se había deslizado por encima del hielo junto a Cornelisz. ¡Y ambos avanzaban con la velocidad del viento! Él le había enseñado cómo poner los pies e impulsarse y cogida de su mano se había sentido segura. Los rizos de Cornelisz estaban cubiertos de una fina capa de escarcha y por las noches regresaban a casa muertos de frío. Mirijam soltó un profundo suspiro, pero la presión en el pecho persistió: hoy era Navidad.

¡Eso significaba que habían partido de Amberes hacía dos meses! ¿Solo dos meses? No era mucho tiempo a juzgar por lo que había ocurrido entretanto. Puede

que la intención del viejo fuese bondadosa cuando mencionó la Navidad, pero la sensación de lo que había perdido aumentó.

Su camino los conducía cada vez más al sur y el frío invierno quedaba atrás cuanto más profundamente se adentraban en el desierto. Chekaoui conducía la pequeña caravana entre pedregosos *oueds* —como denominaban a los lechos secos de los ríos— a través de un páramo sin senderos nítidos, o al menos eso le parecía a Mirijam. Hacía días que el panorama siempre era el mismo.

Pero eso cambió cuanto más se aproximaban al oasis de Tadakilt. De pronto rastros de rebaños y huellas de carros atravesaron el camino, se toparon con una fuente y luego pasaron junto a una poza de barro en la que elaboraban ladrillos y un número cada vez mayor de aves surcaba el cielo. Por fin, Mirijam divisó el castillo en el horizonte.

La alcazaba de tres plantas del *sherif* Alí el-Mansour, de piedra y de tierra arcillosa apisonada, estaba situada por encima de un amplio y frondoso oasis en el que prosperaban palmeras y árboles frutales, verduras y forraje. Sus angulosas torres ostentaban almenas, ladrillos decorativos rodeaban las estrechas ventanas y por encima de la puerta había extrañas imágenes pintadas, similares a manos.

Cuando la pequeña caravana alcanzó el borde del oasis, criados, esclavos, niños y campesinos se aproximaron a la carrera y, soltando gritos de alegría y trinos, los acompañaron a través de los sombreados jardines hasta el castillo formando una especie de cortejo festivo. Allí una cocinera gorda y un administrador, ambos con amplias sonrisas, aguardaban al señor y sus acompañantes, y tras agradecer a Alá los saludaron y los condujeron al interior.

Los muros del castillo eran gruesos, disponía de cuatro grandes torres y, al igual que los caravasares donde pernoctaron, de patios interiores con árboles y fuentes donde chapoteaba el agua. Uno de dichos patios pertenecía a la cocina, tal como indicaban los fogones. Al parecer, suponía el corazón del edificio y constituiría el nuevo hogar de Mirijam.

Tras ayudarla a desmontar, el *sherif hakim* le palmeó las mejillas.

—Por fin he conseguido una ayudante para ti, *signora* —le dijo a la gorda cocinera que permanecía de pie con las manos plegadas en el vientre junto a su señor y contemplando a Mirijam con expresión escéptica cuando esta desmontó de la mula.

»Déjala en paz durante un par de días —prosiguió el *hakim*—, y aliméntala. Aún es una niña y ha pasado momentos muy malos. No sé cómo se llama, por desgracia, porque no puede hablar, pero tú te las arreglarás, bondadosa como eres: al fin y al cabo sabes cómo tratar a las jóvenes esclavas.

Después se dirigió a Mirijam.

—Has de saber que aquí tu auténtica ama es la *signora* —dijo con una sonrisa, y le guiñó un ojo—. Al igual que yo mismo, la *signora* es oriunda de Italia; a lo mejor

por eso está como hecha para gobernarme a mí, al castillo y a los demás. En todo caso, todo se debe hacer como ella manda y tú también harás lo que la *signora* te encargue. Dentro de unos días te mandaré llamar para que ambos reflexionemos sobre qué hacer para que recuperes la voz. Hasta entonces, obedecerás a la *signora*.

Tras pronunciar dichas palabras, entró en un pasadizo que conducía a su propio patio interior.

Mirijam apretó su pequeño hatillo contra el pecho y lo siguió con la mirada. ¿Cómo se las arreglaría sin su presencia?

En el patio, las mujeres estaban atareadas: por allí correteaban cabras, corderitos, gallinas y pollitos y en un rincón carneaban a un animal. Molían mijo y trigo en molinos de piedra, cortaban verduras y frutas y alguien vertía zumos en jarras multicolores. Habían encendido varios fogones en los que el agua se calentaba en grandes ollas de hierro y junto a los fogones había sacos de carbón de leña.

La cocinera caminó en torno a Mirijam.

—¡Flaca, débil y pequeña, solo es una niña! No habla, no sabe hacer nada, pero sin embargo hay que darle de comer —acabó por bufar—. Ahora sal de mi vista, me ocuparé de ti más adelante. Hay que preparar el banquete, ¿dónde tienes los ojos, Fátima? ¡Presta atención al cuscús! ¡Ay de mí! ¿Acaso he de hacerlo todo yo...?

Hablaba mezclando palabras de varios idiomas, pero Mirijam comprendió algunas, así que logró descifrar a qué se refería.

Se ocultó tras un arbusto próximo al muro, cogió su vieja manta y se envolvió en ella. Más tarde, cuando la cocinera se inclinó por encima de la nueva esclava para alcanzarle un plato de sopa, Mirijam estaba sumida en un sueño inquieto y febril.

Mirijam pasó unos días durmiendo en el patio bajo las ramas de una vieja higuera, agitada por las pesadillas y la fiebre. Aunque allí en el sur no hacía mucho frío, alguien la había cubierto con una gruesa manta. Cuando despertaba solo se sentía vacía y apenada, pero en general estaba sumida en una especie de duermevela. En cierto momento oyó la voz del *hakim*.

—Su alma se ha retirado. Solo sanará cuando regrese.

Fátima y Aisha, dos ayudantes de la cocinera, le traían agua y comida varias veces al día y también unos polvos que el *hakim* había preparado especialmente para ella. Con la vista gacha, dejaban la comida en el suelo y luego se marchaban. Nunca, ni siquiera en el instante en que Lucia desapareció en la callejuela, se había sentido tan sola y perdida como en esos días.

Sin embargo, poco a poco tomó conciencia de su entorno. En vez de las campanadas de la iglesia, allí era el muecín quien convocaba a las personas a la oración. En vez de elegantes vestidos llevaban camisas amplias y largas hasta las pantorrillas, y en vez de sentarse en una silla ante la mesa para comer, todos se

sentaban en el suelo y cogían los alimentos con los dedos de una fuente compartida por todos. Esas comidas en común se desarrollaban de un modo muy correcto, sobre todo porque antes de comer, todos se lavaban las manos en una ceremonia casi majestuosa. Mirijam observaba a las otras esclavas que cargaban con pesadas jarras de agua en la cabeza o arrastraban cestas llenas y pesados sacos. Aspiró el aroma a carne de cordero y especias, escuchó los refunfuños de la *signora* y las conversaciones de las otras esclavas y empezó a aprender el nuevo idioma, una mezcla de francés, árabe y latín vulgar. Vio que maceraban limones en barriles llenos de sal para que no se estropearan; sin embargo, los dátiles, las pasas de uva y los higos se secaban al sol y el carbón de leña para alimentar los fogones se almacenaba en un rincón del patio. De noche cerraban las puertas y los esclavos cogían sus abrigadas mantas y preparaban sus lechos en el patio sobre gruesas esterillas de paja. Solo la cocinera y los esclavos de la casa ocupaban las pequeñas habitaciones dispuestas en torno al patio.

Lo observó todo y le resultó extraño y fascinante. A veces deseaba encontrarse muy lejos de allí, pero otras le hubiera encantado sentir que ella también pertenecía a ese mundo.

Un día la *signora* le enseñó a limpiar las grandes ollas, a cortar la verdura y a acarrear carbón de leña. Mirijam nunca había realizado tareas semejantes, pero mientras trabajaba no pensaba constantemente en Lucia, en su padre o en los verdes prados junto al río Schelde...

Al principio no demostró una gran destreza y de vez en cuando las otras esclavas jugaban sucio con ella. Quien no contaba nada de sí misma y no hablaba era una marginada. Además, no podía alegar nada en su defensa, así que si algo salía mal las demás le echaban la culpa; si echaban en falta algo había sido ella la que supuestamente lo había perdido y si alguna cosa se rompía, solo podía haberlo roto la muda, claro está. Era tan injusto que al principio Mirijam se indignó, pero cuando abría la boca para protestar no surgía ni una palabra.

—Mirad, Azîza resuella como un pez en la arena —decían las otras, riendo.

Le habían puesto el nombre de Azîza y también aprendería a soportar eso.

Al mediodía, cuando hacía mucho calor, la enviaban al huerto del oasis en busca de hierbas frescas; bajo la olorosa penumbra de las altas palmeras, Mirijam brincaba por encima de estrechos senderos y pequeños canales de irrigación. No tardaba en recoger las hierbas y formar un aromático ramito. Luego cogía agua del canal y apagaba la sed, se lavaba la cara y las manos y humedecía su ramito de hierbas para que no se marchitara.

Miró en torno atentamente y aguzó los oídos. «No hay nadie», pensó, las personas y los animales descansaban y en medio del calor, el aroma a hierbabuena y cilantro flotaba en el aire y bajo los rayos del sol filtrados a través de las hojas de las palmeras, las diminutas gotas de agua que había esparcido brillaban como piedras preciosas. ¿Y si ahora, cuando nadie la observaba, intentaba gritar con todas sus fuerzas? Entonces quizá lograría eliminar el nudo que tenía en la garganta...

Ya lo había intentado un par de veces en la alcazaba, pero solo surgieron unos feos graznidos, más similares al gruñido de un animal que a la voz humana. Por eso no dejaba de acumular saliva en la boca y tragarla; también bebía agua a menudo y, al tragar, se restregaba la garganta. Pero por más que bebiera y tragara, el nudo seguía allí. A menudo temía que nunca podría volver a hablar; en esos días, sobre todo poco antes de conciliar el sueño, temía estar hechizada o sufrir una maldición. ¿Acaso no había ayudado al médico de a bordo a administrarle el somnífero a Lucia? No lograba olvidar el frasquito que contenía la mandrágora, esa raíz de forma humana. ¿Y es que no había sido ella que había callado sus nombres cuando se trató del dinero del rescate? ¡Había confiado en el capitán, justamente en el capitán! De día, sus ideas volvían a ordenarse y sabía que los únicos culpables eran los falsarios, los que querían hacerle daño a alguien. Estaba segura de ello, al menos durante el día.

Pero si no había perdido el habla debido a una maldición, entonces tal vez solo tenía un nudo en la garganta, ¿verdad?

Caminó a lo largo del canal de irrigación y contempló las brillantes gotas de agua; en algún momento había reunido la fuerza necesaria, clavó los talones en la tierra húmeda, inspiró profundamente, apretó los puños y cerró los ojos.

Y entonces gritó, gritó con todas sus fuerzas hasta quedarse sin aliento, pero lo que surgió de su boca solo fue un graznido áspero y jadeante, casi como el rebuzno de un burro que interrumpía el silencio del huerto. De pronto un escalofrío le recorrió la espalda: «Pues entonces debo de estar maldita», pensó.

Al día siguiente la *signora* reunió a las mujeres para preparar jabón. Mientras les daba las indicaciones necesarias medía los diversos aceites y repartía los ingredientes.

Mirijam recordó que también la tata Gesa había elaborado su propio jabón. No obstante, en aquel entonces solo podía observar el borboteo del líquido en las grandes perolas desde lejos: las salpicaduras del líquido hirviente y jabonoso podían agujerear la ropa y causar heridas en la piel. Pero hoy debía echar una mano. Una vez que las mujeres mezclaron la ceniza hervida y limpia con el aceite caliente, Mirijam vigiló las ollas. Revolvía la mezcla y no perdía de vista el líquido burbujeante ni un instante: realizar una tarea importante era agradable. Cuando el jabón ya preparado se vertía en moldes para que se enfriara y se secara, resultó muy poroso y puro y, para recompensarla, la *signora* le regaló un puñado de almendras de las buenas, de las que solo estaban destinadas al señor.

Ese día supuso un cambio en su vida; la cocinera la elogiaba con frecuencia cada vez mayor. Estaba satisfecha con su trabajo, a veces tanto como para servirle una taza de leche de cabra, unos dátiles dulces o un huevo duro. En el transcurso de las semanas, las otras mujeres también dejaron de hostigarla y poco a poco se acostumbraron a que Mirijam comprendiera casi todo lo que decían, pero que su respuesta se limitara a asentir con la cabeza o gesticular con las manos.

Una noche, Fátima preguntó:

—¿Quieres acompañarnos al *hamam*, Azîza? ¡Te juro que después te sentirás como una sultana!

Mirijam conocía muy bien la casa de baños, la había limpiado con frecuencia. ¿Es que ese día podría utilizarla ella misma por primera vez?

Cuando las esclavas se desvistieron y solo conservaron un pequeño paño en torno a las caderas, Mirijam bajó la vista, avergonzada. ¡Tanta piel, tanta desnudez! Cuando entraron al baño las envolvió una vaharada de vapor caliente. En la habitación de altas paredes solo ardían dos lámparas de aceite y los pequeños cristales verdes de la cúpula dejaban pasar la luz del atardecer. Se oía el rumor del agua y las voces de las mujeres —que empezaron a untarse el cuerpo de aceite con guantes de hierba trenzada— resonaban en el recinto. Había varias pilas azulejadas que contenían agua caliente, tibia y fría, la solera irradiaba un calor tan agradable que Mirijam no dudó en sentarse sobre los tibios azulejos e imitó a Fátima y las demás. Ella también se untó los brazos y las piernas con el fino aceite, también el pecho y el vientre, para luego volver a quitárselo con una cuchilla.

Después todas pasaron a la cámara siguiente, atravesaron las densas vaharadas de vapor y tras dar un paso, quedaron bañadas en sudor: al respirar por la nariz el vapor resultaba ardiente y solo podía respirar por la boca. Fátima chasqueó la lengua y, compasiva, le tendió un jarro de agua fría. Cuando Mirijam quiso cogerlo, Fátima retrocedió y lo derramó por encima de su cabeza. ¿Se trataría de uno de sus malvados ataques? Mirijam se agachó, pero Fátima soltó una carcajada, complacida por el éxito de la jugarreta. Las otras mujeres también se acercaron y la regaron hasta que

Mirijam cogió un jarro y dio la vuelta a la tortilla. Como si solo hubiesen esperado esa señal, todas las mujeres iniciaron una tremenda batalla de agua y las risas y los chillidos resonaron en el *hamam*. ¡Era una batalla de todas contra todas! Las mujeres se salpicaban, brincaban de un lado al otro y cada vez que el chorro de agua daba en el blanco soltaban un grito.

Más tarde, Mirijam se apartó de las otras, se lavó con el fino jabón y se enjabonó los cabellos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no causadas por el jabón.

¿Cuándo había reído con tantas ganas por última vez? ¿Cuándo había jugado con tanta naturalidad? Las otras mujeres también se habían cansado del juego con el agua y una calma satisfecha reinó en la casa de baños. Se peinaron y se untaron el cabello con aceite mutuamente hasta que cayeron por encima de sus hombros, lisos y brillantes, y vistieron ropas limpias antes de regresar al castillo cogidas del brazo. Fátima marcó el ritmo con las palmas y entonó una canción y las otras la acompañaron de inmediato. Hacía muchísimo tiempo que Mirijam no se había sentido feliz como esa noche.

A partir de ese día, visitó el *hamam* de manera regular junto con las demás criadas para lavarse y luego ponerse ropa limpia. Pero todas las prendas que le dieron eran demasiado grandes y amplias y ni siquiera un cordón sujetado en la cintura lograba impedir que Mirijam tropezara con las largas perneras. Un día hizo de tripas corazón y, mediante gestos, le pidió hilo y aguja a la cocinera.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Coser? ¿Acaso sabes hacerlo? —dijo la *signora*, azorada—. Un corte con la tijera también resolvería el problema, pero de acuerdo, no tengo inconveniente.

Al mediodía, Mirijam acortó las perneras y las mangas y como encontró unos restos de hilo azul, decoró el cuello de la blusa suelta bordando pequeñas flores. Es verdad que coser y bordar no se le daba muy bien, pero el resultado era aceptable. Cuando la cocinera notó los cambios en el atuendo de Mirijam, frunció el ceño con aire sorprendido. Examinó las perneras y los dobladillos, contempló la blusa y luego le lanzó una mirada escrutadora a la muchacha.

—¡Muy bonito! Semejante resultado solo se obtiene mediante la práctica. Sé de qué estoy hablando. ¿Quién eres realmente, Azîza? ¿Acaso eras la doncella de una dama de alcurnia? Es una obra excelente, sobre todo ese delicado bordado —la elogió la cocinera.

Después examinó el costurero y asintió con aire satisfecho: todo estaba en perfecto orden.

La mirada de Mirijam se había ensombrecido. ¡Una doncella! Quien le enseñó a manejar la aguja cuando aún era una niña era la buena de la tata Gesa. A veces le costó un esfuerzo, puesto que estarse quieta no era uno de sus fuertes. Pero las suaves

telas, los brillantes y multicolores hilos de seda y las bonitas imágenes de flores que resultaban si bordaba con diligencia siempre le habían agradado.

La *signora* reflexionó.

—Oye, muchacha —dijo por fin—, haremos lo siguiente: a partir de hoy ya no cargarás jarros de agua ni sacos de carbón, porque te estropearías los dedos. La costurera de la aldea está perdiendo la vista, así que a partir de hoy tú te encargarás de remendar las prendas y los cojines y todo lo demás, puesto que sabes coser. A partir de hoy, tu lugar será la cocina; sí, lo he decidido.

Mirijam se llevó las manos plegadas a una mejilla y alzó las cejas.

—¿Que dónde dormirás? Lo mejor será aquí, en la cocina —dijo la *signora*.

Protegida por la oscuridad, Mirijam sacó su bien más preciado del escondite bajo el carbón de leña. Hasta ese momento, no había tenido el valor de abrir el paquete de cartas. Su madre había dicho que solo debía leerlas cuando se hubiese convertido en una novia o si estaba en apuros. Pero ¿acaso no lo estaba? Así que, ¿qué estaba esperando? Ella misma lo ignoraba. Envolvió el paquete en un paño limpio, lo guardó bajo su esterilla en la cocina y apoyó la cabeza encima.

Esa noche soñó con los almacenes repletos de su padre y con los sacos y los bultos de misteriosas inscripciones amontonados en los almacenes.

Amberes, 1521

Por la tarde, dos galeones cargados hasta los topes, barcos mercantes procedentes de Livorno, amarraron en el muelle y cuando la noche cayó sobre Amberes, el rumor ya corría por todo el puerto. Junto con la carga los estibadores habían llevado la noticia a tierra desde la nave italiana y, tras llegar a oídos de las personas que trabajaban en los almacenes, había llegado a los de los trabajadores del puerto, los proveedores de navíos y los apoderados y después el rumor corrió por toda la ciudad.

Un día duro, repleto de trabajos fastidiosos e intrascendentes —y la obligación de volver a copiar listas ya copiadas— llegaba a su fin, pero no solo para Cornelisz el aprendiz: hacía tiempo que los viejos escribientes de la notaría tampoco debían realizar tareas importantes o urgentes. El aburrimiento reinaba ante todos los viejos pupitres, hacía meses que ningún barco de la empresa comercial de Van de Meulen atracaba en el puerto cargado de mercancías que los escribientes debían examinar, administrar y enviar a los clientes o los mandantes. No tenían que abrir nuevas cuentas ni hacer cálculos y tampoco examinar las cargas de los mercantes e incluso en los almacenes reinaba el vacío. Era como si tras la muerte del viejo Andrees van de Meulen toda la empresa siguiera sosteniendo el aliento.

Decían que el nuevo amo recurría a nuevos medios y que albergaba nuevas ideas con el fin de desarrollar nuevas relaciones comerciales que no tardaría en proporcionarle a la empresa Van de Meulen una situación puntera entre las empresas comerciales de Amberes. Sin embargo, de momento ello no se notaba en absoluto y por lo pronto Cornelisz tampoco había descubierto de cuáles medidas se trataba. A lo mejor eran negocios secretos, de esos que, debido a su situación subordinada como aprendiz, quedaba excluido. En todo caso, por ahora no suponían un aumento del trabajo en la agencia ni de las mercaderías en los almacenes.

Si Cornelisz alzaba la cabeza, podía ver al abogado Cohn, su propio maestro de aprendices, junto a la ventana de la agencia. El hombre flaco y ligeramente encorvado pasaba horas con la vista clavada en el mercado y el puerto. Solo sus manos inquietas que tironeaban de las mangas y del chaleco proporcionaban cierta vida a la figura vestida de negro, sobre todo cuando la luz hacía brillar las piedras coloreadas de sus sortijas.

Aquel día, después de enterrar a Andrees van de Meulen con gran participación de los ciudadanos de Amberes, el notario judío se hizo cargo de los negocios de la empresa. Presentó innumerables disposiciones ante el consejo de la ciudad, todas

certificadas y firmadas por los testigos. Los documentos informaban de la última voluntad del difunto: que el abogado actuara como administrador de la herencia hasta que las hijas se casaran y sus esposos pudieran disponer de la fortuna en sus respectivos nombres. En vista del monto de la fortuna, se trataba de un poder muy amplio que quedó registrado en los anales de la ciudad.

Claro que circularon toda clase de rumores y cotilleos por la ciudad: para muchos habitantes, el abogado seguía siendo un extraño molesto y un marginado, pero el padre de Cornelisz opinaba que solo se trataba de habladurías envidiosas por parte de los criticones o, aún peor, de los adláteres de la nueva religión. Afirmó que los reformistas eran especialmente severos en cuanto al dinero y se tomaban todo al pie de la letra y que por eso se apresuraban a rechazar algo que no encajara con sus ideas.

En dicha difícil situación, el abogado había actuado de manera inteligente, apresurándose a poner en marcha unas cuantas obras caritativas en nombre del difunto y al mismo tiempo a reducir drásticamente los gastos presupuestarios. Mandó cerrar la planta superior de la casa, el servicio se redujo a dos criados y el abogado se instaló en una modesta habitación. Mediante dichas medidas todos podían constatar que quien actuaba era un hombre ahorrativo y responsable que vigilaba la herencia que le habían confiado, un hombre de honor pese a su origen judío. El señor Van Lange, padre de Cornelisz, que al igual que otros comerciantes de la ciudad al principio se había mostrado cauteloso y precavido, acabó por demostrarle su confianza enviando a su hijo a la agencia como aprendiz.

Esa noche, cuando Cornelisz cerró su pupitre, se dispuso a emprender el camino a casa y atravesó el puerto como casi siempre solía hacerlo. Adoraba el aroma del puerto: del agua salobre del río, de los pescados y la brea y las maderas procedentes de tierras remotas almacenadas en los depósitos. La noche ya había absorbido todos los colores y sombras negras invadían cada rincón. Mientras que en las ventanas de las casas burguesas ardían velas, las fondas estaban iluminadas por lámparas de sebo y de aceite cuya luz clara debía invitar a los huéspedes a atravesar las puertas abiertas.

Cornelisz esquivó un montón de paja mojada. Una vez más dejaba atrás un día perdido e inútil y sabía que en el futuro lo esperaba un sinnúmero de días iguales. Días, semanas y meses en los que debía aprender a controlar barriles, registrar sacos y bultos, presentar mercaderías en las ferias y regatear precios para acabar contando monedas y calcular las ganancias; en una palabra: hacer negocios. Eso era lo que debía aprender un futuro comerciante. Asqueado, se limpió las manos en los fondillos del pantalón como si las imaginarias monedas del futuro ya le hubiesen ensuciado las manos. Hasta hacía escasos meses había albergado la esperanza de convencer a su padre de que le permitiera convertirse en pintor, su sueño dorado. Pero este se limitó

a alzar las cejas cuando Cornelisz se armó de valor y le informó de su deseo.

—¿Y la continuación de nuestra empresa? ¿Acaso has perdido el juicio? Eres mi único hijo, ¿o es que lo has olvidado? ¿Pretendes jugarte mi reputación como comerciante? A fe mía, en vez de seguir tonteando con las pinturas por fin aprenderás todo lo que un comerciante ha de saber sobre el comercio exterior. Tienes edad suficiente y, además, hace tiempo que todo ello fue acordado con Van de Meulen.

Al principio el abogado Cohn se negó a aceptar a Cornelisz como aprendiz y vino con excusas, pero su padre insistió en el acuerdo al que había llegado con el difunto comerciante.

—Solo momentáneamente —Cornelisz oyó que su padre le dijo a Jakob Cohn—. Durante unos meses o tal vez un año. Para quitarle las tonterías de la cabeza, ¿comprendéis? Tratadlo con dureza, así aprenderá lo que es la vida real con mayor rapidez.

Al día siguiente, Cornelisz ya estaba sentado ante el pupitre en la agencia Van de Meulen, protegido por el viejo Antonis Laurens, el jefe de la agencia.

Cornelisz alzó los hombros. Los días en la agencia eran largos, mucho más largos que todos los demás días y espantosamente aburridos. Y si no fuera por los otros escribientes y trabajadores del almacén que hacía años que trabajaban en la empresa Van de Meulen, que lo conocían de toda la vida y lo acogieron con toda naturalidad, hubieran resultado absolutamente insoportables. Cornelisz lanzó otro suspiro. Mientras permanecía despierto, las horas solo consistían en cifras. Hora tras hora, apuntaba columnas de cifras sin vida que debía pasar de un cuaderno a otro hasta que la pluma se resistía y su mano perdía fuerza. ¿Así que esa sería su vida? Pero nadie podía enfrentarse a su padre, y él, aún menos.

No obstante, jamás abandonaría la esperanza de un buen día convertirse en aprendiz de un pintor.

Junto con la inútil copia de viejas listas, le resultaba extraño acudir a esa casa todas las mañanas, una casa que tras la muerte del dueño y sobre todo sin Lucia y Mirijam resultaba curiosamente desierta, incluso desconocida. Hasta la vieja tata Gesa, que hasta hacía pocos días a veces le pedía que le echara una mano en la casa y en el jardín, y así le proporcionaba un poco de variación, había desaparecido repentinamente. Cuando le preguntó por ella al abogado, este dijo que se había retirado a una pequeña casa situada en las afueras.

«¡Qué raro que no me dijera nada al respecto! —pensó—. Aunque es verdad que no es la primera vez que ocurre: Mirijam también se marchó sin mediar palabra».

Echaba de menos a su pequeña amiga que, pese a ser una niña, siempre lo había apoyado, escuchado y comprendido su amor por la pintura. Desde la muerte de su madre, la única con la que podía hablar de sus intentos de convertirse en pintor fue Mirijam. No había comprendido del todo qué lo impulsaba, claro está, pero al menos

se había esforzado en entender sus explicaciones. Además lo había admirado, prácticamente adorado, y aunque dicha adoración de vez en cuando lo había avergonzado, en el fondo le agradaba. ¡Era la única que lo elogiaba y lo apoyaba!

Y mientras que con toda seguridad Lucia y Mirijam ya paseaban por la soleada Granada hacía tiempo y disfrutaban de la vida, él ni siquiera tenía permiso para seguir pintando. ¡Ojalá supiera cómo hacer para que su padre cambiara de parecer!

Pero su existencia como aprendiz en la agencia Van de Meulen junto al muelle no solo era una tortura debido a la prohibición de pintar: hasta hacía poco tiempo había considerado que el abogado era un hombre culto e inteligente y lo había admirado. Sin embargo, últimamente dicha admiración empezó a evaporarse cada vez más. El abogado Cohn no solo era de carácter frío y poco locuaz, además acostumbraba a mirarlo de arriba abajo con esos ojos negros y hundidos en su rostro demacrado, así que siempre se sentía fuera de lugar y de más. Cohn lo intimidaba. Según murmuraba la gente, a diferencia de otros comerciantes y artesanos judíos, el abogado jamás participaba de las reuniones en la sinagoga. Cornelisz se encogió de hombros, ¿acaso ya pensaba como los demás? ¿Se interesaba por las habladurías y los cotilleos? No obstante, lo que más temía era convertirse en alguien tan estrecho de miras como ellos.

Contempló la catedral con admiración, cuyas torres que se elevaban contra el cielo nocturno eran aún visibles. Si de verdad la vida real solo giraba en torno a los negocios y los contratos, a las mercaderías y las ganancias, ¿dónde quedaban la belleza y las artes? Esa catedral era el mejor ejemplo de las obras de arte que los maestros constructores y los canteros eran capaces de realizar. ¿Es que sus obras no formaban parte de la realidad también, incluso de un modo bastante más evidente que las pesadas cajas de madera protegidas por flejes de hierro, repletas de florines, ducados y táleros o como se denominaran las demás monedas de todo el mundo?

Si su madre todavía estuviera con vida, seguro que lo comprendería. La echaba a faltar, justo entonces y aún más porque sabía que hubiese intercedido por él ante su padre. Al fin y al cabo, fue ella quien empezó por enseñarle a dibujar, quien le mostró las obras de los grandes pintores y...

—¡Eh, Cornelisz! ¿Ya te has enterado?

La voz de uno de los camareros de una taberna —que barría la callejuela ante una bodega con una escoba de ramitas secas— lo arrancó de sus cavilaciones.

Una de las obligaciones de los camareros consistía en limpiarlo todo antes que los marineros sedientos, los obreros y algún que otro ciudadano acudieran a la taberna.

—A que es una cochina, ¿verdad? Esos miserables deberían arder en el infierno.

Cornelisz asintió brevemente y quiso seguir andando, pero el muchacho lo detuvo.

—Supongo que no te has enterado de lo ocurrido con las hijas de Van de Meulen, ¿verdad? —preguntó, se apoyó en la escoba como si se dispusiera a iniciar una charla prolongada y contempló a Cornelisz.

—¿Qué es eso que ignoro?

—Pues que están perdidas. Adiós, se han ido al cielo, están muertas.

Tras dicha declaración el joven hizo una pausa dramática y se chupó los dientes. Al ver la mirada incrédula de Cornelisz, se apresuró a continuar.

—Corsarios, ¿comprendes? Todo el mundo sabe que allí abajo hay un nido de corsarios y esos se han apoderado de todas las naves. Un botín considerable, puesto que todas estaban cargadas de valiosas mercancías. Los marinos de Livorno, allí en el muelle Jordaens, han dicho que de camino encontraron restos de naufragios: tablas y cosas así. Y cadáveres flotando en el mar. Todo procedente del último convoy en el que también viajaban las señoritas. Vaya, supongo que todo está roto, perdido, hecho polvo y muerto.

El muchacho no solía darse el lujo de ser el portador de semejante noticia, así que su desilusión fue grande cuando, tras un instante de pavor, el joven hijo del comerciante soltó una carcajada.

—¿Y tú te lo has creído? Entonces no puedes haber visto el armamento con el que estaba equipada la *Palomina* como escolta de los otros dos barcos mercantes. ¡Corsarios, qué tontería!

—Pero...

—¡No debes dar crédito a todo lo que cuenta un marino tras beber unas copas de aguardiente! —lo interrumpió Cornelisz—. Si realmente se vieron envueltos en una batalla, y toma nota de que digo «si», pues incluso en ese caso la *Palomina* hubiera izado velas y escapado. Se hubiera largado, ¿comprendes? Y aparte de eso, nosotros los de la agencia hubiésemos sido los primeros en enterarnos de semejante desgracia y nadie nos ha informado nada sobre una batalla naval o un ataque. ¡No debieras dejarte engañar por cualquier bocazas, de verdad!

Entonces se dio la vuelta y siguió su camino. Pero en la siguiente esquina, cuando el camarero ya no podía verlo, echó a correr. Esas naves de Livorno y su inquietante noticia...: si alguien sabía algo al respecto, ese era su padre.

El tiempo cambió durante la noche; junto al muelle, las naves de Livorno se balanceaban en las aguas agitadas y tiraban de los cabos con los que las habían amarrado. Se inclinaban bajo la gélida lluvia torrencial que caía de los nubarrones y en los muros del puerto, los muelles y las plazas se formaban charcos en cuyos bordes pronto se formó una capa de hielo: el frío viento del noreste luchaba con la primavera.

A lo largo de una de las estrechas callejuelas que conducían desde los almacenes a la ciudad se movía una figura oscura. Las sombras reinantes en el laberinto de callejuelas casi devoraban los escasos rayos de luz que iluminaban la ciudad a través de las nubes; sin embargo, el hombre envuelto en un largo abrigo de cuello subido parecía conocer la zona y, aunque no emprendió el camino directo sino que optó por recorrer las estrechas callejuelas y además mantenía la cabeza gacha, el capitán Mario Natoli, comandante de la pequeña flota oriunda de Livorno, avanzaba con paso resuelto. Durante un momento —y debido a la lluvia helada— sintió la tentación de encargar la delicada tarea a un marinero, pero tras reflexionar unos instantes descartó la idea: lloviera o no lloviera, era necesario obtener su propia impresión, puesto que había demasiado en juego.

El camino lo condujo junto a cobertizos y almacenes en ruinas, casi cubiertos por las enredaderas. «Estos y los demás edificios y tiendas en estado ruinoso no tardarán en desaparecer, y muy pronto», pensó; su agente le había asegurado que dentro de poco dejarían lugar a la ampliación del puerto. Amberes florecía, lo decían en todas las costas y todos los puertos. Y no se trataba de sueños inmaduros, producto de especulaciones codiciosas ni de las habituales habladurías de los marineros causadas por el vino. ¡Había visto cifras impresionantes, *madonna!* Pero primero se trataba de aprender a evaluar a ese nuevo empresario y después, de no darse a conocer. El capitán no debía ser reconocido en ningún caso, *no, per dio!* Eso sí que no. Sería mejor no olvidar en ningún momento que debía conducirse como un marinero cualquiera: el abogado tenía fama de ser muy cauteloso y desconfiado. Pero Jeireddín, ese táctico astuto, no habría confiado en él en vano. Al fin y al cabo, se había tomado el tiempo de prepararlo personalmente para ese encuentro.

—Aunque ya lo tengo en un puño, no quiero que lo sepa, aún no. Sabéis lo que sus suministros podrían significar para el ejército del sultán, ¿verdad? ¡Hay mucho en juego, así que habéis de estar en guardia!

Le proporcionaría un gran honor y de todos modos, nada podía salir mal y, una vez que lograra que ese supuesto abogado se sintiera a salvo, él y Jeireddín podrían poner en marcha sus negocios con toda tranquilidad y en algún momento, cuando les apeteciera, cerrar la trampa. Semejante demonio se lo merecía con creces si alguien le

exprimía hasta la última gota de sangre lenta y pacientemente.

El capitán Natoli se detuvo unos instantes en cada esquina para mirar en torno y aguzar los oídos, luego siguió caminando a toda prisa a través de la oscuridad. Poco a poco, el olor a puerto y pescados disminuyó y las casas se volvieron más altas y más lujosas.

«¡Qué clima tan horroroso reina aquí en el norte!», pensó, cuando una ráfaga de lluvia le azotó la cara y se arrebujó aún más en su abrigo.

Media hora antes de la medianoche, cuando el sereno acababa de pasar por el mercado Grote con su farola que lanzaba un destello amarillento, la sombra pasó junto a las elegantes casas de altos frontones. Se detuvo un momento y aguzó los oídos para comprobar que el sereno no se había acercado, luego atravesó la plaza apresuradamente y desapareció en un estrecho pasadizo del mercado Koorn.

Tal como habían acordado, la puerta de madera no estaba cerrada. Cuando la sombra atravesó el umbral y entró en la casa, a lo lejos resonó la voz del sereno. En el interior se encendió una luz e iluminó un pequeño recinto, donde al parecer los únicos muebles eran una cama y una mesa.

—¡Date la vuelta! ¡De cara a la pared!

La orden siseada en voz baja procedía de un hombre alto y flaco situado en el otro extremo de la habitación, cuyo oscuro atuendo se confundía con la penumbra. El capitán solo vio el brillo de una gorguera blanca, pero el semblante del hombre permaneció a oscuras. El visitante obedeció pero sin darse prisa y volvió el rostro hacia la pared, al tiempo que se quitaba el abrigo de lana y lo sacudía para eliminar las gotas de lluvia.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —preguntó el hombre que le había franqueado la entrada.

—Este año el aceite de Livorno no es amargo, manda decir mi capitán.

Esas palabras eran la contraseña acordada.

—¿Traes algo para mí?

—Sì, *signore*. Por desgracia mi *capitano* no pudo acudir personalmente pero consideró que seguramente queríais obtener esta noticia lo antes posible, por eso me envió a mí. He de entregaros esta carta con sus saludos más respetuosos. Nos la trajo un mensajero, junto con este paquete. ¡Qué noche tan inhóspita, *madonna*!

El hombre oriundo de la soleada ciudad de Livorno se estremeció y extrajo algo de debajo de su abrigo. No alzó la cabeza al sacar una carta sellada y un paquete envuelto en harapos de un bolsillo interior y se los tendió al hombre, pero lanzó una rápida mirada en derredor procurando observar todo lo posible.

—¿En qué lugar llevaron a bordo esta carta?

—*Scusi, signore*. No entiendo.

«Un sencillo marinero no puede saberlo todo», pensó el capitán sin alzar la

cabeza. En todo caso, para que su camuflaje no fuera descubierto era mejor parecer un tanto duro de mollera.

—¿En qué puerto, quiero decir? ¡Ay, da igual! Dámelo.

La luz de la vela iluminó una mano huesuda de uñas largas cubierta de sortijas que cogió la carta. Después señaló el paquete de tela sujetado con un cordel.

—¿Qué es eso? ¡Ábrelo!

—*Sì, signore, bene.*

Al principio los nudos se resistieron a los esfuerzos del italiano arrodillado en el suelo, que procuraba desatar el cordel con dedos entumecidos, pero por fin lo logró. El paquete se abrió y bajo la luz titilante de la vela aparecieron un delicado cuello de puntillas y un trozo de seda azul, ambos desgarrados y manchados pero todavía reconocibles como una parte de un atuendo femenino.

—¡Ajá!

Eso fue lo único que dijo el hombre; sin embargo, el capitán Natoli oyó su tono de satisfacción y de triunfo. Jeireddín ya había pronosticado que esos jirones de tela confirmarían lo que ponía en la carta. Natoli alzó disimuladamente la cabeza y lo que vio fueron un par de ojos negros y brillantes que contemplaban el trozo de seda con mirada satisfecha y una nariz aguda cuya sombra oscurecía una boca de labios finos. El italiano se apresuró a bajar la vista y ponerse de pie.

—Ten, entrégale esto a tu capitán —dijo el hombre por fin, y le tendió un talego en el que tintineaban monedas de oro—. Dile que estoy sumamente satisfecho y también que la ampliación del puerto es cosa hecha. A partir de la primavera, los comerciantes de la Hansa realizarán su comercio con Inglaterra desde aquí, lo cual supondrá un gran alboroto. Y eso resultará muy útil para nuestros planes. Nadie se ocupará de mí o de cualquier historia relacionada con la minería y las entregas de minerales. Dile que transmita esta noticia, él ya sabe a quién. ¿Lo has comprendido?

Natoli, procurando parecer lo más tonto posible, se encogió de hombros.

—Aguarda, estúpido, te lo apuntaré. ¿Por qué soy justamente yo el que siempre ha de tratar con idiotas?

El hombre flaco apuntó unas cuantas palabras en un trozo de papel, lo plegó, lo selló y se lo entregó al marino.

—Es para tu capitán. ¡Evita que se moje! Puedes quemar esas cosas —dijo, indicando los trozos de tela con la punta del zapato—. Y aquí tienes algo para olvidar que has estado aquí alguna vez, ¿entendido?

La mano de dedos afectados por la gota le entregó unas monedas que desaparecieron en el bolsillo del italiano con la velocidad del rayo.

—*Sì, naturalmente. Grazie, signore, mille grazie.*

Mientras recogía los harapos, el italiano consideró que no había contado con tener tanta suerte. Al parecer, las relaciones comerciales entre Jeireddín y ese judío

intrigante se ampliaban y saberlo le proporcionaba las mejores perspectivas, también a él. Y, además, ahora lo tenía por escrito.

El capitán Natoli inclinó la cabeza ante el abogado sin pronunciar palabra, se envolvió en su abrigo y abandonó la casa. De camino al puerto arrojó el paquete que contenía los trozos de seda azul a unos matorrales.

Alcazaba de Tadakilt

Un día, al anochecer, cuando ya hacía varias semanas que Mirijam vivía en el castillo, le ordenaron que le llevara al amo una jarra de sorbete: zumo fresco y frío de frutas. Las habitaciones del médico daban a un patio interior tranquilo y perfumado por las rosas, donde crecían arbustos de granados. En las aguas de un estanque azulejado flotaban pétalos de flores, bajo las arcadas iluminadas por farolas blandas alfombras y cojines invitaban al descanso y junto a pequeñas lámparas de aceite en las mesillas habían dispuesto cuencos con nueces y almendras.

Desde el día en que las otras mujeres dejaron de molestarla, cada día se adaptaba mejor a la vida en la alcazaba y, a condición de reprimir sus pensamientos y sus recuerdos y no pensar excesivamente en el destino de Lucia o cavilar sobre los motivos del traicionero capitán Nieuwer y desterrar el espantoso acontecimiento en las mazmorras al rincón más remoto de su mente, se encontraba bastante bien. Pero no podía dominar sus sueños y a menudo despertaba bañada en sudor con la cabeza apoyada en una almohada humedecida de lágrimas...

Mirijam se alegró de volver a ver al viejo *hakim* y cargó cuidadosamente con la jarra llena a través del jardín, evitando derramar ni una gota. En el umbral se quitó las sandalias tal como le habían enseñado y entró en el estudio. Secretamente, confiaba en encontrar al *sherif hakim* en compañía de un *djinn*. Con cautela, pero sobre todo con curiosidad, echó un vistazo en torno.

La habitación era estrecha, pero larga y de paredes altas. Vigas de cedro talladas sostenían un cielorraso pintado y el suelo de madera oscura formaba un contraste con las paredes blancas apenas visibles, puesto que estaban cubiertas de estantes hasta el techo. ¡Miles de libros, más de los que jamás había visto! Y no solo estaban bien ordenados en los estantes o amontonados en las mesas, no: también el diván casi desaparecía bajo los libros, al igual que los cojines y los taburetes e incluso en el suelo reposaban un par de libros abiertos. En pocas palabras, ocupaban todos los espacios libres.

—¿Quién está ahí, quién está ahí? Vaya, eres tú.

El médico la había visto y bajó de una escalera apoyada contra la pared de las estanterías.

Mirijam solo respondió asintiendo con la cabeza al tiempo que miraba en derredor con expresión asombrada.

—Y bien, ¿te gusta mi reino? —preguntó el *hakim* con una sonrisa.

Al notar el desconcierto con el que Mirijam contemplaba el desorden reinante, el médico soltó una carcajada.

—A que está desordenado, ¿verdad? —dijo, indicando el espacio con un gesto amplio—. Te haré una confesión: este es el aspecto que tiene cuando me sumo en mi trabajo. El problema es que empeora cada vez más, porque a nadie le está permitido poner orden ni limpiar. A la *signora* le disgusta, desde luego, y por eso siempre me está regañando —añadió, reflexionando un momento.

»Puesto que estás aquí, podrías quitarle el polvo a esos libros de allí. Después vuelves a ponerlos en el estante donde haya un hueco o los apilas donde encuentres un lugar, con los lomos hacia delante. Son muy preciosos para mí, por eso has de tratarlos con esmero, ¿oyes?

Mirijam dejó la jarra en una mesa y se puso manos a la obra. Primero buscó un paño limpio, repasó un libro tras otro con mucho cuidado y los depositó en los estantes. Poder manipular esos libros tan bonitos suponía un placer maravilloso. Rozó las cubiertas de cuero con mucho cuidado antes de depositar cada uno en el estante y enderezarlo.

En uno de los infolios abiertos depositados bajo la mesa descubrió imágenes de animales. Había dibujos de serpientes y arañas, aves y osos, y leyó atentamente las descripciones al pie de las imágenes. Tras girar la página, la siguiente imagen la asustó: ¡debía ser la de un *djinn*! Recorrió la línea que aparecía debajo de la imagen con el dedo y deletreó la palabra ELEFANTE. Oyó un carraspeo y alzó la vista. El médico estaba a su lado, contemplándola fijamente.

—¿Te gusta el libro? —preguntó.

Mirijam asintió, luego señaló el extraño animal y alzó las cejas con expresión curiosa.

—Eso es un elefante, un animal maravilloso. Dos pizcas de marfil en polvo procedente de sus colmillos son buenas para la lepra —dijo el médico, que seguía contemplándola fijamente.

Luego pasó a la página siguiente del libro.

—¿Y este qué animal es? —preguntó, y señaló la imagen de un ave gigantesca, observando su reacción con atención.

Una vez más, Mirijam recorrió la línea con el dedo y sus labios formaron la palabra FÉNIX.

—Sabes leer —dijo el médico en voz baja.

Mirijam asintió y devolvió el libro al estante.

—¿Y también sabes escribir?

Mirijam volvió a asentir con la cabeza. Claro que sabía leer y escribir, el abogado Cohn incluso la había elogiado por su bonita escritura.

—¿Y también sabes sumar y restar?

Entonces Mirijam asintió con los ojos brillantes: jugar con las cifras siempre había supuesto un gran placer.

El *sherif hakim* le lanzó una mirada pensativa. Luego se llevó las manos a la espalda y recorrió la habitación de un lado al otro, cavilando. Por fin le tendió un trozo de papel y le indicó una pequeña mesa situada a un lado.

—Coge un taburete, pequeña, y toma asiento. Te daré tinta y pluma. Después escribe tu nombre, quién eres y describe tu vida anterior. Solo pagué cinco dinares por ti porque afirmaban que eras enfermiza, de baja cuna e incluso débil mental. Pero es evidente que provienes de una casa buena y que eres inteligente. Así que cuéntame tu historia.

Cuando la cocinera, inquieta por su larga ausencia, se asomó al estudio, vio algo que la desconcertó: Azîza, la galopilla muda, estaba sentada ante la mesa escribiendo mientras el señor le hacía una pregunta tras otra. La muchacha escuchaba sus palabras, reflexionaba un momento y después por lo visto escribía la respuesta. El señor leía las oraciones y le hacía otra pregunta.

¿Acaso lo que veía era la magia en acción?

—Me sorprende que los corsarios no pidieran un rescate por ti —dijo el *sherif*, paseando de un lado a otro con aire pensativo—. Si hubiesen sabido lo que yo acabo de descubrir, a saber: que provienes de una buena familia, jamás habría podido comprarte. Entonces hubieras permanecido en las mazmorras y hubiesen pedido un rescate por ti. Incluso es de suponer que te hubieran tratado bastante bien hasta que llegaran noticias de Amberes, puesto que dados tus antecedentes habrías supuesto una mercancía valiosa para ellos.

«Pero el capitán había insistido en advertirme que no me presentara como candidata para una transacción de rescate», pensó Mirijam. «¿Por qué?», se preguntó; todavía no podía responder a esa pregunta. ¿Y Lucia, qué le había ocurrido a Lucia? Al recordar su inquietante sueño de las monedas que cubrían los ojos de su hermana se estremeció. O —y solo entonces pensó en ello—, ¿acaso habían pedido un rescate por su hermana y quizá ya lo habían cobrado? ¿Es que Lucia ya estaba regresando a su hogar? Apuntó sus preguntas y le tendió el papel al anciano.

—Tienes razón, es curioso —comentó el médico—. Preguntas y más preguntas que lamentablemente soy incapaz de contestar, pero veré qué puedo hacer. La próxima vez que vaya a Al-Djesaïr me informaré y haré averiguaciones. Y hasta entonces —prosiguió, le apoyó las manos en los hombros a Mirijam y esta alzó la vista—, hasta entonces seguirás siendo Azîza, tanto para mí como para todos los otros de la casa. Porque mientras no sepamos qué se oculta tras todos estos misteriosos asuntos es mejor que nadie conozca tu verdadero nombre. Además, podrías ayudarme en mi trabajo. ¿Te gustaría?

De madrugada, cuando por fin Mirijam se tendió en su lecho, se sentía ligera y contenta pese al cansancio y una sonrisa le iluminaba el rostro. Nunca había bebido una gota de vino, pero supuso que, tras disfrutar de una copa de vino, uno debía de sentirse tal como ella se sentía en ese momento.

A partir de entonces, Mirijam entraba y salía del estudio del médico. Ordenaba aparatos y libros, arreglaba los papeles depositados en las mesas y escribía lo que él le dictaba, tanto si se trataba de recetas de brebajes curativos como de complicados cálculos de las órbitas de los astros. De paso, el *sherif* le enseñaba la lengua árabe, el latín y el griego, la instruía acerca de los elementos y le hablaba de la Piedra Filosofal, mediante la cual se podía convertir un metal común en oro. Ella adoraba escuchar sus explicaciones mientras que a él le agradaba instruirla.

Le gustaban especialmente los caracteres ondulados de la lengua árabe; el árabe se escribía de derecha a izquierda y al principio su pluma se resistía y la hoja se cubría de borrones, pero con el tiempo adquirió destreza y los caracteres se volvieron más nítidos y elegantes.

—Es una pena —decía el *sherif hakim* de vez en cuando, y lanzaba un suspiro—, es una pena que no puedas pronunciar las palabras de esa lengua melodiosa.

Cada vez que mencionaba su mudez se le encogía el pecho, porque a veces casi lograba olvidar dicho defecto y entonces sus palabras le causaban una dolorosa punzada. Claro que sabía que el viejo médico no le estaba haciendo un reproche, al contrario, puesto que no dejaba de buscar un medio para hacer que recuperara el habla. Aun cuando dicha búsqueda todavía no había dado resultado, los esfuerzos del *sherif* hicieron que la confianza de Mirijam en él aumentara. Se sentía cuidada y protegida por él y era una sensación que anhelaba hacía mucho tiempo.

Entretanto, de vez en cuando lograba pensar en Amberes sin tanta angustia, en su padre, en la tata Gesa y en todos los demás y se dio cuenta hasta qué punto había dado por hecha esa sensación de seguridad. Y cuando estaba de un humor especialmente alegre, a veces se permitía pensar en Cornelisz.

En cierta ocasión —y aún lo recordaba con el pulso acelerado— un maravilloso día de primavera ella, Cornelisz, Lucia y Gesa habían recogido flores de saúco con el fin de preparar unas tartas especialmente sabrosas. Cornelisz no tardó en cansarse y entonces trenzó una corona de flores del prado y la depositó en sus oscuros rizos. Le lanzó una mirada de admiración, la abrazó con cierta torpeza y le besó los cabellos. Después se ruborizó y echó a correr. Mirijam recogió sus faldas y corrió tras él.

—¡Cornelisz! —gritó una y otra vez—, ¡aguarda!

Por fin él se detuvo, Mirijam notó que Gesa y Lucia recogían hierbas a cierta distancia, hierbas que necesitarían durante en el invierno. Por eso reunió todo su valor, cogió la mano de Cornelisz y susurró:

—Por favor, Cornelisz, quiero que seas mi amigo.

—Siempre seré tu amigo, Mirijam —respondió él, también en voz baja—. Siempre. Lo juro.

Entonces se llevó la mano de ella a los labios y la besó, como si ella fuera una auténtica dama. A partir de entonces soñaba con Cornelisz e incluso secretamente con una vida a su lado.

—El pachá desea verme —dijo el viejo médico después de unas semanas—. Es de suponer que alguien de su casa ha enfermado y en casos delicados, su médico de cabecera —un hombre muy cauteloso— prefiere consultarme a mí. La larga cabalgata hasta Al-Djesaïr me resulta incómoda, pero es inevitable.

Se despidió acariciándole el cabello y lanzándole una sonrisa, en respuesta a su mirada interrogativa.

—No, no he olvidado lo que queremos averiguar con respecto a tu hermana y al asunto del rescate o de Amberes. Hablaré con diversas personas y quién sabe, con la ayuda de Alá quizá tus preocupaciones acabarán convirtiéndose en agua de borrajas.

Poco después, Mirijam observó cómo la pequeña caravana se adentraba en el verdor del oasis y por fin desaparecía de su vista.

A partir de entonces, cada atardecer remontaba la escalera hasta la terraza de la torre septentrional, oteaba el horizonte y observaba cómo aparecían lentamente las estrellas en el cielo cada vez más oscuro. El *hakim* afirmaba que en ellas estaba oculto el futuro de los seres humanos y que no solo resplandecían allí, en el desierto, sino también en el cielo de Amberes. Era una idea consoladora que hacía que se sintiera conectada con las personas de su hogar a través de la tierra y los mares.

Mientras oteaba el horizonte y contemplaba las estrellas, mientras observaba los rebaños de cabras y ovejas que regresaban del pastoreo y las antorchas y las hogueras se encendían en todas partes, lograba cada vez más apartar el recuerdo de aquellos últimos y aterradores días pasados junto a Lucia. De momento, no le había hablado al *hakim* de esa ominosa *hystera* de la que habló el sanador sarraceno. Imaginar los humores que surgían del bajo vientre e invadían el cerebro era demasiado horripilante y además... ¡No, no quería pensar en ello! Prefería imaginar cómo sería si Lucia de repente estuviera allí y las dos volvieran a hablar y reír cuando ambas se relataran sus experiencias. O aún mejor, cómo se deleitarían recordando su hogar... Era lo que soñaba todas las noches en la terraza al tiempo que se mantenía ojo avizor aguardando el regreso de la caravana del *hakim*.

Y también se encontraba en la torre el día de su regreso. La brisa nocturna desaparecía, el aire empezaba a refrescar y, una tras otra, las estrellas aparecieron en

el firmamento oriental. Solo cuando la noche estaba a punto de caer, vislumbró la nube de polvo de la caravana, echó a correr a toda prisa hacia la gran puerta y le indicó al guardia que el señor regresaba.

De inmediato, el castillo se animó, acudieron los esclavos y los criados, encendieron antorchas y farolas y la *signora* se lanzó a preparar arroz con azafrán, almendras, pasas de uva y trocitos de pollo asado, uno de los platos predilectos del señor.

Cuando Alí el-Mansour, cubierto de polvo, arrugado y con mirada cansada, se acercó a Mirijam, ella vacilaba entre el temor y la esperanza. Un rápido vistazo bastó para comprobar que no había otro viajero más en la caravana, sobre todo que Lucia no se encontraba entre ellos y, con expresión temerosa, contempló el rostro del viejo.

Estaba cansado y sediento, tras la agotadora cabalgata le dolían todos los huesos del cuerpo y solo ansiaba descansar. Pero lo aguardaba esa niña de cabellos revueltos, a la que debía rendirle cuentas. Sentía compasión por ella, la pequeña había pasado por cosas horrendas y entonces justamente él tenía que causarle más pena. Por más que disfrutaba de la curiosidad y la avidez de saber de Azîza, ¡por Alá!, y por más que se alegrara de sus progresos, a veces el amor paternal que sentía por ella resultaba doloroso y soltó un suspiro.

—Ven al jardín, pequeña —dijo el *hakim* en voz baja, y se adelantó—. He de decirte algo.

Las hojas de las palmeras resplandecían a la luz de las farolas. Proyectaban sombras plumosas sobre el suelo de azulejos y a sus pies murmuraba la fuente. Allí, en ese lugar tranquilo y armónico, el anciano médico se vio obligado a destruir todas las esperanzas que habían surgido en el corazón de Mirijam durante las últimas semanas.

—Alá, el Omnisciente o si lo prefieres, Dios Todopoderoso, ha acogido a tu hermana Lucia en su seno —dijo, y carraspeó—. Me informé y, a través de fuentes confiables, averigüé que en aquel entonces fue vendida al harén del pachá, pero que no tardó en caer víctima de la fiebre. Lloro tranquila, hija mía —añadió, alzándole el mentón y hablando con voz enronquecida por el afecto—, llorar cura el alma. Muchos no soportan el calor, sobre todo las gentes del norte, o los martiriza la nostalgia. Eso también debe de haberle ocurrido a tu hermana. Me dijeron que su fin fue rápido, que no sufrió durante mucho tiempo.

La voz del médico se apagó.

El anciano no trató de consolar a Mirijam con promesas sobre la vida tras la muerte o los placeres del Paraíso, ya sea el islámico o el cristiano. Pero la abrazó, la acunó entre sus brazos y le acarició el pelo.

—Además, averigüé que nadie pidió informes desde Amberes o desde otro lugar

—añadió después de un momento—. He de decírtelo con toda claridad, hija mía: nadie ha preguntado por vosotras, nadie mencionó vuestros nombres y nadie quiso saber si vuestro rastro, el tuyo y el de tu hermana, conducía a Argel.

Siguió abrazándola y acariciándole los cabellos, procurando consolarla.

Pero no mencionó los confusos rumores sobre su tío, el abogado judío que, según decían, se había hecho con una inmensa fortuna en la ciudad natal de Mirijam de manera sumamente misteriosa. No existían indicios concretos de una conducta deshonesta por su parte, solo rumores y sospechas, así que era mejor callar.

Además, ¿acaso debía de haberle explicado precisamente entonces que, con casi total seguridad, su último pariente urdía planes criminales?

Con aire pensativo y las manos plegadas a sus espaldas, el médico recorría los sinuosos senderos del jardín. A los catorce años, esa niña que Alá le había enviado había sufrido un destino muy duro y sin embargo la pequeña no se daba por vencida. Era resistente y luchadora y no se dejaba doblegar. Durante el viaje había comprendido lo mucho que significaba para él; la había echado de menos, porque en el camino no dejó de toparse con cosas que le hubiera agradado mostrarle y explicarle su peculiaridad. Ella le proporcionaba mucha alegría.

Se detuvo bajo la higuera e inspiró su aroma incomparable. ¿Alegría? Esa no era la palabra idónea: en realidad, había desarrollado un gran afecto por Azîza, como si fuera su propia hija y, disimuladamente, se secó un par de lágrimas causadas por la emoción. Solo en los últimos días se había dado cuenta de a quién se asemejaba la pequeña: a Elisabetta, su amiga de la infancia del vecindario de Génova. ¿Se debía a sus rizos oscuros, su vivacidad o tal vez solo a su avidez de saber? En todo caso, Elisabetta y su pequeña Azîza bien podrían haber sido hermanas. Elisabetta también solía atosigarlo con sus preguntas. Por ejemplo, cuando regresaba de las clases en el seminario, ella ya lo aguardaba y metía la nariz en sus libros en vez de echarle una mano a su madre. Aprendía con facilidad y captaba ciertas cosas con mayor rapidez que él. Además, siempre estaba alegre y dispuesta a divertirse, pero también podía discutir con ella, porque tenía sus propias ideas. ¿Qué se habría hecho de ella? ¿Le habría tocado vivir una vida satisfecha e interesante, quizá junto a un hombre inteligente y rodeada de una numerosa familia? ¿O habría sufrido golpes duros del destino como la pequeña Azîza?

¡Ojalá lograra curar la mudez de la niña, ojalá se le ocurriera la tintura o la terapia correctas! Ya había intentado toda clase de remedios, pero pese a sus saberes, de momento no había logrado alcanzar un resultado positivo.

Al principio lo intentó poniendo en práctica los métodos menos agresivos, administrándole infusiones especiales y zumos curativos y aplicándole paños empapados en decocciones de hierbas en la garganta. Después le dio remedios para hacer gárgaras, pero nada de ello surtió efecto. Incluso el precioso fragmento de piel de elefante que durante un tiempo llevó pegado al pecho no dio resultado. Una y otra vez estudió los escritos de diversos médicos, entre ellos los del célebre Galeno y buscó una solución en el cúmulo de sus experiencias, pero sin éxito, por desgracia. Azîza permanecía muda. ¡Una gran pena, dado sus talentos!

Nunca hubiera creído que una muchacha tan joven, casi una niña, fuera capaz de pensar con tanta lógica o disponer de tantas capacidades e intereses. En poco tiempo había aprendido mucho sobre las diversas plantas curativas y sabía diferenciar entre los minerales eficaces junto con las múltiples maneras de prepararlos y aplicarlos.

Había muchas cosas que solo podía mostrarle en las imágenes de los infolios, pero algunas también existían en forma de fragmentos de piedra, muestras o hierbas secas depositadas en los estantes de su estudio.

¡Cuán luminosa se volvía su expresión cuando mediante sus experimentos él le demostraba la eficacia de un producto y ella comprendía la conexión! Entonces era como si saliera el sol. Lo que más le agradaba era hacerlo ella misma y, atenta a sus indicaciones, entretanto ya había aprendido a elaborar ungüentos, infusiones u otros remedios con las hierbas del jardín.

Pero de vez en cuando, cuando sus ojos se ensombrecían y su mirada se perdía en la distancia, él sentía una profunda soledad. ¡Cuán inútil se consideraba en esos momentos! Por eso no le había contado nada acerca de los rumores sobre la empresa Van de Meulen. Por lo visto, entretanto ese abogado ya no comerciaba con telas y paños... pero no logró averiguar con qué clase de mercancías negociaba en cambio. ¡Y eso ya era bastante curioso, porque en general, no había nada que agradara más a los comerciantes que cotillear sobre sus colegas! Aunque en Al-Djesaïr la empresa Van de Meulen era muy conocida, cuando intentó averiguar más detalles se había topado con el más absoluto silencio. Por todas partes se encontró con respuestas esquivas, cejas alzadas y gestos elocuentes que pretendían insinuar que en ese caso, uno podía pillarse los dedos, pero eso fue todo. Según su experiencia, ello solo podía deberse a que el pachá estaba metido en el asunto. Incluso él, en su apartado oasis del desierto, estaba al tanto de los estrechos vínculos existentes entre el pachá y diversos socios comerciales del norte de Europa. Así que se tratara de lo que se tratase en este caso en especial, seguro que era más inteligente proseguir las averiguaciones en secreto, pero reservándose sus ideas para sí.

Echó un vistazo a su estudio a través de la puerta abierta. Azîza pasaba en limpio sus notas sobre la conducta de los neurópatas, como siempre con gran concentración y con la punta de la lengua asomando entre los labios. Las enfermedades nerviosas y sus posibilidades de curación la fascinaban especialmente. ¿A lo mejor debido a su hermana? ¿O porque tal vez también concernían a su propia dolencia?

Había visto informes acerca del supuesto efecto curativo de la música en personas a las que Alá ponía a prueba mediante una dolencia espiritual o la confusión de la mente. Al parecer, sobre todo los *gnaoua* del remoto sultanato de Al-Maghrebija surtían un efecto muy benéfico. Esos músicos eran oriundos de tierras situadas al sur del gran mar de arena, donde junto a Alá y al Dios cristiano también adoraban a antiquísimos demonios y dioses de la naturaleza. Antaño sus antepasados fueron raptados y vendidos como esclavos en el norte y habían llevado consigo sus ritos secretos. Decían que sus antepasados africanos aún hoy les proporcionaban un acceso intuitivo a muchas enfermedades. Suponiendo que en el caso de Mirijam no se tratara de una dolencia física sino de una perturbación interior, es decir del alma inmortal,

entonces tal vez la música y la danza resultarían de ayuda. Habría que tener la oportunidad de aplicar dicha terapia...

De pronto las cavilaciones del médico se vieron interrumpidas: Azîza apareció a su lado en el jardín con un escrito en la mano y señaló una palabra ilegible.

Siempre volvía a suceder que apareciera con un trozo de papel donde había apuntado una pregunta. ¡Y siempre quería saberlo todo! A menudo él mismo se veía obligado a reflexionar —y de vez en cuando a cavilar— antes de poder contestarle y otras debía pensar concienzudamente o buscar la respuesta en un libro. Sin embargo, esa vez tenía la respuesta preparada.

—Ha de poner *gnaoua* —deletreó—. Son los músicos que supuestamente pueden curar mediante su música y sus danzas especiales.

La muchacha asintió y volvió al trabajo.

Durante muchos años, su camino había sido solitario. Allí nadie conocía sus raíces, a través de las cuales podrían haberle adjudicado una familia o una tribu. Pero para las personas resultaba necesario para considerar a alguien como uno de los suyos. Y también ellos mismos solo se consideraban como una persona completa cuando podían describirse a sí mismos como miembros de una tribu o un clan al que se sentían estrechamente vinculados.

Pero entretanto, hacía tiempo que él se había conformado con su vida de marginado. En lugar de la vida pueblerina y las relaciones con los vecinos, él solía mantener un animado intercambio de ideas por carta con los eruditos y los investigadores de Al-Qairawan, Al-Qahira o Dimaschq, las nobles ciudades de la erudición, algo que se correspondía con su carácter. Al mismo tiempo y durante el transcurso de los años, también había obtenido el respeto de los lugareños, primero mediante la protección del pachá, pero más adelante sobre todo gracias al éxito de sus métodos curativos.

«Pero ahora de pronto tengo algo parecido a una hija», pensó Alí el-Mansour, y eso significaba que por primera vez en la vida le transmitía su saber directamente a otra persona. Ya no lo escribía solo en un papel y lo archivaba en gruesos libros destinados a algún desconocido, como en años anteriores, sino que instruía y enseñaba a alguien quien quizá, con la ayuda Dios, un día proseguiría con su obra.

¡Gracias a Alá, gozaba de la compañía de esa joven despierta que solo le proporcionaba alegría!

Amberes, 1521

—Vos misma lo sabéis, al principio no notas nada ni piensas nada, sobre todo si estás apenada. ¡Y en aquel entonces el asunto tampoco me llamó la atención!

Era de tarde, pero en la acogedora habitación la claridad aún era suficiente para juzgar la calidad del hilo. Había tres mujeres reunidas en la habitación, dos de ellas hilaban el resto de su provisión anual de lino mientras que Anna Brandhius, la directora actual del convento de las beguinas, estaba sentada junto a la ventana con su encaje de bolillos.

Cada una de ellas podía contribuir al mantenimiento de la comunidad con sus propias manos: esa era una de las escasas reglas básicas sobre la cual reposaba su vida en el convento. Algunas de las mujeres hilaban, a veces lino, otras, lana, según las circunstancias. Pero ella se había dedicado exclusivamente al encaje de bolillos y animado a algunas de sus compañeras a imitarla. Por suerte no dejaban de recibir lucrativos pedidos de delicadas puntillas que entretanto les habían granjeado una merecida fama. Las ganancias obtenidas mediante aquellas les venían muy bien, pese a que a diferencia de otros conventos de beguinas, en este no eran pobres. Poseían tierras propias a las que incluso pertenecían prados, campos y hasta un gran huerto de árboles frutales. Allí en la ciudad disponían de un huerto de hierbas, donde tras los muros protectores cultivaban especias para la cocina y hierbas curativas para la pequeña enfermería. A Anna le hubiese gustado hacer algo más por los leprosos, pero como mujer y beguina debía actuar con cautela: quien no era médico podía verse envuelto en calumnias y daba igual que obtuviera resultados exitosos o que su ayuda resultara inútil. En cuanto aparecía algo que las personas no lograban explicarse, se apresuraban a acusarte de estar en contacto con toda clase de poderes malignos.

Anna dominaba el arte de hacer encaje de bolillos con gran maestría, sus delicados tejidos adornaban cuellos, enveses y preciosas sabanillas, y su fama se extendía más allá de los límites de Amberes. Entre sus motivos predilectos estaban las rosas rodeadas de delicados zarcillos, pero también lograba excelentes resultados realizando aves, mariposas y toda suerte de estrellas. Durante el pasado año incluso había comenzado a instruir a las muchachas de las familias amigas en dicha habilidad; había descubierto que cuanto más ágiles y rápidos eran sus dedos, tanto mejor resultaban las filigranas del encaje. Al parecer, era una maestra ideal, en todo caso las muchachas trabajaban con entusiasmo y ella disfrutaba transmitiendo su propio saber a la juventud.

Su vida tranquila le producía satisfacción. Es verdad que las beguinas no eran ricas, pero sí independientes. De vez en cuando, su convento hasta podía permitirse el

lujo de acoger a una mujer de escasos bienes e incluso de ninguno. No obstante, los requisitos eran muy severos: además de una buena reputación y una vida intachable, la solicitante debía verse en apuros no causados por ella misma, puesto que como beguinas era imprescindible que cuidaran su reputación.

¡Y había cada destino...! Las circunstancias que sumían a una mujer honesta en la desesperación y la arrojaban a la pobreza resultaban inimaginables. Y también esa Gesa Beeke, que vivía en el convento desde hacía unos meses, tuvo que enfrentarse a una sorpresa sumamente desagradable. Acogerla había sido un gran acierto: asistía a misa puntualmente, siempre estaba dispuesta a realizar tareas en la casa o en el huerto e incluso disponía de una pequeña suma ahorrada. Tampoco había nada que criticar respecto de su conducta; el único punto que entretanto había predispuesto a las otras mujeres en contra de ella era el asunto con su antiguo amo, que no dejaba de preocuparla. No lograba olvidar su conducta dura y tal vez bastante sospechosa. Es más, la preocupaba tanto que casi no podía hablar de otra cosa. Una y otra vez, y encima con casi las mismas palabras, narraba cómo un buen día se encontró en la calle.

—¿Qué debía pensar cuando él cerró las habitaciones de las plantas superiores e hizo montar su cama en la habitación junto a la agencia? Solo para economizar, me dije. Incluso cuando despidió a los criados y las criadas, nadie consideró que se trataba de algo excepcional y tampoco yo. Porque es verdad que el trabajo se había reducido de manera considerable, ¿comprendéis? Salvo él, no había nadie más a quien debíamos atender.

Entretanto, el lino de color claro se deslizaba entre sus dedos con rapidez, la rueca zumbaba y pronto Gesa pudo depositar el huso con el hilo en su cesta.

—Estoy segura de que el viejo Van de Meulen se está revolviendo en su tumba. Se había tomado muchas molestias para conseguir que todos tuviésemos el porvenir asegurado y no solo nosotros, sobre todo sus hijas, claro está. Solo Dios sabe lo duro que habrá sido para él enviar a sus muchachas tan lejos, hasta Andalucía.

Gesa no veía motivos para reprocharle un error al padre.

Al abogado tampoco se le podía adjudicar un error o algo malo, tal como Anna Brandhius había averiguado a través de su cuñado. Habían comprobado las disposiciones del viejo Van de Meulen varias veces y considerado que se ajustaban a derecho. O Gesa Beeke se equivocaba o bien ese astuto abogado era más taimado de lo que de todos modos sospechaba su cuñado. Rogándole que guardara el secreto, le había hablado de un rumor escalofriante que durante un tiempo circuló por la ciudad, según el cual las ahijadas de la hermana Gesa fueron víctimas de un ataque de los piratas. ¡Parecía increíble!

Pero Anna Brandhius prefería no darle crédito y tampoco tenía intención de contárselo a Gesa. Sabía que la pobre mujer ya esperaba el regreso de las muchachas

con mucha nostalgia, un regreso en compañía de sus esposos. ¡Dios quiera que el rumor fuera incierto!

La hermana Metje, la portera, entró en la habitación; en la mano sostenía un puñado de viejos harapos.

—Hermana Anna, la mujer de Coenraad, el hilandero de seda, acaba de entregar esto. Lo encontró y os ruega que le echéis un vistazo. Quiere saber si la puntilla se puede zurcir y cuánto costaría. Su hija mayor se casará pronto y le gustaría coser el cuello a su vestido.

Anna asintió. Un cambio resultaba agradable y de todas maneras era hora de poner fin a sus tareas. Había empezado a oscurecer y la luz ya era insuficiente.

—¿Está aguardando fuera? Dile que pase.

La hermana Metje negó con la cabeza.

—Quería estar en casa antes del ángelus, pero dijo que mañana volvería a pasar.

Anna se puso de pie, se enderezó y se acercó a la mesa. De vez en cuando tenía que arreglar unas puntillas, porque a veces la gente no sabía tratar una pieza tan fina y antes de que una costurera o una doncella inexperta remendaran los agujeros con quién sabe qué hilo, prefería hacerlo ella misma.

Encendió la lámpara de aceite colgada por encima de la mesa y desenvolvió el paquete de tela, que desprendió un fuerte olor a moho.

«Está mohoso», pensó Anna, así que era inservible pero ¿acaso también las puntillas? Mientras desplegaba la seda manchada antaño de color azul con dedos cuidadosos y alisaba el desgarrado cuello de puntillas que colgaba de ella, oyó un grito a sus espaldas.

—¡Lucia! ¡Ese es el vestido de Lucia, lo reconocí de inmediato! Pero ¿cómo es posible? ¡Que alguien me diga qué hace aquí ese vestido! ¿Y por qué está sucio y roto? ¿Dónde está Lucia? ¿Qué ha ocurrido, por amor de Dios?

Alcazaba de Tadakilt

¿Qué hubiera opinado Lucia de ese pequeño paraíso en medio del desierto? ¿Le hubiesen gustado los fascinantes jardines del oasis, los gruesos muros del castillo y su amable propietario? Mirijam sumergió la mano en el agua de la fuente y la agitó, formando pequeñas olas que se derramaron por encima del borde y cayeron en los azules *zelliges* del estanque inferior y desde allí en las estrechas canaletas que recorrían el jardín en todas las direcciones.

Aspiró el dulce aroma de las plantas; incluso ese suave perfume —al igual que el vuelo de las mariposas multicolores o el fugaz oleaje de las aguas— le resultaba más concreto y comprensible que la noticia de la muerte de Lucia. Claro que en su fuero íntimo hacía tiempo que había comprendido el significado del sueño que antaño tuvo en las mazmorras, en el que dos monedas cubrían los ojos cerrados de Lucia. Visto así, la información del *abu Mansour* más bien suponía una confirmación. Sin embargo, la muerte de Lucia seguía siendo algo extrañamente abstracto para ella: en su imaginación su hermana aún estaba sentada a bordo de la *Palomina* cosiendo un vestido. Pero al mismo tiempo también la veía en la playa de aquella isla desconocida, gritando y debatiéndose, confusa y desanimada. Y su última mirada mientras avanzaba en la fila de prisioneros, ausente y vacía como la de una muñeca.

Al recordarlo sintió una opresión en el pecho. ¿Así que ahora estaba completamente sola en el mundo, la última de su familia? Todavía estaba el abogado Cohn, desde luego, pero él siempre le pareció un extraño. De vez en cuando intentó hacerle preguntas sobre España y su madre, sobre la vida que había llevado allí, pero el abogado siempre la despachó en tono malhumorado. Pese a que los muros y el patio aún irradiaban calor, Mirijam se estremeció.

Cuando el sol, semejante a un abrasador disco de metal, colgaba en el cielo, un jinete apareció en el castillo. Llevaba el atuendo rojo y el fez de los soldados otomanos del pachá de Al-Djesair, que residía allí como representante del sultán otomano de Constantinopla. Mirijam, inmersa en las tareas del jardín, lo descubrió y se asustó. ¡Ese hombre era muy parecido a los guardias de las mazmorras! Se apresuró a ocultarse bajo las ramas, se cubrió los cabellos y la cara con el velo y se quedó quieta. Mientras el soldado se frotaba la espalda dolorida, Mirijam permaneció acurrucada a pocos pasos del hombre tras las hojas y las ramas bajas, y con el corazón palpitante.

Sîdi Alí saludó al mensajero del pachá con toda la amabilidad correspondiente.

Después cogió la carta que el mensajero le alcanzó, rompió el sello y la leyó.

—¡Por la vida del Profeta, alabado sea su nombre, esta es una pretensión sumamente extraña! —exclamó en tono sorprendido—. ¿Por qué, os pregunto, valiente Hassan al-Dey, por qué diablos vuestro señor querría saber algo acerca del paradero de la inútil de mi esclava? Incluso me ofrece una elevada suma por ella. ¿Acaso hubo algo irregular en la compra de dicha esclava?

El soldado llamado Hassan introdujo los pulgares en su faja roja y contestó en tono muy digno:

—Jamás le pregunto el porqué a mi señor, *sherif*, a lo sumo a veces le pregunto el cómo. Me enseñaron a obedecer y a cumplir con mi deber.

—Desde luego, por supuesto, lo comprendo perfectamente —se apresuró a contestar el médico.

—Pero por casualidad —prosiguió el soldado, y se balanceó de un lado a otro—, por mera casualidad puedo responder a vuestra pregunta, *sherif hakim*, puesto que estaba presente cuando el pachá discutió el asunto con su escribiente.

El soldado se pasó la mano por la barba y se acomodó la ancha faja, dejando ver el brillo de la empuñadura enjovada de su alfanje.

—Que yo sepa —continuó—, se trata de un asunto relacionado con las tierras del norte y se remonta a la pretensión de un comerciante de Flandes o de Borgoña o como sea que se llame esa comarca del norte. Según he entendido, mi señor, que el Profeta le regale salud y una larga vida, hizo excelentes negocios con él —añadió, y parecía disfrutar de su información privilegiada—. No obstante, todo siempre se trataba de... ¡Vaya, estoy hecho un parlanchín!

El mensajero se interrumpió forzando una sonrisa, pero prosiguió de inmediato.

—Claro que confiaba en hacer más negocios, por supuesto. Al parecer, ese comerciante no solo obtiene extraordinarias ganancias; de momento, su nada escasa influencia se extiende hasta el Adriático y el Mediterráneo, donde con frecuencia cada vez mayor se producen coincidencias con las zonas de interés del sultán. Entre otras cosas, se trata de la reconquista de las colonias venecianas situadas a lo largo de la costa griega y de... —el soldado carraspeó—, bien, sea como sea, en todo caso el pachá tiene interés en quedar bien con dicho comerciante, aunque más no sea para apoyar al sultán. Pero todo esto es solo de pasada, noble *hakim*, y solo porque da la casualidad que puedo saciar vuestras ansias de saber.

El soldado osmanlí miró en derredor y continuó en voz más baja:

—Pero ahora retomemos mi encargo. Puedo hablaros con sinceridad, ¿no? —preguntó, y siguió hablando sin aguardar una respuesta—. Resumiendo: por un motivo que desconozco, esa esclava supone un incordio para aquel comerciante y nos ha pedido ayuda en este asunto. Por desgracia, la carta en cuestión solo llegó a nuestras manos hace poco tiempo. Cuando emprendimos la búsqueda de la esclava,

comprobamos que vos comprasteis la muchacha pocos días después de su llegada a Al-Djesaïr. Es así, ¿verdad? Al parecer, se llama Mirijam, lo cual indica que es hija del pueblo judío. El pachá ordena que la matéis de inmediato. El tema de la hermana ya está solucionado. Vivió en el palacio durante escaso tiempo, pero era una situación insostenible.

Durante un momento, el soldado dejó que sus palabras surtieran efecto, luego añadió:

—Así que la orden de mi señor es la siguiente: deshaceos de la esclava judía. En cambio, vos, honorable *sherif hakim*, recibiréis una cuantiosa indemnización por vuestro inconveniente. Mirad: esto es lo que os envía nuestro generoso pachá, a quien Alá regale una larga vida —dijo.

Entonces extrajo un talego repleto de sus ropas y se lo tendió al médico.

Oculto tras la cortina de hojas, Mirijam observaba a ambos hombres que caminaban de un lado a otro e intercambiaban palabras en tono animado. Casi le pareció que ambos charlaban amablemente, como si mantuvieran una conversación intrascendente ¡y no una en la que a ella le iba la vida! Hacía rato que no comprendía todas las palabras debido al zumbido en sus oídos. ¿Que debían darle muerte? ¿Que moriría asesinada como antes Lucia, si es que había entendido correctamente? Por consiguiente, Lucia no había muerto por la fiebre. ¿Y en casa estaban enterados de que fue raptada y en vez de pagar el rescate planeaban su muerte?

En ese momento, ambos hombres se detuvieron junto a su escondrijo. El soldado osmanlí estaba de pie —con las piernas abiertas y balanceándose sobre la punta de los pies— justo delante de ella. Frente a él, el *hakim* alzaba las manos al cielo y clamaba en voz alta.

—¡Ay, resulta que hace tiempo que ha muerto! ¡Por cierto: hubiera significado una ganancia considerable, dado que en aquel entonces solo me costó cinco dinares! ¡Qué pena! —exclamó, se retorció las manos y prosiguió con expresión apesadumbrada—. Lamento profundamente la voluntad de Alá, mi estimado amigo, pero esa esclava murió poco después de nuestra llegada a la alcazaba de Tadakilt, seguro que alguien podrá indicaros el lugar donde está enterrada.

El médico sacudió repetidamente la cabeza.

—En realidad, no sé por qué la compré, tal vez me estoy haciendo viejo. Era flaca, enfermiza y débil, una inútil. E imaginaos: ¡para colmo, el Todopoderoso hizo que fuera muda! Una mala compra, por Alá. Estoy convencido de que os imaginaréis cuánto me hubiera gustado recibir esa suma que el pachá hubiese estado dispuesto a pagar por ella. ¡Ese bonito dinero! —dijo, y volvió a suspirar.

El soldado lo había observado atentamente y entonces él también estiró los brazos y chasqueó compasivamente con la lengua.

—¿Decís que la muchacha era muda y ha fallecido? Eso sí que es mala suerte. *La illah illalah!* Pero así es la vida, a veces ganas, otras pierdes y las decisiones de Alá, el Omnisciente, son indescifrables. Sin embargo, lo más importante o al menos así me parece, lo más importante es que la muchacha ya no está con vida. En cuanto a eso os he comprendido correctamente, ¿verdad? Estáis seguro de que está muerta...

—Lo dicho, estimado Hassan al-Dey, murió tras nuestra llegada.

El soldado asintió, volvió a guardar el talego en un bolsillo oculto de su atuendo y se dispuso a marchar.

—Me apresuraré a informar a nuestro señor que ahora nada se interpone en sus negocios. Y os agradezco en su nombre por esta buena noticia. Que Alá os bendiga, *sherif hakim*, y también a vuestra casa.

—Y también a vos, Hassan al-Dey —respondió el viejo médico—. Y también a vos. Que os conceda un buen viaje y un feliz regreso al hogar. Venid, os acompañaré hasta la puerta.

Entonces ambos hombres se alejaron.

Cuando Alí el-Mansour la llamó, Mirijam seguía acurrucada bajo el arbusto y temblaba al salir de su escondite.

Profundamente inquieto, el *sherif* rodeó la fuente y miró varias veces en torno para comprobar que realmente estaban solos; luego cogió a Mirijam de los hombros.

—¿Lo has oído todo? Sí, eso supuse. Entonces también habrás oído que mencioné tu mudez, ¿no? Al parecer, él desconocía dicho detalle. Es de no creer: mi locuacidad lo ha empeorado todo. ¡Que Alá me marchite la lengua!

Mirijam le lanzó una mirada interrogativa.

El *hakim* suspiró y se retorció las manos.

—Tu identidad no seguirá siendo un secreto durante mucho tiempo, no después de que precisamente yo le revelara a quién ha de buscar: a una esclava muda. ¿En qué estaría pensando, por Alá? Ahora hemos de emprender algo de inmediato, de lo contrario habrá una desgracia —dijo, meneando la cabeza con expresión afligida—, pero ¿qué?

Mirijam sabía que no esperaba una respuesta; además, sabía que el médico no permitiría que le hicieran daño y, lentamente, el corazón dejó de latirle tan aprisa.

El viejo médico deslizó la mirada por el patio interior, contempló los senderos y sus bonitas baldosas, la fuente, los granados que ya portaban frutos y las flores como si los viera por primera vez. Volvió a suspirar y después recuperó el control.

—Ahora escúchame con atención, Azîza. Por lo visto, aún estás en peligro. Dentro de poco, el soldado del pachá habrá descubierto que una esclava muda

llamada Azîza vive conmigo, solo tendrá que repartir algunas monedas de oro en la aldea —dijo, y se interrumpió—. Estoy seguro —prosiguió por fin— de que regresará.

«¿Qué he de hacer, escapar y esconderme? Pero ¿dónde?», pensó Mirijam, desorbitada por el miedo.

Mientras tanto, el *hakim* se llevó las manos a la espalda y caminó en torno a la fuente. Al hablar de la muerte de Azîza y al mismo tiempo delatarse por error, él mismo corría un gran peligro. Si el pachá descubría que la muchacha que él quería saber muerta había sido ocultada de su esbirro con intención traicionera, su vida corría peligro, por más méritos que hubiese hecho en el pasado. Así que poner a salvo a Azîza también suponía salvarse a sí mismo.

Eso significaba que debía abandonar todo lo que hasta entonces había conformado su vida como erudito y como médico. El *hakim* solo reflexionó unos momentos.

—No temas, pequeña, no temas, haré todo lo posible por salvarte y también a mí mismo —dijo, y dio otra vuelta en torno a la fuente.

»Por eso partiremos mañana por la mañana, de madrugada. Será un largo viaje, incluso uno muy largo. Afortunadamente, hace ya cierto tiempo que tengo la intención de realizar un viaje de estudios, así que nadie se sorprenderá si por fin pongo en marcha mi proyecto. Y tampoco causará sorpresa que tú me acompañes. Todos saben que no puedo renunciar a tus servicios como escribiente. Sí: eso es lo que haremos, pero solo de camino descubrirás adónde nos dirigimos, porque aquí las paredes tienen oídos. Ahora has de preparar tu petate y luego ven a mi estudio; pese a las prisas, hemos de preparar varias cosas.

Mirijam se apresuró a garabatear algo en su pequeño cuaderno.

«¡No marchar de aquí —ponía—, a casa!».

El *sherif* Alí el-Mansour leyó las palabras.

—Lo sé, pero no tenemos elección. Date prisa, pequeña, el tiempo apremia. Ve en busca de Chekaoui y dile que venga.

Durante dos días, Chekaoui los condujo a marchas forzadas a través de las dunas meridionales, luego trazó una curva a través de los lechos secos y pedregosos de unos arroyos, con el fin de no dejar huellas y evitar a posibles perseguidores. Entretanto, avanzaban directamente hacia el oeste. Cada vez que hacían una pausa y también mientras cabalgaban uno junto al otro, el viejo *hakim* y su criado se consultaban mutuamente. Mientras, Mirijam debía esforzarse para no caer del camello.

Esa noche también se apeó del camello, entumecida y contenta de haber dejado atrás ese día y poder tenderse. Chekaoui la condujo hasta un lugar protegido por una elevada duna y luego se encargó de los camellos. No encendieron una hoguera.

—El olor a humo se percibe a gran distancia —dijo el negro, que ya no reía. Dormía a unos pasos de distancia, junto a su camello. Sus caminos se separarían incluso antes del amanecer: él regresaría a Tadakilt mientras que Mirijam y el *hakim* seguirían viaje. Nadie conocía la meta secreta del médico, ni siquiera Chekaoui.

Tras echarle un vistazo a los camellos y a la silueta de Chekaoui, aún dormido, Alí el-Mansour y Mirijam se sentaron uno junto al otro, con el fin de que él pudiera hablarle en voz baja. Debían tener presente que de noche, en el desierto, cualquier sonido se volvía audible, incluso a gran distancia. No le resultó fácil confesarle sus sospechas a Mirijam, pero por otra parte era hora de que se las manifestara. Así que en el tono más objetivo posible, le informó quién —según sus averiguaciones— quería acabar con la vida de ella: un comerciante de Amberes que, tras la muerte de su padre, se había apropiado de su fortuna y quería eliminar a ambas herederas.

Hasta ese momento, el *hakim* había hablado con toda claridad, pero también con cautela. Entonces le lanzó una mirada preocupada a Mirijam, que lo contemplaba de manera inexpresiva como esperando que prosiguiera.

—Puede que ya lo sospecharas —continuó en tono decidido—. El ataque a las naves de tu padre y quizá también la muerte de tu hermana —y en todo caso, el complot para asesinarte— fue ideado por una única persona: tu antiguo maestro, ese abogado llamado Jakob Cohn. ¡Podría jurarlo! Oíste lo que dijo el mensajero del pachá, ¿verdad? Se limitó a confirmar los rumores que ya había oído hace cierto tiempo. Por desgracia, no conocemos toda la trastienda, pero deberíamos partir de la idea de que gran parte de lo que dijo el mensajero es verdad. El pachá actúa en interés del abogado porque le resulta útil a sus propios fines. Sospecho que se trata de importantes negocios y maquinaciones seguramente ilícitas, y que para realizarlos es necesario disponer del nombre de una empresa seria.

Era como si le hubieran pegado un puñetazo: el abogado Cohn, su maestro, su

tío... ¿era un asesino? Pero ¿qué sacaba él si a ella le ocurría algo? Hasta que alcanzara la mayoría de edad o se casara, como fideicomiso él podía hacer lo que se le antojara con su parte de la herencia. Seguro que todo eso solo era un error o unas habladurías maliciosas...

—Ahora duérmete —dijo el médico—. Mañana seguiremos hablando y entonces también te diré adónde pienso dirigirme, un lugar donde confío en que estaremos a salvo. Que Alá te proporcione un sueño tranquilo.

Mirijam mantenía la vista clavada en el cielo, observando el curso de las estrellas. A veces las conclusiones del médico le parecían lógicas y correctas, y otras totalmente increíbles. No le cabía en la cabeza que los terrores sufridos por ella y Lucia durante los pasados meses podían haber sido el resultado de un plan. Además, los vínculos y los contratos a través de países —e incluso de mares— no eran ninguna novedad, pero un plan como el sospechado por el *hakim*... La última pregunta que se hizo antes de dormirse fue la siguiente: si la sospecha de *sîdi* Alí se confirmara, si el abogado le pedía a aliados poderosos como el pachá que la matara, ¿adónde podía huir?

Cuando de madrugada la silueta de Chekaoui desapareció tras el horizonte, el médico le informó de la meta de su huida: quería dirigirse a Mogador, una ciudad situada a orillas del gran océano occidental. El brazo del pachá no llegaba hasta allí, puesto que esa comarca pertenecía a la corona portuguesa, le dijo Alí el-Mansour. Por su parte, él se alegraba porque allí podía estudiar los métodos de los *gnaoua*, los músicos sanadores del *sîdi* Bilal. Para Mirijam, una meta era tan buena como cualquier otra.

Por todas partes se extendía un desierto infinito, yermo y desolado. Mirijam tragó saliva. ¿Acaso el *hakim* lograría encontrar el camino sin ayuda? ¿Cómo orientarse en ese páramo que no ofrecía ningún punto de referencia? Ella creyó que cabalgarían a través de un mar de dunas salpicado del verdor de maravillosos oasis, semejante a los alrededores de Tadakilt, pero allí solo se extendía un terreno pedregoso. Nadie había dicho una palabra acerca de una llanura cubierta de gravilla que el espejismo causado por el calor volvía imprecisa, que se extendía de horizonte a horizonte y en la que todos los contornos eran borrosos. Solo tras muchas horas el panorama empezó a cambiar cuando se toparon con acumulaciones de arena que, tras rocas o arbustos desparramados, formaban pequeños montículos. Pronto se convirtieron en colinas cada vez más altas que incluso formaban cordilleras de dunas de finísima arena.

Cabalgaban con sus tres camellos de carga al pie de dichas dunas, allí donde el viento permanente había eliminado la arena. El suelo duro casi parecía una calle empedrada y avanzar era un juego de niños. Por fortuna, esas «calles» se dirigían en la dirección deseada: hacia el oeste. El *sherif* encabezaba el pequeño grupo;

cabalgaban en fila india como acostumbraban a avanzar las caravanas. La estrecha espalda del médico parecía débil; se balanceaba de un lado al otro al ritmo de los largos pasos del camello a través del paisaje mortecino y, sin embargo, sabía lo que hacía. De vez en cuando dirigía la mirada hacia atrás y asentía con la cabeza para animar a la muchacha que cabalgaba a sus espaldas. Estaba muy atareada conduciendo su camello que, tal como comprobó, requería una mano dura. Bufaba, protestaba y se encabritaba y, si ella se descuidaba, hasta intentaba morderla.

«Debemos presentar una imagen curiosa», pensó el *sherif*: dos personas y cinco camellos, tres de ellos muy cargados con cajas y bultos. ¿Se había llevado demasiados libros y escritos? No obstante, había dejado atrás la mayor parte de su biblioteca y solo cogió las piezas más valiosas e importantes. Pero los camellos parecían estar demasiado cargados, porque de lo contrario, ¿por qué trotaban arrastrando las patas? En todo caso, según su opinión no avanzaban con velocidad suficiente. Mirijam y él eran jinetes inexpertos en comparación con los entrenados soldados del pachá montados en sus *meharis*: los veloces camellos de carrera. Sabía que, a condición de que los soldados los buscaran minuciosamente, podrían dar con sus huellas pese a todas las precauciones tomadas. Además, su ventaja era muy escasa; debían alcanzar la *ksar* de El-Mania lo antes posible, porque allí acababa el dominio del sultán de Constantinopla y también el de su vasallo, el pachá de Al-Djesaïr. Hasta alcanzar la *ksar* de El-Mania no se concederían un descanso excepto los necesarios para los animales.

Poco antes de caer la noche, cuando el viento amainó y el aire se volvió especialmente transparente, hicieron una pausa. Mientras Mirijam alimentaba los camellos, el *sherif* buscó una colina alta, la remontó y dirigió la mirada hacia atrás, en dirección al camino recorrido. ¿Se veía una nube de arena en alguna parte? ¿Una columna de humo? ¿Acaso ya les pisaban los talones? Pero por más que se esforzó y por más que oteara el horizonte, no descubrió ningún indicio de que los esbirros los persiguieran, gracias a Alá. Comieron un puñado de dátiles y siguieron avanzando hasta que salió la luna.

Los días y las noches transcurrieron con el mismo ritmo: cabalgar, breves pausas, alimentar a los camellos, cabalgar y cabalgar. Y solo escasas horas dedicadas a dormir. Aunque el viejo no descubrió ningún indicio de posibles perseguidores y no dejó de notar el cansancio cada vez mayor de Mirijam, siguió avanzando a la misma velocidad. Todas las mañanas volvía a explicarle a Mirijam el motivo de las prisas.

—Estás en esta situación por culpa mía, ahora he de hacer todo lo posible por salvarte. ¡Ignoras hasta dónde llega la crueldad del pachá! Nuestra salvación reside

únicamente en la velocidad con la que avanzamos.

«Y en las manos de Alá», pensó. Por eso todas las noches se volvía hacia La Meca para suplicar la ayuda a Alá.

Hacía tiempo que Mirijam dejó de hacerse preguntas acerca de la huida. Incluso se negó a pensar seriamente en los increíbles reproches que el *hakim* había elevado contra el abogado.

Para gran sorpresa de Mirijam, aparte del cansancio y de las prisas —que de todos modos le parecían exageradas— cuanto más se alejaban de Tadakilt, tanto mayor placer le producía el viaje. Cuando volvía a despertar temprano por la mañana tras dormir unas pocas horas, cada vez se sentía un poco más ligera que el día anterior y le pareció que podía deshacerse de un acontecimiento horrendo y de un susto tras otro como si fueran un lastre y dejarlos en el desierto.

Al mediodía, el abrasador viento del desierto hacía cantar las altas dunas. Era un viento traicionero, a veces la atacaba de frente, otras de costado o le lanzaba ráfagas de arena a la cara. En dos ocasiones se toparon con los esqueletos secos de camellos muertos, medio enterrados por la arena. Después pasaron junto a conos negros de lava y rojas columnas de granito, o de rocas literalmente despedazadas debido al calor diurno o al frío nocturno.

Acampaban a los pies de una duna que los protegía del viento y se calentaban junto a la hoguera, rodeados por un profundo silencio; los camellos descansaban al borde del círculo de luz. El único sonido era el de sus dientes masticando su alimento y de vez en cuando el borboteo de sus estómagos. A veces las ramas secas chisporroteaban en las llamas, de lo contrario reinaba el silencio.

—Podremos descansar en El-Mania, donde con la ayuda de Alá ya llegaremos mañana.

Para no interrumpir el silencio, el anciano hablaba en voz baja; parecía cansado y cada paso parecía costarle un esfuerzo. Necesitaba descansar urgentemente, lo demostraba su andar encorvado y las profundas arrugas que surcaban su rostro.

Pero se negaba a hablar de su cansancio y de la meta, tenía otras preocupaciones. Carraspeó, como siempre cuando abordaba un tema importante, y dijo:

—Hemos de hablar de cierto asunto, hija mía. Aún nos espera la mayor parte de nuestro viaje a Mogador, porque solo alcanzaremos el gran océano dentro de muchas semanas. Tendremos que atravesar otros desiertos y una alta cadena montañosa, y será muy duro. Por eso creo que debiéramos volver a cambiar tu nombre una vez más.

Perpleja, Mirijam alzó la cabeza. En su fuero interno hacía tiempo que había decidido que, mientras ella misma no pronunciara ese nombre extranjero, el cambio de nombre no tenía validez. Y como no podía hablar seguía siendo Mirijam, daba igual cómo la llamaran los demás.

—Así muchas cosas se volverían más sencillas, créeme —comentó el *hakim*—. Pronto volveremos a encontrarnos entre otras personas y entonces llamarás menos la atención si, en vez de ser una muchacha, viajas conmigo como mi acompañante masculino, ¿comprendes? He decidido que debieras llamarte Azîz, Azîz ben el-Mansour, el hijo de el-Mansour. Si Alá me hubiese regalado un hijo, habría elegido ese nombre para él.

Mirijam casi se echó a reír. ¡Cuántas veces había deseado ser un muchacho y vivir sin las molestas restricciones que les imponían a las niñas! ¿Y precisamente allí en el desierto se cumpliría ese deseo? Contempló al anciano con mirada afectuosa. Decidió que quien estaba dispuesto a hacer un esfuerzo tan enorme por ella tenía el derecho de ponerle el nombre que le diera la gana.

Así que asintió, se cortó los cabellos sin dejar de sonreír y se puso la *gandourah*, una larga camisa blanca y los cómodos pantalones de un viajero del sexo masculino.

La aldea de El-Mania se encontraba a los pies de una imponente alcazaba y tras murallas provistas de almenas. Orgulloso por la visita del médico venido de tierras lejanas, el caíd los invitó a su castillo y les hizo servir frutas del oasis, cuscús con azafrán y cordero recién carneado. Los ojos del jefe de la aldea brillaban de alegría ante el inesperado cambio; debido a ello y porque confiaba en que los huéspedes le narraran nuevas historias, les adjudicó sus más bonitas habitaciones con terraza y se encargó de que se encontraran a gusto proporcionándoles personalmente varios cojines.

La vida de Mirijam como Azîz, el hijo del *hakim*, no había variado, debía cumplir con los mismos deberes y tareas que Azîza, la muchacha. Pero estaba encantada con sus cabellos cortos y las prendas prácticas.

Tras descansar durante un par de días, el viejo médico abrió su caja de hierbas y ungüentos curativos y se ocupó de los enfermos de la aldea.

—Alá me proporcionó mi saber y mis poderes —le dijo a Mirijam, que le echaba una mano—. Y dentro de lo posible, los utilizo en provecho de las personas, pero no debemos perder de vista nuestra meta. Aunque aquí el pachá no ejerce su influencia, solo estaremos realmente a salvo cuando hayamos alcanzado Al-Maghrebija, situada más allá al oeste.

Compraron nuevos pellejos de cabra para guardar el agua a los tenderos y artesanos de El-Mania, una silla de montar acolchada para el *hakim* y también alforjas trenzadas para las provisiones. Además, adquirieron más mantas de pelo de cabra y abundante harina, té y azúcar, algunos sacos de dátiles y de carne seca. Alí el-Mansour era un hábil negociador, pero pagaba con monedas de su talego bien provisto, así que los tenderos no tardaron en tratar de congraciarse con él y se superaban los unos a los otros con seductoras ofertas.

En poco tiempo no solo se hicieron con cuatro fuertes animales más, de modo que su caravana pasó a estar formada por nueve camellos y el médico también logró contratar a dos jóvenes camelleros de la tribu de los beni yenni, dispuestos a emprender el largo camino con ellos.

Con esmero, Mirijam guardó las pertenencias traídas de Tadakilt —además de la ropa y los libros, también las hierbas curativas y los instrumentos para preparar ungüentos y tinturas— en las nuevas alforjas para que todo pudiera ser transportado sin sufrir daños.

—Nada de eso debe perderse —ordenó el *hakim*—. Todas esas cosas resultarán imprescindibles cuando alcancemos Bereber Amogdul, el nombre por el cual también es conocido el Mogador portugués.

Mogdura, Mogador, Bereber Amogdul: al parecer, dicha ciudad poseía diversos

nombres y todos ellos tenían un sonido prometedor.

—¿Dónde están tus utensilios para escribir? Hemos de hablar de ciertos asuntos —dijo el anciano médico, y tomó asiento en su lecho. Tras el esforzado viaje a través del desierto disfrutaba de la comodidad de una cama blanda y tibia y de comidas regulares. Sin embargo, no veía la hora de partir.

Mirijam sacó pluma y papel de la caja y preparó la tinta. Verla realizar dichas tareas casi le rompía el corazón... ¡Cuánto debía afanarse y con cuánto valor soportaba todo ese trajín! Cuando en realidad debería poder hablar sin trabas, hacer preguntas, manifestar su opinión, cantar y reír...

Cuando por fin todo estuvo preparado, ella apuntó las preguntas.

«¿Qué hay en Mogador?».

—Marfil, especias, peces, lana y muchas cosas más. Es un lugar de transbordo, ¿comprendes? Las caravanas de allende el gran océano de sal transportan marfil, plumas de avestruz y oro hasta allí —contestó el viejo.

«¿Qué haremos allí?».

—Alá nos dará un indicio, pero en todo caso supongo que me dedicaré a practicar la medicina. Además, allí viven los músicos *gnaoua*, ¿recuerdas? Dicen que pueden curar enfermos mediante la música y la danza. Como podrás imaginar, eso me interesa muchísimo.

Mirijam lo contempló con expresión expectante.

—Además, parece que el mar junto a Mogador está habitado por raros moluscos llamados *murex* o maza de Hércules, que producen un extraordinario tinte. A lo mejor puedo hacer unos experimentos con ellos —prosiguió—. Ya veremos, pero he de confesarte algo más, hija mía. Escucha con atención y reflexiona minuciosamente.

El viejo *hakim* carraspeó varias veces.

—Como bien sabes, no tengo descendientes. No temas, pequeña, no pretendo hablar de mi muerte, mi hora todavía no ha llegado y con la ayuda de Alá, es muy remota. Pero —dijo, indicando las cajas, sacos y alforjas con un amplio ademán que pronto habrían de ser cargados a lomos de los camellos—, no obstante, me pregunto lo siguiente: ¿a quién he de dejarle mis bienes, mis libros y colecciones, la alcazaba y la aldea? ¿Quién continuará con mis investigaciones cuando yo haya muerto?

Alí el-Mansour cogió las manos de Mirijam, en sus ojos brillaban las lágrimas.

—Eres joven, eres inteligente, sensata y culta y pronto podrás proseguir con mi tarea. Olvida tu tierra natal, pequeña, olvida todo tu pasado y sé mi hija. Sí: eso es lo que deseo, que seas mi hija.

Mirijam lo contemplaba con expresión estupefacta. ¿Su hija? ¿Qué quería decir?

—Has de tener en cuenta que el tiempo está de tu parte, es tu aliado más poderoso por así decir —continuó diciendo el médico, que había reflexionado sobre el asunto

—. Un día el pachá actual regresará a la corte del sultán de Constantinopla y a más tardar entonces ya nadie te amenazará de muerte, ¿comprendes? Este pachá supone un peligro para ti, pero otro, ¿que quizá no haga negocios con el abogado? Si no tienen negocios en común significa que no supone un peligro para ti, es así de sencillo.

Al ver que ella empezaba a comprender se frotó las manos.

—Lo que a esas alturas haya sucedido conmigo está en las manos de Alá, porque ya no soy joven —continuó por fin—. Pero entonces tú podrás regresar a Tadakilt y a saber como mi hija y heredera. Podrás hacerte cargo de la alcazaba y del oasis, tendrás tu sustento y estarás a salvo.

El *hakim* se restregó los ojos; hablar de asuntos personales siempre le resultó difícil, y aún más cuando se trataba de algo que le importaba tanto como el destino de Mirijam.

—Pasarán años antes de que puedas regresar a Amberes sin correr peligro. Y, además, ¿qué harías allí, sola e indefensa? ¿Hacerte cargo de la empresa de tu padre en contra de los deseos del abogado? ¿Cómo impondrías tus pretensiones? Tu seguridad me inquietaría. ¡Ten en cuenta que, según todo lo que hemos averiguado, ese hombre carece de escrúpulos! ¿O acaso esperarás hasta que muera?

Descartó dicha posibilidad con gesto enérgico y se apresuró a poner fin a su discurso antes de que la emoción lo superara.

—Reflexiona sobre mis palabras. Las disposiciones necesarias pueden tomarse con rapidez.

Tras pronunciar esas palabras el viejo médico se puso de pie y, para ocultar su emoción, empezó a hurgar en una de las cajas.

Mirijam también luchaba con las lágrimas. ¡*Sîdi* Alí quería aceptarla como su hija, quería que ella, la huérfana, fuera su hija! Tuvo que tragar saliva, era como si viera al anciano médico por primera vez: vio un hombre viejo y encorvado de rostro arrugado y quemado por el sol, manos delicadas un poco nudosas y ojos claros que podían resplandecer como los de un joven. Lo observó al tiempo que él hurgaba en el arcón en busca de ungüentos y hierbas. Estaba tenso, lo notó por sus hombros encogidos.

De pronto se le ocurrió una idea y se preguntó si a veces se sentía solitario. Porque en ese caso podía comprender muy bien por qué quería que ella fuera su hija.

Lentamente, con una sonrisa que marcaba profundos hoyuelos en sus mejillas, se acercó a él. Delgada y con la tez bronceada por el sol, permaneció a su lado observando cómo sacaba objetos de la caja con dedos temblorosos. Por fin le cogió la mano y la besó, embargada por la veneración, antes de llevársela al pecho, allí donde palpitaba su corazón.

—Sí, *abu*, padre —articuló en silencio cuando él la miró—. Me encantaría ser tu

hija.

El viejo médico la estrechó entre sus brazos y acarició el gorro de algodón blanco que ella —al igual que cualquier muchacho— llevaba en la cabeza.

—*Al-hamdulillah!* Gracias a Dios. ¡Cuando emprendamos nuestra nueva vida en Mogador te llamarás Azîza bint el-Mansour, Azîza, la hija de el-Mansour!

—Oye, hija: a partir de ahora lo más importante no es la rapidez de nuestra huida sino nuestra integridad física —proclamó el *sîdi* Alí la noche anterior a su nueva partida—. Y la meta, por supuesto. Seguro que nos aguardan senderos peligrosos y tramos difíciles, la naturaleza puede ser implacable y hostil, pero mediante la ayuda de Alá encontraremos nuestro camino.

Sus palabras parecían conjuros contra la desgracia y el peligro.

Pronto los muros de El-Mania desaparecieron detrás de las dunas y las rocas. Recorrían una antigua ruta de caravanas que evitaba los centros comerciales importantes y las ciudades santas. A lo largo de ella, encontrarían aguadas y oasis a intervalos regulares o incluso aldeas en las que podían descansar.

Mirijam montaba su nueva camella, un animal bonito de pelaje claro y grandes ojos oscuros, pero que era aún más tozuda que el anterior y que detestaba avanzar en fila. Sin embargo, si la obligaban a hacerlo coceaba, estiraba el cuello e incluso brincaba con las cuatro patas rígidas o lanzaba mordiscos a los otros camellos. No quedaba más remedio que dejar que buscara su propio camino.

Hacía horas que la fresca brisa matutina había amainado y un sol abrasador lucía en el cielo. Mirijam refrenó su camella y se secó la frente y entonces una fuerte ráfaga le azotó la cara, una de esas brisas extrañas que surgen de la nada, refrescaban y parecían un saludo o un mensaje, en todo caso algo que llamaba la atención y que se desvaneció con la misma rapidez con la que había surgido. Envuelta en el calor abrasador, la camella de Mirijam se negó a volver a ponerse en movimiento.

Harun, el más joven de ambos camelleros, le enseñó a soltar un silbido frunciendo los labios y enrollando la lengua para darle énfasis a sus órdenes. Al muchacho le resultaba extraño que alguien fuera incapaz de hablar y por eso siempre hablaba en voz alta, como si Mirijam fuera un poco sorda.

—La verdad es que no sabes mucho de camellos, Azîz —vociferó el primer día de viaje—. Cada muchacho debe acostumbrar a su camello a acudir cuando oye un silbido determinado después de pasar la noche buscando forraje —dijo, meneando la cabeza—. Has de entrenar a la camella y, además, deberías sobornarla: dale un par de dátiles todos los días y verás que pronto te seguirá como un corderito a su madre. Adora los dátiles.

Mirijam obedeció y a partir de entonces le daba dátiles a su montura, enrollaba la lengua y fruncía los labios. Estaba convencida que parecía una tonta, pero mediante dicho sistema Harun lograba soltar un agudo y sonoro silbido. Así que practicó y, con la ayuda de Harun, sus silbidos mejoraron día tras día. Entretanto, logró producir un

sonido que la camella parecía oír, en todo caso empezó a hacer lo que la muchacha quería más a menudo. A Omar, el segundo de sus acompañantes, su mudez le resultaba inquietante. Se ocupaba de los camellos, pero se mantenía a distancia de ella e incluso bajaba la vista en su presencia. Y, cuando creía que ella no lo veía, incluso tendía la mano abierta hacia ella para evitar el mal de ojo. ¿Acaso la tomaba por un *djinn*?

Primero tendrían que recorrer un largo tramo a través de un mar de dunas, de días cálidos y noches frías y solo orientándose mediante las estrellas, había dicho el *abu Alí*. Solo después se encontrarían con montañas que se extendían como una suerte de muralla protectora entre las regiones fértiles y el desierto.

Los días transcurrían con calmada regularidad, era el ritmo de las caravanas tal como afirmaron los jóvenes *beni yenni*, un ritmo tranquilo formado por la partida y el descanso, por la alternancia de avanzar andando o a lomos del camello. Por la noche había que dar de comer a los animales, después dormían en torno al fuego protector de la hoguera, bajo el cielo cuajado de estrellas.

En general, Mirijam montaba con actitud relajada, los pies descalzos cruzados sobre el cuello de la camella, entregada a la monotonía de sus andares. No hablaban mucho mientras montaban, así que su silencio apenas llamaba la atención. Ya no le dolían los músculos como al principio del viaje y desde que Harun y Omar se encargaban de los camellos, por fin tenía tiempo para observar el desierto con mayor atención. Lo que más la fascinaban eran los amplios valles de grava y sus piedras de brillante superficie negra, cuya cara inferior era de un color claro. Revelaban las pisadas que habían desplazado los guijarros con precisión. Abundaban las dunas y las acumulaciones de arena: eran de colores diversos, unas rojas como ladrillos, otras de color púrpura y otras más blancas o de color pardo claro. Su hora preferida era la última de la etapa cotidiana, antes de montar el campamento nocturno. El sol ya se había puesto llevándose el viento, la arena y calor diurno y por fin podía llenarse los pulmones de aire límpido y helado.

Antes de dormirse, mientras los demás permanecían sentados en torno a las llamas, dirigía la mirada al infinito cielo estrellado hasta que se le cerraban los párpados. Durante los últimos instantes anteriores a conciliar el sueño, a menudo surgían imágenes del pasado. Astillas calidoscópicas de Amberes, de la tata Gesa y de su padre, y también de Cornelisz. Inmediatamente después se sumía en un sueño profundo. Así que no se enteraba de que todas las noches el *sherif* se acercaba a ella, se aseguraba de que se encontrara bien y la cubría con las mantas. Solo entonces él mismo se retiraba a descansar.

De vez en cuando, cuando despertaba, tenía la sensación de haber realizado un largo viaje mientras dormía y soñaba con su hogar, pero nunca lograba recordar el

contenido del sueño con claridad, aunque eso no tenía importancia. El sueño trataba de aquella sensación de seguridad cuando era una niña que extraía del sueño y conservaba durante el día y que le hacía bien. Además, el *abu* Alí —que la había escogido como hija— estaba a su lado y raras veces se había sentido tan protegida como en el presente.

A veces, cuando reposaban al mediodía debido al calor, el *hakim* seguía instruyéndola, pero en general descansaba para recuperar fuerzas. En esas ocasiones, ella se instalaba en un sitio apartado del campamento. Allí, sola entre las dunas, encontraba la tranquilidad necesaria para practicar los ejercicios de voz que el *hakim* le había impuesto. Ya hacía cierto tiempo que percibía una especie de zumbido en el pecho y la garganta, algo casi tangible y que daba la sensación de que en algún momento tomaría forma. Claro que no podía hablar, eso no, pero una minúscula esperanza empezó a embargarla poco a poco. De todos modos, las extrañas contorsiones y ejercicios gimnásticos no podían hacerle mal.

Empezaba por aflojar la espalda y la nuca, estiraba los brazos e inspiraba y espiraba lentamente, dejando que el aire se deslizara por su garganta. Lo consideraba un ejercicio aburrido; sin embargo, no olvidaba repetirlo veinte veces, tal como le habían indicado. Después pegaba puñetazos al aire, primero hacia arriba y luego hacia abajo, al tiempo que espiraba con los labios apretados.

«Pa», pronunciaba suavemente y, una vez más, «pa», tal como le había indicado el *hakim*. Ese ejercicio le gustaba bastante más; no obstante, confiaba fervientemente en que nadie la observara. Pero a veces solo bailaba y brincaba en la arena y eso era lo mejor. Hacía muecas, movía la boca y la lengua y en cierto momento logró pronunciar «dada» o «dodo». Aunque solo lograba hacerlo en voz baja, en su cabeza su voz volvía a sonar casi como antes, cuando aún había oído y percibido el sonido de la suya propia. «A lo mejor —pensó—, a lo mejor *abu* tiene razón, puesto que está totalmente seguro de que me curaré y, a fin de cuentas, él es un sanador, uno que lo sabe todo».

El aire caliente le ardía en los pulmones y la arena refulgente la deslumbraba. En olas interminables se extendía como un océano en todas direcciones. Ya desde temprano por la mañana, el cielo anunciaba la inminencia de una tormenta de arena mediante el calor y las pesadas nubes gris amarillentas. El *hakim* percibió su proximidad y Harun y Omar también lanzaron una mirada inquieta a las nubes.

—¡Más rápido, Azîz, hijo mío, hemos de cabalgar más rápido! Se acerca un simún y semejante tormenta de arena es implacable.

Alí el-Mansour extrajo su *gerba*, bebió un apresurado sorbo de agua y dirigió la mirada por encima de las dunas centellantes bajo el calor. Luego se cubrió la boca y la nariz con el paño y azuzó a su camello. Mirijam también alzó las riendas, clavó los

talones en el cuello del animal y chasqueó la lengua varias veces. Bajó el espeso velo que usaba para protegerse del sol y la arena y soltó un sonoro silbido sin dejar de azuzar a la camella con los pies, pero fue inútil: el animal se detuvo. Al parecer, los animales del desierto percibían el peligro que se aproximaba, al menos eso había afirmado Harun, así que, ¿por qué esa camella tozuda no se comportaba como correspondía?

Harun y Omar se adelantaron a paso rápido con los animales de carga. En general, Harun no se ahorraba los comentarios burlones ni los buenos consejos, pero entonces ambos azuzaban a sus animales y ninguno se entretuvo soltando palabras ingeniosas. Como si de pronto se lo hubiera pensado mejor, su camella por fin se puso en marcha y siguió a los demás.

Las ráfagas de viento empezaron a azotarlos arrastrando arena y trozos de plantas. Era como si su camella nadara sobre la arena, y la nube de arena le llegaba casi hasta la panza. A sus espaldas nubes amenazadoras se elevaban hacia el cielo. Se aproximaban, se pegaban a sus talones y formaban una pared que en cualquier momento podía desmoronarse por encima de las cabezas de todos. El retumbo y el rugido apagado casi eran peor que la suma de la arena y del viento. El médico aguardó hasta que Mirijam les diera alcance y entonces le arrojó una cuerda.

—¡Sujétala bien! —gritó en medio de los aullidos del viento—. Los oasis de Sebkha no pueden estar lejos. Lograremos alcanzarlos, con la ayuda de Alá. ¿Tienes suficiente agua?

Mirijam asintió y alzó la mano. La cuerda estaba fijada al ronzal de la camella. El viejo *hakim* sujetó la otra punta a su silla de montar, alzó la mano y siguió avanzando. Esa vez la camella de Mirijam siguió al camello del viejo sin protestar, como si jamás hubiera hecho otra cosa.

La avalancha de arena les dio alcance cuando remontaban una duna elevada, desde cuya cima el viento arrojaba salvas de afilados granos de arena. Con cada paso, la blanda arena cedía o rodaba hacia ellos en anchas franjas y hacía que se deslizaran hacia atrás. El viento soplaba con intensidad cada vez mayor en la cresta de las dunas. Azotaba la arena, intentaba derribarlos e impedir que avanzaran; la luz mortecina borraba los contornos y Mirijam solo veía a Harun y Omar —que azuzaban a los camellos de carga— como si fueran sombras que flotaban por encima de la arena en sus *gandourahs* hinchadas por el viento y que más que seres humanos, parecían fantasmas.

Las ráfagas aullantes se convirtieron en un zumbido agudo. La arena los azotaba como si fuera un cuchillo, golpeaba sus rostros, manos y pies. Mirijam se cubrió los ojos con el *chêche*, se inclinó hasta recostarse encima de los hombros y el cuello de la camella, depositando su confianza en el *hakim*, que arrastraba al animal detrás de sí mediante la cuerda, y se aferró a la silla de montar. No obstante, en cierto momento

notó que el animal había cambiado de dirección y entonces, en vez de correr peligro de deslizarse hacia atrás, corría el peligro de caer hacia delante, por encima del cuello de la camella, y tuvo que apoyarse en ambos brazos. ¿Es que el *hakim* había interrumpido la remontada? En todo caso, de momento la tormenta había quedado a sus espaldas, lo cual resultaba más agradable. Abrió los ojos con mucha precaución pero no vio absolutamente nada, ni siquiera sabía dónde era arriba y dónde abajo.

La camella avanzaba con la cabeza gacha y pasos cortos pero regulares; de vez en cuando resbalaba o tropezaba, pero cada vez volvía a recobrar el equilibrio y seguía caminando. En algún momento empezó a cojear y tras dar unos pasos, se detuvo y sus patas se doblaron tan bruscamente que Mirijam salió volando y aterrizó en la arena. De manera instintiva, trató de aferrarse a algo y logró coger el extremo de la cuerda.

«Una cuerda», se preguntó, consternada. ¿Por qué tenía una cuerda suelta en la mano? ¿Es que había una cuerda fijada a la silla de montar? Entonces la invadió el pánico: ¿acaso era la cuerda mediante la cual el *sherif hakim* había conducido a la camella? Eso solo podía significar que ya no estaba detrás de él, y a saber, ya hacía cierto tiempo como de repente comprendió. Era probable, más bien seguro, que en algún momento la cuerda se había soltado y la camella se independizó, abandonó la caravana y emprendió otra dirección. Agarrada a la cuerda, se arrastró hasta el animal que divisaba cual sombra oscura en medio de la nube de polvo.

¿Dónde estaban los demás? Intentó ponerse de pie y buscar al *hakim* y los camelleros con la mirada, pero el viento la derribó. Cualquier intento de encontrar a los demás la pondría en peligro, debía aguardar hasta que la tormenta amainara, puesto que en algún momento la tormenta de arena se dispararía, se dijo, solo había de tener paciencia. Por suerte tenía su propia provisión de agua; agachada y con los ojos entornados, se arrastró en torno a la camella, tanteó las bridas y la silla de montar y hurgó entre el equipaje, pero no descubrió el pellejo de cabra ni la segunda cuerda. La arena le azotaba la cara; sin embargo, volvió a arrastrarse en torno a la camella y tanteó todos los objetos colgados de la silla, pasó la mano por encima del pelaje del animal, palpó y lo registró todo.

Nada.

¿Nada?

El pellejo no aparecía.

¿Cuánto tiempo podía aguantar un ser humano sin beber?

Mirijam no podía respirar; ocultó el rostro entre los brazos, tosió y escupió: había arena por todas partes, en sus ojos, en la nariz y en la boca. Se apresuró a arrastrarse junto al flanco de la camella y se encogió. Se envolvió en su chilaba de lana y se cubrió la cabeza y la cara con la capucha. Tenía más calor, pero al menos podía respirar sin que la arena penetrara en sus pulmones. Protegida por el *chêche* y la capucha apoyó la cabeza en las rodillas. Debía recuperar la calma, respirar más

lentamente y tener paciencia. Resultaba difícil, porque todo la impulsaba a ponerse de pie y escapar de ese infierno, pero un resto de sensatez le indicó que debía aguantar y hacer todo lo posible por dominar el terror que la atenazaba. Su vida dependía de ello.

Desde que supo que no disponía ni de una sola gota de agua para beber, solo podía pensar en el agua, en agua en abundancia, fresca y fría que se vertía en su boca. Sin agua, moriría.

Sus músculos se tensaban una y otra vez, y solo mediante un gran esfuerzo logró dominar el impulso de ponerse de pie de un brinco. A ratos lograba reunir saliva en la boca y tragarla. Se presionó contra el cuerpo de la camella, que permanecía inmóvil a su lado, con los ojos y los ollares cerrados, respirando tranquilamente. ¡Precisamente este tozudo animal de mirada altiva, el culpable de que se encontrara en esa espantosa situación, era su única protección!

Aguardó junto a la camella y se concentró en respirar al mismo ritmo que el animal al tiempo que la tormenta rugía en derredor y la arena penetraba a través de los agujeritos permeables de la tela. De tanto en tanto, cuando tenía la sensación de que el peso en la cabeza y la nuca era excesivo y que la arena podía aplastarla, Mirijam se agitaba de un lado a otro de modo que la arena se deslizaba a un lado y la presión se reducía. Después volvía a quedarse quieta. Respiraba y aguardaba. La camella tampoco se movía. ¿Estaría muerta? Pero al palparle el cuerpo con la mano notó que seguía respirando.

«Ahora quiero beber un sorbo de agua», pensó tal vez por centésima vez mientras la boca se le secaba y los labios se agrietaban. Su lengua se hinchó y se pegó al paladar... ¿o solo se lo estaba imaginando, porque había oído decir que eso sucedía justo antes de morir de sed? Solo una minúscula gota de agua, solo... Tomar aire se volvía difícil y cada respiración suponía una lucha. Recordó los huesos de camello, blanqueados y tallados por el sol y el viento junto a los que había pasado. ¿También encontrarían los suyos un día, pálidos e irreconocibles? Y si ahora debía morir, ¿volvería a ver a Lucia, a su padre y a Lea, su madre? Entonces la calma alcanzada con tanto esfuerzo se esfumó, los latidos de su corazón se aceleraron, las manos y el estómago se acalambraron y solo haciendo un gran esfuerzo logró quedarse quieta.

Tan repentinamente como empezó, la tormenta se desvaneció. Quizás el viento había girado y después soplaría con la misma inmisericordia desde la dirección opuesta. Pero el silbido ya no era tan intenso y un instante después también desaparecieron los retumbos y de pronto reinó un silencio absoluto. Mirijam alzó la cabeza y aguzó los oídos. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? Le parecía una eternidad; se quitó la arena de encima, también la chilaba y se puso de pie.

Altas nubes de polvo ocultaban el sol y apagaban todos los colores y los contornos. A su lado, la camella entró en movimiento. ¡Estaba viva, ambas habían sobrevivido!

Mirijam tenía clara una cosa: daba igual cómo, pero debía alcanzar la cresta de la duna; más allá de esta, o al menos eso le había parecido comprender, empezaban los oasis salvadores. Allí encontraría agua.

Mediante silbidos y puntapiés, logró que el animal se levantara. Al principio, la camella se limitó a torcer su largo cuello e intentó lanzarle un mordisco, pero por fin la terca bestia se puso de pie; no obstante, se negó a dar un paso por más que Mirijam tirara de la brida.

«¡Venga, vamos; camina, bestia estúpida!».

—*Yallah!* —gritó de pronto con desesperación, y volvió a tirar de las riendas.

Entonces se quedó de piedra y dejó caer los brazos. Había oído una voz, alguien había gritado, lo había oído con toda claridad. ¿Acaso la tormenta de arena la había afectado hasta tal punto que de repente oía voces de fantasmas? Porque no cabía duda de que había oído algo, alguien había gritado «*yallah*» y en voz bastante alta.

Por más que mirara en derredor comprobó que estaba sola. Echó un vistazo a la camella, pero el animal permanecía con la cabeza gacha, sin moverse del lugar.

Entonces una esperanza imposible la invadió.

Mirijam no osaba dar crédito a la idea que procuraba abrirse paso en su cabeza. El corazón le latía como un caballo desbocado. «¡Dios mío —suplicó en silencio—, te llames como te llames y te encuentres donde te encuentres, ayúdame!».

Cerró los ojos y tomó aire. Carraspeó varias veces y abrió la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato. ¿Debía intentarlo? Pero por fin hizo de tripas corazón.

—*Yallah!* —fue la palabra que surgió de su garganta, al principio áspera e insegura, pero después, aún contenida aunque más sonora, volvió a surgir.

—*Yallah!*

¡Era su propia voz, de verdad! Abrió los ojos con expresión incrédula: volvía a estar a solas con la camella y tras mirar en torno, comprobó que nada había cambiado. No apareció ninguna imagen celestial ni sonaron las campanas, hasta donde alcanzaba la vista solo había arena. Y, sin embargo, había ocurrido algo increíble: ¡había recuperado el habla!

—*Yallah!* —repitió con una sonrisa de oreja a oreja, y escuchó el sonido de su propia voz. Tosió, entre los dientes chirriaban los granos de arena y tenía la lengua pegada al paladar. Se esforzó en acumular saliva en la boca y humedecerse los labios; luego gritó con todas sus fuerzas.

»¡*Yallah*, maldita bestia, *yallah!* —chilló, riendo a carcajadas al tiempo que las lágrimas se derramaban por sus mejillas—. ¡*Yallah!* ¡Vamos, camina, pedazo de estúpido animal! —gritó con renovado valor, agarró la cuerda y arrastró a la camella hacia la cresta de la duna.

Le pareció que la arena de la empinada duna estaba más suelta que antes,

resbalaba, la camella se encabritaba pero daba igual: debían remontar la duna. Al fin y al cabo, no había soportado los terrores de las últimas horas para fracasar debido a la estupidez de un camello y tal vez acabar convirtiéndose en un esqueleto en la arena. Tiró de la cuerda soltando maldiciones, después se colocó detrás del animal y le pegó palmadas en los cuartos traseros, puntapiés en las rodillas y empujones. Si no quedaba más remedio, le mordería el trasero y las patas.

—¡Sube de una vez! —gritó, resollando—. ¡Vamos! ¡Sube de una buena vez, te digo!

¡Podía oír su propia voz! Le resultaba un tanto extraña, áspera y tomada, pero era su voz.

—Venga, vamos, tú también tienes ganas de beber, ¿no?

La camella dio un paso, después otro y de pronto tres... ¡y empezó a remontar la duna!

—Ahora todo irá bien —se oyó decir—. ¡Seguro que todo irá bien!

No podía dejar de hablar, palabras para darse ánimos, tonterías, daba igual: solo quería oír su voz.

Mientras seguía avanzando penosamente a través de la arena, su confianza iba en aumento con cada paso. Al fin y al cabo no solo había salido con vida, incluso había recuperado la voz... ¡Y eso no podía ser en vano!

La subida aún era demasiado abrupta a través de la arena blanda como para pensar en montar, y ella o la camella se deslizaban hacia atrás una y otra vez y tenían que volver a conquistar un terreno que ya habían dado por ganado. Pero aunque lentamente, se acercaban a la cima.

De repente oyó voces.

—¡*Allah u aqbar*, el Señor es grande! ¡*Sîdi*, mirad, allí! ¡Ha sobrevivido! ¡*Azîz*, *Azîz*, aguarda, iremos a buscarte!

Eran Omar y Harun.

Mirijam alzó los brazos y los agitó.

—¡Aquí! —rugió con todas sus fuerzas, al tiempo que reía, saludaba y brincaba sin dejar de gritar:

»¡Harun, Omar, estoy aquí!

Los dos jóvenes que se deslizaban colina abajo con los brazos abiertos, los atuendos ondeando y corrían hacia ella a través de las nubes de arena le parecían ángeles.

—¡De pronto te perdimos, *Azîz*! ¡Pero, oh, milagro, estás vivo! ¿Y además hablas? Los bondadosos *djinn* del desierto te han devuelto la voz. *Al-hamdulillah*!

Ya desde lejos, Harun agitaba su pellejo de agua y por fin la alcanzó, se detuvo rodeado por una nube de polvo y le tendió la *gerba*.

Mirijam se apresuró a enjuagarse la boca para eliminar la arena y después bebió;

una y otra vez se llevó la *gerba* a los labios y bebió el agua tibia y mohosa. Era desabrida e insípida, desde luego; sin embargo, le parecía que nunca había bebido algo tan exquisito.

—*Shukran!* —exclamó por fin riendo y jadeando—. ¡*Alf shukran*, gracias mil!
Harun le palmeó la espalda.

—*La shukran*, Azîz, no hay de qué. Alá da el agua y la vida. En todo caso, siempre supe que un buen día me hablarías.

Con la ayuda de ambos camelleros, acabaron por remontar la duna casi sin esfuerzo. *Abu* Alí estaba sentado a los pies de su camello, contemplándolos; las piernas ya no lo sostenían, pero las lágrimas que surcaban sus mejillas cubiertas de polvo y dejaban huellas claras eran lágrimas de felicidad.

—¡Azîz, hijo mío! —gritó—. ¡Mira, allí abajo! A que es un milagro, ¿verdad?

El primero de los oasis de *Sebkha* y su bosquecillo de palmeras, verde como el Paraíso y donde el agua abundaba, se encontraba a sus pies.

—*Ouacha, abu*, sí lo veo —dijo *Mirijam*, se arrodilló en la arena ante el viejo médico y lo cogió de las manos—. Y ha ocurrido más de un milagro; he recuperado la voz, puedo hablar.

Al oír sus palabras, el rostro del anciano adoptó una expresión de intensa felicidad y la estrechó entre sus brazos.

Solo entonces la presión y la tensión en el pecho desaparecieron. *Mirijam* bajó la cabeza y se echó a llorar, pero al mismo tiempo hubiese querido reír y gritar de júbilo.

TERCERA PARTE
MIGUEL Y CORNELISZ, 1523

Habían emprendido el viaje justamente entonces, a principios del comienzo de las tormentas otoñales, pero ¿acaso tenía otra opción? Miguel de Alvaréz, el timonel de la *San Pietro*, entrecerró los ojos y echó un rápido vistazo en torno. Que precisamente el capitán Da Palha estuviera al mando era mala suerte, una mala suerte considerable. Si no hubiese sido por la furibunda familia de la dulce Aurelia con quien había intimado durante las pasadas semanas, incluso intimado mucho, jamás habría pisado una nave comandada por Felipe da Palha. Pero resulta que Aurelia tenía dos hermanos y además un padre sediento de venganza que le pisaban los talones... ¡Dadas las circunstancias, hasta podía considerarse afortunado! No solo porque la *San Pietro* se disponía a zarpar: al parecer el timonel originalmente contratado había desaparecido por completo, ofreciéndole su puesto en bandeja de plata, por así decir. «Sí —pensó—, supongo que he de tomármelo como una coincidencia afortunada, puesto que de ese modo logré volver a escapar del matrimonio una vez más, *graças a Deus!*».

Miguel alzó la nariz y venteó en todas direcciones como un perro, pero no percibió nada: ni tierra, ni una isla ni una costa. Hacía días que el viento soplaba del noreste, pesadas nubes ocultaban las constelaciones y los chaparrones no dejaban de caer en cubierta. Entretanto, estaba absolutamente convencido de que las corrientes los habían arrastrado a gran distancia hacia el oeste. Hacía tiempo que los puntos fijos de navegación a lo largo de las costas habían desaparecido, la lluvia se había tragado las islas hacia las que se dirigían y resultaba imposible determinar la posición de las estrellas o del sol mediante el cuadrante o el astrolabio. Si las cosas no cambiaban, seguirían a la deriva en el océano hasta alcanzar las nuevas posesiones españolas que el bocazas de Cristovão Colombo había descubierto.

Pese a las velas empañicadas, el bergantín rolaba y cabeceaba violentamente.

«Menos mal que la tripulación conoce su oficio», pensó Miguel, y se aferró al timón con ambas manos; sin embargo, Dios sabe que el capitán hacía honor a su fama de navegante de agua dulce. Si Da Palha se molestara en consultar las cartas náuticas de Miguel, este podría demostrarle que habían emprendido el rumbo equivocado. El propio Miguel ni siquiera se veía obligado a recurrir a las cartas de Piri Reis, el cartógrafo osmanlí, de las que ya se había hecho confeccionar copias en secreto hacía cierto tiempo. También los instrumentos de navegación en general solo le servían para constatar lo que ya sabía. Siempre había llevado ese saber acerca de los movimientos de la mar y las costas en la sangre: olía tierra firme, si esta estaba al alcance de su olfato.

¿Y acaso entonces la olía? Claro que no, por eso sabía con toda seguridad que Da Palha había emprendido el rumbo equivocado. Solo la corriente ya los arrastraba con

demasiada velocidad como para que pudieran encontrarse próximos a tierra firme. Ello podía significar su perdición, porque no tenían provisiones suficientes para pasar meses en el mar. El par de cabras y gallinas que había a bordo tal vez bastarían para un par de semanas, pero nunca para más tiempo, y el agua también empezaría a escasear.

Pero Felipe da Palha, con su camisa plisada italiana, su elegante abrigo, la moderna capa abierta guarnecida de piel, su afectado bastón y sus guantes bordados, consideraba que comentar las decisiones tomadas con un mero timonel estaba por debajo de su dignidad como capitán. En cambio, ya hacía dos días que lo mantenía ocupado con tonterías infantiles que cualquier necio podría haber realizado.

En ese momento una ola barrió la cubierta y casi derriba a Miguel, pero logró aferrarse y también dominar la *San Pietro*, esa nave excelente, que poco después volvió a flotar como un corcho en el mar embravecido.

Pese al viento, Cornelisz van Lange también estaba en cubierta. Se aferraba con ambas manos a los cabos tendidos en cubierta debido a la tormenta y contemplaba el mar embravecido. Se alzaba y descendía como un cuerpo inmenso; el violento oleaje, su fuerza y la espuma lo atemorizaban y fascinaban a la vez. ¿Es que de verdad resultaba necesario emprender ese viaje precisamente entonces, cuando empezaban las tormentas del otoño? Pero su padre había insistido en zarpar ese año, a pesar de la proximidad del invierno, y, una vez tomada una decisión, a Willem van Lange le desagradaba dar marcha atrás. Un ejemplo de ello era su actitud frente al deseo de su hijo de aprender el arte de la pintura. Su hijo y heredero... ¿un pintor? Tonterías, ni hablar y punto.

Aunque para Cornelisz no había nada más importante que su pintura y aunque los asuntos relacionados con el comercio y los negocios lo aburrían a más no poder, le resultó difícil poner reparos a los deseos de su padre o de oponerse a ellos. Ese era su mayor problema: su falta de voluntad. A diferencia de otras personas capaces de reunir argumentos, desarrollar una convicción y comprometerse claramente con ello, Cornelisz vacilaba. Para él, las contradicciones y las diferencias existían unas junto a las otras, como si se trataran de parejas con los mismos derechos. El amor y el temor, la seguridad y la vulnerabilidad, la confianza y la duda... Cornelisz solía oscilar entre emociones incompatibles. Su padre consideraba que dicho desgarró indicaba debilidad, dado que él siempre era capaz de tomar decisiones rápidas de las que estaba seguro, así que, ¿cómo podía comprender a su hijo? No obstante, pese a su carácter severo y su actitud frente a la vida opuesta a la suya, Cornelisz amaba a su padre y anhelaba agradarle, como es natural. Pues entonces, ¿por qué siempre sentía cierto temor frente a él? Y su inseguridad, ¿realmente solo se debía a su juventud, como afirmaba su padre? Hacía años que había dejado de ser un niño, incluso su

padre se había dado cuenta de ello cuando hacía poco tiempo se lo llevó a su propia agencia.

—Ya eres un adulto. Es hora de que aprendas las conexiones de nuestra empresa más a fondo que antes. Te aguardan alianzas, sociedades y relaciones comerciales ampliamente ramificadas, cuyos vínculos has de conocer y comprender —dijo, para fundamentar su decisión. Las tímidas súplicas de Cornelisz de que al menos lo dejara formarse en uno de los grandes talleres de pintura, aunque fuera durante un tiempo, fueron rechazadas con ademán desdeñoso.

La decisión no lo sorprendió, desde luego, pero ¿por qué de pronto su padre tuvo tanta prisa de apartarlo de Cohn y llevárselo a su propia agencia? ¿Acaso porque el abogado Cohn lo había mantenido apartado de todos los asuntos importantes? ¿Es que en su momento, su padre especuló que su hijo aprovecharía la oportunidad para investigar los negocios del abogado? No obstante, a él, que solo era un aprendiz, no le confiaron nada importante. Se vio obligado a limitarse a copiar listas durante todo el día y las únicas informaciones a las que tenía acceso solo eran asuntos de poca monta. Sin embargo, tuvo que aguantarse y malgastar más de dos años realizando tareas insensatas y estúpidas.

Entretanto, el comercio de tejidos, antaño la principal actividad de la casa Van de Meulen, había caído en decadencia, porque el abogado concentró sus negocios en la minería; al menos de eso se enteró Cornelisz. El abogado estaba interesado en la plata y otros metales, cuya explotación había encargado a una sociedad formada por diversos empresarios allá, en la lejana Alemania. Nadie conocía los detalles de dichas empresas, por no hablar de quiénes eran los clientes, qué empresarios participaban en ellas o quién había acordado qué con quién. Esa clase de negocios eran nuevos en Amberes y a nadie le agradaba que un recién llegado se le adelantara. Pero no era lo único que le tomaban a mal al abogado: había dos cosas más: por una parte el secretismo con el que actuaba, pero sobre todo que realizara sus negocios en colaboración con socios londinenses y no con las compañías de Amberes. Ninguno de los empresarios de Amberes fue incluido; sin embargo, los agentes y las empresas extranjeras que actuaban entre ellos pero no los dejaban participar en los negocios ni echarle un vistazo a sus libros, era lo último que los amberinos estaban dispuestos a tolerar en su ciudad. Así que ignoraban y dejaban de lado a Cohn cada vez que se presentaba la oportunidad. Sin embargo, las cajas del abogado no dejaban de llenarse, si es que uno daba crédito a los indicios provenientes del círculo de los banqueros. No obstante, Cornelisz nunca logró averiguar nada preciso y tampoco fue capaz de reunir información sobre negocios poco habituales o especialmente lucrativos, y tampoco sobre cifras o nombres.

Al igual que los otros empresarios de Amberes, también Willem van de Lange acabó por molestarse debido a las prácticas comerciales poco transparentes del

abogado Cohn. Por eso sacó sus conclusiones y se llevó a su hijo y heredero de la agencia, y le ordenó que trabajara en su propia agencia. Ya el primer día le dijo a Cornelisz que dejara todo el papeleo en manos de los aprendices de escribientes: como su sucesor, ya no tendría que permanecer sentado ante un pupitre con los dedos manchados de tinta. En cambio, ambos asistían a las sesiones, el término utilizado para referirse a las reuniones íntimas entre otros comerciantes y concejales. Oficialmente, se trataba de preparar las decisiones del consejo municipal, pero en realidad el tema central estaba relacionado con sus propios negocios.

Cornelisz detestaba esas reuniones, en las que no podía hablar con nadie sobre el tema que le interesaba a él, de modo que siempre se sentía de más y fuera de lugar. En el pasado, ya habían supuesto correr baquetas. Es verdad que los amigos de su padre le palmeaban amistosamente la espalda y charlaban con él, le preguntaban por sus preferencias y progresos, incluso reían y chanceaban con él hasta que llegaba el momento en el que le hacían un auténtico examen. ¡Y ese momento siempre llegaba! Y también esa vez: el concejal Schulte lo había interrogado sobre las pesas y medidas de Hesse y todo acabó como era de esperar. Entonces, cuando buscó la mirada de su padre, ruborizado y tartamudeando, este desvió la suya y lo dejó en ascuas.

«Allí donde otros padres tienen el corazón —pensó Cornelisz y no por primera vez—, el mío tiene una voluntad».

—Has de ser preciso, decidido y rápido, y tomar las medidas necesarias sin titubear —era una de las frases preferidas de su padre. Para él solo eran palabras vacías, pero su padre vivía y actuaba según ellas. ¿Cómo sería eso de saber siempre qué había que hacer?

Ese viaje también resultaba excitante para Cornelisz en el mejor sentido de la palabra, puesto que le ofrecía la oportunidad de estudiar los colores del mar embravecido con la mirada de un pintor. Verde azulado, gris verdoso, azul grisáceo atravesado por estrías, vetas y velos amarillentos y blancos... ¡unos matices nunca vistos con anterioridad! Pese al temor que le infundía el océano infinito, no lograba despegar la vista del espectáculo fascinante que cambiaba con cada ola y a veces reflejaba el claro azul del cielo en cada gota. ¿Dónde acababa el agua y empezaba el cielo? Allí, donde creyó vislumbrar el horizonte, la separación entre ambos elementos matizados de gris resultaba irreconocible, todo se movía y se volvía borroso.

Una vez más, las enormes olas que se elevaban y rompían cubiertas de espuma atraían su mirada: esa abundancia de matices no guardaba ninguna relación con los pálidos colores del río Schelde. Su propia selección de pigmentos, bastante pobre por cierto, jamás alcanzaría para cautivar ni un pequeño fragmento del mar salvaje, sobre todo le faltaban el azur, el lapislázuli y la malaquita. Pero incluso si las posibilidades ofrecidas por su paleta fueran suficientes y diera con los colores idóneos, ignoraba si sería capaz de representar el poderío de las aguas. Quizá carecía del talento

suficiente. Por ejemplo: ¿acaso sabía manejar el pincel para imitar el movimiento de las olas o de aquel resplandor que se abría paso entre las nubes?

—He de hablar contigo, Cornelisz.

La voz de su padre lo arrancó de sus cavilaciones. Desprendió la mirada de las olas, se abrió paso a través de la cubierta hasta el camarote de popa y cerró la puerta detrás de sí.

Willem van Lange estaba de pie ante una enorme mesa que, como las literas, estaba fijada al suelo para evitar que se desplazara en caso de mala mar. Estaba cubierta de listas y libros de la agencia, de cartas náuticas y portulanos en las que figuraban las líneas costeras, las bahías protegidas y los puertos. Encima reposaban un cuadrante y un reloj de arena. A través de la ventana de cristales emplomados penetraba una luz mortecina que hacía brillar un astrolabio de cobre. Quizá su padre volvía a ocuparse de temas náuticos...

Cornelisz contempló las cartas, casi sin prestar atención a las explicaciones de su padre. Aunque no lograba identificar nada en la confusa red de delgadas líneas, intentó descubrir un sistema o una pauta.

—... por eso ahora has de saber de qué trata este viaje especial —oyó que decía su padre—. Resulta que aparte de ciertas peculiaridades, a saber los acuerdos con Van der Beurse de los cuales te informaré minuciosamente más adelante, trata sobre todo de las rutas comerciales y con respecto a ellas es imprescindible que estés informado. Pero para ser precisos, trata de otras cosas, de mucho más.

Su padre reflexionó un instante, mediante un vistazo lateral se aseguró de que Cornelisz lo escuchaba antes de decir en tono significativo:

—Nos encontramos en un momento decisivo, hijo mío, porque en primer lugar tenemos la oportunidad de convertirnos en una empresa grande y de mucha influencia.

Willem van Lange carraspeó.

—Iré al grano sin rodeos. Gran parte de nuestra fortuna, en realidad casi todos nuestros bienes, están metidos en las letras de cambio que invertí en el comercio oriental de Van der Beurse. Lo recuerdas, ¿verdad?, tratan de pimienta y nuez moscada, pero, y lo sé de buena fuente —prosiguió—, las tropas del sultán Solimán marchan sobre Belgrado encabezadas por sus crueles jenízaros, la elite del ejército otomano. Y supongo que el significado es claro, ¿no?: habrá una guerra.

El comerciante se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las cartas. Quizá por enésima vez, comprobó las líneas marcadas, las rutas comerciales que, procedentes del Lejano Oriente, se cruzaban en Constantinopla y desde allí se dirigían en forma de estrella hacia el oeste y el norte.

—Claro que te preguntarás qué significa todo eso para nosotros. Ahora te lo diré, entre otras cosas, lo siguiente: si el otomano extiende su reino hacia el norte y el oeste, entonces la antigua ruta comercial que va desde las costas de especias hasta Amberes se volverá intransitable, al menos mientras dure la guerra, pero tal vez también para siempre. He ahí el ojo de la aguja —dijo, señalando Constantinopla con el dedo—. Lo primero que harán los otomanos, junto con sus vecinos árabes, será apoderarse de

todo el comercio de especias con la India e incluso los venecianos se verán impotentes, aun recurriendo a la diplomacia o a las armas. Si el sultán sale victorioso de esta nueva guerra, entonces aquí todo habrá acabado, ¿comprendes? Pero incluso si pierde la guerra, también y exactamente aquí, a saber.

Recorrió el borde de la carta en la cual, además de la costa del Mediterráneo, del Levante y del mar Arábigo se distinguía perfectamente el inmenso reino osmanlí y sus fronteras orientales.

—O sea, debido al bloqueo hacia el este. ¿Lo comprendes ahora?

Cornelisz asintió en silencio. Sabía por experiencia que su padre rara vez tomaba nota de sus respuestas.

—¡Y el rey español, coronado emperador hace solo unas semanas en Aquisgrán, no hace nada para impedirlo, nada! —exclamó el comerciante—. ¿Acaso Carlos V toma medidas para impedir dicho desarrollo? ¡No! ¿Lo toma en serio, al menos? ¡Tampoco! ¡No tiene nada mejor que hacer que dejarse arrastrar por Francia a esa insensata campaña militar en el norte de Italia y deja que su tía se las arregle como pueda en los Países Bajos! ¡Está ciego! Espero que comprenda que son los comerciantes, hombres como yo, quienes afianzan y conforman su reino. ¡Somos nosotros quienes le llenamos la caja! ¡Lo único que nos hará avanzar es el comercio, no la guerra!

Su padre no había tardado en enardecerse y recorría el camarote dando zancadas y su capa forrada de pieles ondeaba en torno a sus piernas.

Cornelisz no entendía muy bien por qué su padre estaba tan exaltado. Desde siempre, lo había atraído la resistencia, los riesgos, la jugada osada. Si un camino se cerraba, buscaba y encontraba otro que en general encima resultaba más lucrativo. Entonces, ¿a qué se debía su inquietud?

—¿Y qué hacen todos los comerciantes de Amberes, de todo Flandes? ¡Se cagan en los pantalones! ¡Ninguno de ellos tiene las agallas suficientes, solo los de Ámsterdam y ese, el de Brujas!

Cornelisz sabía que con «ese, el de Brujas» se refería a la empresa de Van der Beurse, quien hacía mucho tiempo era el modelo de Willem van Lange.

—Lo dicho: alguien debía tomar la iniciativa, porque es hora de establecer otra ruta y no por tierra sino por mar, en torno a África, ¡ese es el futuro! Solo así podremos darle la espalda al osmanlí y sus correligionarios y rodearlos. ¡Entonces podrán montar bloqueos dónde y cuándo quieran, porque no lograrán detenernos! —dijo Van Lange, casi gritando.

»Hace casi veinte años que esa ruta existe ¿y quién la descubrió? Lo sabes, hijo mío, porque te lo he dicho hace ya muchos años: fueron marinos portugueses. Hace años que se han instalado en toda la costa de África y en Goa, su colonia india, y dominan las rutas del transporte marítimo. Y esta es la pregunta más importante: ¿por

qué no la aprovechamos también nosotros, por amor de Dios? ¿Por qué hasta ahora nos hemos negado a colaborar con los portugueses? ¿Y por qué no hemos equipado nuestras propias naves para navegar en torno a África ni reunido una flota o incluso fundado una compañía con ese fin? ¡Porque la famosa visión de futuro de nuestros comerciantes de Amberes no va más allá de la punta de sus narices y porque apocados, se lamentan del supuestamente elevado riesgo en cuanto se trata de emprender algo nuevo!

Cornelisz se inclinó sobre las cartas apoyadas en la mesa; aborrecía los arrebatos y los gritos y además estaba harto de esa interminable retahíla.

Van Lange vertió vino en una copa y bebió un buen trago. La nave se escoraba y cabeceaba, de modo que Cornelisz se aferró instintivamente al borde de la mesa mientras su padre se afirmaba sobre ambas piernas y agitaba su copa.

—Los marinos portugueses son los vencedores natos de los mares —prosiguió por fin en tono más tranquilo—. Y, además, lo saben desde siempre: la riqueza no se encuentra en Occidente, en esa isla Hispañola, tal como afirma Colombo el genovés, se encuentra exactamente en la dirección opuesta, en Oriente. Por eso no resulta sorprendente que se enriquezcan con cada cargamento de una nave —dijo.

Hacía bastante tiempo que su padre estaba enamorado de la idea de ahorrarse el tiempo y los costes —y sobre todo los elevados aranceles que los árabes y los osmanlíes les cobraban a todas las caravanas procedentes de la India— circunnavegando África. Cornelisz estaba al tanto de las a menudo vehementes discusiones en torno a ese tema que su padre mantenía con el conjunto de los comerciantes de Amberes y hacía años que observaba cómo se afanaba en despertar el interés por esa nueva ruta, según él mucho más lucrativa. También había sugerido la fundación de una sociedad mercantil en diversas ocasiones, pero fue en vano: todos los potenciales participantes rechazaron la idea. Sus argumentos en contra siempre se resumían en dos palabras: demasiado arriesgado. Sin embargo, su padre seguía tan convencido por sus propios argumentos como siempre. ¿Por qué las arrugas de preocupación le surcaban la frente? ¿Y qué relación guardaba todo eso con el viaje?

—¡La ruta marítima en torno a África multiplicará mil veces nuestras ganancias! —exclamó su padre—. Si no recorremos la nueva ruta de una buena vez, los comerciantes españoles y portugueses pronto nos habrán expulsado de todo el comercio de especias. Hemos de ponernos de acuerdo con ellos cuanto antes, porque de lo contrario, ¿qué otra cosa nos quedará a nosotros, los de Amberes? Te lo diré: ¡en vez de las islas Molucas, el mar del Norte, en vez de nuez moscada, solo pieles y pescado seco!

¿Pieles y pescados? Se refería a la Hansa, a la que su padre despreciaba, puesto que según su opinión, los comerciantes de la Hansa carecían de coraje y de visión de futuro.

—¿Qué son el bacalao, el ámbar y las pieles en comparación con el azafrán, la canela y la nuez moscada? —preguntó su padre, haciendo un gesto negativo con la mano—. Pero te digo que si los de Amberes no quieren escucharme, acabarán por lamentarlo. ¡Les demostraré que tengo razón y les mostraré lo que se pierden! Esta vez lo he apostado todo a una carta, todo.

Tras dichas palabras, Willem van Lange bebió el resto del vino; de pronto pareció tener calor porque tironeó del cuello de su camisa y se secó el sudor de la frente.

—¡He enviado tres naves, hijo, tres naves cargadas hasta los topes! Una vez que hayan circunnavegado el condenado cabo, cuando ya nada pueda salir mal, emprenderán la *volta pelo largo*, el gran rodeo. Es la ruta más larga, pero también la más rápida gracias a los vientos favorables —siguió diciendo el comerciante—. ¡Y cuatro meses después estarán en Amberes!

Había recuperado el control y jugueteaba con la copa vacía, con la mirada dirigida hacia la lejanía. Lo que vio allí pareció satisfacerlo, porque las arrugas desaparecieron de su frente.

—Me he hecho responsable de ello y tanto de nuestra propia parte como de la de Van der Beurse; reconozco que supone cierto riesgo, pero ya conoces mi máxima: quien no arriesga no tiene derecho a lamentarse. Bien, sea como fuere, hace poco recibí la noticia de que todas las naves habían circunnavegado el cabo de Buena Esperanza sin sufrir ningún percance. Así que como verás, lo peor ha sido superado y dentro de unos cuatro meses llegarán a Amberes. Mientras nosotros navegaremos al encuentro de nuestra flota, la aguardaremos en la fortaleza portuguesa de Santa Cruz de Aguér, en la costa marroquí y regresaremos junto a ella a Amberes. ¡No dejaré escapar ese triunfo!

«Así que de eso se trataba», pensó Cornelisz, su padre quería darles una buena lección a los titubeantes comerciantes, quería superarlos con holgura, buscaba su aprobación y quería disfrutar de su satisfacción. Si había comprendido correctamente, entonces había mucho en juego y entendió por qué la frente de su padre se había cubierto de sudor.

Al parecer, Willem van Lange había hecho cargar en barcos portugueses —tanto en la India como en las islas de las especias— no solo sus propias mercaderías, sino también las de la empresa de Van der Beurse, el de Brujas, y había ordenado que emprendieran la peligrosa circunnavegación de África, pero sin obtener el acuerdo previo de Van der Beurse y por eso también sin contratar un seguro. Eso significaba que la casa Van Lange corría con todos los riesgos. ¿Todo a una carta?

«Por supuesto», pensó.

Sin embargo, si todo salía bien, entonces a él también le correspondía la gloria. ¿Unas ganancias multiplicadas por mil? Dios sabe que eso suponía un considerable estímulo para su padre. La riqueza y el reconocimiento eran alicientes a los que no

podía resistirse, porque hacía mucho tiempo que ansiaba ocupar un asiento en el consejo. Por lo visto, tras muchos meses de incertidumbre y de espera en Amberes ya no aguantó más, así que ahora se apresuraba a navegar al encuentro de sus barcos y él, Cornelisz, su hijo y sucesor, debía ser testigo de su triunfo.

Su padre era así y, ¿cómo no admirar a un hombre como él? Pero al mismo tiempo, Cornelisz se sentía más lejos de él que nunca.

El comerciante volvió a deambular por el camarote. Ya seguía reflexionando.

—De ese modo, nos haremos con la mercancía de inmediato y ya desde Santa Cruz podremos organizar el reparto y el transporte. Pero aún más importante es que seremos los primeros en obtener informes detallados sobre la nueva ruta. El futuro de nuestra empresa dependerá de los capitanes portugueses, de su valor y su destreza, así que también el tuyo. Ellos nos proporcionarán informes de primera mano, por ejemplo acerca de las nuevas naves que hemos de construir. Dicha información nos ofrece una ventaja que será decisiva. Por eso insistí en que me acompañaras, por eso has de participar en este asunto desde el principio. Más adelante podrás contarles este viaje a tus propios hijos. Les contarás los riesgos que tuvimos que asumir para convertir nuestra empresa en una de las más grandes e importantes.

Van Lange contempló a su hijo, pero ¿de verdad lo veía? ¿Acaso en realidad no estaba contemplando una larga serie de sucesores imaginarios? Y qué esperaba de él: ¿aprobación, entusiasmo o incluso la absolución por haber asumido un riesgo tan elevado?

—Echa un vistazo a las listas de la carga —mandó el comerciante, abrió la pesada tapa de su *arca noe*, un gran arcón guarnecido de hierro, y extrajo un libro encuadernado en cuero—. Toma, echa una mirada a nuestros pedidos.

Su padre trataba ese libro de pedidos con el mismo cuidado que una Biblia, era como una reliquia.

Cornelisz lo abrió, recorrió las listas con el dedo y las leyó. Los pedidos eran de maderas nobles, algodón y seda de diversas calidades, de porcelana pintada de la remota Catay, algunos diamantes en bruto especiales de la India y también de pimienta y otras especias de las Molucas.

—De momento, seremos los únicos capaces de ofrecerles algo decente a los de Amberes. No podrán dejar de invitarme a ocupar un asiento en el consejo de la ciudad. Y por supuesto que los Van der Beurse de Brujas cambiarán de opinión sobre una asociación con nuestra empresa cuando sus cajas de caudales estén repletas gracias a este golpe maestro —dijo su padre, frotándose las manos.

Los Van der Beurse tenían acceso a la corte y eso era lo que más lo estimulaba. Se acercó a la ventana y dirigió la mirada hacia fuera, pero era de suponer que, en vez del mar bravío, lo que veía era un futuro brillante. Cornelisz conocía las ideas de su padre acerca de una posible asociación entre ambas empresas. Si por él fuera, incluso

tenía cabida un matrimonio entre Cornelisz y la hija menor de Van der Beurse, una idea que a Cornelisz le producía un profundo temor. No obstante, se alegró de que su padre confiara en él hasta ese punto y que incluso le confesara sus dudas. Era la primera vez que ocurría. A lo mejor él también debería confiar en su padre, hablarle de igual a igual por así decir y presentarle sus anhelos y sus planes de futuro con el mismo énfasis de su padre.

Antes de que Cornelisz tomara una decisión, de pronto la nave se inclinó a un lado y los libros y los aparatos se deslizaron por encima de la mesa.

—¿Y ahora qué diablos ocurre? —preguntó su padre en tono irritado.

—Iré a ver.

Aliviado por poder postergar el debate un poco más, Cornelisz echó a correr a lo largo del pasillo.

El capitán Da Palha se aferraba al mástil con una mano mientras con la otra sostenía su gorro de terciopelo rojo púrpura adornado con una pluma. El precioso jubón, las elegantes calzas... el agua salada lo había empapado todo. Al parecer, una ola había alcanzado al capitán y arrastrado a todo lo que no estaba sujeto por encima de la borda. Alvaréz, el timonel, le gritó unas palabras al oído, casi apagadas por el viento, acerca de un rumbo equivocado, pero el capitán negó con la cabeza.

—¡Si navegamos en el rumbo equivocado, vos tenéis la culpa, mis órdenes fueron muy precisas!

—¡El viento sopla con demasiado fuerza, nos estamos alejando hacia el oeste, debéis dar la orden de cambiar de rumbo!

—¡Me parece que olvidáis quién manda en esta nave!

—¡Cuidado, agarraos! ¡Viene una ola de popa!

El timonel gritó su advertencia y empujó contra el timón. Cornelisz se estremeció al ver la siguiente ola y, en la medida que la marejada se lo permitía, echó a correr hacia el camarote.

El viento se embraveció y todos quienes estaban en cubierta trataron de aferrarse a algo. Las olas enormes no dejaban de barrer la cubierta, al tiempo que Alvaréz se aferraba al timón y procuraba conducir la nave. Olas cubiertas de espuma cubrían la cubierta una y otra vez hasta que todo quedó empapado y los ojos de los marineros se enrojecieron debido al viento y al agotamiento. Sin embargo, la *San Pietro* era una nave muy marinera y cada vez volvía a surgir de los valles entre las olas desprendiéndose del agua como un perro mojado.

Por fin la tormenta amainó durante la noche y los densos nubarrones se abrieron. Miguel de Alvaréz había aprovechado la oportunidad y estaba en cubierta sosteniendo el cuadrante, escudriñando el firmamento nublado en busca de Polaris, la estrella del norte. ¡Allí estaba! Y en efecto: tal como había temido, estaba demasiado baja en el horizonte.

—¿Y bien? ¿A qué conclusión habéis llegado? —dijo el capitán en tono engañosamente suave a sus espaldas. Miguel se volvió. Sonriendo con expresión burlona, el capitán estaba de pie junto a la caseta del timón; los blancos pliegues de su camisa brillaban en la oscuridad. Miguel le tendió la tablilla de madera.

—¡Mirad vos mismo!

—¡No, no, no es necesario, para eso os tengo a vos! —contestó Da Palha—. Limitaos a informarme de vuestros cálculos.

—Bien —dijo Miguel, y se relajó un poco; quizás el capitán acabaría por demostrar cierta sensatez—. Según mis cálculos, nos encontramos a alrededor de un día de viaje de las Canarias. Esas islas se encuentran próximas y es de suponer que podamos alcanzarlas pronto para aprovisionarnos de agua potable.

—¿Así que eso es lo que opináis? Vaya, muy interesante; sin embargo, no estoy de acuerdo con vuestras conclusiones, así que tened la bondad de cambiar de rumbo y dirigíos al noreste. Además, que todos los hombres suban a cubierta, ¡ese ható de perezosos ha de hacer algo! Mañana al mediodía yo mismo calcularé el nuevo rumbo mediante mi astrolabio. Hasta entonces, que os vaya bien, timonel.

Miguel hizo chirriar los dientes, presa de la furia, y tuvo que reprimir el impulso de derribarlo de un puñetazo; lo único que se lo impidió fue la sensatez. El capitán lo haría encadenar y quizás insistiría en timonear el barco él mismo. ¡Y, entonces, que Dios se apiade de ellos! Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Miguel asintió con la cabeza.

—*Sim, senhor!*

Con una sonrisa satisfecha, el capitán abandonó la cubierta.

Pero dos días después tras ese cambio de rumbo, Miguel reaccionó de manera menos prudente.

—Entretanto, navegamos demasiado próximos a tierra firme y si no me creéis, interrogad a vuestra efeméride y a vuestra vara de Jacob. Aquí hay corrientes peligrosas y bancos de arena. ¡Tenéis que cambiar de rumbo, capitán, de lo contrario corremos peligro!

—¿Ah, sí? ¿Y he de hacerlo porque vos lo decís? —dijo Da Palha en tono burlón, y alzó su bastón, como si se dispusiera a golpear al timonel.

Miguel adoptó una posición defensiva en el acto. Habían pasado veinte años desde la última vez que su padre lo había golpeado con un bastón, pero el capitán solo apoyó la punta contra el pecho de Miguel y lo obligó a retroceder paso a paso.

—Vuestra conducta irrespetuosa me desagrada, timonel. ¡Desapareced de mi vista! —rugió—. Quedáis arrestado en vuestro camarote. En Santa Cruz de Agué os entregaré al comandante del puerto.

—¡Si es que alguna vez llegamos allí! —replicó Miguel a voz en cuello y, presa

de la ira, se arrancó el gorro de la cabeza y lo arrojó al mar.

¡Con el capitán como timonel, navegarían directamente hacia la perdición!

—¡En caso de que alguna vez logremos llegar allí, solo será mediante la ayuda de Dios! —rugió; después se metió en su camarote.

La desgracia los alcanzó de madrugada. Miguel había hecho caso omiso de las órdenes del capitán y estaba acurrucado junto al mástil. No se sentía seguro bajo cubierta, no con ese capitán y aún menos emprendiendo ese rumbo. Algo le decía que durante la tormenta de los últimos días se habían acercado peligrosamente a tierra, ¡podía olerlo! «Lo comprobaré, a más tardar cuando salga el sol», pensó, y que el capitán dijera lo que le diera la gana. Cruzó los brazos encima de las rodillas y apoyó la cabeza en ellos.

El viento arreciaba y la nave empezó a luchar contra las olas. Permanecer tendido en la litera le resultaba insoportable a Cornelisz: ese cabeceo permanente, esa perpetua necesidad de aferrarse para no caer de la litera... Dormir resultaba impensable. Durante horas había intentado preparar las palabras que le diría a su padre en su siguiente conversación, ensayó explicaciones y buscó argumentos que resultaran convincentes y que sirvieran para explicar por qué prefería no convertirse en un comerciante.

Allí, en medio de la agitada noche, aferrado a la borda de esa cáscara de nuez, se dio cuenta de algo nuevo. No solo se trataba de describir su deseo más profundo, sino de que resultaba imposible seguir el ejemplo de su padre. Él no era un comerciante, era incapaz de dirigir una empresa, sencillamente no lo llevaba en la sangre. Fracasaría y tenía que conseguir que su padre lo comprendiera.

Aunque aún estaba oscuro, las montañas de la costa ya se recortaban contra el cielo, así que navegaban muy cerca de la orilla. La nave rolaba y se encabritaba; Cornelisz se agarró a la borda; el viento tironeaba de sus cabellos e hinchaba su jubón como si fuera una vela, pero eso no lo amedrentó: tenía que encontrar una solución.

De repente se le ocurrió una idea: si él no podía ser el sucesor de su padre, entonces tendría que ser otro, alguien a quien su padre pudiera confiarle la tarea y que ambos elegirían. Además de un sueldo fijo, debía recibir una parte de las ganancias porque entonces se afanaría en el trabajo. Solo tenían que encontrar un administrador digno de confianza o también un compañero que conociera y amara el negocio. Sí: esa era una solución perfecta. El viento eliminó toda la inseguridad del corazón de Cornelisz y soltó una carcajada de alivio.

De pronto un temblor funesto recorrió el casco de la nave, seguido del crujido de la madera que se partía. Miguel se puso de pie de un brinco y corrió hacia la borda. En ese mismo instante el hombre que llevaba el timón gritó:

—¡Fondo! ¡Todos a cubierta! ¡Hemos encallado!

¡La costa! Se habían acercado demasiado a ella. Miguel casi no daba crédito a lo que veía: enormes olas coronadas de espuma blanca se lanzaban contra la *San Pietro*. Habían circunnavegado un cabo y los había alcanzado una peligrosa corriente; allí, cubierto de espuma, el mar rolaba por encima de unas rocas justo por debajo de la superficie del agua, convirtiendo el bergantín en un juguete de las olas. Al igual que un pequeño bote, las olas arrojaban la nave de un lado al otro, el mar barría la cubierta y se derramaba escalerilla abajo. Olas enormes azotaban el casco con un sonido atronador y lanzaban la *San Pietro* contra las invisibles rocas sumergidas. La nave rolaba pesada y descontroladamente de un lado al otro y de pronto se inclinó a un lado.

—¡A las bombas! —rugió Miguel, y la cubierta se llenó de hombres en el acto, pero ninguno cumplió la orden. Algunos chillaban, otros se persignaban y el capitán se arrodilló en cubierta rezando en voz alta.

—¡El agua está entrando, nos hundimos! —gritaron voces aterradas—. ¡Virgen Santa, ayúdanos!

Los maderos de la bonita nave reventaron soltando un crujido, las velas y los cabos volaron por encima de la cubierta «y las bombas ya resultan inútiles», pensó Miguel.

—¡Hay agua en el compartimento de carga! —gritó un hombre—. ¡Y sube!

—Bajad el bote salvavidas, ¡rápido! —ordenó el capitán.

—¡Es demasiado pequeño para tantos hombres! —gritó Miguel, esforzándose por agarrarse a la borda inclinada barrida por las olas.

Unos cuantos marineros ya no podían mantenerse en pie sobre los maderos empapados y se deslizaron al mar, otros cayeron al agua desde la popa. El hijo del comerciante, un muchacho joven que en realidad debería estar en el lujoso camarote de popa, se aferró a uno de los cabos.

«¡Espero que se suelte a tiempo —pensó Miguel—, porque el barco no tardará en hundirse!». Entonces notó que un cabo se había enrollado en torno al pie del muchacho, que intentaba zafarse inútilmente.

Dos hombres cayeron de las jarcias, gritando y agitando los brazos, se precipitaron al vacío y desaparecieron bajo las olas. El mástil se partió, golpeó a un marinero en la cabeza y reventó su cuerpo contra los maderos de la cubierta antes de chocar contra la borda y hacerla añicos. En medio de ese infierno, alguien entonaba un salmo.

Miguel se abrió paso hasta el joven pasajero e indicó el cuchillo que llevaba en el cinto. No tenía una mano libre, pero el muchacho comprendió de inmediato, cogió el cuchillo, lo arrancó del cinto, cortó el cabo y se puso de pie.

—¡Gracias! —gritó—. ¡Os lo agradezco!

—¡Devuélveme el cuchillo!

El joven asintió, aguardó a que pasara la ola siguiente, le arrojó el cuchillo a Miguel y el puñal se clavó a los pies del timonel.

«Buen tiro», pensó Miguel, la empuñadura aún temblaba cuando arrancó la hoja de la madera y volvió a colgársela del cinto.

—¿Sabes nadar? ¡Entonces salta! —le gritó al muchacho.

Después se volvió: ahora se trataba de sálvese quien pueda.

A lo lejos, las montañas de la costa africana brillaban bajo la luz del amanecer. Miguel calculó que se encontraba a alrededor de media milla de la costa.

—Ayuda a esos hombres valientes, Dios mío.

Se aseguró de que su cuchillo estuviera colgado de su cinto junto al viejo octante, se persignó y se lanzó al mar.

Las olas arrastraron a Miguel hasta lo alto de una playa rocosa; estaba tendido con el rostro apoyado contra la grava y las piedras. El sol era abrasador, reseca sus cabellos negros incrustados de sal y le pegaba la camisa al cuerpo. Permaneció allí tendido, inmóvil, con los ojos abiertos y la mirada perdida. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? ¿Había perdido la conciencia o se había dormido? ¿Y dónde estaba? ¿Qué diablos había sucedido?

Miguel se apoyó en las manos y las rodillas y miró en torno. Se encontraba en una estrecha bahía cubierta de piedras, ante él se elevaba una descolorida pared de rocas de unos diez pies de altura y a sus espaldas resonaba el atronador embate de las olas. En la orilla, entre la espuma, flotaban trozos de madera, cabos, cajas y barriles. De pronto volvió a recordarlo todo.

Recordó que, presa de la ira causada por el chapucero de Da Palha, se había salido de las casillas y recordó también el rumbo equivocado, las olas que barrieron la cubierta y por fin la madera que se rompía en mil pedazos. No sabía cómo pudo ocurrir, pero en algún momento la nave encalló en unas rocas y se partió en dos. Los hombres cayeron al agua y se ahogaron como ratas al tiempo que las aguas invadían la *San Pietro*. ¿Y él? Entonces también lo recordó: había saltado por la borda y literalmente nadado para salvar la vida.

Sintió un retortijón en el estómago y vomitó en la arena. Cuando por fin hubo expulsado toda el agua salada las rodillas le temblaban y dejaron de sostenerlo pero, a excepción del sabor repugnante en la boca, se encontraba mejor.

No fue sencillo volver a ponerse de pie: las rodillas, las pantorrillas, todo su cuerpo temblaba de debilidad; se había quedado sin fuerzas y el corazón le latía apresuradamente. Solo tras varios intentos, Miguel logró ponerse en pie. Con las piernas abiertas y tambaleando —como si aún estuviera haciendo equilibrio en cubierta— por fin lo logró.

¿Estaba herido? Se palpó la cabeza y los miembros: estaba cubierto de rozaduras y chichones, le dolía la cabeza y también el pecho, además tenía cortes ensangrentados en el pie y la mejilla, pero por suerte ninguna herida grave. Sus zapatos habían desaparecido, su camisa y sus pantalones estaban hechos jirones, pero el cuchillo y el octante colgaban de su cinturón, así que en total había tenido suerte.

Entonces también vio la nave, o mejor dicho los restos, porque pronto dejaría de guardar un parecido con una nave. Como si se divirtieran con un juguete, las olas arrojaban la *San Pietro* de un lado al otro contra las rocas y poco a poco quedaba destrozada. Madero tras madero, tabla tras tabla, todo quedaba reducido a trozos pequeños. Entre el oleaje ya flotaban tablas, cajas y toda clase de escombros, y las olas arrastraban cada vez más restos del naufragio: vigas, cabríos, sacos, toneles...

una espantosa confusión. Aunque solo había navegado poco tiempo en la *San Pietro* era como si observara la agonía de un buen amigo, quizá lo que le ocurría a cualquier marino cuando debía abandonar su nave. Entonces un curioso objeto llamó su atención, algo que flotaba entre las olas de la bahía: un antaño maravilloso birrete cubierto de plumas desgredadas bailaba sobre la espuma, el gorro del capitán Da Palha...

De repente notó con el rabillo del ojo que tras una roca se movía algo a medias cubierto por las aguas y semienterrado en la arena. Miguel oyó un sonido, un aullido y gruñido áspero y peligroso, como el de un animal. Allí algo se arrastraba por la arena, lenta, muy lentamente, pero ¿quién sabe qué clase de animales ponzoñosos o peligrosos cazaban en ese lugar? Miguel se llevó la mano al cuchillo.

Pero no era un animal: era un ser humano quien se arrastraba por allí, alguien que procuraba alejarse de las olas arrastrándose por la arena. Cuando Miguel atisbó por encima de la roca, reconoció al hijo del comerciante. Lo más rápido que pudo, Miguel cojeó hasta él, lo aferró de los brazos y le ayudó a alejarse de la orilla.

—¡Lo has logrado, mozo! Aquí el mar no te atrapará.

Pero el joven no lo oía, su única respuesta fue una mirada perdida y un quejido que surgió entre sus dientes apretados. Agitaba los brazos con debilidad y torpeza como un borracho, como si aún luchara contra el mar. De unas heridas en la cabeza, la cara y los brazos brotaba la sangre y lo que quedaba de sus prendas eran jirones. La rompiente entre las rocas casi lo había despedazado y, sin embargo, logró sobrevivir.

«Es un muchacho muy resistente», pensó Miguel, y ayudó al aturdido joven a incorporarse y recostarse contra una roca.

—Te llamas Cornelisz van Lange, ¿verdad? Tranquilo, aquí estás a salvo. El agua ya no puede atraparte. Todo ha pasado, ¿comprendes? ¿Dónde está tu padre? ¿Me oyes, Cornelisz?

El muchacho no contestó. Su pierna izquierda se separaba del cuerpo en un ángulo nada normal: no tenía buen aspecto. Miguel le palpó la pierna con mucho cuidado e inmediatamente descubrió la fractura por encima de la rodilla; le desgarró la pernera y comprobó que, afortunadamente, no había un corte en la piel que cubría la fractura. Como era un marino experto, Miguel sabía qué debía hacer; aunque resultaría bastante doloroso, al menos podía ayudarle.

Pero primero le quitó los cabellos pegoteados de sal de la frente y le palmeó las mejillas.

—Eh, muchacho, ¿comprendes lo que te digo?

Cornelisz no contestó. Su mirada osciló de un lado a otro y de pronto un chorro de todo el contenido de su estómago mezclado con agua salada se derramó en la arena.

—¡Bom, maravilloso, vomítalo todo, luego te sentirás mejor! —exclamó Miguel,

elogiando al exhausto Cornelisz—. Bien, aguarda un instante, vuelvo de inmediato.

Miguel cojeó hasta la orilla, cogió dos tablas de madera y un par de cuerdas que flotaban allí. Cuando regresó, Cornelisz estaba tendido en la arena, inconsciente y sin notar la presencia de Miguel ni de lo que lo rodeaba.

—Eh, despierta. Ya estoy aquí. ¿Cómo te encuentras, estás bien, mozo? —dijo Miguel, y le palmeó la cara al joven herido—. Eres un muchacho valiente —lo alabó en tono satisfecho cuando Cornelisz volvió a abrir los ojos—. ¡Tienes mucho aguante, pero por desgracia tendré que causarte bastante dolor, amigo mío!

»*Atenção!* Presta atención, muchacho, ha llegado el momento.

Haciendo caso omiso de los gritos de dolor de Cornelisz, Miguel le agarró la pierna con ambas manos, tironeó de la pierna fracturada, la volvió a poner en su posición normal y la palpó para comprobar que todo encajaba. Por fin sujetó las dos tablas a la pierna con las cuerdas.

—*Assim* —dijo por fin, y se incorporó—, ya está. Lo demás corre por tu cuenta.

Cornelisz no respondió, hacía un buen rato que estaba profundamente desmayado.

«Tanto mejor», pensó Miguel, y arrastró al herido hasta la sombra proyectada por la pared de rocas. Allí nada podía ocurrirle y de momento era lo único que podía hacer por él. Lo que él mismo necesitaba era agua potable, ¡toda el agua salada que había tragado le secaba las tripas! Y seguro que al muchacho le ocurría lo mismo. Hacía un momento había visto una de las botellas de vino vacías de Da Palha flotando junto a la orilla, se la llevaría mientras iba en busca de agua. Además quería ver dónde se encontraban los demás supervivientes de la *San Pietro*.

Miguel examinó la pared de rocas y los arrecifes que rodeaban la bahía. Calculó que como mucho, dieciséis pies lo separaban de la cima, así que podría lograrlo. Reunió fuerzas y empezó a escalar la pared por encima de las piedras y las rocas; tuvo que detenerse varias veces para recuperar el aliento. Le dolían los brazos y las piernas, al parecer se había contusionado la espalda y hubiese preferido tenderse en la arena y dormir: la lucha contra el oleaje lo había extenuado, pero mientras trepaba por encima de las rocas no dejó de pensar que estaba vivo, que lo había logrado.

Solo comprendió lo que había realizado cuando, una vez llegado a la cima, echó un vistazo a la bahía.

La distancia entre la nave y la tierra no era muy grande, pero estaba repleta de innumerables obstáculos que por lo visto había logrado superar pese al mar agitado. Ahora que ya era de día, vio que había logrado superar cientos de rocas y riscos afilados, todos ocultos bajo el agua que los barría levantando espuma. Más allá, la *San Pietro* cabeceaba en su última batalla contra la mar, apenas reconocible como una nave. Miguel soltó un suspiro y luego apretó los puños.

—¡Pero a mí no me atrapaste! ¡*Não*, a mí no! —le gritó al mar embravecido desde su otero seguro. ¡Desde allí arriba, que hubiera encontrado esa pequeña bahía y

logrado llegar hasta la playa parecía casi un milagro!

Pero a excepción de él y del pobre muchacho, nadie parecía haber sobrevivido, en todo caso no logró descubrir ni un alma. Entonces se persignó y besó sus manos plegadas.

Allí abajo, en la vecina bahía, algo brillaba; Miguel entrecerró los ojos. No lograba ver qué era, pero para alguien que había naufragado en medio de la nada, todo resultaba útil. Por fin vio que se trataba de un pequeño tonel de tapa rota. ¿Y lo que brillaba? Casi parecía oro... *Bom Deus*, ¿sería posible?

Descendió la pared de rocas lo más rápido que pudo. ¡Un tonel lleno de monedas de oro, eso sí que era un objeto arrojado por el mar de su gusto! Pero ¿quién tendría tanta suerte? ¡Seguro que él, no; sería un milagro!

Por fin llegó a la playa. Tal como supuso, se trataba de uno de los toneles de ron de la *San Pietro*. El tapón aún permanecía en el canillero, pero la tapa del tonel estaba apoyada en la arena, hecha astillas. Y en derredor, en la arena de la orilla, entre piedras, caracolas y algas, resplandecían las monedas, cientos de monedas brillantes. De un vistazo, Miguel reconoció florines de oro, monedas de oro de Flandes, ducados venecianos y táleros de plata. ¡Un auténtico tesoro!

Por lo visto, la tormenta y las olas habían arrastrado el pequeño tonel hasta la playa, al igual que otros objetos, y solo lo estrelló contra las rocas en el último instante; ahora estaba encajado entre las rocas y no podía avanzar ni retroceder, pero las monedas estaban desparramadas por la arena y poco a poco las olas las cubrían de arena. Miguel reconoció el sello de Da Palha en el tapón. ¿Acaso el capitán quiso desarrollar sus propios negocios o tal vez untar a un par de hombres? En todo caso, ya no quedaba nadie a quien untar en esa nave, nunca más. Miguel dio vuelta al tonel y durante un instante se quedó de piedra: ¡un marino no solía ver tanto oro en un solo lugar! Después se puso manos a la obra.

Recogió las monedas y las amontonó, escarbando en la arena para recoger las monedas hundidas; pescó algunas de un charco entre las rocas y las puso junto a las otras. Registró todo el lugar minuciosamente para que no se le escapara ninguna moneda y por fin también registró la orilla de la playa y siete monedas más recompensaron sus esfuerzos. ¡Era un hallazgo increíblemente maravilloso! Finalmente logró reunir alrededor de cien monedas de oro.

Miguel se dejó caer en la arena y volvió a examinar el pequeño tonel de madera. Un espeso saco de tela encerada, no: más bien un pellejo de cerdo había aumentado su flotabilidad. Así que por eso no se había hundido pese al peso de las monedas y el oleaje lo arrastró hasta la playa. Debiera elevar una plegaria por el alma de Da Palha y encender una vela en cuanto encontrara una iglesia: el capitán se lo había ganado, pese a todo. Era tanto dinero... ¡Con él se podían emprender muchas cosas! Como pagar un adelanto por una pequeña nave, por ejemplo, o comprar una licencia para

vender bebidas alcohólicas y abrir una pequeña taberna en un puerto cualquiera. ¡Vaya, se podían hacer muchas cosas con tanto oro! Y lo mejor de todo el asunto era que nadie lo echaría de menos ni pretendería recuperarlo, no tras semejante tragedia. No tenía dueño, era un despojo del mar y desde siempre le pertenecía a quien lo encontraba.

Mientras Miguel procuraba acostumbrarse a la idea de la repentina riqueza, empezó a imaginarse surcando los mares a toda vela en un orgulloso bergantín. ¡Cómo resplandecían sus velas, cómo se deslizaba veloz por encima de las olas...! El corazón le dio un vuelco: ¡una nave propia!

Sin dudarlo y de un tirón, Miguel arrancó una de las anchas mangas de su camisa, la llenó de monedas, anudó ambos extremos y ocultó el saco bajo la camisa; el cinturón impidió que se deslizara en los pantalones. Entonces su vientre se asemejó a la gorda tripa de un mesonero, pero eso no le molestaba. Repartió las monedas a ambos lados para que todo quedara bien parejo y se dio por satisfecho. No dejó de acariciarse la tripa: una sensación estupenda.

«Nunca he tenido un golpe de suerte comparable», pensó Miguel. Era muy irónico que precisamente Da Palha fuera quien se lo proporcionó. En todo caso, no desperdiciaría esa suerte, *não, Senhor, nunca da vida*. Sabría aprovecharlo.

Valiéndose de una piedra, Miguel rompió la tapa, el fondo y también las duelas del pequeño tonel en pequeños trozos. Los más grandes los partió por encima de la rodilla. Por fin desparramó cada astilla entre las rocas y las piedras y borró las huellas. Bien: ahora nadie podría demostrar nada. Ahora solo debía regresar a casa o al menos a la civilización: entonces ya nada se interpondría entre él y un futuro dorado. Las palabras lo hicieron sonreír: un futuro dorado... Volvió a restregarse el vientre engordado por el saco. En realidad, lo único que echaba de menos era un trago de aguardiente o al menos un buen trago de agua fresca.

Volvió a escalar los arrecifes, en primer lugar porque quería echarle un vistazo a las bahías vecinas donde tal vez se encontraran un par de hombres de la *San Pietro* que hubiesen logrado alcanzar la costa y en segundo porque necesitaba agua. Una vez llegado arriba, se abrió paso lo más cerca posible del borde a través de la densa broza, sin dejar de arrastrarse hasta el borde y atisbar hacia la playa. Nada: no había ni un alma, solo ramas, troncos y despojos del mar medio podridos entre las rocas. Por desgracia, tampoco encontró rastros de un arroyo.

Pero de repente descubrió un cuerpo inmóvil en una de las bahías, picoteado por las gaviotas. El hombre estaba muerto. ¿Quién era? En todo caso debiera de enterrarlo, porque nadie de este mundo merecía ser devorado por las gaviotas u otros carroñeros. Miguel aguardó un momento, tratando de recuperar sus fuerzas; después bajó a la bahía.

El muerto estaba tendido de espaldas, con la cabeza vuelta hacia un lado. Era el

comerciante de Amberes, el padre de Cornelisz, quien había echado anclas por última vez en esa playa de la costa berberisca.

—Acogedlo en Vuestro seno, Señor —rezó Miguel antes de registrar el cadáver. Primero solo descubrió rozaduras y también un par de costillas rotas, en todo caso ninguna herida mortal. Pero cuando quiso darle la vuelta comprendió qué había ocurrido: el mar le había roto el pescuezo.

«Al menos fue una muerte rápida», pensó Miguel.

Después examinó los bolsillos del muerto: solo contenían arena, pero palpó algo sólido en el interior del forro del jubón. Cortó la tela con cuidado y extrajo un sobre plano lleno de escritos ablandados por el agua y casi imposibles de descifrar, dado que su capacidad para la lectura era más bien escasa; sin embargo, guardó los escritos en su cinturón. Después plegó las manos del comerciante muerto y, tras echarle un vistazo a las gaviotas hambrientas que aguardaban a distancia prudencial, empezó a cubrir el cuerpo del padre del muchacho con piedras.

Las velas empapadas le impedían nadar, estaba rodeado de vigas y mástiles reventados, de cabos que lo sujetaban y tiraban de él hacia abajo. No podía respirar, tenía que liberarse, luchar contra las olas, salir a la superficie...

Cornelisz abrió los ojos. Notó que estaba tendido en tierra firme pero no dejó de agitar los brazos, convencido de que aún estaba en el mar. Todo se balanceaba y giraba y Cornelisz vomitó en la arena. Después se desplomó y, tendido en medio de su propio vómito, cerró los ojos y gimió.

Solo entonces, cuando oyó su propia voz, cuando notó la arena que rechinaba entre sus dientes y sus manos rozaron las rocas, comprendió que la muerte ya no lo aferraba. Ya no debía luchar contra las rocas, los remolinos y el agua. Sus dedos solo tantearon rocas, no maderos resbaladizos ni una empavesada de madera que no pudo impedir que cayera al mar, pero sobre todo habían desaparecido las inmensas olas que amenazaban con devorarlo.

La pierna le palpitaba y cuando la tocó con la mano notó un tenso vendaje de tablas y cuerdas. ¿Dónde se encontraba y qué le había ocurrido? No osó abrir los ojos, temiendo que volvería a marearse y lentamente se incorporó apoyado contra una roca. Después abrió los ojos con mucha cautela y esa vez su estómago no se revolvió.

Se encontraba en la playa de una pequeña bahía; más allá, en el mar, enormes olas rompían sobre obstáculos invisibles, en cambio allí solo había rocas abrasadas por el sol, piedras y algunos despojos del naufragio, nada más. No se veía a nadie por ninguna parte, pero alguien tenía que haberle entablillado la pierna y sujetado las tablillas con cuerdas. ¿Quién se había encargado de hacerlo? Su padre, era de suponer, pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Entonces de pronto recobró la memoria.

Se había lanzado al agua, nunca en la vida se había visto obligado a tomar una decisión de semejante alcance, pero ¿la había tomado, verdad? Cuando se dio cuenta de que la nave ya no volvería a enderezarse, había saltado por encima de la borda, se había lanzado a las montañas embravecidas de las aguas que amenazaban con devorarlo. Cornelisz se estremeció. ¿Es que quizás habría caído? Alguien había gritado: «¡Salta!». ¿Fue su padre? Sabía que había nadado para salvar la vida, pero ¿cómo fue a parar al agua?

Oleadas afiebradas, el recuerdo del frío helado y del terror de morir recorrieron su cuerpo. Recordó cómo sus brazos golpeaban las olas y lo impulsaban hacia delante, cómo pataleó solo para mantenerse en la superficie... ¡Y las rocas! Lo herían y le arrancaban la piel. Algunas veces, cuando las olas lo arrastraban debajo del agua, tan profundamente que le zumbaban los oídos, quiso abandonar. Pero siguió luchando, pataleó y braceó y salió a la superficie. Los brazos se elevaban, las piernas

empujaban, brazos, piernas, brazos, piernas una y otra vez...

¡Estaba vivo! Puede que la nave se hubiese hundido, pero él había sobrevivido a la catástrofe. Sin embargo, ¿dónde estaban los demás, dónde estaba su padre?

—¡Padre! ¿Dónde estás, padre?

Su voz era áspera y aguda como la de un niño e inmediatamente se apagó debido al agotamiento. La cabeza le palpitaba como los golpes en una herrería y se juró que era la última vez que su padre lo obligaba a embarcarse.

—¡Amigo! —gritó Miguel desde lejos al ver que Cornelisz estaba despierto—. ¡Bienvenido a tu nueva vida! ¿Cómo está tu pierna?

—¿Dónde estamos? ¿Dónde están los demás, dónde está mi padre?

—¿Tu padre y los demás? Pues...

Miguel se dejó caer de rodillas junto a Cornelisz y comprobó el entablillado de la pierna.

—Tienes mal aspecto —dijo—, estás cubierto de chichones, cortes y moratones. Pronto todo tu cuerpo se habrá vuelto verde y azul. ¿Tienes dolores?

Cornelisz asintió.

—Sí, pero son soportables. Sois el timonel, ¿verdad?

—Miguel de Alvaréz, antiguo timonel de la *San Pietro*, a tu servicio.

—¿Mi pierna...?

—Yo me encargué de ella. No había nadie más.

—Pero ¿qué queréis decir con eso de que no había nadie más?

—¿Pues qué te parece?

Miguel detestaba ser el portador de malas noticias, pero al ver la mirada de incompreensión del muchacho tomó una decisión: no quedaba más remedio, el muchacho hacía preguntas y requería respuestas y no insinuaciones. Tenía que explicarle el alcance completo de la desgracia, pero tal vez sería mejor hacerlo poco a poco. Con un poco de suerte, Cornelisz lograría sacar sus propias conclusiones. Miguel se puso de pie y señaló en derredor.

—Lo que quiero decir es que a excepción de nosotros dos, aquí no hay nadie. En todo caso, no he visto a nadie con vida cuando escalé la pared de roca para registrar las bahías vecinas. No hay nadie, *ninguém*, ¿comprendes? ¿Lo has entendido? Hemos de marcharnos de aquí.

—¿Marcharnos? Pero... ¿y mi padre? ¡Y la nave, hemos de ayudar a los demás, salvarlos!

—Ven —fue lo único que dijo Miguel, cogió a Cornelisz de los brazos y le ayudó a levantarse. Después indicó la playa y el estrecho pasadizo a través del que se divisaba el mar abierto y lo poco que quedaba de la *San Pietro*—. Como ves, no queda nada, nadie a quien podamos prestarle ayuda.

—¿Están todos...?

Miguel asintió.

—Sí, que yo sepa. Gracias al capitán Da Palha, ahora todos ocupan una tumba húmeda.

Miguel sabía muy bien cuál sería la próxima pregunta y la idea lo espantaba. Tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar.

—¿También mi...? —dijo Cornelisz, y se interrumpió.

Miguel no sabía qué decir; notaba la pena que sentía el joven hijo del comerciante.

Pero el muchacho recuperó el control y finalmente logró pronunciar las palabras.

—¿También mi padre?

—Sí —contestó Miguel en tono sosegado—. Sin embargo, no tiene que aguardar el día del Juicio Final en el fondo del mar, como los demás. Está tendido en la arena, en la bahía siguiente.

Le mostró a Cornelisz su callosa mano derecha.

—Con estas manos le proporcioné una bonita tumba a tu padre, lo bastante alejada del agua y protegida de los carroñeros. ¿Estás dispuesto a ponerte en marcha?

—¿Cómo... quiero decir, cómo...?

—Se rompió el pescuezo, la mejor muerte de todas —dijo Miguel procurando humedecerse los labios, pero fue en vano: tenía la boca completamente seca—. Debe de haber sido muy rápido, seguro que no sufrió.

Comprobó la posición del sol: casi estaba en el cenit. No transcurriría mucho tiempo antes de que el sol de mediodía los abrasara; debían largarse de allí y lo que necesitaban con mayor urgencia era agua, porque de lo contrario ya podrían empezar a cavar sus propias tumbas allí.

En ese momento Cornelisz se desmoronó; sin decir ni una palabra, se deslizó de los brazos de Miguel y cayó en la arena sin conocimiento.

«¿Y ahora qué hago, maldita sea?», pensó.

¿Dejarlo tirado allí? Supondría una muerte segura para el joven.

Miguel volvió a examinar la botella encontrada en la playa. Su capacidad no era muy grande, pero de momento era lo único que había encontrado. Disponía de un corcho y podía servir de cantimplora cuando partieran, a condición de que encontraran agua, claro está, y se la metió bajo la camisa.

Cornelisz permanecía inmóvil.

Avanzaría más rápido a solas; quizás encontraría agua más allá de las rocas de la costa. Antes había visto estiércol de ovejas, no era fresco pero donde había animales tenía que haber agua. Antes o después la encontraría. «Mejor antes», pensó, y volvió a intentar reunir saliva en la boca.

Mientras Miguel seguía reflexionando, ya recorría la pared de roca con la mirada buscando un camino transitable. Después lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Por mi alma inmortal! —Se cargó a Cornelisz a la espalda y abandonó la bahía en dirección al este.

Miguel recorría una llanura pedregosa; no llevaba zapatos y tuvo que prestar atención para evitar que las espinas o las piedras afiladas le lastimaran los pies. Con el tiempo, avanzar se volvió cada vez más cansado. Aunque el sol estaba a punto de ponerse, sus rayos todavía lo abrasaban, cada paso era doloroso y el muchacho con el que cargaba se volvía más pesado. No obstante, Miguel se alegró: estaba con vida, las olas no lo habían destrozado, no era un cadáver hinchado que se pudría en esa costa berberisca aguardando el Juicio Final. ¡Y encima era un hombre rico! Es más: a pesar de lo duro del esfuerzo se alegraba de no haber dejado abandonado a Cornelisz a su suerte, porque se hubiera sentido culpable durante toda la vida: Miguel se conocía sí mismo.

Hacía mucho tiempo que había dejado de oír el rumor del mar y también de verlo. El terreno ya no era el mismo, allí era menos pedregoso y más arenoso e incluso crecían malezas y arbustos pinchudos. En cuanto lo notó, pegó un respingo: ¡la existencia de plantas suponía la de animales, y la de estos, agua! Debía de encontrarse cerca del agua y rápidamente miró en derredor y entonces vio huellas de animales en la tierra: allí habían pasado cabras u ovejas. ¿Una fuente? Pues encontraría esa fuente, *Deus*, aunque fuese lo último que hacía. ¡Podría haber bebido un océano entero!

Cada vez más huellas aparecieron en la arena, convergían desde todas partes. Miguel aceleró el paso y el cuerpo de Cornelisz —aún inconsciente— rebotaba en sus espaldas. Miguel clavó la vista en las huellas de animales: no debía perderla.

Entonces encontró el círculo de piedras planas y desgastadas en medio de inmensos charcos secos: ¡era un abrevadero y suponía su salvación!

Depositó a Cornelisz en el suelo con mucho cuidado para no afectar la pierna fracturada; el muchacho temblaba a pesar del calor.

«Debe de tener fiebre», pensó Miguel. Después se tendió bocabajo y se asomó al pozo de la fuente. ¡Aleluya, había agua en el fondo y encima en abundancia, *graças a Deus*!

Cogió la gran calabaza sujeta a una cuerda que estaba junto al borde de piedra, la arrojó al pozo y se apresuró a izarla. Primero bebió un sorbito para probarla, pero luego ya no se contuvo: bebió y sorbió, tragó y se atragantó y por fin incluso derramó el resto del agua por encima de su cabeza. ¡Nunca había bebido algo tan exquisito en una fonda de algún puerto del ancho mundo!

Cuando finalmente hubo saciado la sed, volvió a sacar agua y trató de verterla en la boca de Cornelisz, pero este mantenía los dientes tan apretados que no lo logró. Así que lo lavó y dejó caer gotas de agua en sus labios. El muchacho gemía y parpadeaba,

estaba muy acalorado.

Miguel extrajo más agua del pozo, humedeció las ropas de Cornelisz y le refrescó la cabeza y el pecho; luego procuró eliminar la sangre reseca de la cara, los brazos y las manos del desmayado; después lavó sus propias heridas y por fin llenó la botella de agua, volvió a cargar con el enfermo y lo arrastró hasta unos tamariscos cercanos. Allí, al alcance de la fuente, podrían descansar unas horas.

Cornelisz seguía profundamente inconsciente, pero su frente ya no ardía tanto como antes. A lo mejor Dios se apiadaba de él y lo dejaba con vida.

Miguel desplegó las hojas húmedas de los escritos del comerciante con el fin de secarlas y sujetó cada una con piedras. Por su aspecto, se trataba de documentos oficiales. Afortunadamente, el agua salada no había borrado la tinta y seguro que, una vez secas las hojas, casi todo aún resultaría legible. Entonces lo único que debía hacer era encontrar el camino a Santa Cruz; allí había naves que lo llevarían de vuelta a su patria, a una vida de prosperidad y satisfacción. Albergando ese pensamiento maravilloso, Miguel se tendió, cruzó los brazos por encima de su abultado vientre y cerró los ojos.

Bruscamente, el grito aterrado de Cornelisz lo despertó y con la rapidez del rayo y aún medio dormido, Miguel desenvainó su cuchillo. ¡Era noche cerrada! Bajo la pálida luz de la luna vio que alguien estaba arrodillado junto al enfermo. Miguel se puso de pie de un brinco y gritó:

—¡Eh! ¡Quítale las manos de encima!

De la oscuridad surgieron sonidos incomprensibles y el rugido de un animal, y entonces se percató de que estaba rodeado de una horda de hombres encapuchados. ¡Eran muchísimos, maldita sea!

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Cornelisz se había apoyado en los codos y, perplejo, mantenía la vista clavada en la oscuridad.

—Te lo diré más adelante, primero hemos de intercambiar unas palabras con estos señores —dijo Miguel en tono duro, se tanteó el vientre y el cinturón mientras con la otra mano sostenía el cuchillo que resplandecía bajo la luna. Todo estaba en orden, las monedas aún estaban bajo su camisa. «Y allí permanecerán, justo allí», pensó.

Por lo visto se había dormido y sin percatarse de la salida de la luna y de los hombres que se habían acercado. ¿Qué hacían allí en medio de la noche? Si tenían intenciones de quitarle el oro, les enseñaría lo que era temer, por más que lo superaran en número.

—La paz sea contigo, extranjero.

Uno de los hombres encapuchados se acercó a Miguel con las manos extendidas; era un hombre flaco de al menos seis pies de estatura y su voz era suave, pero Miguel

no bajó la guardia. Nunca se podía saber qué intenciones albergaban esos hombres y debido a la capucha ni siquiera logró ver sus rostros.

—La paz también sea contigo —dijo el hombre, dirigiéndose a Cornelisz—. ¿Os encontráis bien? ¿Dónde están vuestros camellos?

Solo entonces Miguel se dio cuenta de que el hombre le hablaba en portugués y de inmediato se sintió más seguro. Lentamente, para que todos lo vieran, volvió a envainar el cuchillo.

—¿Camellos? No tenemos camellos. Somos náufragos. Nuestra nave, la *San Pietro*, encalló en las rocas y se hundió cerca de aquí. Zozobró, ¿comprendéis? Se hundió con toda la tripulación; somos los únicos supervivientes.

Entonces esbozó una reverencia ante el hombre cuyo rostro cubría un paño oscuro: la cortesía siempre era bien recibida.

—Habláis mi lengua, *senhor*. ¿Podéis decirme a qué distancia nos encontramos del asentamiento portugués más próximo? Navegábamos hacia Santa Cruz de Agué.

El hombre no respondió y su mirada osciló entre Miguel y Cornelisz. Entre el turbante y el paño que le cubría la boca y la nariz refulgían unos ojos oscuros, dos cintos guarnecidos de plata le atravesaban el pecho y, bajo la luz de la luna, un adorno de plata en forma de rombo brillaba cada vez que respiraba. Entonces murmuró unas palabras dirigidas a sus hombres; al parecer, tradujo lo que Miguel había dicho.

Un quejido ahogado de Cornelisz volvió a llamarle la atención

—¡Agua! ¡Necesito agua, por favor!

Miguel se apresuró a arrodillarse a su lado y le alcanzó la botella de agua.

—Bebe —dijo—, pero lentamente. Y no te preocupes, hay de sobra: allí atrás hay una fuente.

Entretanto, se habían aproximado más hombres y camellos cargados, unos animales que avanzaban bajo la luz de la luna como enormes barcos fantasmas y un momento después se encendieron las primeras antorchas y diversas pequeñas hogueras.

—Habéis buscado refugio junto a nuestra fuente, la fuente de Sîdi-El-Assaka —contestó el encapuchado por fin. Parecía ser el jefe de la caravana—. Entonces sed bienvenidos como huéspedes junto a nuestras hogueras, descansad y bebed con nosotros.

El hombre dispersó a los mirones con un ademán y un par de palabras e invitó a los náufragos a unirse a él ante su hoguera.

—Muchas gracias, *senhor*, aceptamos su hospitalidad con mucho gusto.

—¡Así que no es una pesadilla! —dijo Cornelisz en voz baja, dirigiéndose a Miguel—. Por tanto, es verdad que mi padre está muerto, ¿no?

Miguel asintió.

—Sí, por desgracia. Al parecer, a excepción de nosotros dos, nadie sobrevivió al naufragio, pero con la ayuda de estos hombres lograremos alcanzar Santa Cruz. Y allí seguro que encontraremos una nave que nos lleve a casa, ya lo verás. ¡En realidad, ya casi estamos en casa!

Sentados en el suelo con las piernas cruzadas, sorbían la recién ordeñada y aún tibia leche de camella en silenciosa armonía. Con el rabillo del ojo, Miguel observó que uno de los camelleros se meó en las manos antes de sostener un cuenco de madera bajo la ubre de la camella y empezar a ordeñarla. ¿Se suponía que debía beber esa leche? Notó que todos los demás disfrutaban bebiéndola.

«A su salud», pensó, e hizo una mueca antes de beber un sorbo él también.

—Os encontráis en la comarca de nuestra tribu —dijo el jefe de la caravana en ese momento—. Somos *imazighen*, hombres de la tribu de los zenata, de la gloriosa familia de los beni watta. Nuestro bienamado sultán Muhammad, a quien Alá proteja siempre, también es miembro de la familia de esos guerreros del desierto. Vela sobre sus tierras como un padre justo.

Miguel asintió con la cabeza. Fuera lo que fuese que ese hombre le decía, lo que le quedaba claro era que por lo visto no tenía que luchar, así que de momento podían sentirse a salvo.

Cornelisz estaba tendido junto a la hoguera envuelto en una manta de pelo de camello. De vez en cuando lo recorrían estertores febriles, pero el agua fresca parecía haberle hecho bien. Entretanto, uno de los hombres preparaba pan árabe y al verlo, Miguel recordó que tenía un hambre de lobo.

—Me llamo Amir Aït Aba, soy el jeque de mi pueblo. Venimos del este y nos dirigimos al norte con nuestra caravana —continuó diciendo el jefe—. Nuestra meta es la alcazaba Agadir, tal como nosotros denominamos a ese pueblo que vosotros llamáis Santa Cruz de Aguér. Si lo deseáis, podéis acompañarnos.

Miguel estaba radiante. ¿Acaso no lo había pronosticado? ¡Ya casi estaban en casa!

—Y yo me llamo Miguel de Alvaréz —respondió en el tono más digno posible, y se inclinó ligeramente—. Soy un timonel portugués, era el timonel de la *San Pietro*, que, para desgracia de todos nosotros, se hundió ante esta costa. Mi acompañante —añadió, señalando a Cornelisz— se llama Cornelisz van Lange. Es oriundo de una importante familia de comerciantes de Amberes, una ciudad de Flandes. Su padre, *mijnheer* Van Lange, perdió la vida durante el naufragio. Que descanse en paz.

El jeque Amir asintió con la cabeza.

—Que la paz sea con él. *La illa illalah*, es la voluntad de Dios y todo está escrito, incluso la hora de nuestra muerte.

—¿Hace mucho que estáis de viaje? —preguntó Miguel en tono amable tras hacer una pausa, y trató de acomodarse: sentarse con las piernas cruzadas no era lo suyo.

—Nuestro viaje durará de una luna llena hasta la siguiente. Así que con la ayuda de Dios solo faltan escasos días, *insha'allah* —contestó el jeque—. Pero ¿qué

significa el tiempo? Alá nos ha dado el suficiente.

Uno de los perros de pelaje color arena que acompañaban la caravana se agazapó y se acercó a espaldas del jeque sin llamar la atención y sin despegar la mirada de su amo, hasta que por fin apoyó la cabeza en las patas y, soltando un leve suspiro, cerró los ojos.

—¿Y cuántos hombres y animales forman la caravana?

—Esta vez solo es una pequeña caravana —contestó el jeque—. Con nuestros camellos transportamos sal del Sahara al norte y regresamos con cereales a nuestros campamentos.

Su voz era suave y melodiosa, y sus palabras surgían bajo el paño que le cubría la cabeza en tono reflexivo. Llevaba varias sortijas de plata en las manos oscuras y delgadas que brillaban bajo la luz de la luna cada vez que gesticulaba. Pero en general, permanecían en su regazo. Mantenía las piernas cruzadas bajo su largo atuendo y daba la impresión de que podía pasar horas en esa posición. Aunque apenas movía la cabeza, Miguel estaba convencido de que a ese hombre nada se le escapaba.

—Veo que le habéis entablillado la pierna a vuestro joven amigo. Eso fue una medida inteligente, Miguel de Alvaréz, los huesos volverán a unirse en la posición correcta, *insha'allah*. Aún es joven.

Miguel le agradeció el elogio. Después dijo:

—Disculpadme un momento. Quiero observar las estrellas: una vieja costumbre marinera.

El jeque asintió.

Miguel creyó ver que sonreía, pero debido al velo que le cubría la cara no estaba seguro. Además, ¿cómo podía ir por ahí un hombre adulto con semejante cosa cubriéndole el rostro? ¡Era un fastidio! No obstante, debía comprobar si el hombre le había dicho la verdad: tenía que averiguar qué dirección emprendería la caravana y allí, en tierra firme, el instinto que le indicaba la dirección y la distancia lo abandonaba.

Miguel se alejó unos pasos de la luz de la hoguera, cogió su octante y buscó la estrella polar. La encontró enseguida y, en efecto, estaba precisamente allí hacia donde se dirigiría la caravana: en el firmamento septentrional a escasa altura. Al parecer, el hombre era sincero.

En el desierto reinaba el silencio. Miguel sintió frío y regresó junto a las llamas de la hoguera.

—He de decirte algo, Miguel.

Cornelisz estaba despierto, lo había aguardado. Parecía abochornado, tal como Miguel comprobó pese a la escasa iluminación.

—¿Qué pasa, tienes dolores?

—¡No! Bueno, sí, pero... No es eso, es que no logro recordar qué ocurrió. ¿Qué

pasó cuando naufragamos? —preguntó Cornelisz.

—Vaya, yo diría que haberlo olvidado es una bendición —dijo Miguel, y carraspeó—. Bien, recuerdas que yo era el timonel de la *San Pietro*, ¿no? Pues, en pocas palabras, el capitán era un necio, un charlatán. Mi padre, que en paz descanse, que era calafate, lo hubiese hecho mejor que él, mucho mejor. Él no nos hubiese hecho naufragar.

Aún se enfurecía en cuanto pensaba en el capitán Da Palha.

Cornelisz lo contemplaba en silencio, aguardando pacientemente que Miguel prosiguiera.

Este volvió a carraspear y dijo:

—El mástil acababa de caer y entraba mucha agua a través del agujero en el casco, ¿comprendes? En todo caso, ya estábamos muy escorados cuando tú te enganchaste en el cabo en cubierta. Te di mi cuchillo y lograste liberarte. Entonces yo me arrojé al mar, y tú también, y de algún modo logramos llegar a tierra. Yo tampoco sé más. Cuando recuperé la conciencia en la orilla tú te arrastrabas fuera del agua. Bien, entonces me ocupé de tu pierna y escalé la pared de roca para ver si encontraba otros naufragos. Pero al único que encontré fue a tu padre, que estaba muerto y lo enterré bajo un montón de piedras en la arena. Marqué el lugar en el arrecife, por si alguna vez quieres visitar la tumba. ¿Qué más puedo decirte? Perdiste el conocimiento varias veces, por eso cargué contigo hasta aquí. Me parece que eso es todo. Ahora que lo recuerdo: tu padre llevaba unos papeles en los bolsillos. Se mojaron y están allí en las piedras para que se sequen.

Cornelisz escuchó la narración con la cabeza gacha. Estaba acurrucado junto a la hoguera con la pierna entablillada estirada hacia delante y la sana en ángulo recto. Entonces alzó la cabeza, y al hacer la siguiente pregunta tenía los ojos llorosos.

—¿Entonces no fue mi padre quien me salvó? Me refiero a que de verdad me arrojé al mar y nadé y llegué a tierra por mis propias fuerzas...

—Sí, claro, como que me llamo Miguel. Aunque no podría decir que llegaras a la playa caminando, más bien te arrastraste a cuatro patas, pese a la pierna fracturada y a todas las heridas. Mis respetos es lo único que puedo agregar.

«¡Maldición! ¿A qué vienen esas lágrimas?», pensó Miguel al verlas brillar en los ojos del muchacho.

—Lo dicho: llegaste a la playa mediante tus propias fuerzas. Ah, ya veo, no queda pan. ¿Tienes hambre? Podría devorar medio cerdo, pero supongo que tendré que esperar hasta que haya regresado a casa, porque los sarracenos aborrecen la carne de cerdo, la consideran impura según dicen.

La comida consistía de humeantes panes árabes asados en las cenizas calientes bajo las llamas, un puñado de dátiles y un trago de leche fermentada de camella para cada uno. Todos comieron en silencio e inmediatamente después los hombres se

envolvieron en mantas, se cubrieron el rostro con la capucha y se tendieron a dormir. También Cornelisz se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la manta.

Un ambiente pacífico envolvía el campamento. Los hombres descansaban a la luz de la lumbre, a sus espaldas las sombras oscuras de los camellos formaban una especie de muralla protectora viviente. Solo de vez en cuando uno de los animales soltaba un gruñido, un perro ladraba en la oscuridad o las llamas chisporroteaban, de lo contrario todo permanecía en silencio.

«El viento no silba entre los obenques, los maderos no crujen, el agua no borbotea», pensó Miguel. Sin embargo, saberse con vida y a salvo era una magnífica sensación...

—Con la caravana hay que ser más veloz que el sol —dijo el jeque Amir cuando aún no era de madrugada, dirigiéndose a Miguel y Cornelisz—. Descansaremos a mediodía, cuando el calor aprieta y solo continuaremos cuando caiga el sol: ese es el ritmo que desde siempre mantienen las caravanas.

Mientras cargaban los camellos la tranquilidad en el campamento llegó a su fin; los animales se encabritaban y protestaban, movían sus largos cuellos y trataban de morder a los camelleros, pero estos no se dejaban amedrentar: cargaban bultos y sacos, se apoyaban contra los flancos de los animales y sujetaban la carga con cuerdas, al tiempo que entonaban canciones que debían tranquilizar a los camellos. Los animales solo se levantaban cuando todo estaba bien encordelado y entonces sujetaban cada camello al siguiente.

Dos hombres envueltos en largos atuendos se plantaron ante Cornelisz; sostenían una bata en las manos y, gesticulando, indicaron primero su pierna y después su cabeza sin dejar de soltar un torrente de palabras.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Cornelisz. Estaba ojeroso y las rozaduras y los moretones se destacaban contra su rostro pálido.

—Quizá quieren que te vistas correctamente y después te adjudicarán un camello.

—¿Pretenden que monte? ¿Con esta pierna?

—No te queda otro remedio; en todo caso, me alegro de no tener que seguir cargando contigo, no eres precisamente liviano.

Cornelisz se ruborizó en el acto y, tartamudeando, le pidió disculpas.

—No tiene importancia —dijo Miguel; luego le ayudó al muchacho a ponerse la larga camisa, dio un paso atrás, contempló a Cornelisz y sonrió.

—¡No digas nada! —exclamó Cornelisz con expresión ceñuda—. ¡Sé que con esta bata parezco una criada en camisón!

—Un poco demasiado huesuda para mi gusto —dijo Miguel en tono burlón—, pero por otra parte, una *bonita garota*: una muchacha guapa.

Los hombres transportaron a Cornelisz hasta el camello en brazos y lo instalaron

en un asiento colgado a un lado del animal. Unos sacos hacían de contrapeso en el otro flanco. El camello giró la cabeza hacia atrás: parecía contemplar a su pasajero con altivez sin dejar de mover las mandíbulas. Cornelisz se aferró a las cuerdas del asiento; impotente y con aire afligido, impedido por su pierna, los chichones y las heridas, colgaba junto al vientre del animal y se balanceaba de un lado a otro con cada paso que daba el camello.

—Seguro que no eres el primero que transportan de ese modo —procuró tranquilizarlo Miguel. Se llevó la mano al saco de monedas de oro con disimulo y se alegró de que la gruesa camisa hubiera resistido a la lucha contra las olas y las rocas. Todavía protegería sus «despojos del mar» durante bastante tiempo.

Cornelisz se agarró a las cuerdas y apretó los dientes. Se sentía muy mal, su padre estaba muerto. ¿Muerto? ¡Eso era imposible!

Bajo todas las tablillas y las cuerdas que la protegían, su pierna parecía haberse hinchado de manera considerable: palpitaba y le dolía, al igual que la cabeza. Miguel trotaba a su lado a través de la arena. ¿Qué hubiera sido de él sin ese portugués? Seguro que él también ya estaría muerto. Nunca hubiera logrado llegar hasta la fuente sin su ayuda y por tanto tampoco hubiese encontrado la caravana... Ese hombre que hasta hace escasas horas todavía era prácticamente un desconocido, lo había salvado. ¿Qué clase de persona era? Debía de tener unos treinta años, era fuerte y musculoso y ya había desarrollado una pequeña barriga. Además, ese ridículo turbante no dejaba de deslizarse hacia abajo cubriéndole los ojos e impidiendo que pudiera ver. Miguel se limitó a reír; al parecer, le agradaba reír.

El paño que Miguel llevaba en la cabeza —en realidad, no podía llamarse turbante a aquello— también se deslizaba a un lado; sin embargo, esa protección era imprescindible pues aunque aún era temprano el sol los abrasaba y su brillo aumentaba su dolor de cabeza. Tres perros guardianes de color arena corrían en torno a la caravana y los camelleros marchaban al mismo ritmo que los animales. Mantenían unida la caravana al tiempo que cantaban. Cornelisz cerró los ojos.

Era la primera vez que oía cantar a alguien mientras trabajaba. Hasta entonces, solo los gritos acompañaban las tareas, los insultos o las órdenes, y de vez en cuando las maldiciones, pero ¿canciones? Se cantaba en las iglesias y, en ese caso, eran salmos. De repente sintió una nostalgia tan intensa por Amberes que le resultó doloroso. La iglesia en el centro de la ciudad que conocía desde que era un niño, su elevada torre solo acabada de construir hacía poco tiempo... Mientras duró la construcción, la obra había supuesto el punto de referencia de su infancia y todo lo que rodeaba la catedral le resultaba familiar: las callejuelas, las personas e incluso los olores.

¿Y allí? El balanceo lo mareaba; se apoyó contra el flanco del camello y abrió los

ojos. A la izquierda se extendía una llanura con algunas colinas, de un infinito color pardo dorado solo interrumpido por unos cuantos arbustos desparramados. Hacia delante y por detrás, y también a la derecha en la medida que el polvo levantado por la caravana le permitía vislumbrar, solo se veía el desierto llano, que parecía estar cubierto de grava molida, pequeñas piedras y mucha arena. No había colinas ni árboles. El paisaje aparentemente inhabitado centelleaba bajo el calor. ¿Cómo pintar este concepto del desconuelo? Un nudo se formó en la garganta de Cornelisz.

¿Es que había perdido el juicio? ¿Cómo podía pensar en pintar justamente en ese momento? Su padre estaba muerto, su cadáver reposaba en una tumba miserable de una costa desconocida y él pensaba en sus pinturas... ¿Por qué no lloraba su muerte?, se preguntó. ¿Acaso tenía el corazón de piedra?

«No, no es verdad», pensó. Solo que no podía creer que él siguiera con vida mientras que su padre —ese hombre valiente, seguro de sí mismo, enérgico y fuerte—... Se sintió confuso; debía hacer un esfuerzo para no perder el sentido, pero por más vueltas que le diera, la muerte de su padre le parecía completamente increíble. ¿Y si Miguel se hubiese equivocado, si el muerto no...? Willem van Lange, un hombre fuerte lleno de planes y de ideas... ¿era imposible que alguien así estuviera muerto y punto! Todos sus amigos, todos los comerciantes de Amberes y de más allá... nadie le creería y frente a dicha noticia se limitarían a negar con la cabeza.

La piel del camello, contra la que debido al curioso andar del animal no dejaba de entrar en contacto, despedía un tufo desagradable. Incluso si giraba la cabeza y respiraba por la boca, no lograba escapar del olor. Se agarró a la cincha.

«Hace muchísimo calor —pensó— y esa luz tan intensa...». ¿Y ahora qué pasaría? ¿Qué había dicho su padre? No lo recordaba con exactitud pero estaba seguro de una cosa: su padre confiaba en él. Esperaba que él, su heredero y sucesor... ¡Ay, esa claridad, su cabeza! Era insoportable.

Antes de que Miguel pudiera intervenir, Cornelisz perdió el conocimiento, se deslizó entre las cuerdas del asiento y cayó al suelo entre las patas del camello.

Cuatro hombres cargaban con la improvisada camilla en la que Cornelisz estaba tendido. Mientras caminaba, Miguel trataba de mantener la cabeza del enfermo a la sombra protegiéndolo con su cuerpo y de vez en cuando humedecía sus labios con agua y le refrescaba la frente, pero por otra parte, el jeque Amir le dijo que solo podían contar con encontrar ayuda por la noche, cuando alcanzaran la próxima fuente.

Finalmente, cuando la alcanzaron, Miguel no dio crédito a sus ojos: a unos pasos, a los pies de una duna, se encontraron con tiendas blanquísimas cuyo interior estaba tapizado de seda azul. Había personas sentadas en blandas alfombras que se entretenían bebiendo té, jugando juegos de tablero y narrando historias. Había farolas

encendidas y hogueras en las que ardían hierbas aromáticas.

Miguel se frotó los ojos. ¿Soñaba o se trataba de una *fata morgana*, un espejismo? ¡Y su asombro fue aún mayor tras comprobar que esas personas acampadas que disfrutaban del paisaje del desierto eran todas jóvenes y del sexo femenino! Solo había unos hombres apostados en la cresta de la duna, guardias al parecer; además había unos muchachos que se encargaban de los camellos. ¡Y qué camellos! Incluso a un marino como Miguel la piel clara y los cuerpos delgados de patas largas le llamaron la atención: ¡esos no eran animales de carga, y esas mujeres...!

Se apresuró a acomodarse los pantalones y alisarse los cabellos: la única medida que pudo tomar para acicalarse un poco.

La caravana del jeque se detuvo a una distancia considerable de las tiendas de las mujeres y los hombres montaron su campamento al otro lado de la fuente. Mientras los camelleros descargaban a los animales y los abrevaban, encendían una hoguera y preparaban la masa para elaborar pan árabe, el jeque Amir se dirigió hasta las tiendas, donde le dieron la bienvenida y una de las muchachas lo saludó con afecto especial. Entonces tomó asiento junto a su hoguera y le sirvieron té.

Cornelisz estaba tendido en la arena junto a Miguel; no estaba consciente, pero parecía a punto de despertar. Gemía, hacía rechinar los dientes y sus brazos se agitaban como si volviera a luchar con las olas. Miguel lo incorporó y le dio de beber; además, le refrescó la frente ardiente y examinó el vendaje de la pierna, que parecía caliente e hinchada al tacto. Entonces aflojó las cuerdas que sujetaban las tablillas, sin dejar de dirigir la mirada hacia las tiendas.

Por lo visto, el jeque estaba hablando de él y de Cornelisz, en todo caso señaló en dirección a ellos. ¡El jeque berberisco era un afortunado, podía sentarse junto a las mujeres y disfrutar de su presencia! Miguel oyó risas y suaves melodías interpretadas en un laúd y una voz clara que entonaba una canción. ¡Qué no daría por estar allí, con las mujeres...! A lo mejor debía acercarse hasta allí y presentarse... Pero cuando se incorporó y miró en torno, vio a los guardias que entretanto habían abandonado la duna y en cambio se habían apostado junto a las tiendas, así que, soltando un suspiro, volvió a sentarse en la arena.

De pronto una muchacha —que aún era casi una niña— apareció a su lado. Miguel no había advertido su presencia y pegó un respingo. La pequeña le tendió un saquito y dijo unas palabras. Miguel se limitó a contemplarla sin comprender. Entonces ella abrió el saquito, le mostró el polvo que contenía y señaló a Cornelisz. Como Miguel seguía sin reaccionar, simuló coger una pizca y se la llevó a la boca; luego volvió a repetir el gesto por si acaso. Entonces Miguel comprendió: traía un remedio para el enfermo.

Cogió el saquito, pero antes de que pudiera darle las gracias la muchacha echó a correr hacia las tiendas. Aunque no estaba seguro de ser visto desde las bonitas

tiendas, Miguel se puso de pie e hizo una profunda reverencia.

Después clavó la vista en el saquito. ¿Debería darle ese remedio al muchacho? ¡Quién sabe qué era ese polvo! Metió un dedo humedecido en el polvo y lo probó con mucha cautela.

«¡Maldición —pensó—, esto es muy amargo!», y lo escupió.

Cuando alzó la vista vio que el jeque se había puesto de pie y se acercaba acompañado de dos mujeres.

«Solo puede haber sido un sueño», pensó Cornelisz, puesto que se encontraba a bordo de una nave; notaba el rolar de las olas, el permanente sube y baja... Su padre no tardaría en despertarlo, entonces podría beber un trago...

Cornelisz entraba y salía de su estado inconsciente. Cuando creía estar despierto, esperaba oír la voz de su padre en cualquier momento. En su lugar oyó un suave murmullo incomprensible. Alguien refrescaba su pierna fracturada y le vertía agua fresca y deliciosa en la boca. En algún momento el rolar llegó a su fin y notó que lo tendían entre sábanas perfumadas. Trató de salir de su desmayo, pero justo antes de lograrlo sintió una nueva punzada de dolor y oyó un grito. Antes de descubrir quién había gritado, volvió a sumirse en la inconsciencia.

Cuando recuperó el sentido una vez más, oyó voces. Aunque no comprendía qué decían, era indudable que se trataba de voces femeninas; después reinó el silencio más absoluto. Estaba envuelto en un aroma de flores y, lentamente, abrió los ojos. Al principio su visión era borrosa, pero finalmente vio el bello rostro de una mujer. No llevaba velo, de modo que pudo admirar su rostro noble de tez clara y labios arqueados, un rostro donde brillaban unos ojos oscuros. Cornelisz cerró los suyos.

Después lo invadieron los sueños, horrendas y salvajes pesadillas en las que veía a su padre muerto, el mar embravecido y las rocas contra las cuales se destrozaba la nave...

Cuando volvió a abrir los ojos y su mirada se encontró con la bella mujer ya era la hora mágica, después de la puesta del sol.

—*Bismillah*, bienvenido a mi casa de Santa Cruz de Aguér —dijo ella, sonriendo—. Me llaman Anahid. Con la ayuda de Dios, mis mujeres y yo te curaremos.

CUARTA PARTE
MOGADOR, 1523-1525

—¡Pero mirad esa tuya, su aspecto es desagradable y pinchudo! Además, en realidad nadie es capaz de interpretar el significado de esa imagen.

—¿Interpretar? Es innecesario, puesto que todos lo saben.

Meryem y Fatma intercambiaron una breve mirada y se encogieron de hombros.

Una vez más, Mirijam amenazaba con estrellarse contra la resistencia oculta de ambas mujeres berberiscas, pese a que le hubiera encantado que el aspecto de sus alfombras fuese menos agresivo y fuera más vistoso, delicado y armónico. La mirada debía disfrutar de su belleza, debía poder pasearse por la alfombra como por un jardín o una pintura. ¡Pero esas alfombras estaban lejos de ofrecer dichos placeres!

Sus motivos consistían casi exclusivamente de listas y rectángulos y debía conformarse con los escasos hilos de color que las tejedoras habían incluido por amor a ella, aunque esas pocas manchitas de color prácticamente desaparecían entre el negro y el pardo claro.

Lo peor era que ninguno de los motivos que ella misma había desarrollado hacía poco acababan de agradaarle y, pese a que en general ello se le daba muy bien, en esa ocasión cuán rígidos parecían los peces y las olas más bien semejaban rocas afiladas en vez de aguas suavemente burbujeantes. Con razón las mujeres consideraban que los motivos eran feos. ¿Por qué no se le daban mejor? ¿Es que no se había concentrado? Hacía días que se sentía ansiosa y nerviosa: no había ningún motivo para ello, pero el hecho no dejaba de inquietarla.

—Has de creerme, *lâlla Azîza*, está bien así como está.

Una mano cálida se apoyó en el hombro de Mirijam: era la de Fatma, la mayor de las dos berberiscas que le lanzaba una sonrisa. Entonces cogió un taburete bajo situado junto a la puerta y la invitó a sentarse en otro.

—Ven, siéntate a mi lado.

Mirijam obedeció y la contempló con aire expectante. Sentía un gran aprecio por la berberisca, a la que había conocido poco después de su llegada a Mogador. Mientras el *hakim* se presentaba ante las autoridades portuguesas y ante el caíd de la ciudad, sondeaba sus posibilidades y obtenía una primera impresión de la vida en esa acuartelada ciudad de pescadores, ella se había dedicado a entretenerse en el oasis y de paso conocido a Fatma. La mujer menuda, encorvada y de rostro surcado por las arrugas que casi ocultaban sus tatuajes azulados, dejaba que sus cabras pastasen entre las ramas de una pinchuda argania para que devoraran los frutos verdes del tamaño de una almendra. Había respondido a las preguntas de Mirijam con cordialidad y paciencia. Le dijo que con los duros huesos de los frutos —que más adelante extraería del estiércol de las cabras— elaboraba un fino aceite muy apto tanto para la cocina como para el cuidado de la piel.

Entretanto, hacía tiempo que Mirijam había aprendido a elaborar el aceite, pero a partir de ese momento, la sencilla berberisca demostró ser una auténtica fuente de información en cuanto a las tradiciones de su pueblo vigentes en Mogador y sus alrededores. Había trabajado en el campo toda su vida, cocinado para su marido y su hijo y cuidado del ganado. Y también había confeccionado las mantas y las alfombras de su hogar, tal como acostumbraban las berberiscas. También introdujo a Mirijam en los secretos del tejido de las alfombras. Era vieja pero su mirada aún era vivaz, clara y muy cordial.

Fatma estiró los dedos y se frotó las manos desgastadas por el trabajo. Desde que no realizaba tareas pesadas en el campo se teñía las palmas de las manos con alheña, al igual que las otras tejedoras. La alheña protegía la piel, la volvía blanda y elástica pero sobre todo proporcionaba *baraka* —bendición— al trabajo.

—¿Cuántas cosechas ya has visto en tu vida? —preguntó entonces.

—Dieciséis —contestó Mirijam. Fatma no acostumbraba a ser muy locuaz, así que esas palabras parecían anunciar un discurso más largo—. Tengo dieciséis años. ¿Por qué lo preguntas?

Fatma alzó la mano.

—*Shuwya*, paciencia. Dieciséis años, todavía eres joven y con la ayuda de Alá aún te espera una larga vida. ¿Cuánto hace que vives con tu padre tras los muros de Mogador?

—Pero si tú ya lo sabes: un poco más de dos años.

—Es verdad, llegasteis aquí hace dos años, tú y tu erudito padre el *hakim*. En esos años construisteis vuestra casa, montasteis este taller con los telares e iniciasteis la tintorería. Desde hace un tiempo tu padre nos da trabajo para que podamos alimentar a nuestros hijos y también a nosotras cuando escasean las lluvias y el ganado está hambriento, o cuando el mar no nos ofrece peces. Además, nos ayuda cuando estamos enfermos y no hace diferencias entre un cabrero y un terrateniente.

Fatma hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, luego dirigió la mirada hacia el exterior y reflexionó. Tras una pausa, prosiguió.

—Tu padre es una buena persona, un hombre muy respetado y que la mano de Alá lo proteja. Hace muchas cosas buenas por nosotros. Quisiera hacerte una pregunta: ¿acaso notas lo que habéis logrado cambiar en este breve período? Porque para mí es mucho, muchísimo.

Mirijam consideró que quizá Fatma tenía razón y que ella y el *abu* Alí habían provocado numerosos cambios en la vida de las familias a las que proporcionaban trabajo. Aparte del cultivo de la tierra, de la crianza del ganado y de la pesca, en esa ciudad barrida por los vientos había escasas oportunidades para que las gentes sencillas se ganaran el sustento. En todo caso, solo muy pocos participaban en el comercio de las caravanas, porque ese estaba en manos de los comerciantes y los

jeques acaudalados, pero ¿adónde quería ir a parar Fatma? ¿Qué relación guardaba su discurso con los motivos de las alfombras?

—No puedes saberlo, porque eres demasiado joven y hace poco tiempo que habitas entre nosotros, pero te digo lo siguiente: tejer es como la vida —dijo la berberisca—, desde el nacimiento hasta el último aliento, la vida es como un único tejido grande y multicolor en el que el Todopoderoso determina los colores y los motivos.

Fatma se volvió hacia Mirijam.

—Ten presente, *lâlla* Azîza, que no solo se trata de motivos únicamente destinados a ser vistos por los ojos, oh, no: más bien son signos, símbolos mágicos de gran antigüedad. Por eso es mejor no hablar demasiado de ellos.

Fatma carraspeó.

—Conoces el rombo, ¿verdad?, que nosotros denominamos el ojo de la perdiz. Como sabes, trae buena suerte y buenas cosechas, pero también representa el encanto y el cumplimiento del deber de una joven esposa. Si en su lugar escoges otra imagen, por ejemplo una flor, entonces nadie comprenderá tu mensaje. O también el camino del destino que conduce en zigzag junto a animales y tiendas: a este tampoco puedes tejerlo de manera sinuosa y colorida. ¡La vida no es así! Bien, como ves, hay cosas que se pueden cambiar, en cambio hay otras que hemos de respetar —le advirtió.

Claro que hacía tiempo que Mirijam sabía que a cada motivo de una alfombra se le adjudicaba un significado y un poder más profundos, pero ¿es que no se podían hacer algunas pequeñas modificaciones que no afectaran el significado? Mirijam notó que su disgusto iba en aumento.

Como si Fatma le hubiese leído el pensamiento, añadió:

—No lo olvides: tejer es como la vida.

—Gracias, Fatma, *shukran*, meditaré sobre tus palabras —dijo Mirijam, y se puso de pie.

En realidad se entendía muy bien con sus tejedoras y apreciaba a todas las mujeres del taller de alfombras, sobre todo a Fatma y a Meryem, pero de vez en cuando su falta de fantasía le resultaba insoportable y, al parecer, esa era una de esas ocasiones.

Para las mujeres berberiscas —muy pragmáticas— lo más importante siempre era la utilidad. Una tuya debía de encargarse de la fertilidad, esa era su finalidad y no la decoración o el ornato. Además, ellas se conformaban con la idea de que los motivos siempre habían sido tejidos del modo conocido, así que, ¿para qué probar algo nuevo? Era evidente que, de momento, no le quedaba más remedio que seguir utilizando los mismos motivos.

Mirijam remontó la escalera hasta la habitación de la torre y se acercó a las ventanas que la bordeaban. Hacia el sudoeste se apreciaba un panorama del puerto,

las rocas y las islas situadas más allá y el siempre agitado mar. Al anochecer, y gracias a las maravillosas puestas de sol, era el lugar más bonito. En cambio, temprano por la mañana y hacia el noreste, podía observar cómo las nubecillas de color pastel se disolvían en la aurora, el dorado sol se elevaba por encima de las colinas y, en el aire aún transparente de la mañana, iluminaba las casas chatas en forma de dados. ¡Un espectáculo magnífico!

Sin embargo, hoy no la complacía ni un panorama ni el otro. Aunque todo parecía pacífico e idílico, no le levantaba el ánimo. Tenía la sensación de que algo amenazante se aproximaba a ella, como si oscuros nubarrones de tormenta se cernieran. Hacía días que lo sentía y la presión era cada vez mayor y la desconcertaba. Quería llorar, pero no encontraba el motivo. Quería echar a correr, pero se quedaba sentada, quería trabajar en su pequeño jardín pero en realidad no tenía ganas. Cuando quería observar las constelaciones aparecían nubes, cuando quería recoger flores de manzanilla las cabras las habían devorado y cuando quería elaborar mantequilla, la leche se había agriado. ¿Qué significaba eso?

Durante los primeros meses allí en Mogador, tras haber recuperado la voz, Mirijam aprendió a observarse a sí misma. Quería estar preparada. En cuanto hubiera notado el más mínimo indicio de que quizá volviera a perder la voz, hubiese retomado los ejercicios. No ocurrió, afortunadamente, pero le llevó tiempo volver a hablar con naturalidad, cantar y reír a carcajadas. Durante muchas semanas siguió temiendo que su voz podría volver a apagarse por segunda vez.

Últimamente sus sueños eran confusos, pero cuando despertaba no lograba recordar nada concreto. A veces incluso creyó haber soñado con el *bagno*, y al recordarlo el corazón le latía aprisa: es probable que dicho temor jamás la abandonaría del todo, pese a que hacía grandes esfuerzos por olvidar la horrorosa experiencia. No olvidar significaba recordar. Pero recordar suponía tener que encontrar un camino a través del lodo del horror con los ojos abiertos, a través de un pantano sin fondo que amenazaba con devorarla. No podía impedir los sueños, pero se había jurado a sí misma que nunca pensaría en lo ocurrido en las mazmorras de manera voluntaria. A lo mejor el recuerdo se desvanecería, como si aquello jamás hubiera ocurrido...

Mirijam se asomó a la ventana y dirigió la mirada al laberinto de callejuelas al pie de la torre. Las casas de la ciudad, construidas de ladrillos de arcilla y piedras labradas estaban una junta a la otra, separadas por estrechas callejuelas apenas lo bastante anchas como para dar paso a un burro cargado de sacos. Los días en los que se celebraba el mercado, cuando los granjeros y los criadores de ganado de los alrededores confluían en Mogador, a menudo se volvían intransitables.

Las casas estaban habitadas por las familias de los carpinteros y los zapateros, los vendedores de frutas y los cereros, los curtidores, vendedores de sal, panaderos,

pescadores, carniceros y porteadores. Había escuelas y sinagogas y, cerca de las mezquitas cuyos minaretes se elevaban por encima de los techos planos, se encontraban las tiendas de los escribientes, los sastres y los comerciantes de tejidos y de oro, a cuyas tiendas les seguían las de los comerciantes de frutas, verduras y cereales. En su mayoría, estos vivían en las afueras o cerca de los oasis vecinos o bien al borde de los campos. Las tiendas de los carniceros y los vendedores de pescado también formaban un barrio propio en la ciudad, al igual que los herreros, los artesanos del hierro o los curtidores.

En las casas más amplias y más lujosas, tras cuyas grandes puertas se ocultaban pequeños jardines con fuentes, vivían los ricos tratantes de esclavos y los jefes de caravanas. Dos e incluso tres veces por año, cuando las caravanas regresaban del desierto a la ciudad con sus camellos cargados hasta los topes, acudían a recibirlos todos los habitantes de la ciudad y también cuando los barcos extranjeros llegaban al puerto y los comerciantes de todo el mundo querían asegurarse de obtener los esclavos negros y los legendarios tesoros procedentes del África más profunda.

Ella ya había admirado también los colmillos de elefante, tan grandes y pesados que eran necesarios dos hombres para cargar con ellos, y también monos cuya cara arrugada los asemejaba a un anciano, además de otros animales exóticos. Pero cuando los hombres y las mujeres negros, altos y de cabello crespo eran obligados a subir al estrado del mercado donde los ofrecían y vendían a voz en cuello, regresaba a casa a toda prisa. ¡Nada debía recordarle el terror de aquel entonces!

Al pie de su torre, situada cerca del puerto, se encontraban los talleres de los cordeleros que elaboraban las redes y los cabos para los pescadores y las embarcaciones, como también las moradas de los carpinteros y los constructores de barcos. Daban a plazas sombreadas y protegidas del viento donde crecían palmeras y también a patios interiores. A su lado se encontraban almacenes y mesones. En pocas palabras: la ciudad disponía de todo lo necesario para disfrutar de la vida.

Mirijam observó a muchachas y mujeres que recorrían la callejuela soltando risitas en grupos de tres o de cuatro. No parecían tener prisa y algunas charlaban en voz tan alta que su voz llegaba hasta sus oídos. ¡Cómo las envidiaba!

¡Qué bonito sería tener a alguien a su lado con quien compartir las penas y las alegrías y poder hablarle de su malestar y su confusión! Pero eso se limitaba a ser una ilusión, ella no tenía a nadie en quien confiar, salvo el viejo y bondadoso *abu*.

Claro que lo quería y su confianza en él no tenía límites, pero hablarle de sus sentimientos era imposible. Además, ¿qué hubiese podido decirle? Una madre o una amiga se hubieran dado cuenta de que se encontraba muy mal sin necesidad de que lo expresara en palabras. Pero el *abu* estaba acostumbrado a buscar el motivo de todo, le preguntaría si estaba enferma, le examinaría la garganta y las orejas, la interrogaría y procuraría encontrar una explicación lógica... ¡Jamás comprendería su verdadero

pesar, desde luego, puesto que ella tampoco lo entendía! ¿Acaso no se encontraba bien, no disfrutaba de una vida maravillosa?

Si se asomaba un poco más, podía ver la casa nueva que el *abu* hizo construir junto a la muralla de la ciudad. Disponía de dos patios interiores, uno para la cocina y las tareas cotidianas y otro destinado al ocio y a recibir visitas. En ese jardín acababa de plantar los primeros rosales y próximamente, una vez pasados los grandes calores, plantaría más flores. Pronto el patio interior florecería y sería tan frondoso como el de Tadakilt.

Mientras planificaba la casa el *abu* Alí realmente había pensado en todo, incluso en la tubería que iba de la cocina y la pila cubierta situada en el techo. Todos los días la llenaban de agua que luego surgía del grifo de la cocina. A su vez, el agua utilizada se acumulaba en una zanja para poder aprovecharla en el jardín. La casa disponía de agua, de ventanas en las paredes exteriores y no solo unas que daban a los patios interiores como de costumbre, además de tres puertas principales, y eso suponía algo muy excepcional en Mogador. Pero el *hakim* y su hija Azîza bint el-Mansour —como entonces se llamaba oficialmente— deseaban tener aire y luz en todas las habitaciones.

Sus aposentos consistían en una amplia habitación que podía dividir en una pequeña alcoba y en una sala de estar más grande mediante un biombo de madera tallada. Grandes puertas de madera de cedro impedían la entrada del polvo, del viento y de la luz solar, los suelos de baldosas blancas y verdes estaban limpiísimos y también las lustrosas paredes irradiaban un suave resplandor. Le agradaba ese lugar y sobre todo le gustaba encargarse de muebles nuevos y bonitos en los talleres de los carpinteros y los taraceadores y amueblar las habitaciones con piezas bellas. *Abu* Alí había instalado su lugar de trabajo en un ala completa de la casa, dispuesta de ventanas y una salida directa a la callejuela. Ambos se encontraban perfectamente y a los dos les gustaba vivir en Mogador. A veces el *hakim* incluso afirmaba que haber acabado allí era una feliz casualidad.

A Mirijam la tranquilizaba saber que no había abandonado su hermoso castillo solo por ella. En aquel entonces, cuando se vieron obligados a huir de la alcazaba de Tadakilt, el *hakim* había pensado en Mogador como un lugar para refugiarse y debido a que allí vivían los *gnaoua*. Pero también los moluscos del largo de un dedo y su extraordinaria mucosidad habían ejercido su atracción, puesto que hacía tiempo que había decidido que un día descifraría el secreto de los *Murex trunculus*, los moluscos que segregan la púrpura. No el marfil, el oro de Tombuctú u otras legendarias preciosidades del sur acarreadas por las grandes caravanas lo habían atraído a esa costa, sino el enigma de la púrpura.

—La púrpura está considerada como un color divino. Ya en tiempos de Moisés los emperadores, los reyes y todos los poderosos de la Tierra preferían los atuendos

de color púrpura —le había dicho—. La púrpura es noble, más preciosa que el oro y posee un aura casi misteriosa. Plinio ya describió los *Murex*, en especial menciona la mucosidad de esos moluscos en su *Naturalis Historiae*; sin embargo, no existen otras notas acerca de la elaboración y la utilización de ese colorante. Al parecer, las indicaciones solo fueron transmitidas verbalmente desde hace generaciones, de modo que entretanto ese saber ancestral ha caído completamente en el olvido. Así que habría que empezar desde el principio y examinar las características y los efectos de las diversas sustancias con suma precisión... Vaya, me encantaría llegar al fondo de ese misterio.

No obstante, sus investigaciones se desarrollaron con éxito sorprendente, de manera que pronto pudo pensar en montar una tintorería. En la costa de Mogador abundaban los *Murex*, aunque también es cierto que era necesaria una enorme cantidad de esos moluscos resbaladizos y voraces para obtener un único tarro de pintura.

¡Pero cómo apestaban! Durante las primeras fases de las pruebas el hedor no tardó en volverse insoportable. Debido a ello, el comandante de la fortaleza portuguesa había instado al *abu Alí* a que se instalara en las islas delante del puerto, donde el viento alejaría el pestazo de la ciudad.

Aunque Mirijam se encargaba de numerosas tareas y le ayudaba cuanto podía, montar la tintorería había consumido gran parte de las fuerzas del *abu*.

«Ya no es joven», pensó Mirijam, y se empezaba a notar su edad. Ello suponía otro motivo más para no poder hablarle de ciertas suposiciones poco claras y de sentimientos confusos...

—*Lâlla*, dice el *hakim* que le eches un vistazo al nuevo color. A que es precioso, ¿verdad?

Mirijam pegó un respingo y se volvió; sumida en sus cavilaciones, no había notado la presencia de Haditha: estaba de pie en el umbral y le tendía una cestilla llena de lana.

«¡Es roja!», fue lo primero que pensó, y clavó la mirada en las hebras de lana color púrpura. Rojo significaba violencia. El rojo estaba relacionado para siempre con los piratas y el *bagno*. Aún entonces, incluso tras todo el tiempo transcurrido, había días en los cuales el color rojo le infundía tanto pavor que casi creía asfixiarse.

Dio un paso atrás y cubrió la cesta con un paño. Haditha, la criada negra, estaba visiblemente enfadada ante su reacción y chasqueó la lengua en señal de desaprobación, pero guardó silencio.

—¿Son las últimas muestras de color? —preguntó Mirijam por fin una vez que logró tranquilizarse—. ¿Le agradan al *hakim*?

—*Ouacha*, por fin todo ha salido bien, dijo. Por otra parte, me dijo que te

informara de que la lana no permaneció todo el tiempo colgada al sol, que acabó de secarse a la sombra. Y me dijo que te dijera algo más... ¿Qué era? Sí: dijo que este era el color de los senadores. —Tal vez había aprendido la palabra en lengua extranjera de memoria y le costaba pronunciarla.

Crear el «color de los senadores» era la meta declarada del *abu* Alí y sobre todo el *purpureo sanguineo*: el tono rojo sangre. Se había dedicado en cuerpo y alma a obtener ese brillante color púrpura que, en la época de los césares, estaba reservado a las togas de los senadores y aún en el presente ornaba los atuendos de los papas y los reyes.

—¡Es el colorante más precioso y misterioso que existe! —dijo hacía unos días en tono entusiasmado. No obstante, la preparación de la materia prima no suponía ningún misterio a diferencia de lo que había creído al principio.

Tras dejarlos unos días en un baño de sal, se mezclaban los trozos de molusco con abundante orina de burro y de oveja y se cocía la mezcla hasta convertirla en un caldo espeso. Con ello había realizado sus primeros intentos. Al principio los resultados fueron un tanto decepcionantes: un pálido amarillo en vez de un brillante violeta o un rojo oscuro. Entonces el *hakim* modificó la receta una y otra vez, pero solo cuando alguien le mostró unos cuantos hilos de lana de un profundo color rojo que por error habían ido a parar a la basura durante varios días, había comprendido: la magia del tinte se iniciaba durante el secado, ¡y al parecer ese era el auténtico secreto del color púrpura!

Inmediatamente volvió a ponerse manos a la obra. El anciano se preguntó si sería mejor secar la lana al sol o a la sombra y también si era necesario secarla al sol o solo al aire. ¿Qué ocurriría si solo la dejaba al aire libre por la noche? ¿Y cuánto tardaba hasta que bajo el desagradable tono amarillo verdoso aparecía el anhelado rojo? Por lo visto, sus intentos por fin habían sido coronados por un resultado que satisfacía al *sherif*. Sin embargo, Mirijam se estremeció: el color que le agradaba era el azul celeste o el verde pálido, el amarillo o el rosa, incluso el marrón rojizo o el gris niebla, pero ¿ese rojo? A ella le resultaba casi amenazador.

«Necesito tomar aire —pensó—, y lo mejor será salir de aquí e ir a la playa».

Pisó un montón de algas secas que se deshicieron de inmediato. Los restos parduscos de las plantas estaban cubiertos de arena y caracolas, y por debajo aparecieron los caparazones vacíos de los moluscos, ¡por todas partes solo había caparazones y moluscos! Mirijam los pisoteó, luego cayó de rodillas y se secó unas lágrimas.

¿Qué le sucedía, por amor de Dios? Tal vez estaba a punto de enfermar; en realidad se encontraba bien, pero ¿cómo explicar la confusión que reinaba en su cabeza y su corazón?

Hacía días que sus sueños eran confusos, soñaba con escenas que al día siguiente no lograba recordar con claridad, solo algunos fragmentos: Gesa en el jardín recogiendo manzanas... caballos sudorosos arrastrando una pesada carga... una mujer que la sostenía en brazos, su madre, al parecer... prados brumosos junto al río... su padre, alzando la vista de sus libros de contabilidad... y Cornelisz. Imágenes de su infancia que habían quedado grabadas en un rincón de su corazón y que ahora surgían para torturarla.

Mirijam se puso de pie y echó a correr a lo largo de la playa.

Últimamente había soñado más a menudo con Cornelisz. ¿Acaso porque seguía pensando en él con frecuencia, en su íntimo compañero de los años despreocupados? Cornelisz, que cantaba y reía con ella, que le enseñó a jugar a las canicas y atrapaba su poni cuando se desbocaba; Cornelisz, que le mostró el nido del chochín en el seto, que le alcanzaba las cerezas más dulces, que la consoló cuando la picó una avispa... Y Cornelisz, prometiéndole que siempre sería su amigo: bajo el sol sus cabellos rubios habían brillado como el oro. ¿Pensaba en él porque la amaba y porque comprendía todos sus sentimientos?

—¡Tonterías! —se regañó en voz alta—, ¡bobadas infantiles!

Mirijam recogió unas caracolas y piedras y las arrojó al mar.

Y esa mujer que se le apareció en sueños, ¿podría ser su madre? Trató de concentrarse, creyó recordar a una mujer de cabellos oscuros que le tendía los brazos y le sonreía cariñosamente. En el sueño sabía que era su madre, pero ¿cómo era posible eso? Cuando su madre murió ella aún era muy pequeña. ¿Se le aparecía ahora en sueños? ¿Por qué? ¿Para advertirle de un peligro o para consolarla?

Sumida en sus cavilaciones, siguió caminando por la playa; después de un tiempo alzó la vista y vio la cúpula blanca de *sîdi* Kaouki, un santo venerado en esa costa. Impulsada por la inquietud, había recorrido un trecho mucho más largo del pensado, hacía bastante tiempo que había dejado atrás la alargada bahía y la desembocadura del arroyo. Tampoco se veían los edificios del puerto e incluso el fuerte de los portugueses solo se vislumbraba entre las brumas saladas que el viento impulsaba tierra adentro. Suspiró y, aunque hubiera preferido quedarse allí fuera, dio media

vuelta y emprendió el regreso.

Mirijam se sentó en una roca que sobresalía de las aguas poco profundas del arroyo, se lavó la cara y las manos y se arregló el vestido. Puede que su madre se le apareciese en sueños porque quería que abriera el paquetito. Hasta ese momento un extraño recelo se lo había impedido. A veces sacaba el pequeño paquete, apoyaba las manos en la suave cabritilla que con los años se había oscurecido y manchado y rozaba el cordel de seda que lo sujetaba. Al tacto parecía ser un pequeño libro, era flexible pero también firme. El mensaje recibido había hecho hincapié en que solo debía leerlo una vez convertida en novia o si estaba en apuros. ¿Por qué su madre habría tomado dicha decisión? ¿Debía tomársela al pie de la letra o tal vez quiso decir que solo debía leer el escrito tras convertirse en adulta?

De pronto sintió una aguda punzada de dolor y se encogió. Últimamente le había dolido el estómago más de una vez, a lo mejor debía decírselo al *abu*...

Cuando le dolor se redujo y Mirijam se puso de pie para emprender el camino de regreso a su casa, notó que en la piedra donde había estado sentada había una mancha de sangre. Verla la consternó. ¿Sangre? ¡Entonces era verdad: estaba gravemente enferma! Sin embargo, excepto cierta presión en el vientre no sentía dolor. Se tocó los brazos, el pecho y las piernas, se palpó la espalda hasta donde llegaron sus manos, pero no descubrió una herida. En ese caso, ¿de dónde provenía la sangre?

Solo al inclinarse hacia delante descubrió el hilillo de sangre que le recorría la cara interior de las piernas hasta los tobillos y, temerosa, se levantó la falda. ¡La sangre parecía brotar del interior de su cuerpo! Mirijam soltó un gemido y volvió a sentarse en la roca.

Como si solo hubiesen estado ocultos tras un delgado velo, de repente los terrores de las mazmorras irrumpieron en su memoria. ¡Volvió a recordar los golpes, las cadenas, los gritos, el miedo horroroso! Y también el dolor cuando la desgarraron, y fue como si una espada le atravesara el cuerpo... y gritó pidiendo ayuda una y otra vez hasta quedarse sin voz... Y la sangre...

¡Así que era verdad que estaba maldita! Siempre lo había sospechado en lo más profundo de su ser: ¡a alguien a quien le había ocurrido algo tan espantoso como a ella en aquel *bagno*, solo podía estar maldito! Ese terrible martirio, la pérdida de su voz... ¿qué más podían significar que un castigo y una maldición? Y ahora, tras dos años de tranquilidad el terror volvía a empezar con la sangre que brotaba de su cuerpo. ¿Acaso estaba a punto de morir? Algo intangible, grande y malvado, algo como una fuerza oscura se había apoderado de ella y quería castigarla. ¿Por qué? ¿Con qué culpas cargaba? Ignoraba la respuesta, pero al mismo tiempo ahí estaba la demostración: estaba maldita porque sangraba desde allí...

—¡No, no! —gritó, recogió agua con las manos y la derramó por encima de sus piernas. Lavarse, enjuagar la sangre, lavarse... Se frotó las piernas, sollozando y

temblando. Más arriba, más agua, mojarse los muslos... Más agua, mucho más...

—*Salâm aleikum*, muchacha. Eres Azîza, ¿verdad?

Mirijam se quedó de piedra y se apresuró a bajarse la falda; junto a la orilla había una mujer negra que conducía una cabra sujeta a una cuerda y llevaba una cesta de mimbre llena de hierbas.

Mirijam se quitó los cabellos de la frente con la manga y con la otra se secó las mejillas empapadas de lágrimas. Tragó saliva y asintió.

—*Aleikum as salâm*. Sí, soy Azîza, la hija de Alí el-Mansour. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo está tu familia? —dijo con voz trémula intentando reprimir el pánico, pese al cual logró pronunciar el saludo cortés habitual. Se alisó el vestido. ¿Qué había visto esa mujer? ¿Acaso había oído sus gritos?

—Me encuentro bien. Me llamo Aisha y vivo allí —dijo, indicando una dirección indeterminada con la mano—. Soy curandera y ayudo a las mujeres, por eso llevo estas hierbas en la cesta. No has de asustarte, muchacha, ¿comprendes? Sí, sufrirás cambios, pero no son un motivo para sentir temor —añadió, ató la cabra a un arbusto y se acercó a Mirijam.

»Ven, sentémonos allí en la orilla —dijo, y la condujo fuera del agua—. Estás temblando. Tranquilízate. ¿Es la primera vez que sangras?

Mirijam bajó la vista y notó que se sonrojaba. ¿Por qué le hacía esa pregunta? ¿Qué sabía y cómo lo sabía? Se restregó las manos como si estuvieran sucias y por fin cobró valor y dijo:

—¿Eres Aisha, la que vive allende el oasis? ¿Eres la bruja negra de la que hablan las esclavas? ¿Puedes hacer que vuelva a sanar y no tenga que morir?

El rostro de Aisha permaneció inexpresivo y contempló a Mirijam.

—Oye, niña —dijo en tono sereno—, nunca repitas el cotilleo de las mujeres ignorantes e inútiles. Es lo único que saben hacer, en cambio tú...

Se interrumpió, luego se enderezó y prosiguió:

—Las habladurías sobre brujas o magia no solo son ofensivas, también pueden ser peligrosas. Bien, responde a mi pregunta: ¿es la primera vez que sangras? —dijo en tono severo.

Mirijam asintió con aire intimidado.

—En ese caso has empezado tarde, pero has de saber que eso les ocurre a todas las mujeres. Ninguna muere por ello, te lo aseguro —dijo, cogió un ramito de hierbas de la cesta y lo olisqueó.

»A partir de ahora, regularmente y según el ciclo de la luna, que es la señora de todo lo que fluye, sangrarás durante unos días de tu orificio secreto y hasta que seas una anciana, a saber. Entonces la sangre desaparecerá por sí sola, tal como empezó por sí sola.

Las ideas de Mirijam se arremolinaron. Todas las mujeres, ¿y ella también?

—Pero la sangre...

Aisha sonrió y su dentadura blanquísima brilló en su rostro oscuro. Curiosamente, Mirijam se sintió consolada y aliviada de inmediato: nadie sonreía cuando un asunto no tenía solución. Entonces Aisha le cogió la mano y examinó la palma, asintió con expresión satisfecha y volvió a soltarla.

—No estás enferma y las líneas de tu mano me indican que pasarán muchos años antes de que mueras. Es más, a partir de ahora tu interior se purificará con cada ciclo de la luna. Sangrarás un par de días, quizá sientas algún dolor, pero eso es todo.

Entonces le tendió el ramito de hierbas.

—Es silfio, bueno para los calambres. Prepara una infusión con ello, te ayudará. Mientras sangres serás impura, así que mantente alejada de la leche fresca para que esta no se agrie y también has de evitar la masa fina, porque también podría estropearse. Durante esos días será mejor que no pises la cocina: muchas personas se niegan a comer la comida preparada por una mujer impura. Para proteger tu ropa has de emplear paños limpios que te aplicarás entre las piernas y fijarás con un cinto debajo de tu vestido; también puedes usar una pequeña esponja: la introduces profundamente en tu interior y la cambias varias veces al día.

La negra Aisha volvió a introducir la mano en la cesta y extrajo tres pequeñas esponjas.

—Toma, los pescadores me las traen de la mar, absorben la sangre. Siempre has de enjuagarlas muy bien y secarlas al sol, entonces te resultarán útiles durante mucho tiempo.

Mirijam clavó la vista en las porosas esponjas grises.

—Pero ¿cómo introducirlas en mi interior?

La negra le lanzó una mirada pensativa.

—¿Nunca te has examinado a ti misma?

Mirijam sacudió la cabeza con violencia. ¿Qué estaría pensando esa mujer? ¡Nunca jamás se había tocado allí! Pero recordaba en cuáles de sus orificios corporales la vieja mujer de la cárcel había aplicado un ungüento. Los dibujos anatómicos que aparecían en los libros del *abu Alí* indicaban que en el *bagno*, el orificio posterior era del que salían los excrementos... Pero el otro orificio situado más adelante al parecer albergaba un misterio muy especial. Cuando alguien lo mencionaba aunque solo fuera por asomo, las mujeres del taller se ruborizaban, soltaban risitas o hacían comentarios indecentes.

—Introduce un dedo entre las piernas y palpa, entonces sabrás dónde te has de meter las esponjitas. Y cuando hayan pasado los días impuros, vete al *hamam* y lávate minuciosamente —dijo la negra, y se puso de pie. Por lo visto ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Aisha?

—¿Sí? —dijo la mujer, y volvió a sentarse.

—Te ruego que me perdones, no quería herirte ni ofenderte.

—Lo sé.

—¿Por qué sangro? —preguntó Mirijam.

Si todas las mujeres sangraban, entonces quizá no cargaba con una maldición. Tenía que averiguar más al respecto, con el fin de asegurarse.

—Siempre creí... Quiero decir, ¿por qué las mujeres sangran de manera regular? ¿Qué efecto tiene y qué significa?

Aisha la contempló durante unos instantes con expresión pensativa.

—Realmente no lo sabes, ¿verdad? —dijo. Suspiró profundamente y luego prosiguió—: En la tierra natal de mis antepasados, cuando este acontecimiento ocurre por primera vez, se celebra con una ceremonia secreta que consiste en preparar a las muchachas para que jueguen un nuevo papel, porque significa que la infancia ha llegado definitivamente a su fin. Los antiguos dioses dicen que con el primer sangrado se produce un cambio y, debido a ello, a partir de entonces las muchachas pasan a formar parte de las mujeres adultas, con los mismos derechos y deberes. Aquí también comparten las mismas ideas, aunque lo denominan de otra manera y eso significa que la muchacha Azîza se ha convertido en una mujer. Esencialmente, significa que tu cuerpo se prepara para albergar un niño y cuidarlo hasta que nazca.

Aisha reflexionó un momento y luego continuó hablando en voz baja.

—Pero también significa el amor y la pena. Nuestros antepasados dicen que el amor y la pena son gemelos unidos entre sí en el corazón. Representan un gran poder frente al que no existe ningún hechizo eficaz. Son inseparables y quien se encuentre con ellos no podrá rechazarlos, incluso si ello le destroza su propio corazón. Sí, así es.

Al ver que Mirijam se quedaba boquiabierta, Aisha le apoyó la mano en el brazo para tranquilizarla antes de añadir lo siguiente:

—Además, significa que a partir de ahora perteneces al círculo de las mujeres iniciadas y que un día alcanzarás el saber acerca de la gestación y el nacimiento, pero de momento solo significa que de vez en cuando te dolerá el vientre. Seguro que últimamente te encontraste mal y te sentiste inquieta e incluso sufriste calambres, ¿verdad? Sí, es lo que le sucede a la mayoría. Para aliviarlos, lo mejor son los baños de asiento con hierbas que reducen los calambres y también las infusiones calmantes, el calor y el descanso. Los dioses, en su saber infinito, lo han dispuesto así para nosotras las mujeres y hemos de someternos a ello. Cuando hayas sangrado tres veces ven a verme. Entonces te diré más cosas.

Cuando Aisha desató la cabra, cogió la cesta y emprendió el camino hacia Mogador, Mirijam también se puso de pie y contempló las esponjitas que sostenía en las manos. ¿Acaso todo iría bien? ¿No estaba maldita ni sufría una grave

enfermedad? Le hubiera gustado mucho dar crédito a las palabras de Aisha.

Entonces inspiró profundamente y le pareció que por primera vez en mucho tiempo volvía a percibir el aroma salado del mar, el calor del sol y la blanda arena bajo los pies.

Alí el-Mansour sonreía. Hacía poco su hija le había preguntado lo siguiente:

—¿A qué se debe que a ambos nos agrada tanto vivir en Mogador?

Para él, la respuesta era obvia, sobre todo en una noche como esa.

—Ambos nacimos en puertos, tú en Amberes, yo en Génova. Un puerto nos resulta profundamente familiar y con todo lo que ello supone, a saber.

Por ejemplo: la habitación de la torre situada cerca del puerto estaba como hecha a medida para ellos. Él podía observar el clima, estudiar el curso de las estrellas u observar el ajetreo del puerto. Azîza también adoraba el luminoso recinto y el magnífico panorama que ofrecía. A menudo se sentaba ante la mesa, ponía al día sus libros y se dejaba distraer una y otra vez por la vista a través de las ventanas.

Como siempre, también esa noche el viento barría la costa y la ciudad, y penetraba a través de las ventanas abiertas de la habitación de la torre. Siempre soplaba el viento en Mogador. Un día en forma de suave brisa, el siguiente como tormenta que arremolinaba el polvo de las callejuelas. Podía soplar tanto desde el mar como desde el desierto y según el lugar donde había cobrado fuerza, el aire sabía a sal y transmitía los chillidos de las gaviotas o el cálido aliento del Sahara. A ellos se sumaba el permanente rumor de las olas que rompían contra las rocas y la playa, y blancas coronas de espuma cubrían el mar.

Sí, les gustaba estar allí. Se habían instalado, él dedicado a sus intentos de elaborar un buen color púrpura a partir de los *Murex*, y Azîza dedicada a sus alfombras. Vivían en un lugar agradable y confortable, llevaban una vida muy tranquila. Sin embargo, algo corroía a Azîza y le impedía alcanzar una paz interior, su *abu* lo notaba perfectamente. ¿Qué la inquietaba e impedía su sosiego? No tenía sentido hacerle preguntas, ya lo había comprobado. Frente a él, ella hubiese negado que algo no fuera bien en tono tajante; no obstante, su preocupación era casi tangible, pero cuando se trataba de temas personales, Azîza solía mostrarse esquiva.

Era una noche ideal para observar las constelaciones de los planetas y las estrellas, porque la luna solo saldría tarde y él podía comprobar la situación de las constelaciones con gran claridad. Alí el-Mansour observaba los cuerpos celestes con mucha atención, realizaba cálculos y comparaciones, y tomaba notas. Después volvía a consultar sus efemérides, volvía a comprobar los ciclos de los cuerpos celestes y estudiaba las tablas. El resultado de sus cálculos era inequívoco: Júpiter, el planeta beneficioso, ya se aproximaba a su adversario, el malvado Saturno. Aunque el tiempo necesario para una gran conjunción aún no había transcurrido, al parecer ya se notaban sus efectos.

Volvió a comprobar los documentos y, efectivamente, se anunciaba un cambio. No obstante, se trataba de una conjunción de significado menor, instalada en el signo de Acuario. Este representaba el cambio, una especie de metamorfosis, pero no una catástrofe. Al menos resultaba tranquilizador, pero como siempre, las estrellas no decían nada acerca de la clase de cambio ni sobre a quién afectaba.

¿Acaso guardaba una relación con sus intentos exitosos con los colores? Estaba satisfecho consigo mismo y con los resultados, sobre todo cuando pensaba en el brillante color rojo que hoy había logrado crear por primera vez. ¡Era un color magnífico, realmente digno de un rey! No podía ser mejor. Quizá las estrellas le indicaban que continuara experimentando...

Los otros cambios que le aguardaban no eran ningún secreto, a fin de cuentas empezaba a notar su edad cada vez más. Incluso los movimientos habituales le causaban dolor o suponían un esfuerzo, por no hablar de una cierta tendencia generalizada a sufrir achaques. Pero las estrellas no habían indicado una enfermedad o la muerte.

Si había interpretado correctamente el mensaje de los cuerpos celestes —los cambios esperados—, estaban relacionados con Azîza. ¿Es que aún seguía corriendo peligro? La muchacha, ¿le sería arrancada pese a todas las precauciones tomadas? Al menos allí en Mogador estaba a salvo del pachá. Los somalíes no habían logrado ejercer su influencia también en Al-Maghrebija, toda la zona costera estaba bajo el dominio de los portugueses, a quienes les hubiese agradado extender su influencia a las ciudades de más allá, tierra adentro. Que allí el pachá osmanlí no tuviera ni voz ni voto era positivo, puesto que no solo él sino sobre todo la muchacha necesitaban estabilidad, tranquilidad y un buen lugar donde vivir. Y entretanto lo habían conseguido, gracias a Alá.

Alí el-Mansour suspiró. Quizá se trataba de algo completamente diferente, por ejemplo de un nuevo ataque de los berberiscos, como el del año pasado. En aquel entonces, diversas tribus berberiscas —los antiguos amos de esas comarcas— se rebelaron contra los portugueses e intentaron reconquistar el dominio de la región. Los gobernantes portugueses lograron reprimir la rebelión mediante la violencia, lo cual no les resultó difícil teniendo en cuenta la ausencia de unidad entre las tribus participantes y la superioridad de las armas portuguesas. Sin embargo, las llamas de aquella rebelión no se habían extinguido, más bien al contrario. Se murmuraba que berberiscos de la gran dinastía saadí, aguerridos hijos del desierto oriental, participaban en el asunto. Al parecer, nadie poseía una información detallada, pero tal vez, debido a que él era un extranjero, no confiaban en él. Él al menos consideraba que el desagrado por el dominio extranjero seguía hirviendo a fuego lento y en secreto.

Desde luego que comprendía la ira de los orgullosos pueblos berberiscos, que

solo vivían según las leyes de la naturaleza y la palabra de Alá. Se denominaban a sí mismos *imazighen*, lo que significaba seres humanos libres, y desde tiempo inmemorial llevaban una vida nómada como comerciantes y criadores en el desierto auténticamente hostil. No estaban dispuestos a obedecer las órdenes de nadie. A ello se sumaba que la ocupación ilegal de otros tramos de la costa por parte de un rey extranjero —que encima era cristiano— reducía su negocio y sus actividades de manera considerable. ¿Quién necesitaba una administración portuguesa para vender ovejas, cabras, camellos y algunos fardos de lana? ¿Cómo osaban los extranjeros establecer los precios de las mercaderías, cobrar aranceles y así estropear el comercio libre? ¿Y quién, por Alá, necesitaba su ejército al que obligaban a incorporarse a los hijos de las tribus? ¿Por qué debían ser precisamente los portugueses quienes prescribían o incluso prohibían el tráfico fronterizo con sus vecinos? Al fin y al cabo, ¿acaso sabían cómo era la vida de un nómada criador de ganado? Además, ¿para qué servían las fronteras? ¡De todos modos, nadie podía ver esas arbitrarias líneas negras que aparecían en sus mapas de papel! Esos eran más o menos los argumentos que no dejaba de oír desde su llegada a Mogador.

No obstante, algunos de sus propios jefes de tribu, en su mayoría príncipes con ansias de poder y de obtener ventajas personales, habían cerrado acuerdos secretos con los portugueses, lo cual podía causar más alborotos. ¿Debía preocuparse por ello? Aborrecía las rebeliones y las luchas y le daba igual los motivos que las impulsaban. Pero dejó su inquietud a un lado.

Desde que el *capitão* Antonio, el comandante de la fortaleza de Mogador, lo había introducido a la estrategia del *shatranj*, el ajedrez árabe al que regularmente se dedicaban a jugar, se entendía de manera excelente con el portugués y estaba convencido de que este lo advertiría si fuera necesario.

Pero además de sus buenos contactos con la administración portuguesa, también debía contar con el beneplácito y la mano de obra de los berberiscos del lugar, puesto que los arrogantes portugueses no le proporcionaban hierbas curativas, moluscos *Murex* ni lana; llevaban el uniforme de un remoto rey, entrenaban a sus soldados y hacían prácticas con sus armas. En cambio, él los necesitaba a ambos, tanto a los portugueses como a los berberiscos y resultaba imprescindible evitar caer entre ambos frentes.

El anciano médico guardó sus aparatos y sus tablas, cerró la puerta de la habitación de la torre con llave y descendió lentamente las escaleras.

Una vez llegado abajo, se detuvo un instante ante la puerta del taller de alfombras y se asomó al oscuro recinto. Olía ligeramente a lana mohosa. Allí, a ras del suelo entre las grandes piedras labradas de los cimientos de la torre, Azîza había montado sus telares. Bajo la dirección de dos expertas mujeres berberiscas aprendió a tejer

tapices poco después de su llegada a la ciudad y más adelante hizo montar dos y luego cuatro telares y empezó a elaborar alfombras con la lana proporcionada por los nómadas. Entretanto, todos los días acudían catorce muchachas y trabajaban para Azîza, orgullosas de ganar su propio sustento.

Le daba una gran alegría observar con cuánta inteligencia Azîza dirigía su taller y lo mucho que disfrutaba de la tarea.

Mientras él aún realizaba experimentos con las recetas de colores, ella ya había puesto en práctica la idea de incorporar lana de colores a los acostumbrados tonos naturales de la lana procedente directamente de los animales. En los alrededores abundaban las plantas tintóreas, así que junto a la tintorería donde elaboraba la púrpura, también montó un lugar dedicado a la decocción de plantas, donde teñían de diversos colores la lana hilada de los nómadas y Azîza la tejía y la convertía en abrigadas mantas y blandas alfombras. En ciertas alfombras incluía motivos anudados o bordados, arabescos y zarcillos, creando piezas muy especiales. Habían encontrado un comerciante de Santa Cruz de Agúer que se encargaba de venderlas en todo el mundo. Sí, eso también había resultado bien.

Al abandonar el taller de las alfombras, se apoyó pesadamente en su bastón. La ciudad ya dormía y solo se oía el canto de los grillos cuando se dirigió a su casa a través de las callejuelas iluminadas por la luna. Seguro que Azîza lo estaba esperando y le había preparado un tentempié. Sabía que le agradaba cuando regresaba a casa tarde por la noche.

Como siempre cuando pensaba en su hija, lo embargaba la alegría. ¡Cuánto disfrutaba de la presencia de la inteligente muchacha y cuánto le gustaba enseñarle lo que él consideraba importante! Tenía la impresión de que ese era su deber en la vida. Para sus adentros seguía llamándola «mi pequeña», aunque entretanto se había convertido en una joven mujer...

Se detuvo y de pronto comprendió la clase de cambios anunciados por las estrellas.

—*Binti?* —gritó cuando entró en la casa—. ¿Estás ahí?

—Estoy aquí, *abu*.

El viejo entró en su estudio, una habitación impresionante revestida de madera lustrada, que además disponía de un cielorraso artesonado y una chimenea. Azîza estaba sentada bajo una lámpara de aceite, inclinada por encima de un tratado relacionado con plantas tintóreas; entonces se puso de pie para ayudarle a quitarse la capa.

Durante los dos últimos años Azîza había crecido con mucha rapidez, pero sin

perder su delicada figura. Sus movimientos aún eran gráciles como los de una gacela y su conducta irreprochable, tal como hubiera deseado un padre. Pero lo más importante era que seguía siendo su hija, su hija regalada, aun cuando al parecer se estaba convirtiendo en una mujer.

Cuando abrió los ojos, Mirijam se percató de que algo había cambiado durante la noche. La nerviosidad y la tensión interior de los últimos tiempos habían desaparecido y de pronto se sentía tranquila. Estaba tendida de espaldas, con una mano bajo la cabeza y la otra apoyada en el vientre, observando cómo la luz del sol naciente iluminaba la alcoba. De repente recordó que esa noche había vuelto a soñar con la mujer de cabellos oscuros, esa mujer que suponía que era su madre. No recordaba detalles del sueño, pero sí sus brazos tendidos, su cariñosa sonrisa y la felicidad que irradiaba.

Decidió que hoy abriría el paquetito de su madre. No era una novia, desde luego, y tampoco se encontraba en apuros, pero sentía que había llegado el momento de averiguar qué contenía ese curioso legado. ¿Acaso Aisha no había dicho que ahora se había convertido en una mujer con los correspondientes derechos y deberes? Seguro que su madre se refería a esa cierta madurez cuando dispuso que solo debiera leer el contenido cuando fuera una novia.

Ya era de tarde cuando, por fin, Mirijam dispuso del tiempo necesario. Entró en la habitación de la torre; en los estantes reposaban sus bocetos de alfombras, los libros de contabilidad y también las tablas y apuntes astrológicos del *abu* Alí. Allí, en el cajón de la mesa de trabajo y protegido del polvo, guardaba su tesoro.

Había sacado el paquetito del cajón bastante a menudo, lo había contemplado, sopesado y hasta olisqueado con la esperanza de percibir un hálito del aroma de su madre. A veces se limitó a rozarlo con los dedos, otras, presa de la curiosidad, estuvo a punto de abrirlo. Pero siempre lo había vuelto a guardar; sin embargo, ese día, tras el sueño de la noche anterior, se sentía preparada.

Sostuvo el paquete en la mano, el corazón le palpitaba con fuerza, la cubierta protectora de cabritilla era un tanto quebradiza al tacto y también el cordel de seda que la sujetaba. Entonces recordó a su padre, que la había bendecido en su lecho de muerte, y también a Lucia, su bella hermana, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Desató el nudo, desplegó el cuero y se encontró con un pellejo de cerdo sellado. Mirijam cogió un cuchillo y, con mucho cuidado, lo deslizó por debajo de la laca roja. Llevaba el sello de su padre y no quería romperlo.

Pero entonces se decidió y el sello se rompió. Con manos temblorosas, Mirijam cogió los papeles escritos muchas veces plegados, los retiró del envoltorio resistente al agua y los depositó en la mesa. Lo primero que le llamó la atención fue la letra prolija y recta, las líneas muy juntas y la ausencia de tachaduras o manchas de tinta. Por lo visto, su madre había sido una escribiente muy experta.

Las páginas estaban numeradas y, al parecer, se trataba de cuatro escritos individuales. El papel despedía un aroma suave, apenas perceptible, pero Mirijam creyó recordar ese aroma y, conmovida, pensó que las hojas que su madre había sostenido entre las manos hacía tanto tiempo ahora reposaban en las suyas.

24 de octubre de 1506

Dice Gesa —empezaba el primer escrito sin ninguna clase de encabezamiento— que antes de que empiece el verano acunaré a un niño. ¡Deseo ansiosamente que tenga razón! ¡Y justo ahora Andrees está de viaje! Así que como por desgracia no puedo compartir mi alegría con mi esposo, al menos la dejaré escrita.

Desde que viajé hasta allí desde la escasamente amable Inglaterra, he recobrado la felicidad. Andrees es realmente un buen marido y yo he jurado que seré una buena esposa y una buena madre para su Lucia. ¡Oh, sí, cumpliré dicha promesa con todas mis fuerzas! Y también quiero agradecerle al Eterno por su misericordia y por el niño que llevo en mi seno, en caso de que Gesa no se haya equivocado al interpretar los indicios. Pero ¿por qué habría de equivocarse? Un hijo y heredero para mi buen Andrees o una pequeña niña que no se aparte de mi lado... ¡mi corazón brinca de alegría! A lo mejor el tiempo de los reveses ha pasado para siempre y el Eterno me concederá la felicidad de dar a luz a un niño hermoso y sano. Rezaré para que sea así. Por primera vez en muchos años me siento cuidada y protegida. ¡Cuánto se hubiese alegrado mi pobre madre al recibir esta noticia y también mi amado padre, que se ven obligados a descansar solitarios en la fría tierra inglesa, lejos de sus seres queridos!

Allí acababa ese escrito, tan abruptamente como había empezado. ¿Es que su madre solo añadió las cartas más adelante?

Mirijam se acercó a las ventanas y contempló el mar. La felicidad de su madre al saber que esperaba un niño la conmovía, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de ella misma, cuya vida y desarrollo había causado dicha alegría. ¡Ojalá pudiera recordar a su madre!

Amberes, 10 de marzo de 1507

Aún guardo cama. Pero de día casi no suelo tener fiebre, por eso he decidido recordar lo ocurrido en aquel entonces y apuntarlo, aunque sea esta

única vez. Pero después daré por cerrado ese capítulo de manera definitiva. Y entonces te veré crecer y te cuidaré con el corazón alegre y sin pesadumbre. Así que lo apunto para ti, hijo mío, o para ti, hija mía, para que también conozcas ese lado de tus orígenes. Tu padre no sabe mucho al respecto, apenas le conté algunas cosas. El pasado todavía resulta demasiado doloroso y en realidad desearía poder olvidarlo por fin. Pero ahora me he obsesionado con la idea de apuntar todo y confiarlo a este papel, por si acaso algo me sucediera. Porque creo que jamás reuniré la fuerza suficiente para contarte esa espantosa historia cara a cara, querido hijo o hija.

Hijo o hija mía, el destino de mi familia no es nada extraordinario como quizá pienses tras esta introducción, al contrario: es el que han corrido muchas familias de nuestro pueblo. Sin embargo, merece la pena que no caiga en el olvido. No olvides tus raíces, forman parte de ti al igual que las raíces que has heredado de tu padre.

Comenzó en Granada, poco después de la fiesta del Janucá del año 5252 según el calendario judío (diciembre de 1492 según el calendario cristiano). Ya hacía doscientos años que los gobernantes cristianos luchaban por expulsar a los sarracenos de España y durante esos años sus ejércitos se habían abierto paso hacia el sur conquistando una ciudad tras otra. Entretanto, la reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón habían alcanzado Andalucía en su sangrienta campaña por reconquistar España, y hacía semanas que asediaban la ciudad. Antes de esa época, Granada era una bella ciudad de magníficos edificios, palacios, universidades y jardines, y desde hacía generaciones también el hogar de los Cohn. Tanto judíos como cristianos se las arreglaban para ganarse bien la vida bajo los gobernantes musulmanes porque estaban protegidos por el emir. Pero entonces, a medida que los cristianos se hacían poco a poco con el poder y toda España debía volver a pertenecer a la Iglesia católica, se volvieron las tornas. Los seguidores de Mahoma y nosotros, los judíos, sufríamos cada vez más debido a los caprichos y los actos de venganza cometidos por los cristianos en la ciudad.

Recuerdo muy bien aquel día que pasé junto a mis amigas jugando y conversando. Fue el último día feliz que pasé en mi ciudad natal de Granada, antes de que mi vida y mi familia fueran arrastradas por el remolino de la desgracia. Esa noche celebramos el sabbat en el seno de la familia: mi familia estaba formada por Sarah Cohn, mi madre, que le daba una gran importancia a la escritura y la lectura, por Samuel Cohn, mi padre, quien le daba mayor importancia al comercio y a sus negocios, y por mi pequeña y bonita hermana Rebeca, que acababa de celebrar su segundo cumpleaños. También el tío Jakob Cohn, el hermano de mi padre, pertenecía a la familia: un hombre

cordial que solía narrar maravillosas historias. Por desgracia, el lado derecho de su rostro estaba deformado por un enorme lunar, y ello suponía por así decir que tenía dos caras: una clara y otra que infundía terror. Quizá debido a ello no había encontrado una mujer y vivía en casa con nosotros.

Aquella noche un edicto de Toledo que nos atemorizó a todos reposaba en la mesa. No quiero repetir las palabras para evitar que el odio abismal que transmitían me afecte, pero incluyo la hoja de papel para que tú, querido hijo o hija, sepas a qué me refiero.

La hoja reposaba en la mesa ante Mirijam; el papel estaba amarillento, arrugado y en parte desgarrado, pero aunque la tinta había empaldecido y tuviese un extraño aspecto oxidado, el texto aún resultaba perfectamente legible:

In Nomine Domini Nostri Jesu Christi

Mediante esta declaramos que, conforme a la ley, los así llamados conversos, descendientes de impuros ancestros judíos, han de ser considerados infames y viles, no aptos e indignos de ocupar un puesto oficial dentro de los límites de la ciudad de Toledo y su jurisdicción, y tampoco de obtener un feudo ni de certificar un juramento o un documento o ejercer cualquier poder o autoridad sobre los auténticos cristianos pertenecientes a la Santa Iglesia Católica.

Dado en Toledo en el año del Señor 1490.

Anteriormente, el papel había ostentado un sello, aún se veían huellas de la cera. Y bajo el sello ponía: «Gran Inquisidor de los reinos de Castilla y Aragón».

¡Cuánta hostilidad y crueldad transmitían esas palabras!

Mirijam calculó que el decreto fue publicado dos años antes de que los Cohn huyeran. Era de suponer que poco después aparecieron decretos similares en Granada tan llenos de odio como ese.

¿Por qué su padre le había hablado tan poco de su madre? Lo único que siempre manifestaba era el gran parecido entre madre e hija. Una y otra vez le había dicho lo mismo: «¡Eres como Lea! ¡Eres la viva imagen de tu madre!», sin dejar de menear la cabeza. Al menos una vez Gesa le dijo que su madre no solo cargó con ella cuando era una recién nacida sino también más adelante, que le cantaba canciones, vigilaba cada paso que daba y la cuidó como la niña de sus ojos hasta pocos días antes de morir.

Como ya había hecho muchas veces, Mirijam trató de imaginar la sensación de ser acunada y sostenida por unos cálidos brazos maternos. De pronto ese enorme

hueco en su vida le resultó más doloroso que nunca y ansió la presencia de su madre, de su consuelo y amor, de su comprensión e interés.

Mirijam apartó la hoja de papel con la intención de mostrársela al *abu* más adelante y volvió a coger la carta: quería saber qué había ocurrido después y cómo su familia logró ponerse a salvo.

Amberes, 12 de marzo de 1507

Querido hijo o hija: tras un día de pausa hoy emprendo viaje. La rendición estaba al caer y aunque nadie lo manifestaba, sabíamos que en Granada nuestra vida corría peligro. Hacía semanas que en la ciudad circulaban rumores que afirmaban que todos los judíos y musulmanes debían convertirse al cristianismo y hacerse bautizar, de lo contrario sus bienes irían a parar a manos de la Iglesia y ellos serían expulsados de la ciudad. Sin embargo, a aquellos que tras ser bautizados seguían preparando alimentos kosher y celebrando el sabbat, corrían el peligro de ser torturados por la Inquisición y después quemados en la hoguera. ¡Ya había espías recorriendo la ciudad y atisbando a través de las ventanas! Además, ¿qué seguridad ofrecía el bautizo a juzgar por lo que ponía en el edicto de Toledo?

Hacía tiempo que los negocios de mi padre no marchaban bien. Aquel invierno escaseaban los cereales y las verduras, porque las tropas enemigas habían incendiado los campos durante la cosecha y los precios aumentaban. Lo único barato era la carne, debido a que habían carneado a miles de cabezas de ganado para evitar que los soldados del rey se apoderaran de ellas. Las calles ya no eran seguras; por todas partes habían pegado notas en las paredes donde ponía que los judíos habían pactado con el diablo. El más temido era Tomás de Torquemada, el nuevo Gran Inquisidor, ¡aunque quizás haya olvidado que él mismo era un converso con una abuela judía, los judíos de Granada siempre lo recordarán! En Toledo y en Zaragoza, en Valencia y en Teruel ardían las hogueras de la Inquisición, Gibraltar, Ronda y Málaga ya habían sido conquistadas por los ejércitos cristianos y se hablaba de los puertos desde donde los musulmanes procuraban huir a Fez o alcanzar el exilio africano en algún otro lugar.

Mirijam recordó las historias contadas por muchos miles de artesanos que habían huido a Al-Maghrebija para escapar de la persecución de los reyes españoles. En la ciudad de Fez, a lo largo de toda la costa y también allí en Mogador vivían los expulsados y sus descendientes: plateros, talladores, carpinteros y taraceadores que antaño tuvieron que abandonar sus negocios en el califato de al-Ándalus y que se pusieron a salvo allí, en la costa africana.

Esa noche se inició nuestra huida. Empaquetamos apresuradamente unas

cuantas cosas y, para no ser descubiertos, abandonamos la casa de manera individual. Cada uno de nosotros recorrió a solas las callejuelas y los huertos hasta el camino donde aguardaban los criados con los mulos. Cabalgamos hasta la finca de nuestra familia, donde sin embargo no estábamos mucho más a salvo que en la ciudad y debido a ello volvimos a emprender viaje dos días después. Tras prolongadas discusiones —mi madre quería ir a Fez, donde ya se habían instalado sus primos; en cambio, mi padre quería huir a Inglaterra y el tío Jakob a Portugal, donde supuestamente no existía la Inquisición—, emprendimos viaje hacia el noroeste, en dirección a Inglaterra.

Como los rayos del sol que se ponía la deslumbraban, Mirijam cambió de lugar; aunque el corazón le palpitaba como un caballo desbocado y la ansiedad le había secado la boca, tenía que seguir leyendo.

Teníamos un guía llamado Joaquín Valverde. En Granada era un conocido contrabandista que, junto con sus compinches, logró superar el bloqueo una y otra vez, aprovisionando la ciudad con cereales. Además, ayudaba a personas de todas las religiones a huir a Málaga, donde aguardaban las naves que se dirigían a África. Se hacía pagar muy bien por su ayuda y, cuanto más se aproximaban los ejércitos cristianos a la ciudad y cuanto mayor era el miedo de la gente, tanto más se encarecía aquella. ¡A él lo único que le interesaba era el dinero! Además de Joaquín, también nuestro viejo mozo de cuadra Ibrahim cabalgaba con nosotros, de modo que en total éramos siete: Joaquín, mi padre y el tío Jakob cabalgaban en cabeza, detrás de ellos mi madre con Rebeca sentada en su regazo y yo; Ibrahim montaba en la retaguardia con los mulos y el equipaje. Cabalgábamos de noche y de día nos ocultábamos para evitar los grupos de soldados castellanos. De camino nos alcanzó la noticia de un auto de fe celebrado en Toledo, ¡durante el cual habían quemado vivos a judíos y musulmanes! Todos los habitantes de la ciudad fueron obligados a presenciarlo por orden de la reina. Decían que en Toledo para los judíos no había aire para respirar ni agua de beber. A partir de ese momento, mi madre cedió y ya no se opuso a la huida.

Mirijam se estremeció; incluso después de tantos años creyó notar la amenazadora desgracia que se cernía sobre esas personas. Dejó la carta a un lado y se acercó a la ventana.

Ella también tuvo que huir, pero por numerosos motivos aquello fue diferente. En aquel entonces solo había vivido en Tadakilt durante poco tiempo, pero la familia

Cohn se vio obligada a abandonar su amado hogar familiar. Además —y en los buenos momentos estaba convencida de ello y también entonces—, quizá la amenaza que suponía el pachá no había sido muy grande, fuera lo que fuese que había supuesto el *abu* Alí. ¡En cambio, a los Cohn los había aguardado la hoguera!

Estaba realmente agradecida por haber encontrado algo parecido a una familia en el *abu* Alí, dado que su padre, su madre y su hermana ya no estaban con vida. Su madre se había criado en una auténtica familia, con sus padres Sarah y Samuel Cohn, con su hermana Rebeca y su tío Jakob, en todo caso hasta que huyeron...

De pronto una idea se le cruzó por la cabeza. ¿De qué lunar del tío hablaba la carta? En todo caso, el abogado Cohn, el tío que ella conocía, no tenía semejante lunar en la cara. ¿Es que algo así podía desaparecer por sí solo, mediante la aplicación de un ungüento o una hierba curativa? Nunca había oído hablar de nada parecido.

De todos modos, ese tío la inquietaba. Se negaba a creer en su culpa, pero ¿y si las acusaciones del *abu* fueran fundadas? Sin embargo, si se trataba de una persona totalmente distinta, de alguien que solo se hacía llamar Jakob Cohn sin serlo de verdad, casi suponía un consuelo, porque en ese caso podía dejar de pensar constantemente en que un miembro de su propia familia había urdido un complot contra ella y era el culpable de la muerte, el terror y el horror.

Con gesto vacilante, como si sospechara lo que vendría, cogió la carta siguiente.

Amberes, 13 de marzo de 1507

Querido hijo o hija: ahora ya eres un adulto y conoces las virtudes y los defectos de las personas. No obstante, espero que nunca te enfrentes a la maldad con forma humana. En cambio, yo debo dar testimonio contra Joaquín Valverde de Granada, que se convirtió en asesino y destruyó mi familia.

La letra ya no era pulcra, al parecer, su madre había escrito a toda prisa y esas partes borroneadas en el papel debían de ser las huellas de las lágrimas caídas sobre la hoja. ¿Acaso eran el producto de sus recuerdos? Mirijam siguió leyendo.

Nos ocultábamos de día, dentro de lo posible en cuevas o en apartadas quebradas y valles. Allí podíamos descansar y a menudo incluso encender una hoguera para entrar en calor y cocinar algo. Pero durante la noche recorríamos subrepticamente la comarca a lo largo de senderos solitarios o campo a través. Una noche, poco antes de ponernos en marcha, quise ayudar a Ibrahim a envolver los cascotes de los animales con telas para evitar que hicieran ruido.

Pero en lugar de Ibrahim me topé con Joaquín Valverde, nuestro guía: estaba oculto tras un árbol y espiaba a mi tío Jakob, que en ese momento dividía nuestro dinero en dos partes iguales junto con mis padres y luego ocultó su parte bajo sus ropas y entre su equipaje.

Quería dirigirse al norte, para trasladarse a Francia o Flandes por tierra; no obstante, nosotros seguiríamos cabalgando hacia el oeste con el fin de embarcarnos en la costa portuguesa en una nave que nos llevaría a Inglaterra sanos y salvos.

¡Juro que lo que entonces ocurrió es la pura verdad, vi el horror con mis propios ojos!

Joaquín se arrastró hasta mi tío desde atrás, le rodeó el cuello con una *garotte*, un lazo de alambre, y lo asfixió. Después lo arrastró hasta un hueco, lo cubrió con piedras y hojas y le quitó su oro y los demás objetos de valor. Para acabar, simuló que hubo una lucha removiendo la tierra, arrojando su gorro y su capa desgarrada tras unos arbustos y rompiendo unas cuantas ramas. Después cogió nuestros caballos y las mulas con todo el equipaje y se marchó. Ibrahim no apareció y estoy segura de que Joaquín también acabó con él.

Ya no teníamos caballos, ni mulas, ni equipaje, así que continuamos la huida a pie, en la dirección en la que suponíamos que se encontraba la costa portuguesa. Rebeca tenía fiebre y lloraba y debíamos tener cuidado de no ser descubiertos por los soldados cristianos. Mi padre llevaba a Rebeca en brazos; la niña seguía llorando y a veces caía en una especie de delirio. De repente oímos un tintineo metálico y los pasos de caballos y vimos acercarse unas farolas: era una patrulla formada por ocho jinetes armados de picas y espadas cortas. Nos escondimos entre los matorrales sin atrevernos a respirar; entonces Rebeca soltó un gemido y los soldados se aproximaron. Ya creíamos que todo había acabado, ¡nos descubrirían en cualquier momento! Mi padre acunó a Rebeca y la apretó contra su pecho para acallar su llanto. Los soldados no nos descubrieron. Cuando se marcharon, Rebeca estaba muerta: debido al esfuerzo desesperado de proteger a su familia, mi padre la había asfixiado.

Mirijam se cubrió la cara con las manos. Tardó mucho tiempo en dejar de llorar y recuperar el oremus. Presa del espanto, terminó de leer la carta.

En Portugal, otros judíos nos ocultaron y nos cuidaron hasta encontrar un barco que nos llevara a Inglaterra. Pero allí mi familia tampoco halló la paz.

Mi madre nunca se repuso del horror experimentado, no dejaba de arañarse la cara y desgarrar sus vestidos. Y hasta el fin de sus días mi padre jamás volvió a pronunciar una palabra, ni una. Ambos murieron en el manicomio. Yo fui a parar a la casa de una familia bondadosa y me crie junto a sus hijos.

¡Mediante esta carta maldigo a Joaquín Valverde por lo que nos hizo! ¡Lo maldigo por toda la eternidad!

Ahora te lo he contado todo, mi hijo o hija bienamada, sangre de mi sangre y descendiente de esta maltratada familia.

Hoy mismo desplegaré una nueva página del libro de mi vida y procuraré vivir contigo y para ti, despreocupada y libremente. Pero pondré estas hojas a buen recaudo y dejaré de pensar en su contenido. Cuando te hayas convertido en un hombre, hijo mío, o en una novia que se dispone a fundar su propia familia, hija mía, solo entonces estas hojas volverán a salir a la luz, porque entonces querrás conocer tus orígenes.

Espero y deseo que la alegría y la suerte caractericen tu vida y que ningún peligro te aceche. Haré lo que pueda para que sea sí.

Presa de la conmoción, Mirijam apoyó la cabeza en la ventana y deslizó la mirada por el puerto y la bahía. Más allá, rodeadas de una corona de espuma, casi ingravidas e iluminadas por la luz dorada del ocaso, resplandecían las islas Púrpuras.

Mogador, 1525

Dos botes se abrían paso a través de la corona de espuma que rodeaba la isla y atracaban en el muelle. Mientras la tripulación cargaba cestas de mimbre llenas de lana de colores en los botes y las estibaba, las trabajadoras recogían más madejas de lana de los secaderos instalados en los cobertizos abiertos, las depositaban en las cestas y las transportaban hasta el muelle. En el otro extremo del terreno los trabajadores cubrían un cobertizo recién levantado con esterillas de hojas de palmera y las sujetaban cuidadosamente. Las voces de los hombres surgían desde el muelle, las muchachas contestaban entre risas y en alguna parte resonó una pequeña canción.

Mirijam sonrió, la actividad la complacía. Estiró su espalda dolorida, se quitó el cabello de la frente con el antebrazo y recorrió el taller con la mirada.

Esa isla, la mayor de ambas, llevaba el nombre de isla Púrpura debido a la presencia de la tintorería, mientras que la isla vecina —que no solo era más pequeña y rocosa— por motivos evidentes llevaba el nombre de isla de los Moluscos. Allí, junto a un sólido muelle, habían instalado diversos pilones en los que almacenaban las provisiones de moluscos. Los únicos otros indicios de presencia humana eran una choza y un par de muros de piedra.

Por desgracia, en las islas no había árboles que proporcionaran un poco de sombra: el viento impedía que los escasos árboles que lograban arraigar entre las piedras y las rocas superaran la altura de estas. Todo parecía encogerse para protegerse del viento, también los árboles.

Pero entretanto, en la isla Púrpura cuatro casas blancas y bajas y diversos cobertizos abiertos destinados al secado y la preparación de los moluscos ofrecían bastante protección del sol, cuya intensidad resultaba fácil de subestimar debido al viento constante. Los muros de rocas, hábilmente contruidos con las grandes piedras y rocas pulidas por el mar que rodeaban toda el área de unos cuatrocientos pies en torno a los cobertizos, servían de rompevientos. Sin embargo, Mirijam había hecho disponer las nuevas cubas junto a las viejas en un lugar siempre barrido por el viento. Hacía años que el *abu* Alí había escogido ese lugar, puesto que allí la permanente corriente de aire no solo servía para refrescar, sino también para arrastrar el permanente pestazo generado por la elaboración de la púrpura mar afuera.

—*Lâlla Azîza*, has de ir a casa, el *sherif* te aguarda —dijo Hassan, el joven capataz; se acercó desde el muelle y la saludó con la mano.

Quizás el *abu* quería que le leyera; en realidad era un hombre paciente, pero

últimamente se enfadaba muchísimo debido a las diversas quejas y protestaba contra las restricciones que suponían. Pasar unas horas con él, leerle y comentar lo leído siempre lo distraía y le levantaba el ánimo.

Mirijam dejó la larga espátula a un lado, echó un vistazo al caldo que borboteaba en la cuba y la cubrió con una tapa de madera. Después ella también lo saludó con la mano.

—Ahora voy —dijo.

Por fin la decocción había alcanzado la temperatura correcta; además del proceso de secado, era el factor determinante para lograr el color deseado. Mirijam había dedicado muchas horas a vigilar la cuba recién instalada, había revuelto la mezcla, reducido la temperatura y recogido los trozos de moluscos que flotaban en la superficie hasta que casi no pudo seguir moviendo los brazos. Resultaba importante revolver de manera regular y permanente y no interrumpir el ritmo, de lo contrario uno podía cansarse demasiado pronto. Cansarse, como su *abu* Alí.

—¡Mis viejas articulaciones son un fastidio! —protestaba en tono malhumorado cuando sus achaques lo obligaban a descansar—. Primero fueron mis ojos, pero ahora también las piernas. ¡Si al menos se me pasara la tos! ¡Aunque es la voluntad de Alá que notemos nuestra edad en el cuerpo, resulta muy molesto cuando hay que trabajar!

Por eso, y en los dos últimos años, ella se había hecho cargo casi por completo de las numerosas tareas del médico. Mientras él la aconsejaba y seguía dedicándose a sus investigaciones en la medida de lo posible, ella no solo se encargaba del taller de alfombras sino también de la tintorería.

Mirijam echó un último vistazo al fogón. Durante tres días con sus noches, bajo las cubas redondas construidas de ladrillos debía arder una lumbre constante. Cada cuba albergaba casi tres *malter* de líquido y eran tan grandes que ella y sus trabajadoras a duras penas lograban alcanzar el fondo con sus largas espátulas. Durante tres días más, las mujeres debían realizar el duro trabajo consistente en revolver la mezcla y recoger los restos de moluscos que flotaban en la superficie de la decocción de orina. Revolver suponría un esfuerzo cada vez mayor porque la decocción aguachenta original poco a poco se convertía en una espesa masa amarillenta. Solo tras obtener ese concentrado se podía seguir trabajando.

En cambio, todos los demás colores necesarios eran muy fáciles de elaborar. No solo porque resultaba sencillo obtener las plantas necesarias, también el tinte casi no suponía un esfuerzo. El único auténtico desafío consistía en obtener el colorante púrpura, pero al menos el *hakim* consideraba que el resultado hacía que mereciera la pena.

La púrpura solo se utilizaba para teñir la fina capa inferior de la lana obtenida de camellos y ovejas o —pero eso era raro— madejas de hilos de seda. Después de hilados, los ásperos pelos superiores de los animales eran teñidos con colorantes

vegetales o conservaban su color natural: todos los matices del blanco, del pardo y del negro. Más adelante, todo ello era utilizado en el taller de alfombras.

Últimamente, el taller de alfombras volvía a proporcionarle grandes alegrías a Mirijam. Gracias a la nueva técnica del anudado sobre una base tejida se obtenían resultados magníficos y por fin lucían los motivos ideados por ella. Por fin se creaban alfombras que se correspondían con lo que ella había imaginado: multicolores, llenas de movimiento y belleza. Había contratado más tejedoras y les había enseñado el arte del anudado, así que ya había veinte mujeres trabajando en el taller. Y aunque las berberiscas más viejas seguían frunciendo la nariz, en el fondo ellas también estaban satisfechas con los resultados: sus tradiciones permanecían intactas, dado que los nuevos motivos solo eran aplicados a las alfombras bordadas y anudadas.

Entretanto, en el almacén se amontonaban numerosas mantas y caminos, y también algunas maravillosas alfombras. Algunas eran adquiridas por los portugueses, que enviaban las piezas a su tierra natal; también vendía algunos ejemplares a las caravanas que pasaban por Mogador, pero, en general, las ventas no funcionaban tal como había imaginado el anciano médico, al que le disgustaba ocuparse del negocio. Para sorpresa de Mirijam, él, que de lo contrario era un experto en toda clase de asuntos, era un muy mal comerciante que no sentía interés ni demostraba destreza en las negociaciones relacionadas con la venta.

—El *hakim* aguarda.

La voz insistente de Hassan hizo que Mirijam se apresurara a montar en el bote.

—Este es el *senhor* Alvaréz, hija mía, que vive en Santa Cruz de Aguér, y es el capitán y el propietario de la bonita *Santa Ana* anclada en el puerto. Quiero presentaros a mi hija, *lâlla* Azîza el-Mansour, *senhor* Alvaréz, la tintorera de la púrpura de la que por lo visto ya os han hablado.

—Y solo para alabarla, respetable *sherif* Alí, solo para alabarla. ¡Dicen que vuestra hija obra auténticos milagros!

Debido a sus cabellos revueltos y pegoteados y sus manos mugrientas, Mirijam se sentía muy incómoda; además, sus ropas de trabajo hedían a orina y decocción de moluscos; era de suponer que olía como si acabara de salir de una de sus cubas. Dado el llamado urgente del *abu*, no tuvo tiempo de lavarse y cambiarse.

Permaneció allí, ruborizada hasta las orejas y sin saber qué hacer con las manos.

«Por fin alguien viene a visitarnos y yo recibo a la visita con este aspecto», pensó, enfadada. No obstante, y para su gran sorpresa, la mirada de los ojos azules del capitán Alvaréz era alegre e hizo una profunda reverencia, como si su vestimenta fuera absolutamente normal. Un aroma a mar lo envolvía y su mirada era la más vivaz que jamás había visto. Mirijam volvió a sonrojarse.

En cuanto la cortesía se lo permitió, escapó de la habitación dejando solos a

ambos hombres. Debía lavarse, ponerse ropa limpia y decirle a Cadidja, la cocinera, que preparara platos especiales en honor al huésped. Por suerte ya habían madurado los primeros albaricoques y había que carnear un pollo... Cadidja aún era muy joven y no tan experta como la *signora* de Tadakilt, pero hacía grandes esfuerzos. Sin embargo, a Mirijam aún le esperaba un sinfín de tareas.

Más tarde, durante la cena, el capitán le prestó mucha atención, no dejó de hacerle cumplidos hasta que Mirijam empezó a sentirse incómoda y, como de pasada, les presentó sus planes de negocios a ella y a su padre.

—Tejidos de seda, todo tipo de tejidos finos, además de especias de toda clase y también cereales y sal, desde luego: hoy en día esas son las mercaderías más productivas en el ámbito mediterráneo —dijo—. Y lo son pese a la indescriptible contienda que el joven emperador Carlos y el rey francés no dejan de librar.

—¡Y no olvidéis al sultán! —lo interrumpió el viejo médico.

Estaba confortablemente sentado sobre los gruesos cojines, con las piernas cruzadas. Tenía un aspecto muy digno, con su rostro cordial surcado por las arrugas y ataviado con sus ropas blancas como la nieve y el turbante de suave seda en la cabeza. Parecía disfrutar de la compañía del viajado portugués y escuchaba sus palabras con mucha atención.

—Sí, el sultán —dijo el capitán Alvaréz inclinando la cabeza—. ¡El sultán Solimán, llamado el Magnífico, que también aún es un jovencuelo inexperto! Por otra parte, el sultán parece menos interesado en el comercio marítimo que en ampliar su zona de influencia: ¡es un bellaco! ¡Me gustaría saber qué trama! Es verdad que sigue construyendo cada vez más barcos para incrementar su flota, aunque me informan que entre estos los barcos mercantes de amplias bodegas más bien escasean. Y eso a pesar de que las cortes reales europeas y la nobleza, incluso los ricos burgueses, desean hacerse urgentemente con las preciosas mercaderías de Persia y de Levante.

El capitán Alvaréz meneó la cabeza. Naves nuevas, pero ¿de escasa capacidad de carga? Era algo que resultaba incomprensible e inadmisibles para un ambicioso comerciante con el extranjero.

—En ese contexto, quien se destaca es la Curia romana con su despliegue de magnificencia y sus innumerables enviados a todas las cortes de Europa. Sus necesidades de pompa y lujo, sobre todo de púrpura, han sufrido un enorme aumento en los últimos años.

El capitán comprobó con satisfacción que ambos, tanto el viejo *sherif* como su joven y bella hija, lo escuchaban con gran fascinación, así que prosiguió.

—Al parecer, hoy en día están dispuestos a pagar cualquier precio por la púrpura, ¡sumas increíbles! Y como la púrpura escasea, el precio no deja de aumentar —exclamó, y alzó las manos, indicando hasta dónde podían llegar los precios según su opinión.

—¡En Alemania y en Suiza, los granjeros luchan con la nobleza, en todas partes los reformistas y los católicos se rompen las cabezas mutuamente, tanto en Inglaterra como en Hungría todos luchan contra todos! Y eso pese al peligro que suponen los turcos, que ya se encuentran ante las fronteras del Sacro Imperio Romano —dijo el portugués, sacudiendo la cabeza con expresión incrédula.

»Bien, puede que uno albergue opiniones distintas respecto de todo este asunto, pero hay algo que es evidente: ante las disputas entre los grupos, la Iglesia reacciona con un gran despliegue de pomposidad. Dicen que solo así es capaz de representar su autoridad divina de un modo eficaz. Para un comerciante como yo, pero desde luego también para los que crean preciosos vestidos y tejidos, ello supone una interpretación sumamente interesante —dijo Alvaréz con una amplia sonrisa, y todos comprendieron a qué se refería.

El capitán cogió un pequeño puñado de la fuente repleta de almendras con miel, masticó con placer y se lamió la punta de los dedos. Después los sumergió en un cuenco de agua con limón, sin dejar de contemplar a Mirijam, que se sonrojó. Se sentía descubierta, puesto que hacía un buen rato que no despegaba la vista del portugués, que sonrió antes de volver a deslizar la mirada en derredor.

De manera involuntaria, Mirijam lo imitó. La hermosa casa irradiaba solidez; al igual que la mayoría de las casas de Mogador, estaba construida de ladrillos de arcilla secados al sol, alisados y pintados de blanco brillante. Puertas talladas, suelos de azulejos vidriados y paredes pulidas, preciosas alfombras confeccionadas por ella misma con los colores de la Tierra y del cielo, acompañadas de blandos cojines, almohadas y mesitas de todos los tamaños... Una casa no podía ser más confortable. Desde el jardín del patio y su rumorosa fuente penetraba el aroma de los rosales y los limoneros. Mirijam adoraba su hogar, aun cuando siempre encontraba algo que deseaba modificar y embellecer.

—¿Sois consciente, *sherif* —continuó diciendo el capitán Alvaréz dirigiéndose a Alí el-Mansour, bajando la voz y reclinándose en los confortables cojines—, sois consciente de que las existencias de púrpura en Tiro, en el Mediterráneo oriental, ya no están a disposición de la Curia romana? ¿Que tras la victoria osmanlí sobre Constantinopla y la caída de la Iglesia Romana de Oriente en todo el ámbito del Mediterráneo solo han sobrevivido muy pocas tintorerías y encima muy pequeñas? Pero los guardarropas romanos necesitan nuevos suministros con mucha urgencia, tal como me dijo mi informador el cardenal Farnese, miembro de la corte papal de Roma.

El *hakim* asintió.

Antes de proseguir, Alvaréz lo imitó.

—Y es ahí donde vos y vuestra hija, *lâlla* Azîza y su arte, entran en juego. ¿Permitís que os pregunte si ya habéis pensado en ennoblecer seda cruda india o

algodón pérsico procedente del Alto Egipto con vuestra púrpura?

—No —contestó Mirijam en lugar de Alí—. ¿Para qué? La elaboramos para el uso de aquí y teñimos la lana de los granjeros lugareños. Por otra parte, debierais echarle un vistazo a nuestros tejidos de lana teñidos mediante la alheña, el índigo u otras plantas del lugar: ¡no encontraréis tonos amarillos, azules y verdes más bonitos! Si os interesa, os mostraré nuestras alfombras y mantas.

¿Qué se creía ese hombre? Es verdad que era apuesto y sus palabras tenían pies y cabeza, pero ello no le daba derecho de inmiscuirse en su trabajo.

Sin embargo, Mirijam acabó por hablar en voz cada vez más baja y por fin enmudeció por completo. ¿Qué mosca le había picado? Presa de la inseguridad, le lanzó una mirada al *hakim*, pero este se limitó a sonreír divertido y asintió con la cabeza.

—Dado que solo debo mi arte, como vos lo denomináis, a mi *abu* —siguió diciendo con nuevo impulso—, él será el único que decidirá sobre una ampliación de nuestra tintorería. No obstante, habéis de tener presente que para elaborar grandes cantidades apenas disponemos de la capacidad necesaria... Porque os he comprendido correctamente, ¿verdad, capitán?: vuestros planes se refieren a bodegas cargadas hasta los topes y no a las cantidades que cabrían en nuestros carros arrastrados por bueyes.

—Pero las posibilidades actuales seguramente podrían ampliarse, querida mía, ¿no creéis? —la interrumpió el capitán en tono entusiasta—. En todo caso, yo podría proporcionaros las telas necesarias. A bordo de la *Santa Ana* ya se encuentran las primeras muestras.

Sus ojos brillaban, pero refrenó su entusiasmo de manera visible y añadió:

—En casi todas las ciudades del Mediterráneo conozco a los apoderados y los gerentes de las grandes casas comerciales europeas. Por eso no solo podríamos contar con entregas regulares sino también con compradores sólidos y buenas ganancias. A condición de que montemos el asunto con gran estilo.

Alvaréz aguardó un momento, dejando que sus palabras surtieran efecto.

—Por supuesto —dijo, mirando directamente a Mirijam—, por supuesto que me muero de ganas de ver vuestras alfombras, señora, porque estoy convencido de que son un placer para la vista. Pero no debierais apresuraros a rechazar mis tejidos de seda, pensáoslo. De momento, estoy considerando fundar una factoría en Lisboa, mi ciudad natal —añadió, dirigiéndose al *sherif*—, entre otras cosas para evitar los codiciosos intermediarios. Sin embargo, ello requiere una reflexión minuciosa, puesto que significaría trasladarme allí, mientras que me encuentro muy bien en Santa Cruz de Aguér, entre otras cosas tras comprobar que aquí aún no se han agotado todas las posibilidades —dijo con un repentino brillo en la mirada.

«Me parece que acaba de guiñarme un ojo tras pronunciar esas palabras», pensó

Mirijam, y bajó la cabeza, confundida.

Pero el viejo médico deslizó la mirada entre ambos. Hacía un momento, la breve escaramuza entre ellos lo había hecho sonreír, en cambio entonces de pronto adoptó una expresión pensativa.

Debido a su actitud seguro de sí mismo, al principio, ella había tomado al capitán de rizos negros, altura mediana, fuerte y bronceado por el sol por un español. Sabía que los españoles eran orgullosos y arrogantes. ¡Con cuánto desprecio habló del mundo de la política y del comercio y les explicó los vínculos entre ambos, como si ella y el *abu* fueran unos cabreros incultos y medio salvajes! Y, además, ese generoso ofrecimiento de ennoblecer sus tejidos de seda con púrpura para después ofrecerlos en el gran escenario del mundo —que según su opinión era inalcanzable para ellos— solo para venderlos al mejor postor por poco dinero. Es verdad que no lo dijo exactamente de esa manera, pero a ella no podía engañarla, ¡ella le había descubierto el juego! Y si realmente le hubiera guiñado un ojo, supondría el colmo de la desvergüenza.

Pero al mismo tiempo no dejaba de caerle simpático. Le agradaban sus ojos brillantes y sus rizos negros y también sus grandes manos que al parecer estaban acostumbradas al trabajo y podían meterse a fondo con cualquier tarea. Pero lo que sobre todo le gustaba era su alegre desparpajo. Seguro que siempre estaría dispuesto a bromear; involuntariamente, Mirijam tuvo que sonreír.

Tendida en la cama con los brazos cruzados bajo la cabeza, Mirijam tardó en conciliar el sueño; la situación volvía a ser una de esas que le hubiera gustado comentar con una amiga que la comprendiese. No podía confiarse a su *abu*, dado que resultaba absurdo incomodarlo por un par de centelleantes ojos portugueses...

Era de suponer que el capitán ya había pasado por diversas experiencias, tanto peligrosas como bonitas, dado sus numerosos viajes por todo el mundo y seguro que ya se las había tenido que arreglar con toda clase de dificultades imaginables. Mirijam apoyó la mejilla en la mano derecha y se sumió en sus fantasías.

A la mañana siguiente, Haditha observó atónita cómo Mirijam se probaba diversos vestidos ante el espejo con mirada crítica, solo para volver a sacar otro atuendo del arcón y probárselo.

—La sal empieza a escasear en la isla de los Moluscos —dijo Haditha.

Su intento de conseguir que prestara atención al trabajo fracasó.

—Iré hasta allí más tarde, ahora no tengo tiempo —respondió su ama en tono distraído, y se probó un caftán con un ancho ribete en torno al escote.

—El portugués... —dijo Haditha después de un momento, al tiempo que observaba la curiosa actividad de Mirijam—, dicen que tiene una nave bonita.

El corazón le dio un vuelco y se sonrojó.

—¿De veras? Aún no la he visto —contestó con indiferencia fingida—. Por

cierto, después el capitán Alvaréz acudirá al taller para examinar nuestras alfombras.

Mirijam se contempló en el espejo.

Con el tiempo, la muchacha se había convertido en una joven de buena presencia, a la que no obstante le desagradaba contemplarse en el espejo porque la abochornaba, aunque gracias a su rostro en forma de corazón, sus ojos ambarinos y los hoyuelos de sus mejillas podría haberse dado por muy conforme. Pero su nariz pronunciada y sobre todo los cabellos crespos y rebeldes suponían un fastidio. Apoyó la frente contra el espejo y disfrutó de su frescor.

Hasta ese momento su aspecto no le había interesado en exceso, así que, ¿por qué ese día sí? Se humedeció el dedo con saliva y se alisó las cejas.

—Dicen que pasó la noche con el *capitão* Antonio en la fortaleza; que llevó chorizos y carne de cerdo y que los comieron. Y que también bebieron vino —dijo Haditha, chasqueando la lengua con desaprobación: ella rechazaba todo lo que prohibía el Corán. Aunque era incapaz de leer el libro sagrado, no dejaba de respetar todas las prescripciones y prohibiciones, tal como le enseñó el imán.

—¿Por qué me lo dices? ¿Acaso hay carne de cerdo en nuestra cocina? ¿Por qué te preocupan las costumbres alimentarias de los cristianos? En casa comerá lo mismo que comemos nosotros —replicó Mirijam.

De vez en cuando, Haditha podía ser muy estrecha de miras.

—Por otra parte, el capitán Alvaréz nos visita para tratar de negocios y no para disfrutar de un banquete. Ve y dile a Cadidja que prepare el desayuno del *sîdi*.

Por fin optó por ponerse el nuevo atuendo de color amarillo pálido, con el fin de convencer al portugués de la belleza de sus otros colores elaborados por ella misma. A guisa de concesión, escogió un velo teñido de púrpura pero aún de un delicado color verde, que solo durante el transcurso de los siguientes meses y bajo el efecto del sol y del aire adoptaría un color rojo profundo. Cuando lo hubiese alcanzado dejaría de llevarlo: dentro de lo posible, aún evitaba llevar una prenda roja. Pero hasta ese momento, la tela ligera como una pluma le proporcionaría mucho placer.

Rara vez había empleado tanto tiempo en vestirse como esa mañana.

Cuando Mirijam entró en la habitación del *abu* Alí para compartir el té del desayuno, el viejo estaba sentado ante su escritorio. Tenía las manos apoyadas en un libro y al parecer lo había leído durante toda la noche.

—¿Qué opinión te merece él? —preguntó, y no pudo impedir que el rubor le cubriera las mejillas.

¿A qué se debía ese repentino cosquilleo en el estómago? Se atareó en ordenar las tazas en la bandeja antes de servir el té e inmediatamente un aroma fresco a hierbas inundó el recinto.

—Deja que lo adivine: hablas del capitán Alvaréz, ¿no? —dijo el *abu* Alí, riendo,

pero después le apoyó una mano en el brazo—. Claro que sé de quién hablas. Bien, el capitán es joven y fuerte, y sus metas son ambiciosas —añadió—. Tiene toda la vida por delante. La pregunta más bien es la siguiente: ¿qué opinión te merece a ti?

A excepción de algunos soldados y aduaneros portugueses que habitaban en su propio mundo tras las murallas de la fortaleza, el capitán Alvaréz era el primer europeo que había visto en años. ¿Cómo podría juzgarlo precisamente ella?

—¿Yo? ¿Por qué yo? Vaya, bueno... Creo que lo que nos ofrece en cuanto a los negocios supone realizar una reforma considerable en la tintorería, pero que sería perfectamente posible —dijo Mirijam, reflexionando en voz alta y procurando hablar en tono objetivo—. Debiéramos construir numerosas cubas nuevas, triplicar nuestra provisión de sal o incluso cuadruplicarla, montar nuevos cobertizos para el secado y realizar el teñido más de tres veces anuales como hasta ahora. Pero puede que tenga razón al hablar de buenas perspectivas de obtener ganancias, en todo caso si no nos ha contado una sarta de mentiras sobre sus socios.

—¿Te has pasado la noche haciendo cálculos y planes? Porque entonces pareces más interesada y debieras aceptar su ofrecimiento —dijo el médico, que no quitaba la vista de ella—. Aguarda un poco con las cubas suplementarias y los secaderos, pero haz una prueba. Creo que hacer un intento no supone un riesgo demasiado grande. En el peor de los casos, tal vez hubieses trabajado en vano durante cierto tiempo, pero habrías ganado en experiencia y considero que en caso de emergencia, se lo podría considerar una recompensa. Y en caso de que la prueba te satisfaga, amplías la tintorería y... ¿qué fue lo que dijo Alvaréz? Sí: montas el asunto con gran estilo.

En la hilandería ya había dos bultos de tela aguardando a Mirijam. Uno consistía en un tejido de seda de color claro y brillante y el segundo de finísimo algodón blanqueado. Mirijam rozó las delicadas telas con los dedos: eran agradables al tacto y seguro que resultarían sencillas de teñir.

—Un marinero los trajo poco después de la madrugada; dijo que su amo se retrasaría debido a una entrevista con el comandante de la fortaleza.

Hussein, el responsable de la hilandería, le transmitió la información con un gruñido, se apartó y bebió un sorbo de té.

«Todos los días la misma historia», pensó Mirijam, sonriendo. Las primeras horas de la mañana no eran un buen momento para Hussein, que solo despertaba del todo alrededor de mediodía. Pero apreciaba a ese hombre sincero: no solo era diligente, a su manera también era un artista. Sin su apoyo, las tejedoras nunca hubiesen aprendido a tejer los nuevos motivos de las alfombras en la densa urdimbre con tanta rapidez. Mirijam sabía que a él no le agradaba demasiado verse obligado a obedecer a una mujer; no obstante, ambos trabajaban bien juntos, a lo mejor debido a que *sîdi* Alí aún era el propietario de la tintorería y del taller, y por tanto el patrón de Hussein.

—No tengo inconveniente, al fin y al cabo tenemos mucho que hacer incluso sin su presencia.

Tenía razón, claro está, pero Mirijam soltó un suspiro involuntario.

Por desgracia, cuando por fin entró al taller, el capitán Alvaréz no demostró mayor interés por el bonito color azul, el verde suave o el maravilloso y luminoso amarillo azafrán de las alfombras y las mantas. Solo tenía ojos para el precioso rojo púrpura.

—Tened presente, *senhora* Azîza, de qué se trata —dijo, y volvió a carraspear por enésima vez, sin dejar de rozar un suave paño de lana azul con los dedos, pero ¿es que realmente lo veía? En vez de examinar las telas, no dejaba de mirarla a ella.

Mirijam bajó la vista y tironeó de su velo; ella tampoco estaba a lo que se está y, más que a sus palabras, prestaba atención al tono y a la calidez de su voz.

—Las mejores telas entretejidas de hilos dorados provienen de Florencia, el damasco más pesado de Levante, las puntillas más delicadas de Brujas y los paños de lana más bonitos de Inglaterra.

Mientras que el capitán volvía a atascarse, ella parecía abstraída. Entonces él le cogió ambas manos.

—Estoy hablando de mercaderías de primera clase, a saber, por las que se puede obtener el precio deseado.

Mirijam asintió con la cabeza. Las manos del capitán parecían fuertes al tacto e irradiaban tibieza, una oleada de tibieza que invadió todo el cuerpo de la joven. Y, avergonzada, bajó la vista. El capitán también dudó un instante, como si se hubiera quedado sin habla, pero luego volvió a controlarse. Carraspeó y dijo:

—Bien, lo que quería decir es lo siguiente: de momento, esta magnífica seda de la India es difícil de obtener, pero por lo visto, todo el mundo la ansía, justamente por eso. Los seres humanos son así: las rarezas despiertan su codicia por poseerlas.

Alvaréz soltó una carcajada bondadosa, como si considerara que esa debilidad humana fuese encantadora y completamente natural.

—No obstante, tengo un apoderado de confianza en Malta que podría enviarnos la mejor seda india a través del puerto de Iskenderun. ¡He evitado cuidadosamente preguntarle por qué medios la consigue! Esta mañana os he hecho enviar un bulto de esa seda, *senhora* Azîza. ¿Os ha gustado? A que es preciosa, ¿verdad?

Mirijam retiró las manos de las suyas y las apoyó en la lustrosa superficie de la seda. Era muy agradable al tacto y no pudo evitar rozarla una y otra vez. ¡Era tan suave y delicada...! Quizás un vestido confeccionado con ella se pegaría al cuerpo, al pecho y a las caderas... Mirijam volvió a sonrojarse.

Sin mirarlo, sabía que él observaba cada uno de sus movimientos.

¿Acaso se lo estaba imaginando o en realidad cada pensamiento, cada mirada y

cada palabra que intercambiaban albergaba más de un significado?

Se apresuró a quitar la mano de la seda, cogió una hebra de lana y la estrujó. La lana era resistente y sólida al tacto. Le resultaba familiar. Sabía a qué atenerse con la lana, pero ¿con la seda? Mirijam volvió a enrojecer.

El capitán parecía estar aguardando una respuesta. ¿Qué debía decirle? Porque al fin y al cabo no podía confesarle que la turbaba y que la desconcertaba. Además, no podía decirle que justamente teñir telas de color púrpura era la tarea que menos le agradaba. Ese rojo luminoso creado por sus propias manos... ¡era un color horroroso!

Mirijam cogió una madeja de lana teñida por ella misma y la depositó sobre la seda. Separó los hilos individuales y trató de imaginar esa seda teñida de púrpura «como la sangre derramada».

Hussein la observaba, estaba de pie bajo una de las ventanas y seguía cada uno de sus movimientos, al igual que Haditha al pie de la escalera, pero al capitán ambos observadores no parecían molestarlo.

Estaba a su lado, tan próximo que Mirijam percibió el calor de su cuerpo. Por lo visto había visitado el *hamam* hacía poco, puesto que ella percibió un aroma a jabón, aire marino y madera, combinado con el dulzor de una especia desconocida. Él apoyó la mano izquierda junto a la suya sobre la seda cubierta de hilos de lana.

«Es una mano bondadosa y que despierta mi confianza —pensó la joven—, y qué brazos tan fuertes...». Entre esos brazos podría olvidar todo lo que la rodeaba y sentirse protegida. Mirijam pegó un respingo.

—Pero no tengo ninguna experiencia con respecto a la seda —dijo en voz baja.

—¡El resultado será maravilloso! —replicó él, y de pronto su voz se volvió áspera—. ¡Estoy absolutamente seguro!

—A que es una bonita suma, ¿verdad? Ha sido un éxito considerable. Debierais preparar el siguiente cargamento lo antes posible, digamos dentro de dos meses, quizá... ¿Qué os parece, lo lograréis? A lo mejor debierais contratar otro par de trabajadoras...

El capitán Alvaréz permanecía de pie ante Mirijam, sonriendo de oreja a oreja. Y en efecto: ella estaba más que sorprendida y satisfecha cuando le entregó a su *abu* los talegos repletos de ducados de oro, el pago por las sedas teñidas de púrpura, pero ¿en dos meses? ¿Qué se había creído? ¿Acaso creía que podía darle órdenes, como si estuviera a bordo de su nave? Mirijam se enfadó: a fin de cuentas, ella no era un perrillo que brincaba tratando de coger una varita. ¿Es que al menos no podía simular que se interesaba por cómo se encontraba ella o, como mínimo, su *abu*? ¿Por qué no le preguntaba cómo se las arreglaba con el tinte y si teñir la seda resultaba problemático y si las grandes cantidades de tejido que acababa de teñir suponían alguna clase de dificultad? No: no dijo nada por el estilo, al final resultó que solo era un marino tosco carente de modales, por no hablar de algo parecido a la sensibilidad. Y por lo visto, que le causara dificultades debido a su insistencia en una rápida entrega de los nuevos tejidos le resultaba indiferente.

—Y bien, ¿qué decís, querida mía?

—Nada, ni idea —contestó ella en tono seco—. Tendré que hacer cálculos.

Pero en realidad no había nada que calcular, solo significaba trabajar más duro, quizá contratar nueva mano de obra, entonces se las arreglaría de algún modo. Pero no tenía por qué decírselo a él...

La *Santa Ana* había llegado a puerto alrededor de mediodía. Con la proa levantando una gran ola, había navegado peligrosamente cerca de la isla, de modo que la orgullosa nave no le pasó desapercibida antes de amarrar en el muelle. Al principio pegó un respingo al reconocer a la *Santa Ana* y se había alegrado de volver a ver al capitán tras solo unas semanas, pero ahora estaba decepcionada. Era evidente que para él, todo giraba en torno al éxito comercial y en ese momento estaba ante ella en el huerto y, con actitud victoriosa, le informaba de sus experiencias.

—¡No tuvimos que ofrecer la mercadería durante mucho tiempo! En Marsella, el primer puerto donde anclamos, el rumor de lo que albergaban nuestras bodegas corrió con la velocidad del rayo. Un comerciante de tejidos genovés quería comprar todo el cargamento de golpe, pero no me fie de él. Además, quería que sobre todo los comerciantes de Marsella, que están especializados en los tejidos de seda, tuvieran oportunidad de comprarla. ¡Y la aprovecharon, vaya si la aprovecharon, *per Deus*!

Encantado por el recuerdo de ese acontecimiento al parecer grandioso, el capitán recorrió el huerto; en cambio, Mirijam permaneció inmóvil. Estaba disgustada y un poco triste. ¿Es que él no se alegraba de volver a verla? En todo caso, no lo había manifestado con palabras ni indicado con un gesto.

«¡Y bueno, da igual —pensó, irritada—, eso no tiene por qué importarte!».

—Quizá no lo creeréis y me tomaréis por un jactancioso —siguió diciendo el capitán—. Pero imaginaos: durante la noche tuve que apostar guardias a bordo, ¡de lo contrario tal vez hubieran saqueado la *Santa Ana*! Os digo que ha sido un éxito fantástico. En tres días todo estaba vendido y a unos precios de locura. ¿Acaso no lo predije? —preguntó, frotándose las manos—. Mi olfato no me engañó, ¿verdad? Y ahora ya me esperan con impaciencia con un nuevo cargamento.

Ella notó que se sentía orgulloso y que su alegría por el éxito obtenido era sincera. A lo mejor se debía a que solo se había convertido en amo y señor de su propio navío hacía poco tiempo... Durante su primera visita le había contado que durante muchos años había navegado como timonel y tripulante de navegación.

De repente, y debido a la actitud reservada de Mirijam, se interrumpió.

—Perdonad, *senhora Azîza*, pero ¿es que vos no os alegráis? ¿Os encontráis mal?

—No, capitán, eso no. Solo que estaba pensando que...

—¡Ay, soy un necio, casi lo olvido! Os ruego que aguardéis un instante —la interrumpió el portugués, y alzó la mano—. Os he traído un pequeño presente. ¡Luis —gritó—, apresúrate a traer el cofre!

Un marinero de la *Santa Ana* apareció con un cofre de tapa abovedada y, con una exagerada reverencia el capitán, lo depositó en el borde de la fuente. Después abrió la tapa lentamente y apartó un paño que cubría el contenido del cofre con ademán teatral, sonriendo y sin despegar la mirada de Mirijam.

¡Oro! ¡El cofre estaba repleto de monedas de oro!

—Este es el beneficio obtenido por la venta de vuestras alfombras. Como veréis, *lâlla Azîza*, disfrutaron de una popularidad sorprendentemente grande —dijo, con una sonrisa orgullosa—. Un veneciano y los genoveses pujaron por ellas.

—¿Acaso esperabais otra cosa? —exclamó Mirijam en tono airado y alzando la cabeza.

«Una popularidad sorprendentemente grande...». Pero ¿qué se había creído? Al fin y al cabo ella no era una diletante, pero en secreto ella misma estaba más que sorprendida de que hubiera obtenido semejante ganancia por sus alfombras. Claro que habían trabajado muy duro para crearlas, pero ¿un cofre repleto de monedas de oro?

—Desde luego, soy un tonto. Tenéis razón, vuestras alfombras son realmente preciosas y no es ningún milagro que se hayan vendido tan bien. Pero ¿qué pasa con la siguiente entrega de la púrpura? ¿Ya está todo listo?

—No —tuvo que confesar ella—. Todavía no. Venid a la isla mañana, entonces veréis lo que hemos hecho durante las semanas pasadas.

En esa ocasión había incurrido en una demora, pero la próxima lo lograría. Ya le demostraría a ese grosero de lo que era capaz.

Desde el principio, el trabajo en las islas supuso un gran esfuerzo, pero entonces, desde que recibía cargamentos completos de telas, los problemas aumentaron.

—El pestazo es infernal, por eso en las islas trabajamos al aire libre. No obstante, es necesario transportar todo el material desde tierra firme, desde la leña hasta la sal y el agua dulce y la mano de obra, y todo lo demás que necesitamos durante el trabajo cotidiano. Entretanto, hemos montado nuevos fogones, construido tres nuevas cubas para el tinte y más secaderos, como también un segundo muelle. Por suerte acaban de terminarlo, puesto que ahora los botes no dejan de circular entre el puerto, la isla Púrpura y la isla de los Moluscos.

En tono entusiasmado, Mirijam contó cada punto con los dedos: que el capitán se impresionara y comprendiera que, durante las últimas semanas, ella había tenido que enfrentarse a numerosos retos y resolverlos.

—Por la mañana, yo misma transporto las telas sin tratar hasta la isla y por la noche mi bote está cargado con todo lo que hemos teñido durante los días anteriores —le dijo al portugués mientras navegaban hasta la tintorería.

Los remeros tuvieron que afanarse, porque las aguas de la bahía estaban agitadas, las olas y la espuma salpicaban el bote y mojaban a sus ocupantes. Pero eso no preocupaba a Mirijam, y sus mejillas ardían mientras indicaba tierra firme con la mano.

—Mirad, allí enfrente hemos montado una destilería de cal —dijo, procurando no perder el equilibrio en el bote que se balanceaba de un lado al otro e indicarle los hornos de cal al capitán Alvaréz, el último invento del *abu* Alí. Pero de pronto el impacto de una gran ola la hizo tambalear, tropezó y habría caído al agua si el capitán no hubiese reaccionado con rapidez. Antes de comprender qué ocurría, él la estrechaba entre sus brazos.

Durante un instante interminable fue como si la Tierra hubiese dejado de girar: esos brazos fuertes, ese pecho ancho, su calidez, su aroma acre... Fue como si en medio de ese día soleado la atravesara un rayo aún más luminoso que los del sol. El bote danzaba encima de las olas, el viento azotaba el agua y tironeaba de su vestido y su velo, pero el portugués la estrechaba firmemente entre sus brazos. Entonces una sensación muchas veces soñada la invadió, acompañada de un cosquilleo en el estómago. Se apoyó contra el pecho del capitán con los ojos cerrados y percibió los latidos de su corazón.

Pero de pronto su cuerpo pareció irradiar una lumbre, un calor que le quitaba el

aliento y, avergonzada, Mirijam se soltó del abrazo, se sentó en una tabla y se arrebujó en su atuendo.

—Muchas gracias —murmuró sin despegar la vista del fondo del bote.

—... ha sido un placer.

La respuesta del portugués también era casi inaudible y su voz era menos melodiosa y más ronca que de costumbre.

Recorrieron el resto del trayecto hasta la isla en silencio.

Durante los días siguientes, el apocamiento entre ambos no desapareció, al contrario: incluso aumentó. Cuando sus miradas se cruzaban, Mirijam bajaba la suya y se ruborizaba; cuando la voz de él surgía de la habitación del *hakim*, el corazón le daba un vuelco y cuando sus manos se rozaban por casualidad era como si las llamas la consumieran. Así que cuando él volvió a marcharse poco tiempo después para ocuparse de sus negocios en Santa Cruz de Aguér y además de las entregas de los cargamentos de sal destinados a la tintorería, ella se entristeció pero también se alegró.

—Si la sal no llega pronto —dijo Hassan unos días después—, no podremos preparar más moluscos. Ya estamos a punto de quedarnos atascados, las provisiones de sal alcanzarán para dos o tres días como mucho.

—Precisamente ahora —murmuró Mirijam.

Ya se lo había imaginado: esos voluminosos encargos del capitán Alvaréz generaban una gran confusión. Desde que se vio obligada a teñir esas enormes cantidades de tejido la sal siempre amenazaba con escasear, nunca había suficiente. Incluso por ese motivo aceptó el ofrecimiento del capitán Alvaréz de ocuparse de conseguir un cargamento de sal, pero ¿dónde estaba? Había prometido regresar pronto.

—¿Dónde están los moluscos? —preguntó, y se quitó el cabello de la frente húmeda—. ¿Aún están en las cubas?

—*Ouacha*, sí. Los refrescamos con agua de mar.

—Gracias, Hassan —le dijo a su capataz—. Lo mejor será que tú y tu gente instaléis algo para proteger la cuba, un techo de hojas de palmera como en los secaderos.

Mirijam señaló los armazones de madera de los que después colgarían más tejidos de seda y madejas de lana acabados de teñir para secarse al sol y desarrollar el color.

Hassan, que la superaba en altura por más de una cabeza y la seguía a un paso de distancia, asintió.

—Cogeremos el resto de los palos de madera y cubriremos todo con hojas de palmera. Con eso debería ser suficiente.

Después se marchó; Mirijam sabía que se pondría manos a la obra de inmediato,

podía confiar en él.

Al menos estaban bien encaminados con la destilería de cal, porque por fin habían encontrado un uso para las montañas de los asquerosos restos de moluscos. Se protegió los ojos y dirigió la mirada a tierra firme. Detrás de una pared de arcilla situada en lo alto de la playa, allí donde las olas y la espuma no llegaban incluso durante las tormentas, se encontraban los cuatro hornos construidos según las indicaciones del *abu* Alí, junto a unas cuantas profundas minas de cal. Gracias a la oscura columna de humo lograba ver —incluso desde la isla— que acababan de encender el horno de calcinación central. Durante tres semanas, los caparazones de los moluscos debían permanecer encerrados al calor y en la oscuridad, después había que dejar enfriar los hornos lentamente. Mientras la mágica transformación se iniciaba en el horno del medio, los otros dos ya empezaban a enfriarse. Pronto los vaciarían y podrían trasladar los caparazones quemados a las minas de cal llenas de agua, para apagarlos. Después los golpeaban con palos y largas varas y los convertían en una papilla fina que, diluida con agua, servía para pintar las casas. Además de la fortaleza portuguesa y de una mezquita, ya había varias casas junto a la playa pintadas de blanco brillante, una pintura que impedía que el salado aire marítimo afectara las paredes de ladrillo. Ese nuevo invento del *abu* Alí la llenaba de satisfacción.

Haditha, la criada negra de Mirijam, permanecía de pie tras su ama con los brazos cruzados y el rostro inexpresivo. Ella también dirigía la mirada hacia tierra firme y los hornos.

«¿Quién no deja de susurrarle nuevas ideas al oído? —pensó—. Solo puede ser un *djinn*». Porque si no procedían de un ser sobrenatural, ¿de dónde obtenía el saber su ama? No solo sabía leer y escribir, como el imán... y ese era un hombre, a fin de cuentas, y encima un erudito. Además, leía libros y escritos en idiomas extranjeros, ¡libros redactados por infieles o incluso por renegados! Nadie hacía eso, por no hablar de una mujer. Seguro que unos espíritus poderosos debían de estar en el ajo. Pero todos sabían que quien se mezclaba con ellos nunca podía dar marcha atrás. Por eso todos los que trabajaban para *lâlla* Azîza y convivían con ella un día serían castigados, sufrirían enfermedades graves, desgracias, penas y la muerte. Disimuladamente estiró los cinco dedos de la mano derecha para protegerse del mal de ojo, apuntando hacia *lâlla* Azîza.

Allí en tierra firme había hecho erigir altos hornos de calcinación. Nadie sabía qué ocurría en su interior, porque tras el quemado el aspecto exterior de los caparazones de los moluscos no presentaba ninguna diferencia. En medio del calor y la oscuridad debía de ocurrir algo, un hechizo secreto, porque en cuanto volvían a salir a la luz del día su naturaleza y sus características habían cambiado por completo.

«Puede que los malvados espíritus de la noche o incluso el mismísimo *sheitan* estén en el ajo», pensó Haditha por centésima vez. Las heridas en los brazos y las piernas de Hocine indicaban que junto a los hornos andaba el diablo, que producía un hechizo malvado.

Aunque su alto y apuesto Hocine, que trabajaba en los hornos, le había asegurado varias veces que los accidentes eran culpa suya, ella sabía que no era así, ¡puesto que frente a los *djinn* y al *sheitan* no bastaba con limitarse a ser cauteloso! No: estaba convencida de que *lâlla Azîza* se dejaba ayudar por poderes peligrosos.

Haditha plegó las manos como durante la oración y murmuró un versículo del Corán, antes de volver a cruzar los brazos ante el pecho.

—Funciona bien —dijo Mirijam, e indicó la destilería de cal—, tu Hocine es muy diligente.

Pese a la ayuda de Hocine, de Hassan y de Mama Fatiha, la madre de Haditha, que era quien vigilaba las cubas, de vez en cuando Mirijam se sentía invadida por la sensación de haberse excedido. En cuanto lograba resolver un problema aparecía otro en alguna parte. Y, precisamente entonces, a menudo se apartaba del tema en cuestión.

—¿Dónde estará el capitán? —murmuró Mirijam con la mirada clavada en el mar.

Mirijam se detuvo en el umbral de la desnuda habitación del *abu* Alí: era una imagen que ya había visto con anterioridad hacía escasas semanas: el *abu*, envuelto en el atuendo blanco de un peregrino a La Meca, con la cabeza descubierta y sentado en un taburete. El recinto estaba vacío, solo había una mesita sobre la que reposaban cortezas de sauce y vendas de algodón blanco, también el botiquín del médico y unas lámparas de aceite gracias a cuya luz debía eliminar el velo de la catarata del segundo ojo afectado del *abu*.

Todo estaba preparado al igual que antaño, solo faltaban los tambores de los *gnaoua*. Mirijam tragó saliva: la segunda operación no la cogía por sorpresa pero hubiera deseado que no fuese necesaria y soltó un profundo suspiro.

—¿Ha empeorado? —preguntó, contemplando al *hakim* con preocupación.

—Sí —dijo el anciano—, de manera considerable; me temo que no podemos seguir esperando.

Ella cogió una de las lupas recién llegadas de Venecia y examinó el ojo derecho del *abu*.

—Tienes razón, es como si tuvieras el ojo lleno de leche derramada.

—Es tal como supuse —comentó el anciano.

—Pero en el ojo izquierdo no quedan ni rastros del velo.

—*Al-hamdulillah*, así que tuviste éxito con la ayuda de Dios. Por cierto, eso concuerda con mi experiencia, pues con una buena iluminación incluso puedo leer la diminuta escritura copta casi sin la piedra de lectura. Pero no me sorprende: cuando llegó el momento tus manos no temblaron.

Su elogio le proporcionó cierto consuelo. Tenía razón: en aquel entonces y pese a su temor, lo había hecho todo bien. ¿Por qué no habría de lograrlo por segunda vez? Además no había tiempo que perder, el ojo derecho estaba casi completamente empañado.

Quizá por eso el ojo izquierdo se fatigaba con tanta rapidez, porque debía realizar la tarea de ambos. Hacía bastante tiempo que el *abu* debía echar mano de lentes de aumento, algo fastidioso y escasamente satisfactorio, sobre todo cuando buscaba algo en especial o quería echarle un rápido vistazo a un escrito. De vez en cuando había observado que debía abandonar y dejar la piedra de lectura a un lado, pero él no podía vivir sin sus adorados libros.

Sin embargo, Mirijam titubeó: pese a los buenos resultados obtenidos hacía unas semanas, la tarea la asustaba.

—Te lo ruego —dijo el anciano en voz baja—, la posición de las estrellas es tan favorable como la última vez y, además, ahora puedes contar con la experiencia adquirida y sé que eres una buena *hakima*. ¡Por favor!

—¡No supliques! —dijo Mirijam con voz temblorosa, y le cogió las manos—. ¡No supliques, querido *abu*! Exige, tienes todo el derecho a exigir que te ayude. Soy yo la que debe estar agradecida a ti. ¡Nunca dejes de pensar en lo que hubiese sido de mí si en aquel entonces no me hubieras llevado contigo!

El médico adoptó una expresión severa.

—Torturarse con problemas del pasado es una necedad y también hablar de una desgracia una vez que ha sido superada. ¿Hocine y Haditha ya están preparados? Ellos saben cuál es su deber y qué han de hacer.

Mirijam asintió.

Al igual que en aquel entonces, el viejo médico tomó dos de sus pastillas anestésicas junto con un sorbo de agua, observada por Mirijam. Por fin se enderezó y asintió con la cabeza.

Alí el-Mansour la imitó, luego separó las manos y elevó una plegaria.

—*Bismillah we rahman we rahim...*

Como después de la primera operación, Mirijam solo se echó a temblar cuando el *sherif* ya estaba tendido en su cama, vendado y tranquilo. Le tendió una copa de agua con manos trémulas.

—No temas, hija mía —dijo el médico en voz baja, tanteó las manos de ella y las presionó—. Me devuelves la vista y te agradeceré por ello hasta el fin de mis días.

Mirijam caminaba de un lado al otro a través del jardín sin saber qué hacer. Era una noche clara; alzó la vista y contempló el cielo, donde flotaba la luna como una inmensa barca y apagaba el brillo de las estrellas.

«... hasta el fin de mis días», había dicho él, y esas palabras la afectaron. Habían pasado tres días desde la operación y aun cuando no se había producido nada dramático, no podía negar lo siguiente: la salud del *abu* Alí se había deteriorado. Estaba más débil de lo que había creído, mucho más débil desde que también tenía tos, y encima su edad... ¿Y si no volvía a sanar y la dejaba sola?

Como siempre, no había nadie con quien hubiera podido compartir su inquietud. ¡Tener alguien de confianza a su lado, o una amiga que comprendiese su pesar debía de suponer un gran consuelo!

—¿Estás ahí, *binti*?

La voz del anciano médico surgió a través de la puerta abierta que daba al jardín.

Ella volvió a contemplar la luna, luego regresó apresuradamente a la habitación del enfermo.

—¿Necesitas algo? ¿Tienes sed? —preguntó en tono afligido, y se inclinó sobre el enfermo. Una luz lateral iluminaba el rostro pálido con los ojos cubiertos por una venda, volvía más profundas las arrugas y hacía que su nariz afilada y sus mejillas hundidas cubiertas de los cañones blancos de la barba se destacaran aún más.

Alí el-Mansour tanteó en busca de su mano.

—Gracias, no necesito nada, pero quiero hablar contigo.

—Sí, padre —dijo ella, y acercó el taburete a la cama.

—Estoy preocupado por ti, hija mía —dijo el anciano—. Eres una persona sensata y te tomas tus tareas muy en serio, pero noto que no estás contenta —dijo, suspirando—. Casi nunca ríes y trabajas demasiado. Solo desde que estoy aquí tendido, y lo único que hago es escuchar los sonidos de la casa, he notado que siempre estás ocupada. Además, he constatado que, al parecer, no tienes a nadie en quien confiar. ¿Es que no tienes amigas con las que cotillear y reír? Por cierto: hace tiempo que no oigo risas en la casa y tampoco palabras alegres o pasos ligeros.

El *sherif* notó que ella quería contradecirlo y le apretó la mano.

—No, déjame acabar, por favor. Es hora de que te lo diga porque temo, querida hija, temo que soy culpable de dicha situación. Supongo que es una omisión por la que he de pedirte perdón. Creo que actué de manera egoísta cuando, en el transcurso del tiempo, te cargué con cada vez más trabajo. ¡Porque no solo es demasiado trabajo, también es demasiada responsabilidad para un solo par de hombros! Y por lo visto, tu situación como hija mía también te ha aislado de las demás personas. ¡Sin quererlo, me he cargado de una gran culpa, por Alá! Por desgracia, solo lo he comprendido ahora. ¡Alá es testigo de que jamás hubiese querido que te convirtieras en una solitaria!

¿Es que su *abu* era capaz de leerle el pensamiento? Mirijam lo interrumpió, consternada.

—¡Padre! ¡Querido *abu*, te ruego que no digas eso! Eres el hombre más bondadoso y generoso del mundo, me ofreces mucho más que risas y cotilleos o habladurías... Créeme, estoy satisfecha con mi vida tal cual es.

—¿Satisfecha? Sí, puede ser, pero no eres feliz. Y yo no debería ser tu única compañía, eso no es lo indicado para una joven mujer. ¡Pobre niña mía, hay muchas cosas que ignoras y que yo no puedo enseñarte!

Mirijam percibió su aflicción. Quería verla feliz y ahora creía que era el culpable de su soledad. ¿Qué podía decirle para evitar que siguiera preocupándose?

Sin querer, el *hakim* había rozado sus deseos y anhelos más secretos, como si fuera capaz de ver hasta el fondo de su alma. Y encima, dado que era un hombre inteligente, había puesto palabras a sus sensaciones más bien difusas. Pero con ello lo más bien inasible se volvía concreto, ¡el asunto se volvía manifiesto! Otro comentario más de ese estilo y ella perdería el dominio sobre sí misma, así que optó por guardar

silencio y solo le apretó la mano.

—Además, ¿no deberíamos empezar a pensar que en cualquier momento Alá podría llamarme a su lado? —preguntó el *hakim* en tono sereno y como de pasada.

—*Abu!* —protestó Mirijam en tono asustado: eso era lo último en lo que quería pensar en ese momento.

Pero él se limitó a sonreír.

—La vida seguirá, incluso cuando yo ya no exista, pero tu vida acaba de comenzar, estás al principio del camino. Podrías casarte: tener un esposo e hijos es el medio más natural para combatir la soledad. ¿Qué opinas al respecto? ¿Qué opinión te merece el capitán Alvaréz, por ejemplo? Creo que te aprecia, en todo caso te admira, él mismo me lo dijo. Pero ¿y tú? ¿Qué piensas del capitán?

Mirijam se ruborizó. ¿Casarse... con el capitán Alvaréz?

QUINTA PARTE

SANTA CRUZ DE AGUÉR, 1525

Ya hacía más de tres años que lo habían acogido en la casa de Anahid, enfermo y con una pierna fracturada, pero incluso en la actualidad no tenía muy claro cómo había ocurrido. Todo se desarrolló en medio de la mayor confusión, sobre todo cuando la noticia del naufragio de las naves cargadas con las mercancías de su padre circuló por la ciudad. Además, en aquel entonces Miguel no dejó de hablar de que en un caravasar alguien le habló con gran entusiasmo de una nave y que, tras reflexionar, decidió comprarla. ¡Se vio obligado a escuchar todos los detalles y encima en una época en la que apenas había recuperado el oremus!

Pero en aquel entonces, mientras su fiebre se reducía, Cornelisz se había enamorado de su bonita enfermera, quien, en cuanto sanó, se lo llevó a su cama; desde entonces él y Anahid vivían juntos. ¿Y acaso no era feliz, acaso la vida en esa bella morada con sus patios interiores llenos de fuentes, rosales y otras flores perfumadas no era maravillosa, libre de preocupaciones y sumamente confortable?

Cornelisz dio una calada a la pequeña pipa de arcilla y de inmediato volvió a sentir ese mareo ligero y placentero y dejó vagar sus pensamientos.

—Amigos míos —dijo con los ojos cerrados y apoyado contras los blandos cojines, al tiempo que el resto del humo surgía entre sus labios—, esta hierba es magnífica. Me recuerda a la mañana en las montañas del Atlas, cuando fumé mi primera pipa de kif. Había pasado la noche anterior en una gruta de la montaña, ¿ya os lo he contado alguna vez? —preguntó—. En aquel entonces, el kif me dio alas: volé por encima de valles, vi los árboles y la nieve cubriendo las cimas y colores brillantes y centelleantes.

Cornelisz alzó la cabeza y miró en derredor: estaba solo, sus huéspedes lo habían abandonado. Entonces volvió a recordar que hacía un momento lo habían besado en las mejillas y que él los saludó con la mano.

Sabía que fumaba demasiado y en consecuencia se encerraba en sí mismo o parloteaba sin parar, algo que detestaban sus amigos Mohammed y Saleh. Quizá por eso se marcharon pronto, pero eso le daba igual, no le importaba, nada le interesaba. Se repantigó en los cojines, estiró sus largas piernas y se sumió en sus recuerdos.

Además de los amplios pantalones y la larga camisa, Cornelisz llevaba una chilaba al igual que los lugareños, pero sus ojos claros bajo el *chêche* apresuradamente anudado y sobre todo su barba cobriza demostraban que no era uno de ellos. Y sus manos delgadas de dedos delicados también proclamaban que jamás se había visto obligado a trabajar duro para ganarse el pan. Juguetearon ociosas con su *gris-gris*, un pesado amuleto triangular de plata que le había regalado Anahid.

Cuando se llevó la copa de infusión de hierbabuena a la boca, la mano le temblaba; la dejó a un lado y volvió a meter la mano en su pequeño saco de cuero para recargar la pipa. Ese día también experimentaba esa inquietud que lo corroía, esa oscura sensación que lo ponía nervioso y lo volvía insatisfecho. Unas caladas más a la pipa y todo volvería a ir bien.

Una vez más, no había logrado encontrar la madera adecuada para su pintura. En todas partes solo le ofrecían madera de palmera, y encima muy rugosa, inadecuada para pintar un retrato, pero Anahid insistía en que la retratara. Lo que él requería era madera del centro de un tronco y para obtenerla había que cortar el tronco a lo largo y serrar una tabla del centro. Esas tablas eran inmediatamente identificables debido a las partes brillantes, el resultado del corte en la madera del duramen, y parecían espejos.

¿Por qué los proveedores simulaban no comprender sus preguntas? ¿Es que no lo respetaban lo bastante como para tomarse sus deseos en serio? Y cuando quería adquirir pinturas se comportaban del mismo modo. Sobre todo cuando quería comprar minerales azules y verdes trataban de encajarle productos de inferior calidad, y eso pese a que en las montañas del Atlas se podían encontrar las piedras azules más bonitas y variadas, que podían molerse y transformarse en pigmento. Claro que la elaboración suponía un esfuerzo, lo sabía por propia experiencia. Recordaba muy bien haber buscado minerales en las montañas, sobre todo malaquita verde. Durante aquella excursión por las montañas, su guía —buen conocedor de la zona— lo había conducido hasta una cantera donde las capas verdes estaban al alcance de las manos.

Sin embargo, durante el transcurso de la tarde, de pronto el hombre afirmó que en las proximidades abundaban las hienas, los leones y los leopardos, e incluso quizá los dragones, y sugirió que pernoctaran en un campamento de nómadas próximo, donde estarían a salvo. Pero Cornelisz no quería alejarse del lugar donde habían encontrado la malaquita. Mientras el guía descendió hasta el valle, él se había retirado a una gruta cuando cayó la noche, dispuso unas cuantas grandes piedras en la boca como protección frente a los animales salvajes y encendió una hoguera considerable. Durmió maravillosamente bien envuelto en su manta y ni siquiera había visto la sombra de un animal salvaje. Por la mañana muy temprano pasaron unos pastores que elaboraron pan mediante un saco de harina y un pellejo de agua y le dieron un poco. Después llenaron sus pequeñas pipas y las hicieron circular. Esa fue la primera vez que voló como un pájaro, el mundo se volvió repentinamente alto y amplio y lleno de colores.

—¡Qué colores tan maravillosos! —murmuró para sus adentros, y a partir de entonces albergaba la esperanza de recuperar esa abundancia, esa interminable riqueza de colores, pero nunca más volvió a ver todos esos matices del azul como la primera vez que fumó esa hierba. Sin embargo, no abandonó el intento. Después los

pastores le habían preguntado quién era esa hermosa Anahid de la que habló durante su embriaguez.

Puede que Anahid fuese la mujer más hermosa que jamás había visto. Nunca llevaba un velo, de manera que todos podían admirar su delicado rostro de tez clara, la noble nariz y los labios curvos, pero sobre todo sus ojos oscuros y brillantes enmarcados de largas pestañas. Llevaba los brillantes cabellos negro azabache en forma de moño y vestía atuendos de seda que se pegaban a su cuerpo bien formado, además de muchas joyas de plata, ámbar y cornalina. Era una *bint sa'ad*, una hija de los saadíes, aquella antigua raza berberisca que habitaba en el remoto valle del *oued* Ziz. Otra línea de su familia habitaba el fértil valle de Dráa y descendía de los gloriosos zenatas, aquel pueblo berberisco que supuestamente había guerreado contra Roma junto a los cartagineses.

Anahid era una *sheïka*, una mujer de alcurnia e independiente que gozaba de una asombrosa libertad y que amaba el desierto. Pero al mismo tiempo también adoraba el mar embravecido y, debido a ello, durante la temporada calurosa y junto con su impresionante séquito, habitaba allí, en su casa al borde de la ciudad y cerca de la playa.

—¿Cuál es el precio que pagas para vivir como vives tú? Te comportas como si nadie te mandara y encima vives con un hombre bajo tu techo sin estar casada con él. ¿Es que no has de obedecer ninguna regla? —le había preguntado al principio. Claro que le gustaba su independencia, pero a excepción de Anahid no conocía a ninguna persona, y aún menos a una mujer que podía permitirse semejantes libertades sin exponerse a un castigo.

—Adoro la tradición que existe desde tiempo inmemorial —dijo la joven—. Antaño las mujeres de las tribus tenían más poder que en el presente y en muchos casos ejercían la jefatura. Gobernaban de manera pacífica e inteligente, y ello queda demostrado porque en su época apenas había guerras. Los antiguos dioses protegían a los seres humanos y las tribus no pasaban hambre.

Al pronunciar esas palabras, Anahid había dirigido una mirada nostálgica a la lejanía, como si allí hubiesen aparecido imágenes de aquella época dorada.

—A partir de entonces las mujeres solteras de mi pueblo —pero también las tuareg y algunas de ciertos pueblos de las montañas— viven libremente con diversos hombres. Solo cuando las familias las reclaman para que cumplan con sus deberes deben decidirse o casarse con el hombre elegido por el consejo de ancianos. A partir de ese día, todo gira en torno a los intereses de la familia. Y también para mí llegará ese día.

«Por lo visto, ese día aún no ha llegado», pensó Cornelisz, y se desperezó, confiando que aún fuese muy remoto. Hasta entonces solo quería disfrutar y pintar

protegido por ella.

—Hakan, tráeme agua —gritó en medio de la oscuridad, y, como de la nada, apareció un criado y le alcanzó una copa.

Cornelisz siguió dormitando.

Llevaba una vida maravillosa. Esclavos negros se encargaban de su bienestar y le servían pichones con almendras, cuscús con cordero u otras exquisiteces. A menudo acudían músicos y bailarinas y siempre disponía de atuendos blancos y limpios. En el *hamam* un masajista amasaba sus músculos y frotaba su piel con aceites aromáticos y perfume de sándalo y siempre había uvas e higos dulces dispuestos en las mesitas. De noche, cuando Anahid se soltaba el cabello a la luz de las perfumadas lámparas de aceite y se quitaba la aguja de plata que sostenía su vestido, de modo que los suaves tejidos de seda se deslizaban lentamente de sus hombros y por encima de sus pechos y su vientre plano para por fin caer a sus pies como una nube sedosa, aún hoy de vez en cuando creía estar en el Paraíso.

Pero al mismo tiempo se encontraba cada vez más incómodo. Con los años, el hechizo que Anahid ejercía sobre él había disminuido y ella había empezado a tratarlo casi como a un criado. Incluso lo llamaba a su cama de vez en cuando, medio en broma, pero en esos casos no se mostraba muy alegre. ¿Por qué se lo permitía? Él no era su esclavo.

No obstante, cuando no había fumado kif y se sinceraba consigo mismo, sabía muy bien cuál era la respuesta: por comodidad. A veces se despreciaba por ello, pero luego volvía a reprimir esa idea. ¿Qué debía hacer, acaso regresar a Amberes?

En aquel entonces, creyó comprender que su padre lo había apostado todo a una carta y que había hecho trasladar las mercancías de diversas empresas alrededor de África sin el conocimiento de estas. ¡Una jugada increíblemente arriesgada! Y no había salido bien: su audaz padre estaba muerto y las naves se hundieron mientras circunnavegaban África; las cosas no podrían haber salido peor. Él era el último de los Van Lange... ¿acaso debía pagar todos los platos rotos, debía pagar por la ambición de su padre? No viviría lo bastante para satisfacer todas las exigencias, ¡no había vida que durara lo suficiente!

Cada vez que pensaba en el naufragio de la *San Pietro* y en sus consecuencias, tenía la sensación de que en aquel entonces un rayo había partido su vida por la mitad, dividiéndola en un «antes» y un «después».

«No —pensó Cornelisz—, permaneceré junto a Anahid mientras ella me lo permita». Bajo su protección podía pintar, preparar colores y probar sus características y resulta que eso era lo más importante para él. Podía preparar los materiales él mismo, en uno de los patios interiores, como por ejemplo la excelente cola que elaboraba con los morros, las pezuñas y la piel de las cabras. Pero solo lo hacía cuando Anahid no estaba en casa. El humo grasiento que generaba recorría sus

jardines en forma de hedientas vaharadas. Pero la cola era necesaria para formar una base más o menos aceptable para la pintura en tablas normales. Con demasiada frecuencia, los vendedores de madera y los carpinteros ya lo habían engañado, de modo que realizaba esa tarea él mismo. Además, necesitaba la cola para formar la base que haría relucir las subsiguientes capas de pintura. En el caso de los retratos, como encarnado utilizaba un matiz que se asemejaba a la piel y que consistía en diversos pigmentos rojos. Pero si alguna vez pintaba un retrato de Anahid, se vería obligado a escoger otra mezcla de pigmentos, tal vez incorporar un poco de ocre que había encontrado en las empujadas orillas del *oued* Sous. De todos modos, él no imaginaba un retrato sino una imagen divina rodeada de los frutos y los regalos del oasis. En Italia había visto pinturas tan perfectas que nunca dejaba de tenerlas presentes.

Aunque se había jurado a sí mismo que jamás volvería a pisar una nave, el año pasado había acompañado a Miguel a Italia. Sabía que allí se encontraban las obras de arte más extraordinarias, las pinturas más hermosas, los palacios más magníficos cuyas paredes estaban ornadas de frescos y alabastro, e iglesias en cuyas cúpulas resplandecían mosaicos dorados. Hoy se alegraba de haber superado el temor que le causaba el mar, porque sus expectativas se vieron más que cumplidas. En Génova y en Venecia había visto pinturas que ya no podía olvidar. Sobre todo la *Venus dormida*, obra de un tal Giorgione: ¡qué composición, cuánta armonía de color y cuán perfecta la realización! En aquel momento se le presentó la imagen de Anahid como una oscura hermana de esa luminosa figura, por así decirlo, que reposaba desnuda en los blandos cojines de mármol, y entonces dibujó el primer boceto del retrato. Pero desde entonces lo martirizaban las dudas. Estaba convencido de que nunca alcanzaría la maestría del veneciano y, además, entretanto estaba casi seguro de que ni siquiera lograría cumplir con sus propias pretensiones, aunque ya había vendido un par de retratos por un precio bastante aceptable. A los funcionarios portugueses les agradaban sus pequeños paisajes y los enviaban a su tierra natal para que allí dispusieran de una imagen de Al-Maghrebija, la Tierra Occidental o la Tierra del Ocaso, como preferían llamarla los lugareños. Últimamente también había realizado dos retratos por los que obtuvo un precio excelente.

Entonces, ¿por qué se sentía tan insatisfecho? Cornelisz clavó la vista en las estrellas: según decían, allí estaba escrito el futuro, su princesa berberisca y todos los sarracenos estaban convencidos de ello. Afirmaban que los caminos de todos los hombres estaban predeterminados y que aparecían en las constelaciones, aunque a él le habían inculcado exactamente lo contrario desde que era un niño.

Al final, el propio Cornelisz no tuvo que tomar la decisión. Ya al día siguiente, Anahid le informó que la casa se cerraría, que había sido llamada para ocupar su puesto en la familia.

Mientras ella le hablaba de su hogar en el desierto y de los importantes deberes que la aguardaban, ambos paseaban lentamente por los jardines; Anahid acarició una flor, sopesó un limón maduro y rodeó el pequeño estanque en el que todos los días flotaban aromáticos pétalos de rosa. La *sheïka* estaba un poco triste. Se despedía de la casa y también de su libertad e independencia juvenil, pero sin dejar de simular serenidad e indiferencia, tal como le correspondía a una *sheïka*.

Sin embargo, Cornelisz no se dejó engañar. Aunque notaba que ella buscaba consuelo y ánimos, algo que él hubiera podido proporcionarle mediante un amistoso abrazo, se mantuvo distante. Las palabras de Anahid lo habían cogido por sorpresa: una cosa era soñar con encontrar su propio camino o con convertirse en un pintor de éxito o con cualquier otra oportunidad que se le presentara, pero abandonar esa casa era algo muy diferente. ¡De pronto volvía a encontrarse en la calle! Y encima esas preguntas incómodas e inconcretas: ¿qué debía hacer, adónde debía dirigirse? Nunca había vivido solo ni tenido que encargarse de satisfacer sus necesidades, hasta ese momento todo se había arreglado sin su intervención. Anahid sabía lo que la esperaba, siempre lo había sabido, en cambio a él se le abría el suelo bajo los pies.

No obstante, cuando poco después encontró dos habitaciones luminosas en la primera planta de una taberna decente, volvió a recuperar el ánimo. Pagó dos meses de alquiler por adelantado y trasladó sus cosas hasta allí de inmediato. Su casero instaló una cama en su habitación y una mesa en la que podía pintar. Durante los primeros días se sintió desacostumbradamente entusiasmado y Anahid, la joven y hermosa berberisca del lejano desierto y Cornelisz, el pintor, pudieron despedirse como amigos.

Aunque desde que abandonó la casa de Anahid se había acabado el confort, sin embargo Cornelisz estaba de un humor excelente. Ese día incluso superó sus temores y fue a pescar con el capitán Abdallah, tras arrancarle la promesa de que no se alejarían de la costa. Mientras los hombres extendían las redes, Cornelisz contemplaba el mar y realizaba bocetos.

A bordo de la barca del pescador, se inclinó por encima de la baja empavesada y observó que la brillante superficie del mar se rompía bajo la proa y dos cascadas de espuma se deslizaban junto al casco. Solo volvían a unirse detrás de la barca y durante mucho tiempo indicaban el tramo recorrido hasta que las olas apagaban la

fugaz huella.

Ya habían emprendido el regreso y navegaban junto a la costa en dirección al norte, impulsados por una suave brisa. El sol lucía en lo alto y proporcionaba al mar un color irisado de aspecto compacto que supondría un fracaso si intentaba pintarlo, consideró. ¿Es que quizás el mar sería lo único que no podría pintar? Poco a poco, había logrado dominar todos los otros motivos: los orgullosos castillos de arcilla llamados alcazabas y las aldeas a sus pies, los frondosos oasis, las nubes, las dunas del desierto, el cielo, incluso paisajes completos, cuerpos y rostros. Pero el mar se le resistía y Cornelisz volvió a guardar las tizas, los pinceles y las pinturas en el pequeño cofre.

El capitán Abdallah se puso a su lado. De un vistazo comprobó la posición de la vela, del sol y de la cercana línea de la costa vislumbrada a la derecha a través de las brumas. Después le indicó al timonel que modificara ligeramente el rumbo.

«Este hombre sencillo es un buen capitán y pescador, un maestro en su terreno», pensó Cornelisz. Pero él mismo estaba muy lejos de alcanzar la maestría. Cornelisz suspiró. Su incapacidad de captar y pintar el misterio del mar lo enfurecía y, enfadado consigo mismo, clavó la mirada en el mar.

Por primera vez tenía la sensación de poder tomar sus propias decisiones, pero ¿de qué le servía si se veía obligado a preguntarse si como pintor tendría un futuro en esa comarca desértica? No solo se trataba de que la religión islámica prohibiera retratar a las personas, además los lugareños no demostraban el menor interés por la pintura y por eso tampoco hallaba clientes más allá del pequeño grupo de funcionarios portugueses. ¿Acaso no sería mejor que regresara a Flandes? Muchas cosas lo aconsejaban, también los grandes pintores que vivían allí, cuyo arte le hubiese gustado estudiar.

No dejaba de jugar con esa idea, aunque sabía que frente a su regreso al hogar se interponía la fracasada aventura de su padre. ¿Y si fuera a Italia?, se preguntó, tal vez Florencia o Venecia fuesen los lugares indicados para él. Cornelisz volvió a suspirar. La decisión que acabaría por tomar estaba escrita en las estrellas; de momento, su existencia en la Tierra consistía en pintar retratos y pequeños paisajes.

Su siguiente encargo era un retrato solicitado por el gobernador de Santa Cruz para un aniversario. Otro retrato más y en esa ocasión con el uniforme oficial; poco a poco, hacerse retratar por él se convertía en una moda entre los funcionarios portugueses, los encargos iban desde la pequeña miniatura que se podía enviar a la patria hasta los grandes retratos de cuerpo entero destinados a colgar de las paredes de sus propias residencias. Hacía días que debiera de haber empezado a pintar el retrato del gobernador, el portugués era conocido por su generosidad pero no por su paciencia. Enfadarlo era una estupidez, sobre todo porque era la primera vez que Cornelisz debía ganarse el sustento, así que mal que bien, sus bocetos del mar

tendrían que esperar.

A su lado, el capitán Abdallah carraspeó y lanzó un salivazo al agua.

—¿No utilizas una brújula? —dijo Cornelisz iniciando la conversación, una distracción que el pescador siempre apreciaba cuando el mar estaba en calma.

—Alá, que su nombre sea loado, dice que hemos de honrar a los antiguos —dijo el capitán—, porque hace siglos que timonean sus naves con gran seguridad. Por eso, cuando la visibilidad es buena hago lo mismo que ellos y prefiero no perder de vista la costa desde la *Fátima*. Hay ciertos capitanes que todavía creen que los movimientos de la aguja magnética responden a un hechizo o que los espíritus acuáticos harán travesuras con ella.

Se apoyó contra la borda y le lanzó una sonrisa de superioridad.

—Yo no creo semejante cosa, desde luego, pero al fin y al cabo he aprendido que grandes objetos de hierro como el ancla, por ejemplo, afectan la aguja de la brújula y pueden desviarla de su dirección normal. En cambio, la tierra siempre está ahí donde debe estar y donde siempre ha estado, gracias a Alá. Utilizar lo nuevo pero no olvidar lo viejo, eso es lo que hacen todos los buenos marinos.

—Eres un hombre sabio, Abdallah. Dime por qué el agua a veces nos parece tan pacífica, pese a que conocemos su fuerza destructiva.

El capitán solo reflexionó un momento.

—¿Quieres que te explique por qué Alá nos envió los diluvios, *sîdi*? Porque no fue la lluvia la que inundó la Tierra, tal como cree todo el mundo, sino el mar. Como incluso sabes tú, que eres un extranjero y provienes del lejano norte, la Tierra es una esfera y por tanto su superficie es curva. Y también sabes que las aguas siempre caen desde lo alto hasta las profundidades, ¿verdad? —dijo Abdallah alzando un dedo—. Sí, así es. Cuando Alá, el Todopoderoso, el Omnisciente, está satisfecho con los seres humanos, entonces contiene las aguas. Pero si está airado, las suelta y retira su mano. Entonces toda el agua cae desde las alturas, inunda las costas y toda la Tierra, y apaga la vida.

El capitán le lanzó una sonrisa irónica y le guiñó un ojo, y miles de arrugas surcaron su rostro moreno.

Cornelisz rio.

—¡Me alegro de que, de momento, Alá no tenga nada que reprocharnos a nosotros, los humanos!

Entonces cogió una hoja de papel y su pequeño cofre con sus lápices, pinceles, tizas y carboncillos.

—Solo un momento, capitán —rogó, e inmediatamente comenzó a preparar la base.

Esparció ceniza de madera en el papel, juntó saliva y escupió varias veces sobre

el papel; después distribuyó la mezcla de manera pareja para que luego las líneas del carboncillo se destacaran más y empezó a dibujar con trazos rápidos. La silueta del capitán, las estructuras de la barca, unas sombras, el carboncillo emborronado con el dedo y ya se apreciaba una imagen. Completó el fondo con un poco de azul de ultramar indicando el cielo y el mar. Después hizo lo mismo con tiza y ocre molido fino para colorear el rostro, el mástil y la cubierta antes de añadir finas rayas para crear la luz y las sombras.

El capitán Abdallah lo observó mientras trabajaba y lo elogió por haber retratado la realidad con tanta precisión.

—¡Tu mano es flexible y diestra como los delfines que juegan en la ola de la proa, *sîdi*!

«Realizar buenos dibujos con trazos rápidos no resulta difícil, la verdadera dificultad reside en la pintura al óleo, sobre todo en los retratos», pensó Cornelisz a la mañana siguiente. ¡Y muy especialmente cuando se trataba de un encargo oficial de un funcionario de la Corona! Torció el gesto, pero fue inútil: tenía que ponerse manos a la obra, su caja de caudales pronto estaría vacía.

De momento, su atuendo no era lo que se diría presentable, así que Cornelisz pidió prestada una chilaba limpia al casero, se dirigió a la tienda del barbero y por fin emprendió camino a la fortaleza, la residencia oficial de *dom* Francisco des Castos, señor de Santa Cruz, administrador real, gobernador, cobrador de impuestos y comandante del puerto.

El mayordomo de la residencia lo recibió con arrogancia y frialdad, y lo condujo a lo largo de interminables pasillos.

—Hubiese sido aconsejable que os hubierais anunciado, *senhor* Van Lange, hace semanas que *dom* Francisco os aguarda y no está dicho que en este momento disponga de tiempo para haceros de modelo para su retrato, puesto que no dejan de producirse nuevos ataques de los saadíes y es urgente que nosotros, quiero decir *dom* Francisco, se encargue de esas hordas de jinetes del desierto.

Cornelisz ya conocía a ese hombre quien, con su nariz puntiaguda, la cabeza prácticamente calva y las prendas de color gris pardusco le parecía un buitre. Le gustaba inmiscuirse en asuntos que no le incumbían y le caía mal a casi todo el mundo. Pero nada se le escapaba y tenía poder e influencia, tanto allí como en la corte de Lisboa.

—En ese caso, debierais informarle de mi presencia cuanto antes —replicó Cornelisz en tono firme—. Hoy solo requeriré escasos momentos de su precioso tiempo.

Quizás el hombre esperaba un soborno para dejarlo pasar, pero incluso si el contenido de su talego se lo hubiese permitido, Cornelisz no tenía intención de

cumplir con lo que supuestamente acostumbraban a hacer en la fortaleza.

Sin embargo, el gobernador y principal cobrador de impuestos del joven rey portugués en las colonias situadas a lo largo de la costa marroquí disponía de tiempo para atender a su pintor. Con los brazos abiertos y radiante de felicidad, se apresuró a saludar a Cornelisz con mucha cordialidad.

—¡Bienvenido, querido *mestre*, bienvenido! ¡Cuánto me alegro de veros con ese aire emprendedor y dinámico! De inmediato os haré servir una buena copa de vino. Tomad asiento, os lo ruego. Estaba seguro de que no podíais haber olvidado vuestra promesa de realizar un retrato mío, y me complace que por fin nos pongamos manos a la obra.

Cornelisz sabía que *dom* Francisco era amable y exaltado pero bastante impenetrable. A juzgar por su aspecto, podría tratarse de un sencillo terrateniente, pero en realidad pertenecía a la nobleza. Le era absolutamente fiel a su rey, lo cual no impedía que se dejara pagar por hacer pequeños favores en dinero contante y sonante.

Con ese retrato, Cornelisz intentaría recorrer nuevos senderos artísticos, lo cual suponía un riesgo considerable puesto que se trataba de un encargo oficial. Hacía tiempo que fantaseaba con apartarse de lo trillado y copiar todo, incluido el fondo, el rostro y la postura del cuerpo del natural. En Italia había visto numerosos y magníficos ejemplos de ese estilo. Además había descubierto que el aspecto natural de las personas no tenía nada de falso ni engañoso, pero la pomposidad simbólica, sí. Se imaginaba la forma básica como un triángulo, una composición nítida pero que sin embargo parecía casual, capaz de expresar tensión y armonía en la misma medida. Hasta entonces había probado la nueva manera de pintar en cuadros sin importancia, por ejemplo algunos dibujos y bocetos de pescadores y jornaleros. Pero esperaba que ese encargo, el retrato del gobernador, mereciera la pena y no solo desde el punto de vista artístico. Para ello primero era necesario ganarse la confianza de *dom* Francisco y convencerlo de que confiara en la idea de su retratista, porque era de suponer que el portugués sugeriría que lo pintara en una pose señorial, pomposa o incluso guerrera que realizara su importancia como gobernador. *Dom* Francisco adoraba las alegorías y cuanto más exageradas, mejor: Cornelisz lo tenía claro desde la primera conversación entre ambos. Así que convencer al portugués de cuánto más creíble resultaría una pintura del natural dependía de la habilidad diplomática de Cornelisz. ¿Cuántas concesiones tendría que hacerle, cuánto debía halagarlo sin desvelarle su propia idea?

—Empecemos por decidir lo siguiente: ¿deseáis que pinte vuestro retrato en un lienzo o una tabla? —dijo Cornelisz—. No, perdonadme, pensándolo bien, preferiríais un lienzo. Es verdad que es más caro que la madera, también porque sobre una base de lienzo tendré que emplear matices y pinceles más finos, lo cual significa materiales más costosos. Pero en todo caso, incluso vuestro sustituto, el *senhor* De Sorrámo, ya ha hecho pintar su retrato en un lienzo. Supongo que vos

también querréis lo mismo, ¿verdad?

El gobernador rodeó su pomposo escritorio y su excesiva ornamentación de oro y carey, y tomó asiento en su sillón.

—¿Más fino y más preciso, decís? Eso suena bien. ¿Así que Sorrámo, mi joven interino, también ha optado por un lienzo? Vaya, vaya... Pero ¿qué pasa con la durabilidad? Porque no quisiera que un día mi retrato parezca mayor que yo —dijo, y soltó una sonora carcajada.

Cornelisz lo imitó cortésmente.

—No os preocupéis, gobernador. Por cierto: desde hace un tiempo los grandes pintores italianos solo usan lienzo, es... cómo decirlo... más moderno.

—Bien, apreciado *mestre*, utilizaremos un lienzo. ¿Y el tamaño? ¿La pose? Como gobernador del rey tal vez debiera ser representado de un modo distinto al de mis subordinados, ¿no creéis? Más importante y significativo, más propio de mi cargo, si es que me comprendéis. ¿Tenéis una sugerencia, quizá?

Cornelisz bebió un trago del vino joven que un criado le acababa de servir. Había llegado el momento de jugárselo el todo por el todo.

—Durante mis viajes por Italia he visto numerosas pinturas excelentes, gobernador, realmente soberbias, y comprobé que en la actualidad se tiende a trabajar con alusiones sutiles, sobre todo en el caso de un retrato. La pintura se aplica de un modo más ligero y delicado que hace unos años, y precisamente así se obtiene un efecto duradero. Un día descubrí un cuadro realmente maravilloso en Génova; al principio no me llamó la atención, pero al examinarlo con mayor detalle resultó ser un retrato perfecto: en esa obra del maestro flamenco se notaba el peso de la responsabilidad con el cual cargaba el hombre retratado, pero también su voluntad de poder. Era un retrato del príncipe de Génova, el gran Andrea Doria.

Dom Francisco hizo sonar la campanilla para llamar al criado y le ordenó que trajera fruta y pastas.

—Continuad, apreciado *mestre*, soy todo oídos.

—Ese retrato en el que el príncipe aparecía sentado en un sillón de color púrpura, casi un trono, irradiaba fuerza y dignidad, pese a ello me resultó fascinante gracias a su naturalidad.

¿Había hallado las palabras correctas? El gobernador deslizó la mano por encima de la fuente donde reposaban las uvas, como si la elección requiriera toda su atención.

—Se trata de un retrato donde el sujeto aparece sentado en un sillón semejante al que vos ocupáis —se apresuró a proseguir Cornelisz—. Dirige la mirada a quien lo contempla, una mirada fría casi severa y a sus espaldas se ve el puerto repleto de naves de guerra. Era muy impresionante.

—Uno puede albergar diversas opiniones sobre Doria, pero a mis oídos lo que

vos describís suena a un retrato de un gran estratega y comandante, ¿verdad?

Así que había escuchado con atención, en efecto.

—Correcto, esa fue exactamente mi impresión —contestó Cornelisz.

—En la planta superior hay una habitación que ofrece una vista del puerto e incluso de toda la bahía y que me parece indicada como fondo. Así que si realizarais mi retrato en el estilo que acabáis de describir, entonces todos apreciarían que gozo de amplitud de miras y de poder, ¿no? Del poder de imponer todos los mandatos y programas reales, ¿verdad? ¿Y ello sin símbolos adicionales? La idea me gusta. ¿Cuándo podemos empezar?

—Con vuestro permiso, me gustaría ver la habitación que mencionasteis para examinar las condiciones de la luz. Después tendré que encargarme de conseguir el lienzo y preparar las pinturas.

Pero *dom* Francisco no demostró mayor interés por los detalles y se puso de pie.

—Bien, bien, de momento haré que os entreguen un adelanto, pues supongo que tendréis gastos; al fin y al cabo, los pintores nunca disponen de mucho dinero, ¿o acaso sois la célebre excepción a la regla?

Cornelisz salió al pasillo, seguido de las sonoras carcajadas del gobernador.

Cornelisz se dirigió a la habitación donde pintaría a *dom* Francisco; atravesó diversos salones, huecos de escalera y pasillos del *castelo*. Las paredes y el suelo estaban revestidos de azulejos blancos y azules, frescos y alfombras multicolores. En cambio la propia habitación de paredes blancas y desnudas parecía la celda de un monje asceta.

Desde las ventanas se veían las naves del puerto, la amplia bahía de resplandeciente arena y las largas olas coronadas de espuma. Cornelisz miró en torno.

«Sí —pensó, satisfecho—, esta habitación irradia algo positivo».

Introdujo la mano bajo la chilaba y extrajo su amuleto de plata que colgaba de una tira de cuero alrededor de su cuello.

—Este *gris-gris* alberga tanto los poderes de los antiguos como los de Alá —antaño había dicho Anahid—. Un orfebre y hechicero negro lo realizó hace mucho, mucho tiempo. Has de llevarlo siempre contigo para que te proteja de los poderes malignos.

Pero ni el significado místico ni la persona que lo había regalado eran lo que convertía ese trozo de plata en algo importante para él: lo que lo fascinaba era más bien la forma del colgante surgido del taller de un desconocido orfebre del desierto. Quería que fuera la base de su nuevo retrato: un triángulo perfecto.

Solo tras varios días de búsqueda, Cornelisz logró hacerse con el lienzo idóneo en

la tienda de un comerciante, lo había lavado y secado, cortado y montado en el marco. Con una mezcla de tiza y finísima arcilla amasó un terrón de color rojo claro al que luego añadió agua para crear una masa capaz de ser extendida. Comprobó minuciosamente el tono y la consistencia antes de escoger un pincel de pelos especialmente suaves y aplicar la base en el lienzo con movimientos veloces. Trabajó con rapidez, porque antes de que la mezcla coloreada se secara debía eliminar todos los rastros del pincel con un paño. Repitió el proceso tres veces porque obtener una base lisa, fina y ligeramente coloreada resultaba imprescindible.

La puerta y las ventanas de sus habitaciones en la primera planta de la taberna daban a una galería que circundaba el patio interior de la casa. Pese a que todo estaba abierto de par en par, ese día hacía calor y el ambiente era húmedo, no corría ni una brisa y el cabello se le pegaba a la cabeza. No obstante, se sorprendió al comprobar que trabajaba con mucha concentración. Se sentía entusiasmado y no sintió nostalgia, incluso cuando el calor le trajo a la memoria los aireados y sombreados patios interiores de la casa de Anahid. De una de las alforjas de cuero donde guardaba sus pertenencias sacó las botellitas de aceites y resinas necesarias para fijar las pinturas. Cogió los envases, bolsitas y jarros de arcilla que contenían las diversas tierras, trozos de piedra y otros pigmentos, comprobó todo y los dispuso en la mesa unos juntos a los otros. Hacía mucho tiempo que no empleaba ciertos colores, otros estaban casi agotados y de otros más solo había poseído pequeñas cantidades desde un principio. Además de la preparación práctica, dicho examen cumplía la función de crear el ambiente de cara a la tarea y se desarrollaba según un ritual que le agradaba.

Hubiese preferido empezar de inmediato, pero el sol que ya se ponía le indicó que debía aguardar hasta el día siguiente. Primero volvería a reunirse con Miguel después de mucho tiempo. Su amigo había llegado ayer al puerto de Santa Cruz y enviado un mensaje. Se alegraba de verlo: pese a lo distintos que eran, se sentía muy unido al capitán.

El capitán Miguel de Alvaréz abandonó el palacio de la comandancia. Estaba muy satisfecho: *dom* Francisco, el gobernador, había comprobado todos sus argumentos y por fin le dio su acuerdo. No merecía la pena mencionar el pequeño soborno que le exigió para su caja de caudales privada.

Durante un buen rato, el capitán paseó por el sombreado parque antes de abandonar la amurallada fortaleza y emprender el camino al puerto. Como siempre, allí reinaba un gran ajetreo: golpes de martillo, chirrido de sierras y una gran multitud. Carpinteros y veleros, herreros y calafates trabajaban en las naves, los estibadores recorrían las planchadas entre el muelle y los barcos descargando panzudos navíos mercantes.

Allí en Santa Cruz, a los pies del Djebel El-Moun, uno se topaba con personas de todo el mundo: ingleses y españoles, berberiscos y árabes, gigantes rubios del norte y un montón de portugueses, claro está. Algunos eran comerciantes, otros pescadores o artesanos, pero la mayoría eran marineros y navegaban en los barcos portugueses que recorrían la costa africana. De día y de noche, el puerto se llenaba de una agitada multitud y en las callejuelas y las pequeñas tiendas se regateaba y se vendía, se peleaba y se trabajaba duro. En ese puerto comercial era posible obtener cualquier producto: especias, marfil y pescado, cereales y sal, oro, piedras preciosas y plata... y seres humanos.

También él ya había comerciado con todas esas mercancías. Algunas veces también había transportado esclavos desde las bases portuguesas meridionales situadas en la costa africana hasta Al-Maghrebija, pero en realidad dicha actividad le disgustaba profundamente. Los pobres desgraciados se mareaban a bordo, vomitaban de miedo incluso cuando el mar estaba en calma y morían como moscas, lo cual no suponía ningún milagro, puesto que los encadenaban tendidos de espaldas, los hombros contra los pies para que ocuparan poco espacio, como pescados en una caja. A ello se sumaba el hedor bestial de más de trescientos cuerpos obligados a tumbarse en sus propios excrementos y vómitos. Por desgracia, un capitán autónomo no siempre podía escoger sus empleadores y su cargamento; debido a ellos, de vez en cuando se veía obligado a transportar esclavos para asegurar el mantenimiento de su nave.

Sin embargo, últimamente ya no transportaba un cargamento viviente; no lo hacía desde que el año pasado había descubierto el inagotable triángulo, tal como él lo denominaba: primero transportaba la seda de su agente de Malta —junto con el algodón de Egipto— hasta Al-Maghrebija para que fueran teñidos. También cargaba sal en su nave que, además de la tintorería, también resultaba necesaria para los pescadores de Marruecos y diversos clientes del sur de Francia. Navegaba a España y

a Francia con las telas teñidas, donde entre otros productos adquiriría tabaco, esa hierba procedente del Nuevo Mundo que lograba vender en todos los puertos que tocaba obteniendo pingües ganancias. Además, cargaba pieles en Francia y también algunos toneles llenos de pescado seco oriundo de las tierras del norte. Luego transportaba dicha carga a Egipto, donde volvía a comprar telas de algodón antes de regresar a Malta.

Además de grandes beneficios y contactos útiles, ese sistema le proporcionaba buena fama y una conciencia tranquila. Solo los miserables corsarios —esa plaga cada vez mayor— últimamente suponían un peligro importante. Con frecuencia muy a menudo, solo podía recorrer su ruta formando parte de un convoy de diversos navíos mercantes o incluso bajo la protección de las galeras de guerra venecianas, lo cual costaba un montón de dinero.

—*Bom dia, mestre.*

Miguel entró en el oscuro taller de un cordelero. Una espesa nube de polvo danzaba en el único rayo de sol que apenas iluminaba el largo y estrecho taller.

—La *Santa Ana* necesita nuevos cabos para los obenques y el ancla. ¿Puedo enviaros a mi contraamaestre? —exclamó en medio de la penumbra.

—Ah, capitán Alvaréz, *bom dia* —le respondieron desde la oscuridad—. Desde luego, enviadme al salvaje de vuestro Luis. Ya nos arreglaremos.

«Este es mi mundo», pensó Miguel satisfecho, y siguió su camino: el corazón de un marino late en el puerto, allí palpita su sangre. Dos comerciantes pasaron apresuradamente a su lado hablando en voz alta y Miguel aguzó el oído.

—¡Al parecer, ese perro de berberisco se ha aliado con la tribu de los ma'qil! Dicen que así logra controlar todo el comercio de la caña de azúcar. *Mãe de Deus*, ¿adónde iremos a parar?

Semejante información valía su peso en oro. Cualquier cambio en las relaciones de poder, cualquier nuevo evento o nombre podían resultar muy importantes para un capitán independiente como él. *Dom* Francisco, el gobernador, le había informado que el cabecilla de esos rebeldes berberiscos, el *sherif* de Tagmaddart, un tal Muhammad Al Qa'im, quería construir una fortaleza en los alrededores con el fin de poder atacar Santa Cruz con mayor facilidad y quizás ocuparla en algún momento futuro. Secretamente, Miguel consideró que era un plan astuto, al menos desde el punto de vista de los saadíes; en cambio, el comandante se había puesto furioso, desde luego.

Tanto a lo largo de la costa como en ese bonito lugar los problemas no dejaban de repetirse cuando a los audaces saadíes montados en sus camellos les picaba la mosca y avanzaban belicosamente con el fin de arrojar al mar a los portugueses. Pese a que cada vez se habían vuelto a marchar bastante baldados, siempre volvían a intentarlo,

de momento sin éxito, gracias a Dios. Si un día lo lograsen, las consecuencias eran inimaginables. Es verdad que hasta entonces *dom* Francisco había logrado rechazar todos los ataques y quería reclutar más soldados para mayor seguridad, así que Miguel debía arreglárselas para que, llegado el momento, él y su tripulación estuvieran en el mar, fuera del alcance del comando de reclutamiento portugués, cuya intención era engrosar sus tropas con soldados reclutados a la fuerza.

Pero ese día estaba demasiado excitado y feliz para preocuparse seriamente por algo. *Dom* Francisco no solo no se opuso a su boda, ¡incluso le había deseado buena suerte! Miguel inspiró el aire salado, cargado del aroma a carbón y tea, cruzó los brazos en la espalda entre los pliegues de su amplia chaqueta y se abrió paso entre las personas, los montones de leña, los bultos de tela y los sacos. Alguien lo saludó.

—Con Dios, capitán, veo que la *Santa Ana* está anclada en el muelle. ¿Cuándo volvéis a partir?

—Pronto, amigo mío, pronto —dijo Miguel, lo saludó con la mano y siguió a toda prisa.

Su meta no era su bonita casa situada en el otro extremo de la ciudad en la ladera de la montaña, donde el aire era fresco y la vista abarcaba el puerto y el mar, más bien eran las mejores tabernas situadas al pie de la alcazaba, en un jardín árabe.

—¡Cornelisz! —exclamó al entrar en la cantina y ver a su amigo, y se quitó el birrete de la cabeza—. ¡Te saludo, viejo amigo! ¡Traed una jarra de vuestro mejor vino, señor tabernero, hay algo que celebrar!

El tabernero, un hombre viejo que se teñía la barba blanca con alheña, se acercó con actitud servil y le guiñó un ojo.

—A que el capitán ha hecho buenos negocios, ¿verdad? *Alhamdullillah*, gracias a Dios, Alá gusta de ayudar a los diligentes. Os serviré vino de inmediato y si deseáis comer, tengo brochetas de carne en el fuego.

El suelo de arcilla apisonada de la cantina, sobre el que se apoyaban varias mesas y bancos de madera, estaba pulido y recubierto de juncos frescos. Por encima de un fogón abierto colgaban varias perolas en las que hervían guisos y sopas y en una tabla de madera había una pila de pan árabe recién horneado. Todo parecía limpio y sabroso y despedía un aroma seductor.

—Tal vez más tarde —dijo Miguel, y tomó asiento en un banco junto a su amigo. Sus ojos azules lanzaban chispas.

—¡Que Dios me maldiga —gimió entre risas—, esos funcionarios escribientes son aún peores que un saco de pulgas! Pero ya está todo arreglado —añadió, y palmeó a su amigo en el hombro.

Cornelisz le lanzó una mirada interrogativa. Como siempre, llevaba una chilaba por encima de una camisa de fino algodón, sencillas sandalias de cuero y daba la impresión de que el calor del día no lo afectaba.

—Pareces contento —dijo Cornelisz, contemplando a su amigo—. Como una gata que por fin ha encontrado el cuenco de nata.

—¡Una excelente imagen! —dijo Miguel, riendo. Se sirvió una copa de vino y, con una sonrisa, añadió—: Presta atención a la buena noticia, amigo mío: estás contemplando a un hombre feliz dispuesto a confiarle a su bella el corazón y la mano, poner su vida a sus pies, por así decir. ¡Nada se interpone a mi boda! ¿Qué te parece?

—¿He oído bien? ¿De verdad quieres asentarte y jurarle lealtad a una única mujer? —preguntó el rubio en tono un tanto burlón y arqueando las cejas—. ¡Ten en cuenta, amigo mío, que no eres un musulmán, así que no podrás tener cuatro mujeres! ¿De verdad estás dispuesto a abandonar todas tus, bien... digamos bonitas costumbres?

Miguel soltó una sonora carcajada.

—¡Sí, eso quiero, Cornelisz, eso quiero! ¡Esas épocas han pasado, ahora quiero sentar cabeza!

—Si eso es lo que realmente quieres, beberé a tu salud y te deseo una vida feliz como esposo y padre de familia. Que Dios te bendiga y te proporcione suerte y riqueza.

—Gracias.

Ambos vaciaron la copa de un trago. Al oír las palabras de su amigo, el rostro del capitán Alvaréz enrojeció. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—He oído decir que la *sheika* ha regresado a su tierra natal —comentó.

—¿Anahid? Sí, así es, Deberes familiares, ¿comprendes? Pero entre nosotros, resultó bastante conveniente —dijo Cornelisz con una risita un poco abochornada—. Ahora por fin he de ocuparme seriamente de la pintura si quiero ganarme el pan. ¿Y quieres que te confiese algo? ¡No se me da nada mal! Recibo encargos y me gano un buen dinero, resulta muy satisfactorio y me gusta. Y encima me permite hacer varios experimentos y variar de estilo. Descubrir cosas nuevas... es casi como un juego.

«El trabajo como un juego: nadie lo ve así», pensó Miguel: era algo que diferenciaba a este muchacho de los demás, pero a lo mejor era un punto de vista adecuado para un pintor; estos debían traducir todo a otro lenguaje, por así decir, en el de los colores según le había dicho Cornelisz. Según su opinión, Cornelisz lo lograba bastante bien y tal vez se debía justamente a esa facilidad juguetona; puede que en ese joven que antaño había cargado a la espalda como si fuera un perro cojo se albergara un auténtico maestro. Cuando él, Miguel, contemplaba un cuadro pretendía aprender algo, ver algo edificante: la Virgen, los apóstoles o un ángel. El primero que le abrió los ojos fue Cornelisz, explicándole el significado de los colores y el simbolismo de los gestos, o indicándole los errores de perspectiva con respecto a un punto de fuga. A partir de entonces, cuando contemplaba las antiguas imágenes de los altares, estas le resultaban tiesas e irreales.

Cornelisz le rozó el brazo e interrumpió sus cavilaciones. Al parecer, había continuado hablando sin que Miguel se diera cuenta.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te pregunté quién es tu adorada. ¿De dónde es, cómo es? ¿Cuándo pensáis casaros? ¿Acaso no se alegra muchísimo de no tener que compartir su nuevo hogar con una suegra? Y, además, ¿qué opina de tu casa? Seguro que pretenderá que la amplíes o al menos que compres muebles nuevos, ¿no?

Miguel alzó las manos para detener sus preguntas.

—Verás, en realidad aún no he hablado con ella. Hasta ahora no tuve oportunidad de hacerlo o me faltó el valor. Aunque creo que me aprecia y en todo caso le agrada encontrarse conmigo. Por las dudas, opté por arreglar todo aquí primero y ahora partiré a Mogador con el permiso del gobernador en el bolsillo para celebrar la boda. Allí empezaré por hablar con su padre el *sherif*. Tiene que salir bien porque —y esto solo te lo digo a ti— mi máximo deseo es convertir a esa mujer en mi esposa. Has de desearme suerte, Cornelisz.

—¿A Mogador? ¡Vaya! —contestó el pintor, que de pronto aguzó los oídos—. ¿Acaso se trata de la famosa tintorera de la púrpura? ¡Te felicito! ¡Así que no solo parece tratarse de fundar una familia sino al mismo tiempo de establecer un lucrativo vínculo comercial!

Ante dicha imputación, Miguel reaccionó con una carcajada.

—¿Por qué crees que puedo invitarte a una jarra del mejor vino? Pero hablando en serio, te revelaré un secreto: ¡incluso si mi *lâlla* Azîza solo fuese una de esas pobres vendedoras de hierbas o una cabrera, también querría casarme con ella! Es una mujer especial y he perdido mi viejo y curtido corazón de marino por ella. Con solo pensar en ella me tiemblan las rodillas, que lo sepas.

Cornelisz calló. Tras esa explicación del a menudo grosero Miguel sobraban los comentarios, en especial esos comentarios burdos tan habituales entre los hombres. Miguel estaba realmente enamorado; Cornelisz jamás hubiera creído que fuera capaz de ello.

—Bajo tu duro caparazón se oculta una buena persona. Apuesto a que ella no puede menos que amarte a su vez —dijo en tono conmovido.

Entonces Miguel extrajo un segundo paño de su ancho cinturón, miró apresuradamente en torno para comprobar que nadie lo observaba y desplegó la tela con cuidado. Sus grandes manos de uñas agrietadas protegían el contenido de las miradas curiosas.

En la mesa ante ellos apareció un anillo de oro ancho y pesado, decorado con un motivo de zarcillos y con un rubí cuadrado de un profundo color rojo en el centro. Un rayo de sol cayó sobre la mesa a través de la pequeña ventana y avivó el fuego albergado en el interior de la piedra preciosa.

—Proviene de la isla de Lanka, en el océano Índico. ¿Crees que le gustará?

—¿Qué mujer podría resistirse ante semejante piedra? —respondió Cornelisz en tono firme.

Con el color rojo llameante del rubí aún presente, Cornelisz se dispuso a revisar y ordenar sus utensilios de pintura. La botellita que contenía la laca rojo rubí estaba casi vacía, ya lo había constatado ayer. Luego, silbando en voz baja, dispuso el mortero tallado de dura madera de tuya con su mano de mortero —cuyo peso resultaba tan agradable— en la mesa. Mediante el mortero los minerales se podían convertir en un fino polvillo y mezclarlo con los aceites correspondientes para formar una pasta blanda. Hacía años que utilizaba el mortero pero la madera aún despedía un aroma especiado. Las tuyas enclenques, que rara vez superaban la altura de un hombre, crecían a lo largo de toda la costa pese al omnipresente viento. Sus troncos torcidos apenas servían para construir naves o casas, pero los carpinteros y los artesanos usaban la madera aromática para crear bonitos cofres tallados y tapas de envases, platos y cajas, y también morteros. Los más diestros incluso realizaban delicadas obras de marquetería, combinando la madera con carey, marfil y palo de rosa y creando tablas de mesa únicas y objetos semejantes.

Después había que comprobar los aceites. Cornelisz cogió una botellita de cristal tras otra, eliminó la capa de aceite que las cubría y las dispuso en la mesa una junto a la otra. Tenía provisiones suficientes del fino aceite de nuez empleado por todos los grandes maestros y también de la resina soluble en agua procedente de la acacia africana. Pero en las botellitas solo quedaban restos, tanto del aceite de amapola como del de girasol de secado más rápido. Sin embargo, entretanto había hecho experimentos de excelente resultado con el aceite de las nueces de argán que crecían en los pinchudos árboles del *oued* Sous y en la zona meridional de la costa. Así que no tenía importancia si obtener aceite de amapola resultara difícil, porque el aceite de argán era obtenible en todas partes.

Examinó sus tarros de colores y sus saquitos de tela y los abrió. Allí había blanco de plomo para darle luz a una imagen y almagre para darle un color natural a la piel. Otros saquitos contenían diversos tonos de ocre, desde la aburrida sombra de Chipre, pasando por el bitumen del mar Muerto hasta la tierra de Siena rojo pardusca. Debido a los numerosos bocetos del mar —tal como quedó demostrado, lamentablemente muy poco satisfactorios—, las provisiones de pigmentos azules y verdes también se habían reducido. Al recordar los innumerables e inútiles intentos de descifrar el misterio del mar en el lienzo, Cornelisz lanzó un suspiro.

En general, quien se encargaba de cubrir su necesidad de *smalte* —ese cristal de Murano de un profundo color azul— era Miguel, quien también solía traerle bolas de *piuri*, el amarillo indio especial, desde los remotos puertos del Mediterráneo oriental. No obstante, de momento tendría que conformarse con otra cosa, puesto que Miguel acababa de partir a Mogador y tardaría un tiempo en volver a emprender viaje. Solo

cabía confiar en que *dom* Francisco no pretendiera que lo retratase envuelto en un abrigo rojo o azul.

A Miguel le hubiese gustado que lo acompañara a Mogador para presentarle a su futura esposa y su familia, pero por desgracia resultaba imposible. Aunque Mogador solo se encontraba a un día de viaje, de modo que podría regresar pronto, *dom* Francisco no era conocido por su paciencia. Aparte de eso, él también se moría de ganas de empezar a pintar el retrato, dado que los preparativos prácticamente habían llegado a su fin. Mañana mismo saldría en busca de los colores que le faltaban y esa tarde empezaría a elaborar el boceto. Pero primero se recompensó fumando una pipa: el casero le había vendido kif de buena calidad, originario de uno de los valles del desierto.

Cornelisz se tendió en la cama, fumando y tanteando su *gris-gris* y reflexionando sobre la perfección del triángulo: albergaba tanto la tensión como la calma. Sentía que escoger esa forma para la composición básica del retrato era la decisión correcta. Pese a que en ese caso más bien se trataba de un trabajo de encargo no deseado, no dejaba de considerarlo como un reto artístico. Ese retrato significaba algo para él. Gracias a las innovaciones imaginadas, en comparación con sus otros retratos causaría sensación.

Se enfrentaba a las próximas semanas con alegre expectativa.

«Mi vida ha dado un giro curioso», pensó: desde que ya no estaba al cuidado de Anahid y sus diligentes criados no se apresuraban a cumplir cada uno de sus deseos y en cambio él debía encargarse de su sustento y su albergue, tenía la sensación de estar más cerca de la realidad.

Salió a la galería y se desperezó.

Con el adelanto del comandante pagaría dos meses de alquiler, después visitaría el *hamam* con la conciencia tranquila y más tarde se daría el lujo de disfrutar de una buena comida y un buen vino. Y entonces empezaría a trabajar.

Estaba absolutamente satisfecho consigo mismo.

De pronto oyó un griterío a sus pies: maderas que se astillaban, cristales que se rompían y hombres que maldecían y rugían. Cornelisz vio volar bancos y jarros al patio interior a través de las ventanas de la cantina. Hassan, el tabernero, estaba de pie entre los escombros, suplicando la ayuda de Alá con las manos alzadas.

—¿Qué ocurre, Hassan? ¿Quieres que te ayude a restaurar el orden? —gritó Cornelisz, que ya se disponía a bajar las escaleras.

—¡No, por Alá! —exclamó el tabernero alzando la vista—. ¡Quedaos donde estáis, *sîdi*!

Demasiado tarde, Cornelisz notó que un par de hombres forzudos de aspecto poco confiable bajo las órdenes de un comandante portugués ya conducían a unos hombres

fuera de la taberna con las manos maniatadas en la espalda y los obligaban a montar en un carro.

«¡Reclutadores! —pensó, espantado—. ¡Los portugueses están realizando reclutamientos forzosos!». Ya había oído rumores al respecto, pero jamás supuso que un día presenciara con sus propios ojos como unos pobres desgraciados eran obligados a formar parte del ejército portugués.

Cornelisz se dirigió a la escalera en el acto, con el fin de ocultarse en el techo, pero como de la nada, de repente aparecieron dos soldados a sus espaldas, lo aferraron, lo maniataron y lo sujetaron con toscas cuerdas.

—¡Soltadme! No soy soldado ni marinero, soy pintor. ¡No podéis obligarme a formar parte de vuestras tropas, yo pinto cuadros! ¡*Dom Francisco*, vuestro comandante, acaba de encargarme un retrato!

Los soldados se limitaron a reír.

—Y yo soy la favorita del sultán —exclamó uno de los reclutadores en tono sarcástico y gesticulando como una mujer—. Me aguarda anhelosamente.

—¡En este momento yo tampoco tengo tiempo, tengo la comida en el fuego! —se burló otro. Ambos festejaron sus bromas y también rieron ante la violenta resistencia ofrecida por Cornelisz.

Pero pese a retorcerse y tironear de las cuerdas, los hombres lo obligaron a avanzar entre los restos de madera y cristal, a través de charcos de vino derramado y la cantina hecha escombros hasta la calle, donde aguardaba el carro.

—Deja de resistirte, camarada, contigo son justo una docena. Hoy ya podemos dejar de trabajar —gruñó uno de los soldados, pero Cornelisz clavó los talones en el suelo. Sin embargo, antes de que pudiera evitarlo, un violento puntapié en la espalda lo lanzó sobre el carro donde aterrizó entre los pies sujetos con cuerdas de los demás.

Varios carros se detuvieron ante la puerta de la fortaleza. Además de Cornelisz, los comandos de reclutamiento habían atacado y raptado a treinta y tres involuntarios más en la calle, en los burdeles o en las tabernas, para que en el futuro lucharan por la corona portuguesa.

Cornelisz seguía resistiéndose a voz en cuello.

—Hablad con *dom* Francisco y convenceros vos mismo de que me han encargado oficialmente pintar su retrato. Si no queréis preguntárselo al gobernador, dirigíos a su mayordomo o a su sustituto —gritó, procurando convencer a los soldados, pero estos pasaron por alto sus palabras, como también las maldiciones de los otros reclutados a la fuerza.

Los trasladaron a la fortaleza donde recorrieron un laberinto de oscuros pasillos y fueron encerrados en celdas húmedas y oscuras, diez hombres en cada celda. Durante dos días no les proporcionaron agua ni comida y por más que aporrearan las puertas y gritaran, nadie les hizo caso. Los prisioneros estaban muy apretujados, de manera que no todos podían tumbarse en el suelo a la vez y algunos debían permanecer de pie o acurrucarse contra los muros mientras los otros dormían.

El tercer día por fin se abrió la puerta de la celda y la luz de unas antorchas iluminó a soldados fuertemente armados quienes, apostados lanza en ristre frente a la puerta de la celda, evitaban que ninguno escapara. Les alcanzaron tres cubos de agua a los prisioneros y les arrojaron unos cuantos panes, después la pesada puerta volvió a cerrarse con un golpe apagado.

La paja que cubría el suelo hedía a orina. Cornelisz estaba acurrucado en un rincón con los brazos apoyados en las rodillas. Al principio aún se había aferrado a la esperanza de que en cuanto *dom* Francisco se enterase del rapto lo liberaría de inmediato. Pero cuanto más reflexionaba sobre el asunto, tanto más claro tuvo que era de suponer que los detalles de las nuevas tropas reclutadas a la fuerza no alcanzarían al gobernador ni le interesarían.

La oscuridad, el hambre y la sed —además de la incerteza de lo que ocurriría con ellos— hizo que la mayoría se volviera dócil, de modo que esa noche hicieron su marca en la lista de los mercenarios de manera voluntaria, por así decir. Y también Cornelisz.

Al día siguiente fueron conducidos al cuartel vecino, muy bien vigilado para que nadie pensara en escapar. Allí por fin les dieron de comer, pudieron disfrutar del aire y del sol y, aunque los volvieron a maniatar y los vigilaban, empezaron a recuperarse con rapidez. Además de los portugueses y algunos españoles, también había mercenarios genoveses y griegos entre ellos. Esos hombres se habían presentado voluntarios y recibieron un trato mejor que los otros. Pero varios esclavos negros,

algunos muchachos que casi eran niños e incluso un hombre del norte de ojos claros, un veterano fuerte y cubierto de cicatrices, formaban parte de los hombres que, al igual que Cornelisz, habían sido reclutados al ejército a la fuerza.

Quien comandaba ese montón heterogéneo era el *capitão* Caetano, un portugués de baja estatura que ya al día siguiente empezó con la instrucción, que básicamente consistía en aprender a luchar cuerpo a cuerpo, a veces con la lanza y otras con la cimitarra. Claro que no les proporcionaban armas de verdad, las lanzas y las cimitarras eran de madera; quienes esquivaban un golpe o una embestida demasiado temprano eran azotados. Sin embargo, no solo se trataba de disciplinar a los cobardes y los remisos: Cornelisz observó que al menos en la mirada de algunos de los instructores brillaba el gusto por el castigo. Los golpes y los puntapiés —que a menudo no parecían tener causa alguna— eran lo peor, pero también se percató de que los azotes evitaban las piernas y las manos y solo la espalda, los antebrazos y los muslos eran la diana de los latigazos o los porrazos. De ese modo se aseguraban de que, en cuanto resultara necesario, los hombres fueran capaces de marchar y de luchar. Y aunque la paliza suponía una horrenda tortura para Cornelisz, estaba casi agradecido de que al menos no le golpearan las manos. ¡Aparte de los dedos, capaces de realizar delicadas pinceladas, una buena vista para poder distinguir las formas y los colores era la herramienta más importante de un pintor!

Tras unos pocos días de instrucción les proporcionaron uniformes portugueses, equipos heterogéneos —que aún estaban manchados de la sangre de sus desafortunados propietarios anteriores— y los embarcaron en una galera. Los soldados recién reclutados debían defender las posesiones portuguesas de la costa marroquí contra los rebeldes berberiscos. El plan era el siguiente: avanzar rápidamente y sin llamar la atención, detectar a los berberiscos saadíes, rodearlos y aniquilarlos.

Incluso después de que la galera hubiera rodeado el tormentoso cabo y sus olas atronadoras y volvieran a navegar en las aguas tranquilas del litoral, la situación de los soldados bajo cubierta apenas resultaba más soportable. Bajo cubierta había unos treinta, los demás estaban en cubierta junto con los caballos. Al principio Cornelisz se alegró de estar bajo la cubierta, donde al menos no veía constantemente el mar bravío, pero eso fue antes de que el viento empezara a soplar con más fuerza y la marejada aumentara. Entonces deseó poder estar en cubierta.

Los hombres se apiñaban en el recinto de techo bajo, donde en general se amontonaba la carga. El aire hedía a los efluvios corporales y apestaba a la fermentada agua de la sentina que penetraba a través de las maderas. A ello se sumaba el tufo a orina, sangre y vómito. Cornelisz procuró respirar por la boca: solo así lograba evitar las náuseas.

Un veterano español, que solo hacía unos días se había jactado de las experiencias

de su larga vida de marino, vomitaba hasta el alma, directamente sobre las botas de un guardia portugués. Este soltó una blasfemia y le pegó un latigazo al pobre desgraciado, de modo que la sangre le manchó la barba. El veterano reculó y trató de ocultarse entre los demás, pero nadie le ayudó, todos estaban ocupados consigo mismos.

La próxima vez que la galera remontó una ola, Cornelisz tampoco se pudo aguantar y su estómago se vació entre arcadas y calambres; después él también estaba tendido en su propio vómito, gimiendo, muerto de miedo, con ese desagradable sabor en la boca y deseando que el viaje llegara a su fin. O que llegara la muerte, si esta se presentaba antes.

Alcanzaron la meta al atardecer, cuando el sol empezó a hundirse en el mar. Por encima de la desembocadura de río seco resplandecía la tumba de *sîdi* Ifni, un santo del lugar. Hacía poco tiempo allí se había levantado una orgullosa fortaleza española, pero antes, cuando pasaron junto a ella, solo parecía una ruina.

Uno tras otro tuvieron que deslizarse a lo largo de cabos mojados y resbaladizos y luego nadar hasta la cercana orilla o alcanzar el diminuto bote bajo sus pies. Allí el agua no era muy profunda, pero el oleaje era considerable. Casi ninguno de los hombres sabía nadar; sin embargo, los obligaron a pasar por encima de la borda a latigazos y muchos se precipitaron al mar. Los remeros los sacaban a todos lo antes posible, pero los gritos de terror de los hombres casi apagaban el rugido de las olas. Además, el pequeño bote se llenaba de agua bajo el peso de los hombres y estos se esforzaron en sacarla durante el corto trayecto hasta que por fin volvieron a pisar tierra firme.

También había que llevar los caballos a tierra, así que abrieron la empavesada, sujetaron largas tablas a la nave que llegaban hasta el agua y obligaron a los caballos a abandonarla. Observar los vigorosos cuerpos de los caballos, sus cascos agitados y sobre todo sus ojos puestos en blanco fascinó a Cornelisz hasta tal punto que casi olvidó su propio terror. Como hechizado, vio que los caballos se abrían paso a través del agua que les llegaba al pecho y como una vez llegados a tierra, volvían a tranquilizarse.

«¡Qué escenas, qué cuadros maravillosos se pueden crear con ellos!», pensó.

Cuando se hizo de noche remontaron la colina en silencio y siguieron el curso del lecho seco del río camino arriba hasta un desfiladero. Era una noche ventosa y las nubes se acercaban desde el mar, cruzaban el firmamento y cubrían las estrellas, pero no traerían lluvia. Es más, el sol de la mañana absorbería el último rastro de humedad: se notaba la proximidad del desierto.

El *capitão* João Caetano, erecto y con los hombros tensos, cabalgaba en cabeza, a su lado un portaestandarte y dos hombres de tez oscura y coriácea que conocían el lugar. El ejército de Caetano consistía en cincuenta jinetes armados de lanzas y cimitarras, además de veinte ballesteros y arcabuceros a pie. Cornelisz avanzaba en medio de sus compañeros de infortunio, ese par de puñados de hombres apresuradamente instruidos y así llamados voluntarios oriundos de todo el mundo. Sin llamar la atención, se rezagó cada vez más hasta toparse con una fila de guardias que formaban la retaguardia.

Los jinetes desmontaron y uno tras otro siguieron el curso del arroyo. Los dos guías del comandante se adelantaron para explorar el terreno y poco después informaron que se acercaban al campamento enemigo.

—¡Silencio! ¡Los sorprenderemos durmiendo y acabaremos con ellos!

Murmurando, los hombres se pasaron la orden entre ellos.

«Sorprenderlos y acabar con ellos, nada menos», pensó Cornelisz. Si eso resultaba tan sencillo, ¿para que lo necesitaban a él y a los demás guerreros involuntarios? La instrucción recibida era escasa y demasiado superficial como para ser eficaz. En todo caso, él no lucharía: no solo aborrecía la violencia y de momento incluso había logrado evitar todas las peleas, además simpatizaba con los berberiscos que querían sacarse de encima las tropas extranjeras de ocupación. Todos los berberiscos que había conocido durante los años pasados junto a Anahid eran personas decentes, de carácter y honrados, y además en cierta ocasión le habían salvado la vida. No tenía la menor intención de alzar el arma contra ellos. En cuanto comenzara la batalla, se ocultaría entre los arbustos.

Pero de momento tenía que correr junto al montón y trotaba detrás de un portugués. Casi no veía nada en medio de la penumbra y debía prestar atención para no tropezar en ese terreno intransitable. Pero entonces no vio una piedra y cayó a los pies del portugués que lo amenazó con el látigo.

—¡Cierra el pico, maldita sea! —gruñó uno de los arcabuceros.

Habían envuelto los cascos de los caballos con tiras de cuero, de modo que avanzaban en silencio. Solo de vez en cuando sonaba el relincho de un animal o el ruido de las piedras que chocaban entre sí, una blasfemia murmurada en voz baja o el suave tintineo del metal. Pronto alcanzaron una hondonada recorrida por un arroyuelo. Uno de los guías indicó que el campamento de los berberiscos se encontraba muy cerca.

Mandaron guardar el más absoluto silencio y hasta Caetano solo susurró sus órdenes. Dividió la infantería en dos grupos, les ordenó que avanzaran lenta y sobre todo silenciosamente desde ambos flancos y les indicó a los jinetes que se abrieran paso a través del centro cuando él les diera la señal.

Cornelisz formaba parte del grupo que debía rodear el campamento por la derecha para cubrir ese flanco de los berberiscos e impedir su huida. Aferró su lanza y cogió el escudo de cuero colgado de su espalda. Agazapado, echó a correr hacia delante junto con los demás hasta que los hombres a su lado se detuvieron y se pusieron a resguardo. Él también se ocultó detrás de una roca; el corazón le palpitaba con fuerza y, pese al frío nocturno, el sudor le empapaba la espalda.

«Dios mío —rezó para sus adentros—, indícame a tiempo por dónde puedo huir». Después alzó la cabeza y atisbó al otro lado de la roca.

Ante ellos se encontraba el campamento de los saadíes, desde allí se observaban hogueras, tiendas, camellos y algunos guardias cómodamente sentados con las piernas cruzadas; ninguno parecía sospechar el peligro que los amenazaba. Los hombres estaban tendidos en el suelo junto a sus hogueras y dormían envueltos en sus capas provistas de capuchas, mientras los camellos rumiaban al borde del círculo iluminado y solo de vez en cuando giraban la cabeza y el largo cuello. De los legendarios corceles de los guerreros del desierto que el *capitão* pretendía convertir en su botín no había ni rastro, quizá se encontraban más allá, donde había forraje para ellos.

Uno de los soldados regulares portugueses, un musculoso muchacho campesino con la ballesta montada, le golpeó la espalda.

—Vamos —le indicó mediante un gesto—, vamos, avanza hacia las hogueras, ¡rápido! —murmuró con una sonrisa burlona.

De pronto Cornelisz comprendió. ¡Así que de eso se trataba! Ellos, los así llamados voluntarios, debían sorprender a los adversarios y distraer su atención y, de paso, casi todos ellos morirían, pero con eso ya contaban: para los portugueses, ellos carecían de valor y por eso les daba igual que murieran bajo el fuego enemigo. El hombre volvió a gesticular.

Cornelisz miró en torno. Detrás de la roca, detrás de cada elevación del terreno estaba acurrucado un soldado con la mirada dirigida hacia los desprevenidos berberiscos, dispuesto a atacar. El ballestero volvió a instarlo a que avanzara.

Cornelisz recorrió el terreno con la mirada; a la derecha había una hondonada llena de sombras. Ignoraba la profundidad de la hondonada, pero era allí adonde quería ir. Las hondonadas ofrecían protección y con un poco de suerte, desde allí podría poner pies en polvorosa sin ser visto. Aferró la lanza con más fuerza.

Lentamente, se arrastró desde detrás de la roca y se enderezó, después echó a correr hacia la hondonada, pero antes de alcanzarla y poder ocultarse se topó con un guerrero armado que acababa de ponerse de pie en la hondonada.

En ese preciso instante varias gargantas soltaron un rugido unánime, los hombres junto a las hogueras se pusieron de pie y de pronto todos sostenían espadas y arcabuces en las manos. También los supuestamente dormidos se desprendieron de

las capas en la que se habían envuelto, se pusieron de pie y cogieron las armas. Como con la ayuda de manos fantasmales las tiendas se plegaron y entre sus lonas aparecieron más hombres armados. Era como si tras cada piedra, cada arbusto y cada escondite por más pequeño que fuera hubiera guerreros berberiscos, todos armados y dispuestos a luchar. Un instante después, estalló el infierno.

Los disparos silbaron desde todas partes al mismo tiempo. El metal chocó contra el metal, apestaba a carne quemada, los hombres gritaban y los camellos bramaban. Mediante lanzas y espadas, los guerreros que brotaban de la oscuridad apremiaron a los portugueses, los impulsaron hacia las hogueras donde, a la luz de las llamas, se convertían en blancos excelentes. E incluso antes de que los portugueses logaran volver a cargar sus arcabuces muchos de ellos cayeron al suelo y ya no se movieron más. El bonito plan del comandante Caetano de atacar por sorpresa había fracasado por completo.

Cornelisz aún permanecía de pie ante la hondonada en la que quiso ocultarse, demasiado atónito como para pensar en huir. De pronto vio un brazo que blandía una espada con el rabillo del ojo, pero solo pudo hacer un movimiento reflejo: algo duro le golpeó la sien y se desplomó.

Cuando volvió a recuperar la conciencia estaba maniatado. Alguien lo obligó a ponerse de pie y lo empujó hacia las hogueras donde habían reunido a los demás prisioneros, junto con su jefe el comandante Caetano. Algunos hombres se retorcían en el suelo, unos maldecían en voz baja, otros rezaban, pero la mayoría gemía de dolor. Cornelisz vio sangre, heridas de espada y miembros fracturados; él estaba ileso. Solo le dolían las muñecas atadas con cuerdas y la cabeza; además notó que tenía un ojo hinchado. ¿Acaso eso era todo, esas pequeñas heridas? ¿Es que había salido con vida una vez más?

El cabecilla de los saadíes, un hombre alto y delgado, se acercó y contempló a los prisioneros por encima del velo que le cubría la parte inferior del rostro. Con el ceño fruncido y el desprecio reflejado en la mirada de sus ojos oscuros, contempló a cada uno de los soldados. Cornelisz consideró que algo de ese guerrero berberisco le resultaba conocido, su porte le recordaba a alguien pero no sabía a quién.

Sea como sea, en cuanto el hombre lo viera debía dejar claro que, en el fondo, él no tenía nada que ver con los portugueses y que solo lo habían forzado a entrar en su servicio. Por suerte dominaba el árabe bastante bien y, gracias a Anahid, también el *tashelhait*, la lengua de los pueblos berberiscos del sudeste.

Mientras Cornelisz seguía buscando las palabras adecuadas, de pronto recibió un golpe en el pecho. Uno de los guerreros del desierto trató de arrancarle la camisa, pero como llevaba las manos maniatadas a la espalda resultó imposible. Sin dudar un instante, el saadí desenvainó la espada.

—¡Socorro! —gritó Cornelisz.

Sin inmutarse, el guerrero apoyó la espada contra su cuello y cortó la camisa en tiras delgadas para vendar a sus camaradas heridos. A Cornelisz le temblaban las rodillas.

Cada vez más guerreros encapuchados surgieron de la oscuridad. Se acercaban desde todas partes como los espíritus de la noche y se reunían en el escenario del acontecimiento. Reían y se palmeaban los hombros mutuamente, unos incluso danzaban con sus armas en las manos alzadas, iluminados por las llamas. Todos celebraban la victoria con gesto triunfal.

Aunque daba la impresión de que todo era una confusión, Cornelisz no tardó en comprobar lo bien organizados que estaban los berberiscos. Unos hombres atraparon los caballos de los portugueses mientras otros recogían sus armas. Otros se encargaban de los camellos o acarreaban agua mientras que junto a las hogueras se encargaban de cuidar a los heridos. Entonces vio que el número de los guerreros del desierto superaba los doscientos hombres: su pequeña tropa nunca tuvo la menor oportunidad.

¿Y el comandante Caetano, ese fanfarrón presuntuoso? Estaba acurrucado en el suelo, sosteniendo su brazo herido. ¡Cómo se había jactado de que aquello sería un paseo, un juego de niños! En cambio, esos guerreros berberiscos habían demostrado quiénes eran los amos.

De pronto el jeque apareció ante Cornelisz y, con los brazos cruzados, contempló el amuleto que reposaba sobre su torso desnudo. La mirada de sus ojos negros, lo único visible entre el velo y el *chêche*, brillaba de ira.

—¿A quién se lo has robado? —preguntó en portugués, indicando el amuleto de plata que brillaba en el pecho del pintor—. ¿Quién tuvo que morir por ello?

—*Salam u aleikum*.

«Ahora se trata de actuar con inteligencia», pensó Cornelisz, y se obligó a conservar la calma.

—¡Contesta, perro cristiano!

—*Ouacha, sherif*. Nadie tuvo que morir por este amuleto, porque se trata de un regalo. Este *gris-gris* debe protegerme. Así lo decidió una *sherifa* de los saadíes, una hija de tu pueblo y del desierto.

—¡Cuidado con lo que dices! ¡No solo Alá, también tu dios cristiano castiga a los mentirosos con las torturas del infierno! —exclamó el jeque, en cuyos ojos chispeaba la cólera.

—Tienes razón, *sîdi*. Pero digo la verdad —contestó Cornelisz, procurando enderezar los hombros con las manos atadas a la espalda, y continuó—: hace mucho tiempo, un orfebre sabio y poderoso confeccionó mi *gris-gris*. Era un célebre hechicero, al menos eso fue lo que me contó Anahid, la *sheïka* oriunda del lejano y

fértil valle del *oued* Ziz.

—¿Y pretendes que te crea? Si de verdad eres un amigo de los libres y estás bajo la protección de la noble Anahid, explícame qué estas haciendo aquí junto a sus peores enemigos. ¿Por qué luchas contra nosotros? Y te lo advierto una vez más: no me mientas.

El hombre dio un paso adelante y escudriñó el rostro de Cornelisz. Su hostilidad hacía un momento tangible había dado paso a la curiosidad.

—Me obligaron a hacerlo —contestó Cornelisz—. Estoy aquí en contra de mi voluntad y no blandí el arma contra uno de los vuestros. Nunca he alzado un arma contra nadie, ¡lo juro por Dios!

¿Qué era lo que tenía ese hombre que le recordaba al jeque Amir, el jefe de la caravana que hacía años lo había llevado hasta Santa Cruz? Daba igual, de todos modos en aquel entonces puede que la fiebre lo hubiese confundido. Ahora debía aprovechar el interés manifiesto del jeque.

—Me llamo Cornelisz van Lange y soy oriundo de Flandes. No tengo absolutamente nada que ver con los portugueses —prosiguió—. Al contrario. Hace poco tiempo sus reclutadores me capturaron, me encerraron en las mazmorras y me obligaron a participar en este ataque.

—*La illah illalah*, la voluntad de Dios se cumple —dijo el jeque, y asintió con la cabeza. Después caminó lentamente en torno a Cornelisz y lo examinó desde todos los ángulos. Cuando volvió a encontrarse frente a él y pudo mirarlo a cara, volvió a asentir con expresión seria.

—¿Así que realmente eres ese joven pintor que vivió en casa de Anahid bajo su protección? Has cambiado, te has convertido en un hombre. ¡Los caminos de Alá son insondables! ¿Cómo está tu pierna, ha cicatrizado bien? ¿Y cómo se encuentra tu amigo el timonel? Porque tú eres aquel muchacho náufrago que hace años acompañé con mi caravana hasta Santa Cruz, ¿verdad?

SEXTA PARTE
MOGADOR, 1525-1526

Cuando uno de los trabajadores llegó corriendo y llamó a la puerta, Mirijam dibujaba el nuevo motivo de una alfombra.

—¡La nave del portugués! —gritó el hombre—. ¡La *Santa Ana* está entrando en el puerto!

El corazón le dio un vuelco, se puso de pie de un brinco y remontó las escaleras hasta la habitación de la torre. Las velas estaban surgiendo de la bruma gris que flotaba por encima de la bahía, se volvían más grandes y más blancas y entonces divisó la *Santa Ana* entrando en el puerto montada en una ola coronada de espuma levantada por la proa. Al verla, le temblaron las rodillas y tuvo que agarrarse al marco de la ventana.

Era la primera visita del capitán Alvaréz a Mogador desde que el *abu* Alí había insinuado una posible boda con el portugués.

En el ínterin, dos barcas de pesca habían traído el cargamento de sal que había esperado con tanta urgencia.

—La *Santa Ana* debe llevar un cargamento urgente a las islas Canarias y llegará más adelante —le habían dicho.

«Al menos se acordó de enviar la sal si no podía presentarse en persona», pensó Mirijam, y no sabía si eso debía alegrarla o enfadarla.

Hacía semanas que sus pensamientos y sentimientos estaban sumidos en el caos. La insinuación del *abu* la había sorprendido por completo. ¡Casarse, qué idea! Ese pensamiento le causó un gran desconcierto y una enorme indecisión: un día sentía rechazo; otro, nostalgia; al subsiguiente, dudas y reserva.

Pero cuanto más a menudo pensaba en el capitán, en su mirada alegre, sus hombros anchos y su risa, tanto más tentadora le resultaba la idea. ¿Acaso no era un hombre atractivo? No dejaba de pensar en él incluso en momentos poco convenientes, por ejemplo cuando calculaba los ingredientes que debía añadir a un nuevo tinte. En realidad, dicha tarea exigía un máximo de concentración. ¿Cómo podía pensar en sus ojos azules, precisamente en ese momento? Sin embargo, cuanto más a menudo pensaba en él, tanto más atractivo le parecía. Miguel era un nombre bonito y melodioso. Incluso puede que hubiera soñado con el capitán, aunque no estaba segura de ello. En todo caso, había soñado con un hombre que le acariciaba el rostro y le besaba los labios. Fuera como fuese, al parecer la claridad y el orden mental eran cosas del pasado y las reflexiones sensatas fracasaban: a partir de la insinuación del *abu* Alí, ella ya no era la misma.

Una hora después, el capitán Alvaréz apareció dando zancadas y sonriendo. José,

su marinero, cargaba con una caja de madera guarnecida de hierro que el capitán hizo depositar en el interior de la casa antes de saludar a Alí el-Mansour.

El viejo *hakim* había abandonado su lecho de enfermo. No obstante, aún debía llevar el ojo operado cubierto por una venda, al menos durante dos días más. *Abu Alí* apareció envuelto en un atavío blanco con bordados de oro y *Mirijam* también se había cambiado. Estaba de pie en el pasillo, escuchando la voz sonora del capitán y las respuestas sosegadas del médico, procurando controlar su excitación; enderezó la espalda y abrió la puerta.

Entonces la conversación cesó en el gran salón, los rostros de ambos hombres se volvieron hacia ella: el barbudo de ojos azules y también el moreno de barbilla blanca y un ojo vendado. Durante un instante, fue como si el capitán *Alvaréz* se quedara de piedra, después se puso de pie e hizo una profunda reverencia.

—Bienvenido, capitán *Alvaréz* —dijo *Mirijam*, y le tendió la mano—. ¿Os encontráis bien?

—Sí, muy bien.

El capitán la contemplaba fijamente, como si fuera una *fata morgana* causada por el calor del desierto. Ella llevaba un vestido de finísimo algodón verde, *kohl* en los ojos y los cabellos cepillados hasta volverlos brillantes. Su velo consistía en un delicado paño bordado de oro que le cubría los rizos y el rostro. Solo se veían sus ojos luminosos, lo demás permanecía semioculto.

Aunque el capitán, en vez de llevar la acostumbrada chaqueta de múltiples pliegues, llevaba un chaleco sin mangas encima de una camisa limpia y un pantalón —una concesión al calor reinante—, sudaba y tuvo que carraspear varias veces. El ambiente era inusitadamente tenso y nadie parecía poder dar con el tono despreocupado y natural anterior.

Haditha trajo sorbete fresco y una fuente de dátiles confitados. Durante un rato, la amable conversación giró en torno a la próxima cosecha de fruta, pero por fin el capitán cambió de tema y preguntó por la dolencia de Alí el-Mansour.

—¿Os habéis lastimado el ojo?

—Oh, no, por suerte. Mi hija es una buena *cirujica*, habéis de saber. Me pinchó la catarata antes de que enceguciera por completo —dijo el anciano—. Alá hizo que su mano fuera firme, le estoy sumamente agradecido.

—¿Una operación? *Deus*, ¿es capaz de eso? —exclamó el capitán, asombrado—. ¡Por Dios, *sherif*, realmente podéis estar orgulloso de vuestra hija! Mentiría si dijera que conozco otra mujer como *lâlla Azîza*. ¡Mis respetos!

Al oír ese curioso discurso, *Mirijam* tuvo que reprimir una sonrisa y, ante semejantes elogios, permaneció sentada en su cojín, callada y con la vista baja. El capitán no lograba desprender la mirada de ella y se llevó la mano al cinturón donde guardaba el anillo.

—Sí, tiene muchos talentos —dijo el *hakim*.

Nadie dijo nada y la conversación volvió a interrumpirse. Después de un momento, el anciano dijo:

—Creo que debo descansar un poco, así podré disfrutar aún más de vuestra compañía esta noche, dispensadme; capitán, nos veremos más tarde.

Ambos lo siguieron con la mirada en silencio y cuando la puerta se cerró a sus espaldas, sus miradas se encontraron.

—Hoy tenéis un aspecto encantador y maravilloso —dijo el capitán, y le lanzó una sonrisa de admiración.

Mirijam guardó silencio. Era la primera vez en sus dieciocho años que alguien le había hecho un cumplido sobre su aspecto. Habían elogiado su entendimiento, su buena memoria, su diligencia y otras capacidades de las que por lo visto disfrutaba, pero hasta ese momento nadie había mencionado su belleza. Se sintió invadida por una sensación cálida que la hizo sonreír. Sí, el capitán le gustaba. Era precisamente ese estilo un tanto rudo, seguro de sí mismo y directo practicado por el capitán el que le daba seguridad, cuando en general ella tendía a ser desconfiada.

Notó que el delgado velo se deslizaba cada vez más hacia abajo, permitiendo que el portugués se percatara de que bajaba la vista y tenía las mejillas arreboladas.

Poco a poco, el silencio reinante se volvió opresivo. ¿Por qué él no decía nada?

—¿Habéis obtenido las telas encargadas, capitán Alvaréz? —preguntó por fin.

En realidad, hubiera querido ser valiente y preguntarle si estaba casado, pero en el último instante esas otras palabras se habían deslizado en su boca.

—Tengo todo lo que desea vuestro corazón, *lâlla* Azîza.

En vista del involuntario doble sentido de sus palabras, en ese momento fue él quien bajó la mirada, pero Mirijam había notado su furtiva sonrisa y cobró valor.

—¿Qué secretos alberga esa caja? ¿Acaso está repleta de monedas de oro, producto de la venta de alfombras?

—Oh, sí, la caja... No, esta vez no contiene oro. Y para ser preciso, en realidad no se trata de un secreto sino solo de unas pequeñeces para vuestro hogar. Al ver un par de ovillos de finos hilos de oro tuve que pensar en vos en el acto, así que los compré. Después encontré un par de cosas más y de pronto necesité una caja entera para albergarlas.

Fue en busca del cofre, lo abrió y apartó un trozo de terciopelo bordado.

—Mirad —dijo—. Un candelabro para que os ilumine cuando escribís o bordáis. Y he aquí unos platos de plata y unas copas de vino de la isla de Murano, cerca de Venecia. De allí también proviene este gran alambique. Vuestro padre mencionó que podría resultarle útil.

Alvaréz metió la mano en el cofre y sacó un objeto tras otro, al tiempo que le explicaba de qué se trataba cada uno.

—Entre aquellos vidrieros, todos ellos maestros del soplado de vidrio, descubrí este pequeño frasco para vos, y lo hice llenar de aceite de pachulí indio. El aroma es un poco dulzón y terroso, y también es bueno para la fiebre y el nerviosismo. Al menos eso fue lo que me dijeron. ¿Queréis olerlo? —preguntó, y con el tapón de cristal del delicado frasco aplicó unas gotas en la muñeca de Mirijam—. A que es un aroma estupendo, ¿verdad? Os gusta, ¿no? Sí, confié en que os gustara. Y aquí están los ovillos de hilo de oro de los que os hablé.

Al entregarle los regalos la voz del capitán rezumaba orgullo y alegría, pero en realidad, Mirijam sentía un interés mayor por el hombre que por los regalos; acababa de comprobar que pensar en el tema del matrimonio y en especial en el capitán Alvaréz era algo muy distinto cuando este se encontraba ausente que cuando estaba presente. En ese momento estaba muy presente y era como si el salón fuera demasiado pequeño para albergar su presencia. Su voz, sus ademanes... ambos parecían estar hechos para la amplitud, o al menos para la cubierta de un navío. Notó los latidos de su corazón y se sintió incapaz de pensar con claridad.

«Al parecer es capaz de disfrutar de los objetos bellos», pensó ella, procurando ser objetiva. Pero ¡con cuánta delicadeza sus grandes manos tocaban el delicado cristal! Además, le agradaba reír a menudo a juzgar por las arruguitas en torno a sus ojos. Parecía fuerte y seguro de sí mismo y su vida parecía complacerle, lo cual no era ningún milagro puesto que dicha vida le permitía enfrentarse al viento y las olas, visitar países remotos, conocer sus habitantes y formar su propia opinión sobre las circunstancias y los acontecimientos más diversos. A lo mejor la lectura no era precisamente lo suyo, pero era un buen observador y una persona de miras amplias. Mirijam depositó los ovillos dorados en la mesa.

—Son bellísimos, os lo agradezco. Con ellos se pueden realizar maravillosos bordados en cojines, tapices y vestidos —dijo.

Al observar al capitán esbozó una sonrisa, pero de pronto se vio incapaz de pronunciar una palabra, se había vuelto mudo e impotente de hacer un gesto, permanecía ante ella con los brazos colgando y solo la contemplaba.

Entonces recuperó cierto sosiego.

—Capitán Alvaréz —dijo, cogió uno de los platos brillantes e hizo reflejar la luz en este—, ¿cómo es vuestra vida cuando no estáis de viaje? En vuestra casa de Santa Cruz quiero decir. Desconozco la vida en la ciudad y me gustaría saber si se diferencia de la nuestra, aquí en Mogador.

Después contempló el plato que sostenía en la mano.

—¿Que cómo vivo? —contestó el capitán, sin poder despegar la vista de la joven—. Bien, ¿qué he de decir? Todavía sigo acumulando muebles, por ejemplo dos pequeños armarios de ébano tallados y con incrustaciones de nácar de Halab, Siria.

Mirijam arqueó las cejas con expresión interesada. Alvaréz tragó saliva.

—Resulta que mi casa aún no está completamente terminada —prosiguió con voz ronca—. Está situada en la ladera de la montaña, desde allí se disfruta de una vista del puerto. Dispone de un patio interior y bonitos suelos de mosaicos.

—¿Quizá también poseéis un palomar?

A Mirijam las palomas le resultaban indiferentes, pero sabía que muchas mujeres adoraban las pequeñas palomas con el collar de plumas en torno al cuello y las consideraban un símbolo del amor matrimonial, la fidelidad y la fertilidad. La idea hizo que volviera a ruborizarse.

—Todavía no, pero ahora que lo mencionáis... *Bom idéia*, no se me había ocurrido instalar uno.

Mirijam casi soltó una carcajada: ¡el capitán Alvaréz rodeado de palomitas arrulladoras... menuda imagen!

—¿Y vivís completamente solo en vuestra casa? —añadió, dejando el plato a un lado. ¿Por qué estaba tan dispuesto a responder a sus curiosas preguntas?

—Sí. No. Bien, no estoy en casa con la frecuencia que desearía —contestó él—. Pero hay una pareja, Moktar y Budur, que se ocupan de la casa por mí. Se ocupan de todo, porque como tal vez sepáis, no tengo familia. Y nunca me he casado, sí, así es: nunca me he casado.

Entonces las manos de la joven se cubrieron de sudor y su corazón palpitó con fuerza. ¿Es que acababa de darle una entrada? ¿Cómo debía reaccionar? O quizá debía de volverse más concreto, ¿no? ¡Ojalá supiera más acerca de esa clase de cosas! Nerviosa, tironeó de los cojines de seda.

—Podría imaginar —dijo el capitán con voz áspera, y carraspeó— que Santa Cruz os gustaría, *lâlla Azîza*. Es una ciudad ruidosa y ajetreada llena de personas, callejuelas estrellas y multicolores *souks*.

Volvió a carraspear y prosiguió en tono firme.

—Allí uno puede comprar todo lo imaginable, desde madera de caoba para la construcción de naves pasando por cacao, azúcar y especias para el hogar, hasta pieles, objetos de cuero, halcones, incienso y ámbar. Todo lo necesario, Además, uno también puede adquirir cosas innecesarias pero que a uno le gustaría poseer, las ofrecen en abundancia. Marinos y comerciantes de todo el mundo pululan por la ciudad y también toda clase de artesanos. Y además está el gran puerto donde siempre hay naves de todas partes.

—A lo mejor tenéis razón —respondió Mirijam en tono pensativo; durante su descripción, había recuperado el control—. Tal vez me gustaría verlo alguna vez, pero... —añadió, enmudeciendo.

Alvaréz también calló. Tenía la frente cubierta de sudor.

Entonces cobró valor y dijo:

—Confío en que perdonaréis mi sinceridad, *lâlla Azîza*. Porque se trata de lo

siguiente... —dijo, sacando un pañuelo del cinturón—. ¡Qué difícil! Bien, resulta que he pensado no seguir viviendo solo en mi casa —añadió en tono vacilante, pero luego enderezó los hombros.

»Estoy pensando —prosiguió por fin apresuradamente, como si aún tuviera que cobrar más valor—, ¿cómo decirlo? Estoy pensando en casarme y cada vez que pienso en ello —añadió, desplegando el pañuelo—, pienso en vos.

Un anillo con una piedra roja rodó sobre la mesa y un rayo de luz la hizo resplandecer.

Solo cuando su taburete cayó al suelo con gran estrépito, él se percató de que Mirijam se había puesto de pie. Él la imitó y se acercó a ella.

—¿Os he asustado? ¡Perdonadme, os lo ruego! Soy un patán, quizá debiera de haber empezado por hablar con vuestro padre, pero resulta que lo que más deseo en el mundo es casarme con vos y convertirme en vuestro esposo. Lo deseé desde la primera vez que os vi. Sois tan bella, tan inteligente, tan dulce, diestra y diligente... Todo lo que hacéis, todo vuestro ser me llena de admiración y no puedo vivir sin vos. ¡Por favor, dadme vuestra mano de por vida! —dijo, y se arrodilló ante la joven.

Ese diabólico anillo rojo la había asustado profundamente.

«Pero él no puede saber que todo lo rojo me aterra», pensó, y procuró tranquilizarse. Quizá nunca había hablado tan en serio como al pronunciar esas bonitas palabras. Mirijam lo miró a los ojos y lo que vio allí hizo que su corazón diera un vuelco y se le aflojaran las rodillas. ¿Acaso eso era el amor? Notó que sus murallas interiores se desmoronaban y de repente ansió tocar sus mejillas, su mentón y sus cabellos y de su vientre surgió una cálida y risueña oleada.

Alvaréz no despegó la vista de Mirijam, al tiempo que tanteaba la mesa en busca del anillo. Cuando por fin le tendió la mano abierta ella dudó, pero un instante después una mirada risueña brilló en sus ojos.

—¿Qué he de deciros, capitán Alvaréz? —preguntó, y los hoyuelos de sus mejillas se volvieron más profundos—. Vuestros argumentos son realmente excelentes —dijo, señalando su mano tendida—. No soy una experta en el tema, pero supongo que no es frecuente que alguien corteje a su futura esposa con un ovillo de hilo, ¿verdad?

La sonrisa le iluminó todo el rostro y de repente soltó una sonora carcajada. Desconcertado, Alvaréz contempló el ovillo de hilo dorado que sostenía en la mano; sin embargo, en vez de ofenderse por las risas de Mirijam, él también soltó una carcajada.

—¡Vos misma podéis ver hasta qué punto me confundís! ¡Ovillos de hilo, por *são* Francisco y todos los santos, eso es algo nunca visto!

El capitán se puso de pie y se acercó a ella, la contempló con mirada afectuosa, le cogió ambas manos, se las llevó a los labios y las besó.

—Espero no haberlo estropeado todo con vos, que sois la más maravillosa, la más bella... —dijo, inclinó la cabeza, volvió las manos de ella hacia arriba y depositó un beso en sus muñecas. Allí donde se veían las delicadas venas y latía el pulso, la piel de Mirijam ardía bajo sus labios.

—No —susurró ella, estremeciéndose—. ¡No lo habéis estropeado en absoluto!

Esa misma noche el capitán habló con el *sherif* mientras Mirijam le echaba una mano a Cadidja en la cocina. Había que preparar un pequeño banquete para realzar la importancia de ese día. Pero Cadidja no tardó en decirle que se marchara: ¡alguien que estaba nervioso y agitado y a quien se le caían de las manos los cuchillos, las fuentes y hasta los huevos le resultaba inútil!

No obstante, Mirijam tampoco soportaba permanecer en su habitación, así que fue a pasear por el jardín y encendió las farolas. En el ínterin, los rosales y los pequeños árboles frutales que había plantado hacía unos años prosperaban estupendamente. Las flores de azahar y la higuera despedían un aroma precioso, al igual que la hierbabuena, y la pequeña fuente murmuraba suavemente. Mohammed, el cojo que no le hacía ascos al trabajo duro, cuidaba de las plantas desde el primer día y hacía un tiempo también les añadía el fértil compost que Mirijam recordaba de la época en que Gesa cuidaba del jardín de su casa paterna.

Solo rara vez recordaba a la tata Gesa; en su mayoría, los recuerdos habían empezado a borrarse. Sin embargo, hasta hacía escaso tiempo había soñado con Cornelisz. En su fuero interno siempre había creído que un día todo se arreglaría por sí solo y volvería a estar con Cornelisz. Claro que, como todos los sueños infantiles, se trataba de una ilusión, pero ella había adorado esos sueños y se había aferrado a ellos mucho tiempo. Suspiró y se alisó los cabellos: quizá sería mejor dejar de pensar en esa parte de su vida. Debía comenzar algo nuevo, el futuro era como un libro de páginas en blanco que aún había que llenar. ¿Cómo sería vivir con Miguel, verlo todos los días? Y no solo verlo, también percibirlo. El vello de sus brazos se erizó. «La más bella», la había llamado, y «la más maravillosa». Cuando Miguel la contemplaba, todo su ser vibraba y una oleada de frío y también de calor le recorría el cuerpo.

Mirijam se frotó la mano, aún creía notar la presión de sus labios y sonrió. Por una parte se alegraba como nunca se había alegrado ante la perspectiva de algo; por la otra, sentía ese cosquilleo temeroso en el estómago.

«Pero no existe ningún motivo», se regañó. El capitán no solo era un hombre absolutamente bueno y amable, además era respetable y fuerte, la cuidaría y la protegería.

Echó a correr hasta la puerta de la habitación del *abu* y aguzó los oídos. Lograba distinguir sus voces, pero no alcanzó a comprender las palabras pronunciadas por ambos hombres. Aunque eso no tenía importancia puesto que ella sabía que su *abu* estaba de acuerdo. Ella se casaría con el capitán Miguel de Alvaréz.

Nunca en la vida había reído tanto ni se había sentido tan despreocupada y protegida como en esos días. Miguel le hacía cumplidos, elogiaba su aspecto, su atuendo y su trabajo con gran entusiasmo. Por las noches relataba sus viajes, hablaba de países lejanos y de grandes ciudades y describía la vida de los habitantes de Italia y de España. Era un narrador fascinante y el tiempo se le pasaba volando. A veces le cantaba una canción, marcaba el ritmo con las palmas ¡e incluso bailaba! Rezumaba tanta alegría de vivir y fuerza que al verlo Mirijam bajaba la vista, avergonzada.

Aunque Miguel había traído varios bultos de tela, Mirijam se tomó un descanso del trabajo. Ella y el capitán pidieron prestados caballos a los granjeros del oasis y emprendían cabalgatas hasta la playa o pasaban toda la tarde en los jardines del oasis sentados a la fresca sombra de las palmeras, charlando y observando los pajarillos que revoloteaban entre las hojas y cantaban a voz en cuello. Y desde que en cierta ocasión él la cogió de la mano para ayudarla a cruzar una zanja, paseaban de la mano cuando sabían que nadie los observaba.

En esa época no había mañana en la cual Mirijam no despertaba sonriendo.

Sin embargo, en cierta ocasión, durante un paseo por el oasis, una desavenencia empañó la felicidad de esos días. Mirijam brincaba delante de Miguel a lo largo de un pequeño embalse y se escondió detrás de una palmera. El capitán fingió buscarla y no encontrar su escondrijo hasta que de pronto la aferró. Mirijam simuló miedo soltando un grito, rio y trató de zafarse y escapar, pero Miguel no aflojó y, medio en broma, la agarró de los antebrazos. Sus ojos despedían chispas al tiempo que la empujaba contra una palmera.

—Perla mía —balbuceó—, amor mío y gozo mío, eres tan bella, tan pura... *Eu amo você!*

De repente su voz se oscureció y se volvió áspera, y su respiración se agitó a medida que trataba de besarla y de separarle los labios con la lengua. Soltó un gemido, la empujó contra la palmera y presionó su cuerpo contra el de ella impidiendo que se moviera.

La alegría de Mirijam se desvaneció y se sintió invadida por el terror, un miedo que la asfixiaba y paralizaba. No podía respirar y todo su cuerpo se tensó y se endureció: los brazos, el cuello, el vientre, todo.

«¡No —trató de gritar—, no, no!».

Pero de pronto le zumbaron los oídos, recuperó el movimiento y su pecho se ensanchó. ¡Nadie volvería a hacerle eso, nunca más! Apoyó las manos contra el pecho de él para liberarse de su abrazo, intentó escabullirse o al menos volver la cabeza, pero Miguel no se dejó apartar, era demasiado fuerte. ¿Acaso reía frente a su resistencia? ¿Es que no se daba cuenta de que hacía rato que eso había dejado de ser un juego para ella? Su lengua se abrió paso entre los labios de ella.

Mirijam alzó la mano y lo abofeteó y, cuando Miguel la contempló con expresión atónita, volvió a abofetearlo.

Entonces por fin la soltó y dio un paso atrás. Primero se puso pálido, luego enrojeció de vergüenza.

—*Disculpeu me! Deus*, no quise... Maldición ¿qué he hecho? Perdóname, te lo suplico, te ruego que me perdones...

Mirijam soltó un bufido, después echó a correr hacia su casa y echó el cerrojo de la puerta de entrada.

Al día siguiente, Miguel volvió a pedirle perdón.

—Soy un bruto, un grosero. No te merezco, pasé toda la noche pensando qué... Solo puedo pedirte de todo corazón que me perdones.

Parecía lamentarlo de verdad; permanecía de pie ante ella con la vista baja, retorciendo su gorro y con aspecto de pensar «¡Tierra, trágame!».

Pero Mirijam no había pasado media noche en vela en vano. Claro que hacía tiempo que no ignoraba que entre los hombres y las mujeres existían pasiones de las que hasta entonces lo ignoraba todo. Los poetas hablaban de estas: de los sentimientos de amor, de oscuras tentaciones y místicos misterios. Las canciones hablaban de ellas, pero sin decir nada en concreto. Sin embargo, hasta sus tejedoras parecían saber de qué se trataba cuando cuchicheaban entre ellas, reían o hacían insinuaciones y, aunque todo eso era un terreno desconocido para ella, sabía que era muy importante para el matrimonio.

—Como castigo, envíame a los hornos de calcinación —rogó Miguel—. Si me perdonas, avivaré el fuego y convertiré la cal recién quemada en una papilla extra fina golpeándola con varas.

—Cierra los ojos y no te muevas —ordenó Mirijam en cambio—. No te muevas, ¿entiendes?

Miguel cerró los ojos.

Mirijam se estiró, le apoyó las manos en las mejillas y le dio un beso muy suave en la boca.

—¿Los hornos de calcinación? ¿Para que puedas charlar con Hocine? ¡Ni hablar! Nada de eso: como castigo hoy tendrás que acompañarme a la tumba de *sîdi* Kaouki —dijo, procurando hablar en tono despreocupado y alegrándose cuando Miguel sonrió y soltó un suspiro de alivio. Para él, eso ponía punto final al asunto.

Pero ella había comprendido que el terror, la tensión y el espanto podían volver a surgir en cualquier momento. Aun cuando no cargara con una maldición, ¿acaso el terror pesaba menos?

Miguel sonreía de oreja a oreja.

—¡Lo que mandes! ¡Y además será un gran placer!

Ambos comprobaron que todo funcionaba en la destilería de cal y luego cabalgaron en armonía a lo largo de la playa. Mirijam señaló hacia delante.

—¿Ves esa cúpula blanca, allí sobre las dunas?

—¿Junto a ese gran árbol?

Mirijam espoleó a su corcel y exclamó:

—¡A que yo llego antes!

Cuando Miguel por fin detuvo su caballo junto a ella hacía un buen momento que ella había desmontado y se dirigía al árbol al lado del pequeño edificio de techo en forma de cúpula.

—No volverás a sorprenderme, hermosa mía, la próxima vez estaré preparado no solo para tus astucias sino también para tu talento como amazona. ¿Qué tiene de particular este sitio? —preguntó Miguel.

—Es un santuario de las mujeres. Le rezan a *sîdi* Kaouki, cuya tumba se encuentra allí y le confiesan sus deseos —contestó Mirijam, después señaló las innumerables cintas y trozos de tela multicolores sujetadas a las ramas del vetusto árbol—. Además, atan un hilo o un paño a este árbol sagrado para que los antiguos dioses de los tiempos del profeta Mahoma también se enteren de sus deseos —añadió, y sacó una cinta azul de su bolsillo.

—¿Crees en ello? —preguntó él, mirando nerviosamente en derredor.

Al notar la incomodidad de Miguel, Mirijam se esforzó por hablar en tono objetivo.

—A veces sí, otras, no. Hoy es uno de esos días en los que creo. ¿Puedes dejarme sola un momento, por favor?

¿Santos musulmanes, dioses paganos y deseos secretos femeninos? Inquieto, Miguel jugueteó con el paño que le rodeaba el cuello. *Meu Deus*, ¿y qué más?

—Claro, desde luego —murmuró, y se retiró unos pasos.

Después de un momento, Mirijam regresó, se sentó junto a él en la arena y dijo:

—Una vez al año se celebra un *moussem* en este lugar. Entonces las colinas y la arena se cubren de tiendas y en todas partes cocinan, comen e interpretan música. Acuden comerciantes, la bahía se llena de barcas, hay concursos de jinetes y durante unos días da la sensación de que Mogador vuelve a ser un importante centro comercial en el camino hacia el oscuro sur de África, como antaño.

—Adoras este lugar, ¿verdad?

—Supone mi refugio y mi patria, no tengo otra cosa.

Miguel volvió a notar ese leve retraimiento que ya había percibido con anterioridad. ¿Se trataba de reserva o más bien de inseguridad? Le lanzó una mirada de soslayo: ella mantenía la vista baja y tironeaba de la hierba que crecía a sus pies. Los cabellos le cubrían la cara, pero él vio que se mordía los labios. Miguel la cogió

de los hombros y la volvió hacia él, escudriñó su rostro y le rozó los labios con el dedo.

—No hables —dijo.

El roce la afectó profundamente.

—¿Podrás perdonarme? —susurró Miguel—. Te juro por lo más sagrado que nunca volverá a ocurrir algo en contra de tu voluntad.

Mirijam notó que temblaba y cerró los ojos.

Una vez más, le rozó los labios con el dedo.

—Azîza —susurró—, ¿sabes que eres como un milagro para mí?

Su voz era como otra caricia y Mirijam notó que una oleada de calor ascendía desde el cuello hasta sus mejillas; entonces abrió los ojos y le devolvió la mirada.

Miguel quitó el dedo y se inclinó hacia delante.

—¿Me abofetearás si te beso?

Ella no pudo responder y se limitó a negar con la cabeza cuando él la estrechó entre sus brazos y la besó.

Miguel debía partir. La *Santa Ana* estaba en el puerto, lista para zarpar.

—¡Vuelve pronto! —dijo Mirijam, y apoyó la mano en la que brillaba el rubí en su mejilla.

—Seguro, incluso regresaré muy pronto.

La mirada de sus ojos azules era alegre. Cogió las manos de ella y depositó un beso en cada dedo. Sus besos hicieron que su piel ardiera; una cálida oleada la invadió y le aflojó las rodillas, de modo que tuvo que aferrarse a Miguel para no caer. Pero dicha proximidad la asustaba; aunque procuraba no retroceder cuando Miguel se acercaba a ella, apenas lograba disimular su timidez y su inhibición.

Ella misma no comprendía qué le ocurría. Que la tocara le resultaba desagradable y al mismo tiempo lo anhelaba. Quería sentir su mano cálida en la piel y al mismo tiempo quería que se mantuviera a distancia. Quería estar próxima a él, lo más próxima posible y al mismo tiempo no quería revelar nada acerca de sí misma. Incluso vacilaba en ese momento y, con una sonrisa abochornada, retiró su mano de las suyas.

Sabía que a más tardar cuando se casara, tendría que abandonar su timidez. Pero le resultaría difícil y también por eso volvía a tomar la iniciativa, cogía a Miguel de la mano o le acariciaba la cara como en ese instante. Él la tomó y presionó sus labios contra la palma. Ella quiso decirle algo pero, como tan a menudo, se quedó sin palabras al percibir sus labios cálidos en la piel. Cuando la abrazó, el corazón le latía tan violentamente que estaba convencida de que él lo oiría.

—¡Pronto habré regresado, favorita mía! No puedo evitarlo —dijo Miguel antes de hacer una reverencia formal y embarcarse en el bote que lo llevaría hasta la *Santa*

Ana—. A fin de cuentas, mi corazón está aquí, contigo. ¿Y quién puede vivir sin corazón? No me queda más remedio que darme prisa.

En cuanto regresara de ese viaje se celebraría la boda. Mirijam remontó las escaleras hasta la habitación de la torre y se acercó a una de las ventanas. Desde allí podía observar cómo izaban las velas de la *Santa Ana* y la nave zarpaba. Un gallardete rojo apareció en el mástil: era como si Miguel supiera que ella observaba la partida y la saludara mediante el gallardete. Sorprendida, comprobó que ya lo echaba de menos.

Mirijam abrió el cajón de la mesa y sacó los escritos de su madre. Al tiempo que seguía la nave con la mirada, acarició el pequeño paquete con los dedos. ¿Qué hubiese opinado su madre sobre su decisión de casarse con ese portugués que se había convertido de timonel en propietario de una nave solo gracias a sus propios esfuerzos? Seguro que su padre lo hubiera apreciado: le daba mucho valor a la fuerza de voluntad y a las ideas osadas.

Tras tomarle examen al capitán, también el *abu* Alí estaba conforme con el desarrollo de los acontecimientos. Tanto la situación económica del portugués, el estado de su nave y su fama como sus opiniones en general le agradaban al anciano, pese a que Miguel no poseía ninguna clase de cultura, de lo cual, como es lógico, se lamentaba el erudito.

—No sabe nada de Horacio o Aristóteles, no ha leído a Petrarca ni a ninguno de los grandes poetas —constató el *abu* Alí tras interrogarlo—. Incluso sus conocimientos de lenguas se limitan al habla de los puertos o del Mediterráneo y entre esas lenguas no figuran el latín ni el griego, por desgracia.

Mirijam no le daba importancia a todo eso.

—En cambio, tiene capacidades de las que tú y yo no disponemos —adujo ella en defensa del capitán—. Ha viajado por todo el mundo, sabe juzgar a las personas, es sincero y trabajador...

—Tranquila, yo también lo aprecio —contestó el anciano con una sonrisa—. Además, hay algo que no debiéramos menospreciar: ¡con un único viaje, te ha convertido en una mujer acaudalada! Es evidente que sabe comerciar con el extranjero y que tiene excelentes contactos. El comercio con tus telas teñidas de púrpura funciona bien y, con la ayuda de Alá, te espera un futuro seguro.

Pero Mirijam se retorció los dedos.

—*Abu* —dijo—, hasta ahora no le he dicho que soy de origen judío. Debería hacerlo, ¿no? No quise ser deshonesto, pero hasta ahora no se presentó el momento idóneo.

Mirijam bajó la vista.

—No tendrás miedo de decírselo, ¿verdad?

—Él cree que soy tu hija carnal y una musulmana, ignora mi verdadero nombre y ni siquiera sabe que tú tampoco eres un berberisco. Y si se entera de que me compraste a esos corsarios, que antaño fui tu esclava y en realidad soy judía, que en el *bagno* incluso... ¡Me da miedo!

—El miedo no es buen consejero, querida niña, pero tienes razón: has de hablar con él. No es bueno iniciar un matrimonio con una mentira y te aconsejo que no esperes demasiado para decírselo.

Ella asintió. Después le lanzó una mirada suplicante.

—¿Crees que Miguel de Alvaréz es una buena persona?

El anciano no tardó mucho en reflexionar.

—Solo Alá puede ver su fuero íntimo, solo Él sabe si alguien es bueno o no lo es. Pero creo que Miguel es un hombre sincero, con defectos y virtudes como todo el mundo, pero —y eso es importante— su mirada se ilumina en cuanto tú entras en la habitación. Por eso estoy seguro de que te quiere de corazón y que será un buen compañero. Más no se puede esperar.

Haberle confiado a Mirijam a ese portugués y así poder dejarla bajo la protección de un hombre cuando llegara su hora lo tranquilizaba. Durante todos esos años, tanto su formación como también su seguridad económica habían supuesto un tema importante para él. Ahora que todos los días se sentía más viejo y se acercaba la fecha de la boda, quería encargarse definitivamente de que ella pudiera ocupar su lugar en el mundo. Por eso extrajo unos rollos de documentos de su cofre.

—Estos, hija mía, son títulos de propiedad de las casas y los terrenos de aquí en Mogador, certificados y sellados. El día de tu boda pasarán a ser tuyos. Afortunadamente, aquí es posible nombrar heredera a una mujer, así que tu futuro estará asegurado tras mi muerte, independientemente de tu esposo. Y aquí están los contratos de arrendamiento de las islas y la destilería de cal. Contienen todos los pactos y los convenios que acordé con el portugués.

—¡No hables de ello, padre! —rogó Mirijam, que se había puesto pálida al oír sus palabras.

—Un día tenía que ocurrir —dijo el anciano, alzando la mano—. Hoy hablaremos de tu herencia, después volveremos a hablar de la vida. Así que primero te entrego los documentos de Tadakilt. Es probable que tengas que luchar por el castillo. En aquel entonces el pachá no prorrogó mis derechos sobre el castillo. Sin embargo, puede que jamás los haya revocado, así que quizás aún me pertenezca —añadió, y volvió a enrollar el título de propiedad de Tadakilt.

»Además —prosiguió, y clavó la mirada en la joven, que permanecía sentada y como petrificada—, además deberías luchar por tu herencia paterna en Amberes, hija mía. A menos que estés dispuesta a renunciar a ella del todo, lo que yo consideraría un error. Si tú lo deseas, estoy seguro de que el capitán te apoyará.

—¡Por favor, querido *abu*, no sigas! —suplicó Mirijam, a punto de echarse a llorar—. Debes permanecer a mi lado mucho tiempo. Te necesito.

—Estamos en las manos de Alá, hija mía, y nadie sabe cuándo le llegará la hora de su muerte —dijo el anciano—. Pero para ti pronto comenzará una nueva vida que incluirá deberes desconocidos y nuevas responsabilidades. Estos bienes representan tu dote, por eso hemos de hablar de ello al menos esta vez.

Su rostro arrugado adoptó una expresión risueña y dijo:

—En todo caso, lo más importante es que puedas seguir viviendo en Mogador y proseguir con tu trabajo.

¿Lo había escuchado correctamente?

—¿Y Miguel está de acuerdo con ello?

—Es lo bastante comerciante como para saber que nadie abandona una empresa tan exitosa como la nuestra salvo en caso de fuerza mayor, ¡especialmente cuando de todos modos el esposo estará más tiempo en alta mar que en casa!

Últimamente no solo había bastante trabajo atrasado, además también había que teñir los bultos de tela traídos por Miguel. Y Mirijam se dedicó a trabajar, agradecida por la cotidianidad de los asuntos. Mientras mantenía las manos ocupadas, sus pensamientos giraban en torno al futuro, los cambios que le esperaban y, por supuesto, a Miguel.

¿Cómo y cuándo debía confesarle a Miguel su verdadero origen y hablarle del pasado? ¿Estaría dispuesto a casarse con una judía? Nunca se sabía cómo reaccionaría un cristiano. Muchos seguían creyendo que los judíos cargaban con la eterna culpa de haber asesinado a Jesucristo. Y Miguel, el portugués católico, ¿pensaría lo mismo? También quería hablarle de su casa paterna y que él le contara detalles de su infancia. ¡Había tantas cosas a tener en cuenta...!

Pero en lo que más pensaba, lo más importante de todo, era la siguiente pregunta: ¿qué ocurriría exactamente en el lecho matrimonial?

Pronto Miguel dejaría de ser un huésped que pasaba las noches a bordo de su nave. Viviría con ella allí, en la casa, dormiría con ella en la misma cama... Solo tras su partida, se permitió pensar en ello de vez en cuando. Cuando pensaba en esas noches siempre sentía un cosquilleo inquietante en el estómago, pero al recordar su fuerza, sus manos y sobre todo en sus besos, los latidos apresurados de su corazón se volvían casi insoportables.

No obstante, no dejaba de carcomerla un temor: ¿tendría que volver a someterse a algo similar a lo ocurrido aquella vez en las mazmorras?

Hubiera preferido que siguiera limitándose a abrazarla y besarla...

Mirijam caminaba detrás de Aisha y su ondeante atuendo. En Mogador, ambas eran consideradas sanadoras, expertas en hierbas medicinales a las que las personas acudían con la esperanza de curarse. Las mujeres, los esclavos y las sencillas campesinas acudían a Aisha. De vez en cuando alguien murmuraba sobre ritos africanos celebrados en la solitaria choza, conjuros de espíritus y toda clase de hechicerías, pero Mirijam hacía caso omiso de semejantes habladurías. Desde tiempo inmemorial, las mujeres de la familia de Aisha transmitían su saber a la siguiente generación y eso tampoco cambió cuando sus antepasados fueron raptados y convertidos en esclavos. Aisha ya era la cuarta sanadora que conservaba las antiguas costumbres de su tierra y que conocía ciertas mixturas de las que Mirijam jamás había oído hablar. Pero sobre todo se decían muchas cosas buenas sobre sus éxitos curativos en cuanto a las dolencias femeninas y también que ella lo sabía todo acerca de los secretos entre los hombres y las mujeres. Por eso se encontraba allí ese día.

Aisha caminaba por delante, envuelta en un aroma indefinible a vainilla y a algo picante. Ambas buscaban plantas que poseían ciertos poderes curativos. Al igual que Mirijam, Aisha elaboraba diversos ungüentos e infusiones con ellas.

Ese día Aisha estaba muy callada; ya hacía una hora que Mirijam tropezaba con guijarros y piedras de bordes afilados y empezaba a preguntarse si no sería mejor dar la vuelta y hacer algo útil.

Por fin Aisha se detuvo a la sombra de un grupo de palmeras, dejó la cesta en el suelo y se sentó en la arena con las piernas estiradas y la espalda recta. Palmeó el suelo a su lado y Mirijam obedeció y se sentó junto a ella.

—Así que pronto te casarás —dijo Aisha—. Como tu prometido es marino debería de tener cierta experiencia.

—¿A qué te refieres?

—Al lecho matrimonial. Por eso has acudido a mí, ¿no? Te contaré algunas cosas al respecto, para que no te asustes cuando tu marido se te acerque. Pero hay algo que he de saber: ¿te han circuncidado?

Mirijam le lanzó una mirada atónita.

—¿Circuncidado? —tartamudeó—. ¿Has olvidado que soy una mujer?

—Ajá —murmuró Aisha—, entonces no te han concedido ese honor y te han dejado impura. Vaya, puedes alabar a Alá y alegrarte de que quien se casará contigo sea un infiel: los bárbaros no le dan importancia a esas cosas. Si te hubieran circuncidado según las tradiciones de mi pueblo, estarías cosida, recibirías a tu marido entre sangre y lágrimas y tendrían que abrirte con un cuchillo antes de que pudieras engendrar un hijo. ¿Qué utilizas para recoger la sangre mensual? ¿Paños o esponjas, como yo te recomendé hace tiempo?

Mirijam solo había comprendido la mitad de lo que Aisha le dijo.

—Esponjas —contestó por fin en voz baja.

Entretanto, la curandera había alisado la arena entre sus piernas con la palma de la mano y entonces comenzó a dibujar figuras en la arena con un palito.

Roja de vergüenza, Mirijam reconoció lo que Aisha había dibujado: un hombre con el miembro erecto y una mujer tumbada con las piernas abiertas revelando su orificio más secreto. Lo que más le hubiera gustado era salir corriendo.

—Bien, al menos conoces tu gruta secreta. En los cuentos de hadas —empezó a decir la negra— y por cierto también en las historias de *alf leila wa' leila* suelen decir: «Y por la noche él yació a su lado».

Aisha la contempló.

—En ese caso, el hombre y la mujer no solo yacen uno junto al otro. En el fondo hay innumerables posiciones que pueden adoptar durante el acto del amor. Unas le proporcionan mucho placer al hombre, otras, a la mujer —le explicó la negra al tiempo que completaba su dibujo—. Pero sea como sea: conoces el orificio del que

brota la sangre menstrual. Bien, esa puerta secreta es la meta, el hombre introduce su miembro en ella cuando quiere y con la frecuencia deseada. Solo deja de hacerlo en los días en que eres impura —añadió, indicando el dibujo.

En el esbozo, la gruta resultaba tan encantadora como el cáliz de una flor, tal como Aisha había denominado esa parte del cuerpo.

—Pero... —dijo Mirijam, procurando superar su timidez.

Estaba decidida a preguntar todo lo que valía la pena saber, por más aterrador que resultara.

—¡Pero eso debe de ser doloroso! Incluso la esponjita...

—No si estuvieras circundada. En su inconmensurable sabiduría, Alá hizo que esa zona del cuerpo de las mujeres fuera especialmente flexible. A fin de cuentas, por allí han de salir los niños. Además, es de suponer que tu marido empezará por besarte y acariciarte antes de penetrarte, en todo caso es lo que hacen los amantes expertos. Y eso hará que tu interior se vuelva blando y húmedo y dispuesto a recibirlo. Si no fuera así y si el hombre fuera un bruto, o si tú tuvieras tanto miedo que te pusieses tensa, te limitarás a hacer lo que hacen las mujeres circuncidadas —dijo la negra, introdujo la mano bajo su amplio vestido y sacó unas píldoras negras—. Beleño, ¿comprendes? Beleño, incienso y unas semillas de amapola. Si las tomas una hora antes de que tu marido se acerque a ti, hará que te vuelvas blanda y elástica y podrás abrazarlo sin temor. Además, a él le encantará tu pasión —añadió, y le entregó las pequeñas bolitas.

—¿Beleño? ¿No es venenoso? ¿Y cómo sabe una mujer cuándo...? Quiero decir, ¿hay que tomarlo justo una hora antes?

Inesperadamente, la pregunta sobre la hora precisa había despertado el interés científico de Mirijam y su pudor se disipó.

—Con la correcta dosificación supone una bendición para las mujeres. Así que piensa en tomarlas... Siempre una píldora cada vez, no lo olvides: esta te permitirá emprender un prodigioso viaje; el efecto dura varias horas, así que no importa cuándo la tomas.

Aisha volvió a alisar la arena y dibujó otra imagen. En esta aparecía la mujer tendida de espaldas con las piernas encogidas y el hombre, con un miembro como una vara, estaba arrodillado por encima de ella.

—Esta es la manera más habitual de hacer el amor. Pero si la mujer estira las piernas hacia arriba, más o menos así —dijo Aisha, y modificó el dibujo— esa posición es ideal para engendrar un niño.

Sentimientos opuestos luchaban en el interior de Mirijam, tenía la boca seca y, al contemplar los dibujos, su pulso se aceleró. Pero al mismo tiempo la invadía el temor a lo desconocido, que le impedía pensar con claridad. No obstante, había comprendido algo: eso que Aisha estaba describiendo no guardaba ninguna relación

con lo que antaño experimentó en el *bagno*. Pero en última instancia, incluso saberlo no le resultaba demasiado útil, porque en el fondo no quería ser penetrada, pero frente a los dibujos de Aisha, notó una tensión y una pulsación entre las piernas.

—¿Qué ocurre cuando el hombre...? ¿Es lo único que hace, meterlo allí dentro?

—Bueno, se mueve al tiempo que planta su semilla profundamente en el cuerpo de la mujer. Eso es todo; sin embargo, todo se trata de eso, quiere hacerlo una y otra vez porque para él es lo más importante del mundo. Para él, es más importante que la amistad y el matrimonio, que la gloria y el poder, el dinero, el respeto o la confianza.

—¿Por qué? —preguntó Mirijam, desconcertada.

Aisha se encogió de hombros y por primera contempló a Mirijam directamente: su rostro ancho y plano expresaba compasión frente a semejante ignorancia.

—Quiere engendrar descendientes; ello forma parte del plan de Alá que abarca el mundo y el tiempo y cuyo objetivo es la permanente renovación y el rejuvenecimiento. Se trata del nacimiento y la muerte, del ritmo de la vida. Solo por dicho motivo, todos los hombres desean tener hijos que se encarguen de su heredad, conserven su memoria y los vuelvan inmortales.

Mirijam asintió con aire ausente. ¡Con cuánta objetividad hablaba Aisha de esas cosas! Pese a todas sus lecturas, para ella ese terreno era *terra incognita*. Además, le costaba un gran esfuerzo desprenderse de la idea de que esa parte de su cuerpo cargaba con una maldición. Claro que, entretanto, se decía a sí misma que eso no era necesariamente así; en todo caso, en los libros no ponía nada al respecto, pero su temor la volvía tozuda. También por eso nunca había tratado las dolencias femeninas especiales ni ayudado durante un parto. En cambio, Aisha parecía saberlo todo al respecto. A lo mejor incluso podría hablarle de ese asunto, contarle lo que antaño le había sucedido en las mazmorras y pedirle que se lo explicara.

Es verdad que en aquel entonces el *sherif* intentó explicarle lo que le habían hecho, pero ella no lo comprendió del todo. Habían transcurrido años, pero quizás hubiese llegado el momento de retomar el tema; el *abu* siempre decía que el saber ensancha el pecho, al contrario que la ignorancia, que causaba problemas respiratorios y miedo.

Mientras procuraba tomar una decisión, Mirijam mantuvo la vista baja, jugueteando con la arena. Por fin empezó a hablar con tono quedo.

—Hay algo que quisiera preguntarte, Aisha. Una mujer, no la conoces, no es de aquí, bien, esa mujer me contó que alguien, cuando ella aún era una niña, la violó. Mi amiga no sabía muy bien qué... Creía que se trataba de una especie de maldición, pero la violación no ocurrió como tú acabas de dibujar, quiero decir no en ese orificio, sino...

Mirijam bajó la cabeza, el rubor le cubría todo el rostro.

—¡... sino allí! —susurró por fin, y señaló el punto situado por debajo del orificio

de la flor, absolutamente incapaz de mirar a Aisha a la cara.

—¿De donde surgen los excrementos?

Mirijam asintió y la inspiración de Aisha se volvió audible al tiempo que murmuraba unas palabras y hacía un ademán de rechazo. Después su rostro adoptó una expresión de desdén.

—¡Eso no tiene nada que ver con una maldición! Los hombres que hacen algo así están poseídos por el *sheitan*, el diablo —dijo en tono firme—. El *sheitan* desarrolla una astucia increíble para convencer a los humanos y es realmente malvado. Persuade al hombre de que es poderoso y que puede hacer caso omiso de cualquier regla. Pero quienes no se resisten al diablo, sino que se someten a sus susurros, darán rienda suelta a sus fantasías antinaturales con los débiles y esos son las mujeres y los niños. ¡Pero eso es precisamente lo que el *sheitan* se propone! ¡Todos saben que los niños inocentes están fuera de su alcance, no cargan con ninguna culpa y tampoco son responsables de lo que les hacen a ellos! Por desgracia, tampoco pueden impedirlo y por eso el *sheitan* sale victorioso con excesiva frecuencia. Entonces las mujeres, pero también los niños, sufren violencia y deben convivir con esta. Lo único que pueden hacer es tratar de que ese acto diabólico no determine su vida, porque en ese caso el demonio los habría derrotado y hubiese alcanzado su objetivo —dijo Aisha en tono airado.

Le lanzó varias miradas interrogativas a Mirijam, que permanecía acurrucada en la arena, luchando con las lágrimas.

—Pero créeme —continuó Aisha—, hay algo que es tan seguro como el curso del sol y de la luna: Alá, que todo lo ve, juzgará a ese hombre cuando su vida llegue a su fin. ¡No hay crimen que el Omnisciente no castigue!

El palito con el que había dibujado se rompió entre sus dedos.

—Por cierto —prosiguió diciendo mientras buscaba otro—, si el hombre ha violado a la muchacha por el orificio posterior impuro, la pielecita de su gruta secreta permaneció intacta. La mujer sigue siendo considerada pura y en estado de castidad. Díselo a tu amiga, la tranquilizará.

—¿Y no significa que está maldita?

—¡Claro que no! Quizás el que está maldito sea el hombre o tal vez esté poseído por el diablo, pero no la muchacha.

Mirijam se sentía un poco liberada y, de algún modo extraño, consolada.

Le hubiera gustado reflexionar sobre las explicaciones de Aisha, pero la negra había vuelto a coger el palito y dibujó una parturienta.

—Hemos de proseguir. Como sabes, la semilla que el hombre planta en el vientre de una mujer se convierte en un niño. Crece en su interior y, cuando llega el momento, nace. Creo que tienes suficiente información al respecto. Es como es, tanto entre los seres humanos como entre los animales, y es voluntad de Alá que las

mujeres lo acepten como algo no modificable.

La negra borró el dibujo en la arena y empezó a dibujar otra vez.

—Tu padre me pidió que sobre todo te hablara de los placeres del amor.

—¿*Abu Alí*? ¿Has hablado con él?

—Desde luego. Dijo que temía que tu saber fuera demasiado escaso, debido a que no tienes una madre que pudiera haberte preparado. Bien: sobre los placeres del amor —aunque no sé mucho al respecto por experiencia propia— sé lo que me confían otras mujeres.

Mediante unos trazos dibujó un hombre tendido de espaldas y una mujer que se sentaba encima de su miembro erecto con las piernas abiertas.

—En esa posición, la mujer puede moverse libremente y determinar cuán profundamente la penetra el hombre. Al igual que así: cuando ambos se tienden de lado. Por otra parte, es así como ambos debieran dormir cuando la mujer lleva un niño en su seno, es menos peligroso —dijo Aisha, dibujando a la pareja—. Además, a algunas mujeres parece proporcionarles placer cuando... —añadió, y siguió dibujando.

Mientras regresaba a casa, Mirijam respiraba entrecortadamente y se sentía un tanto aturdida. No había tal maldición y eso suponía un gran alivio, pero esos dibujos... ¿Y si Miguel...? ¿Y si ella...? Pensó en el paquetito de píldoras que guardaba en el bolsillo. ¡Beleño! ¿Y qué fue eso que dijo Aisha al final?

—¡No tengas miedo, el amor siempre es cosa de dos! Empieza tú, acércate a él, acarícialo y bésalo y verás que todo funciona perfectamente.

«Menudo consejo para una prometida», pensó con el corazón encogido.

Mogador, invierno de 1526-1527

El día de la boda llegó antes de lo pensado. Hacía días que el trabajo en todos los talleres se había detenido, al contrario que en la cocina, donde estaban cada vez más atareados. Además de Cadidja, otras cinco mujeres habían asado, hervido y guisado toda clase de sabrosos platos en diversos fogones.

Ese día y también en los dos subsiguientes servirían sopa de yogur con eneldo, hierbabuena y pasas de uvas verdes a los huéspedes, entre ellos los pobres de la ciudad. Además de pollos asados, delicadas berenjenas con cordero, arroz con azafrán de corteza marrón y montañas de finísimo cuscús acompañado de salsa especiada y coronado de testículos de carnero y ojos de oveja. También servirían leche fermentada de camella y pan caliente recién horneado. Para todos, pero en especial para las mujeres y los niños, siempre muy golosos, dispondrían fuentes con montañas de pastas, tartitas de almendras, nueces confitadas y galletas de miel. Y todas las fuentes siempre estarían repletas, desde luego.

De niña, Mirijam había poseído una muñeca a la que trataba de manera bastante caprichosa. «Si las muñecas tuvieran corazón e inteligencia, es de suponer que se sentirían como yo me siento hoy», pensó: empujada de un lado a otro y sin voluntad propia. Como era la novia, no le correspondía dar indicaciones ni manifestar deseos, todo debía desarrollarse según las costumbres y la tradición, de modo que las tejedoras, la mujer encargada de la alheña, Cadidja y las demás mujeres tomaron el mando y decidieron sobre cada detalle.

Haditha le depiló todo el cuerpo y le aplicó aceites finísimos para que su piel luciera como las perlas. Le tiñeron las cejas y las pestañas con galena y delinearon sus ojos con *kohl* para que parecieran más grandes. En las manos y los pies llevaba los motivos arabescos y florales pintados con alheña y portadores de suerte, los que desde siempre adornaban a las novias de las familias berberiscas. Todas las mujeres que se consideraban miembros del hogar, incluso la más humilde de las criadas, también se habían decorado las manos y los pies con artísticos motivos de alheña para la celebración. Ello les aseguraba la *baraka* y alejaba el mal de ojo. Perfumaron a Mirijam con abundante agua de rosas, la ornaron con joyas y la vistieron con un caftán de seda blanca y un velo de encaje, tal como le correspondía a una novia.

Por suerte el suave clima invernal permitió que la gran fiesta se celebrara al aire libre. Fuera, tanto en el patio como en el jardín, se comía, se bebía y se bailaba al son de la música de tambores y flautas, pero las mujeres y los hombres en patios

separados. Entretanto, ella permanecía sentada en el lecho nupcial a solas con Haditha, procurando matar el tiempo con un juego de mesa. ¡No era lo que Mirijam había imaginado!

¿Dónde estaba Miguel? Él podía celebrar con los hombres, comer y bailar con ellos, y recibir sus parabienes, mientras que ella debía permanecer invisible. ¡Pero anhelaba su presencia! Desde su regreso y el torbellino que supuso la preparación de la boda, solo quería estar junto a él.

—Ahora deberíais estar acompañada por vuestras amigas, hermanas, tías y también vuestra madre —dijo la esclava negra en tono malicioso y sin despegar la vista del tablero—. Deberían de haber celebrado la fiesta de alheña anoche y haber reído, bromeado, cantado o quizá llorado con vos. No está bien que estéis sola. ¿Y esto lo ha de bendecir el Todopoderoso? —exclamó, soltando un bufido.

Mirijam alzó la cabeza con expresión irritada. ¿Por qué decía eso Haditha? Sabía muy bien que, a excepción del *abu* Alí, ella no tenía a nadie. Hacía tiempo que Mirijam percibía una disimulada hostilidad en su criada y últimamente incluso demostraba cierta resistencia frente a sus órdenes, pero casi sin palabras, más bien con su actitud corporal y con mímica. Mientras que Mirijam se esforzaba por mostrarse amable, generosa y justa con sus criados y sus trabajadores, y también se preocupaba por su bienestar, Haditha se comportaba de manera cada vez más antipática. ¿Acaso estaba descontenta?

Con motivo de la boda, el día anterior Mirijam les había regalado dinero a todos los trabajadores y criados de la casa y proporcionado ropas nuevas; a Haditha, por ejemplo, le regaló un nuevo atuendo de terciopelo rojo y amplios pantalones de seda. Le sentaba bien y lo llevaba con encanto y dignidad, así que, ¿por qué se mostraba tan hostil?

—No cabe duda de que es la voluntad de Alá que toda mi familia se limite a consistir en el *sherif* —replicó Mirijam en tono frío—. No debiéramos poner en duda la decisión del Omnisciente. Y ahora haz el favor de traer sorbete fresco de la cocina. Después, si lo deseas, podrás comer y celebrar con los demás.

Haditha soltó otro bufido, como siempre cuando no estaba de acuerdo con algo.

—*La!* No es correcto dejar sola a una mujer en la noche de bodas —respondió—. Los *djinn* podrían atacarla.

Mirijam la siguió con la mirada meneando la cabeza hasta que abandonó la habitación con lentitud irritante, pero sus palabras no la afectaron. A partir de ese momento, Miguel formaba parte de su vida y con él a su lado ya no se sentiría sola. Al pensar en el alegre, divertido y amante de la vida Miguel, Mirijam tuvo que sonreír: pasaba por su vida como una fresca brisa marítima. La amaba y la admiraba y había jurado que eso no cambiaría hasta el fin de sus días.

—¡Desparramaré pétalos de rosas en todos los senderos para que todos tus pasos

estén envueltos en un perfume embriagador! —le había prometido el día anterior, y selló su juramento persignándose. Mirijam tironeó del velo y suspiró.

Fuera en el jardín, los huéspedes de la ciudadela, los trabajadores y también los marineros de la *Santa Ana* celebraban junto a Miguel y el *abu* Alí.

El sonido de los tambores y las castañuelas, como también el hechizante canto de los *gnaoua* suplicando la bendición de Alá, penetró en la habitación y ella se meció a su ritmo. Perfumadas vaharadas de canela, claveles y carne asada flotaban a través de la casa y los patios interiores. En todas las habitaciones ardían el incienso y el sándalo y en la que ella ocupaba ardía un ramo de hierbas silvestres del jardín en un recipiente de arcilla, cuyo humo debía protegerla del mal de ojo. Los huéspedes se lavaban las manos y se perfumaban con aguas aromáticas. Habían pensado en todo para asegurar la buena fortuna y alejar a los espíritus envidiosos y malignos.

Ella no participó en la ceremonia del enlace matrimonial. En realidad, quienes arreglaban todo lo oficial eran los padres, tíos y hermanos de la pareja de novios, mientras que la novia y el novio permanecían invisibles. En su caso, Miguel y el *abu* Alí habían firmado el contrato matrimonial ante el *kadi* de la ciudad y los funcionarios portugueses y con ello la convirtieron en una mujer casada. Todo estaba bien, todo era estupendo y ella estaba feliz. ¿O no? Mirijam volvió a suspirar más profundamente que antes.

Todavía no le había dicho nada a Miguel sobre sus orígenes, él seguía creyendo que se había casado con una musulmana. Solo una vez, cuando Miguel hablaba de la vida dura de las esposas de los marinos, intentó una vaga insinuación.

—En tierra la vida no es mucho más sencilla. Yo por ejemplo, he pasado por muchos momentos dolorosos desde mi infancia —dijo, pensando que si él le hacía una pregunta ella podría hablar.

—¡Eso cambiará a partir de ahora mismo —se apresuró a decir a Miguel en cambio—, te lo prometo! —añadió, la estrechó entre sus brazos y le besó la oreja. El momento pasó con la misma rapidez con el que se había producido.

Sabía que era una cobarde, pero el miedo de perder a Miguel y quedarse sola hizo que callara. Solo hacía un instante había empezado a saber cómo era eso de ser amada y no quería renunciar a ello. Pero ¿acaso no lo engañaba callándose algo tan importante? ¿Cómo podía corregir dicho error, aún estaría a tiempo? Se encontraba entre la espada y la pared, como en el juego de mesa. A partir de cierto punto, uno solo podía perder.

Presa de los nervios, Mirijam tragó saliva; ya no aguantaba quedarse sentada en la cama, así que empezó a recorrer la habitación a zancadas. Por fin abrió un cofrecito y sacó las cartas de su madre: las guardaba en una pequeña caja de aromática madera tallada porque quería tenerlas a mano y releerlas una y otra vez. Desanudó el cordel de seda, desplegó las hojas de papel en forma de abanico sobre la cama y las

contempló con veneración: eran su bien máspreciado, más valioso que todos los ducados en sus cajas de caudales.

Y si le daba una de ellas a leer a Miguel, ¿acaso él no se vería obligado a considerarlo una muestra de confianza? La última carta, por ejemplo, esa en la cual Lea describió el robo y el asesinato o quizá mejor la primera, en la que hablaba de su felicidad ante el nacimiento de un niño... Daba igual: cuando él leyera la carta seguro que después se iniciaría una conversación en el transcurso de la cual ella por fin podría explicárselo todo y él la perdonaría. Sí, eso resultaba posible y, con gesto decidido, cogió ambas cartas y las guardó en su traje de fiesta. Cuando Haditha regresó con una bandeja de fruta fresca, Mirijam estaba sentada en la cama como si nada hubiera pasado.

—Ya están celebrando —dijo la criada, y se sentó ante el juego de mesa—. ¿A quién le toca jugar?

Esa no fue la única partida que Haditha le ganó a la distraída Mirijam, que colocaba las fichas sin prestar atención.

Según Aisha, había que ingerir el beleño con anterioridad, pero ¿cuándo sería el momento indicado? A lo mejor Miguel no tardaría en venir. Mirijam tanteó las píldoras en el bolsillo de su vestido y suspiró. Procuró persuadirse de que todo saldría bien, de calmarse y hacer caso omiso de los agitados latidos de su corazón.

—Debéis prestar más atención, *lâlla* —le advirtió Haditha—. Solo es culpa vuestra si no dejáis de perder una partida tras otra.

Entonces Mirijam recordó las palabras de Aisha. La negra estaba convencida de la inocencia de los niños y había hablado de la impotencia de los débiles, de las influencias diabólicas, de demonios y en especial de evitar que la propia vida estuviera determinada por un acto diabólico. Mirijam sospechaba que dicho concepto era correcto y, agradecida, notó que se tranquilizaba. Tal vez no lo lograría de inmediato, pero debía derrotar al demonio. Si no confiaba en Miguel y en cambio siempre cedía ante sus temores, entonces el diablo habría vencido.

Esas píldoras que Aisha le había dado, sobre todo el estupefaciente que contenían, ¿podrían ayudarle a dominar sus miedos? Ya había leído la composición y el uso exacto de ese remedio compuesto de beleño y semillas de amapola en los libros del *abu* Alí, pero ¿la negra habría utilizado la misma receta? La fama de Aisha de ser una bruja africana no se le quitaba de la cabeza.

Una sombra oscura entró en la habitación.

—¡Miguel!

Se acercó a ella con paso acelerado, hizo caso omiso del siseo de la criada, la cogió de las manos y la levantó.

—¡Chitón! —susurró. Sus ojos brillaban—. ¿Así que estás sentada aquí, hermosa mía, sola en la penumbra? ¿Y se supone que esa es manera de celebrar tu boda? ¡Lo cambiaremos, por todos los santos! Me pregunto si realmente eres la mujer valiente que he conocido.

—Desde luego, ¿qué te has creído? —se jactó ella, pero en realidad no sentía tanto valor como fingía.

Miguel rio, la miró de arriba abajo. La abrazó y le besó la frente.

—¡Eres un deleite para los ojos! Bien, si realmente tienes valor, ven conmigo a bordo de la *Santa Ana*. Nos escabulliremos hasta el puerto sin ser vistos, allí nos aguarda mi bote. Todo ya está preparado a bordo, allí estaremos tranquilos. ¿Vienes conmigo, esposa mía? ¡Pero no hagas ruido, por amor de Dios, para que no nos atrape ninguna de las arpías que te vigilan!

Tenía un aspecto acalorado y los cabellos completamente revueltos, pero sus ojos refulgían como las estrellas.

—*Lâlla Azîza*, es imposible... no podéis... debéis... —dijo Haditha interponiéndose entre ellos y la puerta.

—¡Sal del paso, mujer! ¡Tu ama desea dar un paseo con su esposo!

Mirijam temblaba. En ese momento el miedo hizo que deseara dar marcha atrás con la boda, pero un instante después corría a través de la noche cogida de la mano de Miguel.

El camarote del capitán estaba iluminado por el suave resplandor de las velas y también había un lecho cubierto de blandos cojines y pétalos de flores. La mesa estaba dispuesta con un mantel de damasco, fina porcelana y copas brillantes y en el aire flotaba el aroma de las rosas damascenas.

—¡Oh! —exclamó Mirijam, que tras su última visita recordaba el camarote como el escueto reducto de un hombre. Hacía un par de días allí olía a tabaco y cuero, y la mesa casi desaparecía bajo los rollos de las cartas y los aparatos náuticos.

Miguel le alcanzó una copa de vino y alzó la suya para beber a su salud.

—*Senhora Mansour* y de *Alvaréz* —dijo en tono ceremonioso—, te doy la bienvenida a tu nueva vida —añadió, haciendo una pequeña reverencia.

—Gracias.

Mirijam bebió un sorbo de vino. Nunca lo había probado, pero conocía sus efectos. Le temblaba la mano y, procurando no derramar el vino, se apresuró a dejar la copa en la mesa. El corazón le latía como un caballo desbocado, cruzó las manos en la espalda, bajó la vista con timidez y aguardó. Tal vez debiera tomar la píldora de beleño, quizás había llegado el momento indicado...

—Toma asiento mientras voy en busca de algo para comer, pescado y unas frutas... ¿te agradaría?

—Solo un poco para mí, no tengo apetito —contestó Mirijam en voz baja. Le temblaban las rodillas. En cuanto Miguel salió del camarote, Mirijam cogió la píldora y la tragó acompañada de un buen trago de vino, confiando en que fuera el momento adecuado y que hubiese hecho todo lo necesario, lo demás no dependía de ella. Procuró notar el efecto del beleño, pero salvo las palpitaciones no notó nada. ¿Y si bebía otra copita de vino? Volvió a escanciar otra copa y la vació de un trago.

Mientras permanecía de pie en el camarote esperando que algo sucediera, empezó a invadirla una agradable calidez, sus hombros se relajaron y pudo sonreír sin esforzarse y eso resultaba muy placentero. Cuanto mejor se encontraba tanto más se reducía su temor, pero ¿qué más le había dicho Aisha? Afirmó que el amor era cosa de dos y si la mujer daba el primer paso, ya había ganado. En ese momento regresó Miguel y dispuso unos tentempiés en la mesa.

—Bien, ahora estamos solos en la nave —dijo—. Solo el contramaestre y el cocinero se quedan montando guardia, así que no te preocupes: nadie nos molestará.

Ruborizándose, Mirijam asintió, pero entonces cobró valor y, al tiempo que dejaba caer su velo dio un paso adelante, rodeó el cuello de Miguel con los brazos y le ofreció su boca. Pero al mismo tiempo y completamente en contra de su voluntad, empezó a sollozar. Miguel depositó un suave beso en su mejilla, apoyó un dedo en su mentón y le alzó la cabeza. Al ver la tortura que expresaba la mirada de ella se asustó.

—No tengas miedo —murmuró en tono cariñoso—, no te haré daño. Ni hoy ni nunca en la vida, con la ayuda de Dios. Al contrario, corazón mío, te cuidaré y te protegeré, con mi vida si fuera necesario, lo juro por la Virgen María de *Sao Pietro y Paolo*.

La condujo hasta el lecho y la tendió en los blandos cojines, después se tendió junto a ella al tiempo que le acariciaba las manos y los brazos para tranquilizarla y le susurraba palabras cariñosas.

La nave se balanceaba suavemente sobre las olas, acunando a Mirijam. Poco a poco su respiración se sosegó, las lágrimas se secaron y logró relajarse. Por fin todo era como ella lo había soñado: Miguel la sostenía entre los brazos, todo era sereno y afectuoso.

«Ahora o nunca —pensó con valor renovado—, ha llegado el momento de confesar la verdad».

—He de confesarte algo, Miguel —dijo—, algo que debería haber hecho hace tiempo. ¡Perdóname, por favor! Resulta que no soy aquella por la que tú me tomas. No soy la hija del *abu* Alí, solo soy su hija adoptiva. Antes era una esclava.

Escudriñó el rostro de él con mirada temerosa, pero a Miguel esa noticia inesperada no parecía impresionarlo en absoluto.

En cambio, recorrió sus rasgos con el dedo, las pequeñas orejas, la delicada piel del cuello, los labios y la firme barbilla y volvió a empezar desde el principio.

—Pobrecita —murmuró con la boca hundida entre los rizos de ella—. ¡Me alegro de que se haya hecho cargo de ti!

Cuando él depositó un suave beso en su cuello desnudo y en su oreja, ella notó su cálido aliento y una tensión dulce y dolorosa la invadió, dolorosa y placentera a la vez, y notó que sus pechos se erguían y que su interior se volvía blando y flexible. Se sentía maravillosamente ligera y tibia.

Miguel seguía acariciándola y besándola. Le besaba la frente, las mejillas, el mentón y el delicado hueco del cuello y poco a poco le fue quitando el vestido. Le acarició los pechos y sus pezones se endurecieron y se volvieron muy sensibles, le acarició el vientre y por fin apoyó sus labios en los de ella. Al principio de manera juguetona pero luego con mayor insistencia le introdujo la lengua entre los labios y, bajo el roce de sus dedos se inició un sueño oscuro y húmedo.

Cuando por fin quiso penetrarla, ella se puso tensa y retrocedió asustada, pero un instante después sus muslos se abrieron por sí mismos. Mirijam sintió un dolor breve y punzante... ¡pero seguido de una maravillosa recompensa! Oleadas de pasión la inundaron y arrollaron, ella se apretó contra él y le clavó las uñas en la espalda, lanzó la cabeza hacia atrás y se entregó por completo, caricia tras caricia, embiste tras embiste y beso tras beso.

Después de unos momentos, él se retiró con mucho cuidado y Mirijam abrió los ojos, pero casi sin notar lo que la rodeaba. Su cuerpo aún ardía y vibraba, y apoyó una mano en su regazo como si así pudiera sosegar el tumulto que la invadía.

Miguel estaba sentado en la cama, desnudo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared de madera; su piel tensa brillaba y sus ojos centelleaban. El calor irradiado por sus piernas velludas y musculosas llegaba hasta ella y apoyó una de sus trémulas rodillas contra las piernas de él.

—¿Siempre es... así? —preguntó Mirijam en voz baja.

—Solo cuando eres tan afortunado como yo —contestó él también en voz baja. Después la atrajo hacia sí y depositó un beso sobre sus rizos revueltos, antes de volver a separarle los muslos con delicadeza.

Mirijam despertó de madrugada, aún entre los brazos de Miguel. El brazo izquierdo de Miguel estaba apoyado en su pecho y casi no podía respirar. Con cuidado para no despertar al capitán pero poder tomar aire, lo apartó un poco.

«¡Capitán!», pensó, sonriendo, y se quitó el cabello de la frente. No, ya no era el capitán o un socio, era su familiar, su esposo; aún tendría que acostumbrarse a ello, pero tenía todo el tiempo del mundo. Contempló a su marido con timidez, tendido entre los cojines con el pelo revuelto y profundamente dormido. Al parecer, dormir era una actividad a la que le dedicaba toda su concentración, a juzgar por la seriedad de su expresión.

Se arrastró fuera del lecho, se envolvió en una de las sábanas y se sentó en un sillón de madera primorosamente tallado junto a la mesa. La posición sentada le causó un pequeño dolor, se sentía escocida y cansada. El hechizo de la noche aún la envolvía, pero al recordar lo que habían hecho se sonrojó. ¿De verdad había consentido que Miguel la acariciara y la besara en todas partes? ¿Qué la penetrara? Había jadeado y gemido, la había aferrado con mucha fuerza, incluso le había hecho daño y sin embargo ella no sintió temor ni quiso resistirse. Todo había sido muy distinto de lo imaginado.

Antes de que Aisha le explicara lo que ocurría entre los hombres y las mujeres, ella había creído que esa unión era lo más doloroso que le podían hacer a una mujer. Durante mucho tiempo, en realidad hasta ayer, prefirió pensar en Miguel como un buen y afectuoso amigo de confianza, más que en un hombre con semejantes apetitos. Pero para su gran desconcierto, esa mañana comprobó que tras la noche pasada se encontraba estupendamente. Sí, estaba fatigada, pero también relajada y serena como después de tomar un baño de vapor. ¿Acaso todos los músculos, todas las articulaciones por más pequeños que fueran, no irradiaban claras señales de bienestar? ¿Se debería al beleño? Porque, por lo visto, la píldora no solo había disipado su temor por completo, esa hierba mágica incluso la había animado a tomar parte de las actividades. Tal vez Aisha había incorporado alguna otra cosa a la mezcla... Mirijam volvió a sonrojarse. ¿De verdad se había sentado encima de él y le había presentado sus pechos? ¡Y eso le había gustado mucho a él! Tras echar un breve vistazo a la cama, comprobó que él seguía durmiendo.

Mirijam se frotó los brazos y, sin querer, se rozó los pechos. Sus pezones se endurecieron en el acto, entonces se estremeció y un dulce escalofrío le recorrió la piel y el cuerpo, dejándola perpleja.

«Qué extraño —pensó—, ¿qué me está ocurriendo?». Entonces volvió a recorrer la tela que le cubría los pezones con el dedo y el vello de sus brazos, piernas y cuello se erizó. Suspirando, cerró los ojos. Notó una palpitación y una humedad creciente

entre las piernas y se ruborizó: la sensación se asemejaba a la de la noche anterior, cuando los cuerpos de ambos desarrollaron una vida propia, casi como si instintivamente persiguieran una meta exclusiva.

Para distraerse de sus reacciones físicas comió unas uvas y aspiró el aroma de la nave: ese olor a madera, brea y cuero —que entretanto había borrado el perfume de las rosas— le parecía el olor de Miguel y deslizó la mirada por el camarote.

La gran mesa sobre la cual colgaba una bonita farola de cristal estaba tan firmemente fijada al suelo como los dos sillones. Bajo la pequeña ventana había un cofre pintado, tal vez el arcón de viaje de Miguel y de delgados ganchos de latón colgaban astrolabios y otros instrumentos metálicos brillantes. En un rincón junto a la ventana había una imagen del Cristo crucificado... ¿y qué habría tras la estrecha puerta de allí? En ese lugar, en la *Palomina*, había un cubo para hacer las necesidades. Mirijam abrió la puerta y descubrió un retrete limpio que disponía de una jarra de agua y de un trozo de jabón perfumado. Quizá no ofrecía el lujo del *hamam*, pero le resultó muy práctico.

Limpia y refrescada, regresó al camarote de puntillas, donde Miguel aún dormía profundamente, y se puso el vestido de novia de la noche anterior; al contemplar a Miguel una suave sonrisa le iluminó el rostro. «Duerme casi como un niño pequeño», pensó, conmovida. En torno a sus ojos, la piel morena de su rostro presentaba una red de arrugas más claras que desaparecían entre sus rizados cabellos. Un rizo le cubría la mejilla, una pierna colgaba por encima del borde de la cama, una pierna musculosa, fuerte y velluda de rodilla pronunciada. Todo lo demás estaba cubierto por las mantas y las sábanas desordenadas. Era un hombre musculoso, pero al parecer no tenía motivos para temer su fuerza.

Una vez más, recordó las escenas de la noche anterior. ¿Acaso Miguel la había obligado a hacer algo que ella no quería? ¿La había agarrado con demasiada fuerza? ¿Se había vuelto grosero o había perdido el control sobre sí mismo? Al contrario, la había tratado con consideración y cautela; jamás usaría su fuerza en contra de ella y a lo mejor hasta tenía el poder de hacerle olvidar el recuerdo de las mazmorras.

Mirijam no logró despegar la vista de él. Durante un instante se le presentó la imagen de Cornelisz, su príncipe, al que había elegido como esposo cuando era una niña. ¡Cuántas veces había soñado con él!

«Pero ahora los rizos que reposan en los cojines no son rubios y tanto las manos y todo lo demás no son delicadas como en el caso de Cornelisz», pensó, pero Miguel era un hombre bueno y amable. Y la amaba, con delicadeza pero también con pasión. En comparación, el amor que ella sentía por él todavía era joven, como una plantita delicada, pero cuando intimaran más crecería, de ello estaba segura.

Alguien llamó a la puerta del camarote con un sonido casi imperceptible e interrumpió sus cavilaciones. Abrió la puerta y descubrió una bandeja con zumos, té,

miel, fruta, pan recién horneado, pastas y confites. Estaba en el suelo ante la puerta y provenía de su casa, tal como le reveló lo que contenía: Cadidja, su diligente cocinera, sabía lo que le apetecía y había enviado la bandeja a la nave.

Mirijam sonrió y bebió una taza de té, extrajo las cartas de su madre del bolsillo del vestido y buscó uno de sus fragmentos predilectos.

... ¡Oh, sí, cumpliré dicha promesa con todas mis fuerzas! Y también quiero agradecerle al Eterno por su misericordia y por el niño que llevo en mi seno, en caso de que Gesa no se haya equivocado al interpretar los indicios. Pero ¿por qué habría de equivocarse? Un hijo y heredero para mi buen Andrees o una pequeña niña que no se aparte de mi lado... ¡mi corazón brinca de alegría! A lo mejor el tiempo de los reveses ha pasado para siempre y el Eterno me concederá la felicidad de...

—¿De dónde has sacado el desayuno, mujer? —dijo una voz desde la cama—, ¿y por qué no me das nada a mí? ¿Es que pretendes que tu marido muera de hambre aquí, en este lecho frío y solitario?

Mirijam pegó un respingo. Miguel tenía los cabellos revueltos y fingía estar de mal humor, pero sus ojos brillaban.

—De ninguna manera, querido esposo —contestó Mirijam, riendo y poniéndose de pie—. Dicen que los hombres hambrientos resultan insoportables; por lo visto mi cocinera lo sabía y, con sabia previsión, nos envió estos alimentos.

—Habría que nombrarla cocinera jefe, pero ahora ven: ¡mi apetito es casi incontrolable!

Pero resultó que a Miguel le apetecía algo más que la fruta y las pastas. ¿Debiera de tomar otra píldora? Pero animada por las placenteras sorpresas de la noche pasada Mirijam renunció: prefería confiar en las diestras manos y los suaves labios de Miguel.

Solo más tarde Mirijam por fin pudo cumplir con su propósito. De manera apresurada y al principio un tanto confusa comenzó a hablarle a Miguel de su pasado, quería hacerlo lo antes posible... ¿Y si de pronto perdía el valor? Pero cuanto más hablaba, tanto más claro se volvía su relato sobre sus padres, su infancia en Amberes y el ataque de los piratas.

—¡*Deus*, qué historia más extraordinaria! —exclamó Miguel, quien, mientras escuchaba el relato de Mirijam, había vaciado la bandeja—. ¿Así que provienes de Amberes? Nunca he estado allí, pero un buen amigo me dijo que es una ciudad muy bonita. Van de Meulen, Van de Meulen... Sé que ya he oído hablar de esa empresa, pero de momento no logro recordar en qué contexto.

Le rodeó los hombros con el brazo con gesto cariñoso y depositó un beso en sus rizos.

—Esos condenados corsarios son peores que la peste. ¿Y dices que su comandante llevaba una barba roja y dos cimitarras cruzadas en el pecho? ¡El griego! ¡Apuesto a que era él, el peor y al mismo tiempo el más exitoso de los corsarios: Jeireddín, el barba roja!

Le acarició el cabello, pero con la mirada perdida; luego se levantó de la cama, se puso los pantalones y caminó de un lado al otro en el estrecho camarote. ¿Es que no había comprendido eso de su madre judía o tal vez no le daba importancia? En cambio el ataque de los piratas le causaba una gran excitación. Aliviada por haberse quitado de encima sus secretos, Mirijam apoyó la espalda contra un cojín, se cubrió hasta el cuello con la sábana y observó los pasos inquietos del portugués.

—Ese Barbarroja ya debe de haber sido una plaga cuando su madre lo amamantaba, ¡en todo caso, de momento es el diablo en persona! No me extraña que vendiera a tu hermana a un harén: ese coge lo que puede y convierte las costillas de cordero en ducados y lo peor es que ese flagelo de Dios carece de sentimientos humanos y de conciencia —dijo Miguel, mirando por la pequeña ventana y reflexionando—. No obstante, en aquel entonces el comprador debió de haberle ofrecido muchísimo dinero por tu hermana, puesto que siempre obtiene las sumas más elevadas por el rescate que la familia ha de pagar. ¿Y sabes qué hace con el dinero del rescate y los horrendos productos de la venta?

El capitán se detuvo ante la cama; contemplaba a Mirijam, pero también era como si no la viera.

—¡Equipa la flota de su amo, el sultán de Constantinopla! Nadie sospecha cuántos barcos, tropas y cañones le han proporcionado los ataques de Jeireddín; los piratas ya suponen un peligro considerable para nuestros barcos mercantes, pero la flota del sultán Solimán se vuelve cada vez más grande y poderosa, mejor equipada y

por eso más amenazadora.

Miguel apartó las copas, extrajo una carta náutica de su envoltorio de cuero y la desenrolló sobre la mesa y, antes de reemprender su paseo por el camarote, estudió las costas de Levante con el ceño fruncido.

¿Es que su narración lo inquietaba tanto que olvidaba la presencia de ella? En realidad, hubiera querido confesarle todo lo demás y aliviado su conciencia, porque solo podría ponerle punto final tras revelárselo todo. Pero él no parecía notar su presencia.

—El maldito nido de diablos se encuentra aquí —dijo Miguel por fin, indicando la carta—. Dicen que el sultán Solimán le ha otorgado amplios poderes a Barbarroja. En todo caso, junto con sus corsarios ha creado su propio reino en Al-Djesaïr, en el interior del reino osmanlí, además del correspondiente *diwan*, el consejo formado por los oficiales y los capitanes del ejército osmanlí. ¡Cada vez que logro dejar atrás ese tramo de la costa doy gracias a Dios y supone una sensación condenadamente agradable en cuanto el peñón de Gibraltar por fin aparece por proa y la *Santa Ana* ha vuelto a salir ilesa!

—¿Acaso ya te has encontrado alguna vez con él o con sus naves? —quiso saber Mirijam, inquieta. ¡Cuán poco sabía de él, sobre todo de los peligros que corría durante sus viajes!

—¡No, por *Deus*! ¡Y tampoco tengo ningunas ganas de hacerlo! —dijo Miguel, contemplando la carta con expresión pensativa—. Algún día —y créeme, desde que el rey francés cerró ese pacto diabólico con los osmanlíes no tendremos que esperar mucho—, en algún momento la bien equipada armada del sultán se enfrentará a los debilitados y maltratados soldados del emperador Carlos V que ya hace años que luchan contra el Papa de un modo completamente inútil. ¡Y entonces que Dios se apiade de nosotros, los honestos comerciantes y pobres marinos! —añadió, pegando un puñetazo en la mesa.

Inquieta, Mirijam observó cómo él —descalzo y solo vestido con el pantalón— volvía a recorrer el camarote y calló. Su evaluación de la situación le provocaba un gran temor. En su ciudad a orillas del mar solo rara vez llegaban noticias de lo que ocurría en el mundo y hasta ese momento ello tampoco la había preocupado. Incluso la ampliación de sus negocios hasta incluir Francia, Malta y Halab, en Siria, no habían modificado dicha situación. Pero ahora, como esposa de un capitán, se veía obligada a ampliar su punto de vista; además, tal como comprobó de pronto, hasta ese momento nunca había reflexionado sobre los numerosos peligros a los que Miguel se exponía en cada viaje. ¿Es que sus palabras significaban que se aproximaba una guerra? Debía preguntarle sin falta acerca de los motivos de la hostilidad reinante entre el rey, el emperador y el Papa.

Por fin Miguel notó su inquietud; se sentó a su lado en la cama y le cogió la

mano.

—No te preocupes, querida, nosotros los Alvaréz estamos muy apegados a la vida y además mi *Santa Ana* es veloz como una golondrina, pero para ti aquellas experiencias supusieron una gran desgracia. ¿Has vuelto a tener alguna noticia sobre tu hermana?

—Dicen que una fiebre acabó con su vida.

Miguel asintió y una arruga de cólera le frunció la frente.

—Bien, una vez que alguien desaparece en un harén puedes darlo por muerto. Dentro de la desgracia, has tenido suerte, corazón mío. Y aún más teniendo en cuenta que a fin de cuentas, fuiste a parar a la casa de tu buen padre adoptivo —dijo, le besó los dedos y la arruga se borró de su frente—. *São Cristofero*, el santo patrono de todos los perdidos y descarriados, te protegió, de lo contrario no estarías aquí. ¿Nunca intentaste regresar a tu hogar?

—No, pero esa es otra historia... —dijo Mirijam, y se interrumpió; se cubrió aún más con la sábana hasta que solo se veía su rostro. Al principio había decidido hablarle también del asunto de las mazmorras, de la violación, pero entonces le faltó el valor. ¿Y si despertaba la repugnancia de Miguel y él la rechazaba? Un escalofrío le recorrió la espalda.

Miguel la contempló lleno de expectación.

De eso que era imprescindible que le confesara, del asunto de su origen judío, todavía no le había dicho ni una palabra, salvo una breve alusión cuando mencionó a sus padres.

—Hay algo que es necesario que sepas —empezó a decir en voz baja—. Podría ser que tú... Antes no me... —Mirijam inspiró profundamente y después soltó todo lo que sabía a partir de las cartas de su madre, de su huida y del abogado. En esa versión resumida y apresurada, la historia resultaba aún más cruel de lo que era.

—Hace tiempo que debiera de haberte dicho todo esto —dijo, sollozando—. Pero durante muchos años no podía hablar con nadie de ello, excepto con el *sherif*. El *abu Alí* cree que alguien de Amberes incitó a los corsarios a atraparnos a Lucía y a mí y a acabar con nosotras. Opina que ese alguien solo pudo haber sido ese supuesto tío de mi madre e incluso puede que tenga razón. Y más adelante, en el *bagno*... ¡Fue espantoso! No podía hablar, no podía pronunciar ni una palabra; me quedé muda durante muchos meses, ¿comprendes? Y hay otra cosa importante que he de decirte —añadió, gimiendo.

—Tranquilízate, querida, tranquilízate. ¿Alguna vez has reflexionado sobre lo siguiente, sobre quién sacaría provecho de vuestra muerte? Apuesto a que es eso lo que hemos de investigar.

—Sí, sí, pero escúchame: ¡no me llamo Azîza! Me llamo... mi nombre es... —pero no pudo seguir hablando y sollozó.

—Tranquilízate, mi flor, no llores... por favor, no llores —dijo Miguel, y acarició a su joven esposa con gesto compasivo. Murmuró unas palabras de consuelo y la estrechó entre sus brazos sin dejar de escuchar su balbuceo a duras penas comprensible. Y mientras escuchaba se dio cuenta de algo con mucha claridad: el aroma de su mujer lo embriagaba y, gracias a sus palabras cariñosas, poco a poco ella dejó de llorar.

Pero de repente Miguel se puso de pie y volvió a recorrer el camarote.

—¡Ja! Ahora vuelvo a recordar lo que los marinos de Venecia y de otros puertos cuentan sobre Van de Meulen. ¡Hablaban del estaño, precisamente! Al parecer, la casa Van de Meulen está comprando estaño en todas partes, incluso en las islas griegas. ¡Y dicen —pero puede que solo se trate de habladurías de taberna, los marinos son muy cotillas—, murmuran, que se lo vende al mejor postor, incluso si se trata del maldito osmanlí!

Mirijam lo contempló sin comprender.

—¿No lo entiendes, bella mía? El estaño es el componente principal del bronce y por ello es muy codiciado. Y para la fabricación de cañones, a saber. También es necesario para fabricar otras armas, pero en especial para los cañones. De momento, quien extrae estaño o comercia con este puede pedir casi cualquier precio por él.

Mirijam meneó la cabeza.

—¿Acaso la empresa Van de Meulen sigue existiendo? ¿Qué sabes al respecto?

Miguel cogió una copa de la mesa y bebió un trago de vino sin dejar de contemplar a Mirijam con aire pensativo. Por fin volvió a tomar asiento a su lado.

—¿Cómo acabas de decir que te llamas en realidad?

—Me llamo Mirijam van de Meulen, hija de Andrees van de Meulen y de su segunda esposa, Lea Cohn —dijo, radiante de felicidad: era la primera vez en muchísimo tiempo que pronunciaba su verdadero nombre en voz alta—. ¡Soy Mirijam!

—¿Mirijam? Un nombre bonito, me gusta —dijo Miguel, saboreando el sonido del nombre como si fuera una exquisitez o un buen vino—. ¿Y tu madre se llamaba Lea? Y aquel tío de tu madre que fue asesinado durante la huida, ¿cómo se llamaba? Fue asesinado por Joaquín, el contrabandista, si he comprendido correctamente —dijo por fin.

Mirijam asintió.

—Sí, el tío se llamaba Jakob Cohn, es lo que pone en las cartas de mi pobre madre. Puedes leerlas si quieres —dijo ella, indicando la mesa.

Miguel hizo un gesto negativo.

—¿Así que provienes de una familia judía que huyó de España?

Aliviada, Mirijam asintió, por fin Miguel lo había comprendido todo correctamente; encogió las rodillas y las rodeó con los brazos. Ahora vería qué

pensaba al respecto y si se tomaba a mal su largo silencio, pero Miguel volvió a deambular por el camarote.

—En una de sus cartas, mi madre describió detalladamente a su tío, su carácter alegre y una verruga muy fea que le deformaba la cara.

Miguel seguía sin pronunciar palabra y dirigió una mirada distraída a la ventana.

—Mi padre era flamenco —añadió ella en voz baja.

Miguel agitó la mano con impaciencia.

—Jakob Cohn, Jakob Cohn... estoy seguro de haber oído ese nombre en alguna parte —dijo para sus adentros—. ¿Pero cómo, cuántos años hace que está muerto?

—El notario de padre, ¿lo has olvidado? Él dice llamarse así. El *abu* cree que el abogado podría ser un estafador, un miserable mentiroso que abusa de ese nombre.

De pronto Miguel la miró fijamente, luego cogió sus ropas colgadas del gancho y se puso la camisa.

—Vamos, mujer, vístete. Hemos de ir a tierra y hablar con el *sherif*.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Porque resulta que acabo de recordarlo todo: de hecho, la casa Van de Meulen sigue existiendo. Su propietario actual se llama Cohn, lo llaman el abogado. Es absolutamente necesario que sepa lo que ha averiguado tu *abu*. ¡Piensa en el estaño para los cañones y en los rumores relacionados con el comercio con los miserables osmanlíos!

Mogador, 1527

Por una parte, tras esos seis meses, Miguel aún estaba como hechizado y su vida jamás había sido tan dulce, pero por la otra su amada esposa no siempre se comportaba como él deseaba y eso lo reconcomía cada día más.

Que la vida de su mujer hubiese sido bastante extraordinaria y que tuviera dos nombres distintos —unos la llamaban *lâlla* Azîza, pero ella insistía en que él la llamara Mirijam— no le molestaba, y tampoco que tuviese una madre judía y que por tanto ella misma fuera judía: a fin de cuentas, una religión era tan buena como cualquier otra. En realidad, lo único que le molestaba era su tozudez, pero que en última instancia solo se debía a su erudición. Su cultura le causaba un gran asombro, pese a que todo el mundo sabía que la inteligencia de las mujeres apenas bastaba para comprender relaciones sencillas. Sin embargo, ella era capaz de captar y comprender las circunstancias más complejas y estaba muy bien informada sobre los innumerables temas que figuraban en los gruesos libros y los infolios de *sîdi* Alí. Pero ¿con qué fin, se preguntaba a menudo, para qué serviría semejante inmenso saber en el caso de una mujer? ¿Acaso alguien de este mundo alguna vez había oído hablar de una matemática, una experta en navegación o una astróloga? Entretanto, albergaba la sensación de que para su mujer, tales ciencias complicadas como las matemáticas o la astrología eran una nimiedad y eso le resultaba muy incómodo. ¡Le bastaba con tener en cuenta cuán difícil le resultaba a él la lectura! Y como era tan talentosa y erudita —y con ello demostraba el aspecto negativo de su erudición, que lo volvía aún más inseguro—, ella tomaba sus decisiones por su cuenta.

Miguel se pasó los dedos por el cabello y se rascó la cabeza: ¡tenía ganas de arrancárselos! Ella decidía como si fuera un hombre y llevaba sus negocios de manera independiente, pese a que al principio él había creído que solo actuaba en nombre del *sherif*. Pero en ese punto Miguel se había equivocado por completo y eso no le gustaba, no, no le gustaba nada. ¿Es que una mujer casada se comportaba de ese modo? En vez de ocuparse de menesteres femeninos como el hogar y del bienestar de su esposo, siempre estaba ocupada con algún asunto urgente y pensando en otra cosa.

No dejaban de acudir personas que querían saber algo o que esperaban que ella tomara una decisión, como por ejemplo sobre un plazo, el abastecimiento, la construcción de un almacén, la compra de una nueva barca y cosas por el estilo, ¡pese a que sabía que ya no era necesario que ella lo hiciera todo —eso era una tontería— puesto que él, su esposo, estaba a su lado y la apoyaba!

Miguel recorría el jardín con pasos largos sin prestar atención a las rosas y las otras flores; en cambio, hacía rechinar los dientes.

Esa mañana, por ejemplo, Mirijam estaba ausente.

—No tardaré —le dijo como de pasada—, regresaré a la hora del almuerzo.

Y se marchó; no le había pedido permiso ni le informó a dónde se dirigía. Esa conducta debía cambiar y rápidamente, antes de que él comenzara a enfadarse.

No obstante, en cuanto ella le daba la espalda, la echaba de menos. Eso era así desde que la conoció, y aunque de vez en cuando ella lo hacía rabiar, nunca se cansaba de su presencia. Durante las primeras semanas habían pasado mucho tiempo juntos y todos los días salieron a cabalgar, pasearon por la playa o por el oasis. ¡Cuánto habían reído en esos días! Después visitaron los talleres donde Mirijam le explicó todo llena de orgullo: todos los detalles del calcinado de cal, de la preparación de la lana y de la tintorería. Solo tras sus detalladas explicaciones Miguel había comprendido que ella realmente era el ama de todo y no el *sherif*. En aquel entonces, más que molestarlo eso lo había sorprendido, pero en la actualidad ya no le resultaba nada adecuado.

Recordaba muy bien una mañana en la que ella le dijo:

—Querido Miguel, a partir de hoy tendré que volver a ocuparme cada vez más de mi trabajo. Si no las superviso, muchas cosas quedan sin hacer o son pasadas por alto y eso no puede seguir así.

Al principio se rio, pero por lo visto ella tenía la intención de que, tras la boda, continuaría con su vida anterior y la risa no le duró mucho tiempo. Sencillamente, Mirijam hacía lo que le venía en gana.

¿Es que no se daba cuenta de que lo hacía quedar como un necio? No se sorprendería en absoluto si descubriera que hacía tiempo que los demás cuchicheaban sobre él. No obstante, él había intentado ayudarla y aportar sus propios conocimientos. A él le fascinaba el horno de calcinación, podía pasar horas observando cómo los trabajadores convertían los apestosos caparzones de los moluscos en algo tan útil como la cal. Mirijam y *sîdi* Alí lo habían ideado todo, desde la construcción de los hornos pasando por la calcinación y hasta la venta. Claro que era un buen asunto, pero no era un trabajo para una mujer: de ello debía ocuparse un hombre que sabía por dónde iban los tiros.

Pero cuando propuso unas mejoras para la calcinación no tardó en comprender que obtener la leña adecuada resultaba increíblemente difícil. En la región no había bastante leña, aparte de la de las preciosas tuyas, y no merecía la pena transportarla desde las remotas montañas. Así que los hornos se seguían alimentando con hojas secas de palmera, restos de madera o toda clase de materiales inflamables. Que su sugerencia hubiese fracasado aún lo enfadaba y se dedicó a arrancar hojas de los arbustos y aplastarlas entre los dedos.

¿Acaso ella nunca pensaba que quizás él se sentía postergado? A fin de cuentas, él era el capitán y no solo a bordo de la *Santa Ana*, a saber. Dar órdenes, supervisar

tareas, dirigir acuerdos... eso era cosa de hombres, eso formaba parte de sus obligaciones. Sin embargo, Mirijam no lo consultaba y casi actuaba como si no estuviera casada. Compartía el lecho con él, desde luego, y entonces todo se arreglaba, pero ¿por qué no se ocupaba más de asuntos como la cocina o su jardín?

Pero entonces se le ocurrió que ella no había aprendido a comportarse como una mujer casada, puesto que nunca contó con un modelo femenino. Hacía años que trabajaba con su *abu* y en su entorno solo estaban las mujeres berberiscas y unas cuantas negras. Así que tal vez sería mejor que ambos se trasladaran cuanto antes a Santa Cruz, allí gozaría de la compañía de amigas y vecinas con las que podría hablar y a quienes podría imitar. Pero sobre todo dispondría de más tiempo para dedicarse a él, porque ya no tendría que dirigir sus talleres personalmente. En cambio, le encargarían la tarea a un administrador.

Esa idea repentina le levantó el ánimo y se restregó las manos con expresión satisfecha. Decidió que en cuanto regresara a Santa Cruz buscaría un administrador y entretanto hablaría con Mirijam con toda claridad.

Una primera oportunidad no tardó en presentarse, pues respecto a ciertos asuntos su mujer tenía unas ocurrencias absurdas... que él pensaba quitarle de la cabeza. Por ejemplo: entre sus trabajadores no había esclavos, hacía años que Mirijam los había liberado a todos y les pagaba un sueldo con regularidad.

—¡Qué manera de derrochar el dinero, muchacha! —protestó Miguel al descubrirlo—. Claro que has de tratarlos bien, y por mí también darles todo lo que, según tu opinión, les corresponde, tal como suficiente comida y ropas, sí, incluso cuidarlos cuando están enfermos si no queda más remedio. ¿Pero pagarles? No puedo aprobarlo.

Nadie podía hacerlo y era muy necesario quitarle de la cabeza semejante generosidad derrochadora.

Y el capitán le soltó un discurso, le presentó ejemplos y explicaciones, hizo comparaciones y por fin acabó preguntando:

—¿Qué te parece? ¿Cómo quedo yo cuando mi mujer se comporta de un modo tan absurdo?

Mirijam lo escuchó con serenidad e incluso una vez asintió.

«Bien —pensó Miguel, satisfecho—, al final resultó ser una muchacha inteligente, capaz de entender los argumentos de su marido». Eso le agradaba. Miguel la abrazó con la intención de recompensarla con un beso cariñoso.

Pero entonces Mirijam lo estropeó todo con una única frase.

—Agradécele a Dios que tú nunca hayas sido un esclavo.

Perplejo, Miguel bajó los brazos: imposible rebatir semejante argumento.

Pero antes de que pudiera retirarse ofendido descubrió algo nuevo, un escándalo aún mayor al que pensaba ponerle fin en el acto.

Todos los días, Mirijam abandonaba el lecho de madrugada, incluso tras una noche de pasión en la cual casi no había dormido. El motivo era que todas las mañanas de Dios recibía enfermos y buscadores de consejos, en todo caso eso fue lo que le contó su criada Haditha. Les daba la bienvenida a todos, desde un niño de pecho al que le empezaban a salir los dientes hasta una lavandera afectada de reumatismo. Primero consideró que era típico de una mujer tan compasiva y bondadosa como la suya: él no tenía nada en contra del amor al prójimo ni de la caridad.

Pero después se enteró de que no solo repartía ungüentos, tinturas y toda clase de infusiones entre los enfermos, no: además les regalaba nabos y cebollas, limones y melones de su propio huerto. «Tampoco está mal —había pensado al principio—: ¿por qué no, si disponemos de suficientes verduras?».

Pero poco después comprobó presa del espanto que incluso les seguía pagando el sueldo a los trabajadores enfermos, aun en el caso de que no se presentaran en el trabajo durante días. ¿Dónde se había visto semejante cosa, por todos los santos, y adónde irían a parar?

Remontó apresuradamente la escalera que daba a la habitación de la torre, entró y cerró la puerta de un golpe.

—¿Miguel? ¿Qué pasa? —gritó Mirijam, y se puso de pie—. ¿Le ocurre algo al *abu*?

—¿Al *abu*? ¡Tonterías, no cambies de tema! ¿Así que le pagas el sueldo a tu gente aunque no se presenten en el trabajo? ¿Dónde se ha visto algo semejante? —exclamó, nervioso—. ¡No puedes pagarles cuando no trabajan! Ellos se aprovechan, duermen a pierna suelta, beben té, ¿y encima tú les das dinero? Se están riendo de ti, ese ható de inútiles, es una incitación al desorden. ¡Una cosa así no solo es incorrecta, además es una necesidad y un derroche!

—Vaya, te referías a eso. ¿Qué importancia tienen unas monedas? —replicó Mirijam, tomó asiento y volvió a coger la pluma—. Cuando se encuentran mejor, regresan. Me ha costado un gran esfuerzo enseñarles y la mayoría de ellos trabajan muy bien.

—Créeme —dijo él, procurando recuperar la calma—, cuando les das un dedo a las personas, pronto exigirán que les des toda la mano, las cosas son así. Lo sé por experiencia de la vida, ¿me oyes? Nunca has de ser demasiado generoso, porque en algún momento lo pagarás. Si no tienen que esforzarse, los trabajadores diligentes no tardan en convertirse en holgazanes. No puedes alimentarlos con miel, al contrario: has que tratarlos con dureza, porque si no se les ocurren ideas tontas.

Miguel recorrió la habitación con pasos nerviosos y ni siquiera se dignó contemplar el maravilloso panorama al otro lado de las ventanas.

Mirijam había bajado la cabeza.

—Las cosas no pueden seguir así —prosiguió en tono enérgico—. La próxima vez que me encuentre en Santa Cruz me informaré acerca de un buen administrador y contrataré un hombre que dirija y supervise al personal de manera sensata y sin derrochar el dinero.

Mirijam no comprendió enseguida.

—¿Te parece? —preguntó—. Yo ya he pensado en ello, pero ¿qué habría de hacer el administrador? No podría dejar que procediera a discreción, solo podría hacer lo que yo le ordenara.

—Seguro que querrás decir lo que yo le ordene, querida mía, porque pienso encargarme de inmediato que dispongas de más tiempo para mí. Para mí, para tu anciano padre y para todos los asuntos de los cuales una mujer se ocupa en el hogar.

El rostro de Mirijam se cubrió de un profundo rubor.

—¿Qué pasa, Miguel, es que te he desatendido?

—Bien, vaya... —dijo Miguel, escaqueándose.

Su enfado se había evaporado, aunque sabía muy bien que debiera aprovechar esa oportunidad, pero ella tenía un aspecto tan increíblemente delicado y joven, sentada ante sus libros y contemplándolo con mirada inocente. ¿Cómo podía estar enfadado con ella? Además, en última instancia debía reconocer que ella hacía un gran esfuerzo.

—No, no —dijo por fin, y la abrazó. Mirijam se acurrucó contra su pecho y le ofreció sus labios para que los besara—. Solo que de vez en cuando nuestras opiniones difieren.

«Eres un fracasado —se dijo a sí mismo, furioso, al tiempo que abandonaba la habitación de la torre, recorría el muelle y paseaba por las callejuelas del puerto—, un miserable pelele que dobla la rodilla ante su mujer». Pero ella ya aprendería con el tiempo a modificar su conducta, se consoló. Sin embargo, insistiría en contratar un administrador y hasta que encontrara uno adecuado, por él que las cosas quedaran como estaban.

Miguel consideró que el momento había llegado, el otoño se acercaba. Mientras contemplaba el cielorraso pintado, sus pensamientos iban y venían; el mar estaba cada vez más embravecido, un par de semanas más en tierra y ya no valdría la pena salir a navegar. No obstante, la idea lo seducía; ya había preparado su arcón y sus cartas estaban dispuestas en la mesa.

Dejar sola a Mirijam, aunque solo fuera durante dos o tres meses, le resultaba difícil, pero por otra parte su inquietud aumentaba con cada día que pasaba. Se había cansado de vivir en tierra más rápidamente de lo que había creído. Claro que en cualquier momento podía jugar una partida con el comandante de la fortaleza o reunirse con el médico portugués y con el sacerdote, ambos excelentes compañeros de conversación. Y también podía charlar con el *sherif*: siempre encontraban un tema.

Pero lo que en realidad le disgustaba era la constancia con la que todo se desarrollaba allí. De noche ya sabía qué lo aguardaba a la mañana siguiente y todos los caminos que recorría ya habían sido recorridos por otros. No, tenía que volver a emprender viaje, y mejor hoy que mañana, a saber.

Hacía semanas que una nueva meta le rondaba la cabeza y, además, era un plan excitante. Cuanto más reflexionaba sobre esa idea y sopesaba sus diversos aspectos, tanto más ineludible le parecía su propósito, porque en esa ocasión no navegaría a través del Mediterráneo apestado de piratas y de galeras turcas, sino que quería navegar hacia el norte. La idea le producía un hormigueo: ¡quería navegar hasta Amberes!

—Solo hay que sumar uno más uno y buscar el beneficiario de semejante desgracia —había dicho el viejo *abu* de Mirijam, y con ello obtuvo el acuerdo inmediato de Miguel—. Si no hay ninguno o hay más de uno, no podemos llegar a una conclusión clara, pero si solo hubiera un único beneficiario, entonces al menos una sospecha resultaría justificada e incluso su culpabilidad sería evidente.

De hecho, en ese caso existía un beneficiario inequívoco, porque después de todo ese abogado Cohn ya se había hecho cargo de la empresa poco después del ataque.

—Si el hombre fuese un fiduciario leal, un auténtico cuidador de la herencia de mi hija y de su hermana, entonces seguro de que en los últimos años ya me habría enterado de alguna clase de investigación por su parte. Pero lo único que logré averiguar fue que, al parecer, planeó la muerte de las muchachas —dijo el viejo *sherif* haciendo un ademán negativo con la mano—. Mirijam está al tanto, desde luego, pero procuré hablar lo menos posible del asunto con ella. En aquel entonces todo eso supuso un gran peso para ella e incluso le causó una enfermedad grave. Pero ahora empiezo a creer que debiera cerciorarse y que tú, como su esposo, tienes tanto el derecho como la posibilidad de aclarar ese asunto de una vez por todas.

Así que combinaría dos excelentes motivos para emprender el viaje: haría averiguaciones en Amberes y al mismo tiempo haría negocios. Como capitán autónomo también debía pensar en hacer negocios lucrativos.

Consideró que con el fino algodón egipcio y con la seda india ennoblecida gracias al arte tintorero de Mirijam lograría llamar la atención en las ricas ciudades del norte. Allí no solo vivía una aristocracia poderosa y unos dignatarios eclesiásticos, también acaudalados comerciantes que requerían cada vez más mercaderías de lujo. Ese viaje no solo era necesario: con un poco de suerte podría resultar muy lucrativo.

Miguel se volvió de lado y cerró los ojos. Una vez tomada la decisión se sintió tranquilo y en control de la situación. Entonces alguien se deslizó bajo la manta ligera y un cuerpo se apretó contra el suyo. Miguel suspiró, fingiendo estar profundamente dormido.

A Mirijam le agradaba volver a meterse bajo las sábanas junto a Miguel una vez que les había impartido las órdenes a los trabajadores y repartido las tareas cotidianas. Ese día también se había levantado de madrugada, antes de que empezara el calor, pero en ese momento deseaba estar junto a su marido. Los brazos de él la rodearon y, acurrucada contra él, dormitó un momento, pero entonces un movimiento inconfundible en una zona precisa de su cuerpo le indicó que estaba despierto.

—¿Me deseas? —preguntó como siempre y, cuando ella asintió con la cabeza, soltó una risa suave.

Pensó que pronto tendría que informarle de sus planes, pero aún había tiempo. Después la amó silenciosa y cariñosamente.

Mientras Miguel paseaba hasta el puerto Mirijam se dirigió en dirección contraria en busca de Aisha. Es verdad que sus días impuros solo dejaron de venir una vez, pero quería cerciorarse; hasta ese momento no le había dicho ni una palabra a Miguel sobre su suposición.

No le agradaba, no quería tener secretos ante él porque pese a que hacía tiempo que Miguel no compartía todos sus pensamientos con ella y se guardaba muchas de sus ideas, casi como si no confiara en su comprensión, no quería tomarlo como un ejemplo y, por otra parte, tampoco quería despertar falsas esperanzas.

Se dio prisa pese al calor y en cuanto se sumergió en la sombra de los jardines del oasis se sintió maravillosamente animada: ¡ese verdor, esos aromas frescos e intensos...! Adoraba escuchar el rumor del agua que fluía por las acequias y pasear por encima de las sombras proyectadas en los senderos por las altas palmeras. Una vez más, el hechizo del oasis surtió efecto.

Aunque en general Miguel estaba de buen humor, por desgracia no era muy locuaz y nunca hablaba de sí mismo. A menudo ella se quedaba esperando una explicación o que le contara algo personal y, si en alguna ocasión decía algo, lo hacía

en tono determinante y con frecuencia incluso como una orden. Todos los asuntos debían ser así y no de otro modo, él insistía en cumplir con toda clase de reglas y tenía ideas fijas acerca de casi todo.

¿Es que no comprendía que había muchas cosas que uno podía ver de una manera distinta a la suya? Conocía el mundo, ¿no? A lo largo de los años debía de haberse encontrado con innumerables personas distintas con innumerables facetas y puntos de vista diferentes, así que, ¿por qué dudaba precisamente de los suyos? Ya la había ofendido, sí, incluso herida en diversas ocasiones, no adrede, claro está; sin embargo, le había dolido. Además, él se sumía en el más absoluto silencio cuando se trataba de los sentimientos o de su nave.

—¿Qué sientes cuando navegas a solas en el ancho mar por la noche? —le había preguntado hacía poco. Acababan de hacer el amor y ella se sentía muy próxima a él. Hacía mucho que todo su temor de que él pudiera tratarla con violencia se había disipado y ya no necesitaba las pildoritas de Aisha. Entretanto, incluso deseaba sentirlo profundamente dentro de ella, pero después de vez en cuando las conversaciones le resultaban casi más importantes que el acto del amor. ¿Qué pensaba él, y qué sentía? Quería saberlo todo sobre él, por ejemplo lo que significaba tener que cargar con la responsabilidad del cargamento y de la tripulación cuando se enfrentaba a los elementos. Se moría de ganas de averiguar algo respecto de sus sentimientos frente al viento y las olas, las estrellas y la soledad. ¿Aún seguía siendo misterioso y enigmático? ¿A veces sentía miedo? Pero Miguel se negaba a hablar de dichas cosas.

—¿Que cómo es? En general, oscuro, frío y ventoso. Hay que mantenerse alerta y a veces hay que patearle el trasero holgazán al timonel para que no se duerma.

Y antes de que ella pudiera seguir preguntando, Miguel se había dormido.

Entonces, cuando al parecer habían acabado con las reparaciones de la *Santa Ana*, ya circulaban rumores acerca de su partida inminente. ¿Había hablado con ella sobre sus propósitos? ¡Por supuesto que no! Ella consideraba que eso era lo peor, que él decidía todo por su cuenta y no la dejaba entrar en su mundo; eso la ofendía y de vez en cuando casi sentía que él la rechazaba. Últimamente, en alguna ocasión la invadía la sensación de que ella quedaba por debajo de sus expectativas y que solo rara vez hacía lo que él consideraba correcto, aunque Miguel afirmaba que se debía a sus ideas tozudas.

Pero aún más que un intercambio de ideas echaba de menos las risas compartidas; en algún momento habían enmudecido y ninguno de los dos emprendió algo para ponerle remedio a tiempo. Cuando ambos se conocieron, ella tuvo la sensación de que con Miguel entraba en su vida una persona que comprendía cuán sola se había sentido a menudo; en cambio, en el presente le parecía que eso solo había sido una ilusión. Echaba de menos la camaradería, la comprensión y el interés que había

encontrado en él al principio.

Ella sabía que Miguel la adoraba y por las noches también se lo demostraba, pero después y con demasiada frecuencia se dormía y no reaccionaba frente a sus pequeñas demostraciones de cariño. Incluso ya se había quedado dormido mientras aún permanecían íntimamente unidos y ella estaba tendida bajo su cuerpo. En dicha situación hubiese podido soltar un grito de frustración y llegaba a creer que estaba más sola que nunca.

De eso también quería hablar con Aisha. La curandera negra, que en los últimos años se había convertido en una íntima amiga, sabía mucho sobre la convivencia entre hombres y mujeres.

La visita no se prolongó.

Aisha se limitó a hacerle un par de preguntas, examinó sus ojos, le palpó los pechos y entonces lo tuvo claro. Le proporcionó buenos consejos y un amuleto que debía mantener alejados los *djinn* envidiosos y en poco tiempo Mirijam emprendió el camino a casa.

—No esperes nada de él y recibirás una sorpresa —había respondido la curandera negra a sus preguntas—. Sobre todo no has de albergar esperanzas en las próximas semanas, porque resulta que los hombres y las mujeres habitan sus propios mundos —añadió—. Es así desde tiempo inmemorial. Toma los momentos de felicidad como lo que son: regalos de la vida.

Mirijam suspiró.

Miguel se dirigió al puerto. Durante las pasadas semanas su carpintero de navío, los cordeleros, veleros y algunos marineros que habían permanecido a bordo aprovecharon para revisar la *Santa Ana* a fondo y emprender las reparaciones necesarias. Los portugueses de la fortaleza al menos disponían de suficientes existencias de madera, brea y estopa, materiales necesarios para la puesta a punto de su nave. *Mestre Jorge*, su carpintero, estaba en el muelle y supervisaba el trabajo de los artesanos lugareños; Miguel confiaba en él. No solo era un marino experimentado junto al cual ya había superado varias tormentas y alguna que otra situación complicada: además era un excelente y confiable carpintero de navío.

Miguel dirigió la mirada al horizonte y se preguntó con qué dificultades podría encontrarse en Amberes. Sabía que la ciudad estaba repleta de comerciantes acaudalados y engreídos que veneraban sus convenciones con gran pomposidad y se mostraban reservados ante los recién llegados, pero según su experiencia, la mayoría de los obstáculos eran fáciles de superar en cuanto todos tenían algo que ganar, así que, ¿por qué debiera de ser distinto en Amberes?

Y además estaba el abogado, a quien quería pedirle cuentas. No dejaría piedra sobre piedra y mediante la ayuda de un talego lleno depositado en las manos

correctas, todo el mundo sabía que los secretos no tardaban en dejar de serlo. ¡Si las terribles sospechas resultaban confirmadas, entonces que Dios se apiade de ese Jakob Cohn!

El anciano *sherif* no dejaba de ser un zorro astuto y le recordó que en Amberes podrían existir viejas listas de impuestos o de inventarios.

«¡Ojalá se me diera mejor el papeleo!», pensó, pero en el peor de los casos tendría que buscarse un socio confiable. De momento pensaba ir a Santa Cruz, allí podría preguntarle a Cornelisz si era capaz de recomendarle a alguien en Amberes.

Inspiró una profunda bocanada de aire salado y echó un vistazo a las nubes, el viento y las olas. Sí, era hora de zarpar una vez más. Miguel enderezó los hombros.

—*Bom dia*, ¿avanzamos? —le preguntó a su carpintero.

—*Sim é não, senhor capitão* —contestó Jorge, meneando la cabeza—. Hemos acabado, pero creo que acabo de ver rastros de carcoma. Mirad, he aquí un trozo del timón. ¿Qué opináis?

Miguel examinó la madera que ya habían quitado y reemplazado por una nueva.

—Maldito sea, tenéis razón —dijo—. Menos mal que el casco de nuestra *Santa Ana* está revestido de plomo bajo la línea de flotación. ¿Habéis descubierto otros indicios?

Jorge negó con la cabeza.

—No, afortunadamente. Desde la punta del mástil hasta la quilla todo está en orden; sin embargo, quizá pronto debiésemos volver a poner la nave en dique seco y revisar el casco, aunque por ahora vuelve a estar en buenas condiciones, junto con los aparejos y las velas remendadas. Se deslizará por encima del mar como una golondrina.

Miguel no dejó de percatarse de la pregunta no formulada tras las explicaciones del carpintero: en realidad ya no había nada que los obligara a permanecer allí, ¿verdad? La nave estaba lista, así que, ¿cuándo volverían a zarpar y emprender viaje?

Miguel carraspeó. Las explicaciones de Jorge le facilitaron la toma de una decisión.

—Bien hecho —dijo—, estoy muy satisfecho. Bien, *mestre* Jorge, ahora iré a la comandancia, entretanto reunid a los oficiales, en especial a Diego Pireiho, el oficial encargado de la navegación: quiero hablar con él en mi camarote. Zarparemos lo antes posible, en primer lugar a Santa Cruz. Allí completaremos el cargamento y la tripulación, como también el equipo y las provisiones. Empezaremos a cargar mañana mismo, así que encargaos de que todo el mundo ocupe su puesto. Se acabó el haraganeo y el ocio, haced que ese ható de perezosos se ponga en movimiento. ¡Confío en vos!

—*Sim, senhor capitão!* —contestó Jorge, radiante de felicidad.

Miguel le palmeó el hombro; se encontraba estupendamente.

Jorge era muy diligente y de pronto la apacible actividad del pequeño puerto se animó. En pocas horas habían contratado más hombres y arrastrado botes estables hasta el muelle que transportarían la carga a bordo de la *Santa Ana*. Ordenaron las provisiones y los barriles de agua en un periquete e informaron al comandante de la guarnición y también al de la fortaleza portuguesa. Tarde por la noche, cuando Miguel —a quien la tarea había animado y que estaba de buen humor pese a la próxima despedida— entró en la casa, hacía un buen rato que Mirijam se había enterado de la noticia.

La noticia no la había cogido desprevenida; hacía bastante tiempo que Mirijam notaba la inquietud de Miguel y en los últimos días había observado que los síntomas de su desasosiego se multiplicaban. Había encargado un nuevo arcón, uno de madera de cedro provisto de tapa con el interior resistente al agua y reforzado con pesados clavos de hierro. Con frecuencia cada vez mayor había observado las nubes y el viento. Tras una minuciosa conversación con el *abu* Alí incluso había realizado una minúscula corrección en su viejo astrolabio. Después lustró el instrumento náutico hasta sacarle brillo, lo envolvió en suaves paños y lo guardó en la parte superior del arcón para tenerlo a mano.

Esa noche ella misma preparó la cena de Miguel; si lo había comprendido correctamente, entonces dichas tareas del hogar eran las que él pretendía que realizara. Además del pescado al vapor había preparado su plato predilecto: pastel de carne con higos envuelto en hojaldre y piñones asados. Ella misma lo había horneado y ahora estaba depositado en la mesa envuelto en el aroma de las especias. Cuando Miguel llegó, todo estaba preparado.

La tenue luz de las velas iluminaba la habitación y transformaba el rostro y la delicada piel del cuello de Mirijam en oro líquido. El corazón le palpitaba con fuerza y una sonrisa le curvaba los labios sin que ella lo notase. Miguel comió con gran apetito.

—¿Estás cargando la *Santa Ana*? —preguntó Mirijam una vez que él hubo saciado su apetito en parte.

—El otoño está al caer —contestó Miguel. En realidad, Mirijam detestaba que contestara preguntas directas con evasivas, pero esa noche no quería discutir.

Con la vista clavada en el plato, Miguel se concentraba en comer el pastel. Por fin acabó y Mirijam le alcanzó un cuenco para lavarse las manos.

—He de contarte una noticia excitante... —empezó a decir Mirijam, tendiéndole un jarro de agua y un paño para secarse y casi temblando de alegría por la buena noticia que quería transmitirle.

—¿De veras? Yo también he de informarte de algo importante —dijo él, interrumpiéndola—. Porque resulta que considero que ha llegado el momento de explorar nuevas tierras.

Su mirada se deslizó por el rostro y la figura de su mujer. Bajo los suaves pliegues del vestido se adivinaba su delicada figura y la piel de sus brazos delgados pero fuertes resplandecía como el bronce pulido. La atrajo hacia sí y la besó antes de proseguir con expresión resuelta.

—Por eso he decidido viajar a Amberes.

—¡A Amberes! —exclamó Mirijam, sorprendida.

—Sí, y a saber por diversos motivos —dijo, acariciando sus brazos y volviendo a besarla; luego deslizó los labios desde sus mejillas hasta el cuello y aspiró su aroma—. Pero antes de entrar en detalle sobre mis planes de viaje y mis negocios, dime qué hace este dulce lunar detrás de tu orejita. Ayer no estaba allí, ¿verdad? ¿Acaso hay otras simpáticas manchitas? Será mejor que lo comprobemos ahora mismo.

Miguel alzó a su mujer como si no pesara más que un pajarillo y la llevó hasta la alcoba vecina. Mirijam le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó contra su pecho. Reposaba entre los brazos de él, pequeña y casi frágil; él notó la calidez de su cuerpo a través de la camisa y no pudo evitar mordisquearle el cuello.

La depositó sobre los cojines, le quitó las ropas y recorrió el suave contorno de los hombros con las manos. Sus pechos redondos parecían asombrosamente grandes en su delicada figura y los rodeaba con las manos: eran blandos y perfectos, como melocotones. Le presionó los pezones y rio cuando Mirijam soltó un gemido.

—¿Tienes una joya nueva? —preguntó, y quiso quitarle la tirilla de cuero de la que colgaba una pequeña mano de plata.

—Sí —susurró Mirijam, y detuvo su mano—. No la toques. Es un *chamsa*, un amuleto contra el mal de ojo. No debo quitármelo.

Miguel le acarició las caderas, el vientre plano y lentamente deslizó la mano desde el ombligo hasta el oscuro triángulo entre sus piernas. Sabía muy bien qué le daba más placer a ella y su miembro empezó a palpar. Mirijam lo abrazó y lo atrajo hacia sí, alzó las caderas y las hizo girar, después entreabrió las rodillas. Miguel tuvo que pensar en otra cosa, distraerse, de lo contrario todo habría acabado de inmediato.

—¿Qué noticia querías darme hace un momento? —preguntó cuando Mirijam separó los muslos un poco más.

—¿Qué has dicho?

—La noticia, ¿cuál es? —preguntó y, lentamente, se inclinó por encima de ella y la penetró. Mirijam gimió en voz baja y entonces, a medida que sus cuerpos se agitaban rítmicamente hacia arriba y hacia abajo, le susurró unas palabras al oído:

—Nuestro hijo nacerá alrededor de la época en la que florecen las rosas.

Al principio, Miguel creyó que había oído mal. Dejó de moverse y la contempló fijamente, mientras Mirijam permanecía tendida bajo su cuerpo con los ojos cerrados y una suave sonrisa en los labios.

La primera vez que yació con una mujer tenía dieciséis años, pero de pronto se sintió como un muchacho inexperto. ¡Un niño! ¡Un hijo, su hijo!

El orgullo y la incontenible felicidad que lo embargaron lo desconcertaron y soltó un grito de alegría, tan sonoro que seguramente resultó audible hasta los confines de la Tierra.

La despedida fue muy difícil para Miguel; durante unos días jugó con la idea de postergar el viaje indefinidamente: ¡iba a nacer su hijo, después de todo! Pero tanto el *sherif* como Mirijam le dijeron que allí no había nada más que hacer excepto aguardar durante meses, y Miguel sabía que la paciencia no era una de sus virtudes; además, hacía días que sus hombres habían terminado de cargar la *Santa Ana* y no lo hubiesen comprendido. Mientras él todavía dudaba qué hacer, ellos ya esperaban la orden de zarpar con gran impaciencia. Quizás incluso se hubieran reído de él a sus espaldas y burlado del poder de atracción de las faldas de Mirijam, y eso no podía permitirlo; además, volvería a verla de regreso de Santa Cruz, antes de navegar hacia el norte.

—A más tardar dentro de dos semanas volveré a verte —prometió—. Dependerá de la rapidez con la que carguemos la nave y nos aprovisionemos. Y también regresaré de Amberes lo más rápidamente posible. Volveré a estar en Mogador dentro de tres meses, como mucho —juró—. Por cierto: el comandante de la fortaleza dijo que, si lo deseabas, te enviaría a su médico.

¿Ese médico militar, grasiento, mugriento y apestando a aguardiente? Mirijam no pensaba consultarlo nunca en la vida, pero asintió para tranquilizar a su marido.

Era la primera vez que Miguel no estaba junto al timón cuando zarparon. Desde la popa observaba como la casa con la torre de Mirijam, las almenas de la fortaleza, las blancas casas de Mogador y por fin el puerto se volvían cada vez más pequeñas.

«Sí —se prometió a sí mismo con las manos aferradas a la borda—, pronto regresaré de mi travesía». Quizá ya para el solsticio de invierno, pero en todo caso antes del nacimiento de su hijo.

«*Madre de Deus* —rezó—, protege a Mirijam y a mi hijo aún no nacido».

Diego Pireiho manejaba el timón, el experto navegador que maniobraba la *Santa Ana* entre las islas hasta el mar abierto. Se quitó la gorra, la agitó por encima de su cabeza con una amplia sonrisa y gritó sus órdenes que resonaron por toda la cubierta y los marineros reaccionaron aclamándolo. Con rapidez inusitada, los hombres se encaramaron a las jarcias para soltar la gran vela, que descendió, ondeó y golpeó contra el mástil como si estuviera un tanto enfadada tras la larga pausa. Sonó otra orden y, de inmediato, los marineros agarraron los cabos, tiraron de ellos y tensaron las gruesas cuerdas; la vela se hinchó en el acto y predominó sobre la cubierta.

La fuerza del viento recorrió la nave como un suspiro y esta tembló como si fuera un ser vivo que tenía que estirarse y desperezarse antes de ponerse en movimiento. Como siempre, la *Santa Ana* obedecía al menor de los movimientos del timón, comprobó Miguel con satisfacción. Si el viento persistía podrían recorrer las cincuenta millas marítimas que los separaban de Santa Cruz antes de la puesta del sol

y pese a las corrientes adversas que, como Miguel sabía muy bien, proliferaban en esa parte de la costa.

Entonces él también soltó un suspiro de alivio. ¡Qué magnífica sensación; volver a sentir los maderos de cubierta bajo los pies, el balanceo, el rolar y el cabecear de su *Santa Ana*! ¡Qué maravilloso resultaba la fuerza que impulsaba su magnífica nave, ese aroma a sal y a mar y encima el ancho horizonte!

—*Graças a Deus!* —murmuró Miguel, se persignó y después se pasó las manos por los cabellos, recorrió la cubierta dando zancadas y se dirigió a su camarote, al tiempo que imitaba los movimientos de la nave de un modo instintivo.

Lo aguardaba una tarea desagradable, casi aborrecida, pero resulta que controlar cada bulto del cargamento formaba parte de sus deberes como capitán. Miguel suspiró y cogió uno de los gruesos libros en los que Pireiho y Jorge, quienes habían supervisado la estiba, habían apuntado el cargamento de barriles y bultos en Mogador. Recorrió la tabla lentamente con el dedo, murmurando en voz baja.

—Aceite de argán: quince pequeños jarros de arcilla y ciento cincuenta y un jarros grandes. Aceite de oliva: cinco barriles llenos de cinco cubos cada uno, que equivalen a cinco por seiscientos jarros. ¿Seiscientos jarros de aceite? Tendré que empezar por venderlos, tal vez ofrecérselos a un fabricante de jabón o a uno de cirios.

»Ochocientos bultos de paño.

¿Qué clase paño? No lo ponía en ninguna parte. ¿Cómo habría de saber a quién ofrecérselos? Siguió leyendo y murmurando.

—Mil doscientas libras de lana de las cabras sagradas, lavada y cardada pero no hilada.

Vaya, las listas deberían estar confeccionadas exactamente así, le facilitaban la tarea. ¿Y qué significaba ese garabato que aparecía más abajo en la página?

Miguel tuvo que hacer un esfuerzo considerable para descifrar las palabras difíciles de la larga lista y poco después el sudor ya le cubría la frente; irritado, volvió a cerrar el libro. ¡Qué tarea más ímproba! ¡Prefería enfrentarse a dos o tres tormentas antes de verse obligado a leer una sola página más de ese condenado libro de carga! En Santa Cruz debiera de buscar un ayudante que se ocupara de confeccionar todas esas malditas listas y del resto del papeleo. Y además tantearía el terreno en busca de un administrador idóneo para Mogador. Con un poco de suerte podría llevarlo consigo en el viaje de regreso.

Además le pediría a Cornelisz que visitara a Mirijam; entonces tendría la oportunidad de informarle sobre su auténtico origen puesto que entretanto había descubierto que ambos procedían de la misma ciudad. Seguramente conocían las mismas plazas y callejuelas y podrían refrescar algunos recuerdos, tras los largos años en los cuales ambos habían vivido lejos de su ciudad natal. En todo caso, podrían conversar en su idioma materno y seguro que eso complacería a Mirijam.

Incluso era posible que Cornelisz conociera la casa Van de Meulen...

Satisfecho, abandonó la tarea y regresó a cubierta.

El tabernero se encogió de hombros con expresión desamparada.

—Por favor, *senhor capitão* —suplicó lloriqueando—, tened presente que nadie responde a las preguntas de un sencillo tabernero. A nosotros siempre nos espantan como si fuésemos una mosca molesta.

Miguel se encontraba en las habitaciones de la pequeña taberna del puerto rodeado de las pertenencias de Cornelisz, sin comprender el sentido de las palabras del tabernero. Además, empezaba a cansarse de las respuestas esquivas y la exagerada pantomima. Agarró al hombre de la bata, lo atrajo hacia sí y lo alzó, de modo que el tabernero acabó de puntillas.

—Bien, empecemos desde el principio, amigo mío, ¡y esta vez quiero la verdad, toda la verdad! ¡Que Dios se apiade de ti si me mientes o te callas algo! —dijo el capitán, y zarandó al atemorizado hombre antes de volver a soltarlo—. Hasta ahora he comprendido lo siguiente: *mestre* Cornelisz tenía dinero, has dicho, y con este pagó el alquiler de dos meses por adelantado, ¿correcto?

—Sí —contestó el tabernero—. Y además compró todas esas cosas que vos veis allí. No he tocado nada, *capitão*, todo está igual como él lo dejó.

Miguel echó un vistazo a los materiales de trabajo apoyados en fila en la mesa de la habitación: pinceles de diversos tamaños, varias jarras, saquitos y cajitas de madera que contenían extraños polvos y tierras de colores. Un lienzo tensado en un marco de madera estaba apoyado contra la pared y en la mesa había una carpeta con bocetos y dibujos, algunos evidentemente esbozos previos de un retrato. Miguel también identificó un rápido dibujo de *dom* Francisco entre ellos, en el borde ya figuraban pruebas de colores y comentarios. Por lo visto, Cornelisz se había preparado para realizar un nuevo retrato.

Las habitaciones daban la impresión de que su ocupante solo había salido un momento, y solo la gruesa capa de polvo que cubría los materiales como también la arena que se había abierto paso a través de las rendijas de la ventana y la puerta daban fe de que hacía tiempo que nadie las ocupaba.

—¿Y qué más? —preguntó Miguel—. ¿A quién te dirigiste para averiguar el paradero de mi amigo? ¿Quién se negaría a informar a un sencillo tabernero todo lo que quiere saber?

El hombre se retorció las manos y era obvio que no sabía qué hacer. No dejaba de lanzarle breves miradas a Miguel como si quisiera sopesar su estado de ánimo, pero siempre volvía a bajar la vista. Por fin tomó una decisión.

—Bien, ¿qué he de deciros? Os pido perdón por anticipado, *senhor capitão* Alvaréz, puesto que como sois portugués, quizá me malinterpretaríais. Pero esa no es

mi intención; quiero decir que supongo que sois un hombre sensato y conozco vuestra nave. Una buena nave, muy buena incluso. Aquí todos saben que sois un capitán justo, así que...

—Déjate de chácharas y habla de una vez. Y que sea portugués no ha de preocuparte.

Al parecer, esa era la palabra clave para el dueño de la taberna, porque entonces soltó el siguiente discurso:

—¡Lo reclutaron forzosamente como soldado! Lo raptaron desde aquí, desde mi casa. ¡Juro por el profeta Mahoma que un grupo de reclutadores portugueses irrumpieron aquí y lo atraparon en el patio, lo maniataron y se lo llevaron! Y encima esos bellacos me destrozaron toda la taberna, rompieron todo en mil pedazos: las mesas y las sillas, los platos y los jarros, todo. Pero cuando quise presentar una queja y exigir una compensación por los daños, nadie se hizo responsable, ¿comprendéis? ¡Nadie que pudiera reemplazar las cosas dañadas, nadie! Es una vergüenza, digo yo, una vergüenza que clama al cielo. Alá, loado sea su nombre, castigará a los criminales. Pero en cuanto al pintor —dijo el tabernero, que, tras echar un vistazo al rostro de Miguel, volvió rápidamente al tema—, pues a ese se lo llevaron junto con unos cuantos pobres desgraciados y lo arrojaron a las mazmorras.

El tabernero dio un paso hacia delante.

—Uno como nosotros sabe lo que ocurre allí, desde luego: los soldados reclutados son azotados hasta que por fin están dispuestos a servir a Portugal. Es una cosa muy mala.

Entonces se interrumpió y pareció considerar cuánto más podía contarle al capitán portugués.

—Entretanto, *senhor*, incluso han llegado más malas noticias desde la fortaleza —continuó por fin—. Como os podéis imaginar, en una taberna se habla mucho, aunque es verdad que no conozco los detalles. Pero dicen que últimamente una tropa al mando del comandante Caetano partió con el fin de atacar a los saadíes que luchan por su lib... quiero decir a los rebeldes berberiscos. Al parecer, la batalla ocurrió a dos o tres días de viaje de aquí, en Sîdi Ifni y hasta ahora nadie ha regresado, ¿me oís? Ninguno de ellos ha regresado.

El tabernero tuvo que pronunciar las últimas palabras a voz en cuello porque Miguel ya corría escaleras abajo con grandes pasos.

Mientras sus hombres comprobaban la carga y las provisiones y las estibaban en la nave, Miguel procuraba obtener información sobre el paradero de Cornelisz en la residencia del gobernador; el mayordomo se mostró reservado y afirmó no saber nada acerca de soldados reclutados a la fuerza. También dijo que ignoraba si Cornelisz seguía con vida y negó saber nada acerca de su paradero.

—A esos jóvenes pintores les gusta desaparecer durante unas semanas —manifestó en tono aburrido, y se reclinó en su sillón dorado con una sonrisa de suficiencia—. No es la primera vez que hace esperar a *dom* Francisco. Si mi información es correcta, esta vez ya hace varias semanas que no ha aparecido por aquí.

—Entonces decidme al menos dónde puedo encontrar a un tal comandante Caetano —preguntó Miguel, tragándose el disgusto causado por la actitud arrogante de ese individuo presumido.

El funcionario arqueó las cejas.

—Lo siento muchísimo, capitán de Alvaréz, pero parecéis haber olvidado que en la actualidad nuestras tropas —para la seguridad de todos nosotros y, me gustaría añadir, para defender los intereses de la corona portuguesa— han de enfrentarse a numerosos ataques de los rebeldes.

Su expresión petulante se desvaneció un poco cuando cogió una pluma y empezó a juguetear con ella.

—Al parecer, esos perros cuentan con el apoyo de gran parte de la población, sobre todo desde que el nuevo cabecilla berberisco supuestamente planea construir una nueva fortaleza en los alrededores. ¿Os imagináis lo que eso significa? Cuando encima su padre se ha aliado con una de las tribus berberiscas del valle del Sous. Hasta ahora obteníamos toda nuestra caña de azúcar de allí, pero hoy en día...

El mayordomo se interrumpió y se enderezó.

—Pero supongo que sois incapaz de evaluar lo que supone; además, semejantes problemas solo os afectan de un modo marginal, ¿verdad, capitán? Mandáis izar las velas siempre que os plazca y os dirigís allí donde haya mercancías que negociar. Además, hace poco os habéis casado con una lugareña, ¿no?

Miguel quiso cantarle las cuarenta, pero el mayordomo alzó la mano y lo detuvo.

—No quise ofenderos. Sea como sea, en todo caso supongo que comprenderéis que hoy en día la dirección militar ha de consistir en el más estricto de los secretos, así que me temo que de momento nadie podría decirnos dónde se encuentra el comandante Caetano.

Una palabra más y Miguel habría aferrado a ese bellaco del cuello y lo hubiese zarandeado, al igual que antes al tabernero.

No obstante, una vez fuera Miguel no tardó en recuperar la calma. ¿Dónde buscar a un soldado raptado? ¿Quién podía saber algo sobre la batalla de la que habló el tabernero? Consideró que quizá lo mejor sería preguntar en el puerto, porque de un modo u otro todos los secretos acababan por llegar a oídos de los marineros, así que se dirigió allí.

Al igual que todos los días, había grupos de hombres acurrucados a la sombra de la gran muralla de piedra coronada de almenas que rodeaba la fortaleza. Algunos esperaban un trabajo o pedían limosna, otros murmuraban entre ellos y procuraban encontrar argumentos o cobrar valor antes de presentar sus peticiones a los funcionarios portugueses. Otros, en general ancianos dignos envueltos en blancos atuendos con capucha, se limitaban a permanecer sentados, apoyados en sus nudosos bastones, conversando y observando lo que ocurría con mirada vivaz. Uno u otro incluso se habían cubierto el rostro con la capucha y echaban una cabezadita a la sombra de la muralla.

—¡*Sîdi* —exclamó uno de los que estaban sentados en el suelo y lo cogió de la capa—, sed misericordioso por amor a Alá!

—Suéltame, tengo prisa.

Miguel intentó zafarse pero el viejo no lo soltaba y, lanzando un suspiro, Miguel extrajo unas monedas y se inclinó hacia el hombre.

—Que un día las puertas del Paraíso se abran para ti y los tuyos —lo bendijo el viejo, y cogió las monedas, pero sin soltar la capa de Miguel. En cambio, tiró de ella y lo obligó a inclinarse un poco más.

»Recorred la playa hasta el *oued* Lahwar —musitó sin dejar de observar a los transeúntes—. Id hasta el lugar donde el río vierte sus aguas en el mar en los años lluviosos. Allí os esperan amigos. ¡Encaminaos hacia allí de inmediato y daos prisa! *Insha'allah* encontraréis al que estáis buscando.

—¿Qué quieres decir, viejo? —preguntó Miguel, y lo agarró de los hombros—. ¡No me vengas con enigmas! ¿De qué amigos hablas? ¿Quién te encargó que me transmitieras esa noticia?

El anciano retiró la mano y lo contempló en silencio; maldiciendo en voz baja, Miguel sacó más monedas de su cinto, pero el viejo las rechazó.

—Ya está todo dicho. ¡Id, id! *Yallah!* —dijo, volvió a cubrirse la cabeza con la capucha y se recostó contra la muralla con los brazos cruzados. No lograría sacarle una sola palabra más.

«¿Quién podría estar detrás de ese encuentro secreto?», pensó Miguel, y se dirigió a la playa, titubeando. Conocía la desembocadura del *oued* Lahwar, que muy raras veces llevaba agua y en cuyo lecho seco florecían las adelfas y manadas medio salvajes de cabras buscaban su alimento. ¿Merecía la pena emprender el camino de

una milla a lo largo de la orilla del mar solo por la indicación de un desconocido? ¿Y si se trataba de una celada? Por otra parte, si esa noticia realmente estaba relacionada con Cornelisz... Quizá lograría sonsacarle más información al anciano... pero al darse la vuelta comprobó que el mendigo había desaparecido.

No tuvo que recorrer todo el trecho hasta la desembocadura del río a lo largo de la blanda arena de la bahía: a mitad de camino un beduino alto con el rostro cubierto por un velo le salió al paso desde las dunas.

«¡Cuidado!», pensó Miguel, y se llevó la mano a su viejo y fiel cuchillo que, como siempre, llevaba en el cinto. Miró en torno para ver si alguien se acercaba por detrás y deslizó la mirada por las dunas comprobando si había más hombres.

—Estoy solo —gritó el beduino, y alzó las manos para demostrar que estaba desarmado.

Pero Miguel se mantuvo alerta.

—Caminar por la arena te supone un esfuerzo, amigo mío, has engordado —dijo el lugareño, se acercó y se quitó el velo que le cubría la cara.

—¿Cornelisz?

—¡El mismo!

Y entonces ambos hombres se abrazaron y se palmearon los hombros interminablemente hasta que por fin Miguel apartó a su joven amigo y lo contempló.

—¿Qué significa este secretismo y esta mojiganga? ¿Has cometido un delito?

Cornelisz llevaba el amplio atuendo de un berberisco con mucha naturalidad, como si desde siempre fuera su vestimenta habitual; sin embargo, al examinarlo más de cerca sus ojos de color azul cielo como también la barba cobriza y un mechón rubio que se asomaba bajo el *chêche* artísticamente enrollado delataban que era un hombre del norte. Arrastró a Miguel hasta la protección ofrecida por una duna y se sentó en la arena con las piernas cruzadas.

—No —respondió—, pero consideré que sería mejor que me ocultara, porque el rey portugués insistió en verme bajo su estandarte de guerra. ¡Aunque su invitación a hacerlo no fue precisamente cortés, que digamos!

—¿Entonces lo que me dijeron en Santa Cruz es verdad y fuiste reclutado a la fuerza? También afirmaron bajo mano que hubo luchas con bajas considerables, batallas con guerreros del desierto, aunque oficialmente guardan silencio al respecto. ¿Qué significa todo eso? Cuéntame qué sucedió.

Pero Cornelisz rehusó.

—Más adelante, Miguel. De momento solo esto: sí, me obligaron a convertirme en soldado, pero entonces, en la primera lucha en la que me vi obligado a participar, fui rescatado por los saadíes. De momento permanezco con ellos y aunque más no sea —espero que no te lo tomes de manera personal— con el fin de jugarles una mala

pasada a los portugueses.

Miguel no dejó de mirar en derredor para comprobar si los guerreros berberiscos —que quizá se habían ocultado en las proximidades— merodeaban por allí, pero no vio a nadie.

—¿Luchas por ellos, por los rebeldes?

—No lucho por nadie —contestó Cornelisz en tono firme—, aunque comprendo que deseen la independencia.

—Bien, comprenderás que no comparto tu opinión: el desorden es muy malo para los negocios.

—Nadie debiera de ser obligado a hacer algo, por no hablar de llevar una vida que reprime sus propias capacidades y limita su libertad. Perdona que te hable con franqueza, amigo mío, pero espero que los saadíes expulsen a los invasores de estas tierras.

«Defiende un punto de vista, se ha convertido en un hombre», pensó Miguel, azorado, y contempló a su amigo con aire complacido.

—Pues ya veremos. Hasta ahora los rebeldes nunca lograron ponerse de acuerdo hasta el punto de suponer un peligro para los portugueses.

—Se desarrolle como se desarrolle esta lucha, en todo caso yo esperaré un tiempo antes de dejarme ver en la ciudad —dijo Cornelisz—. Supongo que has hablado con mi casero, el tabernero, ¿verdad? ¿Aún existen mis efectos?

—Sí —respondió Miguel—. Y juré solemnemente que no había tocado nada.

—Bien, porque resulta que quiero pedirte que dejes todas las cosas, sobre todo mis útiles de pintura, en las manos del capitán Abdallah, el dueño de la *Fátima*. ¿Lo harás?

—Dalo por hecho. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—Lo dicho: de momento permaneceré fuera del alcance de los portugueses. Seguro que *dom* Francisco tendrá que buscarse otro pintor, pero considero su adelanto como una compensación por la injusticia sufrida —dijo, sonriendo maliciosamente.

Tras titubear un instante, Cornelisz prosiguió.

—De momento, el jeque saadí me ha invitado a vivir en su campamento y recorro la zona con sus guerreros. Son jinetes avezados y observar sus ejercicios supone un placer. ¡No hay nada comparable! Y sus historias, las que cuentan por las noches sentados junto a la hoguera... Cuando haya recuperado mis pinceles y pinturas seguro que podré realizar un par de cuadros impresionantes, en todo caso mejores de lo que jamás podría ser el retrato de un funcionario portugués.

Miguel se dio cuenta de que Cornelisz lo esquivaba; tal vez le contaba esas minucias para ocultar lo esencial, puede que incluso estuviera al tanto de los ataques que los saadíes preparaban contra los portugueses.

—Tus amigos berberiscos, ¿piensan avanzar hacia el norte en algún momento y atacar Mogador?

Cornelisz contestó en el acto.

—Si ello ocurriera, tu familia estará a salvo, a fin de cuentas son lugareños.

Miguel asintió con la cabeza. Eso no era del todo así, pero *sîdi* Alí y Mirijam al menos no eran portugueses, ni siquiera cristianos, así que era improbable que los berberiscos los considerasen extranjeros o enemigos. Además, gozaban del respeto y del afecto de los habitantes de Mogador y eso ya suponía una protección. Pero... a lo mejor debería postergar su viaje, ¿no?

—¿Cómo son esos saadíes? —preguntó—. Unos afirman que son guerreros brutales, otros dicen que son magnánimos y rectos, y eso parece bastante contradictorio.

Cornelisz reflexionó un momento.

—¿Recuerdas la caravana que en aquel entonces nos encontró después del naufragio y nos condujo hasta Santa Cruz? —preguntó.

—¿Cómo podría olvidarla? Claro que la recuerdo —dijo, y lo contempló con expresión expectante. Pero Cornelisz se limitó a guardar silencio y a sonreír.

—¿Quieres decir que se trata de los mismos hombres de aquel entonces? —dijo Miguel, empezando a comprender—. ¿De ese... cómo se llamaba... jeque Amir? ¿Fue él quien te salvó durante la batalla? ¡*Incrível*, qué casualidad!

—¿Casualidad? Yo por mi parte ya no creo en las casualidades, creo que este segundo rescate por parte del jeque Amir se debe a la providencia. No puedo ni debo decirte más, Miguel, pero no sigamos hablando de mí —dijo, y comprobó la situación del sol.

»Prefiero que me hables de ti, Miguel. ¿Adónde viajarás esta vez? Entretanto, te has casado con una tintorera, ¿verdad? ¿Te agrada la vida de casado?

—No querrás creerme, amigo mío, pero es maravillosa... ¡y lo mejor es que, si todo sale bien, el Todopoderoso pronto nos regalará un hijo! Mi Mirijam cree que nacerá cuando florezcan las rosas. Entre otras muchas cosas, también tiene conocimientos de medicina y cosas por el estilo.

—¿Mirijam? ¿Es ese el nombre de tu esposa?

—Sí, así es, pues en realidad no es una muchacha lugareña como creí durante mucho tiempo. Su padre adoptivo, un médico italiano —que por cierto hace tiempo que se ha convertido en un musulmán creyente—, la adoptó hace años. De todos modos, quería hablar contigo al respecto, ¡porque originalmente es oriunda de Amberes, lo creas o no!

Cornelisz no daba crédito a sus oídos.

—¿Una Mirijam de Amberes? ¡Habla, por Dios! ¿Cómo es su apellido, cómo se llama su familia? ¡Incluso puede que la conozca...!

Miguel se acomodó en la arena y se dispuso a contarle todo en detalle. Pero en cuanto pronunció la primera frase, Cornelisz se puso de pie de un brinco.

—¿Van de Meulen, Mirijam van de Meulen, dices? ¿Mi amiga de la infancia vive en Mogador?

SÉPTIMA PARTE
INVIERNO, 1527-1528

Mogador

Mirijam sostuvo al anciano, el último ataque de tos lo había dejado sin fuerzas. El enfermo se recostó contra las almohadas y cerró los ojos; estaba exhausto, aún respiraba dificultosa y ruidosamente.

—Pobre *abu* —dijo Mirijam, y se quitó el cabello de la frente acalorada—. Has de sanar pronto.

Le había frotado la delgada espalda con una esencia de hierbas de aroma picante, pero con tanta firmeza que la piel del *hakim* se había enrojecido y ella estaba bañada en sudor. Estaba muy preocupada por el anciano médico, martirizado por una tos persistente. Ya lo había intentado por todos los medios: cataplasmas, zumos, infusiones y ungüentos, pero de momento nada le había proporcionado un alivio. Le acarició los brazos antes de ponerle la camisa de tela suave y abrigarlo con la manta. Su respiración era agitada: la aplicación de la esencia lo había agotado también a él y ella se preguntó si el remedio le serviría de ayuda. Tenía que haber algo, algún remedio, una mixtura o una hierba sanadora. ¡Solo tenía que descubrirlo!

Hacía días que no dejaba de pensar en Andrees, su pobre padre, quien muchos años atrás había sufrido problemas respiratorios y una tos similar. En aquel entonces, ella solo era una niña desamparada e ignorante; en cambio, en el presente la situación era otra: era una adulta que poseía el saber y la capacidad de luchar contra las enfermedades, y curarlas.

Le tomó el pulso con los ojos cerrados, respirando lentamente y prestando atención a lo que le transmitían sus dedos hasta percibir la oscilación de los débiles latidos. A veces el pulso le revelaba en qué estado se encontraba el enfermo y si su muerte estaba próxima. Después de un momento comprobó que el del *abu* era lento pero no preocupante y alzó la cabeza con expresión aliviada.

—Así que no has descubierto nada amenazante —comentó el anciano, y abrió los ojos.

—¡Es verdad: nada bueno pero tampoco nada malo! —contestó ella, esbozando una sonrisa—. Sin embargo, esta noche iré a ver a Aisha y le pediré consejo. Nadie conoce tantas hierbas curativas como ella, incluso conoce unas de las que ni siquiera tú has oído hablar.

—¡Ja, imposible! —dijo Alí el-Mansour con expresión exageradamente severa, y al mismo tiempo trató de guiñarle un ojo—. ¡No puede ser, ni hablar!

Procurando complacerlo, Mirijam rio.

«La risa suaviza sus rasgos —pensó el *hakim*— y de inmediato la envuelve un aire de despreocupación juvenil». No obstante, su mirada ocultaba sus sentimientos, como siempre. Emocionado, Alí el-Mansour contempló su cuerpo visiblemente abultado y le acarició la mano cuando pasó a su lado. Nunca hubiera creído que alguien podría despertarle un afecto tan profundo; verla madurar y compartir la vida y el trabajo con ella supuso una gran alegría y le agradeció a Alá desde el fondo de su alma por haberle confiado ese ser y ponerlo bajo su protección. El corazón le dio un vuelco.

Sabía que esa vez no se trataba de una enfermedad normal. Se sentía absolutamente exhausto y la idea de abandonar la lucha y limitarse a permanecer tendido y dormirse para siempre se volvía más seductora con cada día que pasaba. En el transcurso de los últimos meses, la faz de la muerte había cambiado y poco a poco se había convertido en la de una amiga bienvenida. Pero todavía no podía abandonar: por más cansado que estuviera y por más que su vida se escurriese como la arena de un reloj, debía retener los últimos granos un poco más: Azîza lo necesitaba, al menos hasta que el capitán regresara.

Cadidja apareció en el umbral sosteniendo una bandeja con diversos platitos llenos de pequeños trozos de pescado asado y cuscús, delicados filetes de cordero con salsa de vino y pechuga de pichón con almendras picadas, todo muy especiado pero muy tierno, como a él le agradaba. Un aroma a canela, a olivas y cilantro, a miel, a claveles y pimienta flotaba en el ambiente y le cosquilleaba la nariz. Eran platos que él, si fuese su propio médico, también se hubiera recetado porque poseían un indudable efecto fortalecedor. Sabía que debía comer un poco: comer y beber significaba seguir con vida.

—*Bismillah*, quiero comer, y traedme también un poco de vino especiado caliente: me hará bien —dijo en voz baja pero firme.

—Sí, *abu*, enseguida.

Mirijam se desvivía por satisfacer todos sus deseos, puesto que demostraban que su voluntad de vivir aún era inquebrantable.

La cocina estaba desierta. En los estantes y en los profundos nichos de las paredes se amontonaban los platos, las fuentes, las copas y los cuencos, junto a una amplia pila había ánforas con agua fresca y de varios ganchos por encima del fogón colgaban sartenes y perolas de hierro. En los lugares donde el suelo de arcilla no estaba cubierto de hierbas frescas que bajo sus pies desprendían aromas especiados, brillaba como si estuviera lustrado.

Mirijam se alegró de disponer de un momento para sí misma. Se sentó en un

taburete junto al fogón y apoyó la cabeza en las manos: una vez más, luchaba con las lágrimas. Desde que esperaba un hijo solía ocurrirle con frecuencia: debía luchar con sentimientos que cambiaban de un instante a otro. Aisha opinaba que siempre era así, pero Mirijam sabía que se debía a que hacía cinco meses que Miguel estaba ausente. En aquel entonces ni siquiera pudieron despedirse puesto que originalmente pensaba pasar una vez más por Mogador tras abandonar Santa Cruz. Sin embargo, había abandonado dicho plan y sin un auténtico motivo, según ella. Se limitó a enviarle un mensaje diciendo que se preparara para recibir una sorpresa agradable, que le enviaría un mensajero y que por lo demás le deseaba lo mejor hasta que él regresara. Pero de momento no había aparecido ningún mensajero ni recibido una sorpresa, ¡y el propio Miguel tampoco había vuelto! Había dicho que a lo sumo dentro de dos o tres meses... ¿Dónde estaba? Confió en que se encontrara bien. Sabía que la *Santa Ana* era una nave excelente y que Miguel —que era un capitán experto— estaba muy bien preparado para enfrentarse a los peligros de la mar. No obstante, las tormentas invernales ante la costa española y francesa solían ser peligrosas y además... ¡Amberes! ¿Con qué se habría encontrado allí?

Si bien ella lo alentó a emprender dicho viaje porque había notado su desasosiego, no dejó de arrepentirse en el acto. ¡Ojalá se hubiera quedado en Mogador!

Por primera vez en mucho tiempo se sentía asustada y abatida. Finalmente uno no daba a luz a un hijo todos los días, pero lo que más la martirizaba era la angustia por su *abu*. ¡Ansiaba encontrarse entre los fuertes brazos de Miguel!

Mirijam quitó las cenizas de la lumbre, añadió más carbón de leña y sopló para avivar las llamas; después llenó un cazo con vino, miel y especias, y lo apoyó sobre el soporte de tres patas encima del fuego. El vino no debía hervir, al contrario: había que calentarlo lentamente para que los aceites curativos y los demás remedios se disolvieran correctamente. Mientras esperaba a que la mezcla se calentara se apoyó contra la pared, estiró la espalda dolorida y apoyó las manos en el vientre. Hacía poco que notaba los movimientos del niño, fugaces y casi imperceptibles, tal como había predicho Aisha. Se acarició el vientre con ademán cariñoso y canturreó una pequeña melodía. ¿Cómo sería su niño? ¿Qué clase de ser humano crecía en su seno?

—Nunca deberás sentirte solo, nunca —susurró para sus adentros, y sonrió—. Cargaré contigo envuelto en un paño, como las trabajadoras negras, y siempre estarás a mi lado de día y de noche. Quiero enseñarte todo lo que sé, te cuidaré y te protegeré y jamás te abandonaré —añadió, ladeando la cabeza como si esperara una respuesta.

Mientras permanecía sumida en sus pensamientos oyó que alguien pronunciaba su nombre: un murmullo furtivo y apagado penetraba a través de la estrecha ventana. De pronto las voces aumentaron de volumen y Mirijam comprendió lo que decían.

—Con respecto a *lâlla Azîza* supongo que tú estarás bien informado, pero hace tiempo que el *hakim* no es un *nasrani*, un cristiano —decía una voz masculina en ese instante—. Pongo mi mano en el fuego por él. Hace ya muchos años que el Profeta, loado sea su nombre, le indicó el camino a Alá y a la vera fe.

—¡Precisamente! ¡Por fin reconoces que no es uno de los nuestros sino más bien un maldito infiel que fue bautizado como cristiano!

«¡Cuánta hostilidad rezuma esa voz femenina que sisea esas palabras en voz baja pero en tono triunfal!», pensó Mirijam. Le resultaba conocida pero no hubiera podido precisar a quién pertenecía ni quiénes eran las personas que hablaban. Instintivamente, sostuvo el aliento y se acercó a la ventana.

—*Sîdi Mokhbar*, el *marabout*, afirma que hemos de arrojar a todos los extranjeros al mar de donde antaño salieron y eso también incluye al *hakim* y su hija, claro está. Además, el *marabout* dice que si queremos salir victoriosos como musulmanes creyentes que somos, no podemos permitir ninguna excepción. Opino lo mismo, dado que *lâlla Azîza* no es una musulmana. Nunca acude a la mezquita y tampoco reza en la casa, porque de lo contrario yo lo sabría. Seguro que en realidad es una *jahudije*, una judía, y en todo caso no una creyente. Y, además, ambos hacen causa común con el portugués, ese perro. ¡Piensa en la cal que elaboran en los hornos hechizados y la venden a los portugueses!

¿Acaso esa que hablaba no era Haditha? No, seguro que se lo estaba imaginando, pero en ese preciso instante Mirijam oyó un leve bufido, el bufido siempre soltado por la criada cuando estaba enfadada o en completo desacuerdo con algo.

«¡Es Haditha!», pensó Mirijam, asustada. Hacía bastante tiempo que adoptaba una actitud crítica frente a ella, pero nunca había notado semejante hostilidad en ella.

—Qué más da —musitó la voz masculina—. Seguro que eres injusta con ellos. ¡Te aconsejo que dejes ese asunto! En todo caso, yo no quiero saber nada de eso.

El hombre al otro lado de la ventana volvió a intentarlo pronunciando palabras apaciguadoras.

—No cargues con la culpa de azuzar al *marabout* o a los guerreros del jeque contra *lâlla Azîza* y el *hakim*, mujer: ¡los expondrías a la perdición!

Haditha no respondió. Seguro que permanecía allí con los brazos cruzados y la mirada baja, como siempre cuando se emperaba. «Y su interlocutor solo puede ser Hocine, el esposo de Haditha», pensó Mirijam, porque la criada jamás se encontraría con otro hombre en secreto.

—¡Ten en cuenta que el Profeta, loado sea su nombre, dijo que todos quienes poseen el Libro son nuestros hermanos y que pueden elegir libremente su fe! —siguió diciendo el hombre en tono muy paciente—. Tanto los *nasrani* como los *jehuda* poseen sus libros de la fe, como nosotros el santo Corán. Hasta el profeta Mahoma, al que Alá regale la vida eterna, antaño estudió sus libros sagrados.

—¿Y qué? El *marabout* dice que hemos de aniquilarlos a todos. Si nuestros guerreros del desierto se limitan a expulsar a extranjeros, estos regresarán algún día y se vengarán, y entonces...

Parecía haber aprendido esas palabras de memoria.

—Además, no olvides que gracias a *lâlla* Azîza y a su padre no solo nos las arreglamos para vivir bien —la interrumpió Hocine; era evidente que se esforzaba por tranquilizar y persuadir a su mujer, aunque en realidad era un hombre de acción, no de palabras—. Son nuestros benefactores: ¡gracias a *sîdi* Alí y a su hija ya no somos esclavos y podemos ir a donde nos dé la gana! Puede que eso no tenga importancia para el *marabout* de los saadíes, pero para nosotros es sumamente importante.

Mirijam aguzó los oídos, pero ya no oyó nada más. ¿Qué planeaba Haditha? ¿Reflexionaba si debía seguir los consejos y las advertencias de su marido? Pero eso era improbable: ceder le resultaba muy difícil. Además, al parecer estaba bajo la influencia de ese *marabout* cuyas soflamas repetía. ¿Acaso hacía unos días Cadidja no había murmurado algo acerca de la sombra maligna de Haditha?

La voz del hombre puso fin al silencio.

—¿Cuándo se supone que debe tener lugar el ataque?

—Alguien habló de las próximas noches sin luna —contestó Haditha en tono inequívocamente triunfal.

—¡Alá! —gimió Hocine en voz baja.

¿Un ataque? Los pensamientos de Mirijam se arremolinaron. ¿Alguien pretendía atacar Mogador? ¿Y quiénes eran esos guerreros del desierto de los que hablaba Haditha? Por lo visto, en esa ocasión no se trataba solo de los portugueses que controlaban la ciudad y la comarca desde hacía años. Si había comprendido correctamente a Haditha, aniquilarían a los extranjeros, en todo caso esa parecía ser la voluntad del *marabout*. Echarlos al mar, había dicho la criada. Debido a la enfermedad del *abu* Alí, últimamente Mirijam casi no había abandonado la casa y por tanto no notó que algo se cocía en la ciudad. Pero ¿por qué nadie la había advertido del peligro en ciernes, por no hablar de mencionarlo? Ninguno de sus trabajadores había dicho nada al respecto, ni siquiera una insinuación.

«Y las noches sin luna empiezan precisamente hoy, ¿no?», se preguntó, y notó que el vello de sus brazos se erizaba.

El aroma del vino dulce inundaba la cocina. Mirijam echó un vistazo al fogón y vio que la mezcla soltaba vapor y amenazaba con hervir. Entonces se apresuró a quitar el cazo del fuego... pero el asa estaba muy caliente. Soltó un grito y retiró la mano, y el cazo cayó al suelo con gran estrépito. La mezcla hirviente le salpicó las piernas como un latigazo, su corazón dejó de latir un instante y después llegó el dolor.

Mirijam trató de recuperar el aliento, el susto y el dolor la mareaban; gimiendo en voz baja despegó la ropa empapada de vino hirviendo de sus piernas: solo vio unas manchas rojas, pero sabía que se formarían ampollas en el acto que podían infectarse.

Cadidja entró corriendo a la cocina. Tras echar un único vistazo comprendió qué había ocurrido y cogió una jarra de arcilla que contenía agua fría.

—¡Alá! ¿Cómo pudo ocurrir? —lloriqueó—. Tiene muy mal aspecto. Tomad, echaos agua en las piernas: refresca y os aliviará el dolor.

Al echarse agua fría en las piernas con un cucharón de madera, los ojos de Mirijam se llenaron de lágrimas. Apretó los dientes pero no logró reprimir un quejido.

—Necesitamos orina de camello —decidió la cocinera—. Es lo mejor.

Corrió hacia la puerta y gritó:

—¡Abdel, pedazo de inútil, ven aquí! *Yallah!*

Enseguida apareció un muchacho adolescente que siempre estaba hambriento y por eso a menudo merodeaba cerca de la puerta de la cocina.

—Ve a casa de Ahmad, el camellero, y trae orina fresca de camello. Dile que *lâlla* Azîza se ha derramado vino hirviendo en las piernas, entonces sabrá qué hacer. ¡Vamos, muchacho, date prisa! ¡Si no vuelves aquí de inmediato te arrancaré la cabeza!

Mientras tanto, Mirijam no dejaba de verter agua fría en las quemaduras quejándose en voz baja. «¿Y si mi hijo nace con una mancha de vino de Oporto?», pensó. Había oído decir con frecuencia que frente a las malas experiencias de su madre los nonatos reaccionaban contrayendo enfermedades o presentando malformaciones.

—Seguro que se dará prisa, *lâlla* —dijo la cocinera procurando consolarla—. La orina fresca de camello es un probado remedio del desierto. Ya lo veréis: os quitará el dolor en el acto y además impide que se formen ampollas.

Mirijam asintió apretando los dientes.

—También has de enviar a alguien a la destilería de cal, Cadidja: allí hay una botella de aceite de algarroba y un jarro de decocción de raíz de clavel para hacer compresas frías. Necesito ambas cosas.

—Iré yo. Entretanto, Haditha puede permanecer con vos y ayudaros.

—¡No! —dijo Mirijam, reprimiendo un grito—. No —repitió en voz más baja—, envía a otro.

¿Podía fiarse de la cocinera? Después de todo Cadidja tampoco le había comentado nada sobre un peligro. Ella misma era oriunda de una familia berberisca y quizás apoyaba a esos guerreros. ¿Es que todavía había alguien en quien podía

confiar? ¿Había que contar con un ataque a Mogador o quizá las habladurías de Haditha se limitaban a ser un intento de darse importancia?

El niño en su seno se movió y Mirijam se protegió el vientre con los brazos.

Cadidja la contemplaba boquiabierta, notó que su ama estaba inquieta, pero ¿cómo podría adivinar en qué estaba pensando?

—Envía a quien quieras, a ti te necesito aquí —exclamó Mirijam por fin—. Y prepara más vino para el *hakim*. ¿Ha comido?

—¡Sí, ama, de todo un poco! —dijo la cocinera, radiante de felicidad—. Incluso dijo que dejara la bandeja a su alcance, por si quería comer algo más adelante. Casi me parece que se encuentra un poco mejor.

—Muy bien.

Mirijam siguió derramando agua fría en sus piernas; el agua se acumulaba en el suelo y pronto se encontró sentada en medio de un enorme charco y sus ropas estaban empapadas hasta la cintura. Pero en cuanto dejaba de refrescar la piel quemada el dolor se volvía casi insoportable.

—En cuanto Abdel regrese lo enviaré a los hornos. Mientras tanto, prepararé más vino para el *sherif* —proclamó Cadidja, y reunió los ingredientes—. Con la ayuda de Alá, todo irá bien.

Luego fue en busca de agua de la fuente y llenó dos cubos de madera. Agradecida, Mirijam se sentó en un taburete, metió un pie en cada cubo y siguió refrescándose la piel. Entonces oyó la voz del *abu* Alí que la llamaba.

—Ve con él —dijo Mirijam—, dile lo que me ha pasado, de todos modos habrá notado algo, pero asegúrale que me encuentro bien, ¿oyes?

—Sí, ama. Cuando vuelva el muchacho con la orina de camello os ayudaré a poner las vendas.

Con mucho cuidado, la cocinera vertió el vino caliente en una jarra, la cubrió con un paño limpio y abandonó la cocina.

Durante unos instantes Mirijam apoyó las manos en el regazo. Sabía que en algún momento las quemaduras sanarían y los dolores se le pasarían, pero cuanto más reflexionaba sobre el otro asunto, tanto más inquietante le parecía la perorata sobre el ataque y sobre esos misteriosos guerreros de la libertad. ¿Es que de verdad corrían peligro ella y el *hakim*? ¡Ojalá Miguel estuviera allí! Él no perdía los nervios con facilidad. Además, conocía los alrededores de Mogador y sabría si había que tomarse los comentarios de Haditha en serio. Pero no podía pedirle su opinión al *abu*, de momento el pobre no estaba en condiciones de cargar con nada. ¿Osarían expulsarlo de la ciudad? No, se dijo, intentando tranquilizarse, el *abu* Alí era un hombre que gozaba de un gran respeto en Mogador, todos le pedían consejo y ayuda. Hacía años que ambos vivían allí, trabajaban junto a los lugareños, comían y bebían con ellos,

todos se conocían.

«Pero por otra parte —volvió a reflexionar—, ¿qué significaba el hecho de que nadie me haya insinuado nada en los días pasados?». Si daba crédito a las palabras de Haditha, la vida del *sherif* y la suya corrían serio peligro.

Una sombra oscureció el umbral.

—¡Por fin! ¿Has conseguido la orina de camello, Abdel?

Cuando no obtuvo respuesta, Mirijam alzó la cabeza. Un desconocido de gran estatura entró en la cocina, un beduino con la cara cubierta por un velo que la contemplaba con sus ojos claros.

Mirijam se apresuró a cubrirse las piernas, se acomodó el velo y se enderezó.

—¿Cómo te atreves? —soltó en tono indignado.

Ningún desconocido podía atreverse a entrar en la casa sin que lo invitaran a pasar y menos en la cocina, el territorio que desde siempre perteneció a las mujeres.

El hombre bajó la mirada, se llevó la mano derecha al corazón e hizo una reverencia.

—Ruego que perdones mi irrupción, pero es a causa de motivos graves. ¿Vive aquí el *hakim* Alí el-Mansour?

—¿Quién lo pregunta? —preguntó Mirijam, sentada en el taburete ridículamente bajo y lanzándole una mirada furibunda al intruso.

—Mi nombre no viene al caso, de todos modos no lo conocerás, porque vengo de muy lejos. Informa a tu amo y a *lâlla* Azîza, tu ama —si es que realmente viven aquí, tal como me dijeron—, diles que vengo por encargo del capitán De Alvaréz y que he de hablar con ellos urgentemente. ¡Y date prisa!

Algo desconocido, pero que al mismo tiempo le resultaba familiar como un eco lejano la rozó. No lograba despegar la vista del hombre, que a su vez la observaba fijamente. Entonces ella se apresuró a bajar su mirada: si seguía contemplándolo no podría pensar con claridad.

—¿No comprendes lo que te he dicho? Ve en busca de tu ama, ahora mismo —insistió el hombre.

¿Acaso sería el mensajero que Miguel había mencionado en su carta? Pero ¿sería capaz de enviarle a un beduino? Un marino, sí, eso podía ser y también un comerciante o un oficial, pero no un beduino. ¿O es que ese descarado no era ningún beduino? Su conducta irrespetuosa no se correspondía con la de los lugareños, así que quizá se trataba de un espía enemigo, uno de los saadíes... Le lanzó otro vistazo disimulado al desconocido.

—¿Acaso tú misma eres...?

—¡Primero quiero saber quién eres tú!

Ambos habían hablado al mismo tiempo. El beduino entornó los ojos, luego alzó la mano lentamente, se quitó el paño que le cubría el rostro sin despegar la mirada de

Mirijam y después se desenrolló el *chêche* de la cabeza. Rizos dorados cayeron sobre sus hombros y enmarcaron una cara que no podía pertenecer a un beduino, a un hombre del desierto, y sonrió.

Entonces Mirijam se puso de pie. Su largo atuendo cayó por encima de los dos cubos de agua en los cuales aún estaban sumergidos sus pies doloridos y, como petrificada, contempló el rostro del desconocido.

En cuanto vio esos rizos había comprendido: un sueño se había hecho realidad.

—¿Cornelisz? —susurró, y durante un instante se sorprendió al comprobar que su voz realmente le obedecía.

En ese momento dos oscuras figuras aparecieron a espaldas de Cornelisz, sombras agazapadas que se acercaban al intruso con porras en las manos.

—¡Casi no te reconocí! ¡Es increíble: la pequeña niña de antaño se ha convertido en una mujer! —exclamó Cornelisz sonriendo de oreja a oreja y tendiéndole ambas manos a Mirijam—. ¡Qué bien que por fin nos hayamos vuelto a encontrar! Cuando Miguel dijo que vivías aquí, a solo un día de viaje de Santa Cruz, al principio me negué a creerle.

Sus palabras a duras penas penetraban a través de las espesas brumas que ocupaban su cabeza; sin embargo, podría haberlo escuchado eternamente. Esa voz... De lo más profundo de sus recuerdos surgían las palabras de una lengua casi olvidada: su idioma materno, y la envolvían en una calidez consoladora.

—Tenemos que contarnos muchas cosas —dijo el joven—. Pero han de esperar. Hubiera venido antes, pero había tantas cosas... De todos modos, ahora estoy aquí para advertirte, estáis en peligro y debéis huir y será mejor que huyáis esta misma noche. ¿Me estás escuchando?

En el ínterin, sus protectores Hocine y Hassan se habían acercado sigilosamente y alzaron sus porras. Entonces Mirijam por fin recuperó el habla.

—¡No! ¡No, Hocine y Hassan! —gritó—. Este beduino no os hará daño, sus intenciones son buenas.

Cornelisz se volvió, no había notado la presencia de ambos hombres y alzó las manos abiertas: estaba desarmado y acompañó el gesto pronunciando el saludo formal.

—*As salâm u aleikum.*

Hassan le lanzó una mirada a Mirijam y cuando esta asintió para tranquilizarlo, bajó el arma.

—*Wa aleikum as salâm* —contestó el capataz, vacilando. Una vez más los hombres se aseguraron de que su ama no corría peligro y después abandonaron la cocina de mala gana.

—¿Eres tú, Cornelisz? Pero... ¿cómo? ¿Qué...? ¿Cómo has llegado aquí, quiero decir? —tartamudeó Mirijam.

Cornelisz se acercó a ella y la abrazó.

—¡Mirijam, muchacha! ¡Estás viva y te encuentras bien, gracias a Dios, qué suerte! No tengo palabras para decirte cuánto me alegro.

Percibió la calidez que irradiaba el cuerpo de ella y la estrechó un poco más.

Mirijam alzó la mano y rozó sus rizos dorados. ¿Cuántas veces había soñado con hacerlo?

—Eres tú, de verdad —dijo en tono aún incrédulo.

Pero de pronto —como si las primeras palabras que pronunciaba en la lengua de su infancia hubiesen abierto una compuerta— empezó a sollozar. Lloró y tembló y se aferró a Cornelisz, que la acunó entre sus brazos como si fuera una niña.

—Bueno, ya está —dijo unos momentos después—, tranquilízate, basta de lágrimas.

Carraspeó, y cuando se separó de ella en sus ojos también brillaban las lágrimas.

—¡Dios mío, cuando Miguel me contó con quién se había casado no podía creerlo! Tengo que hacerte miles de preguntas, desde luego, cómo llegaste aquí y cómo te ha ido, pero hemos de postergarlas. Ahora lo más importante es que desaparezcáis lo antes posible; tú y tu padre debéis huir, ¿comprendes? —dijo, cogió a Mirijam de los hombros y la zarandó con suavidad.

»Ahora presta mucha atención, es importante —continuó—. Habrá un ataque y esta misma noche, a saber. Los saadíes están decididos a expulsar a todos los extranjeros de aquí y para siempre. Y eso se convertirá en una matanza.

Mirijam recuperó el control, pero solo con lentitud: no dejaba de preguntarse si estaba soñando o si se trataba de una fantasía, pero poco a poco las palabras de Cornelisz surtieron efecto.

—No te llesves demasiadas cosas —dijo él en ese momento—. Intentaré conducirlos a ambos hasta las montañas, dando un rodeo en torno al campamento de los guerreros. Pero has de darte prisa, no tenemos mucho tiempo, ¿me oyes?

La palidez se borró del rostro de la muchacha, tomó aire y dijo:

—Eso no será posible —contestó, y luego cogió el jarro con orina de camello de las manos de Abdel, que hacía un buen rato que esperaba junto a la puerta.

—No lo comprendes —insistió Cornelisz—. ¡Los príncipes saadíes y sus guerreros del desierto van en serio! No se tratará de una escaramuza, esta vez se juegan el todo por el todo. Quieren liberarse del dominio portugués y de momento, lo tienen todo a su favor.

Mirijam no respondió. Empapó un paño en orina, se apartó y se envolvió la pierna con el paño mojado. ¡Qué alivio!

—Todos los pueblos *imazhig* del sur se han unido y en el ínterin se reúnen guerreros de todos los grandes valles y también de las montañas, incluso desde Tafilalet. Sus comandantes son jeques poderosos unidos por una única meta —siguió diciendo Cornelisz—. Esta vez los guerreros del desierto están decididos a todo y han logrado reunir más guerreros que nunca. ¿Me estás escuchando? —añadió—. Se han formado seis *leff* en total, ¡y ahora esos aliados están avanzando! Ya se encuentran muy próximos.

Cornelisz se interrumpió. No tenía sentido provocar el pánico de Mirijam, pero debía comprender la necesidad de una huida inmediata.

—Su *marabout* ejerce una enorme influencia —prosiguió—. Hace semanas que

recorre la comarca con sus prédicas y entre tanto los guerreros rezuman odio por todo lo extranjero. ¡Créeme, Mirijam: en Mogador no quedará piedra sobre piedra! ¡Los portugueses —y con ellos también todos los demás extranjeros— serán aniquilados!

—Comprendo, sí, lo comprendo y te creo —contestó Mirijam, sin dejar de reflexionar—, aunque ignoro de dónde has sacado esa información tan detallada. Pero ahora eso da igual. Te prometo que el *abu* y yo huiremos, pero no a pie y no a las montañas, eso resultaría imposible. Te agradezco el ofrecimiento pero ahora he de reflexionar y ocuparme de mis quemaduras.

Al mismo tiempo notó su vientre abultado, se dio cuenta de que Mirijam se encontraba en estado de buena esperanza y recordó el tono triunfal en que Miguel le había anunciado que su hijo estaba de camino. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Quizá porque aún veía a su amiga de infancia como una niña, no como una mujer casada. Ella notó su mirada escrutadora.

—Sí, es cierto —dijo sonriendo—, espero un niño, y sí: estoy herida, pero ese no es el único motivo que me impide huir contigo a las montañas. Sobre todo se trata de mi querido padre adoptivo: está viejo y enfermo y debe guardar cama. No soportaría el esfuerzo que supone una huida a pie.

En ese momento Cadidja entró en la cocina y soltó un grito de espanto; su mirada osciló entre su ama y el desconocido y, al comprender que ese supuesto beduino debía de ser un hombre del remoto norte, donde, tal como los marinos le habían contado más de una vez, las personas tenían los ojos azules y el pelo rubio, se quedó boquiabierta. Disimuladamente, hizo la señal para evitar el mal de ojo, pues nunca se sabía.

—¿Cómo se encuentra el *hakim*? —preguntó Mirijam.

—Ha bebido un poco de vino y preguntado por vos, *lâlla Azîza*. Desea veros.

Cadidja dio un paso hacia Mirijam y se colocó a su lado: ¡si ese desconocido osaba acercarse demasiado a su joven ama, se las vería con ella!

—Sí, lo supuse —dijo Mirijam—. Pero primero conduce a nuestro huésped hasta él. Es un buen amigo del pasado que ha venido desde muy lejos para visitarme a mí y al *hakim*. Sírvele de beber y comer, por favor; después me ayudarás con mis quemaduras. —Y se dirigió a Cornelisz—: Ve a verlo, te lo ruego. El *sherif* Alí el-Mansour, mi padre adoptivo, lo sabe todo sobre mí. No marcharé sin él; cuéntale lo que me has dicho y entonces veremos qué hacer.

Cornelisz —quien tras la aparición de Cadidja había vuelto a enrollarse el *chêche* en la cabeza y a cubrirse el rostro con el velo— asintió.

—He oído que es una persona extraordinaria y en circunstancias normales me consideraría afortunado de conocerlo —dijo—. Pero ahora... ¡hemos de darnos prisa! ¡Ya sabes de qué se trata!

¿De verdad lo sabía? Porque en realidad se sentía como en un sueño.

Mirijam guardaba monedas de oro, piedras preciosas y pequeños lingotes de plata en saquitos y los ocultaba entre las ropas del *abu* Alí y bajo sus infolios. Una caja contenía frágiles botellas, jarros y émbolos de cristal, en otra guardó remedios y hierbas curativas y en un arcón los libros de contabilidad. A pesar del dolor en las piernas y la confusión mental trabajó con diligencia y rapidez, pero de vez en cuando, tras sentarse en un taburete y cambiarse las vendas, no podía evitar sumirse en cavilaciones.

Cientos de guerreros saadíes se ocultaban en las montañas aguardando la señal de atacar, había dicho Cornelisz. Esa noche se lanzarían al ataque; su objetivo principal era la fortaleza, por supuesto, y su intención no era solo expulsar —o incluso aniquilar— a los portugueses de la ciudad, sino a todos los extranjeros. Además, los guerreros no lucharían con lanzas y espadas como hasta entonces: según Cornelisz, poseían armas de fuego, igual que los soldados portugueses, y al parecer habían instalado cañones en algunos techos de la ciudad apuntando a la fortaleza.

Al principio Mirijam había pensado que bastaría con atrincherarse con el *abu* en la torre situada encima del taller de alfombras, desde donde podrían defenderse. Pero ese edificio se encontraba cerca de la fortaleza y corría peligro de ser alcanzado por los proyectiles, así que tuvo que descartar dicho plan.

Así pues, ¿adónde podían ir? ¿A las islas? La isla de los Moluscos y la Púrpura se encontraban fuera, en la bahía, pero para un guerrero avezado no resultaría difícil descubrirlos. Quedarse en la casa era impensable, pues no ofrecía la menor protección. Así que, ¿adónde?

Fue justamente la tímida Cadidja quien encontró la solución.

—El *hakim* puede viajar en barca, ¿verdad? Así podríamos trasladarlo cómodamente hasta mi aldea; solo es una pequeña aldea y mi gente, pobres pescadores, pero a lo mejor supone una suerte porque allí no hay extranjeros. Seguro que mi padre sacrificará una cabra en vuestro honor.

Inmediatamente, enviaron a Hassan en busca del pescador de la aldea de Cadidja, cuya barca estaba amarrada en el puerto.

Mirijam tuvo que esforzarse por pensar con claridad; volvió a la cocina por enésima vez y se cambió las vendas refrescantes. Encontrarse con Cornelisz de un modo tan repentino la había confundido y desconcertado. De pronto se le aparecían la casa de su padre en el mercado de Koorn, su padre Andrees, la tata Gesa y la pobre Lucia... Su amigo de la infancia le revivía innumerables recuerdos largamente olvidados, alegres y también dolorosos. Había una imagen que veía nítidamente: Cornelisz en el muelle de Amberes. Se había despedido de ella con el pelo revuelto y

sin aliento debido a la rápida carrera, y le había rogado que le enviara una carta... ¡Habían pasado siete años desde entonces! Sus ojos se llenaron de lágrimas y se le formó un nudo en la garganta al recordar los horrorosos acontecimientos del viaje. Pero al mismo tiempo se alegraba tanto del reencuentro que no podía dejar de sonreír.

Sacudió la cabeza con gesto enérgico. Desde luego, si hace unos momentos no hubiese oído la conversación entre Haditha y Hocine, jamás hubiera dado crédito a las advertencias de Cornelisz. Pero ahora no dejaba de pensar en sus palabras al tiempo que preparaba arcones, cajas y bultos. Solo lo más importante, había insistido Cornelisz, y nadie debía notar nada. ¿Cómo se las arreglaría? ¿En quién podía confiar en aquella encrucijada?

Hassan, Hussein y Cadidja estaban informados, pero no de los detalles. Haditha no sabía nada, por supuesto. Mediante un pretexto, Mirijam había enviado a la criada desleal a la isla Púrpura, así que al menos podía actuar con libertad en la casa.

Abandonarían Mogador. Solo durante un tiempo, se dijo tratando de consolarse, hasta que las cosas se apaciguaran; se apoyó las manos en el vientre y suspiró. Nunca había sentido la responsabilidad como una carga, siempre le parecía que cobraba las fuerzas necesarias justo cuando las necesitaba. No obstante, ahora, cuando debía abandonarlo todo y tomar todas las decisiones a solas, tanto con respecto a su *abu* como a la casa, la tejeduría y la tintorería, se veía obligada a esforzarse para conservar la serenidad. Cornelisz no suponía una ayuda, más bien un estorbo.

¿Estaba todo listo? Mentalmente, examinó el equipaje y repasó las disposiciones más importantes. Llamó a Hocine a la cocina y le explicó la situación en pocas palabras. Hocine mantuvo la vista baja.

—No permanecer aquí es de sabios, *lâlla Azîza*. Continuaré con el trabajo y haré todo como lo hacéis vos. Cuando regreséis (y con la ayuda de Alá eso ocurrirá pronto) no notaréis que habéis estado ausente un tiempo.

«No puedo hacerle reproches por las tonterías religiosas de su mujer», pensó Mirijam. Le dio las gracias y le dijo que se marchase.

Por su parte, Hussein se apresuró a declararse dispuesto a encargarse del taller de alfombras; lo único que había que cerrar era la tintorería. ¡Ningún extraño se haría con las fórmulas del *abu* Alí para la elaboración de la púrpura! Ella le dio las gracias y también le dijo que se marchara.

Cuando Hassan entró en la cocina, ella le lanzó una mirada expectante y el capataz asintió con la cabeza: había logrado dar con el pescador.

—¿Es que pensáis cargar todo eso en la barca? —preguntó, señalando los bultos y las cajas preparados para el traslado.

—Sí.

—Demasiado peso —dijo—. La barca de Mohammed es pequeña.

Separó las manos callosas para indicar el reducido tamaño de la barca de pesca y

el escaso espacio del que disponía.

—Pero a lo mejor hay otra solución, yo me encargaré.

Poco después regresó con unos nómadas que habían dejado su cargamento de lana en la ciudad. Hassan conocía a sus padres como hombres honestos, y les había pedido que transportaran las cajas más pesadas de Mirijam hasta la casa de Aisha en sus mulas.

—Aisha es vuestra amiga, cuidará de vuestras pertenencias —dijo.

Al principio ella se escandalizó; al fin y al cabo, casi toda su fortuna y la del *sherif* se encontraban en las cajas de madera guarnecidas de hierro que los hombres ya acondicionaban sobre sus mulas. Pero por otra parte, si la barca era demasiado pequeña para albergar todo eso... Debía decidir con rapidez.

—Bien, de acuerdo, dale las gracias a Aisha en mi nombre y dile... dile que regresaré en cuanto... Vaya, solo dile que se lo agradezco.

¿Quién garantizaba que las cajas llegarían a casa de Aisha? ¿Las recuperaría algún día? ¿Es que esos nómadas se encontraban en la ciudad por casualidad y solo para entregar su lana? ¿Y si eran espías de los saadíes? ¡Todo era posible!

Cuando la voz del muecín convocando a los fieles a la oración nocturna se apagó, dos extrañas caravanas abandonaron la casa del respetado médico y su hija, la tintorera de la púrpura. Una estaba formada por cuatro mulas cargadas de alforjas repletas que colgaban a ambos lados de los animales casi rozando el suelo y se balanceaban al ritmo de sus pasos apresurados. Los animales iban acompañados de nómadas cuyas cimitarras permanecían ocultas bajo sus oscuras chilabas mientras recorrían las callejuelas en la noche sin luna. Condujeron las mulas lo más silenciosa y rápidamente posible hasta los huertos del oasis, donde no tardaron en desaparecer entre las frondosas y aromáticas higueras, los arbustos de granadas y los pequeños almendros. Más allá de los fértiles huertos descargarían los bultos en la solitaria choza de la negra, antes de regresar a las montañas.

La segunda caravana era bastante más numerosa. Además de siete mulas cargadas y algunas personas ocultas bajo sus capuchas, llamaba la atención un carro de dos ruedas. Llevaba a un anciano envuelto en mantas y recostado sobre cojines que deslizaba la mirada por las calles nocturnas, los pasadizos y las plazas vacías de Mogador. Ese grupo, que pasó junto a la fortaleza, también se esforzaba por avanzar rápida y silenciosamente en dirección al puerto. Pero no siempre lo lograba: una y otra vez resonaba una orden en voz baja, una advertencia siseada o una súplica a Alá cuando un bulto amenazaba con desplazarse, el carro pasaba por encima de un bache o alguien tropezaba en la oscuridad. También se oían los fustazos de una vara sobre el flanco de un animal o un susurrado «*homar, homar*», para azuzar a las mulas. Sus pequeños cascos resonaban entre las estrechas callejuelas del barrio del puerto. A

cierta altura, un sollozo reprimido surgió del centro del pequeño grupo que seguía al carro y los animales de carga. Cuando en la torrecita de la pequeña capilla de la fortaleza repicó la campana en medio del silencio nocturno, todos se detuvieron, nadie osó dar otro paso. Pero nada se movió tras las murallas de los portugueses.

Una vez llegados al puerto, todo ocurrió con rapidez. Cargaron las cajas y los bultos en el pequeño velero amarrado a la sombra de la muralla. Luego dos hombres bajaron al anciano del carro, lo trasladaron a bordo a lo largo de una tabla y lo tendieron en la proa de la barca, donde la baja borda lo protegería del viento. Finalmente, cuando ya habían izado la vela y cogido los remos, dos mujeres encapuchadas y un beduino alto subieron a bordo. Un instante después el casco se separó del muelle y las aguas oscuras borbotaron a su alrededor.

Amparada por la oscuridad, la barca pesquera abandonó el puerto de Mogador en dirección al sur, directamente ante las narices de los guardias portugueses, que no se habían percatado de nada.

En retrospectiva, los acontecimientos de ese día le parecían tan irreales que para Mirijam era como si no se encontrara en el mar sino en un laberinto cuya salida se esforzaba en encontrar. Primero la conversación entre Haditha y Hocine, después las quemaduras y el dolor, luego la inesperada aparición de Cornelisz y sus increíbles noticias, y finalmente los preparativos para la huida... Era como si alguien intentara contarle una historia especialmente confusa.

A lo largo de los años, Cornelisz se había convertido en una imagen onírica, y entonces de pronto había aparecido en su cocina como por ensalmo. Aunque habían pasado muchos años y ambos ya no eran unos niños, tenía la sensación de que el vínculo entre ellos había perdurado. ¿Es que algo así era posible? ¿Por qué no?, se dijo. Todavía tenía casi el mismo aspecto: sus rizos bonitos, sus ojos de mirada expresiva y sus manos finas y gráciles.

¿Qué estaba haciendo allí en esa costa? Es verdad que Miguel había mencionado que tenía un amigo, pero ¿precisamente Cornelisz? ¿De dónde se conocían? ¿Y por qué estaba tan bien informado sobre los detalles del ataque de los berberiscos? A lo mejor se había equivocado y estaban huyendo de Mogador en vano... pero en cuanto recordó las palabras cargadas de odio de Haditha y su tono vengativo comprendió que Cornelisz no había exagerado.

Pero todo eso le resultaba casi incomprensible, a excepción de lo siguiente: el destino volvía a jugarle una mala pasada y una vez más ella y su *abu* emprendían la huida. ¿Por qué se veían obligados a escabullirse por las oscuras callejuelas como si fueran ladrones, manteniéndose vigilantes y temiendo cualquier ladrido delator de los perros? Resultaba muy indigno para una persona tan bondadosa como el *abu*. Si bien ni él ni ella tenían nada que reprocharse, ambos iban en esa diminuta barca temiendo por su vida.

¿Acaso nunca encontraría un lugar donde sentirse como en casa, donde vivir y trabajar en paz? Había dado por hecho que viviría para siempre en Mogador, donde se sentía protegida. Conocía todas sus callejuelas, casas y rincones, y sus habitantes le confiaban sus alegrías y preocupaciones. Y el *abu* también se sentía a gusto en la pequeña ciudad portuaria. Durante años, ambos se dedicaron a ayudar a los demás, habían aliviado sus dolencias y de vez en cuando salvado sus vidas. Pero entonces, cuando deberían haber podido contar con ellos, ¡ninguno los advirtió de los planes de los saadíes, del odio por los extranjeros y del ataque! ¿Por qué? ¿Se debería a que ambos vivían allí solos, sin familia y sin el apoyo de una tribu influyente? Entre los berberiscos, la familia desempeñaba un papel importante, confiaban ciegamente en la lealtad y el apoyo de sus parientes... Pero sea cual sea el motivo por el cual no los alertaron, algo era evidente: a los habitantes de Mogador ambos les resultaban

indiferentes. Era así de sencillo. Y de amargo.

Una única lágrima se deslizó bajo sus párpados cerrados a lo largo de su mejilla. Con gesto terco, Mirijam la restregó. No quería llorar. Tenía frío y las quemaduras aún le ardían y palpitaban, pero no mostraría debilidad alguna.

El barquero señaló al frente y Mirijam se dio cuenta de que habían circunnavegado las islas Púrpuras y abandonaban la zona protegida próxima a la costa; la marejada aumentó, porque más allá de las islas estaba el mar abierto.

La barca avanzaba a través de la noche sin luna agitada por las ráfagas de viento. Aunque apenas se veía algo, Cornelisz percibió el mar. Se aferró a la borda y procuró mantener el equilibrio; le resultaba incomprensible que los pescadores lograran orientarse en el mar en medio de la oscuridad. Ese trayecto nocturno era una locura. Claro que transportar al anciano a través de las montañas hubiera sido difícil, pero él prefería pisar rocas, piedras y arena. ¡Aborrecía el mar! Estaba seguro de que un día se apoderaría de él y lo devoraría, tal como siempre devoraba naves y seres humanos, como también había arrastrado a la *San Pietro*, a su padre y a todos los demás hasta el fondo. ¡No se dejaba dominar, ni siquiera en el lienzo del pintor, en todo caso no por él!

Impulsada por el viento, la punta de su *chêche* le azotó la cara. El golpe fugaz fue como una bofetada, pero lo hizo reaccionar. Se dijo que, a diferencia del desgraciado viaje de antaño, navegaban en una barca casi sin calado, así que las rocas sumergidas no representarían un peligro. Además, el barquero conocía esas aguas y ello suponía una ventaja considerable.

Cornelisz desprendió sus manos agarrotadas de la borda, se sentó junto a Mirijam en los maderos y le rodeó los hombros con el brazo. Notó que ella apoyaba la cabeza en su hombro y hundía los dedos en su capa. La atrajo hacia sí y después cerró los ojos.

El reencuentro con Mirijam lo había afectado de manera inesperadamente profunda. Cuando la contemplaba, de pronto se le aparecía el pasado y aún más: era como si de un modo extraño su vida anterior le diera alcance. La oficina con los pupitres de madera que casi desaparecían bajo los gruesos libros, las hojas de roble talladas y pulidas en la barandilla de la escalera de su hogar paterno, las calles y las callejuelas estrechas humedecidas por la bruma de su ciudad: las imágenes se arremolinaban ante su mirada, tan próximas que casi podía tocarlas. Al contemplar a esa joven mujer surgían de su recuerdo y le causaban un nudo en la garganta. ¡Y eso a pesar de que él había querido olvidarlo todo!

Cornelisz suspiró. Pese a su juventud, en aquel entonces Mirijam era su única amiga íntima. Lo había apoyado, lo había escuchado cuando hablaba de su sueño de convertirse en pintor y siempre le había sido leal. Ella lo había comprendido y

recordó la maravillosa sensación de saber que ella aprobaba sus aspiraciones de manera incondicional. Cuán extraño resultaba que ambos vivieran en la misma costa de una tierra extranjera a una distancia de solo dos días de viaje, pero sin saber nada el uno del otro. Según las palabras de Miguel, Mirijam había sufrido experiencias horribles, pero cuando el capitán la conoció hacía tiempo que ella vivía bajo la protección de ese anciano médico.

¿Antaño en Amberes no habían corrido rumores sobre un ataque de piratas al convoy en que iban Mirijam y su hermana? Ya no lo recordaba, habían pasado tantos años...

La tenue luz del farol que los hombres habían colgado al pie del mástil para orientarse en la cubierta atestada rozó a Mirijam. Aún parecía bastante aturdida.

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé... ¿Y tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó ella, y alzó la cabeza para mirarlo.

Él apenas vislumbró el contorno de su cara en medio de la oscuridad. Cornelisz consideró que el reencuentro podría haberla afectado aún más que a él. Después de todo, él había dispuesto de tiempo para acostumbrarse a la idea de encontrarla, mientras que para ella fue muy repentino.

—Durante nuestro último encuentro, Miguel me habló de su esposa Mirijam van de Meulen. ¡Te imaginarás mi sorpresa! En aquel entonces había recibido el encargo urgente de transportar un cargamento a Salé y me pidió que fuera a verte. Por desgracia, no pude acudir de inmediato y solo logré llegar hace un par de días —contestó.

Antes de que pudiera emprender viaje a Mogador, el jeque Amir había trasladado el campamento berberisco al sur. Allí, en el desierto, se reunieron varias tribus para negociar y celebraron una fiesta, una salvaje *fantasia* a la cual acudieron jinetes de camellos de todo el Sahara. Él había pintado varias escenas magníficas. No había podido renunciar a semejante oportunidad.

Es más, se justificó a sí mismo, no hubiese logrado llegar desde el sur hasta Mogador a solas, puesto que como extranjero y en tiempos de guerra estaba estrechamente vigilado por los *imazighen* y el viaje hubiera resultado muy difícil. Así que solo entonces había cabalgado hasta la costa junto con los guerreros. Pero al menos pudo advertir a Mirijam, aunque casi demasiado tarde, lo sabía, pero justo a tiempo. Eso tranquilizaba su conciencia.

—¿De dónde conoces a Miguel?

—De un viaje que ambos hicimos hace unos años. El viaje acabó muy mal, la nave se hundió, pero Miguel me salvó la vida y desde entonces estoy aquí.

—¿Has vuelto a Amberes alguna vez?

—No, jamás.

Cornelisz notó que Mirijam asentía con la cabeza. Había cambiado durante los años transcurridos, sobre todo se había vuelto mucho más seria y serena que antes. ¿Se habrían reconocido si ambos se hubiesen encontrado en algún lugar por casualidad?

Entonces pensó que en realidad la había olvidado por completo hasta aquel día en que Miguel le habló de ella. No obstante, a lo mejor podían recuperar su antigua amistad... Mirijam y su anciano padre adoptivo eran personas cultas de amplias miras. Y aunque la vida entre los hombres del jeque era interesante, también suponía un esfuerzo y a la larga resultaba demasiado marcial para su gusto.

Además, estaba harto de verse obligado a tener cuidado de no malquistarse con el *sîdi* Mokhbar, el respetado *marabout* de los saadíes, cuyo aborrecimiento e ira por todo lo extranjero también lo incluía a él, y no solo porque osaba realizar retratos de personas en contra del mandato de Alá. Si no fuera porque estaba bajo la protección del jeque, a saber si con el tiempo los otros guerreros no se hubieran vuelto en su contra. Pero dicha protección también podía desaparecer. El *marabout* y el jeque Amir mantenían una relación cortés y bastante difícil, caracterizada no por la amistad sino por la dependencia mutua. Mientras el *sîdi* Mokhbar recitaba el Corán y lanzaba soflamas contra los infieles y su perversión, el jeque aprovechaba el acalorado estado de ánimo de sus guerreros y su afán de entrar en acción para montar fulminantes ataques contra los ocupantes portugueses. A los guerreros les agradaba hablar de su glorioso pasado y su deslumbrante futuro, no conocían otros temas.

De repente hubo varios estallidos a lo lejos, en tierra, y después resonaron unos estruendos: la batalla de Mogador había empezado y todos los que estaban a bordo se quedaron estupefactos.

Mirijam se soltó del brazo de Cornelisz y se incorporó para ver mejor. Después se sentó junto a su viejo padre y le cogió la mano.

El barquero y sus hombres pronunciaron la primera sura del Corán con la mirada espantada dirigida a tierra, desde donde provenían los retumbos y de vez en cuando estallaban llamaradas. La vela se agitó y golpeó contra el mástil. Mientras los hombres rezaban, la barca sin timón cabeceaba en las olas. El rugido del oleaje rompiendo contra las numerosas rocas que bordeaban la costa se acercaba cada vez más.

Pero entonces el barquero puso abruptamente punto final al aturdimiento que se había extendido a bordo.

—¡Prestad atención a la vela! —rugió—. ¡Poned rumbo al sur y ocupaos de que avancemos un par de millas de una buena vez! ¡Vamos, vamos, *yallah*, con la ayuda de Alá! ¿O queréis que nos rompamos la crisma contra las rocas?

Durante la noche aumentaron el frío y la humedad y también surgió la niebla, pero al menos el mar estaba tranquilo. El capitán timoneaba y daba órdenes concisas. ¿Qué estaba ocurriendo en Mogador? ¿Qué suerte habrían corrido sus amigos y parientes? Se notaba que todos iban sumidos en sus pensamientos.

Mirijam aún no alcanzaba a comprender el nuevo cambio radical operado en su vida. Ya era la tercera vez que se veía obligada a abandonar su hogar... y precisamente entonces, cuando necesitaba uno para ella y su hijo. Se protegió el vientre con ambas manos.

—Al menos nos encontramos a salvo, hemos de estar agradecidos por ello —dijo el anciano en voz baja, como si le hubiese adivinado el pensamiento.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Has oído los cañonazos?

—Claro, y me causaron el mismo dolor que a ti, pero nosotros no somos palmeras, tenemos piernas en lugar de raíces, ¿comprendes? Dirigiremos la vista hacia delante; olvida los cañonazos, el viento ya se los ha llevado, y dame tu mano, hija.

Envuelto en mantas y con los ojos cerrados, el viejo médico yacía sobre los cojines y guardaba silencio, pero sus dedos no dejaban de acariciar la mano de Mirijam, proporcionándole calor y consuelo.

¿Mirar hacia delante? Sí, eso era característico de él, pensó Mirijam. Según lo que ella sabía acerca de su vida, él nunca había abandonado y siempre se le había ocurrido una solución, incluso en las situaciones más difíciles. En cierta ocasión ella misma lo experimentó, cuando huyeron de Tadakilt por culpa del pachá.

—¿Adónde iremos esta vez, *abu*? ¿Ya tienes un plan? —preguntó.

—Encontrarás un buen lugar, uno en el que puedas criar adecuadamente a tu hijo.

Mirijam quiso dar crédito a esas palabras.

—¿Quizás otra casa con un bonito patio interior y un jardín? Pronto madurarán las naranjas... —dijo con voz trémula y, al pensar en su pequeño jardín de Mogador, una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Con la ayuda de Alá. A mí también me hubiese gustado saborear una de tus naranjas, pero nunca se sabe cuándo haces algo por última vez —dijo el anciano—. Todos se percatan del principio, pero no del final —añadió, apretándole la mano—. Tú aún eres joven e inteligente, ya verás. Muy pronto reconocerás el camino que deseas recorrer y que te conducirá a un nuevo principio. Todo irá bien.

Las pantorrillas le ardían y en ese momento Mirijam sintió que no tenía fuerza ni valor suficiente para empezar de nuevo, al contrario, estaba profundamente agotada. Sin embargo, sabía que su anciano padre tenía razón: una vez que las aguas volvieran

a su cauce, crearía un nuevo hogar en alguna parte. Tal vez no en Mogador, a lo mejor en otro lugar de la costa o quizás en el interior, ya se vería. Y si a la larga resultaba imposible permanecer en la comarca dominada por esos guerreros del desierto, aún le quedaban las regiones del norte sometidas al sultán de Fes.

No solo habían logrado salvar una parte de sus cosas —entre ellas varios de los amados libros del *abu*—, sino que seguían poseyendo sus preparados. Además, disponían de la suficiente cantidad de oro y plata en sus arcones para poder fundar un nuevo hogar en alguna parte, para ello ni siquiera necesitaban el resto de su fortuna, que seguramente permanecería a buen recaudo con Aisha hasta que regresaran.

Pero para volver a empezar le resultaba imprescindible su pequeña familia, su *abu* y también Miguel, claro está. ¡Ojalá volviera de una vez! ¡Cuántas veces había lamentado haberlo impulsado a emprender ese viaje! Ojalá no regresara justo en esos días y se topara con los fanáticos berberiscos.

—¿Te preocupas por el capitán? Es innecesario —comentó el *hakim*—. Disfruta de excelentes contactos, así que es probable que esté mejor informado que nosotros sobre los acontecimientos.

—Tienes razón —asintió Mirijam, agradecida—. Además, posee la agilidad de un gato. Lo más sencillo sería que pudiéramos ir a Santa Cruz, a la casa de Miguel, pero precisamente eso resulta imposible. Es la sede principal de la administración portuguesa y es de suponer que allí estalle la lucha más intensa.

El *hakim* asintió y cerró los ojos.

Ella se aseguró de que no tuviera frío. ¿Acaso no afirmaban que el aire marítimo era sumamente curativo? Y si su *abu* era capaz de mirar hacia delante, pues entonces ella también podía hacerlo, no debía permitir que las circunstancias la desanimaran. ¿Es que ese día —además del miedo, la consternación y el dolor— no había experimentado algo maravilloso? En varias oportunidades, durante el transcurso de la noche dirigió la mirada a Cornelisz, y cada vez su corazón brincó de alegría.

Era más alto que antaño y más delgado, casi un poco flaco, pero de hombros anchos y manos bonitas. Ya le habían gustado en aquel entonces, aunque las recordaba más delicadas, auténticas manos de pintor. Siempre había sentido afecto por Cornelisz. «¿Y cómo no sentirlo si desde mi más tierna infancia lo consideré mi amigo de por vida?», pensó.

Y ese día, cuando repentinamente apareció ante ella, fue como si el tiempo se volviera hacia atrás. Desde luego, estaba muy emocionada.

Cuando despuntó el día, por fin se acercaron a la aldea de Cadidja. Estaba situada en lo alto de un acantilado y hacía rato que los habitantes se habían percatado de su llegada, así que ya había una multitud de hombres, mujeres y niños aguardándolos en la playa, que se encargaron de descargar la barca. Los hombres tenían un aspecto

audaz, rostros angulosos y nervudos debido a su dura tarea como pescadores, y las mujeres no llevaban velo.

Al tiempo que las mujeres de la aldea recibían a Cadidja con trinos de alegría y los hombres cargaban los arcones y bultos hasta la aldea, Mirijam tuvo que recurrir a sus últimas fuerzas para remontar el sendero, pasando por encima de piedras afiladas y abriéndose paso entre arbustos pinchudos. Una vez alcanzada la cima, dirigió la mirada hacia atrás y siguió la pequeña barca con la vista mientras abandonaba la protección de la pequeña ensenada. Alzó la mano para despedirse, pero el barquero y sus hombres no se percataron.

La aldea consistía en unas pocas casas y una diminuta mezquita construida de piedras y ladrillos de arcilla, protegida del viento tras unos cuantos árboles achaparrados y un muro. Había niños pastoreando cabras, una fuente, gallinas que correteaban y en alguna parte rebuznó un burro.

Con cuidado, tendieron al viejo *hakim* junto a unas tuyas inclinadas por el viento; mantenía los ojos cerrados y las profundas arrugas y sombras de su rostro atestiguaban el esfuerzo del viaje. ¿Dormía? ¿Había notado que volvían a estar en tierra firme? Mirijam se dejó caer junto al anciano; lo único que sentía era cansancio y dolor, impotencia y vacío. Dirigió la mirada a Cornelisz: anhelaba que volviera a abrazarla y consolarla.

Su presencia causó un gran alboroto entre los habitantes de la aldea, porque dadas las prisas no pudieron anunciar su llegada, pero Cadidja les explicó las circunstancias a todos.

Los portugueses no sentían interés por los pequeños asentamientos como esa aldea de pescadores. Los *aît-regrara*, un pueblo al que también pertenecía la familia de Cadidja, eran pobres pescadores que salían al mar para ganarse el sustento, elaboraban el aceite que consumían con los frutos de las arganias silvestres y criaban algunas cabras. Cornelisz y Cadidja, rodeados de los habitantes del pueblo, tuvieron que contestar a numerosas preguntas, y la gente no dejaba de lanzar miradas curiosas a Mirijam y su padre.

Cornelisz bromeó con los hombres, señaló allí y allá y poco después las mujeres recorrieron la aldea y acarrearón mantas, alfombras y toda clase de utensilios. Pusieron una vieja casa abandonada a su disposición; era pequeña y oscura, pero al menos tenían un techo y paredes sólidas que los protegerían del viento marino. Allí podían ocultarse durante unos días, aguardar el resultado de los enfrentamientos y descansar. ¿Y después?

Como si el *hakim* hubiese notado su angustia, abrió los ojos y tanteó en busca de su mano.

—¿Te encuentras bien, querido *abu*?

—Bastante bien —contestó en voz baja, y le lanzó una mirada escrutadora.

—Estoy un poco cansada, *abu* —dijo ella, respondiendo a su pregunta silenciosa y procurando hablar en tono confiado—, pero lo hemos logrado.

—Así es, y gracias a tu previsión. Ayer y durante la noche pasada tú y tu amigo del pasado habéis alcanzado grandes logros. Ahora has de expulsar los nubarrones que oscurecen tu frente —dijo, pero se quedó sin aliento y tardó unos momentos en recuperarlo—. Anoche —prosiguió, y era como si su mirada afectuosa la acariciara—, anoche algo tocó a su fin, algo hermoso que nos proporcionó alegría a ambos. — Hizo una pausa para respirar.

—No hables, *abu*, has de conservar tus fuerzas.

—Gozamos de una vida muy bella, ¿verdad?

—¡Desde luego! Lo pasamos bien juntos y eso no cambiará. ¿Aún recuerdas tus primeros experimentos con los moluscos? ¿Y el tiempo que llevó hasta que los hornos de calcinación empezaron a funcionar correctamente? Fue bonito y excitante, pero ahora debes descansar.

—¿Para qué? —dijo el *hakim* en tono impaciente—. Estoy muy orgulloso de todo lo que has logrado. Pero has de saber, querida hija, que tú sola no puedes hacer que todo cambie para mejor, no puedes dirigirlo todo, nadie puede. Hay que aprender a dejar que las cosas sigan su curso, y tú también has de hacerlo. El futuro está en las manos del Todopoderoso.

Mirijam sintió cierta irritación. ¿Acaso no era lo que siempre había hecho, dejar que las cosas siguieran su curso? ¿Es que alguna vez había hecho otra cosa?

Era verdad: por más que dirigiera la mirada hacia atrás, nunca había tomado una decisión importante libremente y por su cuenta. Siempre fueron las circunstancias las que decidieron por ella y guiaron sus pasos. ¡Dejar que las cosas siguieran su curso era algo que no necesitaba aprender, más bien al contrario! ¿Qué pasaría si por una vez actuaba según el dictado de su cabeza y su corazón? Pronto sería madre y entonces, ¿no debería tomar sus propias decisiones en bien de su hijo? ¿Y a qué se debía que justamente en ese momento el *abu* hablara de un futuro que residía en las manos del Todopoderoso?

Mirijam se apresuró a coger más mantas para envolver al viejo *hakim*. Parecía tiritar de frío y respiraba entrecortadamente; luego extrajo un saquito de hierbas curativas del botiquín.

El anciano sufría un nuevo ataque, jadeaba cada vez más y Mirijam lo incorporó en el lecho. ¡El pobre estaba terriblemente débil y de su pecho surgían sonidos espantosos! La noche pasada en el mar no le había hecho bien, al contrario. Mirijam lo sostuvo entre sus brazos hasta que la respiración del viejo se volvió más sosegada, después lo tendió en el lecho y le secó la frente. Profundas ojeras rodeaban sus ojos y la nariz afilada se destacaba en su rostro blanco como la cera.

—Descansa, pobre *abu*. Ahora mismo te prepararé un té —dijo, y le cogió la mano para tomarle el pulso sin que él lo notara, pero el médico la retiró.

—No lo hagas, mi vida casi ha llegado a su fin, y hace tiempo que ambos lo sabemos.

Mirijam tuvo que inclinarse sobre él para comprender lo que decía. El *sherif* había cerrado los ojos y susurró:

—Que Alá uniera nuestros destinos ha supuesto una gran bendición. A través de ti experimenté la profunda felicidad de ser padre y todos los días se lo agradezco al Todopoderoso. Tú le diste contenido a mi vida, un sentido nuevo y maravilloso, y la tuya pronto adquirirá un nuevo sentido. Sé que tu vida será afortunada y feliz, así que deshazte de tus temores y cobra confianza en ti misma. Eres valiente, inteligente y fuerte como ninguna otra y siempre intentas ayudar a los demás...

Entonces un nuevo acceso de tos lo agitó e impidió que pudiera seguir hablando.

Las lágrimas le anegaban el rostro cuando Mirijam lo agarró de los hombros y lo incorporó para ayudarlo a respirar, pero ella también estaba exhausta y apenas lograba mantenerse erguida.

De pronto Cornelisz apareció al otro lado del *abu* Alí. Él y Mirijam intercambiaron una mirada y Cornelisz se acercó al anciano, le rodeó los hombros con el brazo y lo sostuvo. Esa vez el acceso pasó de manera rápida y poco después el *hakim* volvía a recostarse en los cojines, su respiración ya no era agitada, incluso la palidez desapareció de su rostro y sus mejillas se sonrojaron. Mirijam temblaba y se apresuró a tenderle las hierbas a Cadidja para que esta preparara una infusión en el fogón de la choza.

—Mi joven amigo —musitó el anciano erudito en tono casi inaudible.

Cornelisz se inclinó sobre él.

—Mi joven amigo, antes de la partida dijisteis que me explicarías las acusaciones que el *marabout* saadí ha elevado contra mí.

—*Abu!* —exclamó Mirijam, y se volvió para clavar la mirada en el médico; este

no despegó la suya del rostro de Cornelisz. En vez de preocuparse por su salud, por los problemas de ella o por su angustiada situación, se interesaba por las opiniones de un santurrón desconocido... Sin embargo, Mirijam sabía que si pretendía alejar a Cornelisz el *abu* se excitaría y que eso le haría daño, porque lo que necesitaba era descansar y estar tranquilo. Y si para ello resultaba necesario satisfacer su curiosidad, pues que así fuera. Cornelisz le lanzó una mirada interrogativa mientras reflexionaba sobre lo que diría y solo habló cuando ella asintió con la cabeza.

—Lamento mucho tener que informaros de lo siguiente, *sherif*. Os disgustará, lo sé, y a mí tampoco me agrada. Resumiendo: *sîdi Mokhbar*, el *marabout*, ha decidido oficialmente que estudios como los vuestros (de mineralogía, alquimia, lenguas extranjeras y saberes foráneos en general, ¡incluso la astronomía!) no complacen a Dios. Que debéis de ser un *djinn* malvado, o quizás un demonio, afirmó. Yo mismo se lo oí decir en cierta ocasión, cuando escuché sus prédicas en secreto.

El anciano guardó silencio y mantuvo los ojos cerrados. ¿Lo estaría escuchando? Cornelisz aguardó un instante antes de proseguir.

—Por desgracia, las cosas se han vuelto todavía peores, porque los *saadíes*, enardecidos por las palabras del *marabout*, creen que a pesar de que os convertisteis a la fe de Mahoma y aceptasteis el islam, solo lo habéis utilizado para camuflaros. El *marabout* afirma que cada vez que os inclináis hacia La Meca insultáis al Profeta y a la palabra sagrada de Alá. Que ensuciáis el Corán en cuanto lo contempláis.

Con expresión inquieta, Mirijam observó el efecto de aquella grave acusación. El *sherif* se había convertido al islam y muchos consideraban que tales antiguos cristianos eran unos renegados, pero con respecto al *abu*, eso era una acusación inaudita. ¡Cuánta injusticia para un hombre que amaba el islam y vivía según sus enseñanzas por convicción!

Pero el rostro del anciano médico no expresaba enfado ni sorpresa. Nada. Tenía los ojos entornados y parecía dirigir la mirada hacia la lejanía. Su mano tanteó encima de la manta y Mirijam la cogió y la acarició para consolarlo. El *sherif* murmuró unas palabras y Mirijam se inclinó sobre él. Tal vez necesitaba algo...

—Que Alá sea contigo —fue lo único que comprendió.

Aquellas acusaciones eran pura ponzoña; era casi imposible defenderse de lo que alguien soltaba a causa del odio. Pero en cuanto el *abu* se recuperara se enfrentaría a ese predicador extranjero. Alí el-Mansour actuaría con inteligencia y sabiduría, como siempre, se defendería de esas infames acusaciones y pondría las cosas en su lugar.

Mientras tanto, Cornelisz siguió hablando con la cabeza gacha, decidido a no callarse nada, por más desagradable que fuera.

—Esas no son mis palabras, *sherif*. Además, el *marabout* os acusa de practicar la magia negra, de pactar con espíritus malignos y qué sé yo cuántas cosas más. En resumidas cuentas, que solo podéis haber alcanzado vuestras numerosas y exitosas

curaciones y también vuestra fortuna comercial, así como vuestra prosperidad, mediante la ayuda de poderes oscuros. Eso afirma el *marabout*. Dice que os rebeláis contra las fuerzas de la naturaleza y está convencido de que habéis pactado con el diablo y que vuestros éxitos lo demuestran de manera inequívoca.

Cornelisz le dirigió una mirada compasiva a Mirijam, cuyo rostro expresaba espanto. Ella sabía que la acusación de que alguien se había aliado con los poderes malignos caía en tierra fértil entre las gentes sencillas, siempre dispuestas a dar crédito a semejantes historias. Pero ¿cómo habrían de entender que un espíritu curioso e inquisitivo era capaz de ir hasta el fondo de un secreto y descifrar lo aparentemente inexplicable? Para un predicador astuto no resultaba difícil avivar los temores frente a los supuestos poderes malignos. ¿Acaso ese era el motivo por el cual los habitantes de Mogador no los habían advertido?

Pero el *hakim* parecía tomarse ese reproche con indiferencia y se reservó cualquier comentario.

—Sí —dijo Cornelisz—, de eso el *marabout* intenta persuadir a los guerreros. Y me pareció que daban crédito a sus palabras.

Entonces el silencio descendió sobre la pequeña choza. Sin moverse, el anciano erudito yacía entre las mantas y los cojines con la mirada perdida. El niño que llevaba en su seno se movió y Mirijam se protegió el vientre de modo instintivo. ¿Por qué el *abu* no replicaba nada? Porque debía elevar una protesta, ¿no?, nadie podía permanecer mudo ante semejantes acusaciones. Pero quizá ya reunía argumentos en contra que manifestaría en cuanto se encontrara mejor y cuando se presentara la oportunidad.

No obstante, su silencio le resultaba casi insoportable.

—¡Ese *sîdi* Mokhbar no es nadie, *abu*, que diga lo que quiera! —dijo en tono indignado—. Ahora lo más importante es que vuelvas a recuperar la salud. Entonces, cuando te encuentres mejor, ya le demostrarás lo que tú...

Mirijam se inclinó sobre su anciano padre: un hilillo de sangre le manchaba la comisura de la boca y ella se asustó. Cogió un paño para limpiarla.

Solo tardó un momento en comprender que el *abu* Alí había muerto.

—¡*Abu*, querido *abu*, di algo, te lo suplico!

Pero el rostro del anciano permaneció inmóvil, ni un parpadeo, ninguna señal de que había oído sus palabras. Solo las sombras bajo sus ojos se volvieron más oscuras. Hacía un instante le había hablado, se había interesado por las confidencias de Cornelisz... ¿y ahora estaba muerto? Ella no había notado nada, ¿cómo podía haber abandonado el cuerpo su alma? Mirijam apoyó la oreja contra su pecho, trató de encontrar el pulso en su cuello: nada.

—¡No me dejes sola!

Ese grito surgió de su pecho y los habitantes de la aldea pegaron un respingo. Mirijam lloraba y sollozaba, acariciaba la cara y las manos de su *abu*, pero él ya no estaba allí. Se arrodilló a su lado entre lamentaciones. Una y otra vez acarició su atuendo, las mantas y los cojines, y le cogió las manos mientras las lágrimas bañaban su rostro.

Solo cuando Cadidja, acompañada por las mujeres de la aldea, acudió para ayudarla a ponerse de pie y conducirla hasta su lecho, cuando resonaron los cánticos fúnebres y el imán apareció portando la blanca mortaja, solo entonces se rindió. Mientras los aldeanos se ocupaban del cadáver, lo lavaban, lo envolvían en paños blancos y por fin lo sacaban de la choza para tenderlo en su tumba, ella se acurrucó en su lecho bajo la manta y se encogió como una niña pequeña.

Cornelisz se arrodilló a su lado y le acarició los hombros, pero Mirijam le apartó la mano.

—¡Tú tienes la culpa, tú y tus rumores absurdos e increíbles! ¿Por qué tuviste que contárselos? ¡Sabías que estaba muy enfermo! —exclamó entre sollozos. Y se cubrió la cabeza con la manta, satisfecha de haber encontrado a un culpable.

Lo último que su *abu* había oído en este mundo eran las palabras de un tonto lleno de odio... ¡Una espantosa ofensa para ese hombre bondadoso e inteligente! Si hubiese impedido que Cornelisz repitiera las odiosas calumnias de ese predicador, a lo mejor su *abu* aún seguiría vivo. Pero al mismo tiempo, como sanadora, sabía que su enfermedad ya había avanzado mucho incluso antes de la huida nocturna. Era de suponer que también en Mogador —a pesar de los cuidados y la tranquilidad— no hubiera tardado en cerrar los ojos para siempre. Pero al menos allí no se hubiese visto obligado a escuchar todas esas mentiras malignas...

Debilitada y atenazada por el dolor, durante los días siguientes se entregó a los cuidados de Cadidja. Esta la protegía de las miradas curiosas de los lugareños, le llevaba agua y té, le lavaba la cara y las manos, le cepillaba el cabello y murmuraba

palabras de consuelo. Vigilaba la puerta y no dejaba pasar a nadie.

Pero el tercer día Cornelisz ya no aceptó su rechazo.

—¿Mirijam? —dijo, atisbando en medio de la penumbra de la choza. Fuera lucía el sol y sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la oscuridad. Por fin descubrió a la joven: estaba sentada en el lecho con las manos agarrotadas en el regazo; al oír su voz, alzó la cabeza con gesto cansino. Cornelisz se asustó.

Mirijam parecía una anciana pálida y demacrada, como si ya no poseyera voluntad, valor ni fuerza, una imagen de la desesperanza.

«Así, en esa postura y con esos colores habría que retratar la desesperación», pensó repentinamente. Esa nuca inclinada, esos hombros colgando y la lobreguez del entorno: un modelo perfecto.

Entonces se reprendió a sí mismo enérgicamente. Eso no era una alegoría del dolor y la pena, sino Mirijam, una persona de carne y hueso que sufría. En realidad no la conocía muy bien tras los largos años de separación, pero últimamente había comprobado que tenía fuerza de voluntad. Verla tan afligida le resultaba casi incómodo. Pero se tranquilizó diciéndose que pronto se recuperaría, solo era cuestión de tener un poco de paciencia. Aunque sus acusaciones junto al lecho de muerte del *hakim* lo habían consternado, no las había tomado en serio. Era de suponer que Mirijam ya se había arrepentido de sus palabras. Ahora se trataba de inducirla a salir de esa cueva oscura; además, se aburría a solas, esa aldea miserable le procuraba aún menos diversión que el campamento de los berberiscos.

—Sal fuera conmigo —rogó—. Hemos de disfrutar del viento y el sol. Además, en la aldea hay unas cabritas encantadoras que te gustará ver. Dame la mano, yo te conduciré, solo unos pasos, por amor a mí.

Y en efecto, Mirijam dejó que la ayudara a ponerse en pie. Temblando de debilidad, se aferró a él y apoyó la cabeza en su pecho.

Cornelisz la estrechó entre sus brazos y depositó un beso en su cabello. ¡Cuán atractiva de repente le resultaba su debilidad! Al bajar la vista y ver su piel inmaculada, sus cejas delicadas y la sombra de sus pestañas en las mejillas se quedó sin aliento y soltó un leve quejido.

Mirijam alzó la cabeza y lo miró a los ojos, un tanto sorprendida. Él se inclinó, dispuesto a besarla en la boca, pero ella se soltó de sus brazos e, insegura, lo miró.

Abochornado, Cornelisz dio un paso atrás y se agachó para recoger el velo de ella. ¿Qué locura lo había asaltado? ¿Acaso ella se había dado cuenta de su intención? Cornelisz carraspeó.

—¿Vamos? —preguntó por fin, y le alcanzó la capa y el velo; luego la acompañó fuera, a la luz.

Tras dar unos pasos, ella preguntó:

—¿Dónde está?

—¿La tumba?

Mirijam asintió en silencio.

Cornelisz la condujo fuera de la aldea. Mirijam tropezaba a su lado como una ciega, como si no viera las piedras ni los surcos del sendero. Tuvo que sostenerla hasta que llegaron al pedregoso cementerio donde los muertos eran sepultados en la tierra. El viento agitaba los ásperos arbustos que allí crecían; solo unas grandes piedras marcaban las sencillas sepulturas. Cornelisz se detuvo junto a un montón de tierra fresca. Mirijam cayó de rodillas, apoyó las manos en la tierra agrietada y la acarició, balanceándose adelante y atrás y llorando casi en silencio.

Cuán delicada parecía, cuán desamparada y perdida... De pronto Cornelisz se sintió invadido por una desacostumbrada sensación de fortaleza que lo confundió, y no supo si le resultaba placentera. En los demás, lo que lo impresionaba eran el control y la claridad de ideas, pero ¿en su propio caso? Hacía tiempo que se consideraba una persona insegura, desorientada...

—Bien, basta por hoy —dijo tras unos momentos, y volvió a ayudar a Mirijam a incorporarse.

Ella se secó las lágrimas con la punta del velo.

—Casi como antaño —dijo él, sonriendo—. ¿Sabes cuántas veces te he ayudado a ponerte en pie? Siempre, en especial cuando salíamos a cabalgar y tu poni volvía a derribarte.

Como si durante el paseo hasta la tumba se hubiese desprendido de un hechizo, en los días siguientes Mirijam poco a poco empezó a dejar de llorar la muerte de su *abu*. Por primera vez desde la huida de Mogador —¿cuánto tiempo había transcurrido desde entonces?— se dirigió al pequeño *hamam*. Después comió un puñado de dátiles y bebió un té con especias antes de acostarse y dormir sin soñar, velada por Cadidja y también por Cornelisz, que se había preparado un lecho en un cobertizo aledaño.

Todos los días emprendía un paseo con él. En general, él elegía el tema de conversación durante esas pequeñas excursiones y eso le resultaba muy agradable a Mirijam. Se entregó a la lengua y las palabras familiares de su infancia y se sentía consolada por la voz de Cornelisz.

No obstante, por la noche acudían las sombras, los pensamientos inquietantes, absurdos y atemorizadores, pero ninguna reflexión y aún menos alguna clase de plan, sino más bien fragmentos confusos e ideas pesadillescas. Pensaba que sus únicos seres queridos la habían abandonado, tanto su *abu* como Miguel... Y a pesar de que le parecía inimaginable, el mundo seguía existiendo. ¿Cómo era posible, cómo podía seguir viviendo como si nada hubiera pasado?

Cornelisz le habló del naufragio ocurrido hacía años. Algo así podía ocurrir en cualquier momento, incluso un capitán avezado como Miguel no estaba a salvo de

algo así... Y ya había pasado más de medio año desde su partida, ¿no era demasiado tiempo? ¿Regresaría algún día? ¿Qué haría sin él, adónde podría dirigirse? Por suerte, Cornelisz estaba a su lado, la apoyaba, la consolaba... Era una luz clara en una época oscura.

De vez en cuando él hablaba del pasado, de Amberes, de su padre Andrees y de su hermana Lucia. Entonces, cuando aparecían las lágrimas —y siempre lo hacían—, Mirijam tenía la sensación de que solo en ese momento, tras muchos años, empezaba a llorar la muerte de esos dos seres queridos.

Cornelisz intentó hacerle preguntas acerca de sus vivencias solo una vez.

—¿Qué pasó con Lucia? ¿Y es verdad lo que en aquel entonces se rumoreaba en Amberes? ¿Que el pirata Jeireddín atacó vuestros barcos y vendió a toda la tripulación como esclavos?

Pero ella no podía pensar en eso sin sentir el mismo horror de antaño. Cornelisz se apresuró a rodearle los hombros y no siguió preguntando.

Lo hacía con frecuencia cuando nadie los observaba: la rodeaba con el brazo y la estrechaba. Entonces ella disfrutaba de su calidez, se acurrucaba contra su pecho y escuchaba los latidos de su corazón. Pero de vez en cuando también notaba su temblor y percibía un impulso dulce y prohibido que trataba de arrastrarla. ¿Estaría relacionado con el resplandor de la mirada de Cornelisz, o con el arrebatado causado por su sonrisa, su voz suave o sus manos que la sostenían afectuosamente, la apoyaban y le apartaban los rizos de la frente? Porque ella solo buscaba cobijo entre sus brazos, la protección de un buen amigo, ¿verdad? Y los sentimientos que ella despertaba en él solo eran fraternales, ¿no? Pero reflexionar en profundidad sobre dichas sensaciones o incluso pensar en Miguel le resultaba doloroso, así que procuraba evitarlo.

Igual que en el pasado, a Cornelisz le gustaba hablar de sus pinturas. Lo que más le importaba eran las técnicas pictóricas, la preparación de los colores y sus logros como pintor. Mirijam descubrió que cada matiz de un color era utilizado debido a su efecto especial, algo muy importante cuando se trataba de representar la piel humana. También le hablaba de la dificultad que suponía recrear el mar en toda su variedad... Hablara del tema que hablase, a Mirijam le agradaba. Cuando estaba con él no se sentía sola, y eso era importante. Si fuese por ella, todo podría haber seguido tal cual.

Solo a veces, cuando visitaba la tumba de su *abu* al atardecer —algo que disgustaba a los habitantes de la aldea porque tales demostraciones de pena ponían en duda la voluntad de Alá, ya que Él determinaba el destino de todos los seres humanos —, pensaba en emprender la partida o en empezar de nuevo, como había dicho el *abu*. ¡Cuánto lo echaba de menos en esos momentos! Se quedaba sentada largo tiempo junto al montón de tierra aplanada, con una mano apoyada en su vientre cada vez más abultado para percibir los movimientos de su hijo al tiempo que mantenía un

diálogo espiritual con su *abu*.

De vez en cuando sentía algo parecido a una invitación a volverse hacia el futuro. Sabía que llegaría el día, pero de momento no se sentía capaz de tomar decisiones. No podía volver a Mogador, no quería relacionarse con traidores, eso lo tenía muy claro. Y Santa Cruz también estaba cerrada para ella... ¡Lo mejor sería quedarse allí, en ese nido acogedor al borde del acantilado!

El tiempo se volvió tormentoso y más frío, y, como solía suceder en primavera, una lluvia gélida azotaba la pequeña casita. Hasta entonces, Mirijam no había tenido fuerzas para participar en la vida de la aldea: o estaba con Cornelisz o se quedaba sola, aun cuando ello disgustaba a Cadidja. La madre de Cadidja le proporcionaba lo más necesario y los lugareños la trataban respetuosamente, aunque se mostraban reservados, e incluso los niños no se le acercaban. Hablaban del tiempo y la pesca, pero no de temas importantes, en todo caso no en su presencia. Pero sobre todo nadie hablaba de las operaciones militares de los portugueses. ¿Acaso la lucha proseguía? ¿O es que hacía tiempo que los berberiscos se habían adueñado de la región y la vida había cambiado radicalmente? ¿Y si en cambio los portugueses habían salido victoriosos y todo volvía a ser igual que antes? Aunque era de suponer que los pescadores estaban bien informados, ni siquiera Cornelisz logró averiguar algo.

—Al parecer, estos pescadores no saben nada sobre la rebelión ni sobre las batallas —soltó una noche.

Mirijam estaba sentada en la cama tomando una sopa de leche y huevo mientras Cornelisz, apoyado contra el marco de la puerta, tamborileaba la madera con dedos inquietos.

—Me pregunto si debería ir a Santa Cruz. Hace tiempo que debiera haberlo hecho, ¿no crees? Después de todo, no podemos quedarnos aquí eternamente. Sí, eso es lo que haré. ¿Puedes darme dinero? Por desgracia no dispongo de él y, como sabes, ciertas informaciones cuestan monedas.

Mirijam alzó la cabeza. ¿Acaso Cornelisz realmente había dicho «no podemos»? Tanteó la tira de cuero bajo su vestido, del que colgaba el anillo del rubí. De momento solo lo llevaba en la mano de vez en cuando. Aunque la piedra roja ya no la atemorizaba como antes, sus dedos se habían vuelto bastante más delgados. A excepción de su vientre, que aumentaba de tamaño todos los días, había adelgazado mucho. Se dijo que se debía a la pena y la preocupación por el futuro. Y ahora Cornelisz también quería marcharse.

—Claro, hazlo, a lo mejor puedes llevarte tus pinturas y pinceles.

Él había dicho «no podemos». ¿Qué significaba eso? ¿Y por qué ella ya no echaba tanto de menos a Miguel, sus brazos y su fuerza? ¿Porque hacía demasiado tiempo que estaba ausente? ¿Y si hubiera sufrido un accidente? ¿Y si el abogado le

había hecho daño? Dejarla tanto tiempo sin noticias no era propio de Miguel. Pero, por otra parte, debía tener presente la distancia entre Amberes y la costa africana y también las circunstancias de allí; además, nadie sabía dónde se había refugiado... Tal vez sería mejor que se preparara para el próximo golpe del destino...

Verse obligada a dejar partir también a Cornelisz le dolía, así que Mirijam prefirió encerrarse en su choza en vez de seguirlo con la mirada. Él abandonó la aldea de madrugada, en dirección a Santa Cruz; si todo salía bien, pensaba regresar dentro de cuatro días a más tardar.

Mirijam sopló para enfriar el té; notaba que había llegado el momento de tomar una decisión. Independientemente de las noticias que Cornelisz pudiera traer, quería tener claro lo básico antes de su regreso. Le dio unas monedas a Cadidja para comprar comida y leña; las intenciones de Cadidja eran buenas, pero de vez en cuando su afecto y sus cuidados la agobiaban: necesitaba tranquilidad y soledad para poder pensar.

Pero la joven no tardó en regresar y solo traía dos huevos pequeños.

—¿Por qué no has traído leña? Hoy hace frío.

—No conseguí leña —dijo Cadidja, contrita—. Dicen que no tienen leña suficiente para ellos mismos.

—¿Y tampoco comida? ¡No pretendemos que nos la regalen!

Hasta ese momento la comida y el abastecimiento no suponían un problema, había dinero de sobra en los arcones.

—No se trata de eso, *lâlla*. Seguro que mi madre nos seguirá ayudando, incluso si no le pagáis. Pero debido al mal tiempo los pescadores no pueden salir a pescar, las gallinas ponen pocos huevos, la última cosecha de cereales fue escasa y el más anciano del pueblo dice que vuestro dinero no lo sacia, ¡que no puede comerlo!

—¿Y los demás opinan lo mismo?

Cadidja asintió, a punto de echarse a llorar.

—Lo pasan mal en invierno —dijo, y se acurrucó a los pies de Mirijam para escrutar el rostro de su joven ama. ¿Es que la mirada de su *lâlla* se había vuelto más vivaz? Durante las últimas semanas más bien parecía una sonámbula, pero su aspecto actual la animó—. Sí, es verdad —prosiguió—, todo escasea. Mi aldea es pobre y, sin embargo, mi gente no os rechazó cuando necesitasteis ayuda, incluso dieron sepultura al *hakim*. Pero ahora que casi han pasado cinco semanas desde que vivimos aquí, temen que queráis quedaros aquí y tal vez también dar a luz a vuestro hijo. Y mi madre dice que sus provisiones no son suficientes para alimentarnos a todos. Además, dijo que vuestro estilo de vida... —Cadidja se ruborizó.

—¿Mi estilo de vida? ¿A qué te refieres?

—Vuestro acompañante, *lâlla*, ¿es que no lo comprendéis? *Sîdi* Cornelisz no es vuestro hermano ni vuestro padre, no es vuestro tío o primo y tampoco vuestro

esposo.

Mirijam se sonrojó. ¿Así que en la aldea hablaban de ella y criticaban su estilo de vida? Igual que durante las pasadas semanas cuando todo la superaba, se tendió en la cama y se cubrió con la manta.

«Hace cinco semanas —pensó antes de dormirse—, hace cinco semanas que murió el *abu*». Pero también hacía cinco semanas que Cornelisz se había reunido con ella...

«¡Deshazte de tu temor y confía en ti! Eres valiente, inteligente y fuerte como casi ninguna otra...».

Mirijam se incorporó bruscamente y atisbó en la penumbra de la choza. Pero a excepción de Cadidja, que como siempre dormía tendida en su esterilla, no había nadie. Así que, ¿quién le hablaba? ¿Quién acababa de decir que era valiente, inteligente y fuerte? ¡No era valiente, por no hablar de inteligente, era todo lo contrario!

De repente se dio cuenta: esas palabras fueron las últimas pronunciadas por su *abu* antes de morir. El corazón le dio un vuelco. Esas palabras, esa voz: ¿suponían una advertencia desde el otro mundo?

—Ay, *abu*, querido *abu*, ¿qué he de hacer? —susurró en medio de la oscuridad. Pero no obtuvo respuesta.

El *abu* la había abandonado, Miguel estaba lejos y también Cornelisz se había marchado. Solo podía contar consigo misma y, como si dichos abandonos le hubiesen quitado una venda de los ojos, de pronto se dio cuenta de que nada se arreglaría por sí solo, que ella tenía que hacerse cargo de su vida.

Se arrebujó en la manta con la vista clavada en la oscuridad.

El niño que llevaba en su seno se movió y, aunque en las semanas pasadas lo hacía con regularidad, era la primera vez que Mirijam registraba los movimientos de manera clara y consciente. ¡Cómo pataleaba! Como si quisiera obligarla a recordar su presencia...

Sin hacer ruido para no despertar a Cadidja, Mirijam se levantó, se envolvió en un túnica y salió fuera. El viento había amainado y el alba ya se anunciaba, pero en la aldea no se movía nada. Se apresuró a enfilar el camino que recorría la parte superior del acantilado; rodeaba la aldea y era un poco peligroso en los bordes: un paso en falso y se precipitaría al vacío, pero ¿qué había dicho la voz? «¡Deshazte de tu temor y confía en ti!».

Mirijam tropezó con una piedra oculta entre la hierba, mas logró recuperar el equilibrio. Hasta ese momento había reprimido cualquier idea acerca de lo que podría haberle ocurrido a Miguel y cómo sería la vida sin él. Hacía mucho tiempo que debería haber regresado...

Aunque ello le oprimía el pecho, se hizo las preguntas básicas y se obligó a

reflexionar: ¿dónde viviría y cómo? ¿Podía y quería esperar a Miguel? En numerosas ocasiones había sentido una extraña reserva que le impedía cavilar a fondo sobre la ausencia de Miguel, pero ahora resultaba necesario. A fuer de ser sincera, la aparición de Cornelisz lo había cambiado todo. Notó que su corazón se volvía hacia él, pero también se preguntó si se debía al afecto de antaño o si se trataba de algo nuevo.

Por fin el asunto salía a la luz y ella podía encarar el problema. ¡Casi suponía una liberación! ¿Qué había dicho su *abu*? «Eres valiente, inteligente y fuerte...». Aun cuando no se trataba de eso, ella debía encontrar un camino.

Era innegable que entre ella y Cornelisz existía una gran confianza y atracción, pero ¿de verdad quería que su sueño infantil se convirtiera en realidad y vivir juntos? ¿Era eso lo que anhelaba?

Mirijam se obligó a contestar: «Sí, estar junto a él me gusta... Oh, claro que sí». Contemplantarlo y poder hablar con él era placentero, pero solo eso; cuando estaba a su lado su pulso no se aceleraba, así que, ¿lo que tanto apreciaba y estimaba quizá no era el hombre sino más bien el recuerdo? No obstante, se había dejado seducir un poco por la vitalidad irradiada por Cornelisz. ¿Acaso él la amaba?

Se sentó en una roca, se arrebujó en la túnica y dirigió la mirada al mar a sus pies. La espuma blanca borboteaba por encima de las piedras que cubrían la playa, se retiraba y regresaba en nuevas oleadas.

Cuanto más reflexionaba al respecto, tanto más segura estaba de que Cornelisz la amaba de la misma manera que ella lo amaba a él: como una parte de su infancia. Porque quizá lo único que él podía amar era su pintura. Su corazón le pertenecía a su arte pictórico, todo lo demás estaba subordinado a eso... ¿Era un egoísta?

No, constató Mirijam, sorprendida, y entonces lo comprendió con absoluta nitidez: su pintura era tan importante para él que no dejaba espacio para otras ideas o sentimientos, y entregarse a él por completo sería un error. Alguien como Cornelisz siempre actuaría de manera egoísta y desconsiderada, porque siempre le resultaría difícil desarrollar un sentimiento de responsabilidad por otra cosa que no fuera su pintura. Iría en contra de su carácter.

Pero Miguel la amaba como un hombre, lo sabía con toda seguridad. Era generoso de corazón y hacía todo para protegerla. La amaba sin restricciones ni reservas, y si algún día regresaba, con el tiempo también aprendería a respetar sus particularidades. En todo caso, antes de que partiera, ella ya había notado su voluntad de comprenderla. Ojalá volviera sano y salvo...

Y a ella le pasaba lo mismo. ¡Cuando pensaba en Miguel su pulso se aceleraba! Lo amaba y lo deseaba, y hacía tiempo que lo sabía. Solo lo había olvidado últimamente, porque habían ocurrido muchas cosas decisivas...

Aún ignoraba qué pasaría con su vida en el futuro, pero había comprendido algo

importante. Regresó a la choza muerta de frío, justo cuando un pálido sol invernal aparecía en el horizonte. Todavía quedaba un sorbo de té frío y, sedienta, vació la taza. El sabor del té era amargo porque no había miel para endulzarlo. Sabía igual que su vida: terroso, un poco amargo y fuerte.

Cornelisz regresó a la noche siguiente. La saludó con la mano desde lejos y cuando se acercó, dijo:

—Hace días que todo está tranquilo, todo ha pasado y las cosas vuelven a ser como antes. Los saadíes se han retirado. Lo siento por ellos, pero gracias a Dios por fin podemos volver.

—Me alegro de que hayas regresado a casa —dijo Mirijam, sonriendo.

—¿A casa? Oh, no —exclamó Cornelisz, y la abrazó—. Oh no, ¿es que no me has oído? ¡Todo vuelve a ser como antes, el horror ha pasado, podemos regresar!

¡Cuánto alivio expresaban las palabras de su amigo! Ya se lo había imaginado, pero sin embargo preguntó:

—¿Piensas regresar? ¿No tienes reparos tras haber pasado tanto tiempo junto a los saadíes?

—Claro que quiero volver. ¿Acaso tú no? Diré que me tomaron prisionero, me creerán.

—¡Pero no sería verdad!

—No, no lo sería. Pero resulta que yo no soy un hombre del desierto y jamás lo seré, así que regresaré junto a las personas de ideas europeas. Entre ellos me siento como en casa, entre ellos soy alguien respetado, o mejor dicho, me respetan por mi trabajo. Intentaré retomar mi trabajo allí donde me obligaron a dejarlo: con el retrato del gobernador. ¿Y tú? ¿Quieres venir conmigo? —dijo, y un brillo entusiasta asomó a su mirada.

Mirijam contempló al apuesto joven como si lo viera por primera vez.

OCTAVA PARTE

LA VENGANZA DE MIGUEL, 1527-1528

Una sonrisa iluminaba el rostro del capitán mientras deslizaba la mirada por la cubierta y las velas, las olas y el horizonte, y comprobaba el rumbo, al tiempo que se llenaba los pulmones del aire salado del mar. ¡Cuán armónicos eran los movimientos de su navío y con cuánta delicadeza se deslizaba entre las olas! Todo funcionaba a la perfección y, satisfecho, se restregó las manos y dirigió la vista a la costa portuguesa: pequeñas casas de techos rojos, un par de llamativos y lujosos edificios y una nueva catedral elevándose al cielo se pegaban contra las polvorientas laderas parduscas. Desde allí, las alturas peladas que rodeaban la ciudad pesquera parecían tan poco acogedoras y desiertas como las de la costa marroquí.

Era la primera vez en muchos años, desde que se hiciera a la mar —un joven y aventurero tarugo—, que volvía a atracar en un puerto portugués. En aquel entonces solo podía hacer gala de su entusiasmo y sus ganas de descubrir tierras nuevas; en cambio, ahora regresaba a la patria como un hombre de provecho, dueño de su propia nave. Le hubiese gustado entrar en el puerto al son de las fanfarrias y a toda vela, ¡para que todos vieran que lo había logrado!

En cambio, se atuvo al procedimiento, mandó izar los acostumbrados banderines de señales y recoger las velas. Luego rodeó el malecón hasta encontrarse frente al puerto y buscó un lugar para anclar.

Con gran sorpresa, no le costó mucho encontrarlo. A excepción de un par de viejas barcas de pescadores, el puerto estaba desierto, no había barcos mercantes ni cargueros. Cuando se aproximó, observó que incluso los almacenes tenían las puertas abiertas de par en par y que el viento barría el interior vacío. Solo al oeste, desde donde resonaban golpes de martillo en un astillero, reinaba el ajetreo.

Miguel montó en un bote y se hizo trasladar a tierra para hablar con el capitán del puerto, pero tras dar un par de pasos se detuvo. En todos los rincones merodeaban mendigos, en las estrechas callejuelas se amontonaba la basura hedionda y en la parte posterior de una taberna niños hambrientos se disputaban con perros callejeros unos restos de comida.

Miguel rodeó los montículos de mugre. ¡Cuánta suciedad! Por suerte una brisa arrastraba el pestazo. Alcanzó la plaza delante de una catedral blanca como la nieve y miró en derredor. Tras toda esa miseria, las nuevas moradas de los patricios de fachadas ornamentadas, y sobre todo la inmensa catedral, parecían una exageración, prácticamente una jactancia. ¿Qué diablos ocurría en esa ciudad? El contraste entre una riqueza esplendorosa y una enorme penuria era evidente.

Filipe Rouxinol, el capitán del puerto, que al principio reaccionó con gran alegría ante la llegada de la nave desde la costa africana, se limitó a asentir con aire resignado cuando se enteró de que la *Santa Ana* no llevaba ningún cargamento de

cereales.

—¡Siempre la misma historia! Tenemos oro y plata de sobra —gimió—. ¡Pero lo que necesitamos con urgencia es algo para hincarle el diente! Cereales para hornear pan, ¿comprendéis?

Parecía un hombre sensato, el más indicado para responder a las preguntas de Miguel, pero de momento ambos permanecieron en silencio con la vista clavada en la casi desierta zona portuaria. El puerto antaño ajetreado ofrecía un aspecto desolador.

—¿Es que en Sicilia no hay más cereales? —dijo Miguel por fin—. Antes siempre provenían de allí o de Normandía. ¿Y qué pasa con las antiguas relaciones comerciales con el Levante o con las ligas hanseáticas del norte?

—Por lo visto hace tiempo que no pasáis por aquí, *capitão* —bufó el otro, alzó las manos y enumeró cada punto con los dedos—. ¿No habéis oído hablar de las malas cosechas? ¿De plagas de ratas y ratones, de lluvias heladas que duran semanas y acaban con toda la cosecha? A los escasos ingresos se suman horrendas enfermedades en el norte, *senhor*, a saber la peste negra que abre una brecha de devastación a través de la comarca. Y tercero —prosiguió, sacando el dedo medio—, por doquier hay revueltas de campesinos hambrientos y de otra gentuza que impiden el comercio con los cereales necesarios para sobrevivir. Además, y supongo que al menos de eso habéis oído hablar —añadió, agitando el dedo índice—, además la situación insegura de las costas berberiscas influye mucho. El comercio con esa zona ha desaparecido.

El capitán no aguardó la reacción de Miguel y alzó el pulgar.

—Pero incluso todos esos motivos no bastan para describir nuestro problema principal. ¿Damos un paseo?

Ambos recorrieron lentamente el muro del puerto.

—¡Nuestro rey se ha convertido en un auténtico mercachifle! —soltó el hombre de repente—. Solo hay dos cosas que le interesan: ¡comerciar con pimienta y especias de Calcuta en la India, y acumular el oro del Nuevo Mundo! —El capitán se quitó la gorra de la cabeza y se golpeó los muslos.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó Miguel.

—¡Ja! —gruñó Rouxinol—. ¡Todo! ¿Y si ningún otro barco trae cereales de Alejandría o Siracusa? ¿Si todo lo que flota se limita a transportar pimienta, canela, nuez moscada, oro y otros metales nobles? —añadió, señalando los almacenes vacíos—. ¿O quizá sois capaz de ver al menos un único grano de cereal para hornear pan?

Así que por eso las puertas de los almacenes estaban abiertas de par en par.

El capitán del puerto procuró tranquilizarse.

—Os lo explicaré, *capitão*. Lo que pasa es lo siguiente: mediante la ayuda de agencias y empresas extranjeras, el rey Manuel ha creado una gran red comercial, y no gracias a amplios privilegios, como por ejemplo la exención arancelaria para el comercio de especias —dijo Rouxinol, y se aseguró de que Miguel lo escuchaba con

atención—. Todos nuestros barcos, *capitão* Alvaréz, todos sin excepción, ahora solo navegan en dos direcciones: en torno a África hasta la costa de la India o a través del gran océano hasta las nuevas colonias. ¡Es como una fiebre diabólica, una atracción ejercida por los ducados y el oro! Os digo que para la tierra supone una maldición... Nuestros navegantes y cartógrafos más capaces, una flota de nuestros navíos más grandes y mejores, y nuestros capitanes más expertos, navegan al extranjero para el rey y sus acaudalados amigos. Y todos solo se dirigen a esos destinos. ¡Obvio, porque todos quieren acumular muchas riquezas lo antes posible!

Miguel empezó a comprender.

—Es verdad, a mí también me dijeron que en el Nuevo Mundo las calles están empedradas de oro.

Incluso él sintió ganas de atravesar el gran océano y participar en la conquista. O seguir la huella de Vasco da Gama, circunnavegar África y dirigirse a la India para intervenir en el comercio de especias. Pero ambas cosas solo habrían sido posibles incorporando la *Santa Ana* a un convoy de una flota grande, y eso hubiese supuesto renunciar a su independencia, cosa a la que él no estaba dispuesto. Y, además, estaba esa peligrosa ruta en torno al cabo de Buena Esperanza, situado en el extremo sur de África. ¿Quién podía calcular el riesgo que suponía debido a las peligrosas corrientes y vientos? En todo caso, él amaba demasiado la vida como para arriesgarla temerariamente. No: un viaje semejante implicaba demasiadas incógnitas, así que prefería seguir navegando por el viejo Mediterráneo y a lo largo de la costa africana, porque además ahora tenía una familia.

Rouxinol volvió a quitarse el gorro adornado de plumas: parecía absolutamente furibundo.

—Nuestros navíos traen tesoros inimaginables del Nuevo Mundo. Joyas, pesadas cadenas de oro puro, imágenes de ídolos paganos de los salvajes y otros objetos preciosos. Acarrear todo eso para honrar a Dios, sus santos y la Iglesia, y también para la caja de caudales del rey, desde luego. ¡Bah! ¿Alguna vez habéis oído hablar de alguien que siembre oro y plata, lo coseche y lo convierta en harina para el pan?

Ya hacía años que los informes acerca de las inagotables minas de plata y oro, la riqueza cada vez mayor de los nobles portugueses y de la Corona circulaban por todos los puertos del Mediterráneo, pero Miguel nunca había oído una palabra sobre las catastróficas consecuencias para la alimentación de la población.

Hacía mucho tiempo que en su antigua patria el cultivo de los campos solo resultaba posible de manera restringida: el suelo fértil era demasiado escaso. Por eso hacía años que todos los cereales llegaban por mar, y por tanto la merma de barcos disponibles significaba necesariamente la escasez e incluso el hambre del pueblo, tal como entonces pudo constatar.

¿Y si en el futuro se dedicaba más al comercio de cereales? Dios sabe que en las

costas de todo el Mediterráneo abundaban los cereales, y él tenía numerosos contactos útiles; no supondría ningún problema. A lo mejor se abría una nueva posibilidad de comerciar... Primero habría que hacer ciertas reformas en la *Santa Ana*, pero eso era factible. O quizás habría que hacer construir una nueva nave con ese fin.

Pero primero debía solucionar el asunto de Amberes. Nadie sabía cómo irían las cosas allí. ¿Y después? Bien, ya se vería. Miguel volvió a cruzar las manos bajo los faldones de su chaqueta y siguió escuchando pacientemente las lamentaciones del capitán del puerto.

Unos momentos después se habían sentado en una taberna. Mientras bebían vino Rouxinol siguió despotricando. Con cautela, Miguel comenzó a hacerle las preguntas que lo acuciaban.

—Como sea, yo no navegaré a ultramar, permaneceré en el Mediterráneo —comentó—. Y sin sentirme culpable. Mi pequeña *Santa Ana* no es adecuada para transportar cereales, puesto que en sus bodegas apenas caben un par de bultos de tejido y un poco de sal y vino. En relación a ello, distinguido *senhor* Rouxinol, ¿qué podéis decirme acerca de las costumbres comerciales en Amberes? Sois un hombre viajado y experimentado, ¿verdad? Y seguro que habéis oído algo. Las autoridades de la ciudad, ¿aún insisten en ejercer el derecho de almacenamiento en el caso de los comerciantes extranjeros? ¿Habéis oído hablar de cómo se pueden realizar tratos comerciales directos allí? ¿Cuán elevados son los aranceles? Como sabéis, me dirijo allí, pero por desgracia apenas conozco el lugar.

—¿Amberes? Es verdad, ya me lo dijisteis. Supongo que acudiréis a las ferias de Brabante, donde pretendéis comparar vuestras mercancías con los finos paños ingleses, ¿no? Lamentablemente, yo tampoco conozco Amberes, pero puedo sugeriros un remedio. Por casualidad, apreciado *capitão*, un natural de Amberes se encuentra en la ciudad, uno que se quedó varado aquí de camino a su patria. Tal vez podríais llevarlo hasta Amberes en vuestra nave.

Rouxinol le lanzó una rápida mirada de soslayo al tiempo que fingía limpiar una mancha en la mesa, como un niño nervioso. Miguel guardó silencio y compuso una expresión indiferente, pero secretamente se alegró de ese golpe de suerte.

—Bien, será mejor que os diga lo que pasa —dijo el capitán del puerto, suspirando—. Resulta que el hombre no tiene dinero, le robaron hasta la camisa. Además, ni siquiera puede sostener un cabo, por no hablar de interpretar los movimientos de la aguja de una brújula, y es un inútil total en cuanto a izar velas. Así que no podrá pagar el pasaje con su trabajo y encima se marea en cuanto pisa un barco.

Rouxinol se inclinó encima de la mesa y bebió un trago de vino antes de continuar.

—Al parecer, su jefe es un hombre duro, y ha enviado justo a un hombre así a inspeccionar unos asentamientos en los rincones más remotos de Levante. Según mi opinión, con ello demuestra una gran desconsideración. En todo caso, el último capitán prefirió dejarlo aquí conmigo: no quería muertos a bordo durante el viaje de regreso.

Miguel arqueó las cejas.

—¿Y por qué pensáis que yo estaría dispuesto a cargar con semejante problema?

—El hombre se llama Joost Medern. Es una persona torpe que solo sabe calcular y escribir, pero es un oficinista consumado y un experto en todo lo relativo al comercio. Si os lo lleváis a Amberes no solo haréis una buena obra, sino que también os será de provecho.

—Comprendo. ¿Sabéis cómo se llama su compañía?

—Lo siento; seguro que a vos os ocurre lo mismo que a mí y sois incapaz de recordar esos nombres extranjeros.

Dos días después, cuando levaron velas, Miguel había decidido cambiar de ruta. Tenía prisa, pues quería estar de regreso en Mogador cuando naciera su hijo, pero, aun así, en vez de trazar una amplia curva y navegar hacia el norte a través del tormentoso golfo de Vizcaya como solían hacer los demás, la *Santa Ana* no se alejaría de la costa, anclaría por las noches o incluso se refugiaría en puertos seguros. Porque bajo cubierta y tendido en una litera, atacado por el mareo, iba Joost Medern, el escribiente de Amberes y empleado de la compañía Van de Meulen.

Con aire satisfecho, Miguel recorría la cubierta con las manos a la espalda. «Sencillamente maravilloso», pensó. ¡Ese hombre le había sido enviado por la Virgen en persona! Hasta ese momento no tenía ninguna idea concreta, por no hablar de un plan para entrar en contacto con el abogado. Lo único que tenía claro era el objetivo: averiguar todo lo posible sobre el ataque de los piratas y la muerte de la hermana de Mirijam, y también recuperar su herencia, costase lo que costase. Y justo con ese fin, el misericordioso destino había enviado a ese hombre en su ayuda. Miguel se frotó las manos.

Para él era indudable que ese supuesto tío de Mirijam era un estafador y encima un asesino. Pero ¿acaso las cartas de la madre de Mirijam —que hacía tiempo que estaba bajo tierra y no podía prestar testimonio— bastarían para probar su culpabilidad? Se había llevado las cartas, por si resultaban útiles en algún sentido. Sin embargo, al tener a ese Medern a bordo el asunto pintaba bastante mejor. Podría interrogarlo sobre las circunstancias en Amberes y urdir un plan con toda tranquilidad. Desde ese punto de vista, la lenta navegación no solo era soportable, incluso resultaba sumamente ventajosa.

Joost Medern, un hombrecillo menudo y afable de rostro bondadoso cuya nariz estaba adornada por una gruesa verruga, se puso muy enfermo en cuanto la nave zarpó. Miguel nunca había visto a nadie tan afectado por el mareo; no obstante, de noche, cuando anclaban en una bahía tranquila, subía a cubierta para tomar aire y charlar un poco con el capitán. Pero incluso entonces no se apartaba del centro del barco y permanecía cerca del mástil, como si temiera caer por la borda hasta cuando el mar estaba en calma.

—Os estoy muy agradecido, capitán, por haberos apiadado de mí —declaró por enésima vez sin dejar de aferrarse a los maderos del pasillo central—. Mi jefe, el abogado, considera que soy un blandengue y un cobarde pese a que durante este viaje ya me he enfrentado a diversos peligros. ¡Peligros que quizá vos ni siquiera imagináis! —añadió, sacando pecho—. ¡Blandengue y cobarde, bah! Al menos

siempre he sido honesto, lo que no se puede afirmar de todo el mundo, la verdad.

Aunque el mar, iluminado por la suave luz del ocaso, brillaba como la superficie lustrada de una mesa, el pobre no dejaba de tambalearse.

Al atardecer, la *Santa Ana* había anclado en una bahía de la costa francesa y la mayor parte de la tripulación había bajado a tierra, donde ardía una hoguera.

«En realidad —pensó Miguel—, en este viaje mi bonita nave se arrastra por el mar como un perro apaleado con la cola encogida». Sus hombres se aburrían y meneaban cada vez más la cabeza: desconocían ese aspecto de su capitán. «Pues mala suerte —se dijo con una sonrisa torcida—, lo más importante es que alcance mi propósito».

—Hace seis años que las cosas son así, capitán —prosiguió el escribiente—, seis largos años en los que he trabajado y obedecido, he cumplido con todo y he servido a mi jefe con diligencia, pero sin una palabra de reconocimiento por su parte y por un sueldo muy escaso, e incluso varias veces con un pie en la cárcel por su culpa. Pero de momento nunca han podido demostrar su culpabilidad. Aunque esta vez... ¡Ay, si no tuviera que cuidar de mi mujer y mi hijo, sabría muy bien lo que haría!

Medern enmudeció. Suspiró y se aferró con una mano a un grueso cabo mientras con la otra tironeaba de un agujero en su chaqueta.

«A juzgar por sus ropas desastradas, es evidente que el hombre lo ha pasado mal —pensó Miguel—, pero también se nota que tiene coraje». Tal como Rouxinol le había dicho, el pobre diablo había sufrido un robo y solo conservaba lo puesto; seguro que en su propio arcón habría algunas prendas que le servirían; Miguel no quería presentarse con él en Amberes con ese aspecto tan lamentable. Pero mucho más importante que su aspecto resultaba el hecho de que, al parecer, el oficinista estaba dispuesto a soltar la lengua. Con un poco de suerte, lograría sonsacarle información valiosa.

—¿La cárcel? Vaya, vaya, qué historias, señor Medern. ¿Qué es exactamente lo que haríais si pudierais? —quiso saber.

Pero por lo visto Joost Medern había cambiado de parecer y calló. Mantuvo la vista clavada en sus pies sin dejar de toquetear su chaqueta raída.

Miguel procuró dominar su impaciencia, porque después de todo Joost Medern trabajaba para el abogado y ese golpe de suerte le parecía una señal de la perspicacia divina. Si el abogado realmente tenía las manos manchadas —y eso era tan seguro como el amén en la iglesia—, entonces Medern debía de estar al tanto, pero ¿cómo lograr que desembuchara? Seguro que su renuencia a hablar no se debía a su lealtad, sino más bien a su temor.

—Pues antaño... —comentó Miguel como quien no quiere la cosa— la casa Van de Meulen gozaba de una fama excelente, creo recordar. En toda la región del Mediterráneo era considerada un ejemplo de seriedad e integridad, ¿verdad? ¿Y ahora

mencionáis la cárcel? —añadió, sacudiendo la cabeza—. Sin embargo —añadió como si acabara de ocurrírsele—, en cierto momento oí decir a un capitán inglés que vuestro jefe cometió alta traición. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Nada, nada, unas pocas cosas que no encajaban y un par de malentendidos, nada especial. Cosas de negocios... —contestó el oficinista, esquivando la pregunta. Seguía aferrado con una mano al cabo y con la otra se rascó la nuca bajo el cuello de su mugrienta chaqueta.

Miguel alzó las cejas con expresión irónica.

—Bien, como sabéis, alguien como yo corre mucho mundo. Así que a fuer de ser sincero debiera deciros, mi apreciado Medern, que se cuentan toda clase de cosas sobre vuestra empresa, ¿comprendéis?

Medern alzó la vista con expresión alarmada.

«El hierro se forja cuando está caliente», pensó Miguel, y decidió presentar como verdadero un rumor escuchado en alguna parte.

—Por ejemplo —dijo—, la gente se pregunta por qué hace años que vuestra empresa no le proporciona encargos a ninguno de los fiables mercantes que se dedican a la navegación fluvial y de cabotaje. —Con expresión elocuente, Miguel volvió a arquear las cejas y guardó silencio—. Y por qué alguien hace transportar todo su cobre y su estaño por tierra —añadió—. Y adónde lo entregan tras precisamente dicho recorrido, quién lo recibe. Eso también son cosas que se pregunta la gente, ya lo creo.

—¿Estáis enterado de ello? —El rostro afable del hombrecillo se ruborizó y su verruga se destacó.

—No soy el único. La verdad, se oyen muchas cosas —asintió Miguel, y decidió exagerar un poco—: En todas las tabernas y en todos los puertos no se habla más que de los negocios turbios y la sospechosa conducta de la casa Van de Meulen.

—¡Debéis creerme si os digo que no tengo nada que ver con eso! —balbuceó Medern—. ¡San Martín es mi testigo!

Miguel guardó silencio y esperó alzando las cejas.

Finalmente, el hombrecillo se lanzó.

—¿Recordáis el alboroto que se produjo hace un par de años, cuando descubrieron toda clase de tesoros, tales como plata y diversas clases de estaño, en las montañas de Bohemia?

Miguel no tenía ni idea, pero asintió sin vacilar.

—Pues enseguida reinó un silencio absoluto en torno a dichos yacimientos. De un día para otro nadie más oyó hablar de extracciones, de estaños ni de minas. Bien, la explicación de ese silencio es fácil de imaginar.

En cuanto empezó a hablar, resultó evidente que la atención prestada por Miguel complacía al oficinista.

—Los yacimientos más fructíferos nos pertenecen a nosotros, quiero decir a mi patrón. Hace extraer plomo, estaño e incluso plata, y los hace transportar al este a lo largo de los ríos o por tierra, exactamente como habéis dicho. A menudo transportan los minerales por estrechos senderos o rutas de contrabandistas a través de zonas desiertas, yo mismo lo he constatado hace poco.

Medern hizo una pausa elocuente antes de continuar.

—Además de los puestos aduaneros que de ese modo se evitan, también se elude la vigilancia de los terratenientes. O sea, no solo se trata de ahorrarse el pago de aranceles, ¿entendéis? Os lo pregunto, capitán: ¿a qué creéis que se debe todo el esfuerzo que supone transportar secretamente esos minerales al este? ¿Qué os parece? Según vuestra opinión, ¿qué clase de comprador muy solvente se puede encontrar allí?

Miguel reflexionó un instante y asintió con aire pensativo.

—Barrunto, *mestre* Joost, adónde queréis ir a parar. Os referís al otomano, al sultán turco, ¿verdad?

Joost Medern sonrió.

—¡Vos lo habéis dicho, no yo! Pero en confianza, admito que se trata de algo más que de meros rumores. Yo mismo he recorrido la región, he hablado con la gente y he examinado los libros. ¡Es una vergüenza, eso es lo que es! ¡Y no solo que le venda materias primas al turco para que fabrique cañones y otras armas que algún día serán empleadas contra nuestros soldados, es aún mucho peor!

—¿Aún peor? ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

—¡Oh, sí, capitán, lo sé muy bien! Pues, ¿cómo lo calificaríais vos si alguien acuñase moneda en una ceca oculta? Ducados falsos, monedas de plata de bordes irregulares... —exclamó—. Supongo que, como comerciante, vos sabréis lo que eso significa, ¿no?

Sí, Miguel lo sabía. No solo que en todas partes había que molestarse en convertir las monedas más diversas, sino que también aparecían florines, táleros de plata e incluso ducados falsos de peso insuficiente. Se trataba de las así llamadas monedas degradadas, cuyas dimensiones habían sido reducidas imperceptiblemente o que solo consistían en un núcleo de hierro recubierto por una delgada capa de oro o plata. Como aquellos falsos ducados venecianos de oro que un intermediario levantino le había pagado por un cargamento de sal y que poco después, convencido de que eran auténticos, él había vuelto a poner en circulación y casi le costaron su propia nave. Según su opinión, los falsificadores de moneda se merecían la muerte. Si lograba demostrar que el abogado falsificaba moneda, estaría acabado. Sin embargo, nunca estaba de más mostrarse un tanto precavido antes de lanzar una acusación tan grave.

—Demostrar semejante cosa no es fácil, buen hombre —comentó en tono condescendiente, y le palmeó el hombro al menudo oficinista.

—Qué va, es muy sencillo, capitán —respondió Medern con una sonrisa triunfal—. Puede que Joost Medern parezca un blandengue, un cobarde y hasta un tonto, alguien a quien no se toma en serio porque lo único que tiene en la cabeza son sus inventarios, sus plumas de ganso y su tintero. Pero en realidad es un hombre atento, minucioso y previsor. He reunido pruebas.

Con gesto elocuente, se llevó la mano al dobladillo de su chaqueta y disfrutó al ver la expresión de Miguel, que pasó de una lenta comprensión a dar paso a las cejas arqueadas y luego a un asentimiento aprobatorio.

—¿Os habéis hecho con esa clase de monedas?

—No solo eso, capitán, no solo eso —se ufanó el hombrecillo, y volvió a tantear su chaqueta—. También he cosido un cuño en el dobladillo; aunque solo es uno pequeño para acuñar monedas de poco valor, bastará como prueba. Además, poseo un protocolo firmado de la moneda en cuestión, sellado por el administrador de la ceca, que quiso asegurarse de ese modo. A que son pruebas contundentes, ¿eh? —exclamó, sacando pecho y sonriendo a Miguel.

—¡Qué diablos, Medern, no cabe duda de que sois un tipo tan inteligente como valiente!

El capitán se imaginó una escena de lo más gratificante: él, Miguel de Alvaréz, acusaba al abogado ante el Consejo Municipal de Amberes de falsificar moneda y presentaba las pruebas de Medern, lo que haría que el estafador fuera encarcelado y acabara en la horca.

—Si queréis poner fin a las actividades de vuestro patrón, pero sin poner en peligro a vuestra familia ni a vos —dijo, dirigiéndose a Joost Medern—, podéis contar conmigo. Estoy con vos, mi apreciado Medern, ¡nada me gustaría más! Dejadme esas monedas a mí y con mucho gusto me encargaré de que ese miserable reciba su justo castigo. ¿Qué os parece?

Miguel apoyó la mano en el hombro del oficinista. Ante sus ojos, ese pobre diablo dejaba de ser un don nadie y se convertía en un arma afilada que serviría para atacar al abogado.

—¿Vos? Pero ¿por qué motivo? ¿En qué os atañe este asunto? —preguntó Medern con súbito recelo.

—Debido a que... Vaya, digamos que por unos derechos anteriores —respondió Miguel, y carraspeó.

El escribiente le lanzó una mirada desconfiada, pero el capitán calló.

—No sé, capitán, un asunto como este requiere reflexión —dijo Medern; parecía dubitativo.

—¿Reflexión? ¡Tonterías! ¿Acaso vos mismo no acabáis de afirmar que son pruebas contundentes?

Soltando un sonoro chirrido, la *Santa Ana* tironeó de la cadena del ancla, tensada

por la marejada, y de inmediato Joost Medern se aferró a la manga de Miguel.

—¿Qué pasa? —gimió.

—No perdáis la calma. Solo es la brisa nocturna que nos acuna.

El mar estaba en calma y Miguel regresó a su camarote. A bordo solo estaban un guardia, el timonel, él mismo y el escribiente, que jamás hubiera puesto un pie en un inseguro bote de remos. Esa noche no le quedó más remedio que ocuparse de examinar los conocimientos de embarque. «Ya es hora de hacerlo, si es que pretendo tener una visión del conjunto antes de llegar a Amberes», pensó, y, suspirando, echó un vistazo al desorden reinante en la mesa.

Pero en cuanto tomó asiento y cogió la primera hoja de papel, llamaron a la puerta con suavidad y Joost Medern se asomó.

—Me lo he pensado, capitán... —dijo, y se quedó boquiabierto al ver cómo Miguel se afanaba entre montones de papel.

—Pasad, pasad, cualquier interrupción me resulta bienvenida. Como veréis, todo este papeleo me está volviendo loco.

Medern alzó la nariz como si venteara y, fuera cual fuese el motivo de su visita, al parecer lo olvidó en cuanto vio la mesa cubierta de documentos de toda clase.

—¿Podrías echarme una mano con toda esta basura? —preguntó Miguel, albergando una repentina esperanza—. Si fuese así, ¡juro por todo lo que me es sagrado que no lo lamentaréis!

Un momento después, Medern ocupó el lugar de Miguel y se concentró en organizar aquella maraña de papeles y poner orden en la confusión. Comparó las diversas clases de mercancías y sus cantidades, las ordenó según el valor y calidad u otras características y marcas, y solo de vez en cuando le hizo una pregunta al capitán antes de decidir en cuál pila había que colocar algún documento. Al coger la pluma desgastada no pudo reprimir un gesto de desaprobación, la mojó en el tintero y redactó tablas, listas y resúmenes.

No volvieron a mencionar las monedas y los otros objetos cosidos en el interior de su chaqueta. El viaje se prolongaría unos días más, así que antes de llegar a Amberes Miguel debía ingeniárselas para convencerlo de que le entregara las pruebas y sin ofrecer demasiadas explicaciones acerca de sus motivos, puesto que al fin y al cabo el escribiente aún era casi un desconocido. Siempre era mejor ser discreto, uno nunca podía saber lo que los demás harían con la información. Pero tenía que esperar, ¡no tenía la menor intención de distraer al escribiente de su tarea precisamente ahora, qué diablos!

El brasero irradiaba un calor agradable, la *Santa Ana* se mecía suavemente en las aguas y la lámpara de aceite colgada por encima de la mesa. De vez en cuando se oía el rasguño de la pluma en el papel o el murmullo del escribiente, que a veces soltaba

un ligero suspiro. En cierto momento, Miguel apoyó la cabeza en la mesa y su respiración sosegada delató que dormía profundamente.

Así que no notó que, de pronto, el escribiente soltó un grito de sorpresa y dejó la pluma a un lado para examinar una lista con mayor detalle. Y tampoco que Medern encontró un asiento que al parecer lo dejó pensativo, y que comprobó otro apunte por segunda y por tercera vez, y que luego retrocedió unas páginas para comparar ambas listas. No vio que cogía otros documentos con el fin de cotejarlos, reflexionaba y solo continuaba con su tarea después de un buen rato.

A la mañana siguiente, Miguel le entregó un talego lleno de monedas. Jubiloso al ver sus esfuerzos recompensados con semejante generosidad, Medern dijo en tono humilde:

—Cualquier oficinista podría haberlo hecho. A diferencia de vuestros documentos, vuestros negocios parecen excelentes, capitán. No obstante, os estoy agradecido ya que, aunque llegaré a Amberes con aspecto desastrado y enfermo, al menos no regresaré a casa con los bolsillos vacíos. —Y le soltó una advertencia—: Os aconsejo que en Amberes mantengáis vuestros libros en orden, puesto que comerciáis con el exterior, porque los miembros de nuestra corporación y los jefes de los gremios son muy exigentes con los comerciantes extranjeros. Si me necesitáis, recurrid a mí: estoy dispuesto a ayudaros por una compensación modesta. Comprobaréis que soy ingenioso, muy ingenioso a decir verdad, prácticamente extraordinario me atrevería a decir —afirmó con expresión elocuente.

Miguel estaba encantado, pero un momento después, cuando la nave empezó a cabecear un poco, el hombre palideció y el capitán se apresuró a acompañarlo hasta su litera.

—Tumbaos, pronto os encontraréis mejor.

Cuando el menudo escribiente se hubo tendido, Miguel acercó un taburete.

—Por cierto, no dudo de vuestro ingenio, *mestre* Joost, estoy seguro de que sois un hombre inteligente. Solo me pregunto si quizás hicisteis hincapié en ese punto adrede. ¿Tal vez queríais indicarme algo preciso?

Antes de contestar, Medern reflexionó unos instantes.

—Bien, capitán, así es, de hecho. Anoche algo me quedó claro: hay ciertas depravaciones irreconciliables con mi conciencia, incluso si ello supone que mi hijo pase hambre, pero permitid que divague un poco. Las cosas sucedieron de la manera siguiente: antaño, cuando comencé a trabajar para la casa Van de Meulen, es decir para el abogado Cohn, no había nadie a quien pudiera hacerle preguntas, un escribiente, un ayudante... ni siquiera un aprendiz. La casa, los almacenes y también la oficina estaban desiertos. En la oficina solo había una vieja estufa, algunos estantes polvorientos y mi pupitre. Nadie ocupaba las habitaciones de la casa, a excepción de dos situadas en la planta inferior. Allí moraba el señor a solas y se hacía atender por

los criados del mesón vecino. Inquietante, ¿verdad? ¿Os lo podéis imaginar?

El hombre se estremeció.

—Esa casa amplia y señorial, completamente vacía y silenciosa, terriblemente silenciosa, tan silenciosa que a veces oía corretear a los ratones...

Medern se encogió de hombros.

—Bien, eso es asunto suyo, pensé. Pero (y ese asunto sí me concernía) en ninguna parte había libros, ¿comprendéis?, libros de contabilidad. ¡Nada en ninguna parte! Encima, el día que empecé a trabajar el señor tuvo que ausentarse repentinamente. Así que en mi pupitre reposaba una pila de encargos, órdenes de pago y cambios, de albaranes y contratos de compra, todo mezclado, claro, pero ningún libro, ni siquiera hojas sueltas o un cuaderno donde hubiese podido anotar las entradas correspondientes de manera ordenada.

«Qué curioso —pensó Miguel— que Medern sea capaz de excitarse por semejante minucia»; a él toda esa cháchara sobre los problemas del oficinista ya empezaba a aburrirlo, pero como no quería ofenderlo dijo:

—¿De veras? ¿Y cómo resolvisteis esa lamentable situación?

—Me dediqué a buscar por toda la casa —respondió el oficinista—. Busqué libros de contabilidad desde el sótano hasta el desván, porque debían encontrarse en algún lugar, ¿no? Pero lamentablemente no hallé nada. Puede que el señor aún no hubiese tenido tiempo de hacerse con nuevos libros, me dije. Pero al menos los antiguos deberían estar en alguna parte, ¿comprendéis?

—No del todo, si he de ser sincero —dijo Miguel, encogiéndose de hombros—. ¿De qué os hubiesen servido los viejos libros de contabilidad?

—Bien, capitán, como supongo que vos mismo sabréis, uno inicia cada año comercial con un libro nuevo. Todo el mundo sabe que eso es lo acostumbrado —explicó el escribiente en tono paciente—. Y por eso a fin de año a menudo quedan muchas páginas vacías en el libro.

«Sí, ¿y qué?», pensó Miguel.

—Habéis de comprender que quería comprobar cuál era el sistema de trabajo de esa compañía, qué podía averiguar sobre el modo de tratar los impuestos y los cambios de moneda, o cómo se controlaban las deudas, etcétera. Además, utilizando las páginas vacías de un libro antiguo al menos hubiera podido poner un poco de orden en todo ese papeleo, ¿comprendéis? Más adelante, cuando el señor regresara, le explicaría el problema y él podría comprar libros nuevos.

—Pero en ese caso os hubieseis visto obligado a volver a copiar todo de nuevo, quiero decir todo lo del libro viejo en un libro nuevo, el doble de trabajo por así decir —observó Miguel, y su rostro expresaba el horror ante semejante perspectiva.

—Sí, es verdad, pero veréis, capitán: copiar listas prolijas y ordenadas sería un juego de niños comparado con el absoluto desorden con que me topé, ¿no? Seguro

que vos también lo sabéis —dijo esbozando una sonrisa.

Miguel se restregó la barba con gesto dubitativo.

—Sea como sea —prosiguió el oficinista—, ya os he dicho que soy muy ingenioso, incluso en sentido literal. Así que seguí buscando, pero solo en el jardín, bajo un montón de hierbas secas y paja que habían apilado para quemarlas, por fin encontré algo.

Joost Merden se incorporó en la litera, presa de la indignación.

—¡Imaginaos, capitán, bajo un montón de paja! ¡Para quemar!

«Menudo ratón de biblioteca —pensó Miguel, divertido—, primero no deja piedra sobre piedra en la casa y después hasta hurga en un montón de basura en el jardín. Pero es bueno saber que las cosas no se le escapan con facilidad».

—¿Y qué había bajo ese montón de hierbas y paja?

—Los libros del viejo Andrees. ¡Ya sabéis, del viejo *mijnheer* Van de Meulen, el antiguo propietario! —contestó Merden en tono triunfal, y se recostó contra las almohadas disfrutando de la sorpresa de Miguel—. Un golpe de suerte, ¿verdad? Allí reposaban años enteros, casi en perfecto estado de conservación, todos encuadernados en grueso cuero. Solo un único libro estaba muy maltrecho. Los otros solo estaban un poco húmedos, gracias a Dios. Y, además, mi antecesor había trabajado con mucha precisión, de modo que pude comprobar todos los expedientes de los últimos años.

A Miguel le hubiera gustado abrazar al hombrecillo, pero se refrenó. No sabía si esos libros aún existían ni exactamente qué contenían. Pero con un poco de suerte podría presentar las exigencias de Mirijam mediante esos documentos, podría reconstruir acontecimientos del pasado y...

Haciendo un esfuerzo, Miguel adoptó una expresión neutral y carraspeó.

—¿Y qué fue de ellos? De esos libros, quiero decir. Seguramente hace tiempo que se convirtieron en ceniza, ¿no? —preguntó, conteniendo el aliento.

«¡Santa Anna, Virgen María, ayúdame, os lo ruego! —suplicó en silencio—. ¡Os dedicaré los cirios más gruesos, pero haced que la respuesta del oficinista sea la que espero!».

—Bien, las personas ingeniosas siempre encuentran un lugar seco y apartado en el cual guardar toda clase de cosas, de esas que tal vez pueden volver a utilizarse más adelante, ¿verdad?

Una densa niebla dificultaba la visión, pero diversos indicios, tales como olas más pequeñas, vegetación flotante y un aroma distinto le informaron que navegaban cerca de la costa. Así pues, debía prestar atención para no pasar de largo la entrada a Amberes en la mal afamada desembocadura del río Schelde.

—Vira a babor —ordenó Miguel al timonel—. Y vosotros recoged las velas.

No tenía ganas de quedarse atascado en un bajo o de entrar en el canal equivocado debido a la niebla. Era mejor mantenerse ojo avizor.

Durante unos momentos comprobó el rumbo de la *Santa Ana*, el viento y las olas.

—Pireiho, a partir de ahora os haréis cargo del timón —le dijo al navegante—. Comprobad el agua de manera regular, quiero saber cuándo se vuelve dulce, y desde aquí hasta que llegemos a puerto dejad caer una sonda desde la proa, ¡no perdáis de vista el calado! Este no es el ancho mar, solo un condenado río.

Afortunadamente, además de la marea que los empujaría un buen trecho río arriba, tenían viento favorable, pero había que estar atento y avanzar con lentitud. No obstante, timoneada por las manos expertas de Pireiho, la *Santa Ana* estaba tan segura como si él mismo fuese al timón.

Ya hacía tres días que apretaba el frío, el aire se había vuelto invernal y una llovizna que en cualquier momento podía convertirse en nieve hacía tiritar a todos los que se encontraban en cubierta. Los moriscos, acostumbrados al sol, temblaban y se habían envuelto hasta la nariz en sus abrigadas chilabas de pelo de camello.

Mientras el hombre apostado en la proa informaba sobre la profundidad del agua y la *Santa Ana* se deslizaba tranquilamente, Miguel reflexionó sobre su situación. Cuanto más pensaba en el abogado, tanto más inaudito le parecía su delito. De solo pensar en la suma y la variedad de sus crímenes... ¡Al parecer, estos incluían desde la estafa hasta el asesinato y la traición! A ese hombre no parecían importarles los poderes terrenales ni los celestiales, no tenía ni un ápice de conciencia. Por una parte, estaba la defraudación de los aranceles y por la otra la condenable venta de estaño destinado a la fabricación de armas y de otros minerales a los hostiles otomanos. ¿Acaso eso no suponía alta traición? Consideró que, para los generales del emperador, dicha información supondría un filón, pero ¿cómo entrar en contacto con esos señores tan importantes? Pese a todo, el acuñamiento de monedas falsas ya bastaría para presentar una denuncia. Era algo tan vil que lo hacía merecedor de ser lapidado por todos los comerciantes de Amberes. Y Cohn no podría alegar nada en su defensa, puesto que unas monedas falsas y el cuño se encontraban cosidos dentro de la chaqueta de Medern. Pero eso era precisamente el inconveniente del asunto.

Miguel no tenía nada, ninguna prueba concluyente. Además, aún no le había informado al escribiente sobre el motivo de su propio interés. Mientras revisaba los

documentos de Miguel, Medern se había topado con el nombre de Mirijam y, como después le había explicado, las pérdidas ocasionadas a la compañía por el ataque de los piratas figuraban en los libros, y justo el mismo día en que dieron sepultura a Andrees van de Meulen. Además, figuraba la noticia de la muerte de ambas herederas. Aun así, sin la ayuda de Joost Merden sería una batalla perdida.

No obstante y pese a todo, de momento Medern volvía a pensar más en la seguridad de su familia que en acusar a su patrón, así que ¿cómo podría persuadirlo de que le entregara las monedas falsas? Quizá debería apelar a su fidelidad a la ley y ponerlo al tanto, incluso contarle la historia de Mirijam... ¿Y si a pesar de ello optaba por permanecer fiel al abogado?

El escribiente le había asegurado que podía contar con su ayuda en cuanto al papeleo si se presentaban dificultades con los funcionarios locales. En tono entusiasta, el hombrecillo afirmó que lo visitaría todos los días y se encargaría de que todo fuera correcto. A lo mejor suponía un punto de partida, para después hacerle una oferta que Medern no pudiese rechazar. Era evidente que Medern suponía un golpe de suerte y que era un valioso escribiente de oficina. ¿Y si le ofrecía un puesto seguro en Santa Cruz o en Mogador?

Desde luego era una idea muy buena. Las ventajas para ambas partes eran obvias: Medern podría encargarse de su contabilidad y también de la de Mirijam, y a cambio llevar una vida digna y tranquila junto a su familia en una casa propia. Y así, no solo se quitarían de encima todo el papeleo, sino que en el futuro Mirijam también tendría más tiempo para ocuparse de él y del niño. Y Medern se ganaría muy bien la vida; el oro, el respeto y la seguridad: eso no podía dejar de seducirlo tras solo haber recibido puntapiés de su patrón actual, ¿verdad?

En cuanto Miguel pensaba en el abogado sentía un hormigueo en los puños. En todo caso, él no tendría inconveniente en ensuciarse las manos con alguien como Cohn, al contrario: ansiaba rodear el cuello de esa sabandija con las manos y apretar.

¡Se presentaría ante Mirijam, ella sonreiría y su rostro se iluminaría cuando él, tras haber cumplido con su misión, pudiera depositar su parte de la herencia a los pies de ella! Ella le regalaba un hijo y él le devolvía su pasado y su herencia. Ya se imaginaba la escena: ella con el niño en brazos y él con los arcones repletos que le entregaría... Miguel se apresuró a restregarse unas lágrimas incipientes de emoción.

Alrededor de mediodía, Joost Medern apareció en cubierta; vestía una bata limpia de Miguel y encima su propia chaqueta, que había remendado con aguja e hilo. Al tiempo que el escribiente dirigía una mirada expectante a su ciudad natal, Miguel se aseguró de que el dobladillo de la mugrienta chaqueta —donde Medern supuestamente guardaba las monedas— seguía pareciendo lleno.

Aunque la nave se balanceaba ligeramente, en esa ocasión Medern aguantó en cubierta. Cuando la *Santa Ana* entró en el puerto, resonaron las campanas de las

iglesias de Amberes anunciando el ángelus.

—¡Escuchad! —dijo el escribiente, y una sonrisa iluminó su rostro pálido—. ¿Oís el repicar de las campanas de la torre de la catedral, capitán? ¡En ninguna otra parte del mundo suenan tan bien! ¡Os doy la bienvenida a mi ciudad! Y os agradezco de todo corazón que hayáis hecho posible que volviera a oír el repicar de esas sagradas campanas. ¡Jamás podré expresar mi agradecimiento, estoy profundamente en deuda con vos!

—Está bien, *mestre* Joost, no olvidéis que quizá pronto necesite vuestra ayuda. Ya sabéis: con algunos comerciantes, jefes de gremio, etcétera. Pero supongo que ahora tendréis prisa. Dios sabe que vuestro viaje ha durado bastante. Antes indicadme el camino hasta la capitanía del puerto y también un mesón decente... ¡y después marchaos!

Con mirada radiante, Medern contempló la plaza y las magníficas residencias de bonitas fachadas que la rodeaban.

—En esa casa de allá —dijo, señalando un edificio alto y estrecho— encontraréis la capitanía del puerto. Preguntad por *mijnheer* Brouwer, quien con mucho gusto os indicará un buen alojamiento.

Era evidente que tenía prisa, ya se encontraba en la pasarela aferrado a ambas cuerdas y parecía muy contento de abandonar la nave, pero antes se volvió hacia Miguel.

—Supongo que os recomendará el Roode Hoed o el Zwarte Gans. El capitán del puerto tiene familia numerosa y los dueños de esos mesones le pagan una pequeña comisión por hacer de intermediario. Pero no os preocupéis: en ambos lugares estaréis en buenas manos. Disponen de habitaciones que se pueden cerrar con llave y he oído decir que también de una buena cocina. Mañana pasaré para comprobar que estáis bien alojado y entonces podremos hablar de todo lo demás.

Tras pronunciar dichas palabras, el oficinista abandonó la *Santa Ana*, atravesó la plaza y poco después desapareció de la vista de Miguel. Por su parte, el capitán se puso ropas adecuadas para bajar a tierra, en especial su mejor chaqueta guarnecida de piel, y luego se peinó el cabello y la barba. Dejó algunos hombres de guardia a bordo y se dirigió a la oficina del puerto de Amberes.

Al cabo de unas horas regresó a la *Santa Ana* y metió en su arcón algunas ropas para su estadía en tierra. La conversación con el capitán del puerto había durado más de lo previsto, pero Miguel quería instalarse en su nuevo alojamiento ese mismo día. Le gustaba estar sentado en un cálido mesón por la noche, escuchar las conversaciones y participar de la vida y el ajetreo de un puerto desconocido. Además, tras ese viaje aburrido y sin incidentes se alegraba por anticipado.

Los guardias apostados en cubierta acababan de dar la hora cuando Miguel oyó

un grito de alarma.

—¡Alto! ¿Adónde vais, voto a bríos? No podéis... ¡Alto, os digo!

Alarmado, Miguel se enderezó; oyó rápidos pasos en la escalera y un instante después Medern se precipitó dentro del camarote con expresión desencajada.

—¡Vuestro cuchillo! ¡Dadme vuestro cuchillo! —exigió Joost Medern, tironeando del dobladillo de su chaqueta recién remendada—. ¡Daos prisa, os lo ruego! —añadió con un brillo febril en la mirada y el rostro pálido anegado en lágrimas.

—¿*Mestre* Joost? Calma, calma, hombre. ¿Qué ha pasado?

Medern estaba sin aliento y apenas lograba pronunciar palabra, y también procuraba contener las lágrimas entre sollozos y parecía completamente desesperado.

—¡El cuchillo, dadme vuestro cuchillo! —insistió.

Miguel se apresuró a servirle una copa de vino.

—Bebed —dijo—. Eso es. Y ahora decidme para qué necesitáis mi cuchillo...

—Greta está... Y Maarten, mi pobre pequeño Maarten... Él me lo había prometido... —aulló Merden—. ¡Dijo que se ocuparía de ellos! Que incluso les enviaría el médico y que no debía preocuparme, dijo. Juro que esas fueron sus palabras. Ambos tenían una tos muy fea cuando tuve que partir y ahora...

Dejó caer la copa y Medern volvió a tironear de su agujereada chaqueta. Por fin cedió la costura y con dedos temblorosos el escribiente cogió varias monedas, un cuño y unas hojas plegadas. Lo arrojó todo encima de la mesa.

—¡Me las pagaré! —sollozó sin dejar de hurgar entre los papeles, que desplegó con dedos trémulos y alisó uno por uno. En todos aparecían cifras y palabras, pero por lo visto estaba buscando uno en particular. Cuando por fin lo encontró, su expresión se endureció—. ¡Este servirá para llevarlo al patíbulo! —exclamó, señalando el papel—. ¡Lo he soportado todo, todo, pero ahora ya no tengo nada que perder. Lo que ocurra conmigo me es indiferente! ¡Con esto enviaré al infierno a ese traidor, aunque sea lo último que haga en este mundo!

Desplegó la hoja en la mesa, la alisó con la mano y deslizó la mirada por lo escrito. Luego lanzó un salivazo con expresión desdeñosa y se desmoronó por completo.

Miguel le palmeó el hombro con gesto compasivo, recogió las monedas de la mesa y las examinó. A primera vista parecían auténticas, nadie descubriría que eran falsas.

Recogió la copa del suelo, volvió a llenarla de vino y se la tendió a Medern.

—Serenaos, amigo mío, y bebed un buen trago. Greta y Maarten son de vuestra familia, ¿verdad?

Medern se secó las lágrimas con la manga y asintió.

—Están muertos —dijo en tono apagado—, ambos están muertos. Cuando emprendí viaje el pequeño Maarten me llegaba hasta aquí —añadió, indicando su

cadere—. Le puse Maarten por mi padre, era una buena persona... ¡Y ahora ni siquiera puedo visitar sus tumbas! Los enterraron en una fosa común, junto con docenas de otras personas que durante el pasado invierno también murieron de consunción. Nadie sabe dónde están sus cuerpos. Los vecinos dijeron que nadie acudió en su ayuda, ni un barbero, por no hablar de un médico... ¡Me las pagará!

Medern se acabó la copa de un trago y se la tendió a Miguel para que volviera a llenarla. Después se enderezó y le lanzó una mirada escrutadora: con sus ojos enrojecidos y el rostro anegado en lágrimas era la viva imagen del dolor, pero sus labios apretados y su barbilla tensa revelaban una férrea determinación.

—Vos vais tras el abogado, ¿verdad, capitán? A causa de Mirijam van de Meulen, ¿no? —dijo Medern.

—¿Qué? ¿Quién ha dicho semejante cosa? —repuso Miguel, procurando mostrarse indiferente.

—Sé sumar uno más uno. No olvidéis, capitán, que quien ha puesto vuestros libros al día fui yo.

—Bien, de acuerdo. Tenéis razón, *mestre* Joost. A vos no se os puede engañar. Habéis de saber que Mirijam van de Meulen no solo sobrevivió al ataque de los piratas; además, hace poco tiempo que es mi esposa.

Medern asintió, como si eso careciera de importancia, y deslizó la mirada por la mesa, las monedas falsas desparramadas, el cuño y los escritos sellados, y por fin sobre sus dedos abiertos. Miguel también dirigió la vista a su mano.

Medern la apoyó sobre un papel de apretada escritura, numerosos firuletes y un sello desconocido y misterioso: era la carta que Medern había observado con tanto desprecio.

—Este escrito es la prueba definitiva, está dirigido al abogado —dijo Medern por fin con voz temblorosa—. Un tal capitán Natoli me lo entregó en Génova cuando averiguó que yo era un escribiente de la casa Van de Meulen y que me encontraba de regreso a casa. El capitán Natoli debía entregarlo personalmente en Amberes, pero después optó por enviarlo de un modo bastante más barato: un florín por no sé cuántos florines que así podía ahorrarse. —Medern hablaba como para sí—. Nunca en la vida hubiera creído que algo así era posible. ¡Dejó que se muriesen! ¿Cómo pudo permitir que los enterraran en una fosa común cuando aún me debe el sueldo de muchos meses? ¡Pero con esta carta lo enviaré directamente al infierno! —dijo, golpeando el papel con la mano y asintiendo con la cabeza.

Miguel volvió a escanciarle vino. Así que Medern quería vengarse de su patrón, ojo por ojo, diente por diente: al parecer, esa era su idea. Pero ¿cómo a través de esa carta, por todos los santos? ¿Por qué habría de resultarle útil para arruinar a su jefe?

Miguel le acercó la copa por encima de la mesa y carraspeó.

—Os diré algo, apreciado Medern: haremos celebrar un par de misas por la

salvación de las almas de vuestra familia. ¿Así que este escrito —preguntó en tono cauteloso— está dirigido a Cohn? ¿Quién es el remitente? ¿Por qué no me decís qué pone en él?

Medern seguía asintiendo con la cabeza, como si esta se hubiese independizado de su cuerpo; movía los labios, abría y cerraba las manos y dirigía miradas inquietas por doquier. A saber qué estaría maquinando... ¿Es que no había oído las palabras de Miguel?

Por fin Medern alzó la vista.

—Por supuesto que os lo diré. Después de todo, vuestra esposa y con ella vos, capitán, encabezáis una lista, incluso puede que una muy larga. ¡Empiezo a creer que es capaz de cualquier cosa! Bien, este escrito está redactado en una mezcla de italiano y español, pero he logrado descifrarlo, ya que dispuse del tiempo suficiente durante el largo viaje de regreso. ¿Os dice algo el nombre de Jeireddín, capitán?

Miguel asintió.

—Bien. La carta trata de informaciones detalladas sobre el cargamento y la ruta de cierto convoy —prosiguió el escribiente—, que el abogado le envió a Jeireddín. Además... sí, aquí lo pone —añadió, indicando una línea con el dedo índice—, además elogia las confiables entregas a los compradores otomanos. Quizá se refiera a los cargamentos de estaño. Sin embargo, al mismo tiempo exige mejores condiciones para sus negocios secretos aquí en Amberes, y de lo contrario amenaza con revelar un viejo secreto. Aquí lo pone.

Medern apoyó el dedo en la línea pertinente.

—¿Queda más vino? ¡Dios se lo pague, capitán! Ah, y además está eso que os concierne directamente... ¿dónde es... estaba? —Joost Medern no estaba acostumbrado a beber tanto vino y tuvo que buscar un momento hasta encontrar el punto. Lo señaló con el dedo—. Aquí está, ¿lo veis? Aquí figuran dos nombres. ¡Ja, ahora ese bellaco ha caído en la trampa y no se librará!

—¿Nombres, *mestre* Joost? ¿Qué nombres son esos, por las barbas de Satanás?

—¡Leed vos mismo! Ahí lo pone: «Lucia y Mirijam, hijas y herederas de Andrees van de Meulen de Amberes, hechas prisioneras y eliminadas por encargo vuestro...».

Miguel se quedó helado.

«Esto bastará para crucificar al abogado», pensó.

Un momento después, Medern le hizo la pregunta decisiva y señaló las cartas y las monedas.

—¿De verdad queréis aguardar hasta el día del juicio y confiar en los consejeros, los jurados y sus esbirros? ¿Y en que durante las largas semanas que transcurran hasta que alcancen una decisión estas pruebas no desaparezcan misteriosamente?

—¿Acaso suceden cosas así?

—La falsificación de monedas está penada con la muerte en la horca, por alta traición te empalan —contestó el escribiente en tono seco—. Ambas son maneras horrosas de morir, y todo el mundo está dispuesto a pagar para evitarlas, ¿no creéis? No, hemos de hacer algo más astuto.

—¿Decís que nosotros mismos hemos de encargarnos del asunto? ¡Eso me gusta! Pero ¿aquí, en Amberes? ¿No es demasiado arriesgado?

—Pues claro. Y si además pretendéis conservar el derecho de reclamar la herencia de vuestra esposa, más arriesgado aún. Pero algo se me ocurrirá, concededme un par de días y un talego bien lleno, puesto que, como sabéis, el oro obra milagros. Podéis confiar en que os rendiré cuentas hasta el último céntimo —dijo Medern con un brillo febril en la mirada—. Pero entretanto vos, capitán, debéis presentaros, establecer contactos y visitar a los personajes importantes, tal como uno espera de un comerciante extranjero. Nadie debe sospechar que estáis interesado en el abogado, ¿comprendéis? De lo contrario, me temo que el muy bribón se nos escapará de las manos.

Había mucho de verdad en ello. Desde que pisara tierra firme, el menudo escribiente no dejaba de sorprenderlo: aquella figura lastimera que hacía solo unos días había vomitado hasta las tripas, había desaparecido por completo.

Miguel se detuvo ante la estrecha casa de cuatro plantas del mercado de Koorn, se llevó las manos a la espalda y contempló la magnífica fachada: columnas acanaladas y altas ventanas, arcos de filigrana y tracería por encima de los voladizos... Hasta ese momento había creído que semejante arquitectura estaba reservada para las catedrales o los palacios eclesiales, pero en esa ciudad hasta las fachadas de las casas burguesas exhibían abiertamente la riqueza incalculable y la relevancia social de sus moradores. Y la casa Van de Meulen no era ninguna excepción.

La casa parecía deshabitada. La puerta principal estaba invadida de malezas, y las ventanas de cristales de colores de las plantas superiores ya no brillaban, sino que estaban cubiertas de polvo. No obstante, la casa —al igual que las vecinas— causaba un efecto orgulloso y poderoso. En comparación, las casas de Mogador y también la

suya propia de Santa Cruz parecían casi humildes.

Así que allí se había criado Mirijam; Miguel trató de imaginarse cómo sería vivir en semejante casa. Mirijam le había hablado de paredes revestidas de madera y de techos tallados, de una magnífica escalera y armarios repletos de brillantes objetos de cristal. Un día —con la ayuda de Dios incluso quizá pronto— tendría las llaves de ese estupendo edificio y podría entregárselas a Mirijam.

Tras una ventana de la planta baja algo se movía, y un momento después se abrió una hoja de la puerta de entrada y apareció un hombre alto vestido de oscuro. Con la cabeza gacha y los hombros encogidos, como si no quisiera ser reconocido, se apresuró a bajar los escasos peldaños, dobló la esquina y desapareció en el laberinto de callejuelas que conducían a los muelles. ¿Era el abogado?

Una anciana estaba en la plaza tras un montón de cajas de madera podridas y también mantenía la vista clavada en la casa Van de Meulen. Vestía ropas sencillas y se apoyaba en un bastón.

—Con Dios, buena mujer —la saludó Miguel, y se aproximó—. Soy forastero en la ciudad y os ruego que me digáis quién es el hombre que acaba de salir de esa casa.

La anciana apretó los labios y su mirada se ensombreció.

—¿Ese? Es el abogado.

Se notaba que le habría gustado lanzar un salivazo despectivo.

—¡Vos solo fingís que no lo conocéis! Porque ahora por fin la verdad saldrá a la luz, ¿sabéis? Seguro que vos también hacéis negocios blasfemos con él. ¡Todos sois gentuza! —dijo la anciana con expresión severa.

—Os equivocáis —repuso Miguel con una sonrisa, y dio un paso hacia ella—. Yo no hago negocios con individuos como ese —añadió, indicando la casa con la cabeza—. Soy el capitán Alvaréz y es la primera vez que estoy en Amberes. ¿Y a qué os referís con eso de que «la verdad saldrá a la luz»? Estoy intentando descubrir la verdad, pero decidme qué sabéis vos al respecto.

—Los pobres no tienen nada que perder, se ayudan mutuamente de manera desinteresada, ¿comprendéis? Si damos nuestra palabra también nos atenemos a ella y no dejamos que nadie sufra una muerte miserable, pero supongo que eso no es costumbre entre vosotros, los ricos.

El sermón hizo que de pronto Miguel se sintiera como un niño reprendido, pero reprimió el impulso de justificarse ante la anciana.

—¿Conocéis a Joost Medern y estáis al tanto de su destino? Regresó a Amberes a bordo de mi nave... —De repente una idea le cruzó por la cabeza—. ¿Soléis observar esa bonita casa con frecuencia?

La vieja no contestó, pero su expresión ya no era tan furibunda. Asintió con la cabeza, se acomodó la cofia y se dispuso a marchar.

—Aguardad —rogó Miguel—. Antaño alguien a quien conozco muy bien vivía en esa casa. Por cierto, acabo de llegar de la costa africana.

La anciana se volvió hacia él con gesto vacilante y lo miró a la cara.

—¿Decís que vivió en esta casa? Vaya, vaya. ¿Y quién se supone que era?

—Mi joven esposa es oriunda de esta ciudad y vivió en esta casa de niña. Me pregunto si tal vez la recordáis. Se llama Mirijam.

La anciana se tambaleó y casi cayó al suelo. Miguel se apresuró a sostenerla.

—¡Cielo santo! ¿Qué os pasa? ¿Es que la conocéis?

—A ella y también a su querida hermana. ¡Las crie a ambas!

—*Meu Deus!* Entonces vos sois... ¿tata Gesa? ¡Lo suponía!

La cerveza fluía en abundancia. En el mesón *Zwarte Gans* reinaba un gran ajetreo y en las mesas ocupadas por los huéspedes no dejaban de resonar las carcajadas. Hacía cuatro días que Miguel se había instalado en ese respetable establecimiento. Claro que también podría haber permanecido a bordo de la *Santa Ana*, pero estaba convencido de que, dado que era un desconocido comerciante extranjero, debía entrar en contacto con la gente. Además, sabía que los más indicados para difundir cotilleos y novedades eran los artesanos y los tipos sencillos de la ciudad, sobre todo si les remojabas la garganta. Uno dejaba caer un par de comentarios como por casualidad, y si luego aguzaba los oídos siempre obtenía informaciones interesantes. En el *Zwarte Gans* uno no se topaba con comerciantes ricos ni miembros del clero y la nobleza, como tampoco marineros y trabajadores del puerto. Si uno quería encontrarse con los primeros, se dirigía a las fondas; y si con los segundos, a las tabernuchas cerca de los muelles. El *Zwarte Gans* ocupaba un práctico sitio intermedio entre ambos extremos.

El capitán acababa de tomar una cena abundante y se repantigaba en una butaca junto a la escalera. El camarero le trajo una jarra de cerveza y Miguel aguardó. Medern no tardaría en aparecer, las campanas ya habían tocado el ángelus; el bullicio que lo rodeaba resultaba bienvenido: nadie podría escuchar lo que debía hablar con el escribiente.

Entonces Pireiho, el navegante, entró en el mesón, se quitó la humedad de la persistente llovizna de la capa y miró en torno. Tras ver a Miguel se acercó.

—*Senhor capitão* —lo saludó, y tomó asiento—. ¿Os sobra un trago para mí? —añadió, señalando la jarra de cerveza.

—Servíos —dijo Miguel, y le acercó la copa y la jarra—. ¿Qué os trae por aquí? ¿Hay alguna novedad?

—El que se mareaba no vendrá. Me pidió que os informara de que se reunirá con vos a bordo, a medianoche. Que es importante —añadió Pireiho, y alzó la copa—. A vuestra salud, *capitão*. —Y la vació de un trago.

—¿Por qué no viene?

Pireiho se encogió de hombros.

—No me lo dijo. ¿Necesitáis ayuda, *capitão*? ¿Hemos de darle una tunda a alguien y arrojarlo al agua? —preguntó, contemplando sus grandes manos.

—Ya veremos —dijo Miguel, y cogió la jarra de cerveza—. Y ahora largaos, o pedid vuestra propia cerveza.

A Miguel jamás se le hubiese ocurrido una idea semejante, ni siquiera encontrándose en el mayor de los apuros.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Octavillas, denuncias, estigmatizaciones? Como mucho, eso le hará cosquillas. ¡Se sacudirá como un perro mojado y seguirá su camino!

Pero Medern estaba muy seguro.

—¿Eso creéis? Sin embargo, una octavilla es mucho más que un trozo de papel con palabras escritas. Es una espada afilada. Servirá para demostrarle a todo el mundo que en realidad es un delincuente y un miserable.

—Volved a explicarme cómo se supone que funcionará. Y tened en cuenta que aún no os he dado mi conformidad.

—Conozco a los habitantes de Amberes. Entre ellos, los ducados son los que determinan de dónde sopla el viento. Hacia fuera estiman la sinceridad, el cristiano amor al prójimo, la nobleza, las buenas costumbres y demás virtudes. El honor y el respeto son los bienes más preciados —añadió Medern con una mueca irónica—. Pero en realidad la mayoría se conforma con aparentar decoro y decencia. ¡Lo único importante es la fachada! Mientras logren conservarla, todo va bien.

Miguel se encogió de hombros. Las cosas eran así en todas partes, la bonita apariencia rara vez tenía algo en común con la realidad. Estaba de espaldas a la mesa y contemplaba la silueta de la ciudad a través de la pequeña ventana del camarote. ¿Acusaciones en un papel? Ese no era su modo de hacer las cosas.

—Pero ¿qué ocurre cuando esa fachada se derrumba? —prosiguió el hombrecillo—. ¿Si alguien le asesta un golpe a uno de esos respetables ciudadanos mediante acusaciones fundadas? Os lo diré: a ese hombre no solo se le derrumba la fachada, sino también los cimientos. Está en la picota y nadie osará convertirse en su defensor. En Amberes, un hombre así está irremediablemente acabado. De lo demás se encargan los esbirros, ¡y en un santiamén! —exclamó Medern.

Pero Miguel no estaba convencido.

«¿Acaso esa será mi venganza?», se preguntó. ¿Podría darse por satisfecho con ver a Cohn en la picota y que el populacho le arrojara pescados podridos? Lo que él quería era una auténtica pelea. Desde que había leído el nombre de Mirijam en la carta del maldito jefe de los piratas quería ver sangre, la sangre de Cohn. Pero si abordaba el asunto de manera correcta, quizá lo uno no excluiría lo otro.

El escribiente siguió esforzándose por disipar las dudas de Miguel.

—Hasta ahora las cosas siempre se desarrollaron de la misma manera, así que pensad en lo que le ocurrirá a nuestro candidato, dadas las palabras inequívocas de la carta de Jeireddín. No olvidéis, capitán, que a lo largo de los años casi todas las familias han perdido cargamentos y bienes e incluso parientes a manos de los piratas. ¿Cómo reaccionarán cuando descubran que el responsable vive entre ellos? ¡Será mejor que te vayas comprando una cuerda, Jakob Cohn!

Medern se frotó las manos.

Durante la noche siguiente, un empleado endeudado de Matt van Dijk, el propietario de una imprenta, copió el texto de la carta traidora en letras de molde, desde luego a cambio del pago de todas sus deudas y también de una bonita suma. Además, incorporó la imagen tallada de un pirata aterrador armado de cimitarras. Bajo el título destacado se leía lo siguiente: «¡Infracciones de un respetado comerciante de Amberes contra el quinto sagrado mandamiento de Dios: No matarás; contra el séptimo: No robarás, y también contra el décimo: No desearás los bienes de tu vecino!». El avisado empleado de la imprenta imprimió varias docenas de octavillas durante la noche en las máquinas de su patrón, que nunca se enteraría de nada.

La tinta de imprenta aún no estaba seca del todo cuando Medern se encargó de repartir las octavillas entre los voceros y los tenderos del mercado. Poco después, en cada esquina y cada mercado de la ciudad, su texto fue voceado y leído, discutido, comentado y pasado de mano en mano. Los que no sabían leer rodeaban a quienes leían a viva voz, otros se pasaban las octavillas y de pronto algunas aparecieron pegadas a los muros de las casas. Incluso antes de las campanadas de mediodía la ciudad hervía de excitación. En los mesones y en el puerto, en todas las callejuelas y plazas se reunían grupos de personas, cuchicheando y discutiendo, soltando maldiciones y alzando los primeros puños. Poco después la calle clamaba venganza. En unas horas, la venerable y respetada ciudad de Amberes fue informada de los repugnantes delitos de su conciudadano, el abogado Cohn.

Al mismo tiempo un mensajero de la *Santa Ana* se presentó en el ayuntamiento y entregó un paquete de documentos. Contenían las pruebas —provistas de declaraciones de testigos, firmas y magníficos sellos proporcionados por el gobernador de Santa Cruz— sobre la vida y el casamiento de Mirijam van de Meulen, la desaparecida hija de la ciudad, como también una copia minuciosa de la carta del pirata confeccionada por Medern.

Y mientras los miembros del Consejo se dirigían apresuradamente al

ayuntamiento, cinco hombres abandonaron la *Santa Ana* y se apostaron en torno a una casa del mercado de Koorn sin llamar la atención.

Durante el día, el capitán Miguel de Alvaréz hizo lo que hacen todos los comerciantes durante su primera visita a la ciudad: se presentó formalmente ante diversos líderes de gremios y empresarios y se dedicó a hablar sobre el comercio en general, sobre sí mismo como comerciante independiente y, en especial, acerca de la calidad de sus mercaderías. Eso era lo acostumbrado.

Por su parte, los amberinos hicieron lo mismo. Lo recibieron con interés benevolente, le escanciaron vino y escucharon sus explicaciones con atención. Mientras tanto, la *Santa Ana* —que ya había sido descargada— permanecía anclada en el muelle bajo la imponente fortaleza y sus mercancías estaban apiladas en el *Handelsbeuers*: el gran almacén, a fin de ser inspeccionadas. Así que todo estaba en orden.

«El asunto de las octavillas es muy ingenioso —pensó Miguel—, pero ¿servirá de algo?». De todos modos, por sí solos dichos papeles impresos resultaban inútiles para sus asuntos jurídicos, así que entretanto intentó recuperar la herencia de Mirijam de manera oficial. Por eso llevó sus documentos, certificados y papeles sellados a los despachos del ayuntamiento. Les darían mucho que hacer a los altivos y minuciosos funcionarios de la ciudad, con fama de excederse en su celo, y en última instancia demostrarían de modo inequívoco quién era la auténtica heredera del viejo Van de Meulen. Al fin y al cabo, las exigencias de Miguel —presentadas en nombre de Mirijam— eran absolutamente irrefutables.

Instintivamente, se llevó la mano al cuchillo. Esa misma mañana había vuelto a afilar ambos filos y la punta, mientras su ira contra Cohn aumentaba. Y no se trataba solo de Mirijam y su hermana Lucia: Miguel sabía que hacía años, aquel diablo, simulando que ayudaba a una familia a huir, ya había asesinado por oro en España. En el fondo, ¿nadie sabía con cuántos crímenes cargaba aquel malnacido!

Y así, Miguel pasó la piedra de afilar una vez más por los filos del arma: por todos los asesinatos y por todas las monedas falsas, por todos los barcos que Cohn había entregado vilmente a los piratas. Si por él fuera, ese hombre solo merecía un castigo: sangre por sangre.

Miguel atravesó la plaza Mayor con paso sosegado. Había vuelto a caer una suave lluvia y aunque llevaba sus prendas más abrigadas se moría de frío. Pero no permitió que se notara.

La plaza del mercado estaba desierta, a excepción de tres figuras que en ese

momento daban vuelta a la esquina. Eran sus hombres, marineros de la *Santa Ana*, dispuestos a protegerlo y arriesgar su vida por su capitán.

Luis, el irascible contramaestre, se apoyó contra la pared de una casa. Lo saludó con la cabeza y alzó su capa para enseñarle discretamente el garrote que colgaba de su cinto. Un poco más allá, en un pasadizo junto a la casa de los Van de Meulen, se apostó el *rundermaat* morisco, armado de un cuchillo y unas cuerdas sujetas alrededor de la cintura. Jorge, el carpintero de a bordo, se colocó con sus dos ayudantes bajo las arcadas de la casa vecina: ni siquiera una rata lograría escapar de esa trampa.

Había llegado el momento, ahora le tocaba al abogado. De pronto Miguel notó que tenía la boca seca. Estaba impaciente por ver a aquel traidor gemir bajo la amenaza de su afilada arma. Cuando se disponía a llamar a la puerta, esta se abrió y apareció Medern, pálido y trasnochado.

—Os he visto por la ventana y... ¿Por qué...? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó dirigiendo la mirada a la calle—. ¿O es que venís acompañado por los guardias? —susurró, sin dejar de echar miradas inquietas al oscuro interior de la casa.

Miguel negó con la cabeza y preguntó en susurros:

—¿Por qué diablos todavía seguís aquí?

—Vigilo para que no escape, además quiero estar presente cuando se lo lleven —dijo Medern, y volvió a dirigir la mirada al interior de la casa.

Miguel comprobó que sus hombres ocupaban sus puestos, luego enderezó los hombros y dijo en voz alta:

—Tened la bondad de anunciarle mi presencia a vuestro señor.

Medern lo condujo a través de un vestíbulo que olía a moho.

—¡No sospecha nada, no ha salido a la calle desde ayer! —musitó.

Miguel asintió: al parecer, la sorpresa sería total y se frotó las manos mentalmente. Siguieron avanzando a través de la oficina. El recinto estaba escasamente amueblado y la chimenea humeaba. Por lo visto, hasta hacía un momento Medern había trabajado ante un pupitre cerca de la ventana y en la parte trasera de ambas habitaciones una delgada figura se puso de pie tras un escritorio: era el hombre que antes había visto abandonar la casa, el abogado Jakob Cohn.

Todo en él era negro: su atuendo, su cabello y sus ojos. Solo la estrecha franja blanca de una gorguera iluminaba el rostro surcado por las arrugas y una perilla gris. Varios anillos que llevaba en los dedos proporcionaban un poco de color a la lóbrega figura, sobre todo un gran diamante amarillento. Era más viejo de lo que Miguel había imaginado, tendría unos sesenta años, calculó. Antes de volverse hacia Miguel le lanzó una mirada airada a Medern.

—¿Teníais cita?

—No.

—Pues debisteis haber anunciado vuestra visita, así que tened la bondad de decir

a qué habéis venido.

—Con mucho gusto —respondió Miguel, esbozó una reverencia y se desprendió de la capa—. Soy el capitán Miguel de Alvaréz y vos sois el abogado Jakob Cohn, notario del empresario Andrees van de Meulen, ¿verdad?

Cohn hizo una mueca. ¿Acaso se trataba de una sonrisa?

—Conozco a vuestro patrón —añadió Miguel.

—Lo conocíais, querréis decir —replicó Cohn—. Hace años que Van de Meulen murió.

—Tenía dos hijas, ¿no?

—También están muertas, y ahora id al grano de una vez.

Miguel simuló sorpresa.

—¿Muertas? ¿De qué murieron, enfermedad o accidente?

—Podríais llamarlo así —dijo el abogado, mirándolo fijamente, pero de momento solo parecía curioso—. Cayeron en manos de corsarios.

—¿De veras? Y cuán práctico, ¿no? Puesto que vos no os visteis obligado a pagar un rescate ni tomar medida alguna.

—¿Qué significa esto? —siseó el abogado. Dos manchas rojas se habían formado en sus mejillas y sus ojos lanzaban chispas—. ¡Abandonad mi casa de inmediato!

—¡Calma, calma! —dijo Miguel, e introdujo la mano bajo la capa y sacó un jirón de un vestido de seda azul del que aún colgaba un trozo de encaje blanco. Por suerte había logrado convencer a la vieja Gesa de que se lo entregara durante unas horas. Lo arrojó encima del escritorio.

Preso de la consternación, Cohn contempló el desgastado trozo de seda.

—¿De dónde lo sacasteis? —preguntó con un hilo de voz.

Miguel se quitó la capa, rodeó el escritorio y, antes de que Cohn pudiera reponerse de la sorpresa, se situó a espaldas del abogado y empuñó el cuchillo.

—¿Así que reconocéis este trozo de tela? A que antaño el vestido le sentaba muy bien a la joven Lucia, ¿verdad?

—¿Qué significa esto? No sé quién sois ni qué queréis de mí. Las dos hermanas están muertas, asesinadas por los corsarios paganos.

Miguel comprobó que el hombre había recuperado el control con rapidez y que conmocionarlo no resultaba fácil.

—¡Eso debe de haber supuesto un trago muy amargo para vos! —se burló el capitán.

—Así es, al fin y al cabo la más joven era una parienta carnal.

—Así que ese es el motivo por el cual aún lleváis luto tras todos estos años, *senhor* Joaquín Valverde. Solo es de lamentar que al jefe berberisco Jeyreddín, vuestro compinche, le agrade escribir cartas muy detalladas. Una de ellas incluso se encuentra en el ayuntamiento y hoy mismo servirá para acabar con vuestra farsa.

El abogado pegó un respingo, pero recuperó el control en el acto y aguardó en silencio.

Miguel le recorrió la nuca con la punta del cuchillo.

—Hacéis bien en permanecer inmóvil y que lo sepáis: si os movéis, sois hombre muerto.

Miguel no tardó en encontrar el punto en la base del cráneo con la punta del cuchillo, el punto por donde pasa todo el sistema nervioso de un ser humano. Un único pinchazo ahí y todo habría acabado. Hacía poco que Mirijam le había mostrado ese *foramen magnum* y estaba orgulloso de recordar esos términos en lengua extranjera.

Pero entonces, mientras enumeraba sus delitos, de pronto vio a Medern, inmóvil y de pie en la parte delantera de la oficina, observando la escena con los ojos como platos. ¿Qué hacía allí? Miguel no necesitaba testigos e, inclinando la cabeza, le indicó que se marchara. Medern desapareció de su vista.

Miguel aferró a Cohn del hombro y lo obligó a volverse, deslizando el cuchillo hasta la garganta del abogado. Entonces presionó la punta contra la piel y lentamente brotaron unas gotas de sangre, se deslizaron por la arrugada garganta y acabaron absorbidas por la blanca gorguera. Miguel observó las pequeñas gotas.

De repente lo invadió la cólera y una oleada de calor. «¡Clávale el cuchillo en la garganta! ¿A qué esperas? —clamó una voz en su cabeza—. ¡Córtale el gaznate y pon fin a todo este asunto de una vez y para siempre!». La sangre le zumbaba en los oídos y su frente se cubrió de sudor: había caído presa de un deseo salvaje y asesino y era como si otro dirigiera su mano.

Pero en ese preciso instante pensó: «¡*Madre de Deus*, eso sería un asesinato!». Si lo cometía, ya no sería mejor que ese hombre vil y despreciable, se pondría a su misma altura... Miguel inspiró profundamente y al aflojar la presión del cuchillo su mano temblaba.

El abogado parpadeó, aterrorizado. Miguel volvió a tomar aire y carraspeó.

—Supongo que no habréis olvidado que no guardáis ningún parentesco con Mirijam van de Meulen, Joaquín Valverde —dijo entonces, obligándose a recuperar la calma—. ¿O acaso pretendéis negar que asesinasteis al auténtico tío de la pequeña Lea, la madre de Mirijam? Sabéis a quién me refiero, ¿no? Así es: al hombre cordial que tenía una verruga oscura en el rostro.

El abogado se quedó estupefacto.

—Rodeasteis el cuello de Jakob Cohn con un lazo de alambre y lo asfixiasteis, ¿verdad? Y después desaparecisteis con la fortuna de la familia, con sacos repletos de oro y piedras preciosas. Sí, eso fue lo que ocurrió, porque resulta que hubo un testigo, *senhor* Valverde. Más adelante, adoptasteis la identidad de vuestra víctima y desde entonces simuláis ser el respetado Jakob Cohn.

El capitán sacudió la cabeza, asqueado.

—Pero que yo sepa, aquello solo fue el principio: enumerar todos vuestros delitos llevaría horas. ¡Os presentaréis ante vuestro Creador cargado de vuestros innumerables pecados!

—¿Quién es ese Joaquín? Me confundís con otro. ¿Y qué os importan esas viejas historias de Granada?

—¡Ja! —exclamó Miguel—. Conque viejas historias de Granada, ¿eh? ¡Acabáis de delataros!

—Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Acaso alucináis? Debierais someteros a una sangría de inmediato.

—No es ninguna alucinación. Me complace mucho informaros de que Mirijam van de Meulen no está muerta, gracias a Dios. Es más: está sana y lleva una vida estupenda como mi legítima esposa, tanto ante Dios como ante los hombres.

—¡Mentís! —gritó Cohn.

¡Cuán satisfactorio resultaba observar ese rostro crispado por la ira y la desesperación! Miguel sonrió. «¡Sí —pensó—, así debía ser la venganza, exactamente!».

Y entonces de pronto vio que Cohn alzaba la mano derecha y se abría el anillo de diamante, del cual surgía una aguja. Cuando recibió el golpe y notó el pinchazo en la mejilla, supo que lo había envenenado. Paralizado por el terror, dejó caer el cuchillo. ¡Veneno! ¡Muy propio de ese cobarde asesino!

El abogado aprovechó la oportunidad y, de un brinco, alcanzó una puerta oculta tras el revestimiento de madera de la pared, la abrió y salió.

—*Atenção!* ¡Está escapando, maldita sea! —fue lo único que Miguel pudo gritar.

Como si su propia voz lo hubiera despertado de la parálisis que de pronto lo invadía, persiguió al hombre a lo largo de la oscura callejuela que serpenteaba entre las casas. Un silbido, un grito, un bramido, una maldición, el sonido apagado de una lucha, un resuello. Y después, silencio.

Miguel notó que las piernas no lo sostenían, tuvo que apoyarse en la pared y dejó caer el cuchillo. «¡El condenado veneno!», pensó, pero se obligó a seguir avanzando.

Cuando por fin llegó al escenario de la lucha, tres hombres de la *Santa Ana* se pusieron de pie y dejaron ver un cuerpo tumbado en el suelo con los brazos abiertos. La chaqueta y el pantalón estaban hechos jirones, la cabeza estaba torcida.

Era el abogado, tendido en su propia sangre con un cuchillo clavado en el pecho.

A Miguel le zumbaban los oídos y, cuando se desplomó junto al abogado, vio que dirigía la mirada de sus ojos negros e inertes hacia el cielo de Amberes.

Santa Cruz de Aguér, abril de 1528

La *Santa Ana* pasó delante de la bocana del puerto justo cuando se ponía el sol.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vaciláis? —le espetó el capitán al timonel. Solo lograba mantenerse en pie apoyado en dos muletas.

—Vos mismo visteis lo que pasó en Mogador. ¿Y si los portugueses también tuvieron que batirse en retirada aquí? Nunca se puede saber con seguridad.

—¡Tonterías! ¡Haced el favor de dirigir la mirada hacia allí, allí, a la fortaleza, voto a bríos! ¿Es que estoy rodeado de ciegos? —exclamó el capitán soltando un bufido.

—¿Habéis olvidado lo que me prometisteis? —preguntó una voz severa a sus espaldas.

El capitán volvió la cabeza: allí en la escalera estaba la anciana que durante semanas lo había cuidado y se había encargado de su recuperación firme y concienzudamente. Tuvo que prometerle por lo más sagrado que no se excitaría, solo por eso pudo permanecer en cubierta mientras entraban a puerto.

No excitarse... ¡Bah! ¿Cómo se supone que debía evitarlo cuando faltaba tan poco para concluir su odisea? Desde su apresurada partida de Mogador la noche anterior, Miguel tenía azogue en el cuerpo. ¡Supuso una consternación considerable! Casas destruidas, una ciudad que parecía paralizada, grupos de fieros soldados patrullando por las calles, humildes trabajadores que escupían y maldecían a sus espaldas porque él también era portugués... Y eso pese a que hacía semanas que habían derrotado a los rebeldes. Pese a su estado, se apresuró a dirigirse a la casa del *sherif* Alí y su corazón jamás había latido tan deprisa.

La casa estaba desierta, las habitaciones vacías y solo el cojo Mohammed montaba guardia y cuidaba de las plantas del pequeño patio interior. ¡Ni rastro de Mirijam!

Fue Mohammed que de inmediato mandó llamar a Hassan y, *graças a Deus*, este por fin pudo informarle sobre la huida a tiempo y la salvación de Mirijam, y ello supuso un alivio enorme.

—Dicen que vive en Santa Cruz, capitán —dijo Hassan encogiéndose de hombros—. Pero puede que solo sea un rumor. No lo sé con exactitud, solo sé una cosa: que hayan destruido los hornos de calcinación y el taller de alfombras es una desgracia, una desgracia para todos.

Pero en ese momento todo eso le resultaba indiferente, siempre que Mirijam estuviera sana y salva.

Al recordar su preocupación por ella, el sudor volvió a perlarle la frente. Miguel

se la enjugó y en el acto oyó el carraspeo de advertencia de la tata Gesa. Resistirse era inútil, pues le había prometido que se cuidaría, que no haría ningún esfuerzo, así que se sentó en el sillón que hacía horas habían dispuesto para él en cubierta, estiró las piernas y se esforzó por parecer tranquilo y relajado.

Después de todo, que siguiera con vida tras el infame y vil ataque del abogado, solo era gracias a la entrega y paciencia de Gesa, como también a los conocimientos médicos de las beguinas de Amberes. Pero ¡esa Gesa Beeke era peor que cualquier carcelero!

Ni un pelillo osaba zafarse de su cofia almidonada y ningún marinero hubiese osado blasfemar en su presencia. ¡Los hombres incluso se lavaban sus mugrientas manos antes de comer, solo porque ella se lo exigía! Sonrió con malicia al recordar que también él había reprimido unas cuantas blasfemias cuando Gesa estaba presente.

En cambio, Joost Medern, el eternamente mareado escribiente, adoraba a la anciana. Ella iba a verlo varias veces al día, le llevaba infusiones calmantes y sopas ligeras, y hacía que el viaje fuera menos penoso.

«Excelente —pensó Miguel—, porque entonces Medern pronto habrá recuperado sus fuerzas y podrá encargarse de todo el condenado papeleo». Ello lo alegraba muchísimo, si bien tuvo que esforzarse por convencerlo y entregarle un talego lleno de monedas. Aunque no fuera por Medern, ¡esa mujer valía su peso en oro!

Además, ¿qué hubiese hecho él sin la ayuda de esa mujer durante el largo viaje de regreso? Lo había cuidado y animado y había charlado largas horas con él. Era un auténtico tesoro, aun cuando a primera vista no lo pareciera.

—¡La bandera de Portugal! —rugió el vigía en ese momento—. Puedo verla. Por encima de la fortaleza ondean los colores portugueses.

Miguel soltó un suspiro de alivio.

—Bien, ¿acaso no os lo dije? Pero ahora acelerad el ritmo, so perros holgazanes, para que por fin entremos a puerto.

Mientras la *Santa Ana* realizaba las maniobras finales, la vieja Gesa permaneció de pie junto a la borda, tal como había hecho desde que la costa africana surgió de las brumas por primera vez, con la vista dirigida a la ciudad. Su rostro estaba sereno pero su corazón palpitaba impacientemente, como el de una muchacha. Por fin estaba allí y por fin volvería a ver a Mirijam.

Cuando el capitán le preguntó si quería acompañarlo no había dudado ni un instante. Había dicho «sí» con gran alegría y agradecido a Dios de rodillas por la gracia concedida. Anhelaba ver a su pequeña, arreglarle el cabello, ayudarla a vestirse y preparar comida para ella. E igual que antaño, la velaría y protegería. ¡Cuánto tiempo había tenido que arreglárselas sin sus dos muchachas!

El sonido de las velas restallando contra el mástil hizo que Gesa regresara a la realidad y se aferrara a la borda. No debía olvidar que Mirijam se había convertido en

una mujer adulta y que jamás volvería a ver a su bonita y encantadora Lucia. ¡Cuántas cosas le había contado ese hombre impetuoso, pero en el fondo bueno como el pan sobre sus muchachas: era increíble! ¡Terrible, incomprendible! Gesa se persignó.

Sin los cuidados de Gesa el capitán no hubiera podido emprender el regreso durante bastante tiempo. El veneno ya se había extendido por su cuerpo cuando por fin pudo reunirse con la anciana, en cuanto el diabólico abogado dio el último suspiro. ¡Confiaba en que ahora ardiera en las catacumbas del infierno!

—Bien, mi buena Gesa, ¿satisfecha? Te lo dije: *não tem problema*. Ya verás, ahora todo irá bien. En mi casa Mirijam estará segura y con la ayuda de Dios quizá llegue a tiempo para darle la bienvenida a mi hijo a este mundo —dijo el capitán con voz enronquecida.

¿La pequeña Mirijam de los rizos indomables se convertiría en madre? Claro que lo sabía, al fin y al cabo el capitán apenas había hablado de otra cosa durante el viaje, pero todavía no lograba asimilarlo.

Ambos suspiraron al unísono y se miraron como dos conjurados; por una vez, Gesa dejó que el capitán le rodeara los hombros con el brazo y la estrechara.

La llegada de la *Santa Ana* a esa hora tardía interrumpió la tranquilidad reinante entre los trabajadores del puerto, cuya tarea cotidiana ya había acabado. Se apresuraron a amarrar la nave, riendo y gritando e incluso antes de instalar y sujetar la pasarela para bajar a tierra, la buena noticia ya había corrido por la ciudad. Luis, el contraamaestre, se quitó la gorra, lanzó un salivazo al mar y en tono orgulloso dijo:

—Bienvenido a casa, *capitão*. Al parecer, nuestro regreso goza de la bendición divina. Vuestra esposa se encuentra sana y salva en vuestra casa de Santa Cruz.

—Ahora deberíais descansar, de verdad —dijo Cadidja—. Puedo daros un masaje en la espalda y las piernas, ¿o preferís tomar un baño antes de acostaros?

Mirijam alzó la prenda que estaba cosiendo y una sonrisa le cruzó el rostro. Acababa de confeccionar otra diminuta camisita del más fino algodón y de delicadas costuras que no rozarían la piel de un recién nacido.

—¿Tomar un baño? Sí, enseguida.

Pero en vez de ponerse en pie y dirigirse al *hamam*, se recostó contra los cojines. Incluso la perspectiva de sumergirse en el agua tibia y disfrutar del aroma perfumado del jabón no la impulsó a levantarse y se limitó a cerrar los ojos.

La rosa damascena del pequeño patio interior estaba en flor y su fragancia embriagadora invadía todas las habitaciones. Un aroma nostálgico, porque evocaba el de Mogador... Pero Mogador se encontraba a una distancia mucho mayor que el día

de viaje que separaba Santa Cruz de su antiguo hogar.

Aún estaba afectada porque nadie la hubiese advertido del ataque inminente de los saadíes, ni los vecinos ni sus trabajadores. No lo comprendía, puesto que ella se había considerado uno de los suyos, parte de esa comunidad. ¿Cuáles serían las circunstancias actuales allí? ¿Acaso su casa aún permanecía en pie, y también el taller de alfombras y la torre desde la que se disfrutaba de aquella vista magnífica? Algún día tendría que regresar y comprobar qué había ocurrido con sus manufacturas y sus trabajadores. «Algún día —pensó—, pero todavía no».

Mirijam se acomodó en los cojines; de momento le resultaba muy difícil tomar las decisiones más sencillas, cualquier esfuerzo, por más pequeño que fuera, era demasiado pese a que se había propuesto darle la vuelta a toda la casa y arreglarla según sus propias necesidades... pero ¿qué hacía en cambio? Dejaba pasar un día tras otro sin aprovecharlos. Ni siquiera había sacado todas las cosas de sus arcones. Había que disponer los libros del *abu* en los estantes, poner en orden sus documentos y encargarse de muchas otras cosas antes de que naciera el niño.

Al menos había hecho construir el pequeño *hamam*, el único cambio que realizó en la casa de Miguel, todo lo demás seguía igual, casi como si de lo contrario la vida de su esposo pudiera peligrar.

Suspiró. ¡Con cada hora que pasaba el anhelo por su presencia aumentaba! Notó un tirón en el vientre.

—Chitón —murmuró—, no te inquietes. —A veces, cuando estaba sola, hablaba con su niño—. ¿Estás impaciente? Aguarda un poco más, pronto llegará tu hora.

Pero también ella aguardaba, aguardaba y albergaba esperanzas. Satisfecha con su aislamiento y la tranquilidad, vivía al pie de la alcazaba con Cadidja, Moktar y Budur, su mujer. De vez en cuando el ajetreo de la ciudad portuaria llegaba hasta la casa y oía el traqueteo de los carros, música y toda clase de estrépitos, pero ninguno la impulsaba a hacer averiguaciones. Otro tirón recorrió su cuerpo abultado y se apoyó la mano en el vientre para sosegar al niño. A lo mejor ya había llegado el momento...

No confiaba en la comadrona del barrio, por desgracia, porque cuando fue a visitarla el tufo de la carne puesta a secar al sol sobre trozos de tela le resultó demasiado desagradable. Quizá su olfato se había vuelto más sensible, o quizá fue a causa del asco causado por los negros enjambres de moscas posados sobre los trozos de carne... Como fuera, debido a las intensas ganas de vomitar tuvo que alejarse de inmediato. En todo caso, debía darse prisa y buscar otra comadrona, porque de lo contrario tal vez se enfrentaría a solas al parto, solo acompañada por Cadidja y Budur. Aguzó el oído y prestó atención a los escasos sonidos de la casa. Al parecer, el viejo Moktar regaba el pequeño jardín como solía hacer cada atardecer, y Budur apilaba leña junto al fogón de la cocina. Cadidja hacía traquetear la olla de hierro en

que calentaba agua mientras charlaba con el viejo. ¿De qué hablarían ambos todo el tiempo?

Por fin se puso de pie y guardó la nueva camisita en el arcón, junto a las mantas, las almohadas y las demás cosas que ya había confeccionado para el niño. Antes de cerrar la tapa y dirigirse al *hamam*, las rozó cariñosamente con la mano.

Mirijam dejó que Cadidja la ayudara a desvestirse. Su diminuto *hamam* le agradaba, pese a que allí no había mosaicos ni estanques de agua caliente y fría, sino solo ánforas de arcilla y cuencos de plata llenos de agua. En vez de bancos tibios solo había un pequeño taburete, en el que tomó asiento.

Primero Cadidja le cepilló concienzudamente el pelo antes de derramar agua tibia encima de su cabeza y espalda; Mirijam soltó un profundo suspiro de placer.

Instalar el *hamam* en cuanto llegó había sido una medida inteligente. Cuando visitó el *hamam* público del barrio, este literalmente temblaba debido al parloteo de las mujeres porque la aparición de la esposa del capitán Alvaréz había generado un gran alboroto en el vecindario. Desde entonces ya no tuvo ganas de estar entre desconocidas; puede que se hubiera vuelto huraña, lo cual no sería de extrañar tras todo lo que había pasado.

—¿No os encontráis bien? —preguntó Cadidja.

—Me encuentro perfectamente, solo estaba pensando en lo que diría el capitán al respecto.

—¿Sobre la muerte del *sherif* Alí? ¿O sobre la traición de los habitantes de Mogador y las batallas?

Eso también, pensó, pero aún más sobre la decisión que ella había tomado, aunque él no supiera nada de su dilema y jamás debería saber nada. Porque había algo de lo que ella se había convencido: el sueño de Cornelisz era un sueño de niña, una ilusión, una *fata morgana*, y ya no guardaba la más mínima relación con ella ni con la vida que llevaba.

Suspiró y cogió el jabón con ademán decidido.

—Sobre todo lo ocurrido los últimos meses, en especial sobre el *hamam* que he instalado sin pedirle permiso. Ve a buscar más agua tibia, por favor.

«¿Dónde estará?», volvió a pensar. Ambos acordaron que estaría de regreso cuando florecieran las rosas... pero hacía días que estas florecían esplendorosamente.

¿Acaso una tormenta había apremiado a la nave o le había sucedido algo a él? ¿Con qué se habría encontrado en Amberes? ¿Habría tenido éxito en su encuentro con el abogado? Quizás incluso había logrado hacer algo respecto a su herencia. Ay, lo más importante era que regresara.

Hacía tiempo que en los alrededores volvía a reinar la tranquilidad. Las rebeliones habían sido reprimidas, los saadíes se habían retirado a las montañas y al desierto y los portugueses habían salido victoriosos en todas partes. Como si nada hubiese

ocurrido, administraban y regulaban sus posesiones a lo largo de la costa, cobraban impuestos y aranceles a los campesinos y tenderos y reclutaban soldados, todo como siempre.

Pero había algo de lo que estaba segura, lo había comprendido durante los meses pasados: para ella ya nada era como siempre.

¡Ojalá volviera! Lo echaba tanto de menos, su mirada alegre y sus fuertes brazos... Se enjuagó el jabón de la piel.

Cuando volvió a llenar el cuenco de plata de agua sintió un dolor que la atravesó como una puñalada y soltó un grito, el cuenco se le escapó de las manos y cayó al suelo con estrépito. De pronto su vientre se endureció como si fuera de madera y un líquido tibio se derramó a lo largo de sus muslos formando un charco a sus pies.

¡El niño!

Quiso llamar a Cadidja, pero otra oleada de dolor la invadió. Surgía de lo más profundo de su ser y le impedía respirar. Mirijam jadeó y se encogió, y solo a duras penas logró mantenerse en pie. Soltó un quejido.

El dolor volvió a desaparecer lentamente y Mirijam se enderezó con cuidado. ¿Es que el niño quería nacer en ese momento? ¡Oh, ojalá Aisha estuviera allí!

—¡Cadidja! —gritó—. ¡Ven, ayúdame!

Mirijam temblaba. Estaba de pie en el umbral del *hamam* sosteniendo su abultado vientre con las manos. ¿Qué debía hacer? ¿No sería mejor que se tendiera en alguna parte? ¿Qué pasaría?

—Ahora mismo, enseguida estaré con vos.

Casi no oyó la voz de Cadidja, porque al mismo tiempo estalló un estruendo junto a la puerta principal. Al parecer, alguien la estaba aporreando, gritando y bramando. ¿Qué sucedía?

—¡Abrid la puerta! —oyó de pronto.

El corazón le dio un vuelco.

—¡Moktar, pedazo de sordo, abre! ¡Budur, por todos los diablos! ¿Es que nadie me oye?

¡Miguel! ¡Era la voz de Miguel!

—¡El capitán ha regresado y quiere estar junto a su mujer!

—¡Miguel! —gritó ella—. ¡Miguel, por fin! ¡Nuestro hijo está a punto de nacer! —Mirijam rio—. ¡Miguel! —volvió a gritar, y se apresuró a envolverse en un paño grande para salir a su encuentro, pero ¿y si la oleada de dolor regresaba? Sería mejor quedarse donde estaba.

¡Miguel había vuelto! Ahora todo iría bien, todo. Ella misma ignoraba por qué estaba tan segura, pero sentía mucha confianza. Oyó cómo sus pasos y su voz se aproximaban.

—¿Dónde estás, Mirijam? ¡Contesta de una vez!

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —dijo, llorando y riendo al mismo tiempo, deseosa de lanzarse a sus brazos.

Entonces de pronto él estaba allí, avanzando a lo largo del pasillo. Pero al verla dejó caer las muletas y se acercó a ella cojeando. Y por fin ambos se abrazaron y Mirijam se acurrucó contra su pecho.

—¡Oh, Miguel, cuánto te he esperado! ¿Dónde estabas durante tanto tiempo? ¿Por qué andas con muletas? ¿Estás herido?

Pero un instante después soltó un alarido y se soltó del abrazo de Miguel: al igual que antes, un dolor insoportable la obligó a encogerse.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —rugió Miguel, que palideció—. ¡Di algo, por amor de Dios!

Pero Mirijam jadeaba y gemía, lo apartó con una mano y con la otra se apoyó en el taburete. No podía articular palabra, el dolor era aún más agudo, se extendía por todas partes y un gemido surgió de su garganta. Miguel quiso incorporarla para volver a abrazarla.

—Dejadme hacer a mí, capitán, esto es un asunto de mujeres.

Una anciana que llevaba una cofia almidonada pasó junto al capitán y rodeó los hombros de Mirijam con un brazo fuerte, la sostuvo y la apoyó.

Al principio Mirijam no reconoció a la vieja, pero cuando el dolor se redujo lentamente y recuperó el sentido, supo quién era de inmediato. Le temblaron las rodillas y no solo por el esfuerzo soportado. Contempló el rostro de la anciana con mirada interrogativa y una sonrisa insegura.

—¿De verdad eres tú... tata Gesa? ¿O eres una imagen onírica?

—¡Ahora no es momento para ensoñaciones, querida muchacha! ¿Alguien puede decirme dónde se encuentra tu cama? Y han de calentar agua en abundancia. Vamos, apartaos, capitán, vuestra esposa está a punto de tener un niño.

En plena noche, cuando las estrellas ya habían recorrido la mitad de su camino, Gesa Beeke salió por fin al jardín y se reunió con Miguel.

—Todo ha ido bien, ahora podéis ir con vuestra mujer. Os felicito de todo corazón, capitán, el Señor os ha regalado una hija hermosa y sana. Vuestra querida esposa quiere que lleve el nombre de Sarah-Lucia.

Pero sus últimas palabras resonaron en la noche sin ser oídas: ya hacía rato que Miguel había salido disparado hacia la cama de su mujer.

Glosario

Términos árabes y berberiscos

Abu = padre

Alf leila wa'leila = *Las mil y una noches*

Al-hamdulillah = Gracias a Dios

Allah u aqbar = Dios es grande

As salâm u aleikum = que la paz sea contigo

Bagno = mazmorra, cárcel

Banu wattas = pueblo berberisco

Baraka = bendición, suerte

Baraka Alla u fiq = que Dios te bendiga

Ben, beni = tribus berberiscas

Bint, binti = hija, hijita

Bismillah = En el nombre de Dios (al principio de una negociación)

Caïd = jefe, burgomaestre

Chêche = paño que se envuelve alrededor de la cabeza, similar a un turbante

Diwan = consejo de estado, consejo de ministros

Djebel = montaña

Djinn = espíritu, demonio

Funduk = lugar de descanso

Gandourah = camisa amplia masculina

Gerba = pellejo de cabra para guardar agua

Gnaoua = músicos, místicos

Grand erg = gran duna, desierto de arena

Gris-gris = amuleto

Hakim = médico

Hamam = casa de baños

Homar = mula

Imazighen = seres libres (denominación berberisca propia)

Insha'allah = si Dios quiere

Jahuda/jahudije = judío, judía

Kadi = mediador, juez de paz, notario

Khol = pintura de ojos

Ksar = aldea fortificada

La = no

La illah illalah = la voluntad de Dios se cumple

Lâlla = señora

Leff = alianza de los pueblos berberiscos, también militar

Lila = ceremonia invocatoria de los *ganoua*

Ma'qil = pueblo berberisco del valle de Sous

Marabout = morabito, también su sepultura

Mehari = camello de carrera

Mousseem = fiesta (en honor a un santo)

Nasrani = cristiano (despectivo)

Neofiti = judíos convertidos al cristianismo (despectivo)

Ouacha = sí/ así es/ muy bien

Oued = río

Saadíes = pueblo berberisco del sueste de Marruecos

Salâm u aleikum = que la paz sea contigo

Shatranj = juego de ajedrez árabe

Sheitan = Satanás, diablo

Sherif/-a = noble, mujer noble

Shukran = gracias

Shuwya = paciencia

Sîdi = señor (respetuoso)

Souq = mercado

Tabal = gran tambor

Wa aleikum as salâm = que la paz también sea contigo (respuesta a un saludo)

Yallah! = ¡vamos!

Zennata = pueblo berberisco del sur de Marruecos

Lugares

Al-Djesaïr = Argel, Argelia

Al-Maghrebija = Marruecos

Al-Qairawan = Kairouan, Túnez

Al-Qahira = El Cairo, Egipto

Dimaschq = Damasco

Halab = Aleppo, Siria

Kathai = China, en la época de Marco Polo

Río Schelde = río Escalda

Mogador, Mogdura, Bereber Amogdul = Essaouira, sur de Marruecos

Santa Cruz de Aguér/ Santa Cruz = Agadir, sur de Marruecos

Oasis de Sebkha = oasis argelinos

Oued Sous, oued Ziz = ríos del sur de Marruecos

Djebel el-Moun = montaña junto a Agadir, sur de Marruecos

Iskenderun = Alejandría

Términos holandeses

Mijnheer = señor

Rudermaat = ayudante de timonel

Mejuffrouw = señora

Términos científicos y náuticos, medidas de capacidad y de peso

Argousin = sobrecargo de un barco

Efemérides = tabla de posiciones de estrellas y planetas

Pie medida histórica, 1 pie = 30 cm

Garotte = lazo de alambre o de hierro para asfixiar

Guldiner = moneda histórica

Vara de Jacob = instrumento astronómico para medir ángulos

Malter = medida de capacidad equivalente a 36 fanegas

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a mis pacientes correctores de pruebas Anne y Roland, Marianne y Mabel, y especialmente a Werner, a quien debo conceptos básicos de geografía, meteorología y toda clase de leyes de la naturaleza. También a Eva, a Monika Eibl y a mi madre, que está entusiasmada y orgullosa. Todos ellos han acompañado este libro desde los primeros párrafos hasta su publicación y se merecen la mayor admiración.

También doy las gracias al doctor Hannes Junge y a la doctora Charlotte Steiner por sus consejos sobre temas médicos, a Vincenzo Ferrara por comprobar los términos en portugués y a Silke Betzold por sus importantes indicaciones logopédicas. Las descripciones erróneas que pudieran figurar pese a la ayuda de dichos profesionales solo corren por mi cuenta.

Gracias de todo corazón a mis amigos marroquíes del valle de Draa y de Essaouira, y por supuesto a Petra Lingsminat, mi paciente mentora y lectora. Sin estas personas no hubiera surgido mi amor por Marruecos y tampoco existiría la historia de Mirijam.

Pero sin Julia Krischak, mi agente, que creyó en la historia desde el primer momento, y sobre todo sin Eléonore Delair, mi lectora, y Andrea Stumpf, la redactora, aquella jamás se hubiera convertido en *La luz de las islas Púrpuras*. A ellas les dedico mi especial gratitud.

DORIS CRAMER,
noviembre de 2011

Notas

[1] La explicación de las palabras y los términos extranjeros figuran en el glosario al final de novela. <<